





**ANA ALONSO Y JAVIER PELEGRÍN**

# **LA CIUDAD INFINITA**

**LIBRO 3º DE LA LLAVE DEL TIEMPO**



## ÍNDICE

ARGUMENTO .....	4
Preámbulo.....	5
Capítulo 1. La tormenta .....	6
Capítulo 2. Jade .....	16
Capítulo 3. De la tierra a la luna .....	28
Capítulo 4. Black Edén.....	50
Capítulo 5. Las ruinas de Endymion .....	64
Capítulo 6. La Torre de los Alquimistas.....	82
Capítulo 7. El plan de los ictios.....	105
Capítulo 8. A borde del Ophir .....	120
Capítulo 9. El Auriga del Viento .....	138
Capítulo 10. Biblis.....	155
Capítulo 11. La Ciudad Infinita .....	176
Capítulo 12. Las mariposas del Edén.....	197
Capítulo 13. El sueño de Hiden .....	217
Capítulo 14. El Círculo de Piedra .....	232
Capítulo 15. La sombra de Aedh.....	247
Capítulo 16. El sitio de Arendel.....	258
Capítulo 17. Sol 16 de capricornus .....	267
Capítulo 18. El ritual del silencio.....	282
Capítulo 19. La carta.....	294
Breve historia de Uriel y las colonias extraterrestres.....	301



## ARGUMENTO

La Ciudad Infinita es la tercera entrega de *La llave del tiempo*, una serie que combina la fantasía y la ciencia ficción para crear un universo nuevo en el que el misterio y la aventura no tienen límites.

Después de sus peripecias en la ciudad de Medusa, Martín y sus compañeros emprenden un largo y arriesgado viaje hacia Arendel (la Ciudad Infinita, edificada en Marte), donde deben llevar a cabo su próxima misión. Allí tendrán que enfrentarse, una vez más, a las siniestras maquinaciones de la Corporación Dédalo, que continúa persiguiéndolos.

Mientras tanto, en el gran edificio de la Doble Hélice, está a punto de celebrarse una reunión que cambiará para siempre el destino de la Humanidad.

Pero un nuevo peligro acecha a Martín: un enemigo capaz de todo con tal de destruirlo... ¡A menos que alguien se lo impida!



## Preámbulo

*En 2121, la Corporación Dédalo, una de las nueve multinacionales que dominan el mundo, logra reunir a Martín, Jacob, Selene y Casandra, cuatro jóvenes con un sistema inmunológico que los hace invulnerables frente a cualquier enfermedad. A cambio de su colaboración para la producción de vacunas y sueros curativos, Dédalo les ofrece un brillante futuro en una isla paradisíaca... Sin embargo, tras su aparente generosidad, la Corporación oculta un oscuro propósito. Dispuestos a desenmascararla, los cuatro jóvenes, ayudados por su amiga Alejandra, consiguen huir de la isla con un valioso objeto formado a partir de las cápsulas que la Corporación Dédalo les ha extraído de sus propios organismos. Ese objeto es la llave del tiempo, y los jóvenes esperan que pueda ayudarlos a desvelar la verdad sobre su enigmático origen. Para ello, tendrán que seguir las instrucciones de la rosa de los vientos y viajar al planeta Marte... ¿Lo lograrán?*



## Capítulo 1. La tormenta

Desde uno de los acantilados más elevados de la ciudad mediterránea de Azur, dos hombres observaban en silencio el rápido progreso de la tormenta, que, en pocos minutos, había congregado una amenazadora masa de nubes negras sobre el mar, un momento antes sumido en la más profunda calma y ahora, de pronto, encrespado hasta el horizonte. El bochorno inmóvil de la tarde había dado paso a una brisa húmeda y sofocante en la que danzaban las primeras gotas de lluvia, y, cuando el resplandor del primer relámpago iluminó por un instante la superficie opaca y oscura de las aguas, el más joven de los observadores estiró perezosamente los brazos y se volvió hacia su acompañante con cara de aburrimiento.

—Qué ocurre, ¿no te gustan las tormentas? —preguntó este con una sonrisa—. Son uno de los espectáculos más inquietantes de la naturaleza...

—Es cierto, pero yo no he venido aquí a contemplar el paisaje —contestó el otro en tono desabrido—. Creí que le interesaba la información que le he traído, pero empiezo a pensar que me he equivocado.

El rostro de su interlocutor se endureció repentinamente.

—Lo que no me interesa, Deimos, o comoquiera que te llames, es que me vuelvas a engañar. Ya lo hiciste una vez... ¿por qué tendría que fiarme de ti? Ni siquiera debería haberte recibido.

—Al menos, podría escucharme. Ya le he dicho que no soy Deimos, sino su hermano gemelo Aedh. El tatuaje del hombro nos distingue.

—El tatuaje, sí; ya me había fijado. El símbolo de la corporación Uriel... ¿De verdad crees que te puede servir de carta de recomendación conmigo?

Las mejillas de Aedh adquirieron una vivida tonalidad rojiza.

—Yo no tengo nada que ver con esa corporación —dijo secamente—. En el lugar de donde yo vengo, ese símbolo significa otra cosa... Escúcheme, Hiden, se lo ruego. Le aseguro que no se arrepentirá. En este momento necesito su ayuda, pero usted también se beneficiará con la mía; más, incluso, de lo que se imagina... ¿Qué puede perder?

El aludido hizo un vago gesto de resignación con los brazos. A juzgar por la expresión de su rostro, se estaba divirtiendo mucho con la impaciencia de su joven visitante.

—Está bien, entremos —dijo, echando una última mirada al mar antes de comenzar a caminar hacia la lujosa casa que dominaba el acantilado—. Cuanto antes terminemos con esto, mejor.



El joven que respondía al nombre de Aedh lo siguió en silencio por el sendero de gravilla que atravesaba el césped hasta una entrada lateral de la mansión, construida casi enteramente en un material recientemente desarrollado y conocido como vidrio orgánico. Hiden se sacudió maquinalmente el polvo de los zapatos y, sin mirar atrás ni una sola vez, se adentró en una amplia habitación cuyo elemento decorativo más destacable era un estanque cuadrado con un mosaico de motivos azules en el fondo. Las paredes de cristal de la sala y su escaso mobiliario le conferían el aspecto de un gran acuario semivacío.

Hiden se dirigió al rincón más alejado de la estancia y se arrellanó en un mullido sofá de cuero blanco instalado frente a una chimenea de ladrillo, que en aquel momento estaba apagada. Tras una ligera vacilación, Aedh se sentó en un incómodo sillón de patas doradas situado junto al sofá.

—Ten cuidado con ese sillón —le recomendó su anfitrión—; es una antigüedad veneciana del siglo XVIII, tiene muchísimo valor...

—Mire, si está tratando de impresionarme, pierde usted el tiempo —repuso Aedh con impaciencia—. Su ostentosa manera de vivir no significa nada para mí. Yo vengo de un mundo donde se valoran otras cosas, no estas ridiculeces.

Hiden arqueó las cejas en un gesto de incredulidad. A pesar de sus esfuerzos por mostrarse irónico y distante todo el tiempo, era evidente que las palabras de Aedh comenzaban a interesarle.

—¿De veras? ¿Y de dónde vienes tú, si puede saberse? —preguntó sonriendo—. ¿Dónde está ese lugar tan diferente del universo conocido? Que yo sepa, en todo el planeta se valoran las cosas caras...

—Oiga, no he venido a verlo para hablar de mí; ya habrá tiempo para eso más adelante. Creí que estaría interesado en atrapar a esos críos, los que se escaparon de su isla: Martín, y los otros...

—Ya me figuraba que iríamos a parar a eso. Pero todavía no me has dado ninguna buena razón para confiar en ti. Tú y tu hermano tenéis una deuda conmigo, una deuda muy elevada... Necesito muy buenas razones para olvidarme de ella, créeme.

—Yo sé dónde están los fugitivos; sé quién les ayuda y adonde se dirigen. Todo lo que le pido es que compruebe que digo la verdad. Me quedará con usted hasta que eso ocurra; de esa forma, si al final se demuestra que he mentado, me tendrá a mano para pedirme cuentas. Pero, si estoy en lo cierto, tendrá que comprometerse a hacerme un favor: quiero que me lleve al mismo lugar al que van ellos. Sin su ayuda no podré conseguirlo.

—Está bien; estoy dispuesto a escucharte —dijo Hiden después de un breve silencio—. Pero yo también tengo una condición: quiero que contestes a todas mis preguntas, no solo a lo que a ti te dé la gana. Y más te vale decir la verdad. Si compruebo que me has mentado, no me andaré con contemplaciones... ¿Dónde están?





¿Dónde han estado escondidos todo *este* tiempo?

—Han estado en Medusa, bajo la protección de George Herbert —repuso Aedh con lentitud.

La respuesta pareció sorprender sobremanera a Hiden.

—Vaya, *eso sí* que no me lo esperaba —reconoció chasqueando la lengua—; el viejo Herbert... Siempre ha sido un cobarde; ¿qué le habrá hecho cambiar a estas alturas? El sabe que no puede enfrentarse a mí. Si yo quisiera, barrena su pequeña corporación de la faz de la Tierra en pocos meses. Claro que tiene algunos aliados, pero, aún así... ¿cómo ha podido atreverse a desafiarme de este modo?

—Supongo que se sentía en deuda con esos chicos —apuntó Aedh.

—¿Por no haber ayudado al padre de Martín cuando tuvo ocasión? Sí, tal vez; eso sería típico de Herbert... La culpabilidad siempre le ha perseguido desde entonces. Creo que, en el fondo, daría cualquier cosa por reescribir el pasado; si pudiera hacerlo, renunciaría a su liderazgo al frente de Prometeo y se uniría a los militantes antiglobalización, a los que en otro tiempo dio la espalda.

—Yo no me refería a eso —le interrumpió Aedh—. Creo que, más bien, se siente responsable de esos críos. Al fin y al cabo, de no ser por él, nunca habrían llegado hasta aquí.

Hiden lo miró con evidente perplejidad.

—¿Qué quieres decir? —preguntó, impaciente—. Estoy harto de misterios. ¿Quieres ir al grano de una vez? ¿Por qué se siente Herbert responsable de esos chicos?

—Bueno, sin duda recordará que los cuatro nacieron en Medusa, la ciudad de la corporación presidida por Herbert. Y en el mismo día, por añadidura; fue usted mismo quien lo descubrió...

—Entonces, es lo que yo suponía: Un experimento de Prometeo, ¿verdad? Crearon varios bebés transgénicos con una capacidad inmunitaria totalmente fuera de lo corriente...

—Se equivoca, Hiden. Las cosas no ocurrieron así. Herbert no tiene ninguna responsabilidad directa en las anomalías genéticas de esos chicos. El tan solo puso los medios para traerlos aquí... ¿Ha oído hablar de la esfera de Medusa?

Hiden miró un instante al techo, como tratando de hacer memoria.

—Sí, ya me acuerdo —murmuró—. Una vieja chifladura de Herbert... Intentaba construir una máquina del tiempo, o algo así. Cuando me enteré del asunto, hace muchos años, recuerdo que consulté a mis propios expertos, y que todos, sin excepción, me confirmaron lo que yo suponía; es decir, que el proyecto no tenía la menor posibilidad de salir adelante. Él era consciente de ello, naturalmente; pero, aún así, la construyó, incluso sabiendo que no llegaría a funcionar nunca... Fue un





fracaso estrepitoso para Prometeo; una inversión multimillonaria tirada a la basura. La corporación tuvo que recortar sus presupuestos en otras áreas de investigación mucho más rentables, y todo para financiar el capricho de un viejo loco. Me sorprende que no perdiese en aquel entonces el control de la compañía; hubo mucho descontento entre su gente, la mitad de sus científicos abandonaron Medusa en aquella época...

—La máquina funcionó —dijo Aedh con brusquedad—. Funcionó, y el resultado fue la llegada de esos cuatro críos a Medusa. Venían del futuro, de un futuro muy lejano para ustedes... Año 3075. De ahí todas sus rarezas, sus peculiaridades genéticas...

Hiden se había puesto intensamente pálido.

—No puede ser —musitó, mirando a su interlocutor con fijeza—. ¿La máquina funcionó? Pero eso es imposible, se habría sabido...

—Ni el propio Herbert se enteró, en su día. Fueron los hombres del futuro los que la hicieron funcionar... Encontraron la esfera, la repararon y enviaron a esos niños. Sabían, por los archivos de la ciudad, que ese día en concreto se había producido una avería en las incubadoras de Medusa, y aprovecharon la circunstancia para sustituir a cuatro de los niños fallecidos por sus propios enviados. Al menos, así es como creemos que sucedió...

—«¿Creéis?». ¿Quiénes lo creéis? ¿Y cómo sabes tú todo eso, Aedh? No podías estar allí cuando ocurrió... Es imposible, eres demasiado joven. En aquella época, tú debías de ser un niño...

—Yo también procedo del futuro —afirmó Aedh sonriendo—. Llegué en otra expedición posterior, del mismo modo que los chicos; es decir, utilizando la esfera. Llegamos juntos, mi hermano y yo.

Hiden clavó la vista en el suelo. Parecía tan aturdido como si acabase de recibir una pedrada.

—Eso es una locura —murmuró—. No puede ser. Mis expertos me lo repitieron miles de veces: Los viajes en el tiempo no son posibles...

—Bueno, sus expertos tenían razón, hasta cierto punto. Con la tecnología existente en la actualidad, la máquina del tiempo no podía funcionar. Pero dentro de mil años, la tecnología habrá avanzado lo suficiente como para superar los pequeños problemas que se encontró George Herbert al intentar que su esfera funcionase.

Hiden sacudió la cabeza varias veces sin dejar de mirar al suelo.

—No. No es posible —repitió mecánicamente, como si estuviese distraído—. Hacen falta cantidades ingentes de energía gravitatoria negativa... Un verdadero disparate.

Aedh se encogió de hombros e hizo una mueca de desdén.



—No creí que fuese usted de esa clase de personas que se niegan a aceptar los avances del conocimiento humano —dijo—. Me decepciona, Hiden...

Por primera vez en varios minutos, Hiden alzó los ojos hacia él.

—Pero es que no lo entiendo, Aedh. Me parece absurdo —dijo lentamente—. Si es cierto lo que dices, ¿qué sentido tendría?

—No sé qué quiere decir —repuso Aedh con una sonrisa burlona—. ¿Le parece que no tiene sentido viajar en el tiempo, cuando se sabe cómo hacerlo?

—No es eso. Pero quiero saber por qué habéis elegido nuestra época... ¿Para qué, Aedh? ¿Para qué habéis venido? —preguntó Hiden mirando al joven con fijeza.

Aedh tardó unos segundos en responder.

—Bueno, mi hermano y yo hemos venido para vigilarlos a ellos, a Martín y los demás —dijo finalmente—. El pueblo de los ictios, que fue el que los envió, está empeñado en desvelar los misterios que envuelven ciertos acontecimientos cruciales en nuestra Historia y que, según los fragmentarios archivos que han llegado hasta nosotros, estarían a punto de producirse. Ellos quieren estar presentes en esos acontecimientos, y nosotros queremos... bueno, queremos saber qué es lo que averiguan.

—Grandes acontecimientos históricos... ¿Y dices que están a punto de producirse? —preguntó Hiden, presa de una viva agitación—. Tienes que explicarme todo eso más despacio, chico; es fascinante lo que me dices... ¿De modo que está a punto de suceder algo trascendental, algo que cambiará el destino del género humano? Es maravilloso... Y tú vas a decirme de qué se trata, por supuesto. Quiero estar en primera fila cuando eso ocurra, sea lo que sea. Aún más; quiero participar, quiero ser el protagonista de ese cambio...

Hiden se detuvo al percibir la expresión de alarma que poco a poco había ido intensificándose en el rostro de Aedh.

—Está yendo usted demasiado lejos —dijo el muchacho sombríamente—. Veo que me he precipitado al contarle todo esto... Pero ya no tiene remedio. En todo caso, no logrará sacarme una palabra más sobre este asunto. Si quiere localizar a los chicos de Herbert, puedo ayudarle a hacerlo; pero no espere ninguna otra cosa de mí.

Comprendiendo que había dejado traslucir con demasiada claridad el interés que habían despertado en él las palabras de Aedh, Hiden prefirió no insistir. Lo principal, por el momento, era no perder la confianza del joven y mantenerlo a su lado. Ya surgirían otras oportunidades para seguir sacándole información.

—Perdona, chico, me he dejado llevar por el entusiasmo —dijo, sonriendo a modo de disculpa—. Pero tienes razón, supongo; es mejor no interferir en el curso de la Historia utilizando información privilegiada. Ni siquiera estoy seguro de que pueda hacerse, además. Y, si es posible, debe de resultar muy peligroso... A decir verdad, nunca había reflexionado a fondo sobre las consecuencias de los viajes en el tiempo.



Pero vosotros debéis de saber lo que estáis haciendo, ¿no? Me figuro que vuestros viajes no provocarán ningún cataclismo...

—Nosotros no podemos cambiar la Historia —afirmó Aedh en tono cansado—. Ningún viajero del tiempo puede hacerlo... Los momentos temporales no se repiten; este día, por ejemplo, no ha transcurrido dos veces, una conmigo aquí y otra sin mí... No; este día solo transcurrirá una vez, y se da la circunstancia de que yo estoy presente en él; pero nada más.

—Entonces, es imposible cambiar el pasado...

—Eso es, al menos, lo que creen la mayoría de los especialistas, en mi época y en la suya. Hay algunos, sin embargo, que piensan que, cada vez que se produce una alternativa en el curso de los acontecimientos, el Universo se bifurca; se crearían dos universos paralelos, dos espaciotiempos distintos... Pero sería imposible pasar de uno a otro, de modo que, en la práctica, esa posibilidad no tiene, para nosotros, ninguna consecuencia.

—Sí, creo haber leído algo sobre eso, hace tiempo. La verdad es que las dos posibilidades resultan un tanto... ¿cómo diría yo? Turbadoras... Pero tienes razón, Aedh. Aunque todo esto es muy interesante, no debemos apartarnos de nuestro objetivo principal. Tú has venido a decirme cómo capturar a los chicos. ¿Qué es lo que sabes? ¿Siguen en Medusa?

—Se fueron hace algunos días, y ahora mismo ignoro dónde están; pero sí sé, en cambio, adonde piensan dirigirse en los próximos meses... ¿Recuerda usted las cápsulas que les extrajeron a Martín y a los demás durante su estancia en el Jardín del Edén?

—Desde luego que me acuerdo —repuso Hiden apretando los puños—. Fue una gran decepción para nosotros... Nunca conseguimos abrirlas. Después, ellos nos las robaron...

—Las cuatro cápsulas unidas forman un artificio que nosotros denominamos la «llave del tiempo». Es un instrumento capaz de hacer funcionar la esfera construida por Herbert. Pero, además, contiene información muy valiosa, ya que está diseñado para indicarles a esos cuatro en qué lugares y momentos deben estar presentes con el fin de presenciar lo que los ictios creen que pueden ser grandes acontecimientos de la Historia. El caso es que el lugar señalado por la llave para la próxima cita se encuentra en Marte, en el gran edificio de la Doble Hélice. Tienen que estar allí dentro de cuatro meses y medio, aproximadamente. De modo que ya sabe dónde puede capturarlos.

Hiden permaneció en silencio unos instantes, escuchando, al parecer, el ruido de la lluvia y los truenos que, de cuando en cuando, desplomaban su estruendo sobre la costa.

—Pero no será necesario esperar tanto tiempo —dijo finalmente volviéndose hacia



Aedh—. Si están con Herbert, podremos atraparlos mucho antes... ¿Tienes idea de cómo piensan llegar hasta Marte? Saben que yo les busco, y que en el Planeta Rojo mis comandos operan con mayor libertad aún que en la Tierra...

—Lo único que sé es que no piensan utilizar las naves de Prometeo para el viaje. Por lo visto, no quieren seguir comprometiendo a Herbert... De todas formas, hay otras maneras de llegar a Marte, y, en mi opinión, sería absurdo tratar de impedirles el viaje. Lo importante es tenerlos vigilados, averiguar lo que están haciendo... Y luego, en el momento apropiado, cogerlos.

—El único problema, Aedh, es que tú y yo probablemente no coincidamos a la hora de decidir cuál es el momento apropiado. Por mi parte, no voy a engañarte; el momento apropiado será la primera ocasión en que los tenga a mano. No voy a montar un dispositivo para impedir el viaje, porque será mucho más fácil cogerlos en Marte, donde el ejército de Dédalo no tiene que dar cuenta de sus actividades a ninguna federación transnacional... Pero en cuanto me sea posible, Aedh, los cogeré; de eso no te quepa la menor duda.

Aedh rió brevemente.

—Es usted optimista por naturaleza, Hiden. Parece haber olvidado que esos críos ya han conseguido escapar de Dédalo en varias ocasiones...

—La última no cuenta —le interrumpió Hiden mirándolo con hostilidad—. No lo habrían logrado sin vosotros.

El rostro de Aedh, de pronto, adquirió una gravedad casi solemne.

—Menosprecia usted a esos chicos, y se equivoca al hacerlo —dijo en tono de advertencia—. Creí que, a estas alturas, ya se habría dado cuenta de que sus poderes están muy por encima de los de cualquier humano normal. Acuérdesse de Jacob, del modo en que logró introducirse en su mente para provocarle la visión del laberinto. Y de Selene y su forma de manipular el ordenador central del Jardín del Edén...

Hiden hizo un gesto de impaciencia con las manos.

—Todo eso es cierto, pero no dejan de ser humanos —dijo—. Un ser humano siempre es vulnerable; siempre tiene un punto débil... ¡Y, además, son solo unos adolescentes! Carecen de experiencia, no conocen el mundo... Todo eso juega a nuestro favor.

—Está bien —dijo Aedh mirándole con un destello de ironía—. Si quiere arriesgarlo todo por un exceso de confianza, es su problema. Pero debería ser más cauto. Sus hombres no conseguirán atrapar a esos chicos. Es cierto que ellos carecen de experiencia, pero tienen unas capacidades innatas increíbles. Y, además, cuentan con la ayuda de mi hermano Deimos. Él sí conoce el mundo: el nuestro y el de ustedes. No olvide que Deimos y yo hemos vivido del contrabando en Calcuta-Madras. Esa es una buena escuela para un fugitivo, no me lo negará...

Por primera vez, Hiden parecía dubitativo.



—Pero no es solo eso —continuó Aedh—. Deimos sabe mucho más de las capacidades de esos cuatro que ellos mismos. Les enseñará cómo sacar el máximo partido de ellas, y entonces resultará mucho más difícil vencerlos.

La máscara virtual de Hiden adoptó una expresión interrogante.

—Un momento: ¿Cómo es que Deimos está con ellos? —preguntó con desconfianza.

Aedh se quedó largo rato mirando la superficie plomiza del mar sin responder. Era evidente que no deseaba ahondar en el tema. Sin embargo, en esta ocasión Hiden estaba dispuesto a insistir cuanto fuera necesario para averiguar lo que había detrás de aquella sorprendente información.

—Supongo que os habéis dividido el trabajo, ¿no es así? Él los vigila de cerca mientras tú recurras a mí para asegurarte de que serán atrapados cuando llegue el momento...

—Se equivoca —le interrumpió Aedh, sonriendo con amargura—. Deimos está de su parte... No era ese el plan inicial, pero algo le ha hecho cambiar de opinión, y ahora está con ellos, decidido a ayudarles hasta las últimas consecuencias, aunque para ello tenga que enfrentarse a su hermano. Pero esa no es la cuestión, Hiden —continuó secamente—. La cuestión es que yo también puedo influir en esos chicos. Conozco sus capacidades tan bien como Deimos, si no mejor... Tanto Deimos como yo tenemos prótesis neurales que nos permiten acceder directamente a sus mentes. Yo lo he hecho ya, con Jacob... Y puedo volver a hacerlo cuando quiera.

Al ver la expresión confusa de la máscara de Hiden, Aedh añadió con impaciencia:

—Lo que le estoy diciendo es que puedo ayudarle. Sin mí, no conseguirá cogerlos. Con mi ayuda, todo le resultará bastante fácil. Lo único que le pido a cambio es que me lleve a Marte. Yo también quiero presenciar ese supuesto acontecimiento histórico, si es que se produce.

—¿Ese es tu precio, entonces?

—Ese es mi precio. Y algo más: no quiero que le hagan daño a mi hermano. Puede que estemos distanciados ahora mismo, pero eso es algo que tenemos que solucionar entre nosotros.

Hiden pareció meditar durante un momento la oferta de Aedh. Estaba claro que no se fiaba demasiado del joven, después de la forma en que él y su hermano le habían engañado en el aeropuerto de Nara. No quería caer por segunda vez en una trampa... Pero, por otro lado, ¿qué podía perder intentando lo que Aedh le proponía? Llevarle a Marte no suponía ningún problema para Dédalo, y además le permitiría tenerlo controlado. Y en cuanto a la historia de la pelea con su hermano... El tono dolido de Aedh le había sonado sincero.

Mientras Hiden meditaba, Aedh espiaba con ansiedad la expresión de su rostro. Había exagerado a propósito su capacidad de influencia sobre los cuatro fugitivos de



Dédalo; después de su pelea con Jacob en Medusa, había quedado bastante claro que las capacidades de los chicos eran muy superiores a las de los dos gemelos. Pero algo tenía que decir para convencer a Hiden de que lo llevase con él, y aquel era el mejor argumento que podía ofrecerle. Después de todo, Hiden nunca conocería la verdad acerca de lo ocurrido en Medusa...

Un leve carraspeo de Hiden lo sacó de su ensimismamiento.

—La tormenta empeora —dijo el director de Dédalo *con* una sonrisa inexpresiva—. Allá, en la playa, está granizando... ¿Lo ves?

—¿Qué ha decidido, entonces? —preguntó Aedh sin poder disimular su nerviosismo—. ¿Acepta el trato?

—Es arriesgado, pero acepto —dijo Hiden después de una última vacilación que a su interlocutor le pareció fingida—. No te preocupes, se hará como tú dices. Te llevaremos a Marte. Allí, tú nos ayudarás a capturar a esos cuatro. Yo, a cambio, te garantizo que tu hermano no sufrirá ningún daño. Por cierto, ¿hace mucho que os separasteis?

—Sí, hace bastante tiempo —admitió Aedh con desgana—. Jacob descubrió mi juego y me vi obligado a atacarle... Ya le he dicho que logré introducirme en su mente. Lo paralicé momentáneamente para que me diese tiempo a escapar. No podía arriesgarme a quedarme con ellos, después de lo que había pasado... Estuve escondido unos días en Medusa, rehuyendo a mi hermano y a los demás. Temía que detectasen mi presencia con sus implantes neurales. Pero hace unos días, cuando supe que por fin habían abandonado la ciudad, me atreví a visitar a Laura, una colaboradora de Herbert que nos acogió en su casa cuando llegamos a Medusa. Me cubrí el tatuaje del brazo y me hice pasar por mi hermano... El caso es que la buena mujer se tragó el anzuelo. Estuve mucho rato charlando con ella, y, en el curso de la conversación, ella me contó lo de Marte. Fue entonces cuando decidí venir a verlo.

—Has hecho bien. Y, si todo lo que me has dicho resulta ser cierto, tendrás motivos para alegrarte de tu decisión. Son muchas las cosas que Dédalo puede ofrecerte a cambio de tu lealtad: dinero, un puesto de relevancia en la corporación...

—Lo único que quiero es que me facilite el modo de llegar a Marte —le interrumpió Aedh con brusquedad—. Estoy solo, y, sin su ayuda, puedo tardar meses en conseguir un transporte... Quiero estar presente en la torre de la Doble Hélice cuando se produzca ese supuesto gran acontecimiento que los ictios quieren investigar. Con eso me conformo.

Hiden se mostró muy complacido con aquella respuesta.

—Por supuesto, muchacho, te llevaremos allí. Será un placer para mí, te lo aseguro... Además, pienso acompañarte. Como sabes, el viaje es largo, así que tendremos la oportunidad de llegar a conocernos más profundamente... ¿Acordado, entonces? Pero espera... Un pacto tan importante debería sellarse con un brindis.



Con gesto resuelto, el director de Dédalo se dirigió a un pequeño mueble-bar situado en la pared opuesta a la de la chimenea y, descorchando una botella de champán, vertió el dorado y burbujeante líquido en dos copas del más delicado cristal de Bohemia.

—¿Por qué brindamos? —preguntó, tendiéndole una de las copas a Aedh, que también se había puesto en pie—. ¿Por el éxito de nuestros proyectos?

—No. Por el fracaso de nuestros enemigos.

—Está bien... Por el fracaso de nuestros enemigos.

Y los dos hombres hicieron entrecuchar sus copas en el preciso momento en que un violento trueno, más profundo y amenazador que ninguno de los que le habían precedido, descargaba su furia sobre el acantilado, ahogando en su fragor el breve tintineo del cristal.





## Capítulo 2. Jade

Por un momento, al despertarse, Martín no supo dónde estaba. Antes de abrir los ojos, trató de recordar la orientación de su cama, la posición de la ventana y la forma de la habitación en la que dormía, pero no pudo lograrlo. Aunque sabía que no se encontraba ya en su lujoso dormitorio del Jardín del Edén, durante un rato jugó a imaginarse, a su alrededor, las cortinas de gasa blanca que hacían las veces de mosquiteras, a través de las cuales se veían, como veladas por una fina bruma, las estanterías de estilo colonial repletas de libros y las grandes cristalerías del jardín. Sin embargo, al despegar los párpados se encontró en un lugar completamente distinto. La luz del sol entraba a raudales por una ancha ventana sin cortinas en cuyo alféizar destacaban dos macetas de geranios rojos. No había ninguna otra nota de color en aquella habitación de muros encalados que, por su sencillez, recordaba la celda de un antiguo convento. Además de la cama, una silla con asiento de paja y un viejo perchero de madera componían todo el mobiliario, y el suelo de baldosas color de arcilla constituía la única promesa de frescor en el recalentado ambiente.

—Ya me acuerdo... ¡Kukulkán! —dijo Martín en voz alta.

Por fin habían vuelto a su memoria los acontecimientos de la tarde pasada, cuando, procedentes de Medusa, él y sus compañeros habían aterrizado en la capital de la corporación Silva, situada muy cerca de la costa del Pacífico, en medio de una vasta planicie semidesértica. Vista desde el aire, la ciudad de Kukulkán, con sus siete barrios escalonados, le había parecido un gigantesco zigurat erigido en mitad de la nada como un templo a una vieja deidad desconocida. Luego, en el aeródromo, la delegación diplomática de la corporación Prometeo que había acudido a recibirlos les había instalado a todos en un amplio vehículo y los había conducido hasta el Barrio Blanco, el tercero de la ciudad, donde, al parecer, poseían varios edificios...

Un débil golpe en la puerta lo sacó bruscamente de sus reflexiones.

—¿Estás despierto, Martín? —preguntó Jacob, asomando la cabeza—. Vístete en seguida, Deimos ha salido...

—¿No es muy temprano todavía? —preguntó Martín frotándose los párpados.

—¿Y eso qué importa? Ponte esto de una vez —replicó Jacob, arrojándole sin ningún miramiento la ropa que colgaba del respaldo de la silla—; si no salimos ahora mismo, le perderemos la pista.

Casi sin darse cuenta de lo que hacía, Martín se abrochó la camisa de lino blanco y se puso a toda prisa los pantalones. Todavía con las sandalias en la mano, salió detrás de Jacob, que ya se había precipitado escaleras abajo y observaba la calle desde la puerta principal del edificio.



—Corre, aún estamos a tiempo —dijo—. Acabo de verlo desaparecer detrás de aquella esquina.

Cerrando la puerta sin ruido para no despertar a los que todavía dormían, los dos chicos se lanzaron a la carrera por la calle desierta hasta el recodo que había señalado Jacob. Allí daba comienzo otra calle más estrecha que descendía en empinada pendiente, flanqueada por altos edificios encalados, hasta una especie de plazoleta adoquinada y adornada con una fuente. Muy cerca ya de la plaza, descubrieron a Deimos caminando a buen paso, aunque sin apresurarse.

—¿Adonde vas, Deimos? —gritó Jacob a pleno pulmón, para ser oído desde el otro extremo de la calle—. ¡Espéranos, vamos contigo!

Sorprendido, Deimos se dio la vuelta y, deteniéndose, esperó a que los otros dos le dieran alcance.

—¿Se puede saber qué estáis haciendo? —preguntó malhumorado—. ¿Es que ahora os dedicáis a seguirme?

—Vas a ver a esa gente, ¿verdad? —repuso Jacob sonriendo—. Los del transporte interplanetario... ¡Querías dejarnos al margen!

—No digas tonterías, Jacob; esa gente es peligrosa... Yo los conozco, vosotros no; si os empeñáis en venir conmigo, puede que ni siquiera nos dejen entrar... ¿Quieres que todo se vaya al traste por vuestra culpa?

—Estás exagerando —dijo Jacob despreocupadamente—. Vamos a ofrecerles un buen negocio, ¿no? No creo que sean tan idiotas como para rechazarlo por una tontería...

Deimos se quedó mirando alternativamente a los dos muchachos con expresión indecisa. Jacob sonreía ampliamente mientras Martín terminaba de ajustarse las sandalias, que hasta ese momento todavía llevaba en la mano. Era evidente que no iba a poder quitárselos de encima con facilidad.

—Está bien —suspiró—. Pero, si os empeñáis en venir, que quede claro que no debéis abrir la boca en ningún momento. El que habla soy yo, ¿entendido? Yo soy el que negocia; oigáis lo que oigáis, no os atreváis a intervenir. Conozco a Jade, es la desconfianza en persona... Un paso en falso, y habremos hecho el viaje en vano.

—No estropearemos nada, no diremos ni una palabra —aseguró Martín.

—Por cierto, ¿quién es esa tal Jade? ¿Por qué no nos cuentas algo de ella?

Habían llegado hasta la plazoleta de la fuente y Deimos se había detenido a consultar un pequeño plano virtual que llevaba ajustado a la muñeca.

—Es por ahí... tenemos que bajar al Barrio Rojo, y luego al Distrito Negro, el más bajo de la ciudad. El camino más corto es por esa calle de la izquierda... Al final hay unas escaleras mecánicas.



Los tres avanzaron siguiendo la dirección indicada por Deimos. La calle que acababan de tomar estaba más concurrida que las otras dos, y los viandantes que pasaban, ataviados la mayoría con vistosas túnicas de estampados geométricos, lanzaban miradas llenas de curiosidad a los tres extranjeros, que no iban vestidos como ellos.

—Deberían habernos facilitado túnicas como esas —murmuró Deimos con una mueca de disgusto—. Estamos llamando demasiado la atención.

—¿Y eso es peligroso? —preguntó Martín.

—Supongo que no, pero, aún así, no me gusta. Ojalá lleguemos pronto al Barrio Rojo. Por lo visto, en los barrios más bajos de la ciudad vive gente de lo más variopinta, y la policía no se mete demasiado con ellos. Hay un montón de inmigrantes ilegales, de refugiados de otras ciudades... Según parece, es la propia corporación Silva la que alienta esa inmigración clandestina. Toda esa economía sumergida contribuye a la prosperidad de la ciudad... Por fin, ahí están las escaleras.

Efectivamente, al final de la calle, a la derecha, comenzaban unas escaleras mecánicas que conducían al barrio inferior. La garita de control de pasaportes estaba cerrada, de modo que cualquiera podía emprender el descenso sin tener que presentar ningún documento.

—¿Veis lo que os decía? —señaló Deimos, poniendo los pies en uno de los peldaños móviles del mecanismo—. Los controles son muy rígidos en los barrios altos, pero aquí... No les interesa poner obstáculos.

Jacob y Martín se situaron en los peldaños siguientes y se mantuvieron callados hasta llegar al final de las escaleras.

El aspecto de aquella parte de la ciudad era muy diferente del de las calles que acababan de dejar atrás. Aquí, los edificios estaban contruidos con ladrillos de color rojo oscuro, e incluso el embaldosado de las aceras formaba dibujos en tonalidades rojizas. Tal y como había pronosticado Deimos, la variedad de atuendos que exhibían los escasos transeúntes era mucho mayor que en el Barrio Blanco; tal vez por eso, los recién llegados no despertaban ahora tanto interés entre la gente.

—Bueno, ahora ya puedes hablarnos de esa tal Jade —insistió Jacob.

Sin embargo, Deimos no parecía dispuesto a satisfacer de inmediato la curiosidad de los chicos. Después de detenerse nuevamente a consultar el plano, les indicó con un gesto que no se apartasen de él mientras atravesaban una amplia plaza porticada y llena de puestos de frutas y hortalizas. Solo cuando estuvieron al otro lado, al comienzo de un largo callejón casi desierto, se decidió a comenzar sus explicaciones.

—No es mucho lo que puedo contaros acerca de Jade. La conocí en Calcuta-Madras, cuando Aedh y yo establecimos nuestro sistema de transportes clandestinos a través de los túneles transcontinentales. Parece bastante joven, tendrá unos veintitrés o veinticuatro años... Pero eso no le impide dirigir una poderosa red de



contrabando de antimateria. Dispone, incluso, de sus propias naves, y controla una estación espacial clandestina en Marte, desde donde organiza varios viajes por año a la Tierra. Tiene cientos de personas bajo su mando. Hasta ahora, la policía interestatal no ha conseguido reunir pruebas suficientes para detenerla, y se rumorea que cuenta con importantes contactos infiltrados en algunas de las principales corporaciones; de otro modo, no la dejarían actuar con tanta impunidad...

—¿Y desde cuándo se dedica al contrabando? —preguntó Martín—. ¿Cómo ha llegado a controlar una red tan poderosa, siendo tan joven?

—Bueno, la verdad es que no conozco los detalles de su historia. Todo lo que sé es que, durante la adolescencia, Jade fue una estrella de los Juegos de Arena, aunque no recuerdo cuál era su especialidad... El caso es que llegó a lo más alto de la competición, y ganó muchísimo dinero. La explotaron todo lo que pudieron, y, cuando empezó a exigir más control sobre su carrera, su propio entrenador la traicionó; por lo visto, la obligaron a jugar en un partido amañado, aunque ella no lo sabía; el resultado fue que la hirieron, y estuvo al borde de la muerte. Tardó varios meses en salir del coma, y cuando finalmente logró recuperarse, era, según dicen, otra mujer, y estaba decidida a cambiar de vida. Supongo que debió de utilizar los contactos de su época de jugadora para montar su organización... Desde entonces vive en la clandestinidad, y se dedica a acumular poder y dinero para poder vengarse algún día de los que trataron de matarla.

—¡Qué historia tan increíble! —murmuró Martín—. Parece una novela...

—Creo que empieza a caerme bien esa Jade —dijo Jacob con entusiasmo—. Estoy deseando conocerla...

—Yo que tú, no tendría tanta prisa —repuso Deimos mirándole con severidad—. Puede que su historia os haya parecido muy romántica, pero *eso no* debe haceros olvidar lo que es esa mujer en la actualidad. Yo la conozco, y sé muy bien de lo que estoy hablando... Jade dirige una organización criminal de la peor especie, y lo hace con mano de hierro. Es astuta y cruel, y no tiene piedad con sus enemigos. Puede ordenar la muerte de un hombre sin pestañear... yo mismo la he visto hacerlo. Es muy peligrosa, y, sea cual sea la impresión que os produzca, no debéis fiaros de ella.

—Está bien, no hace falta que insistas tanto —refunfuñó Jacob, molesto—. No somos tan tontos como crees, sabemos cuidar de nosotros mismos.

Mientras hablaban, habían llegado al final del callejón, donde comenzaban las escaleras mecánicas que permitían acceder al Barrio Negro. Al igual que en las escaleras anteriores, las garitas de control estaban vacías, y, a juzgar por la basura acumulada a su alrededor, ninguna patrulla de limpieza se había molestado en pasar por allí en los últimos meses.

—Vamos allá —dijo Deimos, situándose en uno de los escalones—. La guarida de Jade no debe de quedar muy lejos de esta bajada, según las indicaciones que me envió ayer a través del intercomunicador. Espero no equivocarme, no quisiera tener



que caminar mucho rato por estas calles.

Martín y Jacob no tardaron en comprender las aprensiones de su compañero. Apenas habían avanzado unos pasos cuando se toparon con varios hombres enfrentados en una reyerta; uno de ellos, incluso, llevaba una navaja en la mano... Los tres jóvenes se alejaron de allí tan deprisa como pudieron.

—Este lugar es siniestro —observó Martín—. No me extraña que tenga tan mala fama...

—Hace unos años era muy distinto —explicó Deimos—. Todas esas fachadas forradas de granito negro le daban a la zona un aspecto sofisticado y elegante... Pero, desde que las autoridades de Kukulkán se han desentendido del barrio, las cosas no han hecho más que empeorar. Grafitis en las paredes, desperdicios por todas partes... Las propias bandas organizan, de vez en cuando, sus propias patrullas de limpieza, pero solo se ocupan de limpiar el entorno de las casas de los principales matones y jefes mañosos de la ciudad.

—No lo entiendo. ¿Por qué permite todo esto la corporación Silva? No puedo creer que le salga rentable.

—Pues créetelo, Martín. Después de todo, la mercancía estrella de la corporación Silva es la información... Es lógico que haya traficantes de todo el mundo interesados en ella. Datos privados de personas e instituciones... Hay mucha gente por ahí dispuesta a pagar por todo eso. Silva utiliza a las mafias para cerrar operaciones que, en teoría, están prohibidas por las leyes interestatales. Nadie puede culparles directamente, y ellos multiplican sus beneficios... Bueno, creo que hemos llegado.

Deimos se había detenido frente a un desvencijado portal que, a pesar de su abandono, aún conservaba vestigios de su antiguo esplendor. Dos macetas de granito negro con relieves florales flanqueaban la entrada y ponían una nota de verdor en la fachada con sus polvorientas enredaderas. Deimos tecleó una cifra en el dispositivo de lectura de códigos situado a la derecha de la puerta, que de inmediato se abrió, franqueándoles el paso a un amplio patio con arcos, cuya luminosa blancura contrastaba intensamente con la oscuridad del exterior del edificio.

—Jade les da la bienvenida y les ruega que la esperen un momento —les anunció un tipo enjuto y moreno, vestido con un elegante traje gris, saliendo a su encuentro—. En seguida estará con ustedes.

Los tres visitantes se sentaron en las butacas de mimbre que el desconocido les había señalado, situadas bajo un frondoso emparrado cargado de racimos de uvas negras. Un instante después, el individuo regresó seguido de una atractiva joven de ojos rasgados y cabellos negros como el azabache. Sus facciones, a la vez delicadas y exóticas, exhibían una perfecta simetría, destruida, sin embargo, por una larga cicatriz roja que le cruzaba la mejilla izquierda. No obstante, aquella marca apenas disminuía su singular belleza, que aún habría sido mayor de no ser por el espeso maquillaje plateado de sus párpados y el carmín exageradamente brillante de sus



labios. En realidad, todo su atuendo resultaba llamativo en exceso, desde sus altísimas botas de tacón negro, superpuestas a un ceñido pantalón del mismo color, hasta el top de lentejuelas rojas, que dejaba al descubierto un pronunciado escote; sin embargo, lo que más llamaba la atención en aquella extravagante indumentaria eran los brazaletes de oro en forma de serpiente que daban varias vueltas alrededor de sus brazos, y que aparecían unidos a una finísima red dorada ajustada al dorso de sus *manos*, y sujeta a sus dedos por varios anillos rematados con toda clase de pinchos y garfios.

—Creí que habías dicho que vendrías solo —dijo mirando a Deimos con el ceño fruncido—. No me gustan las sorpresas de última hora, deberías saberlo...

—Lo siento, Jade —repuso Deimos en tono humilde—. De todas formas, no debes preocuparte por ellos, forman parte del grupo que quiero llevar a Marte, así que, antes o después, tenías que conocerlos.

Jade miró de arriba abajo a los dos muchachos.

—¡Sólo son unos críos! —dijo con desdén—. ¿Desde cuándo te dedicas a hacer de niñera?

—Eso no es cierto —se defendió Jacob sin hacer caso de la mirada de reproche de Deimos—; tenemos dieciséis años, y somos perfectamente capaces de cuidar de nosotros mismos.

—¡Vaya, encima orgullosos! —observó Jade arqueando exageradamente las cejas mientras una leve sonrisa le afloraba a los labios.

—Son completamente de fiar, de verdad —se apresuró a asegurarle Deimos—. Te garantizo que no nos causarán ningún problema.

—Más vale que tengas razón; eso, suponiendo que lleguemos a algún acuerdo... Veamos, ¿qué tienes que ofrecerme?

Deimos vaciló un momento antes de contestar.

—Bueno, ya te dije lo que necesitábamos. Si nos proporcionas un transporte seguro y discreto a Marte para seis personas de aquí a dos meses, estaríamos dispuestos a pagar una cantidad suficientemente generosa...

—Sí, sí, ya sé; a través del intercomunicador, me dejaste muy claro que el precio no sería un problema. Pero tengo la impresión de que no has sopesado bien tus palabras. ¿Eres consciente de lo que cuesta un servicio como el que me pides?

—Sé que es mucho dinero —repuso Deimos sin dejarse impresionar—. Hay que pagar el combustible, más el uso de la nave y de la estación orbital, más los gastos de la tripulación... Eso sin contar con los márgenes de beneficio que vosotros os lleváis...

—Te olvidas de una cosa muy importante, querido —le interrumpió Jade sonriendo.





Martín y Jacob no podían apartar la vista de ella. La miraban fascinados, como si hubiesen perdido toda capacidad de razonar.

—¿A qué te refieres? —preguntó Deimos.

—Me refiero al plus de peligrosidad.

Jade paseó una triunfal mirada sobre sus visitantes para comprobar el efecto de sus palabras, pero solo Deimos parecía darse cuenta de su alcance.

—Todos los viajes interplanetarios suponen un riesgo —dijo con fingida indiferencia—. Creía que con eso ya contabas...

—¡No me hagas perder la paciencia, Deimos! —replicó Jade con brusquedad—. ¿Es que me tomas por idiota? Este viaje supone un riesgo especial, y tú lo sabes... ¿crees que no sé lo que te traes entre manos? Estáis intentando escapar de las garras de Dédalo.

Martín y Jacob intercambiaron una fugaz mirada mientras Deimos trataba de pensar con rapidez.

—¿Cómo lo has averiguado tan pronto? —preguntó, intentando ganar tiempo—. No pensaba ocultártelo, Jade; solo estaba esperando el momento oportuno para decírtelo... Pero ¿cómo lo has sabido?

—Bueno, cuando alguien le pide a una banda de contrabandistas que le lleve a Marte, en lugar de utilizar un transporte comercial, es porque tiene algo que ocultar... Eso lo he sabido desde el principio. Y ahora, al ver a estos chicos, por fin he podido atar los cabos. La gente de Dédalo nos pasó su foto hace un par de meses, a ver si podíamos dar con ellos... ¿Estás enterado de la recompensa que ofrecen por su captura?

Deimos apartó con impaciencia un mechón de cabellos que le caía sobre la frente.

—Oye, Jade, si estás pensando en entregarlos, te aseguro que no te merece la pena —dijo con decisión—. Hay gente muy poderosa interesada en que este viaje se realice, gente dispuesta a pagar mucho dinero... Te saldrá más rentable ayudarnos; y además, tendrás la satisfacción de haberte burlado de un tipo tan despreciable como Hiden.

—No niego que eso me tienta —repuso la joven con expresión juguetona—. Dédalo es aliada de Ki, y yo tengo una cuenta pendiente con la corporación Ki desde hace muchos años... Pero eso no significa que esté dispuesta a correr riesgos innecesarios, a menos que haya otras razones. ¿Dices que hay gente dispuesta a pagar mucho dinero? ¿Te refieres al bueno de George Herbert, verdad? Vamos, no me mires así; no hay que ser bruja para adivinarlo. ¿Crees que no sé que habéis entrado en Kukulkán bajo la protección de Prometeo?

—Decididamente, no hay manera de hacer negocios contigo —dijo Deimos suspirando con resignación, aunque en el fondo parecía estar divirtiéndose—. Eres





demasiado lista... En fin, todo lo que te queda por hacer es fijar un precio y decírnoslo; si no es demasiado extravagante, cerraremos el trato y asunto terminado.

—No vayas tan deprisa, Deimos. El dinero es importante, pero no lo es todo... En fin, si insistes te daré una cifra, pero luego tendrás que escuchar mis otras condiciones. Orlando, trae una hoja...

El tipo moreno que había salido a recibirlos se adelantó solícitamente, tendiéndole a la joven una lámina electrónica que parecía haber extraído de su propio bolsillo.

—Gracias —dijo ella, garabateando unos números en la lámina con la larguísima uña del dedo índice de su mano derecha—. Orlando siempre sabe lo que voy a pedirle antes de que se lo pida —añadió, alzando los ojos hacia el aludido con una sonrisa—. Siempre adivina mis deseos... Es la eficacia en persona, aunque a nadie le cae simpático.

Viendo el rostro impasible con que el elegante individuo acogía aquellas palabras, Martín no pudo evitar sentir un escalofrío. No era ya que el tipo no resultase simpático, es que ni siquiera parecía humano... En todo caso, sus labios finos y tensos y su fría mirada transmitían una inquietante impresión de crueldad.

Deimos tomó la lámina que Jade le tendía y examinó en silencio la cifra escrita en ella.

—Esto es mucho incluso para Herbert —murmuró—. Deberías ser más razonable...

—No intentes regatear conmigo, no tengo tiempo para eso —dijo ella con sequedad—. La cifra que te he dado es mi última oferta; lo tomas o lo dejas.

—Primero tendré que consultar con Herbert —insistió Deimos—. No puedo comprometerme en su nombre a pagar esa cantidad...

—Sí puedes —le contradijo Jade sonriendo—; puedes hacerlo, y, si no lo haces, entenderé que el trato no te interesa y daremos el asunto por concluido. Me conoces lo suficiente como para saber que hablo en serio... No estoy ansiosa por hacer ese viaje, Deimos. Me seduce la idea de desafiar a Dédalo, pero también me da miedo. Me ha costado mucho llegar hasta donde estoy ahora, y no quisiera echarlo todo a rodar por una aventura disparatada... Sabes perfectamente que muchas de las actividades de mi organización dependen de la complicidad de algunos miembros de la compañía de Hiden. Sin esa complicidad, no podríamos mantener nuestra base en la Luna, ni la estación orbital... No nos conviene tensar la cuerda; si a Hiden le da por fijarse en nosotros, si le da por rastrear nuestros negocios... En fin, todo esto es muy peligroso para mí.

—Está bien, Jade; tú ganas. Acepto esa cifra en nombre de Herbert. Naturalmente, no necesito decirte que todo esto es estrictamente confidencial. Si nos cogen, nadie debe sospechar la implicación de Prometeo en este asunto. Tienes que prometerme



eso, al menos.

—Tranquilo, hombre; no nos cogerán. A partir de este momento, yo soy la primera interesada en que la cosa salga bien... Pero ya te dije que el dinero no lo es todo; tendréis que comprometeros a cumplir una serie de condiciones. Si no, no hay trato.

—Está bien... ¿Qué condiciones?

Jade, que hasta entonces había permanecido sentada junto a él, se levantó y comenzó a caminar lentamente por el patio.

—Primero, tiene que quedar claro que, desde el momento en que subáis a mi nave, la jefa soy yo. A bordo, todo el mundo cumple mis órdenes, y el que se atreva a desobedecerme tendrá que atenerse a las consecuencias.

Jacob y Martín asintieron varias veces con la cabeza; comenzaban a vislumbrar los problemas a los que tendrían que enfrentarse si alguna vez se atrevían a desafiar a Jade.

—Segundo —dijo la joven continuando su enumeración con los dedos—, si surgen problemas con Dédalo, seré yo quien tome las decisiones. Y tercero, tendré las manos libres para hacer cualquier cosa que estime necesaria con tal de salvar mi nave, en caso de que llegue a encontrarse en peligro.

—¿Qué significa «cualquier cosa»? —preguntó Deimos con desconfianza—. Supongo que no estarás pensando en entregarnos a Hiden, en caso de que lo estimes necesario...

—Si es el único modo de salvar mi nave, no vacilaré en hacerlo —replicó Jade con indiferencia—. Por eso, os conviene no ponerla en peligro en ningún momento. Si aceptáis esas condiciones, yo me comprometo a protegeros mientras me sea posible, y a hacer todo cuanto esté en mi mano para dejaros sanos y salvos en suelo marciano.

—Está bien, trato hecho —dijo Deimos, poniéndose en pie y tendiéndole una mano a su nueva socia para sellar el acuerdo—. Puedes empezar a prepararlo todo, nosotros esperaremos aquí en Kukulkán hasta recibir tus instrucciones.

Justo en el momento en que Jade estrechaba la mano de Deimos, hizo su entrada en el patio un nuevo personaje cuya insólita indumentaria dejó asombrados a los chicos.

—¡Vaya, por fin llegas! —exclamó Jade sonriendo—. Os presento a Detroit, mi brazo derecho. No os dejéis intimidar por su aspecto; es un tipo duro, pero de fiar. Pertenece a una tribu de rockeros del Norte, así que no os extrañe si le veis actuar de un modo algo salvaje. Hasta hace tres años, ni siquiera sabía lo que era una rueda neural... Vivía en las montañas, con los suyos, cuidando de sus viejísimas motos de gasolina y tocando la guitarra eléctrica. Es el mejor mecánico que he conocido... Vendrá con nosotros, por supuesto; así que más vale que os vayáis acostumbrando a él.



Jacob y Martín miraron con una mezcla de admiración y temor al desconocido, cuya imponente estatura, unida a sus largos y enmarañados cabellos y a su descuidada barba rubia, le conferían un aspecto de lo más amenazador. A Deimos, sin embargo, parecía llamarle más la atención la viejísima chaqueta de cuero negro que llevaba, tan desgastada en algunos lugares que había perdido por completo el color. Había oído hablar de aquellas primitivas tribus urbanas que se habían refugiado en las reservas naturales del norte durante la última guerra, pero, hasta entonces, no había conocido nunca a uno de sus miembros. En general, la gente tenía muy idealizado su modo de vida, a espaldas de todas las imposiciones de las nuevas leyes y de las autoridades federales; sin embargo, en la práctica llevaban una existencia tan precaria como peligrosa, pues siempre tenían que estar burlando a la policía interestatal y huyendo de un sitio a otro para conservar su libertad.

—¿Son estos los que quieren ir a Marte? —preguntó con un extraño acento que recordaba el viejo inglés americano del siglo XX, tal y como aún podía escucharse en algunas películas de la primera época del Cine—. Están locos; Marte es un agujero infecto...

—Detroit siempre está echando pestes sobre el Planeta Rojo —explicó Jade palmeando cariñosamente el enorme brazo de su compañero—. No le gustan las mascarillas ni las botellas de respiración... Pero en el fondo adora Marte, aunque no sea capaz de reconocerlo. Y es que no es un sitio tan malo... Ya lo veréis. Incluso puede llegar a resultar agradable, si uno está abierto a experiencias... diferentes.

—Desde luego, la Luna es peor —gruñó Detroit examinando a Martín con cara de pocos amigos—. Esos trajes... me dan claustrofobia, y pesan como muertos... Por muy locos que estéis, no creo que os guste.

—Es igual, de momento no tenemos pensado ir a la Luna —dijo Martín, tratando de sonreír con desenvoltura—. Con Marte, por ahora, será suficiente.

Detroit y Jade intercambiaron una significativa mirada.

—¿No se lo has dicho? —preguntó él—. Para ir con nosotros a Marte, chico, tendréis que pasar por la Luna, os guste o no. No hay otra forma de hacerlo...

—Un momento... ¿Es eso cierto? —preguntó Deimos con el ceño fruncido—. Jade no ha dicho nada de ir a la Luna...

—Allí es donde está nuestra nave —contestó Jade sin mirarlo—. No pensarías que íbamos a ensamblar una nave con motor de antimateria en la órbita terrestre... ¡Todo el mundo se enteraría!

—Pero la Luna es aún peor —objetó Deimos, visiblemente contrariado—. Hace años que Dédalo la controla, no creo que podamos presentarnos allí sin que ellos se den cuenta... ¿Qué es lo que te pasa, Jade? No estarás pensando en traicionarnos...

—Está visto que no tienes ni idea de cómo funciona nuestra organización —replicó Jade en tono impaciente—. Nuestras principales infraestructuras están en la Luna, y



también nuestras mejores fuentes de ingresos... ¿Es que no sabes que hacemos contrabando de antimateria?

—Pero eso significa que tratáis directamente... ¡con Dédalo!

—No tratamos con Dédalo, sino con algunos de sus trabajadores —aclaró Jade sonriendo con desdén—; gente que está dispuesta a traicionar a la compañía para la que trabaja a cambio de dinero... Hay muchos, y en la Luna gozan de la autonomía suficiente como para poder hacer lo que se les antoje sin despertar sospechas. *Nosotros los utilizamos, eso es todo.*

—¿Y Hiden no sabe nada? —no pudo menos de preguntar Martín.

—Hiden ya tiene suficientes quebraderos de cabeza, sin necesidad de preocuparse por nosotros. Cuando decidió hacerse con el control de la Luna, creyó que bastaría con comprar las concesiones legales de las distintas federaciones nacionales y de algunas grandes corporaciones. Incluso llegó a convencer a Uriel de que le cediera los derechos de explotación del gigantesco acelerador de partículas transecuatorial, a cambio de un amplio territorio en la Antártida. Pensó que con eso sería suficiente para dominar todo el satélite... Pero se olvidó de las pequeñas compañías.

—Creí que ya no existían pequeñas compañías —observó tímidamente Jacob—. Las grandes corporaciones acabaron *con ellas*...

—Casi, pero no del todo —explicó Jade con un extraño brillo en la mirada—. Cuando se promulgaron las leyes promonopolio, las pequeñas empresas que operaban en la Tierra tuvieron que cerrar... Sin embargo, en la Luna y en Marte, algunas de esas compañías, altamente especializadas, continuaron con sus actividades como si tal cosa. Es cierto que esas actividades habían dejado de ser legales, y que aquellas respetables empresas pasaron a figurar en las listas de organizaciones clandestinas; pero ni siquiera las grandes corporaciones han conseguido, de momento, acabar con ellas... De hecho, toleran su presencia, porque saben que no les conviene hacerlas desaparecer. Eso es lo que ocurre con Dédalo y nuestra organización, heredera de la vieja compañía de transportes Transit. A Hiden no le importa demasiado, por ahora, que vendamos su antimateria en Marte a precios más bajos que los que fija la ley. Sabe que, si no lo hiciéramos nosotros, lo harían otros, y prefiere ser él quien nos proporciona la mercancía. Así, de modo indirecto, también sale ganando...

—¿Eso significa que hace la vista gorda? —preguntó Martín.

—Más o menos. De vez en cuando echa a la calle a algunos de sus trabajadores corruptos, pero, de momento, no ha hecho nada por dismantelar nuestra infraestructura en la Luna. Supongo que estará pensando en aprovecharse de nosotros cuando más le convenga... Lo cierto es que Emma Juárez, la antigua propietaria de Transit, aún vive en su casa de la base lunar de Black Edén, y Hiden,



que en otro tiempo fue su amigo, no parece tener prisa en desalojarla.

—Todo eso está muy bien, pero sigo pensando que ir a la Luna resulta demasiado peligroso para nosotros —insistió Deimos—. Puede que a Hiden no le importe que trafiquéis con unos productos que, a los precios legales, jamás se venderían en Marte, pero si averigua nuestra presencia en la Luna, te puedo asegurar que sí reaccionará.

—Por eso, justamente, es por lo que no debe enterarse —dijo Jade con aspereza—. Si seguís mis instrucciones, no habrá ningún problema... Mientras estemos en la Luna, no saldréis de Black Edén, de modo que ningún trabajador de Dédalo os verá. Nuestro viaje a Marte no despertará sospechas, solemos hacer al menos tres o cuatro a lo largo del año. Creedme, es mucho más seguro que partir de la órbita terrestre, donde ninguna nave interplanetaria podría pasar desapercibida.

Aunque Deimos seguía sin parecer muy convencido, se encogió de hombros y asintió con un suspiro.

—Está bien, Jade; vamos a confiar en ti; espero que no tengamos que arrepentimos...

—Tú prepara el dinero y házmelo llegar en esta semana. Luego, no me busques ni te pongas en contacto conmigo hasta que *yo* te avise de que todo está preparado. Mi consejo es que no salgáis de la casa de Herbert mientras permanezcáis en Kukulkán; es una ciudad muy peligrosa, y alguien podría reconocerlos. Tenéis suerte de estar bajo la protección diplomática de Prometeo; si no, yo no confiaría ni siquiera en las autoridades de la ciudad...

—Entonces, ¿cuándo nos vamos? —preguntó Martín con los ojos brillantes.

Por primera vez, Jade lo miró con una sonrisa que no tenía nada de despectivo.

—Dentro de quince o veinte días —dijo—. Preparaos, chicos, porque por fin vais a saber lo que es un viaje... Un viaje de verdad.



## Capítulo 3. De la tierra a la luna

Tres semanas después, siguiendo las instrucciones de Jade, los seis protegidos de Prometeo partían en un pequeño velero hacia la playa de Vidrios Viejos, donde Detroit los estaba esperando para conducirlos a la estación clandestina de lanzamiento que la organización poseía en el desierto de Altar. Después de algunas vacilaciones, Herbert había decidido acompañarlos para comprobar por sí mismo que el plan se ejecutaba conforme a lo convenido con los contrabandistas. La perspectiva de tener que tratar directamente con alguien tan peligroso como Jade no le seducía en absoluto, pero estaba convencido de que su presencia podría resultar de utilidad para recordarles a aquellos forajidos con quién tendrían que enfrentarse si no cumplían su parte del trato. Prometeo, a diferencia de algunas otras grandes corporaciones como Dédalo, no disponía todavía de un ejército bien organizado, pero sí contaba con los medios suficientes como para dar un escar miento a cualquiera que se atreviese a hacerle daño a alguno de sus amigos; eso era lo que Herbert quería recordarle a Jade, y lo que le había decidido a acompañar a los chicos hasta aquel apartado rincón de la Baja California.

Llegaron a la playa hacia las once del mediodía, y en seguida descubrieron, en mitad de una deslumbrante extensión de arenas blancas, la poderosa silueta de un todoterreno de última generación, tan grande y pesado que más parecía un carro de combate que un vehículo para turistas. Apoyado en su parte trasera, Detroit observaba con curiosidad las maniobras del velero para acercarse lo más posible al pequeño muelle de madera que Jade había ordenado construir un par de años atrás en la parte más profunda y resguardada de la línea costera. A pesar del insoportable calor, llevaba puesta la misma chaqueta de cuero que los chicos le habían visto en la primera entrevista, y su única protección frente a los despiadados rayos del sol la constituían unas gafas oscuras de anticuado diseño y una vieja gorra de béisbol con la visera verde.

—Llegáis con un cuarto de hora de retraso sobre el horario previsto —les gritó cuando estuvieron lo suficientemente cerca como para oírle—. Jade se enfadará, no se puede retrasar el lanzamiento...

—Tranquilo, hombre —repuso Deimos sonriendo—. Seguro que tú eres capaz de hacer correr a ese trasto lo necesario como para recuperar el tiempo perdido.

—Puedes apostar a que sí —gruñó el roquero devolviéndole algo parecido a una sonrisa—. Subid ahí, por esa puerta. Espera... El viejo y tú podéis venir conmigo en la cabina. ¿Estáis listos?

Mientras Herbert ascendía trabajosamente por la escalerilla del asiento delantero, Alejandra, Selene y Casandra ya se habían acomodado en los bancos de la parte de





atrás, enfrente de Jacob y Martín, que se habían sentado en el suelo con la espalda apoyada en sus propias mochilas. Después de comprobar con una rápida mirada que nadie se quedaba en tierra, Deimos saltó a su vez a la cabina y le hizo un gesto a Detroit para indicarle que podía arrancar.

El vehículo se puso en marcha con una violenta sacudida y se lanzó a toda velocidad por la irregular superficie de la playa. Esta, a unos doscientos metros de la orilla, se transformaba en un inmenso campo de dunas que se prolongaba hasta el horizonte. El ruido del motor, bastante intenso y desagradable, pronto quedó ahogado por la estruendosa música que Detroit había elegido para el viaje, una antiquísima grabación de finales del siglo xx cuyo marcado ritmo dejó mudos de sorpresa a sus pasajeros... A todos excepto a Herbert, que, sorprendentemente, comenzó en seguida a seguir el compás con las manos y las piernas y a tararear la melodía con gran entusiasmo.

—Veo que aprecia la buena música —observó Detroit complacido.

—Rock... Hacía al menos cincuenta años que no lo oía. Había buenos grupos... Me gustaba su energía y la rebeldía de sus letras. Fue una lástima que todo eso desapareciera.

—Bueno, no desapareció del todo —dijo Detroit mirando fijamente al horizonte sin despegar las manos del volante—. Quedamos nosotros... las tribus. Para nosotros, esa música sigue estando viva.

—Sí, pero no puede compararse con lo que era entonces. Había miles de bandas en todo el mundo, conciertos al aire libre, millones de discos que se vendían por la red... Después, poco a poco, todo eso fue muriendo —explicó Herbert, volviéndose a mirar a los chicos—. Supongo que *todos* tuvimos algo de culpa. Era tan fácil conseguir grabaciones piratas de nuestros músicos favoritos que todos recurriamos a ellas sin pestañear. No nos dábamos cuenta de que, con eso, estábamos poniendo en peligro la supervivencia de esa música que tanto amábamos. Creíamos que solo estábamos engañando a las grandes empresas discográficas, que se llevaban unos márgenes de beneficio abusivos...

—¿Y no era así? —preguntó Alejandra.

—Pues no; nos equivocamos —repuso Herbert con tristeza—. Cuando las discográficas empezaron a perder dinero por culpa del pirateo, lo que hicieron fue rescindir sus contratos con los músicos que menos vendían, y apostar únicamente por productos seguros, cantantes muy comerciales patrocinados por las distintas cadenas televisivas. Así, los mejores músicos se quedaron sin trabajo, y tuvieron que dedicarse a otras cosas para sobrevivir. Pero, en fin, de todo *eso* hace *ya* una eternidad... Y supongo que a estas alturas ya no sirve de nada *lamentarse*.

Lleno de simpatía hacia el viejo científico, Detroit le asestó una cariñosa palmada en el muslo que hizo palidecer de dolor al anciano.





—Usted se llevaría muy bien con mi abuelo —le dijo, guiñándole un ojo—. El siempre está hablando de los viejos tiempos... En su juventud, fue batería de un grupo bastante conocido. Nunca ha logrado habituarse del todo a la vida de las montañas, echa de menos el antiguo ambiente de la ciudad, con sus conciertos y sus locales nocturnos.

—Sí, todo eso también ha pasado a la historia. La gente ya no dispone de tiempo para esa clase de cosas. ¡Bastante tienen con salir adelante!

Durante un buen rato, todos escucharon en silencio aquella extraña música del pasado, cada cual sumido en sus propias reflexiones. A Martín incluso empezó a gustarle, después de la sorpresa inicial. Había algo alegre y despreocupado en aquellas canciones, el eco de un mundo ya desaparecido... y que no volvería jamás.

—Los de atrás, ¿vais bien? —preguntó Detroit al cabo de un rato, mirándolos por el espejo retrovisor—. Será mejor que os agarréis fuerte, vamos a abandonar las dunas.

Casi al mismo tiempo, el vehículo comenzó a avanzar a trompicones por un terreno mucho más accidentado que el que acababan de dejar atrás. Martín se puso de rodillas en el suelo para mirar por la polvorienta ventanilla que tenía a su espalda, y descubrió que habían entrado en una meseta oscura y pedregosa salpicada aquí y allá de altos cactus erguidos como enormes candelabros contra el azul del cielo.

—Parece el paisaje de una vieja película —observó, volviendo a sentarse—. No pensé que siguieran existiendo sitios así...

—La verdad es que esos tipos han sabido elegir su guarida —dijo Alejandra bajando la voz—. Aquí pueden hacer lo que les dé la gana... No creo que haya ningún núcleo habitado en varios cientos de kilómetros a la redonda.

—No puedo creerlo... Fijaos en eso —intervino Selene—. ¿Estáis viendo lo mismo que yo? Parece haber surgido de la nada...

Jacob y Martín se incorporaron lo más posible para mirar por la ventanilla alargada que había detrás del banco de sus compañeras. Un poco por delante de donde ellos se encontraban, al sudoeste, una especie de torre descomunal se alzaba en medio de la desolada llanura, negra como un espejismo; era la plataforma de lanzamiento, con el transbordador lunar ya dispuesto para el despegue. En la distancia, el módulo tripulado se asemejaba a un pequeño insecto posado sobre la cima del enorme depósito de combustible que, con sus seis pequeños cohetes cilíndricos, debía conducirlo hasta más allá de la órbita terrestre.

—No puedo creer que vayamos a subirnos... en eso —murmuró Casandra sin despegar los ojos del transbordador—. Me pregunto qué pensarían mis padres si pudieran verme en este momento...

—¡Suerte que no saben nada! —suspiró Alejandra—. Mi madre se desmayaría del susto.



El todoterreno se detuvo bruscamente, interrumpiendo, junto con el estruendo del motor, la vieja música elegida por Detroit. Este saltó con agilidad de su asiento y, abriendo la puerta de la parte trasera, invitó a los chicos a abandonar el vehículo.

—¡Vaya! —exclamó Jacob una vez fuera—. ¡Cuesta trabajo creer que aún seguimos en la Tierra!

Al mirar hacia la plataforma de lanzamiento, Martín comprendió al instante la curiosa observación de Jacob: Lo que le había llamado la atención, sin duda, era el gigantesco cráter de lava negra en cuyo centro se asentaba la torre. Su forma perfectamente circular y sus bordes escarpados procedían de un antiguo cono volcánico que había explotado por la presión del vapor interno, pero recordaban de un modo extraño los impactos meteoríticos que cubren casi completamente la superficie de la Luna.

—Un sitio perfecto para los lanzamientos espaciales —reconoció Herbert, impresionado—. Parece que esta gente sabe lo que se hace...

Dentro del cráter, aunque pegado a uno de sus bordes, se veía un edificio blanco con grandes ventanas y un par de antenas radiotelescopicas. Detroit guio a sus acompañantes hacia una tosca escalera tallada en la lava del cráter que permitía el acceso a aquella construcción.

—Llegáis tarde —dijo Jade, que los estaba esperando al pie de las escaleras—. El lanzamiento tendrá lugar dentro de poco más de dos horas, y hay muchas cosas que preparar... Lo primero es pesar vuestras mochilas. Espero que hayáis tenido en cuenta lo que os dije acerca del peso máximo de equipaje por persona... Luego os probaréis los trajes de viaje para el interior de la cabina, y Orlando os dará las instrucciones mínimas de seguridad. Vamos... Pero esperad, aquí sobra alguien... Ah, es usted; George Herbert, si no me equivoco...

Herbert sonrió inclinando levemente la cabeza y se dispuso a seguir a los chicos al interior del edificio, pero Jade le sujetó por un brazo para retenerlo.

—Lo siento, no puede acompañarlos ahora —dijo en tono tajante—. Lo mejor es que se despida ya de ellos, porque, una vez que pasen por el túnel de esterilización, solo podrá verlos de lejos.

Los chicos volvieron sobre sus pasos y, uno por uno, abrazaron a Herbert, que a duras penas podía contener su emoción. Hasta Deimos, después de una ligera vacilación, le estrechó calurosamente la mano.

—Antes de que os vayáis quiero daros algo —dijo el científico, sacando de su bolsillo una pequeña máquina en forma de almendra—. Es un intercomunicador de acceso restringido. Os permitirá poneros en contacto con Diana Scholem sin que nadie pueda detectar vuestra frecuencia, ni mucho menos interceptarla. Solo ella podrá captar vuestro mensaje... Utilizadlo en cuanto lleguéis a Marte. Sin la protección de Diana, no conseguiréis ir muy lejos. Ella ya espera vuestra llegada, y



sabr  ingeniárselas para esconderos en la ciudad de Arendel hasta la fecha señalada por la llave del tiempo.

— Vaya con este atajo de mocosos! —murmuró Jade mirando a los chicos con admiración—. Primero la protección de Prometeo y ahora la de Diana Scholem, la presidenta de Uriel...  Ya veo que no os faltan amigos influyentes!

—Por desgracia, tampoco les faltan enemigos poderosos —repuso Herbert con gravedad—. Confío en que sabr  protegerlos durante el viaje, señorita... Le prometo que, si logra hacerlos llegar sanos y salvos a su destino, recibir  una jugosa recompensa cuando regrese a la Tierra.

—Le tomo la palabra, amigo. Y ahora, vamos; no hay tiempo que perder.

Jacob, que sostenía en sus manos el intercomunicador que acababa de entregarle Herbert, miró al anciano con timidez antes de seguir a los demás.

—Cu dese, Herbert —murmuró, enrojeciendo ligeramente—. Recuerde que aún tiene muchas *cosas* que enseñarnos...

El científico asintió varias veces con la cabeza, tratando de sonreír.

—Y t , no olvides al otro Herbert, el que duerme en el último piso de la pagoda de Medusa —le susurró a Jacob al oído—. De ti depende que algún día pueda llegar a despertar.

Jacob parecía a punto de decir algo, pero Jade decidió que aquella conversación ya había durado bastante.

—Espere aquí, Herbert —dijo, empujando a Jacob hacia la puerta—. Ahora enviar  a alguien para que le acompañe al mirador. Desde allí podrá ver el despegue con comodidad.

Dos horas más tarde, los chicos, después de pasar por los túneles de esterilización que debían eliminar todas las bacterias de sus ropas y de su superficie corporal, entraron por fin en el ascensor que los conduciría a la cima de la torre de lanzamiento, depositándolos directamente en la puerta del módulo tripulado.

Durante la rápida ascensión, Martín experiment  una desagradable sensación de vértigo en la que se mezclaba su nerviosismo por el inminente despegue. Al deslizar su mirada por el rostro de sus compañeros, comprobó que todos se hallaban tan pálidos e impresionados como él. Sus mejillas, amarillas como la cera, parecían aún más descoloridas en contraste con el azul intenso de los monos de protección que llevaban puestos. Incluso Deimos había perdido su habitual gesto de aplomo.

— T  tampoco habías viajado antes al espacio? —le preguntó Martín con curiosidad.

— Claro que no! Nuestra religión prohíbe abandonar el planeta Tierra...  Estoy a punto de violar uno de los preceptos más sagrados de la creencia areteica!



Sus compañeros intercambiaron miradas de asombro.

—¡Qué estupidez! —no pudo menos de observar Jacob—. ¿A quién se le ha podido ocurrir una prohibición tan absurda?

—Es uno de los preceptos del *Libro de Uriel* —repuso Deimos con severidad—. Y no deberías reírte de ellos... Gracias a ese libro, la Humanidad ha disfrutado del más largo período de paz de toda su Historia.

Mientras hablaban, el ascensor había ido frenando suavemente hasta detenerse por completo. Al otro lado de la puerta, en una especie de túnel de plástico, los estaba esperando Orlando, enfundado en un mono similar al suyo.

—Venid, aún tengo tiempo de enseñaros un poco el habitáculo antes de que suban Jade y Detroit. Supongo que sentiréis curiosidad...

Al final del túnel de plástico, los chicos se encontraron con un espacio circular de unos treinta metros cuadrados y paredes metálicas bastante altas. En el centro se habían dispuesto tres pares de asientos para el despegue, y alrededor, adaptadas a la forma curva del recinto, se veían seis cabinas individuales que contenían las camas para el descanso nocturno. Una especie de armario blanco destinado a la higiene de los pasajeros y una empinada escalerilla de acero completaban el equipamiento del habitáculo, que carecía completamente de ventanas.

—¡Qué decepción! —murmuró Alejandra, reparando en aquella ausencia—. ¡No vamos a poder ver nada durante el viaje! Con la ilusión que a mí me hacía...

—En la parte de arriba, donde nos alojaremos los miembros de la tripulación, sí tenemos ventanas —le informó su guía—. Una vez que hayamos abandonado la órbita terrestre, podréis subir y mirar... Pero aún faltan muchas horas para eso. De momento, lo que tenéis que hacer es sentaros en vuestros sillones y asegurar bien todos los cinturones para el despegue. Es la parte más peligrosa del viaje, así que nada de bromas, ¿de acuerdo?

Los chicos ocuparon sus asientos y dejaron que Orlando comprobase todos los cinturones y tirantes de seguridad mientras, bajo sus pies, comenzaba a resonar el estruendo de los primeros motores activados. Aún no había completado su revisión cuando Jade y Detroit surgieron del ascensor y, atravesando a toda velocidad el habitáculo de los pasajeros, se encaramaron a la escalerilla que conducía a la sala de los tripulantes.

—Deprisa, Orlando, quedan cinco minutos.

—Poneos los cascos, rápido —les ordenó Orlando antes de seguir a sus compañeros—. Nos veremos al final del despegue...

Justo en ese momento, una voz nasal e inexpresiva comenzó la cuenta atrás a través de los altavoces del habitáculo. Sin embargo, los últimos números apenas pudieron oírse, ya que el ruido de los motores se había vuelto tan ensordecedor que ahogaba cualquier otro sonido. El estruendo siguió aumentando hasta producir una



especie de explosión, e inmediatamente los chicos sintieron que una brutal fuerza los aplastaba contra los asientos, dejándolos casi sin respiración.

—¡Estamos subiendo! —gritó Martín, aunque sabía que Alejandra, sentada a su lado, no podría oírle.

El asiento vibraba de tal modo que, por un momento, temió salir despedido a pesar de todos los cinturones y correas que lo sujetaban. La vibración repercutía en sus mejillas y en sus mandíbulas, haciéndole entrechocar los dientes hasta lastimarse. A pesar de la protección que le habían puesto en los oídos, el zumbido era tan insoportable que, maquinalmente, intentó taparse las orejas, olvidando que llevaba puesto el casco. De pronto, sentía muchísimo calor, y notó que las manos empezaban a sudarle bajo los guantes. El corazón le latía con tanta violencia que parecía a punto de estallar...

Martín nunca supo el tiempo transcurrido hasta que la vibración del habitáculo comenzó a remitir. Por lógica, no podían haber pasado más que algunos minutos, pero lo cierto es que se le habían hecho interminables. Cuando la presión que le empujaba contra el suelo empezó a aflojarse, abrió los ojos y trató de respirar profundamente. El enorme depósito de combustible que había impulsado a la nave hasta la órbita terrestre debía de haberse desprendido ya, tal y como estaba planeado... Pronto dejarían de sentir la aceleración del despegue, y sus cuerpos tendrían que habituarse a la gravedad cero, en la que permanecerían hasta el momento de su aterrizaje en suelo lunar.

El altavoz interno de su casco le hizo llegar la voz de Alejandra.

—¿Estás bien? Por un momento, creí que iba a desmayarme...

—Yo también —repuso Martín activando su propio micrófono—. Casi se me desencaja la mandíbula...

—¿Y ahora? ¿Cuándo podremos desabrocharnos los cinturones?

Justo entonces, como en respuesta a la pregunta de Alejandra, la misma voz metálica que había recitado la cuenta atrás se dejó oír de nuevo.

—Lanzamiento concluido con éxito. Pueden quitarse los cascos de seguridad. Cuando se encienda la luz naranja, podrán desactivar los principales sistemas de sujeción a sus asientos. No desconecten en ningún caso el cinturón «C». Dentro de diez minutos, entraremos en gravedad cero. Rogamos se muevan con precaución y sin molestar a los demás pasajeros.

Siguiendo las indicaciones de la grabación, los chicos se quitaron los cascos y los depositaron bajo sus respectivos asientos. El más afectado por la experiencia que acababan de vivir parecía ser Deimos, quien, a pesar del *cese* de la vibración en la cabina y del descenso de la aceleración, aún seguía sudando y respirando con dificultad.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Casandra, que iba sentada a su lado.



El joven trató de sonreír.

—He estado mejor —dijo, intentando dominar el temblor de su voz—. No es solo por la violencia del lanzamiento... Pensaba en las prohibiciones de Uriel; debe de haber una buena razón para ellas... Tal vez esto sea mucho más peligroso de lo que imaginamos. Radiaciones cósmicas, gravedad cero... Es posible que nos deje secuelas irreversibles, y que nos arrepintamos toda nuestra vida.

—Estás exagerando —dijo Casandra en tono despreocupado—. Hace más de cuarenta años que existen colonias humanas permanentes en Marte, y en la Luna existieron hasta no hace mucho. Los efectos de las radiaciones y de los ambientes de baja gravedad están más que estudiados; incluso una nave como esta lleva suficientes sistemas de protección... Ese miedo a los viajes espaciales es pura superstición, y nada más. Conozco a gente que ha vivido diez años en Marte y están tan sanos como tú y como yo.

Deimos se encogió de hombros y no dijo nada. A pesar de los argumentos de su amiga, no parecía demasiado convencido. Hasta entonces, todas las máximas y recomendaciones del *Libro de Uriel* le habían demostrado su utilidad... ¿Por qué en esta ocasión iba a ser diferente?

Mientras hablaban, la aceleración de la nave había disminuido rápidamente, y la sensación de que una fuerza desconocida tendía a separarlos de sus asientos fue haciéndose más y más intensa. Solo los dispositivos de seguridad los mantenían sujetos a los sillones... En ese momento, el piloto naranja mencionado en la grabación se encendió sobre sus cabezas, y los seis pasajeros se precipitaron a desabrocharse todas aquellas correas y tirantes, dejando conectado únicamente el cinturón «C», que debía impedirles chocar contra el techo y las paredes. A medida que iban liberándose de sus ataduras, se iban elevando uno tras otro en el aire artificial de la cabina hasta donde se lo permitía la longitud del único cinturón que aún llevaban puesto. Sin saber por qué, todos reían y agitaban los pies y las manos como si estuviesen nadando... Incluso Deimos parecía haber olvidado sus aprensiones y disfrutar tanto como los demás.

—Es maravilloso —gritó Martín aferrando la mano izquierda de Alejandra, que justo entonces pasaba a su lado—. Siempre había soñado con esto... ¡Es como volar!

—Parece magia... Nunca había sentido nada parecido.

—¡Seguro que esto crea adicción! —intervino Jacob, golpeando con el pie el codo de Martín—. Es mejor que una cápsula de endorfinas...

A través de los altavoces oyeron entonces la voz de Jade, hablándoles desde la cabina de la tripulación.

—Qué, ¿os divertís? —preguntó en tono irónico—. Os estamos viendo por los monitores... No hagáis el tonto, ¿vale? Si os confiáis demasiado, podríais haceros daño. Además, la cosa ya no parece tan divertida cuando uno intenta beber agua, o





cuando va al servicio... Pronto lo comprobaréis.

—Dentro de una hora os bajaré la comida —dijo Detroit—. No os preocupéis, Jade estaba exagerando; no va a ser tan difícil.

—¿Cuándo podremos subir a vuestra cabina, a mirar por las ventanas?

—Dentro de cinco horas tendremos una buena vista de la Tierra a estribor —repuso Jade—. Entonces os subiremos... Por ahora, cambio y corto.

—No me hace muy feliz la idea de que esos nos estén espiando todo el tiempo —observó Jacob haciendo una mueca—. Así no se puede disfrutar... Le hacen a uno sentirse ridículo.

—No seas tonto —dijo Selene—. ¿Qué crees que están haciendo ellos en este momento? Exactamente lo mismo que nosotros, solo que no podemos verlos.

—Me pregunto si la nave que va a llevarnos a Marte será como esta —intervino Martín—. El viaje dura casi dos meses, y dos meses en gravedad cero pueden llegar a resultar agotadores...

—No te preocupes —dijo Deimos—. La nave de Marte es mucho más sofisticada que esta, y cuenta con un sistema de gravedad artificial; Jade me lo explicó antes de cerrar el trato.

Los chicos continuaron manoteando en el espacio y dando vueltas en el aire hasta que Detroit apareció en la parte superior de las escaleras.

—¿Tenéis hambre? —preguntó mientras descendía agarrándose con ambas manos al balaustre de la escalerilla, al tiempo que sus piernas pataleaban libremente.

Solo Jacob asintió con la cabeza. Los demás, mareados por la novedad de la ingravidez, apenas podían pensar en probar bocado, pero la curiosidad por comprobar cómo se preparaba una comida en el espacio era más fuerte que su malestar.

Aferrándose a las barras horizontales de las paredes, Detroit se desplazó hasta el minúsculo rincón que hacía las veces de cocina para los pasajeros. En su parte inferior había un armario del que extrajo seis paquetes de plástico que introdujo en un pequeño microondas. Mientras el plato principal se calentaba, el ayudante de Jade fue entregando a cada uno de los viajeros una bandeja con varios recipientes de plástico y aluminio sujetos a su superficie mediante veleros. Cuando todos tuvieron su bandeja, repartió los paquetes que acababa de calentar en el horno, también provistos de tiras adhesivas.

—Ahora, id a vuestros asientos y abrochaos el cinturón E, que dispone de un velero para pegarse a la bandeja. En la bolsa de la derecha tenéis un tenedor y una botellita de sal líquida; usadla con cuidado. La bandeja grande de aluminio contiene un pastel de verduras cortado en porciones: tenéis que abrir el tapón de rosca, insertar el tenedor e ir pinchando una a una las porciones antes de que se escapen





por el orificio. El paquete que acabo de calentar contiene macarrones con queso... es un poco más difícil de comer, pero se hace de la misma manera. Para el agua tenéis esa boquilla... Cerradla en cuanto separéis la botella de los labios. Por último, esa especie de taza contiene almendras peladas, que podéis ir sacando con los dedos, cuidando, eso sí, de que no se escapen. Ya veréis, con un poco de práctica, no resulta tan difícil...

Los chicos se esforzaron por seguir las instrucciones de Detroit, aunque sin mucho éxito, al principio. Resultaba verdaderamente complicado abrir el tapón de la bandeja y pinchar los macarrones sin que alguno se escapase flotando en el aire antes de que diera tiempo a cerrarla. Casandra parecía ser la que más dificultades tenía, ya que desde su bandeja ascendían cada dos por tres un enjambre de pringosos macarrones sueltos que ella intentaba atrapar con la boca. A Jacob le pareció tan divertido que él mismo se puso a imitarla a propósito con las almendras que le correspondían.

—Deja de hacer el ganso, chico —dijo la voz de Jade a través de los altavoces—. Luego se pone todo perdido, y cuesta mucho trabajo limpiarlo.

Cuando terminaron con lo que les habían servido, Detroit bajó a recoger las bandejas, y a continuación distribuyó entre los chicos los cepillos de dientes desechables y las toallitas húmedas que debían utilizar para limpiarse.

—Lo mejor, ahora, es que intentéis dormir un poco —les recomendó—. Quedaos en vuestros asientos, con ese mismo cinturón que lleváis puesto... Si empezáis a moveros, os sentará mal la comida, y os aseguro que resulta muy desagradable cuando alguien empieza a vomitar en gravedad cero.

El argumento sonaba lo suficientemente convincente como para que nadie se atreviese a replicar, de modo que los seis viajeros se dispusieron a seguir el consejo de Detroit mientras este regresaba a la cabina de la tripulación. Sin embargo, por más que lo intentó, Martín no logró conciliar el sueño. El malestar del estómago había aumentado después de la comida, y, además, se sentía demasiado nervioso como para dormir. Hasta ese momento, todo había resultado tan divertido y excitante como un juego; pero pronto verían la Tierra a través de las ventanas de la nave, un pequeño planeta aislado en el espacio, alejándose de ellos a cada minuto. El único hogar que habían conocido... Si algo salía mal, tal vez no pudieran volver a pisarlo. De repente se acordó de su padre, que, por lo que sabía, seguía preso en alguna de las cárceles orbitales que la ONU aún mantenía en funcionamiento... ¿Cómo sería su vida en aquel lugar? ¿Le permitirían mirar de cuando en cuando a través de una ventanilla para ver en la distancia el planeta por el que tanto había luchado en su juventud, y donde le esperaban, desde hacía años, las únicas personas que no le habían vuelto la espalda, su familia? Su cuerpo se habría debilitado mucho debido a su larga permanencia en un ambiente sin gravedad... Todos los estudios indicaban que, si esas condiciones se prolongaban demasiado tiempo, los huesos se descalcificaban, la masa muscular disminuía y los individuos perdían peso. Además,



estaban las radiaciones. A pesar de los escudos protectores que probablemente tendría el módulo que habitaba, llevaba tantos años en órbita que debía de haber recibido dosis de radiación excesivas... Eso podía terminar dañando su ADN, provocándole algún tipo de tumor... Existían técnicas reparadoras, claro. Pero era poco probable que los presos tuviesen acceso a ellas, dado su elevado coste. ¿Qué corporación estaría interesada en correr con los gastos sanitarios de un puñado de presidiarios? A menos, claro está, que los utilizasen para ensayar con ellos nuevas terapias todavía poco seguras... lo que resultaba casi más peligroso que el propio efecto de las radiaciones.

Sin embargo, lo peor no eran las radiaciones ni el debilitamiento del cuerpo. Lo peor, pensaba Martín después de experimentar por unas horas las complejas sensaciones de un viaje espacial, debía de ser la sensación de claustrofobia, de aislamiento; la idea de que resultaba imposible escapar. Ver la Tierra allá lejos y pensar que tal vez uno jamás volvería a poner los pies en ella... Muchos presos, según había leído Martín en alguna parte, terminaban enloqueciendo por culpa de aquellos pensamientos. El sabía que su padre era muy fuerte psicológicamente, pero, aún así... ¿habría resistido aquella tortura?

La voz de Jade volvió a sonar a través de los altavoces de la cabina, interrumpiendo sus reflexiones.

—El que quiera ver la Tierra como nunca la ha visto, puede subir ahora — anunció—. No volveremos a tener una vista tan buena como esta en todo el viaje.

Todos, incluso los que estaban profundamente dormidos, reaccionaron rápidamente al oír aquellas palabras. Ninguno quería perderse el espectáculo del planeta visto desde el espacio. Desabrochándose los cinturones que los mantenían unidos a sus respectivos asientos, fueron deslizándose uno a uno hacia la escalerilla con ayuda de las barras de apoyo laterales, a las que tenían que aferrarse con fuerza para no terminar pegados al techo. El primero en atravesar la puerta de comunicación entre los dos compartimentos fue el propio Martín, seguido al momento por Alejandra y Selene. Jade les señaló una barandilla que conducía directamente desde aquella entrada a las ventanillas de estribor, y, sujetándose con firmeza, Martín no tardó en alcanzar el asiento que le habían asignado. Inmediatamente se abrochó el cinturón. Luego, con un nudo en la boca del estómago, se volvió hacia el grueso plástico transparente para contemplar la vista.

A lo largo de su vida había visto innumerables fotografías de la Tierra tomadas desde el espacio; pero lo que tenía ante sus ojos no podía compararse con ninguna reproducción. Ahí estaba el universo, negro, hostil y vacío, y, a un lado, flotando como un globo, un maravilloso planeta azul moteado de rizos y remolinos blancos y de pequeñas manchas pardas que indicaban, a pesar de la distancia, la situación de los continentes. ¡Parecía tan pequeño, visto a aquella distancia! Pero era el único hogar de la Humanidad, el hogar de miles de millones de personas que vivían a expensas de su inagotable riqueza, seguras y confiadas... ¿Habrían sentido la misma



seguridad de haber podido contemplar lo que él estaba viendo? Así, vista de lejos, la Tierra parecía tan frágil... ¡Y pensar que el hombre tenía en sus manos el futuro de aquel hogar tan acogedor y perfecto! ¡Y pensar que llevaba siglos deteriorándolo y poniendo en peligro su propia supervivencia! Con un estremecimiento, Martín cerró los ojos y trató de contener las lágrimas. En aquel momento, envidiaba a los hombres primitivos, que veían en la Tierra una diosa eterna e invulnerable, un ser todopoderoso que nada tenía que temer de las torpes acciones de los mortales.

—Es... aterrador —oyó decir a Deimos, sentado detrás de él—. Me pregunto qué pensaría Aedh si viese esto.

Al oír mencionar a Aedh, Martín miró instintivamente hacia Jade y sus dos copilotos. Los tres estaban conversando entre sí a través de unos comunicadores de frecuencia restringida, con el fin de que los pasajeros no pudieran oírlos. Tanto mejor, pensó Martín aliviado; de ese modo, tampoco ellos podrían oír su conversación *con* Deimos...

—¿A ti también te lo parece? —preguntó volviéndose hacia el joven—. Justamente estaba pensando lo mismo. Ver la Tierra así es de lo más inquietante.

—Quizás fuera ese el motivo de Uriel para prohibir los viajes espaciales —murmuró Deimos pensativo—. Tal vez de ese modo pretendía ahorrarles a los hombres la conciencia de su propia pequeñez e insignificancia.

—¿Tú crees? —le interrumpió Martín en tono escéptico—. No sé, yo creo que no nos viene mal recordar lo pequeño y frágil que es nuestro planeta; así, los políticos se lo pensarán dos veces antes de ponerlo en peligro con nuevas guerras nucleares o sobreexplotando sus recursos...

—Quién sabe... Es posible que, entre esta época y la nuestra, ocurriese alguna catástrofe relacionada con los viajes al espacio, algo que hiciese desistir a la Humanidad de proseguir con la colonización del sistema solar. Es la única explicación que se me ocurre.

—Pero, si hubiese habido una catástrofe, vosotros lo sabríais... Es imposible que *no* hayan quedado documentos ni recuerdos de ningún tipo. ¡Si conservamos información hasta de las guerras de los antiguos egipcios! ¿Cómo es que sabéis tan poco de lo ocurrido entre esta época y el año 3075?

—La verdad es que yo también me lo he preguntado muchas veces —dijo Deimos sin dejar de contemplar, a través de la ventanilla, el maravilloso espectáculo que ofrecía la Tierra vista a aquella distancia—. Es verdad que ha habido guerras, revoluciones... Pero cuesta trabajo creer que se haya perdido tanta información. ¡Sabemos menos de los últimos mil años que de los dos milenios anteriores!

—¿Y no te parece un poco sospechoso? —preguntó Martín después de un instante—. Quiero decir, ¿no será que alguien está ocultando todos esos datos?

—¿Y para qué iba a hacer nadie una cosa así? —repuso Deimos muy



sorprendido—. Sería absurdo.

—No sé... Esos perfectos de los que nos has hablado, los jerarcas de la religión areteica... ¿No podrían estar interesados en ocultar información sobre el pasado? Mira tu hermano, Aedh... Se puso como loco cuando creyó encontrar un dato que contradecía sus creencias. ¿Y si todos los perfectos son como él? Harían cualquier cosa con tal de mantener la ortodoxia...

—Te equivocas, Martín; hablas así porque no conoces la creencia areteica más que a través de lo que yo te he contado. No sabes lo beneficiosa que ha sido para la Humanidad... Los perfectos no son fanáticos al viejo estilo, sino sabios a los que todo el mundo respeta por su irreprochable conducta. Te aseguro que es así, no hablo de oídas... Mi propio padre es un perfecto, y yo mismo estoy destinado a serlo, como Aedh.

—Ya... Supongo que tienes razón —dijo Martín en tono conciliador—. Es que tiendo a desconfiar de todas las jerarquías, sean de la época que sean; supongo que es una manía heredada de mi padre; quiero decir, de Andrei Lem... Pero, si las cosas han cambiado tanto como dices en estos mil años, seguramente estaré equivocado. Alejandra siempre dice que tengo una visión demasiado pesimista de los hombres. Ella piensa que aún podemos mejorar mucho, y que lo haremos... Cree en el progreso. Y supongo, por lo que cuentas, que ella está más acertada que *yo*...

—Tú mismo lo comprobarás cuando regreses a nuestra época —dijo Deimos sonriendo—. Verás cómo no he exagerado... No es que la civilización haya superado todos sus problemas; pero, en general, los seres humanos viven mucho mejor que ahora, en todos los sentidos. Y, lo creas o no, eso se debe, en gran parte, al areteísmo... Entonces mejorará tu opinión acerca de los perfectos. No es que yo apruebe todas sus decisiones, y, como sabes, he desobedecido algunas de sus órdenes. Pero creo que, aunque se equivoquen en ciertos aspectos, sus intenciones son buenas; hacen lo que creen que es mejor para el conjunto de los seres humanos, y, si alguna vez comprueban que no tienen razón, estoy seguro de que serán lo suficientemente honestos como para reconocerlo.

—Ojalá estés en lo cierto —murmuró Martín, mirando melancólicamente a través de la ventanilla—. No puedo olvidar que uno de ellos me amenazó a través de la esfera de Medusa... ¡Tú también lo oíste! No parecía que estuviese bromeando.

—Sí, es verdad; tal vez no todos sean tan intachables como yo pensaba. ¡Es desesperante haber olvidado tantas cosas! A veces, a mí también me vienen imágenes inquietantes de mi última estancia en Arete... Pero el programa de borrado de memoria ha funcionado tan bien conmigo, que ni siquiera entiendo lo que significan. Cuando volvamos lo recordaré. Entonces, tal vez pueda aclararte mejor las cosas.

Aquella conversación dio mucho que pensar a Martín durante el resto del viaje. Los dos días y medio que aún permanecieron en el transbordador le proporcionaron tiempo más que suficiente como para meditar en las palabras de Deimos. Ni siquiera



podía explicarle por qué le habían amenazado a través de la esfera... ¿Quién podía temerle tanto, al otro lado del tiempo, como para querer acabar con su vida? ¿Cómo podía ser él un peligro para nadie? Tal vez, sencillamente, sabía cosas que otros preferían que no se divulgasen. Pero ¿quiénes eran esos otros? ¿Los perfectos? ¿Los propios ictios, a los que pertenecía su familia, y que eran quienes les habían enviado, a él y a sus compañeros, al pasado? No había forma de saberlo... Tenía tan pocos datos acerca de aquel mundo futuro que no podía formarse una opinión. Y Deimos, con su programa de borrado de memoria, tampoco podía serle de mucha ayuda, a pesar de su buena voluntad. Tendría que esperar a viajar al futuro para averiguar quién era su enemigo... Pero no quería pensar en ese viaje, que le obligaría a separarse de Alejandra. Sabía que tenía que ocurrir antes o después, pero su mente se negaba a enfrentarse con aquella perspectiva. Sencillamente, no podía hacerlo... Siempre que aquella idea empezaba a rondar su pensamiento, se esforzaba por concentrarse en el presente y olvidar todo lo demás. A fin de cuentas, el presente resultaba lo suficientemente interesante como para no pensar en otra cosa... ¡Estaba con Alejandra, viajando hacia la Luna, viviendo experiencias que la mayor parte de los seres humanos nunca tendrían la oportunidad de vivir! ¿Qué más podía desear?

El resto del viaje transcurrió sin incidentes. Los pasajeros se acostumbraron con rapidez a la ausencia de gravedad y aprendieron a moverse con soltura por la cabina sin chocar entre ellos ni golpearse con el techo. A la hora de dormir, se ataban a las camas para evitar sobresaltos; y, si bien echaban de menos la ducha convencional, lo cierto es que el ritual higiénico de cada mañana, realizado mediante toallitas húmedas, no dejaba de resultar agradable y reconfortante. Incluso la utilización del urinario-aspirador llegó a convertirse en una rutina para ellos... Cuando, pasados dos días y medio, Jade les ordenó que se situasen en sus asientos y se abrochasen los cinturones para el aterrizaje en suelo lunar, todos, incluido Deimos, sintieron cierto pesar. Aún les esperaba una larga travesía hasta llegar a Marte, pero esa parte del viaje ya no la realizarían en gravedad cero, así que suponían que no resultaría tan divertida como aquellos tres primeros días.

Las sensaciones del aterrizaje fueron bastante similares a las del lanzamiento, aunque los pasajeros no llegaron a sentir en ningún momento tanto calor como durante el despegue. La ausencia de atmósfera en la Luna hacía inútil el uso de paracaídas, y el frenado debía realizarse exclusivamente a través de la fuerza de los motores del habitáculo, que, si bien no tenían tanta potencia como los cohetes del despegue, bastaban para reproducir en el interior de la cabina la intensa vibración que los había acompañado hasta su salida de la órbita terrestre. De nuevo experimentaron la presión en los oídos y en las mandíbulas y un intenso temblor en todo su cuerpo... Pero todo transcurrió muy deprisa; apenas media hora después de comenzar el aterrizaje, sintieron el golpe seco de la nave contra el suelo lunar. Un instante después, los motores se apagaron, indicándoles que el viaje había concluido.

—Hemos llegado —anunció la voz de Detroit a través de los altavoces—. Poneos





los trajes de seguridad que encontraréis debajo de vuestras camas... También los cascos. Vamos a salir de la nave en un todoterreno presurizado, pero, aún así, hay que tomar precauciones.

Todos se apresuraron a ponerse los monos metalizados que Detroit les había indicado. No eran, en realidad, verdaderos trajes espaciales, pues no garantizaban la protección frente al frío y las radiaciones cósmicas necesaria para salir directamente a la superficie lunar; su única función consistía en proporcionar un aislamiento térmico suplementario al del vehículo que iban a utilizar en su desplazamiento hasta la base de Black Edén; pero, aún así, resultaban imprescindibles.

—¿Os habéis fijado? —preguntó Casandra—. Vuelve a haber gravedad...

—Sí, aunque no mucha. La gravedad lunar es tan solo un sexto de la terrestre —explicó Jacob con suficiencia—. Lo leí antes de venir...

—En todo caso, es suficiente para no salir despedidos hacia el espacio —observó Selene riendo—. A mí me basta con eso.

Jade, Orlando y Detroit descendieron uno tras otro de la cabina de tripulantes, ya vestidos con los monos de seguridad. Sin saludar siquiera, Jade se dirigió a un panel lateral y pulsó varios botones. Inmediatamente se abrió una trampilla situada en el suelo al lado del panel, una trampilla que se prolongaba en una especie de tubo plastificado provisto de una escalera vertical.

—Esta escalerilla acaba de acoplarse al todoterreno presurizado que nos *está* esperando abajo —explicó—. Solo tenéis que bajar por ella y ocupar uno de los asientos del vehículo. ¿Quién se atreve el primero?

Por toda respuesta, Jacob comenzó a descender por el tubo, seguido de los demás. Deimos vaciló un momento antes de aventurarse a bajar, pero Jade, que esperaba su turno detrás de él, ni siquiera llegó a darse cuenta. Orlando y Detroit fueron los últimos en descender al vehículo lunar, ocupando los dos asientos que quedaban libres.

—Equipo AD238 —pronunció Jade ante el micrófono de dirección del vehículo—. Destino Black Edén, puerta veintisiete.

Obedeciendo la orden verbal de Jade, el todoterreno puso sus motores en marcha y comenzó a rodar hacia la puerta de la bodega de la nave, que se abrió sin ruido justo en el mismo momento. Unos segundos después se encontraron sobre la superficie de la Luna, avanzando a escasa velocidad por una especie de pista asfaltada en medio de una vasta llanura polvorienta y oscura, bajo la extraña luz de un sol cuyos rayos no llegaban filtrados y difuminados por una espesa capa de gases, a diferencia de lo que ocurre en la atmósfera terrestre.

—¿Dónde estamos? —preguntó Martín, sintiendo de pronto, sin saber por qué, un nudo en el estómago.

—En el cráter Cabeus, muy cerca del polo sur lunar —repuso Jade sonriendo—.



Nos dirigimos a la base de Black Edén, donde tendremos que espera un par de días, hasta que cerremos unos negocios... Después, estaremos listos para continuar el viaje.

—Cabeus... Eso está cerca de la antigua colonia de Endymion, ¿no? —preguntó Jacob—. Lo he visto en los mapas...

—Así es; Endymion se encuentra en las montañas de Malapert, a unas pocas decenas de kilómetros de aquí —contestó Detroit.

—Estupendo —murmuró Jacob entre dientes—. No me gustaría irme sin ver el lugar donde murieron mis padres.

Todos lo miraron con cara de espanto.

—¿Te has vuelto loco? —dijo Orlando—. No te lo permitiríamos ni en sueños... ¿Quieres que nos cojan a todos por tu culpa?

—Lo que queda de Endymion está habitado, hoy en día, por obreros de Dédalo —intervino Jade, tratando de mostrarse serena—. Entrar ahí sería meterse en la boca del lobo... Quitátelo de la cabeza, Jacob. Es totalmente imposible.

—¡Está bien, está bien! —dijo Jacob sonriendo—. No os pongáis así, nadie va a correr ningún peligro por mi culpa. Pensé que a lo mejor era posible visitar la vieja ciudad, nada más. Pero, si no se puede... tampoco es tan grave. A mí tampoco me apetece caer en manos de Dédalo, ¿qué creéis?

Algo más tranquilos después de comprobar que Jacob no había perdido completamente el juicio, los demás permanecieron un rato en silencio, mirando el paisaje.

—Qué extraño es todo —observó Alejandra al cabo de un rato—. Parece haber mucho cielo y poca tierra... ¡El horizonte está demasiado cerca!

—Eso es porque la Luna es mucho más pequeña que la Tierra —dijo Martín—. Por eso se ve así... ¡Resulta muy raro!

—Mirad —dijo Casandra—. Eso de ahí es la Tierra... ¡Se ve enorme! Pensar que estamos tan lejos...

—¿Qué son esos cables que cruzan el cráter? —preguntó Martín señalando a su izquierda—. Están muy altos, pero no se ven postes que los sujeten... ¡Es como si flotasen en el aire!

—Aquí no hay aire —le recordó Alejandra.

—Son los cables del teleférico —explicó Jacob, que, quizá debido a su nostalgia por los cuatro años que había vivido con sus padres en la colonia de Endymion, se había pasado la vida leyendo libros acerca de la Luna—. En la Luna había muchos teleféricos, la gente los utilizaba continuamente... Como la gravedad es muy escasa, se necesitan muy pocos postes para sustentarlos, y están tan separados unos de otros que desde aquí ni siquiera se ven. Me pregunto si ese de ahí llevará a Endymion... A





lo mejor todavía sigue en funcionamiento.

—¿Otra vez vas a empezar con lo mismo? —exclamó Selene, enfadada.

—Solo era un comentario... ¡Qué mal pensada! Mirad, ¿qué será aquello? Es enorme...

Un poco a la izquierda, frente a ellos, se alzaba, efectivamente, una altísima torre de la que colgaban grandes velas metálicas conectadas a una compleja red de espejos dividida en dos conjuntos principales. Entre ambos conjuntos mediaban unos doscientos metros de terreno elevado y cubierto de refulgente hielo. Alrededor de aquel montículo alargado, podían observarse varias construcciones semiesféricas semejantes a iglúes, también cubiertas de hielo gris. Un par de postes del teleférico, cuya cabina inmóvil colgaba suspendida de los cables a escasa distancia de la torre, completaban el singular paisaje. Solo al acercarse más, los pasajeros del todoterreno descubrieron un pequeño huerto de escuálidas hortalizas bajo una cúpula de cristal transparente, al pie de la torre. A pesar del raquítrico tamaño de los numerosos vegetales allí plantados, la presencia del invernadero indicaba a todas luces que se trataba de un lugar habitado.

—Esto es Black Edén, nuestro punto de destino —explicó Orlando—. En un momento estaremos dentro.

Girando con brusquedad, el todoterreno se dirigió a una rampa asfaltada que parecía hundirse en el montículo de hielo.

—Creo que hemos llegado —murmuró Deimos, observando la alta persiana metálica que había comenzado a alzarse ante ellos, permitiendo el acceso a una especie de aparcamiento subterráneo—. Todo esto es de lo más inquietante...

—¿Qué ocurre, Deimos, estás asustado? —preguntó Jade mirándolo con ironía—. Veo que todo esto te impresiona... Jamás lo habría creído de ti!

El vehículo se introdujo en el subterráneo y prosiguió su avance por la larga rampa hasta descender cuatro pisos e introducirse por otra puerta que se abrió a su llegada. Sin detener el vehículo, Jade se apeó entonces, seguida de sus dos ayudantes. Otro automóvil más pequeño los estaba esperando.

—Nosotros os dejamos aquí —les gritó la jefa de los contrabandistas—. No os preocupéis por nada, os recibirán bien... Sobre todo, ¡No hagáis tonterías!

Antes de que los chicos pudieran responder, el todoterreno, que había continuado avanzando, cruzó otra puerta y se introdujo en un recinto cuadrado de paredes metálicas decoradas con un diseño geométrico de neones rojos. La puerta volvió a cerrarse inmediatamente tras ellos, dejando el cubículo aislado. Un instante después, el todoterreno se detuvo, y un robot con ruedas y varias luces de colores en su parte frontal se acercó a darles la bienvenida.

—Podéis abandonar el vehículo —dijo con una voz de agradable timbre femenino—. El ascensor está esperándoos.



Martín advirtió entonces que en la pared opuesta a la de la puerta se había abierto un panel que permitía el acceso al reducido espacio del ascensor. Siguiendo al robot y al resto de sus compañeros, entró en el diminuto cubículo, que ascendió rápidamente hasta la primera planta del subterráneo. Allí se detuvo y abrió de nuevo sus puertas, introduciendo a sus ocupantes en uno de los lugares más pintorescos que habían visto jamás.

La primera impresión que uno tenía al salir del ascensor era la de encontrarse al aire libre, bajo el cielo azul y luminoso de la Tierra. Sin embargo, bastaba un rápido examen del lugar para comprender el verdadero origen de aquella sensación. La sala en la que se encontraban era de inmensas proporciones, y su techo se hallaba a una altura superior a la de la bóveda de las más altas catedrales terrestres. Tanto aquel techo como los muros estaban formados, en realidad, por un material transparente relleno de una masa de gas azulado e intensamente iluminado. La luz que se difundía a través de aquella masa gaseosa provenía del sol, y había sido conducida al interior de la base gracias al complejo sistema de espejos que los chicos habían visto, al menos parcialmente, desde la superficie.

Bajo la bóveda traslúcida y el falso cielo que contenía, la amplia construcción aparecía dividida en pequeños compartimentos alojados en cubos de distintas dimensiones fabricados en un material inflable y transparente. Dentro de los cubos podían verse muebles de todas clases, cortinas, plantas y electrodomésticos. Los que albergaban las dependencias privadas mostraban hacia el exterior altos biombos cubiertos de pinturas o fotografías que impedían ver desde fuera su contenido. Entre los cubos había estrechas calles de baldosas rojas y pequeños canales que mostraban, bajo sus aguas transparentes, sus bellos fondos de mosaico. Aquí y allá se veían grupos de palmeras de increíble altura, única nota de verdor en todo el complejo subterráneo.

—¿Por qué se empeñan en hacernos creer que la Luna está deshabitada? —gruñó Jacob, desconcertado—. Está claro que aquí vive mucha gente... ¡Todo parece tan nuevo como si lo acabasen de inaugurar!

—Me alegro de que pienses eso —dijo una mujer que acababa de salir a su encuentro—. Aunque las apariencias, a veces, pueden engañar... ¿Qué te parecería si te dijera que en toda la base no viven más de diez personas de modo permanente?

Jacob abrió la boca como para decir algo, pero, pensándoselo mejor, volvió a cerrarla sin haber pronunciado una sola palabra.

—Mi nombre es Emma Juárez —dijo la mujer sonriendo—; en nombre de la compañía Transit, o de lo que queda de ella, os doy la bienvenida.

La anciana que acababa de presentarse de aquella forma ofrecía un aspecto tan inusual como el edificio donde había instalado su domicilio. Lo más llamativo de su rostro era el parche negro que le cubría el ojo izquierdo, dándole un aspecto extrañamente salvaje. Por lo demás, sus numerosas arrugas en las comisuras de los



ojos y en torno a la boca aumentaban la expresividad de sus rasgos sin disminuir apenas su belleza. Su ojo derecho, de un azul profundo y aterciopelado, miraba al frente con resolución y optimismo, y sus largos cabellos rizados, teñidos de color miel, flotaban a su alrededor debido a la escasa gravedad lunar, confiriéndole un halo juvenil a toda su fisonomía, al que contribuían igualmente su larga falda roja, llena de flecos y cascabeles, y su poncho de franjas amarillas, rojas y anaranjadas.

—Jade y los otros ya no volverán esta noche —dijo Emma, examinando con curiosidad a los recién llegados—. ¿Qué tal ha ido el viaje?

Deimos, sintiendo que, como miembro más viejo del grupo, debía erigirse en portavoz de los demás, se adelantó un par de pasos y estrechó la mano de la anciana.

—Ha ido bien, gracias —repuso—. Me llamo Deimos, y estos son Martín, Alejandra, Jacob, Selene y Casandra —añadió, señalando a cada uno de sus compañeros—. Le agradecemos mucho su hospitalidad...

—Déjate de cumplidos, muchacho —le interrumpió la anciana guiñando su único ojo—. Esta hospitalidad no es gratis, habéis pagado mucho dinero por ella. De todas formas, me alegro de tener visitantes jóvenes. Últimamente no viene mucha gente por aquí... Supongo que querréis descansar; Electra os conducirá en seguida a vuestras habitaciones —dijo volviéndose hacia el robot que les había acompañado desde el aparcamiento—. Pero antes, es preciso que os explique las reglas. Como dueña y administradora general de todo el complejo de Black Edén, no admito la menor infracción de mis instrucciones, así que espero que lo tengáis en cuenta durante los dos días que vais a pasar aquí.

—Siempre estamos igual —refunfuñó Jacob en voz muy baja.

Sin embargo, Emma parecía haberle oído.

—Mira, chico —dijo, mostrándose repentinamente seria—. Esto no es un club de vacaciones, sino un complejo ilegal situado en un territorio ilegal a muchos miles de kilómetros de la Tierra y de sus leyes. Aquí, la única ley soy yo, y al mismo tiempo soy el juez e incluso el verdugo, si llego a considerarlo necesario. Una infracción aquí no se considera un pequeño acto de rebeldía sin consecuencias, sino una traición que se paga, si hace falta, con la vida. Pero no os preocupéis: las normas son pocas, y hasta un niño pequeño las entendería. Podéis moveros por todo el recinto con absoluta libertad, divertiros en los espacios de recreo y disfrutar de mi colección de arte, que, modestia aparte, es una de las mejores que existen; lo que no podéis hacer en ningún caso es bajar a los pisos inferiores, y mucho menos tratar de salir del complejo. Supongo que no hace falta que os diga que moriríais de modo instantáneo... Pero, si, por alguna afortunada casualidad, consiguieseis sobrevivir a las bajísimas temperaturas, la ausencia de atmósfera y las radiaciones, yo misma me encargaría de escarmentaros a vuestro regreso. No quiero problemas, ¿entendido? Las bases de Dédalo se encuentran a muy poca distancia de aquí, y de vez en cuando les da por acercarse a vigilarnos.



Todos se apresuraron a asegurar que estaban dispuestos a cumplir aquellas condiciones, pues se veía con claridad que la anciana hablaba en serio.

—Está bien —murmuró Emma, volviendo a sonreír—. Tampoco pretendía asustaros... Electra, llévatelos al módulo sesenta y siete. Dentro de una hora se apagará la iluminación diurna, así que os aconsejo que os deis un baño y os vayáis a dormir. Nuestras noches artificiales duran ocho horas... Incluso tenemos un simulador de amaneceres. Cuando yo llegué a la Luna, hace casi cuarenta años, todavía no teníamos estos sistemas. El día lunar, con sus veintiocho jornadas de luz continua, se nos hacía insoportable; claro que peor era la noche... Pero no fueron malos tiempos —añadió la anciana en tono soñador—. Había muchas oportunidades, y, sobre todo, había tanta libertad... Vamos, Electra, acompaña a los chicos. Si empiezo a hablar del pasado, puedo no acabar nunca... Sincronizad vuestros relojes con los que encontraréis en vuestro módulo. Mañana nos veremos.

Los muchachos se despidieron de la anciana y siguieron a Electra por una calle embaldosada hasta uno de los cubos transparentes que la flanqueaban.

—Espero que os encontréis cómodos aquí —dijo con su agradable voz femenina, sorprendente en un robot—. Si necesitáis algo, no tenéis más que pronunciar mi nombre en un tono lo suficientemente alto como para que lo capten los micrófonos de las habitaciones. Ya sabéis, Electra... Vuestra asistente personal mientras estéis en Black Edén.

Los chicos le dieron las gracias y entraron a inspeccionar el módulo, que, a pesar de su frágil aspecto externo, ofrecía suficientes comodidades como para una larga estancia. Había un único dormitorio común con seis camas separadas entre sí por bonitos biombos lacados en negro. Cada cama estaba protegida por largas cortinas también negras y disponía de una lamparilla individual y un monitor de lectura.

En la cocina, encontraron una gran fuente de ensalada lista para ser consumida, así como un abundante surtido de pasteles de verduras y de tejidos animales. En lugar de agua, había un dispensador de leche artificial y una variada provisión de refrescos. La cena, en torno a una mesa redonda instalada en la misma cocina, resultó animada y agradable. Ninguno de ellos había esperado encontrar un alojamiento tan confortable en la supuestamente deshabitada Luna...

Cuando estaban terminando de cenar, la luz del exterior comenzó a declinar lentamente hasta dar paso a una oscuridad profunda y aterciopelada. Automáticamente, las lámparas del interior de la vivienda se fueron encendiendo una tras otra, combinando espacios más iluminados con otros sumidos en una dorada penumbra. Martín se retiró al cuarto de baño para darse una ducha, pues estaba ansioso por sentir el agua sobre su piel, después de los complicados rituales higiénicos del viaje. Sin embargo, debido a la escasa gravedad lunar, el agua caía sobre él con inusitada lentitud, y, a pesar de que intentó darle al chorro la máxima presión posible, el golpeteo de las gotas sobre su cabeza y sus hombros siguió



pareciéndole débil y errático, más semejante a la caída de la nieve que a la de la lluvia.

La ducha, no obstante, le sirvió para relajarse, y, aunque, como solía ser habitual en él, tardó bastante rato en conciliar el sueño, durmió sin sobresaltos a lo largo de toda la noche artificial, e incluso durante las primeras horas del día. Fue Alejandra quien lo despertó a la mañana siguiente, apartando de un manotazo las negras cortinas que lo habían mantenido aislado hasta ese momento.

—¿Es que no vas a levantarte nunca? —le preguntó riendo—. Venga, todos están despiertos hacer rato, y te estamos esperando para ir al parque de vuelo.

—¿Qué es eso del parque de vuelo? —preguntó Martín frotándose los ojos.

—Pues eso, lo que su nombre indica: un sitio para practicar el vuelo. Jacob ya ha estado allí hace un rato, y ha vuelto para contárnoslo. Parece muy divertido...

Martín se levantó a toda prisa y, después de engullir un par de pastelillos que habían sobrado de la noche anterior, salió con los demás en dirección al famoso parque, que se hallaba tan solo a dos calles de distancia.

El parque se encontraba dentro de una gruta natural comunicada con el tubo de lava donde se hallaba instalado todo el complejo. Había que solicitar la entrada a un robot encargado de controlar la puerta hermética que mantenía aislada la atmósfera hiperdensa de la caverna. Una vez dentro, los chicos quedaron maravillados ante el mágico ambiente que los rodeaba. Las paredes negras de la gruta brillaban con millares de puntitos plateados, y casi todo el suelo estaba cubierto de una refulgente laguna iluminada desde el interior. En medio de la laguna había numerosas isletas cubiertas de algo semejante a musgo. Pero lo más espectacular era la altura de la cueva, inconcebible en una formación volcánica terrestre.

—Tenemos diferentes utensilios de vuelo a su disposición —recitó mecánicamente la voz del robot—. Para los principiantes, se recomiendan las alas alfa, de plumas naturales. Se ajustan a los brazos y la espalda tal y como se ve en el diagrama... Su utilización es muy sencilla; basta con agitarlas para elevarse en el aire. La alta densidad de nuestra microatmósfera y la baja gravedad lunar harán el resto.

Asombrados, los chicos se apresuraron a ponerse las alas y los cascos de seguridad que el robot les fue entregando. El primero en elevarse del suelo fue Jacob, quien, gracias a la práctica que había adquirido en su anterior visita, sabía cómo mover los brazos para obtener los efectos deseados. Cuando Martín intentó imitarle, descubrió, sin embargo, que no era tan sencillo. El salto con el que trató de elevarse fue demasiado brusco, y su inercia le proyectó casi hasta el techo de la cueva. Afortunadamente, consiguió planear hasta una posición algo más baja, pero cuando intentó girar para dirigirse adonde estaba Alejandra, de nuevo se excedió en el impulso y salió disparado hacia una de las paredes.

—¿A quién se le ocurriría poner un lago aquí? —dijo en voz alta, aunque ninguno



de sus compañeros se encontraba lo bastante cerca como para oírlo—. Vamos a terminar empapados...

—Queridos amigos, moderen la fuerza de sus movimientos —recomendó en ese momento la inexpresiva voz del robot—. Recuerden que se encuentran en un entorno de gravedad reducida... Maniobren lentamente y sin precipitación, y no intenten cambios bruscos de dirección durante el vuelo.

—¡A buenas horas! —le gritó Alejandra a Martín justo cuando pasaba a su lado—. Acabo de chocar con Selene... ¡Esto no es tan fácil como parecía!

Bastaban, no obstante, unos pocos minutos de práctica para aprender a moverse con el ritmo más adecuado al peso y complexión de cada uno, y muy pronto Martín pudo dejar de pensar cuidadosamente sus maniobras y volar con toda naturalidad, sin preocuparse de lo que iba a hacer a continuación, disfrutando de la sensación de ingravidez como si hubiese practicado aquel deporte toda la vida.

Era, en verdad, una experiencia incomparable. Uno se sentía como si hubiese dejado atrás todas las dificultades y ataduras del suelo, como si se hubiese liberado de una pesada cadena para elevarse hacia una esfera más alta. Qué maravillosa sensación de libertad... En la misteriosa penumbra de la caverna, los chicos flotaban sonriendo y mirándose unos a otros con expresión de intensa felicidad. Aquello era mucho mejor que nadar... Martín cerró los ojos y evolucionó lentamente alrededor de la laguna, describiendo una amplia circunferencia. La sensación le gustó tanto que volvió a repetir el paseo una y otra vez... De vez en cuando miraba a su alrededor y veía a Alejandra descansando en un trapecio colgado a gran altura sobre el agua, o a Casandra y Selene intentando elevarse cogidas de la mano. Luego volvía a cerrarlos y, dejándose llevar por los movimientos ya practicados con éxito, continuaba volando en círculos por toda la cueva. No habría sabido decir cuánto tiempo había estado así, planeando en la espesa atmósfera, sin pensar en nada... De repente, una voz conocida le devolvió a la realidad.

—Emma me ha encargado que venga a buscaros —dijo el robot Electra desde la entrada del parque—. Os está esperando, así que os ruego que os deis prisa, me ha pedido que no nos retrasemos... ¿Estáis todos?

Aterrizando al borde del lago, Martín miró a su alrededor buscando las siluetas de sus compañeros. En efecto, estaban todos... Todos menos Jacob, que había desaparecido.





## Capítulo 4. Black Edén

Jacob ha ido a acostarse —dijo Alejandra en respuesta a la pregunta de Electra—. Ha volado mucho esta mañana y se encontraba mareado... Por lo visto, además, no ha dormido casi nada esta noche. Me pidió que no le molestásemos, pensaba dormir hasta bien entrada la tarde.

—Está bien —repuso Electra sin alterar ni lo más mínimo el agradable timbre de su voz—. Entonces, ¿nos vamos?

Todos siguieron al robot hasta un ascensor cercano al parque de vuelo y descendieron en él sin apenas mirarse unos a otros. Estaba claro que la ausencia de Jacob les inquietaba más de lo que estaban dispuestos a dejar traslucir... A Martín le había bastado cruzar una rápida mirada con Alejandra para comprender que había improvisado su respuesta al robot y que, en realidad, no sabía nada de Jacob. ¿Y si finalmente se había decidido a intentar la visita a Endymion, a pesar de las advertencias de Jade y de Emma? Su habilidad para alterar las transmisiones de cualquier rueda neural y desplazarse sin que nadie lo viera, probablemente le había facilitado la fuga... Pero, aún así, era una locura. Podía haber sistemas de detección automática, cámaras que grabasen su presencia en lugares no autorizados... Selene debía de estar pensando lo mismo, porque Martín la sorprendió mirando a las esquinas del ascensor en busca de grabadores camuflados.

Cuando la puerta del ascensor se abrió, se encontraron a Emma esperándolos con gesto impaciente.

—Por fin... ¡cuánto habéis tardado! Electra, te dije que me los trajeses en seguida. En Black Edén, el almuerzo se sirve a las doce en punto del mediodía, tanto si hay invitados como si no. Cuando se vive en un lugar tan hostil como este, hay que ser disciplinados en todo, empezando por los horarios.

Emma cerró su único ojo sano y giró la cabeza lentamente, como si estuviese inspeccionando a sus invitados. «Pero no puede ser —se dijo Martín—. No puede vernos...».

De pronto, la anciana abrió bruscamente el ojo y miró directamente a Deimos.

—Falta un chico —dijo—. ¿Dónde está?

—Se ha mareado en el parque de vuelo y se ha ido a descansar —repuso Electra—. ¿Voy a buscarlo?

—No, déjalo —dijo la anciana sonriendo—. Le vendrá bien recuperarse. El vuelo lunar no es un deporte para todo el mundo; hay estómagos que no lo resisten... Luego le llevarás una infusión para el mareo.





—Creo que dijo que iba a tomarse dos cápsulas de reequilibrio —comentó Selene inocentemente..

—Entonces, ¿no habrá forma de despertarlo hasta la noche! —repuso Emma con un suspiro—. Bueno, chicos, vamos a comer.

El comedor de Emma estaba en el interior de un módulo hinchable con forma de huevo. Una vez dentro, los chicos se encontraron en una habitación oval con las paredes forradas de una cerámica rosada que parecía iluminada por dentro.

La mesa, también de forma oval, flotaba en el centro de la estancia sin patas que la sostuvieran. A su alrededor había dispuestas varias sillas de madera de teca y apariencia pesada. Los invitados se fueron sentando en los lugares que Electra les indicaba. El último en hacerlo fue Martín.

—¿Cómo consiguen que la mesa flote? —preguntó, asombrado.

—Creo que se trata de un campo electromagnético combinado con la baja gravedad lunar. Tiene tantos años como la propia base, pero ha demostrado ser muy sólida.

Sobre la mesa había varias bandejas de porcelana holográfica con ensalada, queso y frutos secos. Los reflejos tridimensionales de los recipientes se mezclaban con los colores apagados de los alimentos, dándoles un aspecto irreal.

Electra sirvió primero a los chicos y luego a Emma sus respectivas raciones. Ninguno de los invitados comió con demasiadas ganas. Todos tenían el estómago algo revuelto después de la sesión de vuelo, y a eso había que añadirle la tensión creada por la desaparición de Jacob. Además, la comida tenía un sabor extraño.

—Hacemos lo que podemos con nuestras hortalizas —se disculpó Emma—. Pero todas ellas provienen de plantas transgénicas altamente modificadas para soportar las radiaciones y la escasez de nutrientes. Por eso, su sabor no es el mejor del mundo... De todas formas, una termina acostumbrándose.

Volvió a cerrar su único ojo sano y a girar lentamente la cabeza de un extremo a otro de la mesa. Entonces Martín comprendió que el parche era, en realidad, una retina artificial que enviaba secuencias videográficas directamente al cerebro. Y, sin saber muy bien cómo, advirtió que en ese momento el parche lo estaba mirando a él.

—Te has dado cuenta, ¿verdad? —dijo Emma, abriendo el ojo—. De vez en cuando, las señales del parche y las del ojo sano no se integran bien, y entonces tengo que cerrar mi ojo biológico para ver con claridad. Es una prótesis formidable, uno de esos milagros tecnológicos de la corporación Ki. Jade me lo consiguió en el mercado negro... Y la verdad es que me ha cambiado la vida.

—¿Hace mucho que conoce a Jade? —preguntó Deimos.

Emma se apartó del rostro un mechón de cabellos flotantes que le molestaba al comer.



—No mucho —contestó, masticando un bocado de ensalada—. Jade es muy joven, y lleva pocos años en esto. Pero me fío completamente de ella. Ha demostrado que tiene todas las cualidades necesarias para estar al frente de un negocio como el suyo. Sin su ayuda, probablemente Black Edén habría tenido que ser clausurado ya hace tiempo.

El segundo plato consistía en un guiso de carne sintética acompañado de una guarnición de diminutos guisantes azulados. Los guisantes tenían un fuerte sabor a yodo. Era como estar comiendo algas.

—En cuanto terminemos nos acercaremos a ver qué tal está vuestro amigo, y luego, si queréis, podemos dar una vuelta por la base —propuso Emma—. Hay muchas cosas interesantes que ver.

Martín captó la mirada de pánico que intercambiaban Selene y Alejandra. Se preguntó si Emma la habría captado también... Había leído en alguna parte que ciertas retinas artificiales incorporaban chips especiales para la interpretación de las expresiones faciales. Eran, por así decirlo, detectores de mentiras en potencia.

Mientras pensaba todo aquello, Emma había iniciado una conversación con Casandra acerca de la cerámica luminosa que tapizaba las paredes. El patrón de iluminación de los azulejos cambiaba continuamente, aunque de un modo muy sutil. Según Emma, la pared respondía a la emisión de calor de los invitados adaptando la intensidad de la luz a sus variaciones.

—Es una pared psicóloga —dijo Emma riendo—. Interpreta los estados de ánimo de los comensales. Ahora, por ejemplo, esas flores de luz parpadeantes indican que el calor que emitís, o que emitimos, ha aumentado sustancialmente en el último minuto. Curioso, ¿verdad? Es una obra de Nelson Yimou.

—¿Quién es? —preguntó Deimos.

—Un famoso escultor de interiores —contestó Emma, sorprendida—. Uno de los artistas más importantes del siglo pasado... ¿Cómo es posible que no lo sepas?

Martín tragó saliva. La situación se estaba complicando por momentos, y tanto la retina artificial de Emma como las paredes sensibles del comedor le ponían nervioso. Por muy de fiar que fuese aquella anciana, no debía averiguar la procedencia de Deimos. Y, sobre todo, no debía averiguar que Jacob se había escapado; no, al menos, por el momento... Había que pensar algo para distraerla, algo que prolongase la sobremesa y le hiciese olvidar su proyecto de ir a visitar al supuesto enfermo. Pero ¿qué? Apenas conocían a aquella mujer...

—Es usted muy afortunada poseyendo una obra original de Nelson Yimou —observó entonces Alejandra—. Muchos deben de envidiarla...

—¡Desde luego! —rio la anciana—. Y no es la única que tengo. Soy muy aficionada al arte contemporáneo, y, cuando mi marido aún vivía, decidimos reunir una buena colección. Eran otros tiempos, claro. No estábamos en la clandestinidad... Pero, a



pesar de todo lo que ha ocurrido desde entonces, he logrado conservar la mayor parte de las obras de aquella época, e incluso hacerme con algunas nuevas. Son una de las pocas alegrías que me quedan en la vida, por no decir la única.

Martín lanzó una mirada de complicidad a Alejandra. Ya lo tenían: habían encontrado un tema perfecto para distraer a Emma y hacerle olvidar sus propósitos de ir a ver a Jacob.

Alejandra entendió al instante el significado de aquella mirada.

—Sería estupendo poder ver esas obras —dijo tímidamente—. En el Jardín del Edén, Hiden tenía una colección maravillosa de antigüedades, cuadros y esculturas que había comprado a los principales museos del mundo. Pero no había nada de arte contemporáneo...

—Entonces, esto os va a sorprender de verdad —dijo Emma radiante—. Vais a comprobar que el arte no se reduce solamente a cuadros y esculturas... Aquí, por ejemplo, tenemos coches y muebles de los mejores artistas de los últimos cincuenta años, piezas únicas, por supuesto... Y eso no es todo. Grabaciones cinematográficas exclusivas, piezas publicitarias irreproducibles... Pero será mejor que juzguéis vosotros mismos. Si os interesa, claro...

—¡Desde luego que nos interesa! —contestaron varias voces a coro.

Para entonces, ya habían terminado de comerse las raquílicas manzanas asadas que Electra les había servido como postre, así que Emma les invitó a levantarse de la mesa.

—La colección se encuentra en mis apartamentos privados —explicó—. Hace mucho que no se la enseño a nadie... Pero siempre es un placer para mí hacerlo. Esas obras... son lo único hermoso que he podido conservar de mi pasado. Y me emociona poder compartirlo. Espero que os gusten.

La anciana los guio hasta una construcción baja de arcilla situada a escasa distancia del comedor. Colocó el dedo índice de su mano derecha en el molde de la cerradura y la puerta de entrada se abrió, revelando un interior fresco y sombrío.

—Pasad, chicos. Esta sala contiene algunas piezas interesantes... Comencemos por esta de Lara Cooper. Un automóvil de hidrógeno, perfectamente funcional, por supuesto. Incluso me he dado algún paseo en él... Naturalmente, es demasiado valioso como para usarlo. Fijaos bien... El sello de Cooper es inimitable. Esas líneas curvas, esas superposiciones... Es un ejemplo perfecto de su Época Negra. Supongo que os sonará de los libros de texto...

A todos, en efecto, les sonaba, excepto a Deimos, que observaba con cierta perplejidad la supuesta obra maestra.

—¿Qué tiene de particular? —preguntó candidamente—. Reconozco que es diferente, interesante... Pero ¿por qué le otorga usted tanto valor?



—Mi querido joven, ¡porque lo tiene! En el mercado del Arte podría alcanzar un precio incalculable. Cooper solo realizó diecisiete automóviles a lo largo de su carrera; y este es uno de ellos... ¿no os parece una maravilla?

Todos asintieron con calor, y Martín lanzó una significativa mirada a Deimos para que no siguiera insistiendo en exponer sus dudas, si no quería tener que contestar algunas preguntas incómodas. Ni Emma ni Jade sabían nada de la época de la que procedía, pero empezaban a sospechar que había algo raro en él si ponía en tela de juicio el valor de una obra de Lara Cooper... Eso resultaba, sencillamente, inconcebible. Hasta los salvajes de las montañas entre los que se había criado Detroit conocían y apreciaban el valor de su arte.

—Esto de aquí es un lavabo de Lucca Cavalli —continuó Erama avanzando hacia el siguiente expositor—. Es una de mis piezas favoritas. Tan simple, tan bello... Sencillamente magnífico. Me costó, literalmente, un ojo de la cara, pero lo conseguí. Le tengo un especial cariño...

—¿Qué quiere decir con «literalmente»? —preguntó Selene con curiosidad—. ¿Se refiere a...?

—¿Al parche? Sí, en efecto. Veréis, perdí este ojo en uno de mis innumerables enfrentamientos con las tropas de Hiden... Y mi enemistad con Hiden empezó, justamente, por culpa de esta pieza. El la quería y yo también. Iba a salir a subasta, y él estaba preparado para adquirirla al precio que fuera. Pero, en el último momento, yo hice un trato con el propietario y la pieza no se llegó a subastar. Hiden se puso furioso, se lo tomó como algo personal... Fue entonces cuando comenzó a perseguirme.

Emma siguió recorriendo la sala y explicándoles a sus huéspedes los detalles más curiosos y las anécdotas más divertidas relacionadas con cada pieza. Lo cierto era que no había exagerado al cantar las alabanzas de su colección, porque todas las piezas que contenía eran exquisitas, y de un valor incalculable. Pero Martín no podía concentrarse en lo que les contaba su guía; pensaba continuamente en Jacob y en el mejor modo de ayudarlo. Y solo se le ocurría una forma de hacerlo: tenía que ir en su busca y traerlo de vuelta a la base antes de que Jade y los demás advirtiesen su ausencia... Sin embargo, no sabía qué hacer para conseguir un vehículo e ir a

Endymion sin que nadie se diese cuenta. ¿Cómo se las habría arreglado Jacob? Claro, él podía volverse invisible a los ojos de los demás, lo que le facilitaba considerablemente las cosas. Pero, aún así, tenía que haber cogido un vehículo, lograr que obedeciese sus órdenes...

Después de darle muchas vueltas, Martín llegó a la conclusión de que debía actuar del mismo modo en que, seguramente, lo había hecho su amigo. Lo más probable era que Jacob hubiese utilizado sus «poderes especiales» para escapar... Él tendría que hacer lo mismo. Pero sus «poderes» no consistían en pasar inadvertido, sino en



introducirse en la rueda neural de otras personas y actuar sobre ellas. Eso es lo que haría; actuaría sobre Emma. Conseguiría que ella le allanase el camino... Solo tenía que colarse en su pensamiento e introducir en él las ideas que le interesaban.

En aquel momento, Emma, después de guiarles hasta una pantalla colgada de la pared, acababa de invitarles a sentarse frente a ella para ver un «cortometraje único» del célebre director Marcos Andrade. Según les explicó, se trataba de una pieza realizada expresamente para ella, y se desarrollaba en la propia base de Black Edén, unos veinte años antes. La película era muy interesante, y, además de su atrevida estética, tenía el aliciente de mostrar la vida en la Luna en un período anterior a la destrucción de Endymion. A Martín le habría gustado concentrarse en la pantalla y no pensar en otra cosa, pero comprendió que tal vez no dispusiera de un momento mejor para hacer lo que había planeado. Así pues, aprovechando la oscuridad del rincón de proyecciones, concentró toda su energía mental en la rueda neural de Emma, hasta estar seguro de que estaba leyendo sus pensamientos; en aquel instante, la anciana contemplaba la película recordando distraídamente la época en la que se había rodado, y preguntándose qué habría sido de algunas de las personas con las que se relacionaba en aquel entonces. No resultó demasiado difícil desviar sus erráticos recuerdos y hacerle pensar, de pronto, en Endymion. Hacía mucho que no visitaba lo que quedaba en pie de la vieja colonia... Sentía curiosidad por comprobar el estado de sus principales edificios, cuya belleza, en otros tiempos, la había impresionado. Martín se las arregló para hacerle desear ardientemente realizar aquella visita que llevaba tantos años posponiendo, en parte para no provocar un enfrentamiento más con el personal de Dédalo. En la mente de la anciana comenzó a forjarse todo un plan para llevar a cabo su propósito. En cuanto se separase de los chicos, daría la orden a sus robots de que programasen su planeador privado para ir a Endymion esa misma noche. Haría que le introdujesen los últimos códigos que le había facilitado Jade para engañar a los sistemas automáticos de vigilancia, entrando por la puerta sur de la ciudad. Una vez dentro, dejaría el vehículo y se daría un paseo entre las ruinas; nadie tendría por qué enterarse... Muy satisfecha con su proyecto, la anciana estaba a punto de concentrarse de nuevo en el argumento de la película cuando Martín le obligó a recordar la situación exacta de su planeador en el subterráneo y el modo de accionar sus principales controles. Luego, por fin, aflojó la presión sobre el cerebro de la mujer y comenzó a concentrarse él mismo en la pantalla. Ya tenía todo lo que necesitaba, al menos, de momento. Estaba seguro de que Emma pondría en marcha su proyecto y lo prepararía todo para la expedición nocturna... Lo único que tenía que hacer era lograr otra entrevista con ella a media tarde y borrar de su mente el recuerdo de aquel plan. Luego, sencillamente, la suplantaría. Sería él quien se subiese a bordo del planeador y visitase las ruinas de Endymion; eso, suponiendo que Jacob no regresase antes, que era lo más probable. Pero, si no lo hacía... ¿cómo iban a lograr mantener oculta su ausencia durante tanto tiempo? ¿Qué pasaría si los sistemas de vigilancia alertaban, mientras tanto, del robo de algún vehículo? En seguida se sabría lo que había pasado. En la oscuridad, Martín



trató de distinguir el rostro de Selene y adivinar lo que pensaba. A juzgar por su expresión, estaba totalmente embebida en la película, pero, sin saber por qué, Martín tuvo la certeza de que, en realidad, estaba pensando en lo mismo que él. Eso, curiosamente, le tranquilizó... Selene ya había demostrado en más de una ocasión la fuerza de sus habilidades mentales. Si se lo proponía, podía alterar los sistemas de vigilancia de la base y borrar información de ellos... Juntos, tal vez lograsen evitar la catástrofe y traer de vuelta sano y salvo a Jacob.

Después de mostrarles una docena de piezas más de la colección, Emma se despidió de ellos, alegando que debía supervisar la llegada de un cargamento de plásticos de reparación que estaban a punto de enviarle mediante el cañón de la base industrial Kepler, situada a poco más de quince kilómetros de Black Edén. Al parecer, dicha base pertenecía también a Dédalo, pero su director llevaba varios años vendiéndoles parte de su producción a los contrabandistas de Transit sin que nadie, de momento, hubiese descubierto su fraude.

En otras circunstancias, Martín habría insistido en acompañar a Emma para ver por sí mismo la llegada del cargamento; pero, después de lo ocurrido durante la mañana, estaba ansioso por comentar con sus compañeros la ausencia de Jacob. A los demás, por lo visto, les ocurría otro tanto, pues, en cuanto se quedaron solos, todos empezaron a hablar al mismo tiempo.

—Ese tío está Joco —*fue lo primero que dijo Deimos*—. Como le cojan, ¡está perdido!

Los cinco caminaban lentamente por la calle que conducía al módulo que habitaban.

—No le cogerán —aseguró Selene con gravedad—. Recuerda que puede volverse invisible...

—No para los grabadores automáticos —insistió Deimos—. Suerte que Jade y los otros no volverán hasta mañana... Eso nos da cierto margen de maniobra.

—A lo mejor ya ha vuelto —dijo Alejandra, esperanzada—. Puede que, cuando lleguemos, nos esté esperando... Lo más probable es que ni siquiera haya conseguido salir de la base.

Sus esperanzas, sin embargo, pronto se vieron defraudadas, pues al llegar a la casa la encontraron vacía.

Martín iba a comenzar a lamentarse, pero antes de que pudiera decir nada, Selene le hizo un gesto para que se callara. Si querían hablar con libertad, tenían que desconectar los micrófonos de los que *les* había hablado Electra... Les llevó largo rato localizarlos todos, y aún más encontrar el sistema centralizado que los controlaba, pero cuando por fin lo hallaron, Selene apenas tardó un cuarto de hora en desactivarlo.

—No ha sido muy difícil —dijo al terminar—. Lo que he hecho ha sido





interrumpir la señal asegurándome de que no salten las alarmas por desconexión... En fin, ahora podemos hablar tranquilos. Martín, ¿qué ibas a decir antes?

—Iba a decir que, si Jacob no vuelve antes de la noche, pienso salir a buscarlo. Lo tengo todo previsto, me he introducido en la rueda neural de Emma y he logrado que programe un planeador para ir a Endymion.

—¿La has convencido para que te permita ir? —preguntó Alejandra, asombrada.

—No, eso habría sido demasiado... De momento, la he convencido para que desee ir ella. Ahora mismo debe de estar preparándolo todo para una expedición nocturna... Lo que me propongo es volver a verla esta tarde y hacerle olvidar el proyecto. Así, yo aprovecharé el planeador ya programado y me iré a Endymion en su lugar.

—Es demasiado arriesgado —murmuró Deimos haciendo una mueca de escepticismo—. Si sale mal, solo conseguirás empeorar las cosas... ¡Dos fugas en lugar de una! Dos vehículos robados... Jade se pondrá furiosa, se negará a llevarnos a Marte; nos entregará a Dédalo...

—No tiene por qué salir mal —sostuvo Martín con firmeza—. Hay que sacar a Jacob de Endymion cuanto antes... No sabemos cómo habrá reaccionado al ver las ruinas de la ciudad donde vivió con sus padres y su hermano. Recordará lo que le sucedió, la forma en que murieron por culpa de Dédalo... Se sentirá tan furioso que es posible que se olvide del riesgo que corre; podría perder la noción del tiempo... A mí, en cambio, esas ruinas no me afectarán emocionalmente. Lo sacaré de allí y lo traeré de vuelta.

—Es muy generoso lo que quieres hacer, pero Deimos tiene razón —dijo Alejandra—; lo único que conseguirás será multiplicar los riesgos... ¿Por qué no nos limitamos a esperarle? Jacob ya ha demostrado muchas veces que sabe cuidar de sí mismo.

—No podemos esperar —dijo entonces Casandra mirando con fijeza a Alejandra—. Martín tiene razón, Jacob necesita ayuda.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Deimos, asombrado.

—Hace un momento me ha llegado una señal. Es de él, de su cerebro... Está desorientado, está llorando... Se ha arrodillado en un jardín abandonado, junto a su antigua casa. ¡Se ha olvidado por completo de Dédalo!

—No sabía que pudieras hacer... eso —murmuró Martín, mirándola con los ojos muy abiertos.

—Sin embargo, no es la primera vez que me pasa... ¿Recordáis cuando vi la cabana del vertedero en Calcuta-Madrás? En aquel momento, no sé cómo, me puse en comunicación con el cerebro de Deimos. Y en Medusa, cuando Selene sintió la llamada de Jacob para ayudarlo a vencer a Aedh, yo también la percibí... Incluso creo que fui yo quien estableció la conexión entre vosotros dos —añadió, mirando con





una sonrisa a Selene—. Hice de intermediaria... En aquel momento no lo entendí con claridad, ¡estaban pasando tantas cosas importantes! Pero luego, pensando más despacio en el asunto, he comprendido que esa es, justamente, mi habilidad especial, lo que diferencia mi cerebro de los vuestros. ¡Está clarísimo! Jacob puede producir alucinaciones en la mente de los demás, Martín puede introducirse en sus pensamientos y, si es necesario, modificarlos, Selene puede programar y desprogramar cualquier tipo de máquina... Y yo puedo comunicarme en la distancia con vuestros chips cerebrales, que deben de ser parecidos a los míos. No he conseguido hacerlo con las personas que llevan una rueda neural normal, pero sí con vosotros... ¡Está claro que esa debe de ser mi especialidad!

—Sí, tienes razón —murmuró Selene pensativa.

—Pero, si estás en lo cierto, eso significa que Jacob corre un serio peligro —intervino Deimos—. No conseguirá volver por sus propios medios...

—Por eso es necesario que le ayude —insistió Martín—. Lo único que siento es tener que esperar hasta media tarde; quién sabe lo que puede ocurrir mientras tanto...

—Los sistemas de vigilancia de la base alertarán de que falta un vehículo de superficie —murmuró Alejandra—. Lo raro es que no lo hayan hecho todavía.

—Hay que manipular esos sistemas —dijo Selene con decisión—. He estado pensando en cómo hacerlo, y solo se me ocurre una manera... Electra.

—¿Qué piensas hacer con ella? —preguntó Martín—. Me cae simpática...

—Reconectaremos los micrófonos y la llamaremos. Dijo que vendría en cuanto la llamásemos... Cuando llegue, me introduciré en sus sistemas y le extraeré la información que necesitamos para filtrar las comunicaciones de los sistemas de vigilancia. Estoy convencida de que toda la red de seguridad de la base está interconectada y de que ella tiene acceso a sus terminales.

—¿Y si te equivocas? —preguntó Martín.

—Buscaremos otra solución; en cualquier caso, aún hay tiempo...

Selene se puso manos a la obra y, volviendo a conectar la red de micrófonos, reclamó la presencia de Electra en la casa. Diez minutos más tarde, el robot llamó a la puerta, preguntando solícitamente qué se les ofrecía.

—Entretenedla —les susurró Selene a los demás—. Tratad de sacarle información, aunque sin despertar sospechas... Yo voy a estudiarla discretamente y, cuando sepa lo que necesito, me lanzaré sobre ella y la desconectaré.

Alejandra corrió a abrirle la puerta y, a las preguntas del robot, contestó con una sonrisa.

—Verás, Electra, como Jade no ha vuelto y Emma va a estar ocupada toda la tarde, queríamos saber qué podemos hacer mientras tanto para entretenernos —explicó—. Ya hemos visitado el parque de vuelo y la colección artística... ¿No podríamos salir a



dar una vuelta a la superficie? Si nos prestaseis unos trajes espaciales...

—Me temo que eso es imposible —repuso Electra, activando varios pilotos rojos en su parte frontal—. No estáis autorizados a salir de la base.

—¿No tenéis trajes espaciales para nosotros? —preguntó Martín arqueando las cejas.

—Hay trajes más que suficientes, ese no es el problema —aclaró el robot—. Hay que entrenarse para llevarlos, son pesados e incómodos, y el suministrador de oxígeno no se maneja con facilidad. Además, no estáis autorizados...

—Yo creo que Emma nos dará su permiso, si se lo pedimos —dijo Casandra—. ¿Por qué no iba a hacerlo?

—No lo hará. Motivos de seguridad —contestó lacónicamente el robot.

—¿Y no podríamos dar una vuelta en un todoterreno presurizado? —apuntó Deimos—. Eso sería menos peligroso...

—Repito que no estáis autorizados a abandonar la base —insistió Electra con inquebrantable paciencia.

—¿Y no podrías, por lo menos, enseñarnos todo esto? —preguntó Martín—. No me refiero solo a las calles y los espacios públicos, sino a la parte subterránea de la base, donde están los sistemas de control de la temperatura, el suministro de agua y los escudos antirradiaciones...

—El sistema de seguridad de Black Edén no permite mostrar esas instalaciones.

—¿Por qué? —preguntó Alejandra—. Al fin y al cabo, aquí nunca viene nadie... Emma dice que solo viven diez personas en todo el complejo, pero, aparte de ella, no nos hemos cruzado con ninguno de los otros habitantes... ¿Para qué hace falta tanta seguridad?

Electra se quedó callada unos segundos.

—No lo sé —contestó finalmente—. No dispongo de la información necesaria para responder a esa pregunta.

—¿Son muy complicados esos sistemas de seguridad? —preguntó entonces Selene a bocajarro—. ¿Desde dónde se controlan? ¿Tú colaboras con ellos?

—Son muy complicados, en efecto. Incluyen cientos de cámaras y micrófonos, y sistemas automáticos de alerta cada vez que ciertas puertas se abren. Las zonas más vigiladas de la base, además, requieren códigos especiales para acceder a ellas. Esos códigos cambian cada día... No solo el personal humano dispone de ellos, también los robots. Nosotros colaboramos con el sistema, pero no podemos burlarlo ni modificarlo. Eso solo puede hacerlo Emma.

—¿Puede hacerlo desde su rueda neural? —preguntó Martín.

—No. Existe un sistema especial... No estoy autorizada a revelar su



funcionamiento.

—Es suficiente, chicos —dijo Selene con decisión—. ¡A por ella!

Deimos y Casandra se lanzaron sobre el robot y lo inmovilizaron mientras Selene, por detrás, retiraba algunos tornillos de su coraza metálica para acceder a sus sistemas internos.

—¿Qué hacéis? —preguntó Electra en el mismo tono sereno y encantador que siempre empleaba—. No estáis autorizados a hacer eso... Voy a activar la alarma: tres, dos, un...

Selene desconectó un cable del complejo entramado que estaba examinando y el robot se quedó mudo antes de completar la cuenta atrás.

—¡Menos mal! —resopló Martín—. Ha estado a punto de delatarnos... ¿Y ahora qué?

—Los códigos —murmuró Selene examinando las placas electrónicas del interior—. Hay que obtener sus códigos para acceder a las zonas de máxima seguridad... Así, más tarde, cuando salgas, podrás utilizarlos. Luego, situaremos a Electra ante las cámaras de vigilancia y sustituiremos tus grabaciones por las suyas... Tenemos que alterar su memoria y obligarla a obedecer nuestras órdenes. He desconectado sus sistemas de comunicación, así que ya no puede ponerse en contacto con el resto de la base... Bien. Ahora, activaremos su placa básica y observaremos su funcionamiento. Aquí dentro tiene una interfaz de control, que nos permitirá acceder directamente a su programación.

Dando por terminadas las explicaciones, Selene se concentró de lleno en la interfaz interna de Electra, examinando uno por uno sus programas. A su alrededor, sus compañeros la observaban sin atreverse a decir nada, por miedo a distraerla. Resultaba tan impresionante ver la seguridad con la que se movía en medio de aquella selva de instrucciones digitales, que uno perdía la noción del tiempo. Cuando, por fin, la muchacha levantó la *cabeza* para pedir la cubierta de la parte posterior del robot, Martín no habría sabido decir si habían transcurrido algunos minutos o varias horas.

—Ya está. Tengo los códigos —anunció Selene, tendiéndoselos a Martín en una pequeña lámina electrónica—. Lo mejor sería que los memorizases... He alterado el sistema de recepción de órdenes para que Electra dé prioridad a las nuestras, por encima incluso de las de Emma. También he borrado de sus registros toda esta manipulación... Ya veréis; cuando la reconectemos, no recordará nada.

Pronto se demostró que Selene tenía razón; en cuanto la cubierta posterior estuvo atornillada y el dispositivo de encendido conectado de nuevo, Electra comenzó a hablar como si nada hubiese ocurrido.

—Si queréis una alternativa al paseo por la superficie lunar, puedo sugeriros que visitéis el mirador del oeste; es el único lugar de la base desde donde se puede



observar directamente el paisaje exterior, y tenéis permitido el acceso. También os recomiendo el *Lunario*, una sala de proyecciones tridimensionales que permite reproducir, previa petición al robot de acceso, cualquier zona conocida de la Luna. Es muy interesante... Antes, cuando venía más gente, era uno de los lugares favoritos de los visitantes de la colonia.

—Está bien, iremos al Lunario —dijo Martín—. Pero luego, más tarde, me gustaría ver a Emma... ¿Dónde puedo encontrarla?

—Estará supervisando la descarga de mercancías hasta bien entrada la tarde; pero, a eso de las seis, hora lunar, todos los días acude al jardín experimental para echar un vistazo a sus plantas. Allí podrás hablar con ella.

Siguiendo el consejo de Electra, los chicos se dirigieron al Lunario para matar el tiempo mientras esperaban la caída de la noche artificial. El lugar era verdaderamente instructivo, y permitía hacerse una idea muy próxima a la realidad acerca de las principales instalaciones lunares que aún seguían en pie, así como de otras muchas que ya no se utilizaban desde hacía años. Deimos solicitó una proyección de la red transecuatorial de telescopios, de la que había oído hablar en varias ocasiones. La grabación tenía más de una década, pero, aún así, resultaba sumamente interesante. Parecía increíble que las distintas federaciones terrestres hubieran sido capaces de coordinar sus esfuerzos para construir una infraestructura tan amplia y compleja como aquella, con sus miles de telescopios parcialmente enterrados a cincuenta kilómetros unos de otros, cubriendo todo el perímetro del ecuador lunar.

—¿Y todo esto, ahora, está en manos de Dédalo? —preguntó Alejandra con incredulidad—. Qué locura, es un disparate...

—No solo esto —murmuró Martín con los dientes apretados—. También el superacelerador ecuatorial de partículas, y la red de radiotelescopios de la Cara Oscura, y todas las plantas de extracción de oxígeno a partir de las rocas lunares... Todavía no consigo explicarme cómo logró Hiden hacerse con todo.

—Ofreciendo mucho dinero... Es la única explicación —dijo Selene pensativa—. ¿Creéis que tendrán alguna grabación de la ciudad de Endymion en la época en la que todavía estaba habitada?

En respuesta a su pregunta, el robot del Lunario les ofreció varias películas viejas de la colonia. La calidad de sus imágenes tridimensionales dejaba mucho que desear, pero, aún así, permitían hacerse una idea muy precisa de lo que había sido la vida en la capital lunar. Se veían con toda claridad sus gigantescas cúpulas recubiertas de hielo para aislar el interior de las peligrosas radiaciones cósmicas, así como los amplios invernaderos de plástico transparente que albergaban los huertos a partir de los cuales se alimentaba a toda la comunidad. Había, incluso, un breve documental sobre la inauguración de la Gran Catedral de Endymion, un templo plurirreligioso cuyas torres, gracias a la escasa gravedad lunar, alcanzaban alturas nunca vistas en la



Tierra.

Pero lo más impresionante de aquellas grabaciones no eran los edificios de Endymion ni sus principales infraestructuras, sino la animación que reinaba en todas partes. Las calles subterráneas, iluminadas con una luz que recordaba mucho a la del amanecer terrestre, aparecían llenas de gente de todas las edades haciendo sus compras o dirigiéndose a sus lugares de entretenimiento favoritos. Había pistas de patinaje, parques de vuelo, canchas de baloncesto con canastas situadas a una altura asombrosa, y campos de tenis de unas dimensiones superiores a las de un campo de fútbol terrestre; y en todos aquellos lugares había gente, gente riendo y disfrutando, comiendo palomitas y bocadillos, bebiendo cervezas y refrescos, animando a gritos a su equipo o charlando tranquilamente entre sí... ¿Dónde estaba toda aquella gente? ¿Qué habría ocurrido con ellos después de la gran epidemia que obligó a cerrar la colonia? Muchos habrían muerto... ¿Y los demás? ¿Recordarían la ciudad con nostalgia o la habrían borrado para siempre de su memoria?

—Me alegro de que Jacob no pueda ver esto —murmuró Selene con tristeza—. Le haría demasiado daño.

—Ahí, entre toda esa gente, podrían estar sus padres. Incluso él... Sí, tienes razón —la apoyó Alejandra—. Es mucho mejor que no lo haya visto.

—Lo que está viendo en este momento es aún más terrible —observó Martín—. Las ruinas de todos estos sitios... Aunque era muy pequeño cuando se fue de la colonia, es posible que le traigan recuerdos. Tiene que estar pasándolo muy mal.

—Espero que eso no le lleve a comportarse de un modo imprudente con los agentes de Dédalo —intervino Deimos—. Puede que su rabia le incite a hacer alguna locura...

—Esperemos que no —repuso Martín poniéndose en pie y mirando su reloj—. Tiene mucha práctica en esconderse, estuvo haciéndolo durante meses. Por muy afectado que esté, no creo que llegue a descuidarse tanto como para que lo descubran.

La última de las películas de Endymion había concluido, y la oscuridad reinante durante la proyección había ido transformándose gradualmente en una agradable penumbra.

—¿Te vas? —preguntó Alejandra, mirando a Martín.

—Sí, ya es casi la hora que me dijo Electra... Voy a esperar a Emma en su jardín. Si todo va bien, desde allí me iré directamente al planeador.

—Busca a Jacob en las ruinas del hospital —dijo Casandra en tono soñador—. Ahora está allí... Lo he visto.

—Espero encontrarlo antes de que lo hagan... otros. ¡Deseadme suerte!

—Toda la del mundo —repuso Deimos—. ¡La vas a necesitar!







## Capítulo 5. Las ruinas de Endymion

Tal y como había pronosticado Electra, Emma se encontraba en el jardín experimental, podando un rosal transgénico especialmente diseñado para ambientes de baja gravedad.

—Ah, eres tú —exclamó al ver a Martín con una mueca de fastidio—. ¿Me estabas buscando? No me gusta que me molesten cuando me ocupo del jardín.

—Lo siento, no pretendía molestar. Es que hemos estado viendo algunas viejas películas de Endymion, y nos han impresionado... Quería preguntarle si usted conoció la ciudad en los buenos tiempos.

Emma se quedó unos instantes inmóvil, con las tijeras de podar en la mano.

—¿Que si la conocí? Yo misma contribuí a crearla. Mi marido y yo teníamos veintitrés años cuando llegamos a la Luna. Acabábamos de salir de la Universidad... Fuimos de los primeros pioneros en instalarnos. «Lunáticos», nos llamaban...

—¿Por qué decidieron venir?

—Queríamos prosperar, y la Luna parecía un lugar prometedor para hacerlo. Fundamos la compañía Transit de transportes y nos fue muy bien... Nos gustaba esto. Habría podido convertirse en un lugar maravilloso, de no haber sido por la epidemia y la utilización de ella que hizo Dédalo... Había proyectos para la terraformación del satélite. Sabíamos que sería difícil, mucho más difícil que en Marte, pero, aún así, lo habríamos conseguido: temperaturas más benignas, una atmósfera... Lo único que queda de aquel sueño son estas plantas. Míralas: diseñadas expresamente para este lugar, y tan bellas o más que las de la Tierra. Habrían podido cubrir grandes extensiones de terreno, cambiar la faz de la Luna... ¡Todo habría sido tan distinto!

—¿Y qué ocurrió? —preguntó tímidamente Martín—. Quiero decir, su marido...

El rostro de Emma se ensombreció hasta adquirir un aspecto amenazador.

—Murió durante la epidemia —dijo lentamente—; lo mismo que mi hijo.

Martín no sabía cómo disculparse por haber evocado recuerdos tan dolorosos.

—Lo siento —balbució—. No pretendía entristecerla... Debe de ser muy duro para usted. Lo que no entiendo es... ¿por qué se quedó en la Luna después de aquello?

—La Tierra se había convertido en un lugar demasiado hostil para la gente como yo —repuso la anciana con voz extrañamente inexpresiva—. Los pequeños negocios ya no tenían futuro... Las corporaciones se habían encargado de acabar con ellos.

Podría haber obtenido trabajo como asalariada en alguna de ellas, pero preferí



seguir siendo mi propia jefa... aunque fuese al margen de la ley. Quería seguir luchando por aquello en lo que Max y yo habíamos creído. Al menos, he conseguido sobrevivir.

En aquel momento, Martín sentía tal mezcla de admiración y simpatía por la presidenta de Transit que estuvo a punto de olvidar su objetivo. Sin embargo, la alusión de Emma a la supervivencia le hizo volver a la realidad... Ellos también tenían que hacer lo posible por sobrevivir; y por salvar a Jacob.

Aprovechando la emoción de la anciana, Martín se introdujo en su rueda neural y, sin apenas esfuerzo, extrajo la información que necesitaba acerca de la localización del planeador y el modo de dirigirlo. Luego eliminó de la mente de Emma todos los recuerdos relativos a su proyectada expedición nocturna. En el pensamiento de la anciana, era como si aquel proyecto jamás hubiese existido.

—Tengo que irme —murmuró Martín, observando el brusco avance de la oscuridad en el falso cielo de Black Edén—. Los otros me esperan para cenar. Siento mucho haberla molestado, de verdad. Es que sentía tanta curiosidad...

La anciana había cerrado su ojo biológico y lo observaba con su parche inteligente sin decir palabra.

—¿Sabe usted cuándo volverá Jade?

—Mañana, a eso del mediodía —murmuró la anciana sin dejar de mirarle a través de aquel inquietante rectángulo negro—. Parece que ha cerrado un buen negocio... Contrabando de antimateria, ¡a eso es a lo que nos dedicamos ahora! Si Max levantara la cabeza...

Mordiéndose el labio inferior con tristeza, Emma se dio la vuelta y volvió a concentrarse en su rosal mientras Martín abandonaba el invernadero con el corazón encogido.

«El planeador —murmuró para sí mismo—; tengo que encontrarlo...».

Utilizando la información que Emma acababa de proporcionarle, el muchacho se dirigió a los ascensores más próximos e, introduciendo el código de acceso de Electra, pulsó el botón de descenso al cuarto subterráneo. Una vez allí, tuvo que recorrer una complicada red de pasillos y repetir la introducción del código varias veces antes de llegar al hangar que contenía el vehículo privado de Emma. Tal y como suponía, lo encontró listo para la expedición, con la cabina llena de provisiones y las baterías cargadas al máximo.

Afortunadamente, había visto utilizar esa clase de vehículos en algunos documentales y sabía cómo actuar antes de entrar en la cabina. Lo primero era ponerse el traje de aislamiento térmico... Él y Emma tenían aproximadamente la misma estatura, así que pudo introducirse sin dificultad en el traje de la anciana. Después abrió el aparato, esperó a que la cabina adquiriese el nivel de presurización necesario y la concentración óptima de oxígeno y, finalmente, penetró en ella y se



instaló frente a los mandos. Solo entonces, con un ligero temblor, pronunció en voz alta la orden que debía poner en marcha toda la operación:

—A Endymion... Al viejo hospital.

El planeador comenzó a rodar lentamente por el subterráneo hasta alcanzar una rampa que desembocaba en una pista de despeque, ya en la superficie. Una vez en la pista, comenzó a acelerar rápidamente hasta salir volando.

—Ruedas recogidas. Despliegue de impulsores —anunció la voz del ordenador de a bordo.

Gracias a los documentales que había visto, Martín sabía lo que aquello significaba: para avanzar en la casi inexistente atmósfera lunar, los planeadores utilizaban una especie de patas provistas de gigantescos muelles que les permitían renovar su impulso cada vez que tocaban la superficie después de flotar varios kilómetros a toda velocidad en el ingravido cielo del satélite. Por eso, los más antiguos de aquellos vehículos habían sido bautizados como «saltamontes»... Claro que los viejos diseños en nada se parecían al vehículo de Emma, con su forma de platillo alargado y su cabina transparente; eran mucho más pequeños e incómodos, y hacía tiempo que se habían dejado de utilizar.

Lo más impresionante de aquel vuelo a través del limpio cielo lunar era, sobre todo, el silencio; el vehículo avanzaba sin hacer el menor ruido, planeando sobre una interminable superficie de territorios desnudos más o menos accidentados, y posándose de cuando en cuando durante una fracción de segundo para volver a flotar con renovado impulso. Por debajo de la nave se sucedían las llanuras grises iluminadas por el sol y los cráteres oscuros, más o menos profundos. Las huellas de la colonización humana eran, al principio, más bien escasas: de vez en cuando se veía un poste de teleférico, o una línea abandonada de monorraíl, o un grupo de pequeños iglúes deshabitados. Sin embargo, poco a poco, los signos de actividad humana comenzaron a aumentar, hasta cubrir casi por completo el paisaje. Abundaban, por encima de todo, las excavaciones, muchas de las cuales parecían seguir usándose, a juzgar por el ajetreo de robots de carga que entraban y salían de sus galerías. Aquello era algo que Martín no había esperado encontrar... Que él supiera, casi toda la actividad minera de la Luna se había interrumpido, y las pocas explotaciones que quedaban se limitaban a extraer oxígeno, hidrógeno y hielo para cubrir las necesidades básicas del personal de Dédalo y fabricar algunos materiales de primera necesidad. Sin embargo, las extensas explotaciones que Martín estaba viendo desde el planeador no podían corresponder a unos objetivos tan limitados; aquello era una actividad a gran escala, con una infraestructura amplísima... Pero ¿qué podían estar sacando? Tal vez Helio 3... Martín recordó que aquel isótopo del Helio abundaba más en la Luna que en la Tierra, y que, según había leído, se había utilizado como combustible en las plantas experimentales de fusión nuclear. Tal vez fuese esa la explicación del interés de Hiden por el control de la Luna...



Durante su estancia en el Jardín del Edén, Leo les había revelado su implicación en un programa destinado a producir centrales de fusión nuclear rentables, programa que, según el androide, había sido un completo fracaso. Tal vez Hiden lo siguiese intentando, y estuviese utilizando la Luna para obtener el combustible que necesitaba.

Martín no tenía ni idea del aspecto que podía ofrecer un campo de extracción de Helio; sin embargo, al fijarse más detenidamente en las infraestructuras que estaba sobrevolando, tuvo la impresión de que algo no cuadraba en aquella teoría suya. Por ninguna parte se veían máquinas extrayendo rocas y procesándolas, sino, más bien, todo lo contrario... Lo que las hileras de robots hacían era, al parecer, enterrar grandes depósitos que llegaban continuamente a bordo de un monorraíl. En algunos lugares se veía a las máquinas introducir los depósitos en profundas galerías, y en otros, parecía que esta operación ya había concluido y los depósitos estaban siendo cubiertos con una espesa capa de hormigón. Todo aquello resultaba más que misterioso... ¿Qué era lo que podía estar enterrando la corporación Dédalo? Tal vez Helio 3, para futuras explotaciones... O tal vez algún otro material valioso robado y transportado a la Luna para permanecer escondido durante años... ¿Podría tratarse de petróleo? Era lo suficientemente escaso como para que aquel tráfico pudiese resultar rentable, si no económicamente, al menos desde un punto de vista estratégico: En el futuro, quien controlase las últimas reservas del preciado combustible podría convertirse en el árbitro de toda la política mundial, deshancando a la corporación Nur, que había venido realizando aquel papel durante las últimas décadas.

Martín continuó reflexionando acerca del posible significado de todo aquello hasta que, en el horizonte, surgieron las primeras cúpulas de Endymion. Sus formas hemisféricas, parcialmente cubiertas de hielo para proteger el interior de las radiaciones, brillaban a la luz del sol, mientras de su parte inferior brotaba un resplandor azulado. Había muchas más de las que Martín había imaginado, pues en las fotografías de Endymion que solían circular por la Tierra solo se veía la parte central de la colonia, con sus edificios más grandes. La realidad, sin embargo, parecía bien distinta... Alrededor de las cinco cúpulas principales, que rodeaban la explanada donde se hallaban la Catedral y el Gran Estadio, emergían del suelo, como pequeñas setas, decenas de cúpulas más pequeñas, muchas de las cuales se encontraban aún en perfecto estado. Entre aquellas cúpulas no parecía haber ningún tipo de vías de comunicación, ya que todo el tráfico de la colonia, en sus mejores tiempos, había sido subterráneo. Sí se veían, en cambio, amplios invernaderos que cubrían prácticamente toda la superficie existente entre unas cúpulas y otras. Algunos de ellos aún seguían llenos de vegetales más o menos descuidados.

—Ahora viene lo peligroso —murmuró Martín para sí mismo—. Esperemos que este trasto sepa por dónde ir para evitar la vigilancia de Dédalo...

Por fortuna, el planeador había sido diseñado por los contrabandistas de Transit



para detectar todo tipo de controles automáticos y burlarlos. Además, los itinerarios programados en su memoria evitaban los pocos puestos fijos de vigilantes humanos que Hiden tenía distribuidos a lo largo y ancho de la colonia. Había un par de puntos ciegos en todo el perímetro de Endymion que Emma y su gente utilizaban habitualmente para introducirse en la ciudad, de modo que el vehículo eligió el más próximo de ellos y se dirigió hacia él sin la menor vacilación.

Aquel acceso se encontraba al sur de la colonia, junto a una torre solar en desuso desde hacía años. Al pie de la torre, disimulada tras una gruesa muralla de roca triturada, había una pequeña entrada de servicio que, en otros tiempos, se había utilizado para introducir en Endymion las hortalizas de los invernaderos cercanos. La puerta estaba herméticamente cerrada, pero, al parecer, los contrabandistas se las habían ingeniado para averiguar sus contraseñas secretas, que ni siquiera Dédalo había podido encontrar. Al llegar junto a ella, el planeador emitió un brazo metálico que tecleó los códigos pertinentes en el teclado de acceso, e inmediatamente la puerta se abrió, cerrándose de nuevo en cuanto hubo entrado el vehículo. Martín se encontró entonces en una sala completamente oscura que, a juzgar por el vuelco que sintió en el estómago, comenzó a descender inmediatamente a gran velocidad. Debía de tratarse de un ascensor que conducía a las zonas presurizadas de Endymion...

Después de un rato que le pareció interminable, la sala entera se detuvo bruscamente y abrió sus puertas a un ancho pasillo iluminado, por donde inmediatamente salió rodando el planeador.

Comenzó entonces un largo recorrido a través de una red de interminables corredores que, con su gran anchura y sus elevadas bóvedas, podían considerarse verdaderas calles subterráneas. Todos ellos estaban bañados en una densa luz azul que brotaba de los muros y se dirigía hacia arriba, dejando el suelo en la penumbra. Las blancas paredes estaban hechas de vidrio, y de vez en cuando aparecían interrumpidas por grandes paneles en los que crecían jardines verticales de musgos y algas. A pesar de los años transcurridos desde la evacuación de la colonia, nadie habría dicho que se trataba de un lugar deshabitado... Los sistemas automáticos de mantenimiento de Endymion, diseñados para funcionar indefinidamente con un gasto mínimo de energía, habían demostrado ser más resistentes que los humanos que los habían instalado.

Después de rodar durante más de un cuarto de hora por aquel laberinto de calles azuladas, el planeador desembocó en lo que parecía una gran avenida. Allí, las plantas no se encontraban solo en los muros, sino también en pequeños parterres distribuidos a los lados de la calle. La iluminación era más intensa que en los corredores anteriores, y se asemejaba bastante a la luz natural de un amanecer. Había pequeñas fuentes de las que manaba un líquido transparente y de penetrante olor, que Martín no supo identificar. A ambos lados de la avenida se veían edificios de plástico con pequeñas puertas y ventanas herméticamente cerradas. Todos parecían iguales, y, observando únicamente su aspecto externo, resultaba difícil deducir a qué



se habían dedicado; probablemente se tratase de viviendas, o tal vez de oficinas, pero no había modo de saberlo... Sin embargo, al final de la calle, a la derecha, se alzaba una construcción muy diferente de las otras, que Martín identificó de inmediato como el hospital. Sus muros de piedra artificial ostentaban relieves relacionados con la Medicina; incluso había una representación del dios griego Asclepios en el frontón triangular que coronaba la puerta principal. No se observaban sistemas de vigilancia automática por ninguna parte... El planeador se detuvo bruscamente ante la entrada del edificio y, antes de que Martín pudiera darle ninguna orden, abrió sus puertas.

Un poco mareado por los sobresaltos de viaje, Martín descendió del vehículo y avanzó hacia la puerta del hospital sin saber muy bien qué hacer a continuación. Si encontraba la puerta cerrada, no se le ocurría ningún modo de acceder al interior... Por fortuna, al empujar el panel derecho de la puerta, vio que este no ofrecía ninguna resistencia. Un momento después, estaba en un vestíbulo oscuro y deteriorado, con grandes sillones de tapicería raída y alfombras descoloridas por el paso de los años.

—Jacob... —llamó, sin alzar demasiado la voz—; Jacob, ¿estás aquí?

Como no obtuvo ninguna respuesta, decidió adentrarse en un largo pasillo que emergía del fondo del vestíbulo. Allí, la iluminación era algo mayor que en la entrada, pues había pequeños pilotos anaranjados fijados al techo a distancias regulares. A un lado y a otro se abrían puertas que daban a las antiguas salas de consultas y a las habitaciones de los enfermos. Casi todas estaban desamuebladas, pero de vez en cuando, en una de ellas se veía una camilla con ruedas o un pequeño armario lleno de instrumental sanitario. Incluso el olor, a pesar de las décadas transcurridas, seguía siendo el de un hospital.

—Jacob —volvió a llamar Martín, esta vez algo más fuerte—. Si estás ahí, contesta...

Escuchó atentamente, pero a través de las salas y pasillos desiertos no le llegó el menor sonido. Posiblemente su amigo no le había oído, o tal vez se hallase demasiado trastornado para contestar.

Olvidando su prudencia inicial, Martín repitió una y otra vez sus llamadas en voz cada vez más alta. Nada, ninguna respuesta... Después de llegar al final del pasillo, volvió sobre sus pasos y ascendió por una estrecha escalera lateral. El primer piso se parecía mucho en su distribución a la planta baja, con puertas y puertas a ambos lados de un largo corredor. Algunas salas, sin embargo, eran más grandes, y sus puertas de seguridad indicaban que en otro tiempo se habían utilizado como quirófanos. Martín comenzó a imaginarse los dramas que posiblemente habrían tenido lugar entre aquellas paredes: enfermos terminales, operaciones a vida o muerte, salvaciones milagrosas... El ajetreo de los médicos y enfermeros y la angustia silenciosa de las familias de los pacientes... ¡Qué lejos quedaba todo aquello!

De pronto, un sonido regular le sacó de su ensimismamiento. Era un ruido de pasos, no cabía duda; y se acercaba... Instintivamente, Martín se escondió detrás de





una puerta con el corazón a mil por hora y esperó sin hacer el menor movimiento. El rumor de los pasos siguió aproximándose a través del pasillo hasta pasar de largo ante su puerta.

Olvidando toda precaución, Martín abandonó su escondite y se precipitó en el corredor. No se había equivocado... El que acababa de detenerse y pegarse a la pared, como si pretendiese fundirse con ella, era, efectivamente, Jacob.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —gritó Martín, dando rienda suelta a toda la tensión que venía acumulando desde la mañana—. ¿Te das cuenta del lío en el que nos has metido? ¡Eres un loco! Y un egoísta... ¡No te importa ponernos en peligro a todos con tal de salirte con la tuya!

Sin decir nada, Jacob se quedó mirándolo fijamente durante un momento, antes de darse la vuelta y seguir andando por el pasillo. A Martín le impresionaron sus profundas ojeras y la exagerada palidez de sus mejillas, pero estaba tan alterado que no podía contener sus reproches.

—Eso, sal corriendo —dijo con ironía—. Supongo que pensarás que ni siquiera nos debes una explicación...

—¿Para qué has venido? —preguntó Jacob girándose en redondo y plantándose ante él con una extraña serenidad— ¿Para echarme una bronca? Pues ya te he oído, así que puedes volverte a la base y dejarme en paz.

—No seas estúpido, he venido a buscarte —gruñó Martín exasperado—. Estábamos preocupados por ti... ¿Cómo se te ocurre meterte en esta ratonera? ¿Y si los sistemas de vigilancia de Dédalo te hubieran detectado? Quizá ya lo hayan hecho...

—No lo creo —repuso Jacob esbozando algo parecido a una sonrisa—. Esto es muy grande, y, según he podido averiguar, hay muy poco personal para vigilarlo.

—¿Y los sistemas automáticos? Hay grabaciones, cámaras...

—Cuando se molesten en revisarlos, ya nos habremos ido. Pero hay tiempo... No quiero marcharme todavía.

—Oye, no se trata de lo que tú quieras... ¿Es que has perdido el juicio? He arriesgado la vida para venir a buscarte, y no pienso irme sin ti, ni mucho menos esperar contigo a que vengan a cogerme los matones de Hiden. Te vienes conmigo ahora mismo, ¿me oyes? Ya has hecho suficientes tonterías.

—Vamos, Martín... No te pongas así —dijo Jacob en tono cansado—. Esto no es fácil para mí. Ponte en mi lugar.

Aquí empezó todo... ¡Mi vida podría haber sido tan distinta! Si mis padres y mi hermano hubiesen sobrevivido, ahora tendría algo en lo que creer, algo por lo que luchar... ¿Sabes que he estado en nuestra casa? No sé cómo conseguí dar con ella, fue algo instintivo... El caso es que la encontré; aún había dibujos míos clavados en las



paredes... Ropa de niños, y de mis padres... ¡Y hasta un par de fotos! Las he cogido...

—Sí, sé que estuviste en tu vieja casa —dijo Martín, algo más calmado—. Casandra me lo dijo.

—¿Casandra? ¿Y ella cómo lo sabe?

—Sabía que habías estado allí, y que luego habías venido al hospital. Dijo que estabas muy mal, que estabas llorando... Por eso he venido.

Jacob apretó los labios hasta que estos perdieron el color. Parecía estar haciendo un gran esfuerzo para no ceder a sus emociones.

—Sí, es verdad —dijo tras un largo silencio—. He estado llorando... Pero esta ha sido la última vez que Hiden me hace llorar. Me lo he prometido a mí mismo; ya no soy un chiquillo... Puedo hacer algo mejor que lamentarme. Se acabaron las lágrimas.

—No debes ser tan duro contigo mismo —observó Martín con suavidad—. Llorar no tiene nada de malo. No es nada deshonroso, ni hay por qué avergonzarse. Es lógico que te hayas emocionado al ver tu vieja casa, tu jardín...

—No digo que llorar sea vergonzoso —repuso Jacob con aspereza—; digo que es inútil... Ya estoy harto de huir sin hacer nada más; quiero plantarle cara a Hiden. Me da lo mismo lo que ocurra, no puedo seguir viviendo sin enfrentarme a él; eso sí que me avergonzaría.

—Todo eso está muy bien, pero no debes dejar que el odio te ciegue. Piensa con la cabeza... ¿Qué vas a conseguir enfrentándote ahora con ese tipo? El es más fuerte que nosotros, no tendríamos ninguna posibilidad de vencerle. Es mejor esperar a que llegue el momento. No basta con vengarse, la venganza no conduce a ninguna parte. Hay que asegurarse de que no siga haciendo daño... Eso es lo que de verdad importa.

Como si aquella conversación hubiese terminado de agotar sus fuerzas, Jacob dejó resbalar su espalda por la pared hasta caer sentado en el suelo y con las rodillas flexionadas.

—Sí; supongo que tienes razón —murmuró—. Hay que actuar con calma... Y yo ahora estoy demasiado furioso; seguramente no veo las cosas con claridad.

—Hazme caso, lo mejor que podemos hacer es seguir con el plan establecido. Si perdemos esta oportunidad de ir a Marte, quién sabe cuándo nos surgirá otra... No podemos dejar que Dédalo interfiera en nuestros planes; eso es, justamente, lo que Hiden pretende.

Con gran esfuerzo, Jacob se puso en pie y se sacudió el polvo de los pantalones.

—¿Sabes una cosa? —dijo, esbozando una torpe sonrisa—. La verdad es que me alegro de que hayas venido. Supongo que debería darte las gracias...

—¡Bah!, no merece la pena. Tú habrías hecho lo mismo por mí. Qué, ¿regresamos?

—Está bien. Pero ¿cómo lo hacemos? Por cierto, no te he preguntado cómo has



venido.

—He tomado prestado el planeador de Emma. Es muy rápido, y conseguí que ella lo programase para entrar en la ciudad y que luego olvidase sus instrucciones. Y tú, ¿cómo lo has hecho?

—Cogí el todoterreno que fue a buscarnos a la nave. Estaba en el mismo lugar en el que aparcó a su llegada... Me fijé en lo que hacía Jade para ponerlo en marcha y repetí sus palabras, pero introduciendo como destino «Endymion», en lugar de «base de Black Edén». No estaba seguro de que funcionase, pero lo hizo...

—¿Y supo introducirse en la ciudad burlando los controles?

—Pues sí... me figuro que todos los vehículos de Transit estarán programados para hacerlo.

—De todas formas, sería inútil y peligroso utilizar los dos vehículos para salir —observó Martín, después de reflexionar un momento—. Piénsalo, sería multiplicar las probabilidades de que nos detecten... Yo creo que debemos regresar en el planeador. Es más rápido y silencioso; si nos descubren, con él podremos escapar a mayor velocidad.

—Está bien, iremos en el planeador. Pero antes debo recoger las fotos que encontré en mi antigua casa. Las he dejado en el todoterreno. Y, de paso, puedo intentar programarlo para que regrese por sí solo a Black Edén dentro de unas horas, ¿qué te parece?

—De acuerdo. ¿Dónde lo has aparcado? No lo he visto al llegar...

—En una calle lateral, delante de una de las entradas de servicio. Me pareció lo más seguro... Ven conmigo. Es por aquí. Cojo las fotos y nos largamos en el planeador.

Jacob guio a su compañero a través de una parte del edificio que Martín aún no había explorado. Se trataba del ala infantil, donde, en otro tiempo, se habían alojado los enfermos menores de edad. Todavía podían verse algunos juguetes pulcramente alineados sobre los armarios, principalmente muñecos y animales de peluche.

—Qué siniestro resulta todo esto —murmuró Martín—. Pensar en todo lo que debió de ocurrir aquí...

—Mira, esta debía de ser la antigua sala de juegos —dijo Jacob, deteniéndose en el umbral de una de las puertas—. Todavía quedan algunos... Supongo que debí de entrar aquí alguna vez, pero no me trae ningún recuerdo.

—¿Te has fijado en ese ajedrez? —dijo Martín, penetrando en la amplia habitación—. Todavía funciona... ¡Parece mentira, después de tantos años!

En efecto, sobre una de las mesas de juego podía verse un ajedrez holográfico cuyas piezas aún reverberaban fantasmalmente en el aire sobre un tablero fosforescente.



Fascinado, Martín avanzó hacia el ajedrez y se quedó un rato contemplando la posición de las piezas. Las blancas, con sus fluorescencias violetas, destacaban mucho más que las negras, que en realidad eran de un color azul intenso.

—Alguien dejó a medias una partida... ¡Y en lo más interesante! Fíjate, las negras aún pueden ganar... Y es el ordenador el que juega con blancas. ¿Crees que todavía funcionará?

Antes de que Jacob pudiera responder, Martín acercó una mano temblorosa al tablero y colocó el dedo índice sobre el holograma de un alfil negro, deslizándolo luego hasta una casilla vacía del tablero.

—No obedece... Parece que está estropeado. ¡Es normal, después de tantos años!

—No es por eso —dijo Jacob, acercándose a su vez al tablero—. Es porque solo responde a las huellas digitales de los internos. ¡Era la forma que tenían de cobrarte por las partidas, al final de la estancia! Todavía se hace en muchos hospitales.

—Sí, eso me han dicho... Por lo visto, cobran por todo, hasta por descargar un libro de la biblioteca en tu monitor. ¿Por qué no pruebas tú?

—¿Yo?

—Sí. A lo mejor el ordenador aún tiene registradas tus huellas. Después de todo, estuviste ingresado aquí...

Sin mucha convicción, Jacob adelantó sus dedos hasta el holograma del alfil negro, tal y como había hecho Martín. Esta vez, sin embargo, el holograma se deslizó bajo su mano hasta ocupar la casilla en que esta se detuvo.

—Tenías razón... ¡Aún conserva mis huellas! Y han pasado doce años... ¡Esto me pone la carne de gallina!

En respuesta al movimiento del alfil, la máquina desplazó hacia delante el holograma de un peón blanco. Funcionaba exactamente igual que en sus mejores tiempos.

Sorprendido, Jacob se quedó meditando un momento el movimiento siguiente. De pronto, parecía haberse olvidado de todo lo demás.

—Oye, no pensarás quedarte a terminar la partida —le interrumpió Martín—. Tenemos que salir de aquí cuanto antes.

—Es verdad —dijo Jacob, levantando los ojos del tablero, no sin antes haber movido una torre—. Es que está tan interesante... Tenías razón, las negras pueden ganar en menos de diez movimientos. Me pregunto cómo intentaría evitarlo la máquina...

—No hay tiempo. ¡Vamos!

Con el ceño fruncido, Martín salió de la sala de juegos y se quedó de brazos cruzados esperando en el pasillo. Un instante después, Jacob se reunió con él.



—La puerta de servicio está ahí, al final de esas escaleras —explicó—. Qué raro, parece que este pasillo está más oscuro que antes...

Algunos de los pilotos anaranjados del techo brillaban ahora, en efecto, con una luz azulada mucho más mortecina. Afortunadamente, sin embargo, aún se veía lo suficiente como para seguir avanzando.

Al llegar al final de las escaleras, Martín tropezó con Jacob, que se había detenido bruscamente, desorientado.

—¿Qué pasa? ¿Dónde está la puerta?

—Estaba justo ahí —balbució Jacob, señalando una especie de persiana metálica.

Martín sintió que un escalofrío le recorría la espalda.

—¿Cómo que «estaba»? —preguntó, bajando la voz.

Jacob tardó unos instantes en responder.

—Esa persiana no estaba antes —murmuró por fin—. Había una puerta... Una puerta de cristal.

En la penumbra, Martín trató de escrutar el rostro de su amigo.

—¿No oíste bajar la persiana después de entrar? —preguntó—. Debió de activarse automáticamente en cuanto cruzaste la puerta...

—No; hace un momento, cuando tú me llamaste, pasé por aquí para ir a tu encuentro... La puerta seguía ahí, la vi con toda claridad. Me quedé mirándola, pensando en si debía ir a buscarte o salir corriendo.

Martín se pasó una mano por la frente, que comenzaba a cubrirse de sudor.

—Fíjate bien —insistió—. ¿No te habrás equivocado? Estos sitios parecen laberintos, es fácil confundirse. Además, hay muy poca luz...

—No me he equivocado, Martín. Entré por aquí, estoy completamente seguro. No sé qué es lo que ha podido pasar...

—Bueno, de nada sirve que nos quedemos aquí lamentándonos. Vamos a la entrada principal. Hemos debido de activar el cierre de la persiana sin darnos cuenta, al apoyarnos en algún sitio... No vale la pena darle más vueltas.

Con el corazón encogido, los dos chicos regresaron por donde habían venido y, volviendo a pasar ante la sala de juegos, recorrieron el pasillo en sentido opuesto hasta llegar a las escaleras por donde había subido Martín.

—Mira, aquí las luces siguen siendo de color naranja —observó Jacob, como si eso le tranquilizara un poco—. Ya no estamos muy lejos del vestíbulo principal...

Pero en el vestíbulo les aguardaba una sorpresa aún más desagradable que la anterior. Las grandes puertas de cristal por las que Martín había ingresado en el edificio también habían desaparecido... En su lugar, lo único que se veía era un muro



tan sólido y oscuro como los que lo rodeaban.

—¿Qué es esto, una pesadilla? —murmuró Martín, sintiendo que la voz le temblaba—. No lo entiendo... ¡Alguien parece estar jugando con nosotros!

—Pero no se oye nada —objetó Jacob—. Ningún ruido... Si la gente de Dédalo nos hubiera detectado, habrían enviado a sus robots a por nosotros. Y esos artilugios no son precisamente silenciosos.

—Es cierto; además, no tendría sentido que nos encerrasen aquí; les bastaría estar esperándonos fuera, en el planeador o en tu todoterreno... Sin ellos, no tenemos ninguna posibilidad de salir de Endymion.

—Puede que sea cosa de Hiden —dijo Jacob, estremeciéndose—. Le encanta jugar al gato y al ratón...

—No sé; no me cuadra. A lo mejor lo que ha sucedido es que las puertas tienen algún dispositivo automático para cerrarse, y nosotros, al utilizarlas, lo hemos activado. Tenemos que buscar otra puerta... Una que ni tú ni yo hayamos usado. Tiene que haber más puertas, esto es un hospital.

Intentando aferrarse a aquella última esperanza, los dos jóvenes comenzaron a correr frenéticamente por un pasillo que, hasta entonces, ninguno de los dos había pisado. Apenas se fijaban en las habitaciones que iban dejando atrás, lo único que querían era encontrar una salida. Sin embargo, al final del pasillo no había nada más que otra persiana metálica semejante a la que habían hallado frente a la primera puerta.

—Es una trampa —jadeó Jacob, casi sin aliento—. Estamos atrapados...

—¡No puede ser! —gritó Martín intentando dominar su nerviosismo—. Tenemos que seguir intentándolo. Tiene que haber una ventana, una azotea, algún sitio por donde podamos escapar... ¡Subamos al último piso!

—Antes, probemos con las ventanas —sugirió Jacob—. Tal vez podamos salir por alguna de ellas.

Corrieron entonces de una habitación a otra hasta llegar a una que tenía ventanas, pero, al intentar abrirlas, comprobaron que todas estaban herméticamente cerradas. Desesperado, Martín agarró un extintor que colgaba de una de las paredes y lo lanzó contra uno de aquellos falsos cristales, pero el material ni siquiera se resquebrajó por el impacto. En el mismo instante, sin embargo, comenzaron a surgir del techo finas persianas metálicas que se deslizaron sobre cada una de las ventanas hasta cubrirlas por completo. La habitación, de algún modo, había detectado su intento de fuga.

—No lo conseguiremos —murmuró Jacob, desalentado—. No hay manera humana de salir de aquí.

—Vamos arriba, tal vez encontremos alguna terraza, o alguna salida al tejado...

Pero cuando llegaron a la tercera planta, que era la última, se encontraron con que





todas las ventanas y puertas cristaleras que daban a las terrazas exteriores habían sido interceptadas por persianas del mismo tipo que las que habían visto en los otros pisos. Con la frente ardiendo y las manos sudorosas, Martín se empeñó en inspeccionar una vez más el edificio entero en busca de una salida, de modo que otra vez se lanzaron a recorrer vestíbulos, pasillos y escaleras, con la esperanza de hallar alguna pequeña ventana o puerta que antes les hubiera pasado desapercibida. Así transcurrió más de media hora, al cabo de la cual los dos chicos se encontraron de nuevo en el vestíbulo principal, sin saber qué hacer. Parecía el momento de darse por vencidos.

—Sentémonos a descansar un poco —dijo Jacob con voz casi inaudible—. Estoy hecho polvo... En cualquier momento vendrán a buscarnos.

—Lo raro es que no hayan venido ya —observó Martín—. Llevamos muchísimo rato dando vueltas... Y Endymion no es tan grande. Si los servicios centrales de vigilancia nos hubieran detectado, los hombres de Dédalo habrían tenido tiempo de sobra de llegar hasta aquí.

—Es posible que no sepan nada —murmuró Jacob.

Y de repente, aunque hacía apenas medio minuto que se había dejado caer de rodillas en el suelo, se levantó como movido por un resorte.

—¿Qué pasa? —preguntó Martín, mirándolo con atención—. ¿En qué estás pensando?

Muy agitado, Jacob le cogió por los hombros y le zarandeó como si estuviese intentando despertarlo de un mal sueño.

—¿No te das cuenta? —gritó, eufórico—. ¡No saben nada! ¡Esto es cosa únicamente del hospital, no de Dédalo! Me he acordado de repente... ¡Los sistemas automáticos de aislamiento en caso de violación de la cuarentena!

—¿Qué estás diciendo? No entiendo ni una palabra...

—Durante la epidemia, cuando los enfermos empezaron a comprender que iban a dejarlos morir aquí, sin darles ninguna solución, empezó a cundir el pánico. Hubo algunas fugas... A los primeros que lo intentaron los abatieron a tiros, y después establecieron un sistema de aislamiento para casos de emergencia. Lo he leído en alguna parte...

—¿Y crees que ese sistema se ha activado ahora, después de tantos años? Pero... No tiene sentido.

—Piénsalo. Ha sido por tocar el ajedrez. El ordenador central ha reconocido mi huella, por eso me ha permitido jugar. Todavía figuro en el registro de enfermos... En cuanto ha detectado a un paciente en el interior del edificio, todo el sistema de aislamiento se ha puesto en marcha. Eso es lo que ha pasado.

—Sí, tienes razón —repuso Martín lentamente—. No hay otra explicación, por lo



menos no se me ocurre... De todas formas, eso no mejora mucho nuestra situación: seguimos estando encerrados. Y además, yo no estoy tan seguro de que el sistema no esté conectado con el exterior; aunque sea antiguo, de algún modo debía avisar al resto de la ciudad de lo que ocurría aquí dentro... Antes o después, Dédalo se enterará de lo que está pasando.

—Sí, seguramente estés en lo cierto. Pero lo importante es que empezamos a entender la situación... ¡Es un primer paso! Si encontrásemos la manera de burlar el sistema...

—Podríamos buscar el ordenador central del hospital e intentar desactivarlo. Las puertas volverían a abrirse...

—Me temo que no va a ser tan fácil —musitó Jacob meneando la cabeza—. Recuerdo haber leído que el ordenador central se encontraba encerrado en una cámara aneja al edificio. No hay forma de acceder a él desde el interior... Lo hicieron así a propósito, para evitar que un motín pudiera forzar al personal del edificio a desconectarlo.

—Y ese personal, ¿cómo salía de aquí cuando se establecía el aislamiento? —preguntó Martín, sintiendo una repentina esperanza—. Tenían que tener alguna salida especial para ellos, no iban a dejarlos aquí encerrados...

—Tú no tienes ni idea de lo que es una cuarentena, ¿verdad? —le interrumpió Jacob con una mueca—. Los médicos y enfermeros tenían tan prohibido abandonar el edificio como los propios enfermos. No se les habría permitido abandonar el edificio bajo ningún concepto...

—¿Y qué otras posibilidades nos quedan? Hemos recorrido todos los pasillos, todas las escaleras...

—¡Los ascensores! Podría haber alguno que diese a un jardín exterior, a un aparcamiento...

—Los he visto por ahí, a la izquierda —dijo Martín—. Nada se pierde con intentarlo.

Con el alma en vilo, los chicos fueron apretando los interruptores de los cuatro ascensores que desembocaban directamente en el vestíbulo. Solo las puertas de dos de ellos se abrieron.

Después de una ligera vacilación, Martín y Jacob se introdujeron en uno de los dos y pulsaron el botón del último piso. El aparato no se movió, y, tras unos segundos de tensa espera, la puerta volvió a abrirse.

—No funciona —murmuró Jacob desanimado—. No me extraña, después de tanto tiempo...

—Probemos con este —propuso Martín introduciéndose en el otro ascensor que aún permanecía abierto.



De nuevo pulsaron el botón del primer piso y de nuevo el aparato permaneció inmóvil, aunque esta vez la puerta no se abrió. Muy nervioso, Jacob pulsó entonces los botones del segundo y del tercer piso, pero sin resultado. Solo quedaban los de los sótanos... El del sótano primero tampoco funcionó, pero, para su sorpresa, al pulsar el botón del sótano segundo, el ascensor se puso en marcha y comenzó a descender con gran lentitud.

—Por fin —suspiró Martín—. Espero que nos lleve a los aparcamientos...

Pero, cuando el ascensor se detuvo y la puerta se abrió, se encontraron en un lugar muy distinto de lo que habían esperado. La sala a la que habían ido a parar estaba enteramente revestida de metal, y tres de sus cuatro paredes aparecían cubiertas por cajones frigoríficos superpuestos.

—Estamos en la morgue —susurró Martín, sintiendo un helado estremecimiento en la espalda—. Esas deben de ser las cámaras donde metían a los muertos hasta que podían deshacerse de ellos.

Al igual que en el resto del edificio, había pequeños pilotos azules fijados al techo que iluminaban tenuemente la amplia habitación, cuyo centro estaba vacío. En la pared del fondo, sobre un arco metálico, se podía leer un rótulo que señalaba la sala de autopsias.

De pronto, en la semioscuridad del siniestro depósito, Martín pudo distinguir una nueva expresión de esperanza en el rostro de su amigo.

—¿Qué te pasa? —preguntó—. Por la cara que pones, parece que te gustase este lugar.

—Pues claro... ¿Cómo no se nos había ocurrido antes? ¡Tenían que deshacerse de ellos!

—¿De quiénes? —preguntó Martín sin comprender.

—Pues... ¡de los cadáveres! Piénsalo; nadie, absolutamente nadie, podía abandonar el edificio «vivo». Pero los muertos... ¡De alguna forma tenían que sacarlos!

—Es verdad —dijo Martín, muy excitado—. Si hay una forma de salir del hospital, es por aquí... Pero ¿por dónde? No se ve ninguna puerta, aparte de la del ascensor... Tal vez ahí, en la sala de autopsias.

Entraron a toda prisa en la pequeña dependencia asociada a la morgue, pero en seguida comprobaron que la habitación carecía de puertas y ventanas.

—No lo entiendo —murmuró Martín—. De algún modo tenían que deshacerse de los muertos... ¿Cómo lo harían?

—Pongámonos en el lugar del muerto —dijo Jacob, tumbándose en la camilla metálica que ocupaba el centro de la sala de autopsias—. Martín... ¡esto se mueve!



En efecto, la camilla había comenzado a descender lentamente hasta hundirse por debajo del nivel del suelo. Sin pensárselo dos veces, Martín saltó también sobre ella sin tan siquiera avisar a Jacob, que tuvo que apartarse bruscamente y, aún así, no pudo evitar recibir una patada de su compañero en el costado. Mientras tanto, la camilla seguía descendiendo a un ritmo invariable, de tal modo que la incierta luz de la sala de autopsias formaba un rectángulo cada vez más pequeño sobre las cabezas de los chicos.

—¿Qué diablos es esto? —murmuró Jacob—. ¿Adonde se supone que vamos?

—No lo sé... Al mismo sitio al que enviaban a los cadáveres cada vez que terminaban una autopsia, supongo.

—¿Tú crees? ¿Y adonde crees que los enviarían?

—Ni idea... Pero me imagino que a un sitio no demasiado agradable —repuso Martín con un escalofrío.

De pronto, la camilla dejó de descender en vertical y comenzó a moverse horizontalmente a través de una galería completamente a oscuras. Solo se oía el suave chirrido del artilugio al deslizarse sobre los rieles, un leve siseo que reverberaba en las paredes del túnel produciendo un efecto bastante fantasmagórico. Ni Martín ni Jacob se sentían con ánimos para decir nada. Tal vez hubiesen encontrado el único modo de salir del hospital, pero ¿qué les esperaba al final de aquella espeluznante travesía? Quizá montañas de muertos de una década atrás, o, incluso, algo peor...

Poco a poco, la trayectoria de la camilla fue inclinándose perceptiblemente, aunque todavía resultaba posible mantener el equilibrio sobre ella sin caerse. Martín y Jacob iban recostados el uno contra el otro, aferrándose con las manos a los bordes del extraño vehículo. Pero, de repente, la camilla comenzó a enderezarse por la parte de atrás, empujando a los dos chicos hacia su extremo delantero. Justo en ese momento, se abrió ante ellos una trampilla que desembocaba en una cámara de unos cuatro metros cuadrados y tenuemente iluminada desde abajo. Tanto Martín como Jacob se agarraron con fuerza al borde superior de la camilla para no caer al fondo de la cámara, como sin duda estaba previsto que ocurriese con los cadáveres transportados por aquel complejo dispositivo.

—¡Es un horno crematorio! —gritó Martín mientras la camilla continuaba enderezándose.

Era evidente que pronto ocuparía una posición vertical, cerrando la cámara a modo de puerta.

—En cuanto se cierre del todo, se pondrá en marcha —repuso Jacob—. ¡Vamos a morir abrasados!

En el suelo de la cámara, donde reinaba un extraño resplandor azulado, podía verse una especie de rejilla parcialmente cubierta de cenizas. Era de allí de donde



brotaba la luz... Al otro lado de la rejilla, frente a ellos, se distinguía el contorno de una puerta cuadrada.

—No esperaremos a que empiece la fiesta —dijo Martín, ahora totalmente colgado por los brazos del borde superior de la camilla—. ¡Saltemos!

Ambos saltaron simultáneamente sobre la parrilla y la atravesaron en dos zancadas, hasta encontrarse delante de la portezuela del horno. Sentían un calor abrasador en las plantas de los pies, hasta el punto de que no podían dejar de saltar mientras se esforzaban por encontrar el mecanismo de apertura. Entretanto la camilla, completamente vertical, había obturado la entrada desde el túnel, impidiéndoles retroceder.

—¡Mira! Ahí, debajo de la parrilla —susurró Jacob—; eso azul... ¡está empezando a arder!

Martín continuaba forcejeando con la puerta, cada vez más nervioso. Era evidente que no estaba diseñada para ser abierta desde dentro.

—Prueba haciendo palanca —sugirió su compañero—. Toma, esta navaja servirá...

Martín cogió la navaja que le tendía Jacob e introdujo la punta en la ranura de la puerta. Bajo sus pies, diminutas lenguas de fuego azul atravesaban la rejilla lamiendo la suela de sus botas. Concentrando toda la fuerza de sus dos manos en el pequeño instrumento, lo empujó con movimientos repetitivos hacia la puerta, logrando que su punta actuase como una cuña. Después de varios intentos infructuosos, la puerta se abrió de golpe.

—¡Por fin! —gritó, precipitándose a través de la abertura para escapar del asfixiante calor del horno.

No le había dado tiempo a comprobar lo que había fuera, de modo que se encontró flotando en el vacío y cayendo lentamente, a causa de la baja gravedad lunar. Pero, en lugar de estrellarse contra un suelo duro y firme, lo que se encontró abajo fue un blando y compacto montículo que recibió el impacto de su cuerpo sin hacerle daño. Un segundo después, Jacob caía sobre él antes de que le diera tiempo a dejarle sitio. Con gran esfuerzo, Martín consiguió rodar por el montículo hasta liberarse del peso de Jacob y quedarse inmóvil, tumbado de espaldas, contemplando el techo del extraño lugar donde se encontraban. A su alrededor flotaban innumerables partículas de polvo, visibles en la penumbra amarilla que producía la luz filtrada a través de las claraboyas de la estancia. Habían ido a parar a un inmenso almacén de cenizas.

—Tal vez aquí se encuentren los restos de mis padres —susurró Jacob con voz ahogada.

La idea le hizo ponerse en pie de un salto. —Es horrible —murmuró Martín—. Pero, al menos, hemos conseguido salir...

También él se levantó y se sacudió maquinalmente la ceniza que se le había



quedado pegada a los pantalones. Jacob se había apoyado en una pared y había cerrado los ojos. Martín le imitó. Ambos permanecieron largo rato callados mientras su respiración se iba normalizando poco a poco; pero una sirena lejana los sacó bruscamente de su apatía.

—¿Qué es eso? —exclamó Martín, abriendo los ojos—. Parece una alarma...

—Es cierto. Tal vez, después de todo, el hospital sí haya enviado una petición de ayuda a los ordenadores centrales. Puede que vengan a por nosotros...

Los dos chicos comenzaron a mirar desesperadamente a su alrededor, en busca de una salida. Los ruidos de sirenas se habían multiplicado, y era evidente que se acercaban desde distintas direcciones. Afortunadamente, no tardaron en encontrar una rampa semioculta entre los restos carbonizados que se acumulaban en el suelo. Al final de la rampa había una persiana que, para alivio de los muchachos, se alzó en cuanto detectó un contacto en su parte inferior. Estaban en la calle, en una de las calles subterráneas de la vieja ciudad abandonada; y lo mejor de todo era que no se habían alejado mucho del hospital, cuyas formas arquitectónicas destacaban por encima del resto de los edificios. Solo tenían que rodearlo para alcanzar el planeador... Corrieron tan deprisa como se lo permitían sus piernas, luchando contra la baja gravedad lunar, y, en pocos minutos, llegaron hasta donde se encontraba el vehículo.

Los dos chicos treparon hasta el habitáculo de la nave, cuya cúpula transparente se abrió al contacto de la mano de Martín para dejarlos entrar. Martín saltó al interior, pero antes de tocar el suelo se arrepintió de haberlo hecho. Una oleada de adrenalina le erizó la piel, advirtiéndole de que algo andaba mal. Casi con miedo, miró a su alrededor... Sus sentidos no le habían engañado: había alguien allí dentro. Una silueta alta y esbelta ocupaba uno de los asientos traseros del aparato; y parecía estar esperándolos.





## Capítulo 6. La Torre de los Alquimistas

Al ver que era demasiado tarde para intentar la huida, Martín apretó los puños y dio un paso hacia el intruso, cuyo rostro aparecía semioculto en la penumbra.

Entonces lo reconoció.

—¡Leo! —dijo en voz muy baja, sintiendo que el corazón se le desbocaba—. ¿Eres tú?

Jacob se estremeció al oír aquel nombre. Escudriñando la oscuridad por encima del hombro de Martín, también él identificó la silueta inconfundible del androide.

Mientras tanto, Leo se había puesto en pie con aquella majestuosa lentitud que solía caracterizar todos sus movimientos. Martín no lo recordaba tan alto; su cabeza casi rozaba la cúpula transparente del planeador. En aquel momento, su rostro no dejaba traslucir ninguna emoción, pero los chicos lo conocían lo suficiente como para notar el tinte intensamente ceniciento que cubría sus mejillas, como siempre que estaba preocupado.

—Estáis locos —musitó—. Me sorprende que no os hayan matado todavía... Os creía más sensatos. ¿En qué estabais pensando cuando os metisteis en esta ratonera?

Martín y Jacob lo miraban aturridos.

—No sabíamos que tú... ¿Qué haces aquí? —tartamudeó Jacob.

Las cejas del androide se contrajeron levemente antes de contestar.

—Esto es Endymion, chico —dijo con voz neutra—.

Una ciudad enteramente controlada por Dédalo; o lo que queda de ella... En todo caso, no debería extrañaros tanto encontrarme en una base de la Corporación. Yo también pertenezco a Dédalo, ¿recordáis?

Martín se pasó una mano por la frente. Le costaba trabajo pensar en Leo como lo que era en realidad: una máquina al servicio de Hiden y de su todopoderosa compañía. Él nunca podría verlo así, después del modo en que se había arriesgado para ayudarlos a huir del Jardín del Edén...

—¿Está Hiden contigo? —preguntó Jacob, mirando hacia atrás con aprensión.

Leo lanzó una cristalina carcajada.

—¿Hiden en la Luna? ¡Hiden detesta la Luna! —exclamó— No pondría los pies aquí por nada del mundo... O por casi nada. Quizá, de haber sabido que vosotros ibais a visitarnos, habría hecho una excepción.

Martín se dio cuenta entonces de que el ulular de las sirenas había cesado.



—¿Ya no nos persiguen? —preguntó. Leo se acercó a ellos y se quedó mirándolos fijamente. Luego alzó muy despacio una mano y revolvió el pelo de Jacob. Después, hizo lo mismo con los oscuros cabellos de Martín. Daba la impresión de que se sentía torpe, como si no encontrase el modo de expresar sus sentimientos.

—No os preocupéis por las sirenas —dijo—. Ya me he ocupado de eso. El hospital detectó la presencia de un antiguo paciente y alertó al ordenador central de vigilancia; pero ya está solucionado. Lo importante ahora es otra cosa... Estaos quietos y no digáis ni una palabra. Completamente quietos, ¿entendido?

Antes de que los chicos tuviesen tiempo de cuestionar su orden, Leo sacó de entre sus ropas una caja negra y la deslizó sobre Martín, siguiendo el contorno de su brazo izquierdo. Luego hizo lo mismo con el brazo derecho y con el pecho. Después, con un movimiento ascendente, inspeccionó el cuello y la cabeza, deteniéndose en ambas sienes y en la nuca. La caja emitía ahora un tenue resplandor azul, y de su interior brotaba un zumbido apenas audible.

—¿Qué diablos...? —empezó a preguntar el muchacho.

Un gesto imperioso del androide le hizo interrumpir su pregunta. Con movimientos precisos y cuidadosos, Leo repitió la operación que acababa de realizar deslizando la extraña caja oscura sobre el cuerpo de Jacob. La misma luz azul volvió a aparecer en el momento en que el objeto rozó la sien izquierda del muchacho.

—Lo que suponía —dijo finalmente, sacando una tarjeta ovalada de un bolsillo e insertándola en la caja—. Los dos habéis caído. Os han atrapado un par de cazadores troyanos.

Jacob y Martín le miraron con expresión interrogante.

—Son los vigilantes de este sitio, robots en miniatura —explicó Leo con voz apagada—; tan diminutos que el ojo humano es incapaz de percibirlos... Hay miles de ellos sueltos por Endymion, y, con el jaleo que habéis armado, no me extraña que os hayan localizado. Esta caja es un escáner... ha detectado un troyano dentro de cada uno de vosotros.

Martín sintió una oleada de pánico en su interior, una marea de angustia que avanzaba rápidamente, amenazando con asfixiarlo. Tenía que detenerla... Haciendo un gran esfuerzo, el muchacho concentró su pensamiento en la imagen del Bosque de Yama, tal y como solía aparecérselo en sueños. Poco a poco, notó que el miedo empezaba a remitir. Parecía que la imagen serena del bosque actuase como un blindaje, repeliendo su insidioso avance.

—¿Esos troyanos... son mortales? —oyó que preguntaba la voz temblorosa de Jacob.

—Si no se extraen a tiempo, sí —contestó Leo—. Pero tengo razones para pensar que aún estamos a tiempo de sacarlos. Ahora mismo, están intentando localizar vuestra rueda neural —añadió, concentrando su atención en la micropantalla de su



escáner—. Pero algo debe de estar confundiendo sus sensores. Parece que han detectado algún tipo de señal, pero son incapaces de localizar el implante que la emite.

Alzó los ojos del escáner y miró a los chicos con extrañeza.

—¿Vosotros sabéis algo de eso? —preguntó—. No os habrán instalado una rueda neural últimamente...

—¡Claro que no! —dijo Martín—. Ya sabes que eso es imposible...

Leo suspiró de una forma muy humana.

—Tanto mejor, entonces. Eso nos da algo más de tiempo, aunque no demasiado. Cuando los troyanos se convenzan de que no tenéis rueda neural, circularán por el torrente sanguíneo hasta el corazón; y, una vez allí, harán explotar su diminuta carga...

Los chicos lo miraron horrorizados.

—Tranquilizaos, ya os digo que tenemos tiempo. Hace unos meses, tres agentes de Uriel lograron introducirse en la colonia. Llevaban ruedas neurales ocultas, de esas que ha empezado a fabricar últimamente la corporación Kokoro. Los cazadores tardaron más de dos horas en localizar los implantes e invadir sus sistemas. Y estaban diseñados para no prolongar la búsqueda por encima de las dos horas y media. De hecho, uno de ellos no localizó el implante de su víctima y terminó explotando. El hombre murió, naturalmente. Hiden se puso furioso, porque ese hombre podría haberle sido de gran utilidad. Según él, aquello fue un despilfarro imperdonable... Ya sabéis cómo es. El caso es que desterró a la mitad de los ingenieros neurales de Endymion, enviándolos a su ciudad siberiana, Chernograd. Y a los que quedaron les ordenó que reconstruyeran completamente el sistema de búsqueda de los troyanos. Así que no os asustéis... Esos engendros tardarán mucho en darse por vencidos. Por lo que sé de vosotros, vuestro cerebro es mucho más complicado que los trastos fabricados por Kokoro, así que yo calculo que aún disponemos de tres o cuatro horas antes de que ocurra lo peor.

Mientras hablaba, Leo introdujo manualmente una orden en el panel de mandos del planeador, que comenzó a deslizarse en silencio por las calles de Endymion.

—¿Qué pasó con los otros espías de Uriel? —preguntó Jacob.

—Que ahora son espías de Dédalo —respondió Leo sonriendo con sarcasmo—. Los cazadores troyanos se apoderan de todos los sistemas del implante neural del huésped, y a partir de ese momento lo controlan completamente: graban todo lo que ve y oye el individuo, o le inducen una amnesia selectiva... Incluso, si están bien programados, se cree que podrían llegar a obligar al cerebro invadido a ejecutar las órdenes que el cazador le transmitiera. Aunque, por fortuna, esas aplicaciones todavía no están del todo operativas.

—¡Madre mía! —exclamó Martín, estremeciéndose—. Ahora entiendo por qué no



hay ningún humano vigilando las instalaciones...

—Algún día os daréis cuenta de que los humanos no sois tan necesarios —repuso Leo con un deje de ironía en la voz—. Ya sabéis lo que dice Hiden: «Una nueva era se aproxima» ...

—¿A qué se refiere? —preguntó Martín. —A nosotros, por supuesto —contestó Leo con los ojos fijos en el panel de mandos del planeador—. A las máquinas... No sé por qué, esa idea le fascina. Supongo que se imagina que, cuando se produzca la siguiente revolución tecnológica, él será el único humano capaz de controlarnos. Es típico de Hiden creerse imprescindible; está seguro de que, de un modo u otro, pasará a la Historia.

—¡Pero si ya ha hecho Historia! —observó Martín—. Ha aumentado el poder de su compañía hasta extremos que dan miedo, ha comprado la Luna... controla varias federaciones transnacionales... ¿Qué más quiere?

El planeador se deslizaba ahora por un laberinto de ruinas cubiertas de escarcha. Parecía que, en aquella parte de la ciudad, los sistemas de regulación térmica no funcionaban del todo bien. Leo se quedó mirando las desoladas hileras de módulos helados, con sus puertas y ventanas rotas.

—¿Qué quiere Hiden? —repitió con una voz extrañamente metálica—. Quiere el futuro, supongo. No puede aceptar la idea de que su influencia tenga que tener una fecha de caducidad. No puede aceptar la muerte... Quiere asegurarse de que seguirá marcando las vidas y los destinos de los hombres mucho después de que él haya desaparecido.

—Pero ¿para qué? —preguntó Jacob sin comprender—. ¿Quiere dejar un buen recuerdo?

—Quiere dejar huella, sí. Quiere que todos sepan lo excepcional que es. Pero no sabe cómo hacerlo... Por eso pasa de un proyecto a otro continuamente, probando diferentes cosas. Un gasto inútil de energía, en mi opinión. Pero la vanidad es muy poco rentable energéticamente, y siempre sale cara.

Jacob sonrió con desprecio.

—Si lo que quería era pasar a la historia como un héroe, desperdició una buena oportunidad —dijo con la vista clavada en las ruinas que se deslizaban a su alrededor—. Pudo salvar Endymion... Miles de personas le estarían hoy agradecidas, la Luna seguiría habitada... Pero no lo hizo. ¿Por qué no lo hizo?

Leo tardó unos segundos en responder.

—Supongo que en aquel momento tendría otras prioridades —contestó finalmente—. Entonces solo quería poder y dinero; ahora quiere más... Quiere reconocimiento. Y eso es, precisamente, lo que le vuelve tan peligroso. Porque lo que quiere ahora no puede comprarse... Hay que conquistarlo por otros medios. Y a Hiden no le importa cuáles sean esos medios, con tal de conseguir sus objetivos.



—Pero ¿qué puede hacer? —preguntó Martín—. No puede obligar a la gente a que reconozca sus méritos a punta de pistola...

—No, pero puede hacer muchas otras cosas: puede adjudicarse los méritos de otros. Puede engañar, mentir, confundir a la gente con sobornos y promesas, sembrar por todas partes el desconcierto y la discordia... Son muchas las cosas que puede hacer, creedme; aunque no tengo ni idea de cuáles son sus planes precisos. Lo único que sé es que el Hiden de la época de Endymion era mucho menos peligroso que el de ahora.

El planeador siguió rodando en silencio un buen trecho. Luego, bruscamente, se detuvo, y unos segundos después su techo transparente se abrió.

—Ahora tendremos que caminar un rato —anuncio Leo—. Es más seguro.

Jacob y Martín saltaron del planeador y comenzaron a ascender junto al androide por una calle en pendiente. A ambos lados de la calle, había altos edificios de plástico con las paredes cubiertas de grafitis y pintadas.

—Esta es la zona donde se atrincheraron los últimos residentes de la colonia —explicó Leo—. Tuvieron que sacarlos a la fuerza... Tardaron casi un mes en cogerlos a todos. Debíó de ser muy duro sobrevivir aquí todo ese tiempo.

Al final de la pendiente, se encontraron en una plaza iluminada por globos de luz azul y roja que flotaban en el aire artificial de la colonia. Los edificios que la rodeaban estaban cubiertos de espejos, y parecían bien conservados.

—Al otro lado de la plaza hay una cinta peatonal que todavía se mantiene en funcionamiento —dijo Leo—. Nos conducirá hasta los invernaderos orientales... Allí nos pondremos los trajes. Espero que encontremos un par de ellos de vuestra talla.

—¿Vamos a salir a la superficie? —preguntaron los dos chicos al unísono.

—Me temo que no hay más remedio. La única persona que puede ayudarnos con los troyanos está ahí fuera... Se va a sorprender mucho cuando os vea.

La cinta peatonal parecía una interminable alfombra granate moteada de hielo. Leo y los chicos comprobaron en seguida que avanzaba a gran velocidad; tanta, que era preciso aferrarse con fuerza a los pasamanos de goma para no caerse. El mecanismo deslizante emitía un continuo chirrido que se oía con claridad por encima del rumor más profundo de los generadores eléctricos cercanos.

—¿Cómo supiste que estábamos en Endymion? —preguntó Jacob volviéndose a mirar a Leo, que permanecía inmóvil detrás de él—. ¿Fue por la alarma del hospital?

—Antes de lo del hospital, yo ya sabía que estabais en Endymion —fue la lacónica respuesta del androide.

También Martín se volvió entonces a mirarlo. El rostro de Leo permanecía impassible, aunque en sus ojos había un destello de malicia.



—¿Cómo podías saberlo? —preguntó Martín—. ¿Había cámaras en las calles? ¿Nos estabais vigilando?

—¿Es que crees que yo me dedico a vigilar Endymion en nombre de Hiden? —preguntó Leo burlonamente—. Eso es para robots de tercera, no para un androide de última generación.

—Pero, entonces...

—Casandra me avisó —aclaró Leo, poniéndose repentinamente serio—. No sé cómo, detectó mi presencia en las proximidades de la colonia y me dejó un dramático mensaje en mi correo interno rogándome que os ayudara.

Jacob y Martín se miraron confundidos.

—¿Casandra hizo eso? —murmuró Martín—. ¿Cómo diablos te localizó?

—¡No tengo ni la menor idea! Creí que vosotros lo sabríais... ¿Cómo se las habrá arreglado para burlar los blindajes informáticos de Endymion? Todas las comunicaciones de la colonia están intervenidas y son filtradas por los ordenadores de la policía local. Yo mismo ayudé a crear el programa de control... El caso es que, en teoría, resulta imposible enviar un mensaje no autorizado a Endymion sin que te terminen rodeando veinte agentes especiales de Dédalo.

Jacob palideció.

—¿Eso significa que Black Edén está en peligro? —preguntó en voz baja.

—En absoluto, ya lo he comprobado —afirmó Leo en tono tranquilizador—. Los ordenadores policiales no han detectado ningún mensaje ilegal en las últimas veinticuatro horas... Todo un misterio, ¿verdad? Yo sabía que Selene era vuestra experta en informática; pero parece que además tenéis vuestra propia ingeniera de telecomunicaciones. Eso no me lo habíais contado...

Los tres continuaban avanzando sobre la deteriorada cinta peatonal. Los chicos se miraron con expresión perpleja.

—No lo sabíamos, Leo —explicó Martín—. Todos nosotros hemos demostrado que poseemos algunas capacidades poco corrientes, pero Casandra... Bueno, ni ella misma tiene muy claro qué es lo que puede hacer. O al menos, no lo tenía muy claro hasta hoy...

Inmóvil sobre el planeador, Leo fijó la vista en Martín. Un brillo azulado emanaba de sus largos cabellos blancos.

—Sois muy extraños, chicos —murmuró en voz apenas audible—. Muy extraños... No me sorprende que Hiden esté tan interesado en vosotros. Y más ahora, que conoce vuestro origen.

Un estremecimiento helado recorrió la espalda de Martín.

—¿Cómo que lo sabe? —balbuceó—. Es imposible...





La cinta avanzaba ahora con mayor lentitud, y los pasamanos de goma estaban completamente recubiertos de hielo. Leo sacudió la cabeza con un gesto de cansancio.

—El mundo está lleno de traidores —afirmó con una entonación extrañamente opaca—. Quiero decir, vuestro mundo, el de los humanos... La inclinación hacia la traición es, en teoría, muy sencilla de programar en una Inteligencia Artificial. Pero a mí no me la implantaron, por supuesto... A Dédalo no le convenía dotarme de esa función. Así que esa es una de las capacidades humanas que no puedo imitar.

—Estás exagerando, Leo —dijo Jacob con enfado—. Al fin y al cabo, tú traicionaste a Hiden cuando nos ayudaste a escapar de la isla, ¿es que no te acuerdas?

Leo se rascó la cabeza. Parecía triste.

—Eso no fue traición —murmuró—. Fue una decisión acertada que os salvó la vida sin poner en peligro a Hiden. Creedme, yo nunca he querido traicionar a mi creador. No puedo hacerlo, no estoy programado para eso. Pero a veces, mis prioridades no coinciden con las tuyas, y entonces surgen los conflictos. Eso fue lo que ocurrió en vuestro caso.

—O sea, que no era nada personal —resumió Martín, mirando al androide de reojo.

Leo captó la ironía de su voz.

—Bueno, puede que el factor de la antipatía personal haya determinado en cierta medida mi conducta —admitió de mala gana—. Pero esa no es la cuestión ahora...

—Es cierto —observó Jacob impaciente—. La cuestión es saber quién nos ha traicionado. ¿Ha sido Jade?

—¿Esa hermosa joven de la cicatriz? No, no ha sido ella. ¿Es que ella sabe que venís del futuro?

Jacob negó con la cabeza.

—Creo que no. En realidad, hay muy poca gente que lo sepa. A no ser que...

Miró a Martín, que adivinó al instante lo que estaba pensando.

—¡Aedh! —exclamaron los dos a coro.

Leo hizo un gesto afirmativo.

—Aedh, ese era el nombre —dijo—. Parece que ese chico está empeñado en que Dédalo os coja...

—Pero él no sabe que estamos aquí —dijo Martín, pensativo—. No tiene ni idea de adonde vamos... Así que, por ese lado, podemos estar tranquilos.

—Si te refieres a lo de Marte, yo, en vuestro lugar, no estaría nada tranquilo —observó Leo sonriendo levemente—. Hiden lo sabe, y piensa tomar cartas en el



asunto. El mismo va a elegir personalmente a los agentes que se encargarán de vuestra búsqueda.

La cinta peatonal se detuvo bruscamente en medio de un túnel. La oscuridad allí era casi completa. La única iluminación existente procedía de unos diminutos globos llenos de gas azulado que flotaban a gran altura sobre ellos. Al final de la cinta comenzaba un largo tramo de escaleras cuyo final no se veía.

—Ya estamos cerca —dijo Leo—. Solo tenemos que caminar hasta el final del túnel. Si no veis bien, seguidme.

El resplandor azulado que rodeaba al androide se intensificó, iluminando las paredes del túnel como una linterna. Los chicos comenzaron a caminar detrás de aquel halo luminoso. Casi tenían que correr para no perder su pista.

—Sabe que vamos a Marte... —repitió Martín en voz lo suficientemente alta como para que Leo pudiera oírlo—. Eso significa que nos vigila... ¿Por eso estás tú aquí? ¡Claro, eso lo explica todo! Era demasiada casualidad...

El halo luminoso se detuvo bruscamente. Martín no pudo frenarse a tiempo y chocó contra la armazón dura y seca del androide.

—No seas tonto, Martín. ¿De verdad crees que Hiden me enviaría a mí para vigilaros, después de lo que pasó en la isla? —preguntó Leo con amargura—. Créeme, eso es lo último que se le habría pasado por la cabeza. A él le tiene sin cuidado lo que hagáis hasta llegar a Marte. Es allí donde piensa cogerlos. Lleva meses reuniendo un ejército para afianzar su poder en el Planeta Rojo y sabe que en Marte puede hacer lo que le dé la gana sin preocuparse de las leyes transfederales.

Sin esperar respuesta, el androide reanudó la marcha. Su halo azulado fue alejándose rápidamente en las tinieblas del túnel. Tras un momento de indecisión, Jacob y Martín echaron a correr para alcanzarle.

—Pero entonces, ¿tú qué haces aquí? —preguntó Jacob jadeando aún por la carrera—. ¿No tiene nada que ver con nosotros?

—Con vosotros directamente, no. Con Marte sí... Hiden está preocupado por los avances tecnológicos que, según se rumorea, está obteniendo últimamente la corporación Uriel. Parece que es un nuevo tipo de central energética totalmente limpia y sumamente rentable... Hiden está sobre ascuas. Él lleva años intentando algo parecido a través de la fusión nuclear. Pero, si Uriel se le adelanta, todos sus esfuerzos habrán sido inútiles... Por eso me ha enviado aquí. Se supone que yo soy su experto en Física Nuclear; me programaron para eso. Pensaron que sería más fácil dominarme a mí que a un científico humano...

—Es cierto —murmuró Martín—. Alejandra averiguó mientras estábamos en el Jardín que Hiden había convertido la Luna en una especie de laboratorio nuclear... Centrales de fusión que resulten rentables, ¿no era eso lo que estaba intentando?

—Así es —confirmó Leo.



—¿Y lo ha conseguido? —insistió Martín.

—Oficialmente, sí —contestó el androide después de un instante.

A los dos muchachos no les pasó desapercibido el tono evasivo de la respuesta.

—¿Oficialmente sí? —preguntó Jacob—. ¿Eso quiere decir que, extraoficialmente, no lo ha conseguido?

El halo azulado que rodeaba al androide vibró levemente en la oscuridad.

—Extraoficialmente, las cosas son más complicadas —murmuró—. Hiden ha tenido problemas con algunos aspectos técnicos de las centrales de fusión, y es impaciente por naturaleza. Los rumores sobre la energía de Uriel le han puesto nervioso... Así que ha puesto en marcha su plan B. Y su plan B no me incluye a mí; es de una gran simplicidad tecnológica.

Habían llegado a una región del túnel que describía una cerrada curva. A partir de allí, la estructura aparecía iluminada por grandes lámparas flotantes que emitían un resplandor amarillento. Solo entonces, los muchachos se dieron cuenta de que las paredes y el techo del túnel eran de basalto toscamente tallado por una antigua máquina perforadora.

—No entiendo —dijo Martín—. ¿Por qué esa tecnología de fusión tan sencilla es el plan B de Hiden? ¿Por qué no es su plan A? Sería lo más lógico...

—Porque, en realidad, no se trata de una tecnología de fusión, Martín. Es fisión, la fisión nuclear de toda la vida. Y ya sabéis lo que eso significa. Residuos radiactivos; toneladas de residuos...

—¡Pero eso es un disparate! —le interrumpió Jacob—. Así no conseguirá engañar a nadie...

—Sí, si logra ocultar convenientemente los residuos. ¿No os dais cuenta? Para eso quiere Hiden la Luna, ¡para convertirla en un gigantesco cementerio nuclear! El piensa que nadie tiene por qué enterarse... Con tal de que Dédalo sea capaz de enviar ingentes cantidades de energía a la Tierra a bajo precio, ¿qué importa cómo lo haga? La Luna es suya, puede hacer con ella lo que quiera.

—La Luna no es suya —replicó Jacob con firmeza—. Eso no lo aceptaré nunca... La Luna es nuestra, de los que vivíamos aquí. No quedamos muchos, es verdad; tal vez yo sea el único... Pero me da igual. No dejaré que Hiden convierta en un basurero nuclear este lugar. Después de todo, es el único hogar que he conocido.

De pronto, Martín vio frente a él una abertura intensamente luminosa. Era el final del túnel. Leo seguía avanzando, como si no hubiese oído las últimas palabras de Jacob. Pero Martín no quería dar todavía aquella conversación por zanjada.

—Oye, Leo, todo esto no me cuadra —dijo abruptamente—. Primero dices que estás aquí para ayudar a Hiden en sus planes energéticos contra Uriel y luego reconoces que, en realidad, para eso Hiden no te necesita... Si eso es así, ¿para qué te



ha hecho venir? ¿Para disimular?

Leo se detuvo. De pronto, su espalda se encorvó brutalmente, hasta hacerle parecer casi un jorobado. «Las reacciones de su estructura corporal a las emociones son aún más pronunciadas que las de los humanos», pensó Martín. Nunca antes había visto a Leo tan abatido.

Sin embargo, cuando habló, su voz sonó neutra y despreocupada.

—Hiden intenta disimular, sí —dijo—. O, mejor dicho, intenta engañarme. Quiere hacerme creer que me necesita en la Luna, pero no me ha enviado aquí por eso. En realidad, la unidad de robótica de la Corporación se encuentra aquí. Son ellos los que han desarrollado esos troyanos que tenéis dentro...

—¿Y quiere que colabores con ellos? —preguntó Jacob. —Es una forma de decirlo, sí —repuso Leo serenamente—. Quiere reprogramarme. Hay algunos aspectos de mi funcionamiento que no le gustan.

Habían llegado al final del túnel. La luz exterior, despiadada y fría, acentuaba de un modo brutal las arrugas móviles del rostro del androide. Se encontraban en un desvencijado invernadero sin plantas, lleno de anticuados utensilios de jardinería. En un armario metálico hallaron los trajes de superficie de los que Leo les había hablado. Mientras se los ponían, Martín y Jacob ni siquiera se atrevieron a mirarse. No querían que Leo notase lo conmocionados que estaban después de oír sus últimas palabras.

—Es por lo nuestro, ¿verdad? —se atrevió a preguntar finalmente Martín—. Por habernos ayudado a escapar del Jardín...

—No es solo por eso —contestó Leo en un tono que intentaba parecer indiferente—. Lo habrían hecho de todas formas... Para Hiden soy solo una máquina, y está experimentando conmigo.

—¡Pero eso es horrible! —exclamó Jacob—. ¿Qué pasará con tus sentimientos, con tu memoria...? Es posible que sufras...

—Es posible —admitió el androide—. Tal vez olvide todo lo que soy, lo que he sentido... Pero quizá no. Hiden siempre me ha subestimado. No se da cuenta de que mi voluntad es tan fuerte como la suya, o quizá más... Si Leo sigue siendo Leo después de la reprogramación, eso significará que los androides podemos resucitar. O, lo que es lo mismo: demostraré que tengo un alma. Y eso es algo que ningún humano ha podido demostrar todavía... ¡Reconoceréis que es un experimento interesante!

Con un gesto impulsivo y cariñoso, pasó un brazo sobre los hombros de Martín y el otro sobre los de Jacob.

—¿Estáis cómodos? Son de vuestra talla, ¿no es cierto? Ajustaos las botellas de oxígeno y las boquillas de respiración. Vamos a salir.

Después de atravesar la cámara de adaptación, Leo accionó el mecanismo de una



vieja puerta metálica que daba acceso al exterior. A pesar del aislamiento de los trajes, Martín sintió que el frío le calaba hasta los huesos. El oxígeno puro de la botella le producía una agradable sensación de ebriedad. Estaba pisando el suelo de la Luna... Fijó la vista en sus rocas cenicientas, que reflejaban la luz extrañamente fría del sol. El traje era tan voluminoso que caminaba con torpeza, intentando ajustar sus movimientos a aquella pesada envoltura. A su lado, Jacob no parecía desenvolverse mucho mejor que él, y a cada paso rebotaba con violencia en las rocas antes de salir despedido nuevamente a metro y medio del suelo.

—Bueno, ahí la tenéis —anunció Leo—. ¿Decidme, qué os parece?

Martín alzó la vista del suelo y miró en la dirección indicada por el androide. Solo entonces vio el inquietante edificio que se erguía ante ellos, a escasos metros de la salida del invernadero. Se trataba de una torre de apariencia medieval, pero tan alta que superaba con creces a cualquier construcción similar existente en la Tierra. Estaba hecha de toscos ladrillos de basalto, brillantes y negros, y presentaba una ligera inclinación hacia el norte. A Martín le parecía el tronco quemado de un árbol gigantesco. Las almenas de la cima se recortaban en el crudo resplandor solar como muñones de ramas recién podadas.

—Dios santo, ¿qué es eso? —preguntó—. Parece salido de una pesadilla...

—Yo la llamo la Torre de los Alquimistas —contestó Leo.

—Es la cárcel de Endymion, ¿nunca has oído hablar de ella? La construyeron a finales de 2110, cuando empezaron los disturbios —explicó Jacob.

—¡Qué siniestro! —murmuró Martín sin poder apartar la vista de la torre.

—Sí, Hiden siempre ha tenido un extraño gusto por lo teatral —afirmó Leo.

—¿Todavía hay prisioneros aquí? —preguntó Jacob.

—En realidad solo queda uno —respondió el androide mientras introducía una serie de códigos en el panel de entrada de la puerta—. También a él le he puesto un nombre literario... *El Hombre de la Máscara de Hierro*. ¿Os suena?

—Es una vieja leyenda ¿no? —dijo Martín, tratando de hacer memoria—. Se supone que Luis XIV tenía un hermano gemelo que se pasó toda la vida encarcelado y con una máscara de hierro sobre la cara, para que nadie descubriera su parecido con el rey...

—Una gran mentira —confirmó Leo—. En realidad, ese hermano nunca existió. Pero la idea de dos hombres con la misma apariencia, uno libre y el otro prisionero, resulta muy apropiada en este caso. En seguida lo entenderéis... Eso sí, antes de que conozcáis al *Hombre de la máscara de hierro* en persona, debo haceros una advertencia: No digáis nada que pueda alterarle, es muy sensible. Ha sufrido mucho, y vive constantemente atemorizado, pensando que en cualquier momento puede aparecer Hiden... No le digáis quiénes sois, eso le asustaría. Dejadme hablar a mí; ya me inventaré algo.



Una vez introducidos los códigos de seguridad en el dispositivo de control, Leo presionó una de sus huellas digitales sintéticas contra el identificador y la puerta de la torre se abrió instantáneamente. Al otro lado solo había un ascensor, que comenzó a subir en cuanto Leo y sus acompañantes estuvieron dentro. El ascensor era a la vez una cámara de adaptación térmica y atmosférica.

—Podéis ir quitándoos los trajes y los cascos —dijo Leo—. Allá arriba no los vais a necesitar.

Los chicos se sintieron aliviados al desembarazarse de aquellas vestimentas, que resultaban pesadas incluso en las condiciones de baja gravedad de la Luna. Por el tiempo que duró el ascenso, Martín calculó que se dirigían hasta el último piso de la torre. Una vez arriba, el pequeño habitáculo volvió a abrirse, y sus tres ocupantes salieron a una amplia sala redonda y oscura, a pesar de las doce ventanas en forma de ranuras que filtraban la luz exterior.

Martín y Jacob echaron una ojeada al recinto, sorprendidos. Aquello no parecía una cárcel, sino una especie de taller mecánico ultrasofisticado, como los que habían visto en los reportajes acerca de las grandes escuderías automovilísticas y ferroviarias. Tanto en el suelo como en las mesas había una gran variedad de máquinas, y cientos de ordenadores desmontados se apilaban en los rincones. Sin embargo, bajo aquel aparente desorden, Martín creyó percibir una armonía de fondo que relacionaba todos aquellos objetos entre sí, orientándolos hacia una misma finalidad.

De pronto, una figura encorvada emergió trabajosamente de entre las sombras. Se trataba de un hombre viejísimo, con el rostro devastado por la edad y las radiaciones.

—¿Eres tú Leo? —preguntó—. No te esperaba hasta mañana. La revisión de tus...

El anciano se interrumpió al ver a los dos acompañantes del androide. Sus ojos centellearon con una extraña mezcla de aprensión y curiosidad.

—¿Qué es esto? —murmuró con voz ronca—. ¿Otra broma de Hiden?

Leo se adelantó a saludar al desconocido. La forma en que le palmeó la espalda le pareció a Martín inapropiadamente íntima y afectuosa. También notó que el androide susurraba un par de frases tranquilizadoras al oído del prisionero antes de volverse nuevamente hacia ellos.

—Chicos, tenéis la suerte de encontraros ante uno de los cerebros más brillantes de nuestra época —anunció en un tono casi ceremonial—. Os presento a Néstor Moebius, el inventor de la rueda neural... Y también mi creador, o al menos uno de ellos —añadió mirando significativamente a Martín.

Los chicos se quedaron observando al anciano como si se tratase de una aparición. Era cierto, ¿cómo no se habían dado cuenta antes? Aquella máscara decrepita y completamente surcada de arrugas estaba animada por las mismas facciones que habían servido de modelo para confeccionar el rostro de Leo. La similitud, unos años





antes, debía de haber sido absoluta. Pero el sufrimiento moral y físico experimentado por el científico desde entonces le había hecho envejecer tan deprisa que ya nadie habría podido confundirlo con su réplica rebotica.

Martín trató de controlar la expresión de sus ojos para no asustar al anciano con su propio nerviosismo. Pero tuvo que hacer un gran esfuerzo para dominar su excitación. ¡Aquel hombre era Néstor Moebius, el colaborador científico de su padre, supuestamente su compañero en la prisión orbital de Caershid! Él debía de saber; debía de saber tantas cosas... Miles de preguntas acudieron al cerebro del muchacho, pero su instinto le dijo que aún era demasiado pronto para formularlas. Antes, tenía que ganarse la confianza del anciano... Y, por el gesto ansioso y preocupado de Leo, comprendió que no le iba a resultar nada fácil.

—Los chicos no tienen nada que ver con Hiden, Néstor —explicó con voz cálida y persuasiva el androide—. Son los sobrinos de Emma, la de Black Edén... No sé cómo, lograron colarse en Endymion, y les han alcanzado un par de cazadores troyanos.

Néstor frunció los labios. En su fatigado semblante apareció una expresión de contrariedad.

—¿Y por qué no están con la policía? —preguntó—. Ellos se ocuparán...

—Néstor, no tienen implante neurológico. Si no les sacamos esas cosas de dentro, en pocas horas morirán... ¡No son más que unos críos! Tienes que ayudarles...

—Lo siento mucho por ellos, de verdad; pero ese es un problema de la policía. El gobernador sabrá lo que debe hacerse.

—¿Edgar? ¿Esa especie de mascota de Hiden? —exclamó Leo con desprecio— ¡Por Dios, Néstor! Son los sobrinos de Emma... ¿Sabes lo que haría con ellos ese loco vengativo?

Néstor apartó la vista de los dos muchachos y guardó un terco silencio.

—Vamos, hombre —insistió Leo—, no ha sido más que una travesura. La seguridad de la colonia no ha peligrado en ningún momento... ¡Míralos! Hasta a mí, que no soy más que una máquina, me dan pena. Jóvenes y vulnerables mamíferos... ¿No sientes algo de compasión? Después de todo, son de tu misma especie.

En el rostro de Néstor apareció una irónica sonrisa, muy parecida a la que Leo exhibía algunas veces.

—Hicimos un buen trabajo contigo, hay que reconocerlo —musitó con un matiz de amargura en su voz—. Nunca deja de sorprenderme tu humanidad, Leo. ¿Cómo pudimos hacerte tan humano? Más humano, al menos, que uno de tus creadores; más humano que yo...

—No seas tan duro contigo mismo. Yo he tenido la suerte de poder cultivar mi humanidad en los últimos años; la tuya, en cambio, ha sido vapuleada de la manera más cruel... Es lógico que se haya resentido. Pero sigues siendo tú, amigo: El gran



Néstor Moebius, un referente intelectual y moral para la gente de tu generación. Y tienes que estar a la altura de tu leyenda... Vamos, aunque solo sea por esta vez.

En la penumbra del taller, Martín creyó percibir un brillo de lágrimas en los ojos del anciano. Había en el rictus de sus labios una mezcla de ira y desesperación que le hizo estremecerse.

—Seguidme —dijo por fin—. A ver lo que podemos hacer.

Los guio hasta un rincón de la estancia donde había un viejo sillón de dentista que parecía una antigüedad del siglo XX. Con un gesto, Néstor le indicó a Jacob que se sentara en él y le ayudó a ponerse los diversos correaes y cinturones que debían mantenerlo inmóvil, con la espalda completamente adherida al respaldo. A continuación, el anciano se alejó un momento y regresó con un escáner flotante que parecía una versión ampliada de la cajita negra de Leo. Deslizó el aparato sobre el cráneo del muchacho en distintas direcciones hasta encontrar lo que buscaba.

—Aquí lo tenemos —murmuró—. Todavía está tratando de localizar el implante... ¡Qué raro!

De un armarito esmaltado que colgaba de la pared extrajo unas gafas de interferencia y se las puso. Martín observó fascinado el brillo metálico de sus lentes, que cambiaban continuamente de color debido a los filtros que iban superponiéndose sobre ellas en diferentes combinaciones. Con aquel curioso artilugio sobre la nariz, Néstor volvió a acercar el escáner a la sien derecha de Jacob y lo mantuvo a escasos milímetros de su piel mientras evaluaba el resplandor azulado que emitía.

—No lo entiendo —musitó, perplejo—. Es de los nuevos... Hace ya rato que debería haber detectado la ausencia de implantes. Pero algo parece estar bloqueando su sistema de localización... ¿Cómo es posible?

Alzó los ojos hacia Leo en busca de una explicación, pero el androide se encogió de hombros, mostrándose convenientemente sorprendido.

—Puede ser que esté dañado, o que tenga algún defecto de fábrica —siguió especulando Néstor—. ¡Si es así, Hiden se va a poner furioso! Tendrá que volver a retrasar la producción, y más de uno lo pagará caro. Se lo he advertido mil veces, esos trastos todavía no son operativos. Pero nadie me hace caso...

El viejo siguió maldiciendo en voz baja contra Hiden y todos los ingenieros de Dédalo mientras cogía una pistola de microagujas y la cargaba, introduciendo en su recámara una ampolla de plástico llena de un líquido viscoso y amarillento.

—Ahora tienes que estarte completamente quieto, muchacho. Si mueves un milímetro la cabeza, puedes terminar muerto... Espera, será mejor activar los sistemas adicionales de sujeción. Así...

Dos placas metálicas surgieron del sillón a ambos lados de la cabeza de Jacob, inmovilizando su mandíbula. Jacob intentó protestar, pero aquel extraño dispositivo



le impedía abrir la boca.

—Mucho mejor —aprobó Néstor—. Y ahora, prepárate, porque esto te va a doler mucho.

Con un pulso sorprendentemente firme para su estado de salud, Néstor pegó la pistola a la sien del muchacho y apretó el gatillo. Jacob aulló de dolor. Sentía que le acababan de taladrar el cráneo.

—No te preocupes, el proyectil contiene un calmante muy eficaz. Dentro de unos minutos ya no notarás el dolor.

Martín contempló el rostro lívido y tenso de su amigo. No parecía que fuese a recuperarse tan pronto.

—¿Qué es lo que le ha hecho? —preguntó.

—He introducido otro cazador en su organismo. Su misión es alcanzar al primero, unirse a él y neutralizarlo. En cualquier momento, los dos saldrán por el lacrimal. Una de estas lentillas los recogerá —añadió.

Y, con unas pinzas, extrajo un pequeño disco transparente de un matraz lleno de solución salina y lo colocó sobre el ojo derecho de Jacob. Luego tomó otra lentilla similar y la depositó sobre su ojo izquierdo. Los iris de Jacob adquirieron una tonalidad púrpura.

—No sabemos por cuál de los dos lacrimales saldrá, así que hay que asegurarse. Son armas muy caras, habrá que reciclarlas. Además, quiero ver cómo han quedado.

Esperó unos minutos antes de retirar nuevamente las lentillas de los ojos de Jacob y examinarlas al microscopio.

—Buen trabajo —dijo satisfecho—. Ya no corres ningún peligro.

Mientras tanto, el calmante había comenzado a hacer su efecto. Jacob trató de fijar la vista en Martín mientras este ocupaba su lugar en el desvencijado sillón, pero los ojos se le cerraban, y una absurda sonrisa bailoteaba en sus labios. El dolor había cedido, dejando paso a un agradable cosquilleo. Era una sensación parecida a la que se experimenta cuando a uno le acarician la cabeza. Cuando oyó gritar a Martín, se aproximó al sillón y observó fascinado los ojos de su amigo, intensamente púrpuras debido a las lentillas que Néstor acababa de ponerle.

Un momento después, el anciano retiró también aquellos pequeños discos de los ojos del muchacho y los examinó con atención al microscopio.

—Bueno, aquí tenemos al otro —exclamó sin apartar la vista del objetivo—. A simple vista, no parece defectuoso... Tampoco el primero lo parecía. El caso es que algo ha fallado, pero sigo sin saber qué es. Tendremos que reanudar los ensayos de laboratorio... Hiden se pondrá como una fiera. Esto retrasará considerablemente sus planes.



De repente, alzó los ojos del microscopio y miró alternativamente a los dos chicos con expresión severa.

—¿Os dais cuenta de la temeridad que habéis cometido entrando a escondidas en Endymion? ¡Ya no sois unos niños! ¿Cómo es posible que vuestra tía no os haya advertido de las consecuencias que podía tener una imprudencia semejante? La ciudad está llena de microcámaras flotantes y de alarmas silenciosas. Seguramente habréis activado alguna de ellas sin notarlo, atrayendo a los cazadores.

—Esta no era tan silenciosa —musitó Jacob, todavía mareado por los efectos del calmante y sin pensar demasiado en lo que decía—. Era la alarma del hospital... ¡Y hacía un ruido de mil demonios!

Néstor le miró con extrañeza.

—¿La alarma del hospital? No sabía que todavía funcionara... ¿Y qué hacíais allí dentro?

Martín lanzó una mirada de advertencia a su compañero. También él empezaba a notar los efectos sedantes de la droga que Néstor le acababa de administrar, pero aún no le había afectado tanto como para no percibir los peligrosos derroteros que podía tomar aquella conversación.

Sin embargo, Jacob no parecía consciente del peligro. Una sonrisa bobalicona le bailaba en el semblante, y en sus ojos había un brillo de desafío.

—Creían que podrían impedirme entrar, pero no pudieron —contestó, arrastrando las palabras como si estuviese bebido—. ¡Quería verlo con mis propios ojos! Ese lugar, ese maldito lugar... Se lo debía a ellos; a mi hermano, a mis padres...

Néstor frunció el ceño y miró a Leo.

—¿De qué habla este chico? —preguntó—. ¿Qué hacían dentro del hospital?

Normalmente, Leo era bastante rápido improvisando respuestas. Pero, en esta ocasión, algo le hizo vacilar. Las decisiones que implicaban tener que elegir entre mentir y decir la verdad eran las más difíciles para el androide. Néstor lo sabía; se trataba de un problema generalizado con el que se había topado cientos de veces a la hora de programar Inteligencias Artificiales. Y Leo, por supuesto, no era una excepción, a pesar de su extraordinaria complejidad.

—Me estás ocultando algo, Leo —dijo suavemente—. Y debe de ser algo grave, porque, si no, habrías encontrado una respuesta de inmediato. Desde que te programamos, has progresado mucho en la emisión de enunciados falsos, y sé que puedes recurrir a ellos siempre que ves clara su finalidad.

—He aprendido a mentir, sí —murmuró Leo enrojeciendo ligeramente—. No con la perfección de los humanos, por supuesto; pero tienes razón. He progresado mucho en ese terreno.

Néstor y su réplica artificial se miraron a los ojos. En los del androide había una



mezcla de impotencia y desafío. Una vaga sonrisa de ternura embelleció por un momento las facciones devastadas de Néstor.

—Me gustas, Leo —murmuró—. Eres mucho mejor de lo que nosotros te hicimos. Te has convertido en algo distinto.

Luego se volvió hacia los muchachos, que habían asistido con perplejidad al curioso diálogo entre el verdadero anciano y el falso.

—Leo teme decirme la verdad, y eso solo puede significar una cosa —dijo en tono especulativo—. Significa que esa verdad puede suponer una amenaza para vosotros, y también significa que esa amenaza le afecta emocionalmente.

Observó con detenimiento a los chicos, como si los estuviera viendo por primera vez.

—No me había fijado —admitió, sin apartar la vista de ellos—. Claro, sois vosotros. Los chicos de Hiden, a los que tú, Leo, ayudaste a escapar del Jardín del Edén. Martín... He visto tu foto cientos de veces. Eras más pequeño, por supuesto. Pero, aún así, debería haberte reconocido desde el principio... Y tú eres el otro, ¿verdad? El que se salvó de la epidemia de Endymion... ¿Cómo era su nombre? —preguntó, dirigiéndose a Leo.

—Jacob Seferis —repuso este lentamente—. Has acertado, Néstor. No son los sobrinos de Emma. Son unos fugitivos, y si Hiden los encuentra... bueno; ya te puedes figurar lo que hará con ellos.

Néstor sonrió con tanta amargura que su rostro, de repente, le recordó a Martín la grotesca expresión de una máscara antigua.

—Haría lo que ha hecho conmigo —musitó el científico—. Destruiros... No en seguida, claro. Antes, os exprimiría hasta obtener de vosotros todo lo que pudiese servirle para sus fines. Y luego... Una muerte lenta, tan lenta que al principio ni siquiera te das cuenta de que ha empezado. La muerte de la dignidad. La muerte de la voluntad. La muerte del espíritu...

—Basta, Néstor —le atajó Leo—. Estás asustando a los chicos. Ahora ya sabes lo que pasa... No les denunciarás, ¿verdad?

Una expresión ultrajada apareció en el rostro del anciano.

—¿Tan mala opinión tienes de mí? —murmuró—. ¿De verdad me crees capaz de entregar a Hiden al hijo de mi mejor amigo? ¿Cómo es posible, Leo? ¿Cómo hemos podido llegar a esto?

Había tanto dolor en su voz que Martín sintió lástima.

—No te enfades, Néstor —repuso Leo en tono apaciguador—. Solo intentaba protegerte. Los últimos meses han sido muy duros para ti. Has estado sometido a una gran presión. Cargarte con un secreto tan grave en estas circunstancias me pareció peligroso; peligroso para tu salud, quiero decir.



Pero Néstor seguía mirándolo con los ojos de un animal lastimado.

—Lo que quieres decir es que los interrogatorios y las torturas pueden volver a comenzar en cualquier momento —dijo en tono apagado—. Y yo he llegado a mi límite... Me he vuelto débil. Podría decir cualquier cosa con tal de no volver a Caershid.

—No es cierto, amigo —dijo Leo con suavidad—. Todavía eres Néstor Moebius, el valeroso científico que lo tenía todo y renunció a ello por una buena causa. Y eres más fuerte de lo que tú mismo supones; créeme.

Néstor clavó entonces su mirada en los ojos oscuros de Martín. Percibió un ligero temblor en los labios del muchacho, su emoción, su impaciencia.

—Martín Lem —musitó—. Cómo te pareces a tu padre...

Martín arqueó las cejas, sorprendido.

—¿Eso piensa? Todo el mundo me dice lo contrario.

Néstor sonrió; esta vez, en su sonrisa no podía percibirse ninguna amargura, sino tan solo una profunda tristeza.

—No es evidente, claro —dijo pensativo—. Me refiero al parecido. Pero está ahí para cualquiera que tenga ojos en la cara. La inteligencia de la mirada, las cejas altivas y serenas... Esos dos pliegues casi invisibles en las comisuras de los labios. Cuando seas más viejo se irán acentuando; entonces, el parecido con tu padre se hará más evidente.

Jacob miró a Martín de reojo. Este captó aquella mirada, y entendió al instante lo que significaba. Andrei Lem no era el verdadero padre de Martín, por supuesto; y Jacob lo sabía... Pero, a pesar de ello, Martín se dio cuenta en ese momento de que había algo de verdad en las palabras de Néstor. No eran tan solo las imaginaciones de un viejo medio loco; era una afinidad secreta de los rasgos, algo que iba más allá de los gestos que los hijos aprenden a imitar de sus padres, sean o no adoptivos. El descubrimiento le sorprendió... Y también la perspicacia del viejo científico. Entonces recordó que Néstor Moebius no era tan solo un experto en Inteligencia Artificial, sino, ante todo, un psiquiatra; un psiquiatra de excepcional talento y con una gran capacidad de observación, que no parecía haberse resentido demasiado con el tiempo.

—Hábleme de mi padre —rogó Martín con un hilo de voz—. Usted ha estado encarcelado con él... ¿Sigue en Caershid? ¿Aún... vive?

A Néstor no le pasó desapercibida la angustia que latía bajo aquellas preguntas. Apartando una vieja pantalla holográfica del mostrador, invitó a los chicos a sentarse en él con un gesto. Él comenzó a caminar de un lado a otro de la habitación con aire meditabundo, sorteando mecánicamente los diversos objetos apilados en el suelo. Era obvio que se disponía a hablar largamente para dar respuesta a las preguntas de Martín.





—Tu padre sigue vivo —dijo de pronto, como si por fin hubiese logrado ordenar sus ideas—. Sigue preso en Caershid... No te preocupes, está bien. Ha sido sometido a varias terapias de reparación génica para contrarrestar los efectos mutágenos de las radiaciones. No todos los presos tienen esa suerte... Pero nosotros éramos especiales, claro. Hiden nunca ha perdido la esperanza de poder volver a utilizarnos para sus investigaciones privadas. Y es perseverante. Ya veis, no ha parado hasta lograrlo, al menos conmigo.

—No entiendo nada —dijo Martín, intentando dominar la emoción de su voz—. Caershid no pertenece a Dédalo, es una cárcel interestatal... Se supone que se encuentra bajo el control de las Naciones Unidas, ¿no?

Néstor se agachó a recoger una placa electrónica del suelo y se puso a examinarla con atención profesional; pero Martín notó por la fijeza de su mirada que aquel no era sino un gesto mecánico al que había recurrido para tratar de concentrarse en la pregunta.

—Las prisiones orbitales fueron un golpe de efecto magnífico en su día para la policía interestatal —explicó, jugueteando con los circuitos—. La ONU confiaba mucho en su capacidad disuasoria de cara a los militantes antiglobalización, y no se equivocó. Pero, una vez aniquilada la resistencia, esas cárceles dejaron de ser útiles. Su mantenimiento es muy costoso, y en Torre Ilion comenzaron a plantearse la posibilidad de clausurarlas y de trasladar a los presos a distintas prisiones terrestres y marcianas. Tres de las cuatro cárceles orbitales existentes se reconvirtieron en centrales de espionaje, aunque no se informó de ello a los medios de comunicación. En cuanto a la cuarta, Caershid, era demasiado grande para resultar rentable como satélite espía, y la ONU decidió desmontarla. Fue entonces cuando intervino la corporación Ki, comprando la concesión de la prisión y comprometiéndose a su mantenimiento a cambio de poder utilizar a algunos de los presos para sus propias investigaciones. Ki, a su vez, obtuvo el permiso para «subalquilar» la utilización de algunos de esos presos a otras corporaciones. Así fue como tu padre y yo caímos directamente en las garras de Dédalo.

Martín sintió que una descarga de adrenalina le electrizaba los músculos. Descargó un violento puñetazo sobre el mostrador.

—¡Qué embustero! —dijo con voz ahogada por la rabia—. Hiden me aseguró mil veces que no podía hacer nada por mi padre, que no tenía ninguna información directa sobre él...

Néstor sonrió con sarcasmo.

—Sabe tanto sobre él, que incluso se rebajó a hacerle una visita en su celda de Caershid. Vino a vernos, sí. A mí, y a él.

Y eso que odia el lugar... Pero tenía una propuesta importante para nosotros, y quería planteárnosla personalmente.



Leo se acercó a Néstor con una mano alzada en señal de advertencia.

—Néstor, no les cuentes eso a los chicos —murmuró—. ¿Para qué? Es inútil...

Pero Néstor se irguió hasta adquirir su antigua estatura, que no era despreciable.

—Es el hijo de Andrei, y tiene derecho a saber la verdad —dijo con una firmeza desconocida en su voz—. Tiene derecho a saber que su padre es un héroe... no como yo.

Se volvió hacia Martín, y este notó que al viejo científico le temblaban las manos. Estaba muy emocionado.

—Hiden nos propuso un trato —explicó—. Cambiar la horrible celda de Caershid, con sus tres metros cuadrados, por una prisión más cómoda aquí en la Luna. Eso, y algunos otros privilegios: acceso a los principales boletines de difusión científica, la posibilidad de seguir trabajando en nuestro campo... Incluso, si nuestra colaboración se revelaba fructífera, algunas semanas de vacaciones en la Tierra. Todo lo que teníamos que hacer era colaborar en su nuevo proyecto nanotecnológico. Esos troyanos... La nueva obsesión de Hiden.

—¿Y usted aceptó? —preguntó Jacob.

Néstor se encogió como si hubiese recibido un impacto en el abdomen. El dolor moral parecía ejercer sobre su maltrecho cuerpo una influencia tan violenta como el dolor físico.

—Acepté —murmuró—. No podía seguir allí, estaba al borde de la locura... Al borde no —rectificó—. Estaba ya loco. Caershid es peor que la muerte. La falta de espacio te asfixia, la ausencia de horizontes termina dañándote los ojos. ¿Sabéis cuánto tiempo llevaba sin poder mirar por una ventana? Yo tampoco lo sé; años y años. Aquí, por lo menos, puedo ver el sol, el valle rocoso, las cúpulas de cristal en la distancia... Es algo más parecido a la vida.

—Y mi padre... —murmuró Martín.

—Tu padre rehusó. Le dijo a Hiden que jamás trabajaría para él, fuese cual fuese el precio que tuviese que pagar. Yo estaba presente... Creo que en ese momento, incluso el propio Hiden quedó impresionado por su grandeza. Pensé que le iba a amenazar, a poner contra las cuerdas... Pero, no sé por qué, no lo hizo.

—¿Le habló de mí? —preguntó Martín con viveza—. ¿Le dijo que Dédalo me había llevado al Jardín del Edén?

—Ya sé adonde quieres ir a parar; te preguntas si te utilizó para chantajearle... —Néstor frunció el ceño, concentrándose en sus recuerdos—. Lo cierto es que ni siquiera te mencionó; ni a ti ni a tu madre.

—Es extraño, ¿no? —dijo Jacob—. Si le hubiera dicho que Martín estaba en sus manos, Andrei tal vez habría colaborado...



Leo emitió una musical carcajada.

—Qué ingenuidad la tuya, muchacho. ¿Crees que Andrei Lem no sabe que Hiden puede amenazar a su familia en cualquier momento, estén donde estén? Sus tentáculos llegan a todos los rincones del planeta; y más allá, como lo demuestra este lugar. No es necesario vivir en el Jardín del Edén para sentir su presión... En realidad, si no fuera por el interés que Hiden siente por las capacidades de Martín, ya habría utilizado esa baza. Pero a Hiden le interesa más Martín que su padre. Andrei Lem es un gran científico en su terreno, pero no es el único. Martín, en cambio, sí es único. O casi... —añadió mirando a Jacob—. El caso es que Hiden no quiere que Andrei se entere de lo que ha descubierto acerca de su hijo. Eso le daría un cierto poder sobre él, un cierto margen para negociar.

—Andrei nunca negociaría con el futuro de su hijo —le interrumpió Néstor.

—En todo caso, se daría cuenta de que Hiden quiere a Martín vivo, y no muerto; y eso sería un alivio para él —prosiguió Leo imperturbable—. No, a Hiden no le conviene que Andrei sepa la verdad sobre Martín. Creo que lo que pretende es utilizar al padre para chantajear al hijo, y no a la inversa.

Se hizo un silencio incómodo durante el cual cada uno sacó sus propias conclusiones acerca de las últimas palabras de Leo. Néstor parecía exhausto después de su confesión. Sus ojos se hundieron en una especie de opacidad inexpresiva. Jacob lo observaba con una mezcla de desprecio y lástima. Martín, en cambio, sintió de pronto una inexplicable admiración hacia el viejo y derrotado científico. Había claudicado, cierto; se había sometido al chantaje de Hiden; pero lo había hecho porque, a pesar de todas las torturas y sufrimientos, aún le quedaba la suficiente humanidad como para amar un poco la vida. Quería volver a contemplar el horizonte, a ver las estrellas, a disfrutar de la belleza del Universo; y eso era algo que Martín podía comprender muy bien. En cuanto a su padre... Bueno, su padre era un héroe, siempre lo había sabido. Y en los héroes siempre hay algo incomprensible, una profundidad que da vértigo, incluso cuando se les ama.

—Podrías venirte con nosotros —dijo de repente, mirando a Néstor—. Te ayudaremos a escapar de aquí... En pocas horas habremos abandonado la Luna, y ya no tendrás que preocuparte por Hiden.

Mientras hablaba, Martín notó que Leo se envaraba, alarmado. Pero ya era demasiado tarde para echarse atrás. Si Néstor aceptaba, lo sacarían de Endymion. Después, ya se vería.

Sin embargo, Néstor hizo un gesto negativo con la cabeza, sonriendo con tristeza.

—No, Martín. Te lo agradezco, os lo agradezco a todos —añadió mirando a Jacob y a Leo, como si la propuesta hubiese partido de los tres—. Soy demasiado viejo para huir. ¿Dónde podría esconderme? Las ramificaciones de Dédalo están en todas partes. Vosotros mismos no sois más que unos fugitivos en constante peligro. Y yo no quiero volver a Caershid. Prefiero morir antes que regresar a ese lugar. Si hay algo



que Hiden sabe hacer a la perfección, es robarte la esperanza...

Se hundió en un oscuro mutismo, como si, de pronto, se hubiese olvidado de sus visitantes. Jacob se encogió de hombros, asqueado por aquella nueva muestra de cobardía. Martín, sin embargo, captó en ese instante una parte de la corriente de pensamientos del anciano. Y supo que, si no había aceptado su propuesta de huida, había sido por ellos, para no ponerlos en peligro. Néstor no era, después de todo, un cobarde, a pesar de su última derrota ante Hiden. Aquel descubrimiento reconfortó a Martín, inundándole de una agradable sensación de calidez. «No se puede catalogar a un hombre por un solo Episodio de su vida —pensó—. Los hombres pueden cambiar; un cobarde puede volverse valiente, y a la inversa. Los hombres somos impredecibles...».

Era una idea que le llenaba de esperanza.

—Debéis iros —dijo Leo, devolviéndole a la realidad—. Se está haciendo tarde, y vuestros amigos deben de estar muy preocupados por vosotros. Vamos, os acompañaré hasta el planeador...

Néstor se despidió de los dos jóvenes con una tímida sonrisa.

—Me alegro de haber podido ayudaros —les gritó cuando ya estaban entrando en el ascensor—. Martín Lem... Eres un digno hijo de tu padre.

Mientras bajaban, los chicos se ajustaron los cascos e hincharon los trajes para hacer frente al gélido exterior lunar. Martín aspiró una bocanada de oxígeno de su botella y cerró los ojos. Su padre estaba vivo... Y, por lo que Leo había dicho, seguiría estándolo mientras Hiden pensase que podía utilizarlo para chantajearle a él.

Cuando volvió a pisar el suelo lunar, gris y pedregoso, Martín se giró para mirar a Jacob. Los dos avanzaban dando gráciles saltos de bailarines, como en un sueño. Leo se desplazaba de la misma manera, aunque sin casco ni traje espacial. Con su larga barba y sus cabellos blancos flotando a su alrededor, parecía un mago surgido de un relato fantástico.

A poca distancia de la torre, estaba esperándolos un planeador con el distintivo de Dédalo en las puertas. Leo debía de habérselas ingeniado para tomarlo prestado temporalmente sin que los dispositivos de seguridad de Endymion lo detectasen. Cuando las puertas se abrieron, Martín oyó la voz del androide a través de los altavoces del traje.

—He programado este trasto para que os devuelva a Black Edén por la ruta más segura. He comprobado la localización de los controles de Dédalo y su trayectoria en las próximas dos horas, así que no hay peligro. De todos modos, tened cuidado...

Antes de que la cúpula se cerrara, Martín miró por última vez el rostro venerable del androide y su flotante cabellera blanca.

—¿Y tú, por qué no vienes con nosotros? —le dijo a través del comunicador.



Leo sonrió de un modo extraño.

—Soy un androide, Martín. El concepto de la libertad es algo que todavía no entiendo bien. ¿Cuándo es libre un androide, cuando dejan de utilizarlo? No sé, no lo tengo claro. Además, sería estúpido poneros en peligro.

—¡Pero, si te quedas, te borrarán la memoria! —oyó decir a Jacob a través de los altavoces—. No puedes permitirlo...

—No os preocupéis por eso —repuso Leo guiñándoles un ojo—. El viejo Leo todavía tiene un par de ases guardados en la manga... Confiad en mí.

Jacob y Martín siguieron mirando al androide mientras el planeador iniciaba el despegue. Lo último que vieron fue el tenue brillo azulado que desprendían sus ropas y el halo de sus cabellos flotantes enmarcándole el rostro.

—Tal vez no sepa lo que es la libertad, pero sí sabe lo que es el valor —dijo Jacob.

Entonces, como movidos por un impulso simultáneo, los dos se quitaron los cascos y los tubos de oxígeno y se abrazaron. Se alegraban de estar juntos. Se alegraban de sentirse unidos por un destino común en medio de aquel paisaje hostil y desolado. Se alegraban de respirar aquella atmósfera artificial y de saber que pronto estarían fuera de peligro en el confortable oasis de Black Edén. Pero, sobre todo, se alegraban de haber visto a Leo, y de saber que tenían en él a un aliado en el que siempre podrían confiar.



## Capítulo 7. El plan de los ictios

—¿Por qué habéis tardado tanto? —preguntó Selene, furiosa—. He tenido que poner patas arriba todo el sistema de seguridad de la base. ¡Es un milagro que Emma no se haya dado cuenta! Y vosotros, de paseo...

—No exageres, Selene —dijo Martín, conciliador—. Hemos venido lo antes posible. ¿Te crees que es agradable estar ahí fuera, expuesto a caer en cualquier momento en uno de los controles robóticos de Dédalo?

Se encontraban en una de las cámaras de adaptación de Black Edén, junto a los hangares. El planeador que Leo había tomado prestado para ellos acababa de abandonar la base nuevamente con dirección a Endymion. Martín y Jacob, después de despojarse de los trajes de aislamiento, acababan de entrar en las duchas. La voz de Selene les llegaba desde el otro lado de la mampara de vidrio rojo, estridente y debilitada por el ruido del agua.

—Cuando llegó el planeador de Emma sin vosotros, casi me da un infarto —dijo entonces Alejandra—. Y luego, Selene detectó la llegada del rover... ¡También sin vosotros! Estuvimos a punto de avisar a Emma.

—Leo debió de reprogramar los dos vehículos para que regresaran a la base por su cuenta —contestó Jacob desde la ducha—. Pensó que sería más seguro para nosotros regresar en un planeador de Dédalo.

Martín cerró el grifo y se envolvió en una gruesa toalla verde. Sentía los músculos entumecidos y un agradable hormigueo en la piel, que empezaba a adaptarse a los veinticinco grados centígrados del interior de Black Edén.

Salió sin haber terminado de abotonarse los pantalones, y con el torso todavía desnudo. Al terminar de ajustarse el cinturón, alzó la vista y se encontró con la mirada turbada de Alejandra.

—Lo siento —dijo, sin saber ni él mismo a qué se refería.

—Lo importante es que ya estáis aquí, y que estáis bien —contestó ella, tendiéndole su camisa.

Jacob también salió entonces de la ducha a medio vestir. Su expresión era hosca y desafiante, como siempre que se sentía culpable.

—Tampoco hay que exagerar —dijo—. Ni que hubiésemos estado fuera una semana... ¡No han sido más que unas horas!

Se dirigió a la percha donde había dejado colgada su ropa, pero Selene se le plantó delante, impidiéndole el paso. Sus ojos echaban chispas.





—Eres un idiota —le espetó—. ¡En lugar de disculparte, te burlas de nosotras! ¿Es que no os dais cuenta de que, entre Casandra y yo, acabamos de salvaros la vida?

—Ya, claro —dijo Jacob intentando esquivarla para alcanzar su camisa—. Leo no ha tenido nada que ver.

Selene se le adelantó y le arrojó la camisa a la cara.

—¡Eres un idiota desagradecido! —insistió—. Si yo no hubiera manipulado los controles de seguridad de la base, ni Leo ni nadie podría haber impedido que Emma notase vuestra ausencia. Y Leo no habría aparecido milagrosamente para salvaros si Casandra no le hubiese avisado... ¿Y todo por qué? Porque el niño tenía que ponernos a todos en peligro para hacer su ridículo viajecito nostálgico.

Jacob palideció.

—No te consiento que hables así —murmuró en tono amenazante—. Estás insultándome e insultando a todos los que murieron en Endymion, incluidos mi hermano y mis padres. ¿Crees que no vale la pena recordarlos? ¿Crees que no merecen ni siquiera unas cuantas horas de nuestro tiempo?

Selene comprendió que había ido demasiado lejos.

—No quería decir eso —murmuró, ceñuda—. Solo intentaba hacerte ver que estás en deuda con nosotras... Pero ya veo que es imposible.

Se sentó en uno de los bancos flotantes pegados a la pared y dio una patada en el suelo, mientras Jacob, en el otro extremo de la cámara, se ataba los zapatos con el ceño fruncido.

Alejandra y Martín habían asistido asombrados a toda la escena.

—¿Qué le pasa a Selene? —murmuró Martín—. Nunca la había visto perder los estribos de esta manera...

—Es el nerviosismo, supongo. Han sido unas horas muy tensas... y muy difíciles para ella. Jacob debería ser un poco más comprensivo.

Martín iba a decir que esa virtud no figuraba entre las más destacables de Jacob, pero algo lo detuvo. Sin llegar a captar ningún pensamiento concreto de su amigo, percibió que estaba sufriendo. Y notó que ese sufrimiento tenía que ver con Selene y con su violenta reacción. Eso le dejó perplejo. Normalmente, Jacob parecía totalmente indiferente a la opinión de los demás. ¿Por qué le importaba tanto, de repente, lo que pensara Selene? Aunque quizá no fuese tan de repente...

—A Jacob le interesa Selene —murmuró al oído de Alejandra.

Ella le miró sonriendo.

—¡Vaya, por fin te has dado cuenta! —contestó en el mismo tono—. Cuando te dije que ella le gustaba, en Medusa, tú me contestaste que eso no podía ser, que no hacían más que discutir... Estabas tan seguro que hasta me hiciste dudar a mí.



—Es que me parecía absurdo que se metiese tanto con ella, si le gustaba... Pero supongo que es su manera de disimular lo que siente. O a lo mejor lo hace sin darse cuenta... Yo creo que ni siquiera es consciente de lo que le pasa con ella.

—Y ¿cómo es que ahora, de repente, estás tan seguro de que ella le gusta? —preguntó Alejandra asombrada.

Martín se encogió levemente de hombros.

—Lo he percibido de pronto —repuso en voz baja—. Es raro, Jacob no tiene rueda neural... Pero, de algún modo, he sabido lo que sentía.

—Tus capacidades telepáticas están mejorando —concluyó Alejandra.

Lo dijo con un tono de preocupación que a Martín no le pasó desapercibido.

—Pero mi programa de borrado de memoria no se ha activado.. . De eso estoy seguro.

—¿Cómo puedes saberlo? Probablemente, si el programa se activase, tú ni siquiera te darías cuenta...

—Pero sí puedo darme cuenta de que no se ha activado —afirmó Martín convencido—. Sigo sintiendo lo mismo de siempre por ti...

Alejandra enrojeció de placer.

—Me alegro —murmuró—. Sería horrible perderte así, de repente... Que siguieses ahí, pero sin recordar nada de... bueno, de lo nuestro.

—No te preocupes; eso no ocurrirá jamás.

Martín hundió su mano en el cabello de Alejandra y, atrayéndola hacia sí, la besó en el cuello. Ella le devolvió el beso, esta vez en los labios. Pero una especie de chasquido procedente del rincón que ocupaba Jacob les hizo separarse.

—Lo que faltaba —gruñó este—. Una escenita de amor... Desde luego, tenéis el don de la oportunidad.

Selene también se había puesto en pie y miraba a Alejandra y a Martín con ojos furibundos.

—Ya sabemos que estáis muy enamorados, no hace falta que nos lo restreguéis constantemente —dijo—. La verdad, yo creía que erais un poco más sensibles...

Martín y Alejandra se miraron sin entender nada. Jacob también miró a Selene, pero en seguida bajó la vista. Un intenso rubor cubrió sus mejillas. Resultaba extraño verlo así, a él que de ordinario era tan pálido.

—Será mejor que subamos —dijo Selene, intentando serenarse—. Deimos y Casandra nos están esperando en el apartamento... Es una suerte que Emma no se haya acordado de nosotros en toda la tarde. Pero no conviene bajar la guardia: en cualquier momento puede llamarnos, así que tenemos que estar preparados.



Los cuatro tomaron uno de los ascensores de acceso a la parte habitable de Black Edén. Martín respiró aliviado al ver el falso cielo azulado de la base y las polvorientas palmeras meciéndose en la tenue brisa artificial. Allí todo estaba igual que unas horas antes, como si nada hubiese sucedido. Selene había hecho un buen trabajo, había que reconocerlo. Gracias a ella, ni Emma ni los controles automáticos de los hangares habían detectado la escapada de los dos vehículos de superficie.

Deimos y Casandra se pusieron en pie de un salto al verlos entrar en la casa. Martín creyó por un momento que los habían sorprendido abrazándose, porque ambos tenían las mejillas enrojecidas y una vaga expresión de culpabilidad en el rostro. Sin embargo, al mirar a Deimos, comprendió que se trataba de otra cosa. Instintivamente, sus ojos se deslizaron hasta los pies del muchacho, que acababa de sentarse con la misma precipitación con la que, un momento antes, se había levantado. Había algo debajo del sillón que ocupaba, algo que Deimos trataba de ocultar con sus piernas. Se trataba de un bulto oscuro y bastante voluminoso... Sin saber por qué, Martín tuvo la certeza de que Deimos lo había enviado a parar allí de un puntapié en el preciso momento en el que ellos habían abierto la puerta.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Casandra con un ligero temblor en la voz—. Habéis tardado mucho...

—Nos alcanzaron unos cazadores troyanos —explicó Jacob—. Son una especie de dardos microscópicos que ha desarrollado Dédalo... Se instalan en tu rueda neural y la reprograman para controlarte.

—¡Pero vosotros no tenéis rueda neural! —dijo Alejandra.

—Sí; justamente, ese era el peligro. Esos trastos están diseñados para estallar en el corazón si no encuentran la prótesis cerebral que buscan...

Jacob sonrió satisfecho al comprobar la conmoción que provocaban sus palabras.

—No pasa nada. Leo se las arregló para neutralizarlos —añadió en tono desenfadado.

—¿Qué hacía Leo aquí? —preguntó Casandra—. Me sorprendió mucho detectar su presencia en Endymion...

—Creo que a él le sorprendió más todavía que lo detectases —dijo Martín—. Estaba asombrado...

—Pero ¿por qué ha venido? —insistió Casandra—. ¿Desde cuándo está en la Luna?

Jacob explicó entonces su encuentro con el androide y todo lo que les había sucedido en la torre-prisión donde Hiden mantenía encarcelado a Néstor. Mientras repetía lo que les había contado el viejo científico acerca de Caershid y de Andrei Lem, Alejandra no dejaba de mirar con insistencia a Martín, preguntándose cómo le habrían afectado las revelaciones de Néstor acerca de su padre. Ajeno a su mirada, el muchacho seguía el hilo de la historia con los labios apretados y la mirada vacía.



¿Qué estaría pensando? En aquel momento, su mente se hallaba tan lejos de ella que casi le daba miedo...

Aquellos pensamientos la distrajeran del relato de Jacob durante un buen rato. Sin embargo, al oír mencionar de nuevo a Hiden y a continuación el nombre de Marte, volvió bruscamente a la realidad.

—Perdona, ¿qué acabas de decir? —preguntó tímidamente—. Estaba distraída.

—He dicho que Hiden sabe que vamos a Marte, y que está esperando a que lleguemos para intentar cogernos.

Alejandra se estremeció.

—¿Que lo sabe? —repitió—. Pero ¿cómo...?

—Ha sido Aedh, ¿es que no lo has oído? —le interrumpió Jacob con impaciencia—. Aedh se lo ha dicho, y él ha decidido esperar a que lleguemos allí para atraparnos.

Alejandra percibió entonces las miradas aterrorizadas de Selene y Casandra, y también la expresión abatida de Deimos.

—No es para tanto —dijo Martín en tono tranquilizador—. Dédalo ni siquiera cuenta con una verdadera ciudad en Marte, no le será tan fácil cogernos. Además, vamos a estar bajo la protección directa de Diana Scholem, que es el personaje más influyente allí.

—Sí, pero en Marte no rigen las leyes federales, y los ejércitos de las corporaciones hacen lo que les da la gana —le rebatió Selene—. Podrá perseguirnos sin tener que dar cuentas a nadie...

—Diana nos protegerá —insistió Martín—. Nos llevará a Arendel, su ciudad... Allí estaremos seguros.

—Pero ¿cómo es posible que Aedh...? Tiene que haber un error —murmuró Deimos, como hablando consigo mismo.

—No te tortures con eso —dijo Casandra con suavidad—. Quizá Hiden esté mintiendo...

—No, él es el único que ha podido decírselo —replicó Deimos con tristeza—. Pero no entiendo por qué...

Estaba tan trastornado que se puso en pie y empezó a dar grandes zancadas por la habitación, olvidando sus esfuerzos anteriores por ocultar el objeto que había debajo del sillón en el que se había sentado. Martín se fijó entonces en que el misterioso bulto tenía forma de rollo; pero no fue el único. Jacob, captando la dirección de su mirada, también lo había visto.

—Quietos, ahí hay algo que no estaba esta mañana —dijo, agachándose junto al sillón para comprobar de qué se trataba—. A ver si va a ser... Ah, menos mal; no es más que una alfombra.



Reaccionando con viveza, Deimos corrió hacia él y le apartó de un empujón.

—Mucho cuidado con eso —dijo—. Es el Tapiz de las Batallas. Se lo estaba enseñando a Casandra hace un momento.

Martín miró a Deimos inquisitivamente. Este comprendió de inmediato lo que significaba aquella mirada.

—Creo que ya ha llegado la hora de explicarles a todos el asunto de la espada, Martín —se disculpó—. En la nave que nos llevará a Marte tendrás que entrenar... Es imposible mantenerlo en secreto por más tiempo.

Martín se encogió de hombros, molesto. El no le había contado nada a Alejandra acerca de la espada fantasma, precisamente porque Deimos se lo había prohibido. Y ahora, de repente, sin consultar con nadie, Deimos se lo había dicho a Casandra... No le parecía justo.

Deimos desplegó el tapiz, lo colgó de una de las paredes y fue en busca de su espada. Después de explicar brevemente cómo se utilizaba, hizo una pequeña exhibición de su uso, activando los hologramas del tapiz para una sesión de entrenamiento. La imagen tridimensional de un guerrero que Martín no había visto nunca apareció ante Deimos e intercambió con él algunas estocadas. Jacob y las chicas contemplaban la escena obnubilados. Deimos era un luchador muy elegante, había que reconocerlo. Incluso Martín, que ya estaba familiarizado con el funcionamiento de la espada, tuvo que admirar la precisión y limpieza de sus movimientos.

Pero lo que más le interesó fue la figura del guerrero. Era casi un anciano, con mechones de cabello gris en sus trenzas oscuras. Su nariz, fina y levemente curvada, recordaba el perfil elegante y agresivo de las águilas. Marcados haces de arrugas rodeaban sus cansados ojos grises. Había algo familiar en sus rasgos, pero Martín no habría sabido definir qué era.

Al cabo de veinte minutos, el guerrero dio por terminado el combate con un saludo ceremonial y su figura se fue desdibujando hasta perderse en la complicada maraña de imágenes que cubría el tapiz. Se hizo un profundo silencio, que Jacob fue el primero en romper.

—Maravilloso —dijo—. Nunca me habría imaginado un arma como esa... La tecnología de tu época debe de ser algo increíble.

—De nuestra época —le corrigió Deimos—. Y sí, tienes razón: disponemos de algunas tecnologías realmente avanzadas. Pero el mecanismo tecnológico de las espadas fantasma es un misterio para nosotros. Su inventor decidió mantener en secreto el proceso de fabricación; por eso hay tan pocas.

—Un arma que aparece y desaparece —murmuró Selene, pensativa—. ¿Y dices que viaja en el tiempo? Pero no se parece en nada a la esfera...

—Quizá esté basada en una tecnología completamente distinta a la empleada por



Herbert en la esfera —repuso Deimos, secándose el sudor de la frente con el dorso de la mano—. No lo sabemos... En todo caso, es un arma noble, y se requiere un gran entrenamiento físico y mental para llegar a dominarla.

—Por mí, podemos empezar cuando quieras —dijo Jacob, muy excitado—. Estoy deseando probar... Sé que puedo llegar a hacerlo bien.

—Es muy posible —contestó Deimos—. Pero no entrenarás con esta arma. Esta arma no te pertenece, Jacob. Es mía. Mía y de Aedh... Nadie más puede llegar a dominarla.

—Pero antes has dicho que Martín tiene que entrenar durante el viaje. ¿Por qué a él sí se la puedes prestar y a mí no?

—Martín tiene su propia espada, Jacob. Yo la traje para él desde el futuro. Pertenecía a su padre, y antes al padre de su padre. Las espadas rituales solo pueden ser dominadas por sus legítimos propietarios.

Jacob miró alternativamente a Deimos y a Martín. De nuevo apareció en su rostro una expresión de desafío.

—¿Y por qué no has traído una espada para mí? —preguntó—. Una para cada uno de nosotros... ¿Por qué tiene que ser Martín el privilegiado?

—Ya os he dicho que existen muy pocas espadas de estas —explicó Deimos con paciencia—. El padre de Martín poseía una y decidió hacérsela llegar a su hijo. Los demás no habéis heredado ninguna; lo siento.

Selene y Casandra asintieron comprensivamente; pero Jacob no parecía dispuesto a aceptar aquella explicación con tanta facilidad.

—¿Y por qué no podemos entrenar con tu espada, o con la de Martín? —preguntó abruptamente—. ¿A qué viene tanto exclusivismo?

—El exclusivismo lo impone la espada. Las espadas solo revelan su nombre a sus legítimos dueños... O a aquellos que llegan a dominar sus mentes. Lo que acabáis de ver ha sido solo una pequeña exhibición que no requería ninguna proeza técnica. Pero, para combatir de verdad, para hacer que la espada desaparezca y aparezca en el momento y en el lugar preciso, hay que saber su nombre. Y solo el dueño de una espada puede conocer su nombre; por eso, no tiene sentido prestar estas armas.

—Pues a mí me parece que eso se puede solucionar fácilmente —replicó Jacob, infatigable—. Martín, ¿cómo se llama tu espada? Dímelo, y asunto arreglado.

Martín intercambió una fugaz mirada con Deimos antes de responder.

—Todavía no sé su nombre —dijo—. No me ha sido revelado.

Jacob lanzó una breve carcajada.

—¿O sea, que tú tampoco sabes su nombre? Entonces, no puedes llegar a dominarla... ¡A lo mejor eso significa que no eres su verdadero dueño!





—La espada solo revela su nombre a aquel que está preparado para usarlo —dijo Deimos—. Cuando llegue el momento, Martín sabrá cómo se llama su espada. Es suya, Jacob. Debes aceptarlo. Quizá, cuando regresemos al futuro, tú también recibas una espada fantasma... Pero, de momento, tendrás que pasarte sin ella.

Jacob guardó silencio por un momento. Se notaba que estaba haciendo un esfuerzo ímprobo por dominar su enfado.

—No me gusta —concluyó, disgustado—. Esto introduce una desigualdad en el grupo que, la verdad, no me gusta nada.

Deimos enrolló cuidadosamente el tapiz y lo depositó en el suelo. Luego fue a sentarse junto a Casandra. Los demás se habían acomodado en diferentes sillones y butacas, y parecían esperar alguna explicación más por su parte.

—Vuestro grupo no está diseñado para que los cuatro llevéis a cabo las mismas funciones —explicó, mirando a Jacob—. Creí que eso, a estas alturas, ya había quedado suficientemente claro... Cada uno de vosotros tiene su especialidad. Y lo que se espera de vosotros es que desarrolléis al máximo vuestras capacidades en esa especialidad, no que intentéis imitar torpemente a vuestros compañeros.

—O sea, que nos diseñaron a cada uno de una manera a propósito —dijo Casandra frunciendo el ceño—. ¿Y a nuestras familias del futuro les pareció bien? Es increíble.

—Sin su colaboración, desde luego, no habrían podido dotaros de tantas características extraordinarias. Pensad que el proceso de sustitución génica en el que se basan algunas de esas características comenzó mucho antes de vuestro nacimiento, en un laboratorio donde se modificaron los óvulos y espermatozoides de los que provenís. Luego, durante el desarrollo embrionario, os insertaron las prótesis biónicas y potenciaron artificialmente el crecimiento de ciertos grupos neuronales... Fue un buen trabajo, no hay más que veros. Vuestros padres se sentirán muy orgullosos de vosotros cuando os conozcan.

Sin embargo, los cuatro jóvenes no parecían orgullosos, sino más bien asustados. Y Alejandra, a juzgar por el modo en que fruncía el ceño, compartía plenamente sus sentimientos.

—A mí lo que me parece increíble es que a nuestros padres biológicos no les diese miedo lo que pudiera sucedernos con toda esa manipulación—dijo Selene, expresando en voz alta la opinión de todos—. Está claro que ni siquiera se pararon a pensar en los problemas que todas esas innovaciones génicas y neuronales podían acarrearlos. ¡Qué frialdad!

Aquellas palabras parecieron desagradar mucho a Deimos.

—Eso no es justo —replicó—. Parece que no os dais cuenta de lo que estaba en juego cuando los ictios decidieron enviaros a esta época... Esto no es una excursión, chicos. Esto es una expedición científica y militar diseñada para triunfar allí donde



otros han fracasado. La misión del grupo es recopilar información en determinados momentos y lugares y proteger esa información a cualquier precio. Para poder realizar ese cometido, habéis sido dotados de una inteligencia y de unas capacidades excepcionales... Deberíais estar agradecidos por ello. Gracias a ese diseño, sois como sois; y no me parece que tengáis motivos de queja, sino todo lo contrario.

Todos se quedaron callados. Las palabras de Deimos les habían impresionado. Una expedición científica y militar...

—¿Por qué has dicho lo de «militar»? —preguntó Martín—. Creía que en tu época todo era paz y armonía...

Notó que Deimos parecía desconcertado ante la pregunta.

—Y así es... creo —dijo tras un instante—. Algunas cosas no las recuerdo con claridad. Ya os expliqué que fui sometido a un programa de borrado selectivo de memoria antes de venir a esta época... A veces me vienen imágenes inquietantes a la cabeza, pero no sé lo que significan. Creo recordar que algo no iba bien, que había un peligro... pero he olvidado de qué se trataba.

Jacob chasqueó la lengua, exasperado.

—Esto parece una tomadura de pelo —gruñó—. Se supone que tenemos que colaborar en toda esa locura que nos cuentas sin tener ni la menor idea de lo que estamos haciendo. Es como para volverse tarumba... Terminaremos todos tan pirados como Saúl, ya lo veréis.

Deimos reaccionó con viveza.

—No, eso no ocurrirá —aseguró—. Lo sé, estoy seguro... No recuerdo los detalles, pero sé que os vi allá, en el futuro, antes de venir... Al menos, te vi a ti, Casandra; de eso no tengo ninguna duda.

—¿Y no puedes hacer un esfuerzo, a ver si recuerdas algo más? —preguntó Casandra—. Eso de la «expedición científica y militar» no lo has dicho por casualidad... Debes de saber más de lo que tú mismo crees.

Deimos meditó unos segundos.

—Bueno, lo que sé es que vuestro grupo está diseñado como un comando militar. Lo he comentado con Aedh muchas veces... Cada miembro del grupo contribuye de un modo diferente a cumplir los objetivos que se os han encomendado. Martín está destinado a ser, por así decirlo, el guerrero, capaz de salir airoso en cualquier enfrentamiento gracias a su destreza y agilidad; y su capacidad de introducirse en el pensamiento de los demás resulta de gran ayuda a la hora de anticiparse al adversario... Jacob, por su parte, sería el experto en camuflaje, capaz de introducirse en cualquier base del enemigo sin levantar sospechas. Ya ha demostrado lo bien que lo hace...

Todos miraron a Jacob sonriendo, pero él seguía ceñudo.



—Selene, por su parte, puede asaltar cualquier sistema informático. Un elemento indispensable en la estrategia militar desde finales del siglo veinte. Y en cuanto a Casandra...

Miró a la muchacha e, inconscientemente, dulcificó su tono.

—El papel de Casandra es el que más he tardado en comprender. Sin embargo, ella es, probablemente, la pieza clave de todo este engranaje... Casandra es capaz de localizar a cualquier individuo que lleve un implante neural compatible con su sistema y de ponerse en contacto con él. Puede hacerlo incluso a distancia... Pensad un poco. Una de las grandes preocupaciones de todos los grandes generales a lo largo de la Historia ha sido el poder asegurarse de que sus hombres reciban instrucciones precisas durante el combate en todo momento. Y también, por supuesto, la localización exacta del enemigo... Casandra puede hacer ambas cosas. Es una especie de satélite de comunicaciones humano. El sueño de cualquier ejército... ¡Lo que daría la corporación Kokoro por poder dotar a sus ordenadores militares de semejantes capacidades!

Casandra se había puesto blanca. Las palabras de Deimos la asustaban.

—Entonces, todas esas visiones que he tenido a lo largo de mi vida... no eran solo recuerdos implantados —musitó.

—No, no lo creo —confirmó Deimos—. Probablemente se trataba de información que llegaba a tus implantes procedente de ruedas neurales de diferentes personas. Tú no eres como Martín, desde luego. No puedes adivinar los pensamientos de la gente... Pero puedes localizarla, visualizar dónde están y lo que les rodea en un determinado momento. Piénsalo; eso fue lo que te sucedió con Aedh y conmigo cuando estábamos en Calcuta-Madras. Nos localizaste, te introdujiste en nuestros implantes biónicos para hacernos llegar información y, de ese modo, pudimos rescataros cuando escapasteis de la isla. Y ahora has vuelto a hacerlo con Leo...

—¡Pero Leo es un androide! —murmuró la chica—. No tiene rueda neural...

—¡Al contrario! —dijo Deimos riendo—. Leo es todo él una especie de rueda neural gigante. En todo caso, tu sistema de comunicaciones se las ha arreglado para localizarlo... Eso está claro.

El peso de aquellas revelaciones cayó sobre el grupo como un mazazo.

—Después de todo, recuerdas bastantes cosas —murmuró Alejandra mirando a Deimos—. Sabes muchos sobre ellos...

—Sí... bueno, en realidad, no sé qué parte de todo lo que os he contado procede de mis recuerdos y qué parte es deducción mía —repuso el muchacho pensativo—. Mía y de Aedh... En cualquier caso, si lo pensáis un poco, veréis que tengo razón.

Martín y Alejandra intercambiaron una mirada.

—Los ictios deben de ser unos genios de la biónica y de la manipulación genética,



para hacer lo que han hecho con nosotros —observó Martín.

—¿Los ictios? No, ellos solos jamás habrían podido hacerlo —repuso Deimos con aire ausente.

Los demás le miraron asombrados.

—¿No lo hicieron solos? —preguntó Jacob—. Entonces, ¿quién les ayudó? ¿Los «perfectos», como tú los llamas?

Deimos parecía confuso.

—¿Los perfectos? Ellos tampoco habrían sido capaces... Es un poco más complicado que todo eso.

—¿A qué te refieres? —insistió Casandra—. ¿Qué es más complicado?

—Bueno... Vosotros aún no sabéis casi nada de nuestra civilización. A partir de lo que yo os he contado, suponéis que los ictios y los perfectos son los únicos pueblos que existen... Pero no es así. Hay otros grupos... Otras fuerzas. Todos ellos pertenecen de un modo u otro al movimiento areteico, de forma que a todos, en teoría, podría interesarles la información que vosotros debéis obtener. No tendría sentido empezar a dar detalles ahora... Sería acumular nombres sin ningún significado para vosotros. De todas formas, ya os enteraréis de todo eso algún día... A vuestro regreso.

Nadie parecía demasiado satisfecho con aquella explicación, pero conocían a Deimos lo suficiente como para saber que, por el momento, no diría nada más.

—Un comando militar... ¡No puedo creerlo! Entonces, ¿es eso lo que somos? —murmuró Selene, desalentada.

—Sois mucho más que eso —dijo Alejandra—. ¿Qué más da cuáles fueran las intenciones de los que diseñaron vuestros implantes? Lo importante es que sois libres, como todos los seres humanos, y que podéis decidir el modo en que queréis utilizar vuestras capacidades.

—Alejandra tiene razón —dijo Martín con voz firme—. Lo importante es lo que ella ha dicho, que somos libres. O, al menos, podemos llegar a serlo... Podemos esforzarnos por serlo. Aunque quizá no era eso lo que esperaban de nosotros quienes nos enviaron.

Casandra miró a Deimos con un brillo de desafío en los ojos.

—¿Qué tienes que decir a eso? —le preguntó—. Si decidimos actuar libremente, según nuestra conciencia, y nos negamos a seguir el guión que nos implantaron los ictios, ¿te pondrás de nuestra parte?

Deimos sonrió levemente.

—Yo siempre estaré de tu parte, Casandra —contestó, bajando la voz, aunque todos pudieron oírlo—. Hagas lo que hagas... Pero tengo la esperanza de que vuestras propias decisiones os conduzcan a la conclusión de que merece la pena



colaborar con los ictios. Están a punto de pasar cosas muy importantes... Ellos solo quieren saber la verdad. ¿Qué tiene de malo querer saber la verdad?

—Pero eso no es lo que opinan los perfectos —intervino Martín—. Tú mismo nos lo dijiste. Y tú eres un perfecto, ¿no?

—Estaba destinado a serlo, sí —susurró Deimos, como si hablara consigo mismo—. Aunque probablemente ese destino no se cumplirá... Mis recuerdos son borrosos, pero una cosa sí puedo deciros: si tengo que elegir, yo también elijo la libertad. Por eso estamos juntos en esto.

En ese momento, la suave voz de Electra resonó a través de los altavoces de la sala.

—Emma se disculpa por no poder invitaros a cenar, como tenía previsto. Jade y sus hombres acaban de llegar, y necesitan reunirse con ella para hacer balance de los beneficios de la transacción.

—¿Cómo ha ido? ¿Bien? —preguntó Jacob—. ¿Les han sacado mucho dinero a esos esclavos corruptos de Dédalo?

—Emma me advirtió de que me haríais esa pregunta —repuso Electra con tranquilidad—. Y me autorizó a responderos que la transacción ha sido altamente satisfactoria en lo tocante a los beneficios económicos. Pero está preocupada por un pequeño problema de seguridad.

Los chicos se miraron alarmados.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Alejandra.

—En uno de los todoterrenos de la base han aparecido unas fotografías acompañadas de una nota —explicó la voz serena de Electra—. El escáner las ha comparado con el banco de datos de la base y las ha identificado. Pertenecen a la familia de Jacob Seferis. No sabemos cómo han ido a parar al vehículo; ayer, en la revisión nocturna rutinaria, no estaban.

—¿Y qué dice la nota? —preguntó Jacob, enrojeciendo.

—Dice: «Es peligroso ir dejando pistas por ahí. Supongo que estas fotos tendrán un valor sentimental para su propietario. Guárdalas bien, y, la próxima vez procura ser más cuidadoso».

—Ese Le... —empezó a decir Jacob; pero antes de que pudiera terminar de pronunciar el nombre del androide, Selene se abalanzó sobre él y le tapó la boca.

—¿Y se ha detectado algún otro problema de seguridad? —preguntó Alejandra.

—Ninguno —repuso Electra—. Es muy extraño... Y ahora, si me disculpáis, voy a las cocinas centrales a por la cena. ¿Preferís que os la sirva aquí, o en uno de los jardines exteriores?

Las chicas se miraron.



—Mejor fuera, ¿no? —dijo Selene—. Necesito respirar un poco, aunque sea el aire artificial de Black Edén.

Cassandra y Alejandra se mostraron de acuerdo. Jacob no dijo nada, pero se levantó para seguir las de mala gana.

—¿No venís? —preguntó, volviéndose hacia Deimos y Martín, que seguían sentados.

—No tengo hambre —dijo Martín—. Prefiero quedarme aquí.

—Yo también me quedo —dijo Deimos.

Jacob clavó en los rostros de sus dos compañeros una mirada llena de desconfianza. Se dio cuenta de que querían estar solos para hablar de algo, y por un momento pensó en volver a sentarse él también y no moverse de allí hasta saber de qué se trataba. Pero era demasiado orgulloso para hacer eso, de modo que, al final, les dio la espalda y salió de la habitación dando un portazo.

—Se siente excluido —observó Deimos—. Lo de la espada no le ha sentado nada bien...

—Es lógico —murmuró Martín—. A primera vista, nada de esto tiene mucho sentido.

Deimos se puso en pie y clavó en el rostro del muchacho sus ojos claros y penetrantes.

—Siento haber hablado de la espada fantasma sin consultarte —dijo—. Sé que te habría gustado contarle todo esto a Alejandra hace tiempo... Y yo te dije que no lo hicieras.

—Sí. Y luego, tú vas y se lo cuentas todo a Cassandra.

—Lo sé. No ha estado bien —reconoció Deimos—. Pero es que no sé lo que me ocurre cuando estoy con ella... Digo cosas que no pensaba decir. Hablo más de lo que debería... ¡Es horrible! Se supone que soy un iniciado de Arete, que tengo la capacidad de dominar mi lengua y mis sentimientos...

Martín sonrió.

—Estás enamorado, Deimos. Y eso no hay quien lo controle. ¿Además, para qué quieres controlarlo? A veces, es bueno dejarse llevar. Sobre todo, si confías en la persona a la que quieres.

—Dejarse llevar... Un perfecto nunca se deja llevar. Es dueño de la situación en todo momento.

—Entonces, es que los perfectos no confían en nadie. O sea, que no creen en el amor...

—Creen en él de un modo general, pero recomiendan evitar el enamoramiento.





—¡Como si eso se pudiera evitar!

Los dos rieron.

—Oye, Deimos, ¿quién era el guerrero que luchó contigo antes, en el Tapiz de las Batallas? —preguntó Martín recuperando la seriedad—. Nunca lo había visto antes...

Una sombra de dolor cruzó velozmente la mirada de Deimos.

—El... Era Gael, un perfecto —murmuró.

—Había mucha nobleza en su rostro, pero parecía cansado. Y también preocupado... ¿Es tal y como aparece en el holograma?

—Sí.

—¿Tú lo conoces?

Una extraña sonrisa afloró a los labios de Deimos.

—Lo conozco, sí —repuso—. Es mi padre.

Martín se quedó de piedra al oír aquello.

—¿Tu padre? ¿Por qué no nos lo dijiste? —preguntó asombrado.

—No lo sé; no me pareció oportuno —contestó Deimos en tono evasivo.

De repente, hundió el rostro entre las manos.

—Me ocurre algo terrible, Martín —murmuró—. Cada vez que la imagen de mi padre aparece en el tapiz, me invade una sensación insoportable de compasión y de horror, pero no sé por qué. Es como si algo en mi interior se esforzase por recordar sin conseguirlo. Supongo que el programa de borrado selectivo de memoria ha debido de eliminar algún recuerdo desagradable relacionado con mi padre... Me vienen a la cabeza muchas imágenes de nuestra infancia, jugando con él, estudiando, aprendiendo a luchar... Pero, cuando intento recordar cuándo fue la última vez que lo vi, me resulta imposible.

—¡Qué raro! ¿Por qué el programa de borrado selectivo iba a eliminar ese recuerdo de tu mente?

—No tengo ni idea. Quizá discutimos antes de despedirnos... Entre mi padre y yo, las cosas no siempre han sido fáciles. Él es un perfecto, y mi madre una ictia; no comparten la misma visión del mundo. Yo he heredado ideas de los dos. Él no está de acuerdo con muchas de mis opiniones... Me considera demasiado «ictio» como para convertirme en perfecto.

—Pero la idea de enviaros a espiarnos fue de los perfectos... ¿Por qué iba a enfadarse tu padre?

Deimos frunció el ceño, esforzándose por ordenar sus ideas.

—No lo sé. Pero lo que siento al ver a mi padre en el tapiz no es enfado, ni tampoco culpabilidad. Es algo mucho más terrible. Es miedo, miedo mezclado con



un gran dolor... Es una sensación insoportable de peligro.

Un escalofrío estremeció a Martín. Fue como si, por un instante, la sensación de amenaza descrita por Deimos le atenazase también a él. Intentó sacudirse aquella impresión poniéndose de pie y dando unos cuantos saltos para sentir en su organismo el extraño efecto de la baja gravedad lunar.

—Intenta no pensar más en ello —le aconsejó a su amigo—. Trata de concentrarte en otra cosa. Por ejemplo, en el viaje. ¡Mañana estaremos en ruta hacia Marte!

Pero aquella observación solo consiguió intensificar la expresión de sufrimiento en los ojos de Deimos.

—Marte... Sí —murmuró—. Mañana viajaré al encuentro de mi destino.



## Capítulo 8. A borde del Ophir

La despedida de Emma Juárez, a la mañana siguiente, resultó más fría de lo que los chicos esperaban.

—Toma estas fotos —le dijo a Jacob, tendiéndole las fotografías que este había cogido en Endymion y que Leo le había devuelto junto con el rover que había tomado prestado—. Parece ser que te pertenecen.

Jacob intentó poner cara de sorpresa.

—¿Dónde... dónde estaban? —preguntó.

Emma le clavó una mirada llena de desconfianza.

—Demasiado bien lo sabes —contestó—. Por lo menos no disimules, es lo mínimo que puedes hacer.

Luego paseó su mirada por los rostros de los demás.

—No sé qué demonios habéis hecho, pero no soy tan idiota como para no darme cuenta de que el rover y el planeador han estado fuera —dijo—. La memoria de los vehículos no registra ninguna salida, pero están sucios de polvo, y sus baterías se han descargado casi por completo. Es evidente que los habéis utilizado. Habéis traicionado mi confianza...

Jacob y Martín se miraron con expresión culpable.

—La base no está en peligro —contestó tímidamente Martín—. Lo hemos comprobado... Dédalo no sabe nada de... Bueno, de lo que pasó.

Emma lo miró de arriba abajo, como si estuviese evaluando la posibilidad de abalanzarse sobre él y darle un par de bofetadas.

—Habéis tenido suerte, eso es todo —dijo con sequedad—. Si Black Edén no está en peligro, no es gracias a vosotros, sino a pesar vuestro. Ya le he dicho a Jade que no quiero volver a veros por aquí. En Black Edén no volveréis a ser bien recibidos.

Sin embargo, justo antes de que partieran rumbo al módulo que debía conducirlos hasta la estación orbital, pareció ablandarse.

—Sé que vuestra intención no era mala —dijo, después de despedirse de cada uno de sus huéspedes con un breve apretón de manos—. Pero en un lugar como este no se puede jugar... Tened mucho cuidado en Marte. Otra temeridad como la que habéis cometido aquí podría costaros muy cara.

Jade también estaba furiosa. Durante el viaje de ascenso a la estación orbital, no les dirigió la palabra ni siquiera a través de los altavoces de la nave. Cuando esta se acopló a la estación, fue Detroit quien acompañó a los chicos hasta el área de



desembarco.

—Déjame hablar con ella —le pidió Deimos—. Yo le explicaré lo que ha pasado... Solo quiero que me escuche, nada más.

Detroit se fue a ver a Jade con el recado y regresó al cabo de pocos minutos.

—Te espera en su sala privada —dijo, dirigiendo al muchacho una mirada cargada de hostilidad—. Ahora.

Deimos abandonó el área de desembarco junto al roquero mientras los otros le seguían con la vista.

—¡Pobre Deimos! —dijo Casandra—. Espero que esa víbora no se lo coma.

Acababan de quitarse los cascos, aunque conservaba las escafandras de seguridad y las botas con velero para permanecer adheridos al suelo. El espacio del área de desembarco era tan solo de unos diez metros cuadrados, pero sus sofás de plástico transparente resultaban muy cómodos, y las grandes fotografías de árboles que cubrían las paredes producían una cierta sensación de amplitud.

—Parece que Jade no te cae muy bien —observó Selene, sonriendo.

Casandra hizo una mueca despectiva.

—No me impresiona, eso es todo. Esos aires de princesa que se da me sacan de quicio...

—Supongo que le vienen de la época de los Juegos de Arena —dijo Alejandra—. Las estrellas de los juegos se vuelven muy teatrales... De todos modos, hay que reconocer que tiene motivos para estar enfadada. ¡Hemos estado a punto de armarla, ahí abajo!

Sin embargo, cuando Deimos regresó parecía muy tranquilo.

—No os preocupéis, todo está en orden —les dijo a los otros, que lo miraban expectantes—. Jade se ha mostrado muy comprensiva... He sido sincero con ella, y le he contado todo lo que pasó ayer. No le ha gustado, como os podéis imaginar; pero lo ha entendido. Y ella respeta a la gente valiente... Así que creo que, en el fondo, habéis ganado puntos a sus ojos, en lugar de perderlos —concluyó dirigiéndose a Jacob y a Martín.

Todos parecieron aliviados con la noticia excepto Casandra, quien, a juzgar por su expresión de enfado, habría preferido una reacción más negativa por parte de la capitana de la expedición.

—Se ha mostrado comprensiva porque se lo has contado tú —le dijo a Deimos—. Tú le gustas... No me digas que no te has fijado.

Deimos se echó a reír.

—¡No puedo creerlo! A ver si va a resultar que estás celosa...



—¿Yo? ¿Y por qué iba a estarlo? ¿Es que tengo motivos?

Deimos se puso repentinamente serio.

—No, no los tienes —contestó—. Jade nunca me ha interesado... de esa manera que tú insinúas. Me cae bien, nada más; lo mismo que yo a ella.

—Ya. Te cae bien —repitió Cassandra en tono irónico.

Luego se hundió en un hosco mutismo. Deimos, herido por su desconfianza, se alejó de ella y se puso a hablar de algo con Martín; pero un instante después, el sonido de los altavoces interrumpió su conversación.

—El ensamblaje del crucero Ophir está a punto de culminar —anunció la voz de Detroit—. Mirador activado... No os perdáis el espectáculo.

En ese momento, uno de los paneles metálicos que cubrían el fondo de la sala se deslizó silenciosamente, dejando al descubierto una pequeña ventana redonda. El primero en asomarse a mirar fue Jacob.

—¿Ese es el crucero Ophir? No se parece a ninguna nave que yo conozca...

Se apartó para dejar mirar a Alejandra, y luego a Selene.

—Lleva una vela de antimateria —dijo esta, cediéndole el puesto de observación a Martín—. He visto fotografías de naves como esa en una revista virtual de astronáutica. Es una tecnología muy reciente... No creía que estuviera al alcance de un grupo de contrabandistas.

Martín se quedó embobado mirando el descomunal artilugio.

—¡Es... es asombroso! —fue lo único que pudo decir.

El aspecto de la nave interplanetaria de Jade era, en verdad, impresionante. Tenía forma de cruz asimétrica, con un brazo larguísimo ensamblado por el centro a uno de los extremos del brazo más corto. En el otro extremo, el brazo corto llevaba una especie de embudo azulado de unos cinco metros de diámetro que resplandecía tenuemente; era la vela de anti-materia. Justo detrás de ella, una estructura plateada con forma de barril indicaba el lugar donde se almacenaban los átomos de antihidrógeno que debían servir como combustible. En cuanto al brazo largo, estaba formado por dos tubos metálicos simétricos de más de veinte metros de longitud; y al final de cada uno de los tubos había un cilindro recubierto de innumerables almohadillas y protuberancias.

—Uno de los cilindros es el habitáculo, donde iremos nosotros —explicó Selene, empujándose por detrás de Martín para seguir viendo la nave—. El otro es un módulo de carga... Sirve de contrapeso.

—¿Por qué están tan separados el uno del otro? —preguntó Deimos, que acababa de ocupar el lugar de Martín ante el mirador.

—El brazo largo de la nave gira constantemente, y la fuerza centrífuga de ese giro



produce una especie de gravedad artificial —explicó Selene—. Hacer un viaje tan largo en gravedad cero resultaría muy incómodo...

—¿Pero por qué el brazo de giro tiene que ser tan largo? —insistió Deimos—. ¿No es más fácil que se dañe, con ese tamaño:

—No, si está bien diseñado. Cuanto más largo es el brazo de giro, menos vueltas por minuto tiene que dar para producir la misma cantidad de gravedad artificial. Si el brazo fuera la mitad de largo, tendría que girar el doble de deprisa. Las grandes naves de las corporaciones llegan a tener un brazo de giro de más de cien metros. Lo malo de los brazos de giro cortos es que notas una gravedad mucho mayor en los pies que en la cabeza. Es como tener los pies en la tierra y la cabeza en la Luna.

—O sea, que sientes la cabeza ligerísima —dijo Alejandra.

—¡Como si fuera a salir volando! —añadió Jacob; y empezó a andar dando tumbos por la sala, como si estuviese borracho—. Se me va la cabeza...

Todos rieron, incluida Casandra, que aún no se había acercado a mirar la nave.

—En serio, debe de ser algo bastante desagradable —dijo Selene—. Nosotros lo sentiremos también en cierta medida, supongo. Pero es un brazo lo suficientemente largo como para que el viaje resulte cómodo.

—¿Cómo sabes tanto sobre naves interplanetarias? —preguntó Alejandra.

Selene se encogió de hombros.

—De pequeña, mi sueño era viajar a Marte —explicó Selene—. Un tío de mi madre trabajó allí en los primeros tiempos de la terraformación, cuando la atmósfera no era ni la mitad de espesa que ahora. Lo que contaba era fascinante...

—¡Pero de eso hará por lo menos cincuenta años! —dijo Jacob.

—Sí —confirmó Selene—. Era un hombre muy mayor.

—¿Cómo se supone que funciona ese trasto? —preguntó entonces Deimos—. No es un motor de antimateria convencional...

—No, es un mecanismo algo diferente. La vela de antimateria está hecha de una mezcla de grafito y fibra de carbono impregnada de uranio. Los antiprotones de los átomos de antihidrógeno se liberan a baja velocidad, y al chocar con el uranio producen fisión y liberación de partículas secundarias, que salen despedidas generando un impulso muy potente, lo que le permite a la nave alcanzar velocidades increíbles.

—¿Cuánto se supone que tarda en llegar a Marte un trasto como ese? —quiso saber Casandra.

—Bueno, eso depende de las posiciones de Marte y de la Tierra en sus respectivas órbitas en el momento de emprender el viaje —dijo Selene—. Pero, con suerte, podemos estar allí en menos de dos meses.





—Mes y medio —precisó Deimos—. Es lo que me dijo Jade que tardaríamos...

—O sea, que llegaremos allí a finales de agosto —calculó Alejandra—. Según el calendario terrestre, claro... ¿Qué época del año será allí? ¿Te acuerdas, Martín? El año pasado, en el instituto, estudiamos el calendario marciano. Era muy complicado...

Martín entrecerró los ojos, tratando de hacer memoria.

—Sí, ya me acuerdo —dijo—. Marte tarda alrededor de dos años terrestres en dar una vuelta completa alrededor del

Sol, así que un año marciano dura casi lo mismo que dos años terrestres. Cada año se divide en veinticuatro meses... Y los meses tienen los nombres de las constelaciones del zodiaco visibles en cada momento del año.

—¡Pero el zodiaco solo tiene doce constelaciones! —objetó Jacob.

—Sí... Es que para cada constelación hay dos meses. Uno lleva el nombre de la constelación en latín y otro el de la constelación en sánscrito.

Oyeron un breve aplauso a sus espaldas. Jade estaba en el umbral de la sala de desembarco.

—Buena memoria, chico —dijo, sin el más leve atisbo de sonrisa en su rostro—. Nosotros llegaremos en el mes de vrishika; es el nombre sánscrito de la constelación de Escorpio. Justo al final del invierno marciano... En el sol veintiuno, una semana antes de la fiesta de Año Nuevo.

—¿El sol veintiuno? ¿Qué significa eso? —preguntó Deimos.

Jade miró a Deimos y en su rostro apareció una sonrisa tan seductora que todos comprendieron, de repente, los celos de Casandra.

—Los días marcianos se llaman soles —explicó la joven acariciándose un tatuaje que llevaba en el cuello del modo más insinuante—. Duran treinta y siete minutos más que los días terrestres... Es una suerte que los dos planetas giren sobre sí mismos a un ritmo tan parecido. Eso facilita mucho nuestra adaptación.

—¡Qué bien, días más largos! —dijo Jacob—. Eso me gusta.

—Y horas más largas, y minutos más largos, y segundos más largos... Se llaman areohoras, areominutos y areosegundos. Es un sistema que solo se utiliza en Marte, claro. El segundo terrestre sigue siendo la unidad de tiempo fundamental para todos los cálculos de la física.

Jade apartó por fin los ojos de Deimos y los fijó en Jacob.

—No volváis a poner a prueba mi paciencia —dijo, endureciendo de pronto su tono—. La próxima vez que desobedezcáis mis órdenes, os lanzo al espacio por las escotillas de la nave. Soy muy capaz de hacerlo. Deimos puede decíroslo.

—¿Es capaz de hacerlo, Deimos? —preguntó Casandra en tono burlón.



Deimos le lanzó una mirada de advertencia.

—Es muy capaz, sí —contestó con gravedad—. Pero no lo hará, porque nadie le dará motivos para hacerlo.

A Jade no le había pasado inadvertido el tono de desafío de Casandra.

—¿Qué le pasa a esta? —dijo dirigiéndose a Deimos—. ¿Se está burlando de mí?

Deimos sostuvo su mirada con firmeza, aunque sin sonreír.

—Casandra y yo tenemos algunas diferencias —repuso—. Siempre se mete conmigo cuando hablo.

—¿Ah, es eso? —murmuró Jade mirando a la muchacha con curiosidad.

Se hizo un incómodo silencio, durante el cual la tensión casi podía masticarse.

—En diez minutos se os indicará que paséis a las cabinas de embarque —dijo Jade por fin, volviendo al tono rígido e impersonal que solía adoptar con ellos—. Seguid exactamente las instrucciones de los altavoces. No perdáis ni un segundo; el protocolo de actuación de los pasajeros está perfectamente sincronizado para acoplarse a la puesta en marcha de la nave. Nos veremos a la hora de la cena.

Sin saber por qué, todos respiraron aliviados cuando la contrabandista abandonó la sala.

—Así que tú y yo tenemos algunas diferencias, ¿eh? —dijo Casandra encarándose con Deimos—. Así que siempre me meto contigo cuando hablas... ¿Qué pasa, es que tienes miedo de que Jade se entere de lo nuestro? ¿Te avergüenzas de estar conmigo?

Deimos se fue hacia ella y la agarró por los hombros con delicadeza, aunque se veía claramente que estaba furioso.

—¿Te has vuelto loca? ¿Es que quieres que Jade se convierta en tu enemiga? Tener a Jade de enemiga puede costarte la vida, ¿es que no te das cuenta? Me preguntas si tengo miedo... ¡Claro que tengo miedo! ¡Tengo miedo por ti!

—O sea, que reconoces que Jade podría tener celos de mí —dijo suavemente Casandra, desprendiéndose de los brazos de Deimos—. Yo tenía razón, le gustas. Y tú lo sabes perfectamente. ¿Por qué lo has negado antes?

Deimos se apartó, turbado.

—Se le pasará —murmuró—. Es un capricho pasajero... No hay que darle importancia. Solo está jugando.

Casandra iba a responder cuando una voz metálica les indicó que pasaran a las cabinas de embarque. Estas eran una especie de ascensores que debían deslizarse por el exterior de la estación orbital hasta acoplarse al habitáculo de la nave. En cada una de ellas cabían dos pasajeros. Martín y Alejandra ocuparon la primera. Los veleros de las botas los mantenían unidos al suelo.



—Comprobad el estado de los trajes de aislamiento y de los guantes protectores —dijo la misma voz metálica de antes—. Luego, debéis ajustar los cascos que encontraréis colgados detrás de la puerta. En total, disponéis de cinco minutos y medio para concluir estas operaciones. Después, situaos junto a la pared del fondo y ajustaos los cinturones. La maniobra de acoplamiento dura veintisiete minutos. No retiréis los cinturones en ningún momento durante ese tiempo. Bajo ninguna circunstancia debéis quitaros los cascos.

Un desagradable zumbido siguió a aquellas palabras, y la cabina empezó a deslizarse. Martín y Alejandra, cumpliendo las instrucciones que habían recibido, se pegaron a la pared con el casco y los cinturones puestos. Los cascos carecían de intercomunicadores, de manera que cualquier intento de conversación resultaba inútil. De repente, las luces principales de la cabina se apagaron, dejando como única iluminación el marco de neón verde que rodeaba la puerta. Martín sintió en su mano enguantada el contacto de la mano de Alejandra y la apretó con fuerza. Los veintisiete minutos que duró la maniobra se le hicieron interminables.

Por fin, las luces volvieron a encenderse y la puerta se abrió, mientras la voz metálica les daba permiso para quitarse los cinturones y les indicaba cómo debían ponerse los monos de viaje que encontrarían en el almacén y que debían sustituir a los trajes de aislamiento que llevaban. Pasaron al interior de un gran tubo de plástico con cintas de velero y avanzaron pegados a ellas, en cuclillas, hasta llegar a un recinto triangular atestado de cables y herramientas. Mientras se ponían los monos de viaje con sus respectivos nombres, siguiendo las indicaciones que acababan de darles, llegaron el resto de sus compañeros.

Antes de que pudieran comentar nada con ellos acerca de la experiencia de la cabina, se abrió una escotilla en el techo por donde, un instante después, apareció el rostro imperturbable de Orlando.

—Subid —ordenó con sequedad, desplegando manualmente una escalerilla—. El momento del despegue es el más delicado, y todos tendremos que permanecer juntos. Pase lo que pase, no se os ocurra decir nada, ni mucho menos dirigirle la palabra a Jade. La maniobra es complicada, y el más mínimo error podría resultar fatal.

Al final de la escalerilla, se encontraron con una sala circular de unos diez metros de diámetro, con las paredes cubiertas de pantallas, teclados, botones y palancas. Era el centro de pilotaje del aparato, y ocupaba enteramente el piso más alejado del motor de los tres que integraban el habitáculo de la nave.

Jade y Detroit estaban sentados frente a los paneles de control, con la vista fija en los monitores y una expresión de intensa concentración en sus rostros. Ni siquiera se volvieron cuando sus pasajeros entraron. Después de comprobar que se habían ajustado bien los sistemas de seguridad y los mordedores de goma que debían llevar durante el despegue, Orlando también se fue a ocupar su puesto al frente de los



sistemas de pilotaje y no volvió a prestarles la menor atención.

Martín, tras cerciorarse de que tenía bien colocados los tapones aislantes de los oídos, cerró los ojos e inspiró profundamente. El zumbido que les había acompañado durante toda la maniobra de acoplamiento cesó bruscamente, dando paso a un inquietante silencio. El muchacho pensó al principio que el cambio se debía a los tapones que acababa de ponerse, pero en seguida notó que no era así. El silencio era real, y el cese de la vibración del habitáculo también. A su alrededor, todo permanecía tan inmóvil como en una fotografía. Incluso las diversas imágenes que cubrían la superficie de los monitores de pilotaje parecían haberse congelado.

Y de pronto, lo sintió. Fue como si una brutal explosión se hubiese producido justo debajo de sus botas. Un breve es trueno, violento y sordo, y la sensación de verse absorbido por una fuerza irresistible que le aplastaba contra el asiento. Solo duró unos segundos...

Abrió los ojos y miró a su alrededor, preguntándose si todo había terminado. Jade parecía relajada y comentaba con Detroit las cifras que parpadeaban sobre la pantalla de uno de los controles. Sí, había terminado... Se sacó el protector de goma de la boca y miró a Alejandra, que temblaba de pies a cabeza.

Ella notó su mirada y se volvió hacia él. Estaba intensamente pálida.

—Ahora sí que no hay vuelta atrás —dijo—. Nos vamos a Marte... La Luna debe de estar ya muy lejos.

—Sí —dijo Martín—. Muy lejos...

Y tuvo la sensación de que, efectivamente, todo lo que acababa de ocurrirles en la Luna se hundía bruscamente en el pasado, retrocediendo sin remedio ante la fuerza de las nuevas experiencias que estaban a punto de vivir.

La adaptación a la rutina diaria del Ophir no resultó tan difícil como Martín había temido. En cuanto la nave estabilizó su velocidad, el habitáculo comenzó a girar a un ritmo constante de cuatro revoluciones por minuto que proporcionaba a los pasajeros una gravedad artificial equivalente a un tercio de la gravedad terrestre (o sea, muy parecida a la gravedad marciana). Los tres pisos que contenía el habitáculo no tenían más de ochenta metros cuadrados de superficie cada uno, pero estaban tan bien diseñados que todo el mundo disponía de una habitación privada. En cuanto a los espacios comunes, se concentraban sobre todo en la segunda planta, donde había un gimnasio, un comedor, una biblioteca y hasta un pequeño jardín.

—Mi consejo es que entrenéis todos los días en el gimnasio durante al menos una hora —les dijo Jade—. La baja gravedad deteriora los músculos considerablemente, si no se hace algo para impedirlo.

Siguiendo aquella recomendación, Martín entrenaba todas las mañanas con las máquinas del gimnasio o con el Tapiz de las Batallas. Los horarios de la nave eran los mismos que los terrestres, y su iluminación reproducía los ciclos de día y noche de la



Tierra, proporcionándoles incluso bellas puestas de sol artificiales. Todo aquello hacía más fácil la vida a bordo. Comían todos juntos a la una en punto de la tarde, y luego, cada cual se retiraba a su habitación a leer o a descansar. Jade y sus dos ayudantes estaban ocupados casi todo el tiempo, y normalmente solo los veían a la hora de comer. En cuanto a los demás, también tenían que trabajar, pues Jade les había asignado a todos tareas de limpieza, mantenimiento y seguimiento rutinario de algunos controles.

—Un viaje interplanetario no es un crucero de placer —repetía—. Hay mucho trabajo y pocos tripulantes. Toda ayuda es poca.

A Alejandra y Martín les encomendó la supervisión de la minigranja de algas que contenía el habitáculo. En realidad, más que una granja era un gran tanque metálico donde cultivaban unas algas oscuras y gelatinosas para su consumo durante el viaje. Había que tener gran cuidado con ellas y vigilar constantemente las condiciones de humedad y temperatura y el nivel de nutrientes en el medio de cultivo para que no murieran. Martín se sentía como una especie de campesino espacial, espiando el crecimiento de aquellas exigentes criaturas.

—Cuidadlas mucho, son el único alimento fresco de que disponemos —les había advertido Jade—. Si se mueren... Bueno, no digo que vayamos a pasar hambre, pero llegaremos a Marte con un importante déficit de vitaminas.

En ningún departamento del habitáculo había ventanas para mirar al exterior. El motivo eran los gruesos revestimientos aislantes que debían recubrir la totalidad del módulo habitado con el fin de minimizar la exposición de los pasajeros a las radiaciones. El área de pilotaje estaba dotada de un par de miradores diminutos que debían permanecer cerrados durante todo el viaje, y que solo se abrían al llegar a Marte para permitir unos segundos de observación directa antes de iniciar las maniobras de descenso.

—De todas formas, a la velocidad a la que estamos girando, no nos serviría de mucho tener ventanas —les consoló Detroit—. Nos marearíamos muchísimo si pudiésemos mirar al exterior. Creedme, es mucho mejor el generador de cielos de la biblioteca. Un auténtico planetario en miniatura... Si queréis ver algo que verdaderamente valga la pena, os recomiendo que programéis un crepúsculo marciano: son mucho más espectaculares que los terrestres.

Los días transcurrían sin sobresaltos, llenos de ocupaciones más o menos interesantes. Martín aprovechaba sus ratos libres para refugiarse en la biblioteca y consultar su amplio banco de datos acerca de la colonización marciana y del proceso de terraformación. Todo el fondo de la biblioteca estaba almacenado en pequeños cristales holográficos que se leían con un láser, el cual proyectaba las páginas sobre una mesa de lectura transparente. Era el mismo sistema de la biblioteca de su viejo instituto, y eso le trajo muchos recuerdos a Martín. Los cristales estaban clasificados por temas, y Martín se centraba cada día en uno de ellos. Aprendió una gran



cantidad de cosas que no sabía consultando los textos, gráficos y mapas de aquellos diminutos libros holográficos. Hasta entonces, tenía una idea muy vaga acerca de la terraformación que había sufrido el Planeta Rojo, pero gracias a aquellas sesiones de lectura fue entendiendo poco a poco la gigantesca dimensión de la empresa. Cincuenta años antes, Marte no era más que un planeta hostil, sin apenas atmósfera, con un clima insoportablemente frío y ni una sola gota de agua líquida en su superficie. Pero todo eso ya era historia... La inyección masiva de gases de invernadero en la atmósfera la había vuelto lo suficientemente densa como para calentar el planeta y permitir la existencia de agua líquida en él. Las lupas orbitales habían condensado los rayos del sol, aumentando su capacidad calorífica. El hielo del subsuelo se había fundido mediante explosiones atómicas, que habían formado ríos e incluso un mar bastante grande surcado de icebergs. Se habían desarrollado plantas manipuladas genéticamente para resistir las duras condiciones marcianas... Por supuesto, la atmósfera aún no era respirable para los humanos; pero al menos contenía el suficiente oxígeno como para hacer innecesario el uso de botellas de aire artificial. Lo único que se necesitaba para caminar tranquilamente por el exterior era una buena mascarilla que filtrase el exceso de dióxido de carbono y el polvo... En cuanto a las colonias, habían crecido de un modo asombroso en la última década. La ciudad más poblada era Arendel, situada en el fondo de la cuenca de Hebes, toda ella cubierta por una cúpula transparente y semirrígida que mantenía separada su atmósfera artificial de la del exterior. Más que una ciudad, Arendel era, en realidad, un país en miniatura, con sus granjas, sus bosques y sus pequeñas aldeas extendiéndose como un manto multicolor alrededor de los elegantes edificios del casco urbano. Un nuevo concepto de núcleo de población, según sostenía una de sus creadoras, Leah Albright, cofundadora de la corporación Uriel...

Pero Arendel solo era uno más de los innumerables asentamientos que habían proliferado por todas partes en el territorio de Andrómeda, única región de Marte donde estaba permitido el establecimiento de colonias. El resto del planeta se consideraba una gigantesca reserva medioambiental, con lugares especialmente protegidos para preservar las primitivas formas de vida microscópica que habían hallado en el subsuelo marciano las primeras expediciones tripuladas. Desgraciadamente, los esfuerzos de conservación habían llegado demasiado tarde: la mayoría de las areobacterias, como las llamaban los biólogos, se habían extinguido antes de que diese tiempo a estudiarlas... Y las demás seguirían su camino si no se invertían ingentes cantidades de dinero para salvarlas. Sin embargo, aquella no parecía ser la prioridad de las grandes corporaciones, que constantemente presionaban a las Naciones Unidas para que ampliasen el territorio de Andrómeda. Y sus presiones daban resultado, a juzgar por los miles de kilómetros cuadrados que Andrómeda había añadido a su superficie en los últimos cuatro años. En aquel juego de poder e influencias, las insignificantes formas de vida marcianas llevaban todas las de perder... En realidad, la mayoría de los grupos ecologistas que habían sobrevivido a la debacle del movimiento antiglobalización habían renunciado a





defenderlas, convencidos de que se trataba de un empeño inútil.

Todas aquellas informaciones deprimían un poco a Martín. Le entristecía pensar que en la naciente historia de Marte se estaban cometiendo las mismas atrocidades que tantas veces habían provocado catástrofes ecológicas en la Tierra... o incluso otras aún peores. A menudo, después de una de aquellas sesiones de lectura en la biblioteca, necesitaba distraerse concentrando su mente en algo completamente distinto, y recurría para ello al Tapiz de las Batallas. Ahora que todos conocían su existencia, ya no necesitaba esconderse para practicar con él; pero, de todas formas, prefería hacerlo en su cuarto y no en el gimnasio, a pesar de que este era considerablemente más grande. En su cuarto podía alcanzar un mayor nivel de concentración... Y, además, podía hablar libremente con el holograma de su padre del futuro, Erec, que había dejado para él un montón de reflexiones, pensamientos y respuestas grabados en la memoria del tapiz.

Normalmente, Erec no contestaba a sus preguntas hasta después de haber luchado, a menos que las preguntas estuviesen directamente relacionadas con alguno de los lances del combate. Sin embargo, una vez que la lucha terminaba, podía permanecer horas hablando con Martín. No era una verdadera conversación, desde luego. En realidad, Martín sabía que lo que estaba haciendo al hablar con el tapiz era consultar una extensa base de datos que contenía las opiniones de su padre biológico acerca de diversos asuntos. Pero, aún así, la sensación de realidad que le invadía al escuchar las palabras que emitía el holograma de Erec era tan intensa que, mientras duraba, Martín se olvidaba de todo lo demás. Abstrayéndose del entorno, escuchaba con reverencia los consejos de Erec, sus sabias recomendaciones respecto al manejo de la espada fantasma y, sobre todo, las descripciones que hacía de su mundo.

Una de aquellas descripciones impresionó de un modo especial a Martín. Acababan de practicar un nuevo lance con la espada, al que Erec denominaba «El vuelo de la esfinge». Consistía en hacer describir a la espada un largo recorrido a través del aire mientras, con la mano izquierda, se retorció la muñeca del contrincante haciéndole desviar su propia arma. Se trataba de una maniobra muy difícil, y, después de múltiples intentos, Martín aún no había conseguido dominarla.

—¡Este lance es endemoniado! —dijo con enfado cuando Erec dio por concluido el entrenamiento—. Nunca lograré aprenderlo.

El holograma de su padre biológico se echó a reír.

—Endemoniado... ¡Tú lo has dicho! —repuso entre carcajadas—. Como que este lance no lo inventó un humano, sino un demonio...

Martín miró al holograma con expresión de incredulidad.

—¡No me irás a decir que crees en los demonios! —dijo escandalizado.

Su padre rio nuevamente.

—¡Claro que creo en ellos! —insistió—. Como que los he visto... En nuestra época,



los demonios existen realmente, lo mismo que los elfos, las hadas y los basiliscos.

Martín se ruborizó de indignación.

—¿Me estás tomando el pelo? ¿Crees que estás hablando con un niño de cinco años? —preguntó ofendido—. Deimos nunca me ha tratado así...

El holograma de Erec adoptó entonces una expresión de gran seriedad.

—No, Martín, no te estoy tomando el pelo —dijo en un tono casi solemne—. Lo que te digo es verdad... En mi mundo existen elfos, dragones, hadas y demonios. Viven en la ciudad de Quimera, donde a ningún humano se le permite entrar, a menos que tenga un buen motivo para ir allí. Su autonomía respecto al mundo de los humanos es completa...

Martín sacudió la cabeza repetidas veces.

—Me parece que tú y todos tus contemporáneos habéis perdido el juicio —musitó.

—Déjame que te explique —prosiguió Erec, ignorando su comentario—. Después del fracaso de la Revolución nestoriana, la mayoría de las Inteligencias Artificiales y de los biojuguetes de la Tierra se refugiaron en las ruinas de Nara, una antigua ciudad donde siempre se habían sentido protegidos. Allí fundaron una república independiente, completamente autónoma respecto al mundo de los humanos. Los perfectos la bautizaron como Quimera... y sus propios habitantes, con el tiempo, olvidaron el origen despectivo de aquel nombre y lo adoptaron como propio. Allí siguen, conviviendo en perfecta armonía entre sí y defendiendo a capa y espada la civilización que han creado.

Martín sintió un escalofrío.

—Entonces, esas hadas... esos elfos... fueron... ¿fueron creados por el hombre? —acertó a preguntar.

Erec suspiró.

—Así es, hijo mío. Fueron creados como juguetes biológicos con microchips integrados que les conferían una poderosa Inteligencia Artificial. Quimeras, los llamaron... Nunca debería haber ocurrido, pero ocurrió. Fue durante la Edad Oscura, una época negra de la Historia de la Humanidad. La vida era muy difícil, el alimento escaseaba, y la gente se refugiaba en la fantasía para evadirse. Entonces aparecieron las primeras quimeras: brujas, enanitos, pequeñas hadas voladoras, animales que hablaban... También había ejemplares de trabajo para ejecutar tareas peligrosas en la construcción de edificios, limpieza de contaminantes, etc. Y domésticos... En pocos años, no quedó un hogar en la Tierra que no contase con alguna de aquellas criaturas. La mayoría eran seres encantadores, mágicos, aunque se tratase de una magia diseñada artificialmente para entretener y seducir a los niños. La gente los adoraba... Pero se les trataba como juguetes, sin tener en cuenta su autoconsciencia ni sus necesidades biológicas. Cuando los niños crecían, a menudo los dejaban morir... Y, trescientos años más tarde, se rebelaron. La Edad Oscura había concluido y había



dado comienzo la Segunda Era Tecnológica, una etapa de progreso dominada por las corrientes más filosóficas del areteísmo. Pero la situación de las quimeras no había mejorado... Hasta que, por fin, lograron unirse en un gran movimiento de liberación. Convencieron a las Conciencias Artificiales no biológicas para que se unieran a ellas, y así dio comienzo la Revolución nestoriana. Solo querían que se reconocieran sus derechos; al menos, así fue al principio. Luego, algunos de sus cabecillas fueron más lejos, y empezaron a exigir la completa aniquilación de la especie humana.

Martín escuchaba con los ojos brillantes. Mientras Erec hablaba, le vino a la memoria el rostro venerable e inteligente de Leo.

—¿Y qué ocurrió? ¿Ganaron? —preguntó.

—No. Perdieron. Pero muchos sobrevivieron a la catástrofe y fundaron la ciudad de Quimera, como ya te he dicho. Un lugar extraño... Yo estuve allí en una ocasión. Parece haber surgido de un sueño... o quizá de una pesadilla.

Martín tenía tantas preguntas en la cabeza que no sabía por cual empezar. Pero, antes de que pudiera decidirse, el holograma de Erec interrumpió el curso de sus pensamientos.

—Me parece que he hablado mucho, hijo. Y tú todavía no estás preparado para comprender todo esto... Mañana seguiremos luchando.

—Solo una cosa, padre. En tu época, ¿los humanos siguen sin reconocer los derechos de... de todos esos seres?

El holograma adquirió una expresión neutra mientras buscaba una respuesta en su banco de datos. Luego, por fin, habló.

—Existen diferentes opiniones al respecto —explicó—. Los perfectos, por ejemplo, consideran a las quimeras la peor de las abominaciones, y evitan cualquier trato con ellas. Resulta paradójico, porque, al fin y al cabo, sin las quimeras los perfectos nunca habrían llegado a ser lo que son.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Martín sin comprender.

—Durante la Revolución nestoriana, el movimiento areteico estaba dividido en dos facciones. Una, la más filosófica, deseaba atender las reivindicaciones de las quimeras y negociar con ellas. Otra, la de los perfectos, que hasta entonces había sido una rama completamente marginal del areteísmo, se negaba en redondo a negociar, alegando que el reconocimiento de los derechos de las quimeras pondría en peligro el futuro de los seres humanos. La única forma de tratar con aquellos seres era, según ellos, exterminarlos... La mayor parte de la Humanidad se adhirió a este enfoque, y fue bajo la bandera de los perfectos como los humanos consiguieron derrotar finalmente a las quimeras. Desde entonces, los perfectos han dominado moralmente el mundo... Y los areteicos que no compartimos su visión, como nosotros, los ictios, somos tan solo una pequeña minoría sin importancia.

—O sea, que los perfectos se negaron a reconocer los derechos de las quimeras y se



salieron con la suya. Pues no parecen tan perfectos...

El holograma de Erec se puso rígido.

—No debes subestimar a los perfectos, Martín. Su prestigio moral tiene su razón de ser. Son personas ejemplares, tolerantes, creativas... dotadas de una increíble energía espiritual. La mayoría son científicos, filósofos o artistas. Defienden el valor de cada ser humano por encima de todas las diferencias de fuerza, inteligencia, riqueza o poder. Si están en contra de las quimeras, es porque piensan que ellas suponen una amenaza para los hombres... Y lo cierto es que, si las quimeras hubieran ganado durante la Revolución nestoriana, es muy posible que sus líderes más radicales hubiesen emprendido una auténtica campaña de exterminio contra nosotros. Es lógico que la gente las siga temiendo.

Martín se sentía completamente confundido. Entendía que los seres humanos temiesen a las quimeras, pero el recuerdo de aquellos pequeños juguetes biológicos e inteligentes sin ningún derecho de los que le había hablado Erec le ponía la carne de gallina. Y, en cuanto a los perfectos... No sabía qué pensar. Hasta entonces, se los había imaginado como una especie de monjes fanáticos empeñados en dominar el mundo, pero la imagen de ellos que le había ofrecido Erec era bien distinta. Filósofos, científicos, artistas; gente buena y tolerante... Y no lo decía un perfecto, sino Erec, un ictio que, como todos los de su pueblo, disentía en muchas cosas de los perfectos. Su opinión parecía digna de confianza...

Le habría gustado seguir haciéndole preguntas a Erec, pero este, después de sus revelaciones, se fundió con la trama del tapiz y no respondió a los intentos de Martín por provocar de nuevo su aparición. Martín, sin embargo, no pudo quitarse aquella historia de la cabeza durante todo el día. Se preguntaba si debía contarles lo que acababa de averiguar a Alejandra y a los demás o si sería preferible reflexionar un poco más sobre ello antes de decir nada. No sabía qué hacer... Por fin, decidió que se lo contaría primero a Alejandra y luego a los otros.

Pero justo cuando estaba a punto de hacerlo, sucedió algo que desvió por completo el curso de sus pensamientos.

—A la sala de pilotaje —les indicó la voz de Detroit a través de los altavoces—. Emergencia.

Todos subieron tan deprisa como pudieron a la sala de pilotaje, donde encontraron a Jade reunida con sus dos lugartenientes. Un rictus de preocupación contraía sus labios, pero, cuando vio a Deimos, le dedicó una deslumbrante sonrisa.

—Este es un momento delicado, chicos —les dijo—. Estamos llegando al Caladero ACL... Hemos detectado unas redes magnéticas muy cerca de aquí, y vamos a tener que encender los motores para desviarnos un poco y evitar que la nave resulte dañada. Colocaos en los sillones de despegue y abrochaos los cinturones. He programado la nave para que acelere dentro de seis minutos... cinco minutos cuarenta segundos —precisó consultando su reloj.



Los pasajeros comprendieron por el tono de Jade que no había tiempo para pedir explicaciones. Ocuparon sus asientos, tal como se les había exigido, y permanecieron callados mientras experimentaban el efecto de la brusca aceleración sobre su cuerpo. La sensación duró apenas diez minutos... Luego, Detroit se volvió hacia ellos y les indicó con un gesto que el momento de peligro había pasado. Todos se relajaron y se desabrocharon los cinturones, ansiosos por comprender lo que acababa de ocurrir.

—Hemos perdido dos días —gruñó Jade con la vista fija en la pantalla de ajuste de los parámetros de vuelo—. Suerte que no venimos justos de agua ni de aire, que si no... quién sabe lo que podría haber ocurrido. Voy a tener que decirles un par de cosas a esos pescadores... Por lo visto, se creen los dueños del sistema solar.

Los chicos la miraron intrigados.

—¿Un caladero, una red magnética, y ahora unos pescadores? —preguntó Jacob—. ¿Qué son, pescadores espaciales, o algo parecido? ¿Y qué pescan, extraterrestres? ¿O angelitos?

—Pescan información —contestó Jade, irritada por el tono jocosos de la pregunta—. Y no es asunto de broma, si quieres saberlo. Es algo muy valioso para ellos... Para ellos, y para mucha gente allá en la Tierra.

—¿Información? Pero ya debemos de estar muy lejos de la órbita terrestre —dijo Alejandra—. ¿Qué clase de información puede haber aquí?

—Botellas magnéticas —explicó Detroit—. Las lanzan clandestinamente los prisioneros de Caershid. Contienen mensajes para sus familias, y van provistas de pequeños propulsores programados para seguir nuestra misma ruta y de un pequeño campo magnético para adherirse a las redes de los contrabandistas.

Todos los músculos de Martín se pusieron en tensión. Mensajes de Caershid... ¿Por qué nadie le había hablado nunca de aquello?

—Las redes se tienden normalmente sobre la superficie de algún asteroide —prosiguió Detroit—. Su campo magnético es autónomo y se mantiene en activo unos cuantos meses. Luego, cuando ya ha consumido la energía de que dispone, se desactiva. Los contrabandistas vuelven entonces, recogen las botellas que han quedado atrapadas y reprograman las redes para que vuelvan a activarse unos días más tarde. Es un negocio muy rentable.

—¿Por qué es un negocio? —preguntó Martín con un hilo de voz—. ¿Quién puede pagar por... por eso?

Jade le dirigió una fría mirada.

—Las familias de los presos, claro. Así se enteran de si están vivos o muertos, de cómo es su vida en Caershid...

—¿También pueden contestarles? —preguntó Alejandra adelantándose a Martín, que iba a formular la misma pregunta.



—No, eso no es posible —contestó Jade—. Los vigilantes de la cárcel hacen la vista gorda con lo de las botellas y sacan una buena tajada con ello sin arriesgar nada. Pero meter información de fuera en la cárcel... Eso es harina de otro costal. Demasiado peligroso. Ha habido quien lo ha intentado, pero, que yo sepa, nadie lo ha logrado todavía.

Se hizo un incómodo silencio. Todos estaban pensando en el padre de Martín.

—Pero yo... mi madre nunca... nunca me ha hablado de ningún mensaje —balbució este.

—El ochenta por ciento de las botellas que salen de Caershid no llega jamás a su destino —repuso Detroit, suavizando un poco la brusquedad habitual de su tono—. Y algunos presos, los más vigilados, lo tienen muy difícil para hacer salir sus botellas de la cárcel. Los funcionarios corruptos saben que se arriesgan más con ellos que con los otros, y no siempre están dispuestos a jugarse el cuello para obtener un beneficio a largo plazo. Hay que tener en cuenta que los presos no tienen dinero... El pago llega después, cuando los pescadores reciben el dinero que pagan las familias. Y no todas las familias pueden pagar el precio de una de esas botellas, por supuesto. Es prohibitivo... Algunas tardan años en reunir las cantidades exigidas por los pescadores.

—Pero tu madre tiene dinero, ¿no? —preguntó Jade abruptamente—. Tiene que haber ganado mucho con sus guiones para los Juegos de Arena...

Martín la miró con sorpresa.

—¿Cómo sabes eso? La mayoría de la gente no conoce el nombre de los guionistas de sus juegos preferidos. Es raro que tú...

—No hace muchos años, mi vida eran los Juegos de Arena —dijo Jade con expresión sombría—. Todavía me interesan... Tu madre es muy buena, ¿sabes? Me habría gustado que trabajase para mí. Pero ella empezó justo el año de mi retirada. Una lástima... Juntas, habríamos formado un gran equipo.

—Pues, si tiene dinero, alguna botella ha tenido que recibir —opinó Orlando, dirigiéndole a Martín una burlona mirada—. No habrá querido decíselo al chico, para protegerle.

Lo que decía Orlando era bastante plausible, pero, sin saber por qué, a Martín le indignó su comentario.

—Mi madre no trata con contrabandistas —dijo, alzando involuntariamente la voz—. Eso es lo único que ha pasado. Es escandaloso que alguien se preste a comerciar con las desgracias de los demás...

—Los contrabandistas somos el único foco de resistencia al que tienen que enfrentarse las corporaciones desde la derrota del movimiento antiglobalización —le contestó Detroit lanzándole una feroz mirada—. Si estás contra nosotros, estás con ellos... Y con ellos, por lo que sé, no te ha ido demasiado bien, ¿verdad? Así que a lo





mejor deberías ser un poco menos arrogante y reconsiderar tus palabras.

—No estaba metiéndome con vosotros —se defendió Martín—. Pero esos pescadores... ¿Por qué piden tanto dinero por las botellas? Se aprovechan de la desesperación de la gente, y eso no está bien.

—Las familias de los presos también se aprovechan de la desesperación de los pescadores para obtener las botellas —dijo Jade con una desdeñosa sonrisa—. Hay que estar muy desesperado para dedicarse a un comercio tan peligroso como ese, créeme.

Volvieron a quedarse todos en silencio, a la espera de la reacción de Martín.

—¿Y qué hay que hacer para comprar una de esas botellas.. . suponiendo que se tenga el dinero para pagarla? —preguntó finalmente, tragando saliva.

—¿Lo tienes tú? —preguntó Jade a su vez en tono escéptico.

—No, pero Herbert le daría el dinero necesario para pagarla, en caso de que fuera posible —contestó rápidamente Deimos—. Me dijo que recurriésemos a él si nos encontrábamos en apuros económicos... siempre que lo hiciésemos de un modo discreto, claro está. El caso es que bastaría con dirigirle la factura una vez pactada la venta. Estoy seguro de que pagaría sin hacer preguntas.

Jade observó a Deimos con los ojos entrecerrados, como si estuviese evaluando el mejor modo de sacar partido de aquella información.

—Para nosotros, la discreción no es un problema —dijo lentamente—. Y, si hay alguien dispuesto a pagar... Podemos hacer averiguaciones. Si encontramos en el mercado alguna botella de Andrei Lem, la conseguiremos. A no ser que tus escrúpulos te impidan aceptar nuestra ayuda —añadió, volviéndose hacia Martín con ironía—. En ese caso, tendrás que arreglártelas tú solito.

—No —contestó Martín—. Con vuestra ayuda será más fácil. Si es posible, conseguídmela esa botella... No he vuelto a saber nada de mi padre desde que lo encarcelaron.

—Pero entonces debías de ser muy joven todavía... ¿Cómo sabrás que no se trata de una falsificación? —le preguntó Jacob, siempre suspicaz.

—Todas las botellas que salen de Caershid llevan una impronta genética para garantizar su autenticidad —explicó Detroit—. Será fácil hacer comprobaciones.

—Trato hecho, entonces —dijo Jade, dando por terminada la conversación—. Averiguaremos si hay por ahí botellas de Andrei Lem y, si las hay, nos haremos con ellas. Y ahora, por favor, volved a vuestras ocupaciones. Tengo que reprogramar los sistemas de reciclaje de agua y aire para que los suministros nos duren dos días más. Dos días... Me revienta todo esto.

De vuelta en el piso inferior, Martín se encerró en su habitación y permaneció varias horas con los ojos fijos en la pantalla líquida del techo, programada para



mostrar escenas marinas de la Tierra. El mar... ¿Cuándo volvería a verlo? Los mares de Marte no se parecían mucho a los de la Tierra. Tan fríos, tan poco profundos, cuajados de icebergs... El color de sus aguas era violáceo, a juzgar por las fotografías que había visto en los bancos de datos de la biblioteca. Un mar frío y morado y un cielo del mismo color, con puestas de sol intensamente azules, a veces incluso verdes... Eso era lo que les esperaba en Marte. Un mundo extraño y hostil, donde ni siquiera el cielo resultaba reconocible.

Sin saber por qué, aquello le alegró. Un planeta nuevo, una nueva oportunidad para la especie humana, la posibilidad de empezar prácticamente de cero... Quizá podría quedarse allí, olvidarse de toda aquella pesadilla de la llave del tiempo y del destino que otros había programado para él. La idea le hizo sonreír... Podía no volver a la Tierra, crecer allí, en aquel planeta que estaba a punto de acogerles, trabajar, convencer a su madre y a su abuelo para que se reuniesen con él... Había oído decir que Dédalo no tenía una ciudad propia en suelo marciano. Un mundo sin Dédalo; un mundo sin Hiden... Y quizá, algún día, su padre podría reunirse con ellos.

Entonces recordó súbitamente a su otro padre, el sabio holograma del Tapiz de las Batallas. Erec... Lo que le había contado acerca de aquella ciudad de seres fabulosos le había dejado de piedra. Quimera... Tenía que ver eso algún día.

«Han sido muy hábiles —se dijo con tristeza—. Ese tapiz, Erec, todo lo que me cuenta... Deimos sabía que me picaría la curiosidad; que cada vez querría saber más...».

Se apretó los párpados con los dedos, sintiendo que la oscuridad se poblaba de fugaces destellos por la presión. Su plan de quedarse en Marte hasta poder reunirse con su familia le pareció, de pronto, ridículo. No, ya era demasiado tarde para él. Ahora que conocía la existencia de aquella extraña civilización futura, no podía renunciar a saber más. Sobre los ictios, sobre los perfectos... y, por supuesto, sobre sí mismo. Tenía que llegar hasta el final... costase lo que costase.

«Muy hábiles —repitió sombríamente—. Tendré que andarme con mucho cuidado a partir de ahora. Estoy empezando a vivir para ellos... Como Deimos quería».

Y eso, pensó estremeciéndose, era algo que Alejandra nunca podría aceptar.



## Capítulo 9. El Auriga del Viento

La nave crucero de Jade, Ophir, aterrizó en la superficie del satélite Deimos el sol veinte del mes de vrishika del año marciano 272. La base clandestina que la organización de Jade mantenía en el pequeño satélite se llamaba Serena, en memoria de uno de los personajes de los Juegos de Arena que Jade había interpretado con mayor éxito, y estaba compuesta de una estructura de estacionamiento con espacio hasta para tres naves interplanetarias, un área de descanso, un hangar lleno de pequeños módulos de traslado a Marte y una catapulta para lanzarlos. En aquel momento, el único crucero estacionado en la base era el Ophir. Las dos mujeres que controlaban toda la infraestructura tecnológica de Serena apenas hicieron caso de los pasajeros cuando los vieron desembarcar. Toda su atención estaba centrada en Jade, hacia la que mostraban un respeto casi reverencial, a pesar de ser algo mayores que ella. Una de las mujeres, llamada Liz, recibió a Orlando con cariñosa familiaridad. Al parecer, era la pareja del enigmático contrabandista, aunque los constantes viajes de este no les permitían estar juntos casi nunca.

Desde las ventanas del área de descanso, Marte se veía como una gigantesca esfera anaranjada que ocupaba casi la totalidad del cielo. Sobre la esfera destacaban, dibujados con extraordinaria precisión, algunos de los accidentes geológicos más llamativos del planeta. Martín distinguió en seguida la profunda cicatriz del Valle Marineris y, más al norte, la mancha oscura del recién nacido mar Púrpura, bautizado así por el singular color de sus aguas vistas desde la costa. Incluso se distinguían algunos de los icebergs más grandes que surcaban aquel mar. Y también las altas tierras de la protuberancia de Tharsis, y las nieves perpetuas sobre el monte Ascreus y sobre el majestuoso Olimpo...

Blancos remolinos de nubes avanzaban lentamente sobre la rojiza superficie del planeta, siguiendo siempre una trayectoria curva por efecto de las fuerzas de Coriolis. En realidad, todo el planeta giraba lenta pero inexorablemente sobre sus cabezas... Obviamente, no solo era el planeta el que se movía, claro. Deimos tardaba aproximadamente treinta horas en dar una vuelta completa alrededor de Marte. Pero uno no tenía esa sensación al mirar por la ventana... Era Marte el único que parecía desplazarse, allá arriba, rotando majestuosamente sobre ellos.

—No puedo seguir mirando —dijo Alejandra, apartándose de la ventana con tanta rapidez que, del impulso, estuvo a punto de chocar con la pared opuesta—. Me mareo.

—Es esta gravedad tan baja —opinó Jacob, imitándola—. A su lado, la gravedad artificial del Ophir era una maravilla...

—Bueno, pronto volveremos a una gravedad similar a la del crucero —dijo



Selene—. Mañana bajaremos a Marte... Casi no puedo creerlo.

—Yo lo que no puedo creer es que estemos en la superficie de uno de los satélites de Marte —dijo Deimos—. En nuestra época, son una leyenda... Algunos ictios incluso dudan de que hayan existido alguna vez.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Casandra con los ojos muy abiertos—. ¿En tu época, Deimos y Fobos ya no existen?

—Desde luego que no, aunque pervive el recuerdo de que existieron. Pero ya no están... Mi madre dice que debieron desplomarse sobre el planeta al principio de la Edad Oscura.

—¿Y por qué te puso el nombre de uno de ellos? —preguntó Casandra—. Deimos... Berenice nos explicó que en griego significa «terror». Es un nombre un poco raro para un niño...

Deimos se echó a reír.

—Sí, supongo que a vosotros os debe de parecer muy raro —dijo—. Pero en mi época es muy común... sobre todo entre los perfectos.

—¿Y por qué? ¿Tiene algo que ver con el satélite? —preguntó Martín.

—No, no, no tiene nada que ver —aclaró Deimos—. Su origen se remonta a la Edad Oscura... Deimos es el nombre de uno de los principales héroes del areteísmo. Su historia es muy bonita... Si queréis os la cuento.

Todos asintieron de inmediato. Por lo general, Deimos se mostraba bastante reacio a hablar del futuro. Para una vez que tomaba la iniciativa, había que aprovechar... Además, no tenían nada mejor que hacer por el momento. Jade les había advertido de que no volvería a reunirse con ellos hasta la mañana siguiente, cuando todo estuviese a punto para el descenso a Marte. Mientras tanto, la única orden que habían recibido era la de no abandonar el área de descanso... Y la verdad es que empezaban a aburrirse de aquel exiguo espacio amueblado con sillones de distintos colores y decorado con viejos carteles de torneos de Arena, donde la única comodidad de la que disponían era una pequeña cocina automática programada para escupir a determinadas horas raciones individuales de pasta recalentada y grandes vasos de café con leche.

Antes de decidirse a empezar su narración, Deimos miró indeciso a Casandra y luego se sentó en una vieja butaca tapizada de terciopelo rojo, de espaldas a la impresionante vista de Marte que ofrecían las ventanas.

—Es una historia bastante larga —explicó—. Sus fuentes no están muy claras, aunque parece que la mayor parte de los hechos que narra sucedieron durante la Edad Oscura, antes de la Segunda Era Tecnológica. En esa época, grandes territorios habían sido completamente devastados por la guerra y las catástrofes ecológicas, y los recursos escaseaban. Para optimizar el aprovechamiento de las pocas zonas cultivables que aún quedaban en el planeta, la mayoría de las ciudades se hicieron



nómadas, y viajaban por el aire de un lugar a otro en busca de alimentos. Cada edificio de aquellas ciudades era en realidad una nave de guerra; ellos las llamaban «carros del sol». Las naves volaban juntas como bandadas de pájaros migratorios, y solo tomaban tierra para aprovisionarse.

—¿Una ciudad que vuela? —le interrumpió Jacob—. No consigo imaginármela.

—Imagínate una ciudad en la que cada edificio es una nave voladora, un carro del sol —repuso Deimos mirándole—. Se mantiene flotando en el aire junto a las demás casas-nave, y la gente se desplaza de unas a otras en pequeños planeadores individuales.

—¿Se conserva alguna imagen de esas casas voladoras? —preguntó Selene.

—Hay un par de viejos hologramas, muy deteriorados, que las representan, aunque nadie sabe con certeza si son representaciones realistas o ilustraciones tardías de la leyenda que os estoy contando. En ellas, los carros del sol aparecen como prismas triangulares enteramente recubiertos de espejos que reflejan la luz solar. Se dice que en cada nave podían vivir hasta quinientas personas...

Jacob lanzó un silbido de admiración.

—Bueno, el caso es que, según las crónicas, a menudo surgían batallas entre aquellas ciudades voladoras, y la que ganaba se apropiaba de las naves enemigas que no habían sido destruidas —continuó Deimos—. Muy pocas ciudades conservaron, en aquellos años, una estructura de edificios anclados en el suelo. Entre ellas, las más importantes eran Nara y Dahel. Nara gozaba en aquella época de una prosperidad desconocida en el resto del mundo, gracias a la posesión de «la fuente inagotable», un secreto tecnológico que le confería una gran superioridad sobre el resto de las ciudades. Aprovechando esta ventaja tecnológica, el príncipe de Nara emprendió una feroz campaña para controlar todas las tierras cultivables del territorio de la India. Este príncipe, llamado Uparicara, era un hábil jefe militar, y, bajo su mando, Nara fue derrotando a una ciudad tras otra sin encontrar apenas resistencia. Asustados por el avance de las naves de combate de Uparicara, algunos reyezuelos del sur de la India enviaron embajadores a Dahel para solicitar su protección. La ciudad de Dahel se encontraba en algún lugar de la estepa siberiana, y casi ninguno de los viajeros que se aventuraba a entrar en sus territorios regresaba con vida. Esta vez, sin embargo, fue diferente. Los embajadores regresaron con una promesa de ayuda firmada por el mismísimo Rey sin Nombre, el misterioso soberano de Dahel, de quien se decía que jamás había perdido una batalla y que, según los propios dahelitas, había hecho un pacto con los dioses antiguos para obtener la inmortalidad. En Nara, sin embargo, nadie hacía caso de esas supersticiones. Cuando Uparicara supo que tendría que combatir contra el Rey sin Nombre de Dahel, se mostró muy satisfecho: hacía tiempo que deseaba enfrentarse al poder de aquella oscura ciudad esteparia, y ahora, por fin, iba a tener la oportunidad de hacerlo.

—No me extraña que quisiera enfrentarse a él —le interrumpió Jacob—. Si tenía



dos dedos de frente, todas aquellas historias de un rey inmortal y sin nombre debían de sacarle de sus casillas.

Deimos lo miró con severidad, pero, en lugar de contestarle, decidió proseguir con la historia.

—El mismo día en que Uparicara hizo públicas sus intenciones de combatir con Dahel, su esposa le comunicó que esperaba un hijo. Aquello fue interpretado como un signo de buen augurio por los oficiales del ejército de Nara, que, llenos de entusiasmo, comenzaron a aclamar al pequeño aún no nacido en aquel mismo momento y le dieron el sobrenombre de Deimos, en homenaje al antiguo dios guerrero de los griegos, Ares. Incluso trenzaron aquel nombre en las insignias de sus carros, y partieron hacia la batalla llenos de optimismo.

Pero, justo después de la partida del ejército, se presentaron en el palacio de Nara las tres Hermanas de la Profecía. Estas mujeres poseían el don de la videncia gracias al dominio de un objeto mágico al que denominaban «el Ojo del Hereje». Vivían retiradas del mundo, en las inmediaciones del Árbol Sagrado plantado por Uriel doscientos años antes. Rara vez intervenían en los asuntos de las ciudades...

—¡Un momento! Yo he soñado con eso —exclamó Casandra—. Cuando estuvimos en el bosque de Yama... Todas las noches, veía en sueños uno de aquellos árboles, pero mucho más grande. Y, debajo, tres mujeres ancianas en actitud de oración, o de meditación... Iban vestidas de negro, y parecían muy tristes. Y, en el sueño, yo sabía que aquel árbol era especial, era sagrado... ¿no es muy extraño?

—Probablemente se trate de uno de esos recuerdos implantados que te asaltan a veces —repuso Deimos, pensativo—. Desde luego, es muy curioso...

—Sí que lo es, pero no pierdas el hilo, Deimos —le apremió Martín, impaciente—. ¿Por qué fueron al Palacio de Nara las tres hermanas de la Profecía?

—Normalmente nunca se alejaban del Árbol Sagrado; pero, en esta ocasión, tenían algo importante que anunciar. El Ojo del Hereje les había revelado que el príncipe Uparicara, pese a la superioridad de su ejército, iba a perder en su batalla frente a Dahel. Sin embargo, el hijo aún no nacido del príncipe debía ser salvado, pues estaba destinado a convertirse en el Auriga del Viento, Anilasaarathi, un alma de fuego llamada a purificar el mundo y a preparar la segunda venida de Uriel.

»La princesa Ritadhama, esposa de Uparicara, hizo expulsar a las tres mujeres del palacio. Pasaron los meses, y la guerra que Nara y Dahel libraban en las estepas del norte proseguía, sin que ninguno de los dos bandos mostrase una clara superioridad sobre el otro. Por fin, ocho meses después de la partida de Uparicara, los ejércitos de las dos ciudades se enfrentaron en un pequeño y desolado valle conocido como el Yermo de Bahram. Fue allí donde se libró el combate definitivo. Duró tres días, durante los cuales se observaron en Nara los más extraños prodigios: tres eclipses solares, breves como parpadeos, pero claramente visibles, oscurecieron el cielo a las doce en punto de cada jornada de combate; y, por las noches, se vio brillar en el





firmamento una fulgurante estrella azulada. Al atardecer del tercer día, mientras la princesa Ritadhama daba a luz a su hijo, llegaron al palacio las noticias de la derrota de Nara y de la muerte del príncipe Uparicara. En pocas semanas, las tropas de Dahel llegarían a la ciudad y se harían con el poder, esclavizando a todos sus habitantes... Desesperada, Ritadhama envió a buscar a las Tres Hermanas de la Profecía y les entregó a su hijo recién nacido, a quien había puesto el nombre de Anilasaarathi. Luego, la joven reina se suicidó.

»Deimos hizo una pausa para tomar aliento y observó los rostros de sus oyentes. En los ojos de todos había esa especie de bruma soñadora que vela la mirada de aquellos que se dejan subyugar por la magia de una leyenda. Ni siquiera Jacob parecía dispuesto a romper el hechizo con uno de sus irónicos comentarios... Satisfecho, Deimos prosiguió.

—Las Tres Hermanas se llevaron al niño al bosque de Yama y allí lo criaron, instruyéndole en el culto a Uriel a través del *Libro de las Visiones*, única obra conocida entonces sobre sus enseñanzas. También se cuenta que el joven Anilasaarathi fue instruido en Ciencia, Historia y Filosofía por el Ojo del Hereje, cuyos conocimientos eran prácticamente ilimitados.

—¿Y alguien sabe cómo era exactamente el «ojo» ese? —se atrevió a preguntar Selene—. Porque, según hablas, me lo estoy imaginando como una especie de bola de cristal...

—No existe ninguna representación antigua del Ojo del Hereje, así que puedes imaginártelo como quieras —repuso Deimos—. Yo siempre me lo he imaginado como una especie de libro holográfico donde Anilasaarathi leía y aprendía toda clase de cosas... Pero me estoy apartando de mi relato.

»La leyenda cuenta asimismo que, siendo todavía un niño, Anilasaarathi atravesó sin darse cuenta la Puerta de Caronte y llegó a un lugar entre la vida y la muerte al que los antiguos llamaban Eldir. Allí, el pequeño encontró una espada encadenada a un círculo de piedra, un arma intangible que nadie, excepto el héroe destinado a dominarla, podría nunca ver ni nombrar, pues no había sido fabricada por la mano del hombre. Algunos decían que encerraba el alma inmortal de un espíritu del fuego y que siempre había estado en el Círculo, incluso antes de que existiera el tiempo. Como si de un juego se tratase, el pequeño príncipe liberó la espada dándole el nombre de Anagá, que significa "sin cuerpo". Luego, con la misma facilidad con la que había entrado, volvió a atravesar la Puerta de Caronte y salió de Eldir llevándose la espada. A lo largo de su vida, fueron muchos los que intentaron arrebatársela a Anagá, pero nadie lo consiguió, pues ella solo obedecía a su legítimo dueño, el Auriga del Viento. Eso hacía de Anilasaarathi un héroe prácticamente invencible, pues la espada Anagá tenía el poder de vencer a todas las demás espadas, apareciendo y desapareciendo innumerables veces en el curso del combate para despistar y enloquecer al adversario.



—¡Como las espadas fantasma! —dijo Martín—. Qué extraño... ¿No me habías dicho que esas espadas fueron inventadas por Kirshaar durante la Segunda Era Tecnológica? Esta leyenda, por lo que dices, es más antigua, ¿no? De la Edad Oscura...

—Las leyendas a veces mezclan tradiciones tomadas de diferentes épocas —aventuró Alejandra a modo de explicación—. Quizá es lo que ha ocurrido...

—No —la atajó Deimos—. En este caso, la espada Anagá figura en la leyenda del Auriga del Viento desde el principio. En realidad, fue Kirshaar quien, basándose en la leyenda y en una nueva tecnología inventada por él, forjó las espadas fantasma tomando a Anagá como modelo. Al menos eso fue lo que el propio Kirshaar dejó escrito en su *Primer Tratado de Esgrima*, y no hay razón alguna para dudar de su palabra.

—Y ese lugar entre la vida y la muerte donde el Auriga del Viento encontró su espada, ¿qué era, algo así como el Infierno? —preguntó Selene.

—Eldir... Eldir es a la vez un estado mental y un lugar —explicó Deimos mirando a la muchacha—. Un lugar espiritual creado por la conciencia... Todos los aspirantes a perfectos deben pasar un tiempo en Eldir, y cada vez que cometen una falta, deben volver a ese lugar. Eldir puede ser el Infierno o el Paraíso... Pero, una vez que estás dentro, el único modo de abandonarlo es alcanzando la iluminación.

—Todo eso me suena a superstición barata —dijo Jacob con una mueca.

Deimos se volvió hacia él rápidamente.

—Pues no lo es —repuso con gravedad—. Para una mente entrenada en las técnicas espirituales de los perfectos, Eldir es algo muy real; una experiencia que puede cambiar la vida de un hombre...

—¿Tú has estado allí? —preguntó Casandra—. Espiritualmente, quiero decir...

Los ojos de Deimos se nublaron, intentando recordar.

—Yo todavía no soy un perfecto —dijo en voz muy baja, como si estuviese hablando consigo mismo—. Aún no he recorrido la «Senda Espinosa», que es como los perfectos llaman al ritual de iniciación. Y sin embargo... sé que he estado en Eldir. No recuerdo cuándo, ni cómo llegué hasta allí... Supongo que sería durante alguna sesión de meditación especialmente intensa. Pero sé que sentía una intensa pesadez que apenas me permitía caminar, y que estaba lloviendo, y que cada gota de lluvia me golpeaba con la fuerza de una piedra, lacerándome la piel...

—¡Qué maravilla! —comentó Jacob sonriendo con malicia—. Pásate la vida meditando para eso...

Deimos le lanzó una colérica mirada, pero no contestó.

—Venga, sigue contándonos la leyenda del Auriga del Viento —propuso Casandra—. ¿Qué pasó después de que consiguiera la espada?



—Bueno... Anilasaarathi creció asimilando las enseñanzas del Ojo del Hereje y ejercitándose con su espada Anagá. Cuando alcanzó la edad adulta, las Hermanas le revelaron al muchacho lo que el destino le reservaba: El era el elegido para liberar Nara, recuperar el trono de su padre y derrotar a sus asesinos. Pero su objetivo no sería la venganza, sino la difusión por todo el mundo del mensaje de Uriel. Él era el Auriga del Viento, el fuego que purifica el mundo, y no podría descansar mientras quedara en la Tierra un solo reducto que se negara a aceptar la guía moral del areteísmo.

—Y entonces fue a Nara, recuperó el trono de su padre, y extendió a sangre y fuego por toda la Tierra la religión areteica —dijo Jacob haciendo una mueca—. Qué bonito...

Deimos negó lentamente con la cabeza. Estaba tan concentrado en su relato, que, esta vez, las impertinencias de Jacob ni siquiera le hicieron reaccionar.

—Te equivocas, las cosas ocurrieron de un modo muy distinto —continuó explicando—. En primer lugar, recuperar el trono de Nara no era una tarea sencilla... Para hacerlo, las Hermanas de la Profecía aconsejaron a Anilasaarathi que viajara al Yermo de Bahram, donde había muerto su padre, y que allí buscara la Espada de la Realeza de Nara, que los compañeros de Uparicara, en homenaje al príncipe fallecido, habían arrojado al río Ur, que atravesaba el Yermo. Según la leyenda, el río Ur era en realidad un dragón de agua que custodiaba la espada, y todos los que habían intentado recuperarla habían muerto ahogados entre sus líquidas escamas. Pero el dragón Ur, al reconocer en Anilasaarathi al legítimo heredero de Nara, permitió que entrara en el río y buceara en sus aguas vivas hasta encontrar el preciado objeto. Después de un día entero de búsqueda, Anilasaarathi salió del cuerpo de Ur con la Espada de la Realeza en la mano. La espada estaba rota en la empuñadura como consecuencia de uno de los últimos ataques del Rey Sin Nombre a Uparicara. Cuando el joven Anilasaarathi entró en Nara descalzo y con la espada en la mano, los antiguos compañeros de su padre la reconocieron de inmediato y le aclamaron como príncipe. El resto de los ciudadanos, contagiados por su entusiasmo, se rebelaron contra el gobernador impuesto por Dahel y lo expulsaron.

«Entonces, Anilasaraathi, el nuevo príncipe de Nara, cambió su nombre por el de Deimos, que, como recordaréis, era el sobrenombre guerrero que le habían puesto los oficiales de su padre. Luego emprendió una larga campaña para convencer a las otras ciudades areteas de que se aliaran con él, de modo que todas juntas pudieran enfrentarse con éxito a la opresión de Dahel.

—¿Las otras ciudades areteas? —preguntó Alejandra—. Me he perdido...

—En aquella época, además de Nara, buena parte de las ciudades voladoras se habían convertido en seguidoras de las enseñanzas de *El libro de las Visiones*, y practicaban distintas formas de areteísmo —aclaró Deimos—. El nuevo príncipe de Nara decidió buscar su alianza para enfrentarse a Dahel. Una por una, las fue



convenciendo a todas, y cuando lo hubo conseguido ordenó que se edificase sobre el Árbol Sagrado la fortaleza alada más grande que se hubiese visto jamás, y le dio el nombre de Arete, la Ciudad Celeste. Una vez que la nave-fortaleza estuvo terminada, Deimos tomó su mando y, con ella a la cabeza, guio a su ejército hacia Dahel. Su rival los esperaba a noventa millas de la frontera de su reino, en un lugar conocido como la Ruina del Dragón. Tan terrible fue el combate, que duró veinte días y veinte noches. Durante ese tiempo, fueron tantas las naves que oscurecieron el cielo que muchas de las plantas que crecían debajo murieron, al verse privadas de la luz del sol. Los carros dahelitas eran muy superiores en número, y su nave insignia, Olympus, dirigida por el Rey sin Nombre, brillaba entre ellas como un gigantesco meteorito negro detenido en medio de su caída por desconocidas fuerzas.

»Al final del decimonoveno día, la batalla parecía perdida para el ejército de la federación aretea. Muchos de sus carros habían caído, y los restantes habían tenido que replegarse en desbandada, dejando a la gran fortaleza de Arete abandonada a su suerte. Sin embargo, cuando el resultado de la batalla parecía decidido, los combatientes vieron alzarse una estrella azulada sobre el punto exacto del horizonte bajo el que se ocultaba la ciudad de Nara. Espoleados por aquel prodigio, los comandantes de los carros que habían huido regresaron y se enfrentaron una vez más con los dahelitas, dando la vuelta al combate. Al final, la propia Arete, desafiando a la siniestra silueta triangular del Olympus, se las ingenió para romper sus escudos protectores y alcanzar con sus proyectiles el centro de control de la nave. Esta empezó a caer, pero El Rey sin Nombre aún tuvo tiempo de activar un campo magnético que arrastró en su descenso a la propia Arete. Las dos naves se estrellaron a la vez contra el suelo, incendiándose. Todos sus tripulantes resultaron muertos excepto el Rey sin Nombre y el propio Deimos, protegido al parecer por la fuerza sobrenatural de su espada Anagá. Cuando ambos comandantes estuvieron frente a frente, el rey dahelita intentó amedrentar a Deimos recordándole su leyenda, según la cual los dioses le habían concedido la maldición de la inmortalidad y nada ni nadie sujeto al ciclo del nacimiento y la muerte podría librarle de esa maldición. Pero Deimos no se dejó impresionar por las palabras del rey y luchó con valor. Cuando, después de tres horas de combate, su espada Anagá atravesó el escudo y la coraza de su enemigo, quemando su corazón con su lengua de fuego, Deimos le reveló al rey bárbaro el secreto de aquella arma prodigiosa: la espada Anagá no estaba sujeta al tiempo, pues nada ni nadie la había forjado jamás.

Un gruñido de incredulidad hizo a Deimos interrumpir su relato. El gruñido procedía de Jacob, que, pese a todos su esfuerzos por refrenar su lengua, no había sido capaz de contenerse ante aquel desafío tan directo a su escéptica mentalidad científica.

—No puedo creer que dentro de mil años la gente se pueda tragar una historia como esa —refunfuñó, en respuesta a la mirada inquisitiva de Deimos—. ¿Es que habéis olvidado todo lo que nos ha enseñado la Ciencia? Solo de pensarlo se me



ponen los pelos de punta... ¡O sea, que en el futuro, la gente va a ser tan supersticiosa como en la Edad Media, o más aún!

Deimos frunció las cejas con evidente disgusto.

—Despreciar las leyendas tradicionales y la visión del mundo que ofrecen los mitos es señal de ignorancia. Hay mucha sabiduría en los mitos, aunque sea un tipo de sabiduría que no tiene nada que ver con la Ciencia.

—Si lo que quieres decir es que tienen un valor simbólico, bueno, eso puedo admitirlo —repuso Jacob ceñudo—. Pero me parece una forma innecesariamente enrevesada de explicar las cosas.

—No se trata solo de símbolos —le contradijo Deimos—. Es algo más que eso... En los mitos se mezclan ficciones, Historia, enseñanzas espirituales y explicaciones psicológicas, formando un entramado enormemente complejo y profundo. Tenemos mucho que aprender de ellos... por muy científica que sea nuestra formación.

—¡Pero no pretenderás que nos creamos todo lo que nos acabas de contar a pies juntillas! —protestó Jacob.

—No se trata de que os lo creáis a pies juntillas, pero sí de que os lo toméis en serio —dijo Deimos gravemente—. Las grandes historias de la Humanidad no son asunto de broma. Gracias a ellas, muchas personas han encontrado consuelo o fuerza espiritual en los momentos en que lo necesitaban.

Su belleza, su coherencia interna, su profundidad... Todo eso es mucho más importante que su origen. Espero que alguna vez madures lo suficiente como para darte cuenta de ello.

Los compañeros de Deimos y Jacob escuchaban con interés la discusión que los enfrentaba, aunque sin decidirse a intervenir. Martín entendía las posiciones de ambos, y le hubiera gustado expresar en voz alta la suya propia, pero cuando se disponía a hacerlo descubrió que no tenía las ideas demasiado claras. Los mitos eran hermosos, sí; y conmovedores, lo mismo que la literatura y la música... Pero ¿contenían algo de verdad? ¿Qué clase de verdad? ¿Simbólica, como había dicho Jacob? No, era algo más que eso... Los mitos tenían poder; tenían el poder de cambiar el mundo, de influir en la conciencia de los hombres e impulsarlos a actuar. Los mitos podían determinar el futuro... Aquel pensamiento le estremeció.

Las palabras de Casandra le devolvieron bruscamente a la realidad.

—¿Podéis dejar esa discusión para más tarde? —dijo la muchacha, mirando a Jacob como si quisiera fulminarle—. Puede que a ti no te interese, pero los demás estamos deseando oír el final de la leyenda...

—Lo siento. Creí que ya había terminado —dijo Jacob con sorna.

—¿Qué pasó después de que Deimos venciera al Rey sin Nombre? —preguntó Casandra, como si no hubiese oído a Jacob—. ¿Ocurrió lo que habían vaticinado las



Tres Hermanas?

Deimos sonrió de un modo extraño.

—Esta es, para mí, la parte más bonita de la leyenda —dijo—. Cuando Deimos emergió de entre las ruinas de Arete con su refulgente espada teñida de sangre, sus hombres salieron de las naves y lo vitorearon. El campo de batalla retumbó con el estruendo de los himnos guerreros entonados por los vencedores. De pronto, de uno de los carros alados de Nara descendieron las Tres Hermanas de la Profecía. Habían sustituido sus raídas túnicas negras por tres lujosos vestidos teñidos de púrpura. Los guerreros dejaron de cantar al verlas y se apartaron, abriéndoles paso hasta su hijo adoptivo. Cuando estuvieron frente a él, las tres empezaron a hablar con una sola voz.

»—El destino se ha cumplido —dijeron— El destino se cumplirá... El Ojo vio la derrota de Dahel, y Dahel ha sido derrotada. El Ojo ha visto el triunfo de Anilasaarathi en diez batallas futuras, y lo que ha visto el Ojo se cumplirá, porque así está escrito.

»Pero Deimos avanzó un paso, miró a las Tres Hermanas con una inmensa tristeza en los ojos y negó tres veces con la cabeza.

»—No, Hermanas —dijo—. El destino no se cumplirá. Esas diez batallas que el Ojo ha visto nunca se librarán, y la sangre de miles de hombres seguirá su curso en el interior de sus arterias, sin derramarse inútilmente. El destino es muy poderoso, pero ningún poder puede obligar a un hombre a renunciar a su libertad para cumplir lo que está escrito.

»Las hermanas lanzaron al unísono un aullido desgarrador que vino a quebrar el profundo silencio de todos los guerreros. Estos se fueron dispersando poco a poco, y en los rostros de todos había una expresión de alivio y un esbozo de sonrisa.

Lo primero que hizo Anilasaarathi después de la batalla fue caminar en peregrinación hasta el Árbol Sagrado de Yama. Cuando regresó de aquella peregrinación, anunció que había atravesado nuevamente la Puerta de Caronte y había devuelto la espada Anagá al Círculo de Piedra. De ese modo, renunció voluntariamente a su superioridad sobre los demás mortales. Una vez hecho esto, ordenó reconstruir la fortaleza alada de Arete justo encima del Árbol Sagrado, como una ciudad celeste de oro y cristal destinada a recordarle al mundo la belleza de la Paz. A pesar de la oposición de las Hermanas de la Profecía, firmó un generoso armisticio con el nuevo rey de Dahel y no volvió a tocar un arma en toda su vida, excepto la espada rota de su padre que siempre le acompañaba en las ocasiones ceremoniales. Vivió en Arete, la Ciudad Celeste, hasta el día de su muerte, aunque viajaba a menudo por toda la Tierra, dedicando todos sus esfuerzos a sanar sus heridas. Alcanzó tal prestigio moral, que, siguiendo su ejemplo, miles de hombres y mujeres abrazaron el areteísmo, incluido el rey de Dahel, que más tarde se convertiría en el primer «Maestro de Perfectos». Cuando murió, Anilasaarathi fue





enterrado en la Ruina del Dragón, donde había perdido a tantos de sus compañeros. En el lugar elegido para excavar su tumba, se hallaron los restos perfectamente conservados de un antiguo texto que los áreteos llevaban siglos buscando y del que, hasta entonces, solo se conocían algunos fragmentos: el *Libro de Uriel*. La aparición del *Libro de Uriel* supuso el inicio de un nuevo Renacimiento de las ciencias y las artes, y puso fin a la llamada «Edad Oscura».

Todos se quedaron callados unos instantes, subyugados por la magia del relato.

—Es una historia preciosa —dijo Selene, rompiendo el silencio—. Parece antigua...

—Para nosotros, «es» antigua —rio Deimos.

—Pero se diferencia de las historias antiguas en una cosa muy importante —dijo Martín pensativo—. En esas leyendas, el héroe siempre se somete al destino. En esta, no lo hace... Triunfa rebelándose contra el destino y conquistando la libertad. Y eso me gusta mucho.

Deimos le miró con sorpresa.

—Es justo eso, Martín —dijo—. Has dado en el clavo. Mi padre siempre dice que la leyenda del Auriga narra, en realidad, un cambio de rumbo en la historia del areteísmo. Durante la Edad Oscura, este movimiento espiritual estuvo a punto de convertirse en una religión tradicional, una religión que preconizaba la sumisión del hombre a su destino y que defendía la guerra santa para extender su mensaje. Pero Anilasaarathi, o quienquiera que fuese el personaje histórico en el que se basa la leyenda, le dio la vuelta a eso. Convirtió Areté en un culto a la Libertad, cambiando la historia espiritual de la Humanidad para siempre.

—¿Y no se sabe nada del Anilasaarathi histórico? —preguntó Jacob.

—Prácticamente nada. Según mi madre, que como sabéis es ictia, en realidad la leyenda del Auriga es una mezcla de varias tradiciones pertenecientes a diferentes épocas: la fundación de la Ciudad Celeste de Arete, la conversión de Dahel, la caída de Nara, el origen simbólico de las espadas fantasma... Todos esos mitos se habrían fundido en una única leyenda a finales de la Segunda Era Tecnológica, probablemente con la intención de justificar la presencia de los perfectos en la ciudad de Arete y su ascendiente espiritual sobre todos los áreteos, basado en la relación del segundo Rey de Dahel, primer Maestro de Perfectos, con el propio Anilasaarathi, que le habría transmitido directamente sus enseñanzas.

—O sea, que te llamas Deimos como te podrías llamar Anilasaarathi —concluyó Casandra—. Por la leyenda.

—Así es, aunque en realidad nadie pone de nombre Anilasaarathi a sus hijos. Se consideraría irrespetuoso. En cambio Deimos es un nombre muy extendido entre los perfectos, como os decía antes.

—Y no tiene nada que ver con este lugar... ¡qué chasco! —dijo Martín.



Deimos se volvió hacia él, pensativo.

—Bueno, tal vez sí tenga algo que ver, después de todo —dijo—. Veréis, según los ictios, uno de los aspectos más desconcertantes de la leyenda del Auriga del Viento es la gran cantidad de referencias al planeta Marte que se entremezclan en ella. No solo el sobrenombre guerrero del héroe, que coincide con el nombre de uno de los satélites marcianos... También las referencias a una estrella azulada, que sería la Tierra vista desde Marte, o a los tres eclipses sucesivos y breves como un parpadeo... Por lo visto, en algunas zonas del ecuador marciano se producen breves eclipses solares a diario. Y aún hay más cosas... Olympus, la oscura nave del Rey sin Nombre, podría ser una referencia al monte Olimpo de Marte. Y Bahram, según dice mi madre, es el nombre del planeta Marte en persa...

—Sí que es raro —murmuró Casandra—. Parecen demasiadas casualidades... ¿Pero qué relación puede tener Marte con todas esas guerras de Nara, en la Tierra?

—Quizá ninguna. Pero algunos ictios piensan que sí que existe una relación, al menos indirecta. Según ellos, el movimiento areteico nació en Marte, y fue el abandono de las colonias marcianas y el regreso de los colonos al planeta madre lo que propició la difusión del areteísmo en la Tierra.

—¿Las colonias marcianas van a ser abandonadas? —preguntó Jacob, sorprendido—. Pero ¿por qué? Esto no es como la Luna... La terraformación ha progresado mucho, se puede respirar en la superficie con una simple mascarilla, hay cultivos, incluso bosques... y cientos de asentamientos humanos. ¿Por qué renunciar a todo eso?

—No lo sabemos, pero el hecho es que, en nuestra época, Marte ya no está habitado —explicó Deimos—. Puede que hubiera alguna guerra, o quizá la caída de los dos satélites marcianos sobre el planeta provocase una gran catástrofe y dificultase mucho la vida en las colonias... En cualquier caso, los áreteos habrían conservado algunos recuerdos de su origen marciano en sus mitos y leyendas, mezclados con otros muchos elementos de procedencia heterogénea.

—Quizá eso explique por qué la «llave del tiempo» nos ha hecho venir aquí, arriesgando nuestras vidas —murmuró Jacob sombríamente.

Deimos esbozó un gesto de asentimiento.

—Sí —coincidió—. Quizás...

Al otro lado de la ventana, Marte había girado imperceptiblemente, y ahora la gran herida del Valle Marineris ocupaba exactamente el centro de la parte visible del planeta. A su izquierda, los tres conos nevados de los grandes volcanes aparecían envueltos en jirones de nubes. Y, más allá, el Olimpo, aún más alto y blanco que los otros...

—Esa pequeña mancha verdosa, por encima del Valle Marineris, debe de ser Arendel —dijo Martín. Ocupa toda la cuenca de Hebes...



—¿Tan grande es, que puede verse desde aquí? —preguntó Alejandra.

—Oh, sí, es enorme. Tiene más de trescientos kilómetros de largo, y más de cien de ancho en algunos puntos. Y está enteramente cubierta de una cúpula transparente semirrígida... Es increíble lo que puede hacerse con esos nuevos cristales plásticos patentados por Prometeo.

—Y, desde aquí, ¿puede distinguirse el territorio de Andrómeda de la parte salvaje del planeta?

—Bueno, más o menos —dijo Martín, recordando las fotografías que había consultado en los cristales holográficos del Ophir—. Todo ese territorio que tiene más manchas oscuras se supone que es Andrómeda. Está cubierto en muchas zonas de bosquecillos de arbustos genéticamente modificados, y también de campos del cultivo... Todo lo que se ve al este y al sur de Marineris, más rojizo, se supone que es territorio salvaje. La frontera iría por el Valle Shabatana, esa especie de grieta vertical que nace al norte de Marineris.

—Y nosotros vamos a aterrizar fuera de Andrómeda, ¿no? —preguntó Casandra.

Esta vez, fue Deimos quien respondió.

—Eso ha dicho Jade. Fuera de Andrómeda, en las tierras prohibidas del este. Luego, tendremos que tomar un todo-terreno hasta el puerto de Biblis... Jade piensa que es el punto más seguro para cruzar la frontera.

En aquel momento, la rudimentaria cocina automática del área de descanso abrió una de sus portezuelas de cristal, exhibiendo varios envoltorios de papel de aluminio. Fijándose con sus botas a los veleros del suelo, los chicos se acercaron a la cocina para distribuir los envoltorios. Estaban muy calientes... Martín desenroscó el tapón del suyo y se lo llevó rápidamente a la boca, para evitar que la comida saliese flotando. Era una especie de guiso de patatas con verduras, pero sabía muy raro, como a una mezcla de tierra y sal.

—Patatas marcianas —masculló Selene entre bocado y bocado, no lo suficientemente deprisa para evitar que un par de guisantes escapasen flotando se su boca—. Saben asquerosas...

—Nos acostumbraremos —replicó Deimos filosóficamente—. Uno se acostumbra a todo.

Todos se echaron a reír. Deimos hablaba por experiencia, evidentemente... ¿A qué sabrían las patatas del futuro? Probablemente, muy distintas de las actuales... Pero él se había adaptado a las diferencias y nunca hacía ningún comentario acerca del sabor de la comida.

Mientras se las ingeniaban para apurar hasta los últimos restos del guiso de sus respectivos paquetes, la conversación derivó hacia temas intrascendentes, como los resultados del último torneo de Arena celebrado en la Ciudad Roja de Ki. Las finales habían sido retransmitidas en todo el planeta, y ellos habían tenido ocasión de



seguirlas durante sus últimos días de estancia en Kukulkán, justo antes del viaje. El ganador, un jugador nuevo, se llamaba Havai, y había dejado a todo el mundo asombrado con la agresividad de sus tácticas y su increíble resistencia física. Jacob opinaba que su triunfo había sido fruto de la casualidad y que había jugadores mucho mejores que él en el circuito, pero Selene sostenía que era el mejor jugador que había visto en mucho tiempo, y estaba segura de que su éxito no sería flor de un día. Según se rumoreaba, Havai había sido entrenado desde niño en una estación espacial sometida a una gravedad artificial equivalente al doble de la terrestre para fortalecer sus músculos. A Martín y Alejandra, aquello les parecía un crimen imperdonable.

—¿Cómo pudieron las autoridades federales permitir que se le hiciera eso a un niño? Es indignante —comentó Alejandra.

—Las autoridades federales no se meten en esas cosas —repuso Selene—. Estando de acuerdo los padres, y con una gran corporación detrás, dispuesta a financiar los gastos, el Departamento Federal de Defensa del Menor no tenía nada que hacer.

—Dicen que su entrenador fue Elam —apuntó Jacob—. Y ya sabéis como le llaman los hinchas: Elam el Loco...

—¡Pobre crío! Su vida ha debido de ser un infierno —murmuró Casandra.

Deimos seguía la conversación sin mucho interés, ya que, para él, los Juegos de Arena eran algo relativamente desconocido. Sin embargo, el nombre de Elam le recordó algo.

—¿Elam? Ese fue el tipo que entrenó a Jade —dijo—. Sí, creo que era ese mismo nombre... Cada vez que ella lo oye, escupe. Así que mejor no lo mencionéis en su presencia.

Continuaron hablando de los juegos y de otras cosas hasta que un robot doméstico entró para tender las hamacas donde debían pasar la noche. Mientras lo hacía, Martín miró otra vez por la ventana. Sobre sus cabezas, la región visible de Marte había quedado sumida en la oscuridad de la noche. En aquella negrura, era mucho más fácil distinguir el territorio colonizado de Andrómeda del resto del planeta. Miles de puntos luminosos salpicaban la oscuridad señalando los lugares habitados, y toda la frontera aparecía claramente delimitada por sus llamativas luces de señalización. Gracias a los atlas que había consultado en la biblioteca del Ophir, Martín fue reconociendo las brillantes manchas que correspondían a las principales ciudades marcianas: la imponente Arendel, con su forma de punta de lanza, era, sin duda, la mayor de todas; pero había otras muchas: la fina línea iluminada de Ares, la ciudad de la corporación Silva, situada en la pared occidental del cañón de Echus; el rectángulo azulado de Dal, la ciudad de Prometeo, en pleno Valle Marineris; Fuosing, la pirámide científica de la corporación Ki, que ocupaba el centro del cráter Feskov; la difusa iluminación verdeazulada de Pramana, la cúpula-ciudad de Atmán, en la cuenca de Ganges... Y, más al este, en medio de un vasto desierto de



oscuridad, un puñado de luces multicolores que señalaban la localización de la legendaria Al-Qahira, la ciudad marciana de Nur. ¿Y la Doble Hélice? Aquella ciudad-torre, que albergaba la sede de las Naciones Unidas en Marte y el cuartel general de la Sociedad Tharsis —el consorcio formado inicialmente por Uriel y Prometeo que había emprendido la colonización marciana—, se encontraba, según recordaba Martín, sobre el escarpe meridional del monte Olimpo; sin embargo, de sus siete mil metros de altura, seis mil estaban excavados en la pared vertical del escarpe, y solo los mil metros superiores resultaban visibles desde la superficie. Martín distinguió un haz de luz giratoria a los pies del mítico volcán que, según sus cálculos, podía provenir de la Doble Hélice. Claro que, a aquella distancia, no podía estar seguro...

Pero más al norte, justo en el lugar donde, de día, habían visto la caldera nevada del Olimpo, sí había luces. Luces que se extendían por toda su ladera occidental, débiles y parpadeantes, pero muy numerosas. ¿Qué podía significar aquello? En los mapas consultados por Martín no había ninguna ciudad sobre el monte Olimpo. Y eran mapas muy recientes, lo había comprobado... Además, se suponía que todas las zonas del planeta situadas a una altura superior a los doce mil metros eran reservas naturales. A aquellas altitudes, la enrarecida atmósfera contenía muy poco oxígeno, haciendo necesario el uso de botellas de aire y de incómodos trajes presurizados.

Construir asentamientos exteriores en aquellas condiciones era absurdo... ¿Qué significaban, entonces, todas aquellas luces? Tendría que preguntárselo a Jade o a Detroit en cuanto pudiera.

—Es bonito, ¿a que sí? —dijo Alejandra en voz muy baja, interrumpiendo el hilo de sus pensamientos—. Todas esas luces... No sé, dan sensación de hogar.

Los demás ya estaban en sus hamacas, durmiendo o intentando hacerlo. Por eso, Martín contestó casi en un susurro.

—Sí, así de noche, Marte no parece tan diferente de la Tierra —coincidió—. Pero mañana, cuando estemos allí... Bueno, no creo que nos dé sensación de hogar, precisamente.

—Tendremos que atravesar cientos de kilómetros de territorio salvaje, según dice Deimos. Iremos en un todoterreno mimético, pero, aún así, será peligroso...

—¡Todo lo que hacemos es peligroso últimamente! —repuso Martín, sofocando una irónica carcajada.

Pero Alejandra ni siquiera sonrió. Parecía preocupada.

—Todavía será peor cuando lleguemos al puerto de Biblis —murmuró—. Por lo visto, hay controles genéticos por todas partes. No sé cómo nos las arreglaremos para pasarlos sin que Dédalo nos descubra.

—¿No sería más fácil atravesar la frontera de Andrómeda por un punto menos vigilado? —preguntó Martín.



—Hay detectores de infrarrojos móviles a lo largo de toda la frontera; o al menos, eso es lo que Jade le ha dicho a Deimos. Podríamos burlarlos, claro, pero no sería fácil. Y no nos basta con pasar... Una vez en Andrómeda, aún estaremos a más de mil quinientos kilómetros de Arendel. Es mucha distancia para cubrirla de forma clandestina... Jade prefiere que vayamos por la vía legal. Tenemos documentos falsos, y ella es una experta con el maquillaje genético: nos ayudará a pasar los controles de Biblis. Y luego, en cuanto los pasemos, ya podremos ponernos en contacto con Diana Scholem. Ella nos dirá cómo llegar hasta Arendel.

Las luces interiores del área de descanso se habían apagado hacía rato, dejando como única iluminación un par de prismas flotantes llenos de gas fosforescente. Alejandra tomó entre las suyas la mano de Martín y acercó su rostro al del muchacho para distinguir mejor sus facciones.

—Llevamos mucho tiempo sin estar solos —dijo—. La falta de intimidad del Ophir, a veces, me sacaba de quicio. ¿A ti no?

—Sí —suspiró Martín—. Y aquí en Marte no creo que sea muy distinto...

—Jacob y las chicas me caen muy bien; pero, a veces, me gustaría que desaparecieran un rato...

Martín la miró sorprendido.

—¿Y Deimos? ¿No te cae bien? —preguntó.

—Claro que sí —dijo Alejandra tras un momento de indecisión—. Solo que... ¡es tan raro! Toda esa historia que nos ha contado del Auriga del Viento... ¿A ti qué te ha parecido?

—Es una leyenda bonita —dijo Martín—. El héroe que tiene que elegir entre la libertad y la gloria y elige la libertad... Está muy bien.

—Pero para él no es solo una leyenda, Martín. Es algo más, ¿no te has fijado? Es parte de la Historia... Él cree que algunas de las cosas que se cuentan en la leyenda ocurrieron de verdad. Y todo eso que dice de la Edad Oscura... Suena horrible.

—Sí; sobre todo si piensas que es algo que va a ocurrir en el futuro. ¿Cuándo será? Él siempre se niega a precisar. ¿Lo vivirán nuestros hijos, o *nuestros nietos*?

Martín notó que la mano de Alejandra se ponía rígida.

—Nosotros no tendremos *hijos*, Martín —dijo quedamente—. No envejeceremos juntos. Tú te irás a tu época, y *yo*... Yo tendré que quedarme.

Martín sintió un ardor húmedo en los ojos.

—Sí —murmuró despacio—. Una historia de amor que no puede terminar bien.

Se abrazaron sin besarse, apretándose el uno contra el otro, como intentando protegerse mutuamente del miedo que sentían.

—No deberíamos ponernos trágicos —dijo Alejandra—. Después de todo, muchas





historias de amor terminan mal, solo que la gente no lo sabe. La única diferencia es que nosotros sí *lo* sabemos. Y eso, en cierto modo, es una suerte, ¿no? Nos hace ser menos idiotas; pelearnos menos, disfrutar más *del* tiempo que pasamos juntos...

—Sí, ¡no como Selene y ese cabezota de Jacob! —rio Martín.

Un gruñido procedente de una de las hamacas les hizo callarse durante un momento.

—Nos ha oído —susurró Martín aún más bajo que *antes*.

—Mejor —contestó Alejandra en el mismo tono—. A ver si así espabila...

Antes de separarse, echaron una última ojeada a Marte a través de la ventana.

—Mañana lo pisaremos —dijo Alejandra—. *Marte, sé que algún día mis pasos se hundirán en tus arenas rojas besadas por la nieve. ¿No hay un poema que empieza así? ¿Y cómo seguía?*

—*Y todo tu pasado de polvo inhabitado se pegará a mis botas. Se mezclará al dolor del fugitivo...* —recitó Martín—. Qué alegre, ¿no?

En la penumbra fosforescente, Martín vio dibujarse una amarga sonrisa en el rostro de Alejandra mientras respondía en voz apenas audible:

—Sí.



## Capítulo 10. Biblis

A pesar de los cinco paracaídas que había desplegado, el módulo de descenso sufrió una brusca sacudida al chocar contra el suelo de Marte. Luego, solo oyeron el ruido del viento enredándose en las lonas de los paracaídas y arrojando arena sobre la carcasa metálica del aparato. Los motores de frenado se habían extinguido mucho antes de alcanzar la superficie marciana.

—Poneos las mascarillas y esperad fuera a que escondamos todo esto en el hangar de reciclaje —dijo Jade—. Nos llevará un buen rato... Así podréis curiosear un poco por ahí fuera.

—Aseguraos de activar el aspirador de los filtros cada veinte minutos —les recomendó Detroit—. Si no, la mascarilla podría obturarse y os asfixiaríais.

Martín descendió por la escalerilla de titanio con una sensación de vértigo en la boca del estómago. La gravedad marciana era la misma a la que se habían habituado en el Ophir, y resultaba reconfortante volver a ella después de las horas pasadas en el ambiente casi ingrátido de Deimos.

Lo primero que sintió al pisar el suelo fue el azote del frío sobre su rostro. Llevaba un mono de superficie fabricado en un tejido aislante que le cubría desde las muñecas hasta el cuello y los tobillos, y unas botas calefactoras con la suela más gruesa que había visto jamás. La capucha del mono se ajustaba a su cabeza como un guante... Pero una pequeña fracción de su rostro, alrededor de los ojos, permanecía expuesta al gélido viento exterior, en el que danzaban lentamente algunos minúsculos copos de nieve.

—¡Las gafas! —le dijo Alejandra—. ¿Por qué no te las pones?

Martín sacó de uno de sus bolsillos las gafas protectoras, pero aún tardó unos instantes en ponérselas. Quería empaparse bien de aquel paisaje tal y como lo estaba viendo, sin filtros solares de ningún tipo.

Habían aterrizado en el cráter Zulanka, en una región conocida como Xanthe Terra. A su alrededor, el borde del cráter destacaba como una desgastada cornisa de roca rojiza. Sobre ella solo se veía el cielo: un cielo de color violeta azulado, debido a la presencia de nubes de hielo en la atmósfera, según había leído en la biblioteca del Ophir. Al oeste, el sol, artificialmente agrandado por la lupa sincrónica que giraba junto con el planeta, concentrando sus radiaciones para aumentar su poder calorífico, brillaba casi con la misma intensidad que en la Tierra. Pero todo era extraño: el color herrumbroso del suelo que pisaban, el rumor del viento, el olor acre del aire aspirado a través de la mascarilla. Y, sobre todo, aquella nieve que bailaba interminablemente en torno a ellos sin posarse nunca... Y aquellas matas de musgo en el escarpe sur del



cráter, de un intenso verde rojizo.

—Estamos fuera de Andrómeda —dijo, poniéndose torpemente las gafas con sus manos enguantadas—. No creí que fuéramos a encontrar plantas tan pronto...

—Están por todas partes —repuso Alejandra—. Sin ellas, la terraformación no habría sido tan rápida, y ahora mismo no estaríamos aquí, hablando tranquilamente en la atmósfera marciana sin cascos herméticos ni botellas de oxígeno.

—Sí, lo leí en el Ophir —dijo Martín—. Pero creía... No sé, que estarían concentradas en sitios bien elegidos, para absorber mayor radiación solar y todo eso.

—Ese era el plan inicialmente, pero no es tan fácil controlar el crecimiento de las plantas una vez que las dejas crecer en libertad. Las esporas y las semillas se dispersan por todas partes... Tenía que pasar antes o después.

—¿Y todas esas supuestas microbacterias marcianas que había que proteger? —preguntó Deimos, interviniendo en la conversación.

Alejandra se encogió de hombros.

—Supongo que seguirán ahí, en el subsuelo —dijo—. Y, si desaparecen, hay cepas en cautividad, para preservarlas...

—Sí, ¿y quién las tiene? ¡Dédalo, por supuesto! —observó Jacob con sarcasmo—. Más de quinientas especies distintas... ¡Y todavía no se ha publicado el genoma de ninguna! ¿No os parece un poco raro?

—Su código genético es distinto del terrestre —contestó Martín—. Todavía no se conoce bien...

—¡Eso dice Dédalo! Pero estoy seguro de que ya lo tienen desde hace años. Se están reservando la información, como siempre. Y, mientras tanto, aquí han debido de desaparecer miles de especies desde que empezó la terraformación.

—¡Qué manera tan absurda de hacer las cosas! —murmuró Deimos con expresión de disgusto—. Toda esa biodiversidad perdida... ¡Ya nadie parece importarle!

—Las arqueobacterias terrestres están ya por todas partes, compitiendo con las de aquí —continuó Jacob—. Miles de ecosistemas desaparecerán antes de que lleguemos a conocer siquiera su existencia... Tienes razón, Deimos, es completamente absurdo.

—Pero mirad esos musgos —dijo Selene—. ¿No os emociona verlos crecer en un sitio como este? ¡Musgos marcianos! Perfectamente adaptados a las radiaciones, a la escasez de agua, al frío... ¡Parece que siempre hubiesen estado ahí!

—Sí, un milagro de la ingeniería genética —contestó Deimos sombríamente—. Pero ¿a qué precio? ¿Cuántos organismos microscópicos marcianos habrán desaparecido por su culpa? Nunca lo sabremos.

Exploraron en silencio los alrededores mientras Detroit y Orlando arrastraban el módulo de descenso hasta una cueva artificial bajo un saliente rocoso y Jade recogía



con ayuda de un robot los enormes paracaídas. Poco a poco, fueron acostumbrándose al frío y dejaron de percibir el extraño olor del aire que aspiraban. El proceso de limpieza de las mascarillas pronto se convirtió en una rutina para ellos.

Lo que más maravillaba a Martín era aquel cielo en constante cambio. El violeta azulado adquiría tintes anaranjados al este, y justo sobre sus cabezas, el viento acumuló en pocos minutos una masa de nubes terrosas que, con la misma rapidez, se desplazó hacia el norte un instante más tarde. Al oeste, la silueta irregular del satélite Fobos destacaba como una mancha grisácea sobre el amoratado azul de la atmósfera, deslizándose tan deprisa hacia oriente que casi se podía seguir con la vista su movimiento.

El ruido de un motor le hizo volver la cabeza hacia el lugar donde Jade y los suyos habían escondido el módulo. Vio entonces un extraño vehículo que salía deslizándose de entre las rocas y que rodaba a su encuentro. Se detuvo a pocos metros de ellos, frenando en seco.

—Arriba —dijo Detroit, asomándose por la ventanilla—. Nos espera un viaje muy largo.

Visto de cerca, el todoterreno parecía hecho de un plástico transparente relleno de diminutas burbujas de diversos colores dispuestas en varias capas.

—Es un vehículo mimético —explicó Detroit cuando ocuparon sus asientos—. Su carrocería lleva sensores que captan el color y las sombras del entorno y envían señales a las burbujas de color del plástico para que se distribuyan por la superficie o se oculten en las capas inferiores del material. Así, en menos de medio minuto, adquiere la tonalidad del entorno. Es el mismo principio que utilizan los camaleones para cambiar de color. Un invento de Kokoro...

—Sí, el año pasado se utilizaron materiales similares en los Juegos de Arena de Ki —dijo Selene—. Lo leí en alguna parte...

La dura mirada que le lanzó Jade le hizo callarse. Por lo visto, la joven se tomaba cualquier alusión a los Juegos de Arena en su presencia como algo personal.

El todoterreno empezó a rodar sobre el pedregoso terreno del cráter en dirección este. A través de las ventanillas no era mucho lo que se veía, pues estas se disimulaban con una especie de tejadillos miméticos para evitar que sus destellos pudieran ser detectados desde el aire.

—¿Cómo atravesaremos el borde del cráter? —preguntó Jacob—. Parece muy escarpado...

—Este trasto es un escalador nato —dijo Detroit con orgullo, palmeando cariñosamente el cambio de marchas manual del vehículo—. Puede sortear obstáculos mucho más difíciles que ese... Ya lo veréis.

Tal y como había pronosticado Detroit, treparon por el escarpe del cráter sin grandes dificultades, aunque con una buena dosis de vaivenes y traqueteos. Fuera



del cráter, se encontraron en un vasto territorio llano y amarillento salpicado aquí y allá de campos de líquenes verdes y anaranjados. El horizonte, de pronto, parecía estar mucho más cerca. Al norte, una fina capa de escarcha cubría la parte más alejada de la llanura.

—Xanthe Terra —murmuró Jade—. Me gusta este sitio...

Se notaba que viajar por aquel silencioso paisaje extraterrestre había mejorado notablemente su humor. Incluso señalaba de vez en cuando alguna formación rocosa llamativa a través de la ventanilla y explicaba sonriendo lo que era. Detroit también parecía contento... El hecho de estar atravesando un territorio prohibido le impedía poner su música a todo volumen, para evitar que alguien pudiera detectarlos; pero no por eso dejaba de canturrear viejas canciones de su tribu mientras conducía y daba rítmicas palmaditas al volante.

Orlando, en cambio, no parecía disfrutar particularmente con aquello. Su rostro había perdido su habitual impasibilidad para exhibir una decidida mueca de desagrado. Estaba claro que Marte no le gustaba. Jade y Detroit le hacían continuas bromas sobre ello, y parecían disfrutar enormemente con las desoladas miradas que les dirigía alternativamente a ellos y al paisaje.

Después de cuatro horas de marcha ininterrumpida, hicieron una parada para descansar al abrigo de un pequeño acantilado salpicado de arbustos.

—Jara marciana —explicó Jade, acariciando con su mano enguantada las coriáceas hojas de una de aquellas plantas—. En primavera se llenan de flores blancas... Pero aún es demasiado pronto. Tardarán un par de meses en florecer.

Sentados sobre las almohadillas hinchables que Orlando sacó del compartimento trasero del vehículo, engulleron a toda prisa las raciones de trigo con verduras que les correspondían. De nuevo el sabor ligeramente terroso de la comida sorprendió a Martín. Pero tenía hambre y terminó el contenido de su bandeja en seguida.

—Un picnic en Xanthe Terra —dijo Selene sonriendo—. ¡Quién nos lo iba a decir hace unos meses!

Todos asintieron alegres, excepto Casandra, que contemplaba ceñuda el paisaje. No había despegado los labios en todo el camino. Resultaba evidente que la presencia constante de Jade junto a Deimos la irritaba más de lo que estaba dispuesta a confesar. Deimos, que lo había notado, le lanzaba de cuando en cuando una suplicante mirada silenciosa. Temía que Jade, advirtiendo los celos de Casandra, decidiese divertirse durante el resto del viaje provocándola. Ya el mono de viaje que se había puesto, de color fuego y tan ceñido como un traje de nadadora, tenía, en sí mismo, algo de provocativo... Pero fue justo después de la comida cuando quedó demostrado que los temores de Deimos estaban bien fundados. De repente, sin que hubiese ninguna razón para ello, Jade se soltó el pelo, que habitualmente llevaba recogido en un moño, dejando caer sobre sus hombros una brillante cascada de negros y sedosos cabellos. Luego, arrojándole el envoltorio de su ración de comida a



Orlando, que lo cogió al vuelo, se puso en pie y caminó directamente hacia Deimos, ignorando a los demás.

—Ven conmigo —ordenó—. Quiero enseñarte algo que te va a gustar.

Deimos vaciló por un instante.

—¿No podemos ir todos? —preguntó.

Jade se mordió el labio inferior con seductora deliberación, y un destello de ironía iluminó por un momento sus ojos.

—Te lo he dicho a ti —repuso secamente—. No me desobedezcas.

Sintiendo que una negativa, en aquellas circunstancias, podía poner en peligro al grupo, Deimos la siguió dócilmente. Ambos caminaron muy juntos hasta desaparecer en una hondonada del terreno.

—¿Le habéis visto? —estalló Casandra—. ¡Va detrás de ella como un perro! No puedo creerlo...

—No seas tonta, Casandra —susurró Selene, indicándole con un gesto que no hablase tan alto—. Lo hace para protegernos.

—¿Por qué le tenéis todos tanto miedo? —gritó enfurecida Casandra, ignorando la invitación de Selene a suavizar el tono de su voz—. ¡No es más que una estúpida presuntuosa! Fue jugadora de Arena, ¿y qué? Si queremos, podemos vencerla... ¡Tenemos poderes que ella ni siquiera sospecha!

—Si sigues hablando en ese tono, no tardará en enterarse —le reconvino Jacob en tono agrio—. ¿Es que te has vuelto loca? Esa mujer puede ser lo que sea, pero nos ha traído hasta aquí, que no era fácil... Ha cumplido su parte del trato, y a Martín y a mí nos perdonó el no haber cumplido la nuestra.

—¿Qué pasa, tú también te has enamorado de ella? —vociferó Casandra—. Los tíos sois idiotas. Veis a una payasa con aires de vampiresa y perdéis el sentido de la realidad...

—La que está perdiendo el sentido de la realidad eres tú —murmuró Alejandra con calma—. A Deimos no le interesa Jade, te lo ha dicho él mismo... ¿Por qué te preocupas tanto?

Los ojos de Casandra se llenaron de lágrimas.

—¿Es que no lo veis? ¡Está intentando seducirle! Y él encantado... Pues yo no puedo más. Voy a ver qué hacen.

Antes de que los demás tuviesen tiempo de impedírselo, Casandra se alejó corriendo hacia la hondonada en la que habían desaparecido los dos jóvenes poco antes. La gravedad de Marte hacía que cada una de sus zancadas se convirtiese en un largo y torpe salto. Habría resultado cómico, de no ser por la tensa conversación que había precedido a aquella ridícula carrera.





Después de un momento de indecisión, Martín y Alejandra salieron corriendo detrás de ella. La alcanzaron al borde de la hondonada, justo a tiempo de ver cómo Deimos se apartaba precipitadamente de Jade.

—¡Os he visto! —gritó Casandra, cuya mascarilla se había desajustado durante la carrera—. La estabas abrazando... ¡no te atrevas a negarlo!

—¡La mascarilla! —exclamó Deimos, corriendo alarmado a su encuentro.

Ascendió sin dificultad la pendiente arenosa de la hondonada y, precipitándose sobre ella, le colocó la mascarilla en su lugar.

—¡Podías haberte ahogado! —gritó\* furioso—. ¿En qué estabas pensando?

—¿En qué estabas pensando tú cuando la abrazabas? —contestó Casandra entre sollozos—. ¿En lo estúpida que soy y en lo fácil que resulta engañarme?

—Deimos no me ha abrazado —dijo Jade desde la parte inferior de la pendiente—. He sido yo quien le ha abrazado a él.

Casandra se apartó de Deimos y se encaró con Jade, desafiante. Las dos jóvenes se miraron fijamente durante unos segundos mientras los demás asistían petrificados a la escena.

—Mejor dicho, he intentado abrazarle —añadió Jade con voz serena después de aquella interminable pausa—. Pero él no me ha dejado.

Sus ojos llameantes de despecho se volvieron hacia Deimos, que la miraba agradecido.

—Así que es por ella —dijo en el mismo tono tranquilo—. Bueno, al menos hay una razón... Me alegro de saberlo.

Se giró una vez más hacia Casandra y la contempló largamente, como si estuviese evaluando a una adversaria en el estadio.

—Es una cría —dijo ácidamente—. No sé qué has podido ver en ella... Tiene una cara bonita, pero, sinceramente, no resiste la comparación conmigo.

—Las comparaciones, cuando se trata de amor, son absurdas —repuso Deimos sin rehuir su mirada.

Jade sonrió de un modo extraño bajo la mascarilla transparente.

—¿Sí? La verdad es que no sé mucho sobre el amor. He estado demasiado ocupada para pensar en eso.

De pronto, fue como si la máscara de mujer fatal que habitualmente utilizaba se hiciese pedazos, dejando al descubierto su auténtico rostro, vulnerable y desamparado. Incluso Casandra sintió cierta lástima por ella.

—Yo... He sido una idiota —murmuró—. Lo siento.

Las facciones de Jade se endurecieron de nuevo, borrando de sus rasgos aquella



pasajera expresión de vulnerabilidad.

—¿Me estás compadeciendo? —preguntó fríamente, arqueando las cejas—. No me subestimes, niña. Todavía no me has vencido... Esto no ha hecho más que empezar.

A sus espaldas, oyeron la voz de Detroit, quebrada y ronca.

—Estamos perdiendo mucho tiempo —dijo, caminando a grandes zancadas en dirección a Jade—. Es hora de volver al rover... No deberías haberte puesto ese mono para el viaje —añadió, de un modo un tanto incongruente—. Tienes frío, ¿a que sí?

—Un poco —admitió Jade en el tono confiado de una niña que habla con su padre—. Se supone que está hecho de un nuevo tejido aislante, pero, a pesar de todo...

—Vamos, ponte esto —le ordenó Detroit tendiéndole un grueso anorak hinchable.

Jade obedeció dócilmente. Luego, sin mirar a Deimos ni a los demás, siguió a Detroit y se metió con él en el vehículo. Orlando les hizo un gesto para que ellos también subieran.

—¿Tú entiendes algo? —le susurró Martín a Alejandra mientras caminaban hacia el rover.

—Sí —contestó ella en el mismo tono—. Deimos quiere a Casandra, Jade quiere a Deimos y Detroit quiere a Jade. Aunque Jade, en el fondo, también quiere a Detroit... Pero se niega a admitirlo, y por eso juega a provocarle y a ponerle celoso.

Martín la contempló con admiración.

—¿Cómo sabes todo eso? —preguntó.

—No sé... Para mí es evidente. ¡A ver si va a resultar que yo también tengo poderes!

Los dos rieron.

Entraron en el coche detrás de Selene y Jacob. Los demás ya estaban instalados en sus respectivos asientos. Sin mirar ni una sola vez a los pasajeros, Detroit arrancó el motor de hidrógeno y empezaron a rodar sobre la superficie pedregosa e irregular de la llanura. La pelea entre Jade y Casandra había enrarecido el ambiente, y el gesto hosco de Detroit no contribuía demasiado a tranquilizar los ánimos. Nadie se atrevía a romper el silencio que se había instalado dentro del vehículo. Después de un rato, Detroit conectó el equipo de música ambiental y todos pudieron escuchar las viejas y melancólicas canciones de *Nick Cave and The Bad Seeds*, un grupo musical del siglo XX.

—Los microsátélites espías podrían captar la música —observó tímidamente Jade.

—Me da igual —contestó Detroit con la vista fija en la amarilla banda de terreno que se veía a través del estrecho parabrisas—. Solo con el ruido del motor, ya podrían detectarnos...



—Pues activa el silenciador de contrafrecuencias —sugirió Orlando—. Es una tontería viajar sin él.

—Hay cientos, miles de vehículos clandestinos ahí fuera, explorando los territorios ilegales, en el exterior de Andrómeda. ¿No habéis visto las rodadas, hace diez minutos? Y otras antes... Así que no me vengáis con tonterías. Si hay alguien vigilando, seguramente tendrá gente más importante que nosotros a quienes seguir la pista.

Martín pensó que Jade se iba a poner furiosa por aquella respuesta, pero la joven no dijo ni una palabra. En aquel momento, daba la impresión de que era Detroit quien estaba al mando del grupo... De nuevo se instaló un pesado silencio entre los viajeros, y durante más de media hora no oyeron otra cosa que aquella música extraña y triste que había elegido Detroit.

Estaba anocheciendo cuando llegaron al borde del Valle Shabatana. Detroit detuvo el vehículo bruscamente frente al acantilado, que caía en vertical hasta desaparecer, allá en el fondo, bajo una espesa capa de niebla rojiza.

El sol acababa de ponerse cuando salieron del rover. Martín contempló con admiración el azul intenso del crepúsculo marciano, reproducido con asombrosa fidelidad por la superficie mimética del techo del vehículo.

Solo dos estrellas brillaban en aquel cielo todavía no del todo oscurecido. La más grande y brillante de las dos exhibía una maravillosa tonalidad azulada.

—¿Qué estrella es esa? —preguntó Selene.

—No es una estrella —repuso Jacob—. Es la Tierra.

Martín sintió que se le hacía un nudo en la garganta. La Tierra... tan lejana que parecía un astro más entre los muchos que brillaban en la noche marciana. Y allí, igual de lejanos e inalcanzables, estaban su madre y su abuelo, la casa en la que había crecido, su viejo instituto, sus profesores, sus amigos... También Hiden, claro. A pesar de lo que había averiguado a través de Aedh, no era probable que hubiese decidido viajar a Marte para intentar capturarlos. Tenía personal suficiente para eso en el Planeta Rojo... Intentarían cogerlos, desde luego, pero, en ese aspecto, Martín se sentía relativamente tranquilo. Por poderosa que fuera la corporación Dédalo, era bastante difícil que llegasen a alcanzarlos en aquel planeta semisalvaje que ahora pisaban. Dédalo ni siquiera contaba con una ciudad propiamente dicha en Marte... Su cuartel general se hallaba en la parte subterránea del edificio de la Doble Hélice, según había leído. Eso, por supuesto, no tardaría mucho en cambiar. Según se rumoreaba, Dédalo estaba presionando insistentemente al Consejo Marciano de la ONU para lograr la recalificación de la cuenca de Argyre como territorio urbanizable. Un plan muy ambicioso... Sin embargo, aún transcurriría bastante tiempo antes de que el Consejo cediese. Pese a todo, Herbert les había advertido del peligro que suponía la ausencia de controles interestatales en Marte; aquella impunidad ofrecía a los agentes de Dédalo un marco perfecto para llevar a cabo sus acciones más o menos



delictivas sin tener que rendir cuentas a nadie. Todo eso podía ser cierto, pero, aún así, el planeta era muy grande, y, por mucho que lo intentara, Hiden no podía controlar todo lo que ocurría en él. Así que, en cierto modo, estaban a salvo...

Aquella noche, Martín durmió bien por primera vez desde su partida de Kukulkán. La solidez del suelo bajo el grueso saco de dormir y la blancura envolvente de las cinco capas de tejido protector de la tienda, tras las cuales se adivinaba el débil fulgor de las lunas marcianas, le hicieron sumirse rápidamente en un plácido sueño sin sobresaltos. No se despertó hasta la mañana siguiente, cuando la luz del día, filtrada por las telas de la tienda, cayó de lleno sobre su rostro. Al mismo tiempo, oyó el ruido susurrante del viento, y el tenue golpeteo de los granos de arena que chocaban contra el tejido del techo y las paredes. A su alrededor, sus compañeros se estaban poniendo los monos de aislamiento y las mascarillas para salir al exterior.

—¿Es una tormenta de arena? —preguntó Martín, poniéndose en pie de un salto.

—Eso parece —contestó Alejandra, que se estaba recogiendo el pelo bajo la capucha del mono—. Los de la otra tienda ya están en el rover, esperándonos. Jade se ha puesto en contacto con el intercomunicador de Deimos para decirle que, si no nos damos prisa, nos dejarán aquí plantados.

Martín se apresuró a terminar de vestirse y a ajustarse la mascarilla para salir. Cuando lo hizo, el azote del viento estuvo a punto de derribarle. Sentía el roce rasposo de la arena sobre el tejido liso de su traje... A pesar de la mascarilla, el polvo del aire le producía un desagradable cosquilleo en la garganta. Tuvo que activar el limpiador de filtros a los dos minutos de pisar el exterior...

Las gafas herméticas que llevaba puestas eran demasiado oscuras como para hacerse una idea del verdadero color que tenía aquel aire cargado de pequeñas partículas en suspensión. Lo único que podía distinguir a través de ellas era una especie de cortina turbia que velaba todos los accidentes del paisaje situados a más de diez metros de distancia. Tardó mucho tiempo en localizar el rover, que, sin embargo, estaba bastante cerca de la tienda, a su derecha. Intentó avanzar hacia él mientras trataba de adivinar a quién pertenecía la silueta que venía a su encuentro. Solo cuando la tuvo encima distinguió el rostro salvaje de Detroit.

—¡Métete en el rover, rápido! —le gritó al oído—. Yo voy a desmontar la tienda.

Avanzó unos pasos más en dirección al vehículo protegiéndose la frente con las manos enguantadas. Y, de pronto, el viento cesó. A cierta distancia aún se oían sus salvajes aullidos, pero, en el lugar en el que ellos se encontraban, se había detenido de golpe, como por arte de magia. La arena y el polvo suspendidos en la atmósfera comenzaron a caer lentamente al suelo, atraídos por el débil campo gravitatorio. Martín se quedó quieto, hechizado por la magia de lo que acababa de suceder. Los otros salieron del rover a contemplar el espectáculo.

Poco a poco, el aire se fue aclarando a su alrededor. Entonces fue cuando vieron a



sus pies el impresionante cañón del Valle Shabatana. ¿Cuántos metros tendría de profundidad? Dos mil quinientos, tal vez más... En las escarpadas laderas, casi verticales, crecían verdes matojos de plantas xerófilas diseñadas específicamente para aquel tipo de ambientes. Su brillante tono esmeralda contrastaba del modo más vivido con los matices herrumbrosos de las rocas. Y abajo, en el fondo del valle, la misma bruma rojiza de la noche anterior. Y un río... Sí, el rumor salvaje de las aguas deslizándose a favor de la pendiente, a miles de metros bajo sus pies, no dejaba lugar a dudas. Allá abajo había un río, aunque no pudiesen verlo. El río Shabatana... Un río marciano, creado artificialmente por el hombre para que sirviese de frontera oriental del territorio colonizado de Andrómeda. El resultado de violentas explosiones nucleares en la cabecera del valle, que habían reventado una red de acuíferos... Resultaba estremecedor.

—Vamos, ya habéis mirado bastante —dijo Jade—. Tenemos que llegar a Biblis antes de que anochezca. La última hora de la tarde es un buen momento para pasar los controles del puerto. Es cuando llegan los transbordadores de los puertos del norte y el planeador diario de la Doble Hélice.

—¿Y no es más peligroso que haya mucha gente? —preguntó tímidamente Alejandra—. Alguien podría reconocernos...

—Al contrario, mucha gente es precisamente lo que nos conviene —contestó Jade con sequedad—. El tiempo medio de cada control genético disminuye a esa hora, para agilizar el tráfico... Eso nos dará un mayor margen de seguridad.

—Además, nadie podría reconoceros después de lo que Jade va a hacer con vosotros —rió Detroit.

Martín y Alejandra se miraron con aprensión. La verdad es que aquello no les había sonado nada bien.

En cuanto todos estuvieron dentro del vehículo, Detroit arrancó el motor y reanudaron el viaje. El aire aún seguía turbio por el polvo de la tormenta, y de cuando en cuando una racha de viento golpeaba furiosamente la carrocería.

—Nunca creí que vería una tormenta marciana —dijo Selene.

Detroit y Jade se echaron a reír.

—¿Una tormenta, esto? —dijo Jade—. ¡Si no ha sido más que una caricia de bienvenida! Esperad a ver una de verdad.

—No os preocupéis, no tendréis ocasión de ver ninguna —le contradijo Detroit—. Las grandes tormentas de polvo son cosa del pasado... La terraformación ha acabado con ellas. Hay quien las echa de menos, pero los que aún recuerdan cómo eran están muy contentos de que ya no se produzcan. Podían durar meses, incluso años... Para los primeros cultivos fue terrible. La mayoría de las plantas morían por falta de luz.

—Pero eso de antes... ¡era como un huracán! —resopló Jacob.



—La atmósfera ahora es casi tan densa como la de la Tierra, y aunque los vientos no alcanzan las velocidades de antaño, ahora resultan más molestos —explicó Detroit—. Pero, si estáis aquí el tiempo suficiente, os terminaréis acostumbrando.

—No es cierto. No os acostumbraréis nunca —aseguró Orlando volviéndose en el asiento delantero para mirar a los chicos.

Como casi nunca les dirigía la palabra, aquella rotunda afirmación impresionó doblemente a Martín. Lo que aquel tipo quería decir, sin duda alguna, era que, a pesar de sus constantes visitas a Marte en los últimos años, él seguía odiando aquellos temibles vientos. Y no solo los vientos... Estaba claro que, en general, todas las particularidades del clima y el paisaje marciano le resultaban intolerablemente molestas. La belleza alienígena de aquel mundo no parecía conmoverle ni lo más mínimo... Para él, Marte solo era un planeta incómodo y hostil donde se podían hacer buenos negocios y ganar mucho dinero.

Aquella segunda jornada de viaje resultó más apacible que la primera. Por un lado, ya se habían habituado al ritmo del vehículo y a las características más sobresalientes del territorio que estaban atravesando; y, por otro, después de la violenta escena de celos protagonizada el día anterior por Jade y Casandra, Detroit parecía haber asumido el mando de la expedición, y todos obedecían sus órdenes sin discutirlos, incluida su propia jefa. Incluso se atrevía a regañarla cada vez que ella se daba la vuelta en el asiento para dirigir una burlona mirada a Casandra o una sonrisa de complicidad a Deimos.

—Ya basta, Jade —le decía entonces sin levantar la voz—. Atiende a los paneles...

Y ella, obedientemente, volvía a mirar hacia delante sin una sola protesta.

Era media tarde cuando llegaron al escondite que Transit había construido en la costa del mar Púrpura, a apenas cinco kilómetros del puerto de Biblis. El refugio estaba tallado en la roca, y constaba de un garaje y de una estrecha galería con cuatro habitaciones a cada lado que se usaban como almacenes, dormitorios o talleres. Después de esconder el rover en el garaje, Detroit invitó a sus pasajeros a asomarse al acantilado para contemplar la vista. En aquella región, las rocas negras de la costa se hundían casi a pico en el violeta de las aguas coronadas de espumas. La baja gravedad de Marte hacía que las olas alcanzasen una gran altura incluso en los días en que no había demasiado viento; aquellas olas gigantes, al estrellarse contra el acantilado, resonaban como una secuencia de estallidos lejanos, parecidos a los de un espectáculo de fuegos artificiales. Mar adentro, el color violeta del mar iba adquiriendo gradualmente un matiz más rojizo, hasta volverse intensamente púrpura. En aquel océano de brillante colorido, altos bloques de hielo rosado flotaban a la deriva, como barcos mágicos. Otros bloques más pequeños llegaban de cuando en cuando hasta las rocas y se rompían al chocar con ellas... Era una vista maravillosa.

—¿Es posible bañarse en este mar? —preguntó Alejandra.





—En verano, mucha gente lo hace —repuso Jade—. Llevando un buen traje aislante, no hay ningún problema... Y también se puede hacer surf. Yo lo he probado, es una sensación increíble. Ya habéis visto qué olas...

—¡Y pensar que, hace cincuenta años, este mar no existía! —murmuró Jacob.

—Sí, es cierto. Ni siquiera los más optimistas pensaban que la terraformación fuera a ser tan rápida —dijo Detroit—. Pero las corporaciones han invertido mucho para hacer esto posible: Lupas solares, explosiones para fundir el agua del subsuelo, la producción masiva de gases de invernadero, las plantas transgénicas... Y, bueno, este ha sido el resultado.

—¿Hay peces en este mar? —preguntó Selene.

—Hace cinco años se introdujeron siete especies transgénicas en él. Dos no lograron adaptarse, pero las demás sobreviven y han formado una pequeña red trófica, alimentándose de las algas y de los pequeños crustáceos introducidos una década antes. Son los primeros animales marcianos... Y hay tantos, que incluso está permitido pescarlos en algunas épocas del año. La areotrucha es la especie más apreciada por su sabor, aunque, como todo lo que crece en Marte, al principio cuesta un poco acostumbrarse.

—¿Areotrucha? ¿Qué es, una trucha manipulada genéticamente? —preguntó Martín.

—Eso es, sí —confirmó Detroit.

—Pero la trucha es un pez de agua dulce...

—El mar Púrpura, por el momento, también es de agua dulce —explicó Jade—. Pasarán bastantes años antes de que los acarreo de los ríos que desembocan en él lo vuelvan salado.

—¿Y la gente se come los peces así... enteros? —preguntó Casandra con cara de asco.

—En temporada, los que pueden permitírselo lo hacen, sí —dijo Detroit—. Los demás se conforman con los cultivos de células habituales.

Orlando, que se había quedado en el garaje descargando el vehículo, apareció detrás de ellos.

—Son casi las seis —dijo, sin echar ni tan siquiera una ojeada al bello panorama que tenían delante—. Hay que darse prisa si queremos estar en Biblis a la hora punta. Los robots de maquillaje ya lo tienen todo preparado.

—Muy bien. Entonces, vamos a las duchas —repuso Jade.

Ella y Orlando guiaron a los chicos por el corredor hasta una de las habitaciones talladas en la roca. Dentro había quince cabinas metálicas iluminadas por una luz verdosa. Hacía mucho calor.



—Estas son las duchas de exfoliación —explicó Jade—. Su función es retirar de vuestra superficie corporal todas las células muertas. Hay que engañar a los detectores genéticos... No debe quedar ni una. Luego, cuando salgáis, los robots procederán a maquillaros. Lo más delicado es el asunto del pelo. No podemos arrancárselo —dijo en tono de resignación, mirando a Casandra con evidentes deseos de violar la norma que ella misma se había impuesto—. Habrá que pegarlo a una cubierta protectora y, sobre ella, colocar las pelucas... Es la parte más molesta. El maquillaje facial y corporal resulta mucho más sencillo.

Todos entraron en sus respectivas cabinas con cierta aprensión, sin poder imaginarse muy bien lo que les esperaba. Desnudo bajo el chorro de solución abrasiva, Martín cerró los ojos, sintiendo el hormigueo de su piel mientras sus células más externas se desprendían de ella. Tal y como les había recomendado Jade, apretó los párpados y expuso de lleno su rostro al chorro de líquido exfoliante. Luego el cuello, las orejas, la espalda... Cuando el chorro se interrumpió, toda su superficie corporal ardía. Se envolvió totalmente en la toalla adherente, donde debían quedar pegadas las pocas células desprendidas que no habían sido arrastradas por el agua tratada de la ducha. También se cepilló cuidadosamente todo el interior de la boca con una esponjilla especial para exfoliar aquel delicado tejido. Luego, un robot se encargó de cepillarle el pelo y de engominárselo con una sustancia horriblemente pastosa. Sobre aquel amasijo de cabello y pomada, le colocaron un gorro de silicona recubierto de un cuero cabelludo artificial del que pendía una lustrosa coleta morena con mechas azules. Un peinado muy de moda en Marte...

Sin permitirle siquiera mirarse en un espejo, el robot procedió entonces a embadurnar su piel con un maquillaje de células muertas genéticamente idénticas a las del cuero cabelludo que le habían colocado. Después le embadurnó el interior de la boca con células mucosas del mismo genotipo. Luego, con un parche de piel artificial, le sujetó las pestañas contra su propio párpado y le colocó otras sintéticas. Lo mismo hizo con las cejas. Cuando estuvo listo, otro robot le ayudó a ponerse el mono de tela parcheada que debía hacerle pasar por un colono marciano vestido según las últimas tendencias. Finalmente, le tendió unas lentillas de alteración superficial del iris para que se las pusiera.

Terminada toda la operación, Martín tuvo tiempo por fin de echar una ojeada a sus compañeros. ¡Todos estaban de lo más cómicos con sus nuevas pelucas, sus ojos alterados y sus extravagantes trajes! Se miraban unos a otros sin poder contener la risa, olvidando que ellos ofrecían el mismo aspecto ridículo a los ojos de los demás. La peluca rubia y lisa que llevaba Alejandra le recordó a Martín la identidad digital que ella solía usar en los tiempos del instituto. No es que estuviera fea, pero le gustaba mucho más con su pelo auténtico...

La voz fría y cortante de Jade le recordó, sin embargo, que todo aquello no era un capricho ni una divertida fiesta de disfraces.

—Estos son los pasaportes que corresponden a vuestra nueva identidad genética



—dijo, dándole a cada uno una diminuta tarjeta holográfica con el nombre y los datos genéticos y biográficos que les habían adjudicado. Os aconsejo que memoricéis bien toda la información que contienen antes de llegar a Biblis. Cualquier error podría terminar en una detención... Normalmente, solo hay que pasar un par de controles rutinarios de cabello y epiteliales y otro de iris ocular, pero todos los días se realizan medio centenar de controles adicionales distribuidos de manera aleatoria a lo largo de la jornada. En esos controles, te arrancan pestañas o pelos de las cejas, y te toman muestras de sangre. Poneos estas almohadillas de sangre sintética en el dedo índice de la mano derecha. Siempre pinchan en el mismo sitio. Es lo bueno de los robots... No tienen imaginación. Y los que los programan tampoco tienen mucha.

Cuando todos estuvieron listos, Orlando les invitó a entrar en una lujosa limusina blanca que ya estaba esperándoles en el exterior, aparcada al comienzo de una polvorienta carretera.

—¿Detroit no viene con nosotros? —preguntó Martín, viendo que el roquero no aparecía por ninguna parte.

Jade hizo un gesto negativo con la cabeza.

—A Detroit no le gusta Biblis —explicó—. Demasiada gente para él... Prefiere quedarse aquí, solo con el mar. Le encanta la soledad.

Pareció que iba a añadir algo, pero se lo pensó mejor y subió al asiento delantero del vehículo mientras Orlando ocupaba el lugar destinado al chófer.

—Lo que te dije ayer —susurró Alejandra al oído de Martín mientras esperaban su turno para subir a la parte de atrás de la limusina—. En el fondo, Detroit le gusta, pero no quiere admitirlo.

Apenas tardaron diez minutos en cubrir la escasa distancia que los separaba del puerto de Biblis. Supieron que habían llegado al entrar en una ancha avenida flanqueada por altas palmeras y por suntuosas villas de cristal con jardines repletos de flores.

—¿Palmeras en este clima? ¿Cómo lo habrán conseguido? —dijo Jacob en voz alta.

—La palmera transgénica boreal es uno de los grandes logros de la ingeniería agrícola marciana —dijo Jade—. Lo mismo que todas esas rosas de invierno, y las hortensias... Un despilfarro tecnológico, en mi opinión. Pero los ricos son iguales en todas partes: si no pueden demostrar su superioridad sobre los demás exhibiendo todas las cosas superfluas que poseen, se sienten frustrados. Y siempre hay algún listo que se aprovecha de su imbecilidad dándoles lo que quieren... previo pago de su importe, por supuesto.

—Pues a mí todas esas flores me parecen muy bonitas —dijo Casandra—. Más vale dedicar los esfuerzos tecnológicos a cosas así que a producir armas, ¿no?

—Un argumento pueril —replicó Jade mirando a Deimos—. Tan pueril, que no pienso ni comentarlo.



La limusina descendió por una autopista de varios carriles hacia la parte subterránea de la ciudad. Allí era donde vivía la mayor parte de la población, a salvo de las peligrosas radiaciones ultravioletas de la superficie. Solo los más acaudalados podían costearse los carísimos materiales necesarios para construir una vivienda aislante en el exterior. Había también cinco cúpulas transparentes alineadas junto a la costa con atmósferas individuales oxigenadas y un microclima interior estable. Casi todos los funcionarios del puerto vivían en ellas. La más amplia estaba conectada directamente con los muelles del puerto y con las pistas de anclaje para dirigibles. Constituía el centro neurálgico de Biblis, y resultaba imposible abandonar la ciudad y dirigirse a cualquier otro punto de Marte sin pasar por allí. La llamaban la cúpula de Los Ángeles, en homenaje a la ciudad terrestre del mismo nombre, lugar de nacimiento de la arquitecta que la había diseñado.

Tuvieron que dejar la limusina aparcada en uno de los inmensos parkings exteriores y entrar en la cúpula de los Ángeles a través de una escalinata mecánica.

—Me recuerda la escalinata de Medusa —dijo Alejandra—; aunque aquella era más clásica...

Jade, que iba delante de ellos en las escaleras, se volvió para dirigirle una mirada de advertencia.

—El primer control está ahí abajo, al pie de las escaleras. No hagáis ninguna tontería —se limitó a decir.

En efecto, las escaleras desembocaban en un recinto acristalado lleno de policías uniformados de rojo y de robots de análisis. Varias decenas de personas hacían cola ante cada robot, esperando su turno. Jade y sus acompañantes se situaron en la primera cola, destinada al control de pasaportes.

Cuando le llegó el turno, Martín colocó su pasaporte sobre la pantalla de lectura del robot de control y pronunció en voz alta y clara el nombre falso que figuraba en el documento y su supuesto lugar de procedencia.

—Carlos Andreu. Lugar de nacimiento: Costa Levante.

El robot levantó el brazo mecánico que le impedía el paso, permitiéndole acceder a la cinta transportadora que debía conducirlo hasta el siguiente control.

Un policía portuario le indicó que se introdujera en la cámara de exfoliación, donde un segundo robot le introdujo una lanceta estéril en la boca para arrancarle algunas células. Luego, otro aparato le indicó que se quitase el guante derecho y le cepilló el dorso de la mano. La comparación de las células extraídas con los datos genéticos del pasaporte apenas tardó un par de minutos.

—Puede pasar —dijo una voz metálica de procedencia incierta.

Martín salió de la cabina de exfoliación y esperó a sus compañeros. La última en aparecer fue Jade. Su peluca era tan parecida a su verdadero cabello, que no se notaba en absoluto que fuese disfrazada.



—Ahora viene el control de iris —dijo cuando estuvieron lo suficientemente alejados de los policías—. No tenéis que preocuparos, las lentillas que lleváis son las mejores del mercado. El bioplástico de que están hechas es tan fino que no altera en lo más mínimo el índice de refracción de la superficie ocular. Eso las vuelve prácticamente indetectables en un control rápido.

Uno a uno, pasaron por la máquina de reconocimiento del iris y obtuvieron los permisos para subirse al monorraíl que debía conducirlos al centro de la Cúpula. Viajaron de pie, agarrándose a las barras del techo y apretados unos contra otros en medio de la masa de gente que atestaba a aquella hora los vagones. Martín se fijó en los rostros cansados e inexpresivos de la mayoría de los hombres y mujeres que los rodeaban, que contrastaban de un modo extraño con sus fantasiosos peinados y sus trajes llenos de colorido. No parecía que aquellos colonos marcianos fuesen mucho más felices que sus congéneres terrestres.

Cuando salieron del monorraíl, se encontraron en una nueva galería de control donde un robot procedió a arrancarles sin miramientos varios pelos de la cabeza. Martín contuvo la respiración mientras el ADN de su falso cabello era cotejado con los datos de su pasaporte.

—Identidad genética comprobada —dijo la máquina de análisis después de dos interminables minutos. Visado concedido. Puede pasar.

Martín se alejó del control y resopló aliviado. Deimos, Jade y Orlando ya habían pasado el control y esperaban debajo de un magnolio invernal a que los demás salieran. Jacob, Selene y Alejandra llegaron en seguida... Pero faltaba Casandra.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Jade alarmada—. ¿Dónde está la otra chica?

—No sé —repuso Jacob, volviéndose hacia el control—. Creí que venía detrás de nosotros...

—Orlando, acércate a ver —ordenó Jade.

El tono inusualmente estridente de su voz dejaba traslucir un evidente nerviosismo.

—¿Qué pasa? —gritó Deimos, asiéndola de un brazo—. ¿La han detenido?

—La habrán seleccionado para un control especial —contestó Jade desasiéndose con brusquedad—. Cálmate, ¿quieres? No pongas las cosas más difíciles.

Orlando regresó con la misma expresión indiferente de siempre en el semblante.

—Control de sangre y entrevista —anunció—. La han trasladado al piso de arriba en un ascensor... El policía dice que no tardará más de media hora y que volverán a traerla aquí cuando termine.

—¿Entrevista? —preguntó Jade—. Eso es nuevo...

—Solo preguntas rutinarias. Adonde se dirige, de dónde viene, la profesión de sus



padres... Todo eso.

—La profesión de sus padres... Eso está en el pasaporte. Y también el lugar de procedencia y el transbordador de llegada a Marte... ¡Espero que lo haya memorizado!

—¿Y las otras preguntas? —preguntó Deimos, haciendo esfuerzos por dominar el temblor de su mandíbula—. ¿Qué se supone que tiene que contestar?

—¿Y yo qué sé? —contestó Jade, exasperada—. Esto es nuevo para mí... Tendrá que improvisar.

Deimos se dejó caer en un banco y hundió su rostro entre las manos.

—No te preocupes —murmuró Martín, sentándose a su lado—. Casandra es muy lista, algo se le ocurrirá.

Deimos no encontró fuerzas para responder.

Selene y Alejandra se sentaron en el suelo, junto a ellos. Jacob caminaba de un lado a otro con paso rápido y la vista fija en el suelo. De cuando en cuando, todos lanzaban miradas de angustia a alguno de los relojes holográficos que había por todas partes. Los minutos parecían transcurrir con inusitada lentitud.

—Areominutos —dijo Selene con una mueca—. Claro, son más largos que los terrestres. La diferencia no es mucha, pero se nota...

Jade y Orlando permanecían algo alejados, conversando en voz baja.

—Creo que Jade se alegraría si le ocurriese algo a Casandra —dijo Selene, mirando hacia ellos con enfado.

—No digas eso —contestó Deimos—. Jade es mejor persona de lo que todos creéis. Mejor, incluso, de lo que ella piensa... Si pudiera hacer algo en este momento para proteger a Casandra, lo haría.

—¿Qué pasará si el interrogador lleva acoplado un detector de mentiras cerebral? —preguntó de pronto Alejandra—. Esos trastos no fallan jamás.

—A ella no la cogerán —contestó Martín con gran convicción—. Su patrón de actividad neuronal es distinto al de la gente normal... El detector no podrá distinguir la verdad de la mentira.

—Es cierto —confirmó Selene—. En el Jardín del Edén nos sometieron a detectores de mentiras cerebrales como ensayo de laboratorio, y los resultados fueron extrañísimos. Precisamente, ese fue uno de los experimentos que puso a Hiden sobre la pista de nuestras rarezas cerebrales.

Las cifras fluorescentes de los relojes holográficos seguían desgranando lentamente sus interminables minutos marcianos. A pesar de las palabras tranquilizadoras de Martín y Selene, Deimos no era el único que estaba angustiado. ¿Qué ocurriría si el robot de control detectaba la falsedad de los documentos de





Cassandra? Si la policía del puerto la detenía, ¿cuánto tiempo tardarían los espías de Dédalo en enterarse?

—Allí está —dijo de pronto Alejandra, señalando a la figura de su amiga, que descendía sola un tramo de escaleras mecánicas.

Cassandra avanzó hacia ellos sonriendo.

—¡Uf! No sé ni lo que les he contado. Mencioné a Diana Scholem... Me pareció lo más seguro. Me pidieron que les dijera a qué había venido a Marte... Al principio pensé en decir que venía a visitar a una amiga en Arendel, pero si me inventaba un nombre para esa falsa amiga, la mentira no habría tardado en descubrirse. Así que dije que había solicitado una beca de estudios al departamento cultural de la corporación Uriel y que me habían concedido una plaza en el equipo de asistencia personal de Diana Scholem. No sé, parece que se lo han tragado...

Estaba tan nerviosa por lo que acababa de ocurrirle que parecía incapaz de dejar de hablar. Pero Deimos la interrumpió abrazándola y levantándola en el aire durante unos segundos. Cassandra se echó a reír, feliz. Unos metros más allá, Jade observaba la escena con aparente distanciamiento.

—¿Cómo conseguiste engañar al detector de mentiras? —preguntó, acercándose.

—No lo sé —repuso la muchacha—. Pero les he engañado a todos, policías y máquinas, estoy segura.

—Eso es obvio —replicó Jade ácidamente—. De otro modo, no te habrían dejado marchar...

Miró a Cassandra con una mezcla de respeto y desconfianza. Ni siquiera los jugadores de Arena mejor entrenados podían engañar a un detector cerebral de mentiras... No se explicaba lo que había ocurrido.

—¿Fue complicado lo del análisis de sangre? —preguntó Selene.

—Al contrario, esa fue la parte más fácil. La almohadilla de sangre artificial hizo su función... Lo peor fue cuando empezaron a preguntarme por mis supuestos padres. Por un momento, me quedé en blanco. No me acordaba de lo que ponía en mi pasaporte... Pero fue solo un momento. En seguida me vino todo a la memoria. Bueno, el caso es que se ha acabado.

Jade se volvió bruscamente hacia la pared norte de la cúpula.

—Tienes razón. Afortunadamente se ha acabado —dijo, clavando la mirada en el túnel-autopista de salida. Mi trabajo termina aquí... He cumplido mi parte. Espero que Herbert cumpla la suya; le conviene hacerlo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Deimos—. ¿Vas a dejarnos aquí?

—Tenéis habitaciones reservadas en el Hotel Wells, en la parte exterior de la ciudad. Es el mejor de Biblis, seguro que os gustará... Os hemos inscrito con vuestras



identidades falsas, claro. Tened cuidado y no cometáis ninguna imprudencia. Una limusina del hotel os está esperando en el parking C. Buena suerte.

Les hizo un gesto para que caminaran hacia las escaleras que conducían al parking. Parecía ansiosa por acortar la despedida.

—¿Por qué no vienes con nosotros? —preguntó Deimos—. Todavía no nos hemos puesto en contacto con Diana Scholem... Podríamos necesitarte.

Jade sonrió brevemente.

—A partir de aquí no tendréis problemas —contestó—. Biblis es una ciudad muy cosmopolita y bastante civilizada, en general. Pero, si os veis en algún apuro, bastará que mencionéis el nombre de Diana Scholem para que se os abran todas las puertas. Aquí, Diana es más que una heroína, es casi una leyenda.

—Pero volveremos a vernos, ¿no? —preguntó Jacob.

Jade miró un momento el rostro impasible de Orlando. Luego se volvió hacia Martín.

—Si conseguimos hacernos con algún mensaje de tu padre, te lo haremos llegar —le dijo—. Pero no te hagas demasiadas ilusiones... Tened cuidado —agregó, lanzando una rápida mirada a Deimos—. Marte es como el salvaje oeste americano en el siglo XIX; un territorio peligroso, donde impera la ley del más fuerte.

Se dio la vuelta y caminó decididamente hasta la rampa de acceso a la estación del monorraíl, seguida de Orlando. Martín los observó mientras se alejaban, sintiendo a la vez un gran alivio y una cierta desazón.

—Me habría gustado verla competir —murmuró Jacob—. En sus buenos tiempos, debía de ser formidable...

—Sus buenos tiempos son estos de ahora —dijo Deimos, siguiendo a la joven con la mirada—. Ahora es dueña de sí misma, y sabe lo que hace. Entonces solo era una marioneta en manos de sus adiestradores... Créeme, ahora es mucho más feliz.

—No parecía muy feliz al despedirse de ti —dijo Casandra, esforzándose por que su observación no sonara demasiado sarcástica—. Seguro que intentará volver a verte, pero a solas. Ella misma lo dijo: nunca se da por vencida...

—Quizá lo intente —repuso Deimos con indiferencia—. Para ella es un reto, nada más... En el mismo momento en que consiguiera seducirme, dejaría de interesarle.

Bajaron al parking entre la multitud de trabajadores de las instalaciones portuarias que a aquella hora abandonaban la cúpula para dirigirse a sus hogares. La mayoría llevaban puestos monos muy ceñidos adornados con brillantes estampados y complicados peinados con trenzas y mechones teñidos de diferentes colores.

—¿Cuándo podremos quitarnos las pelucas y el maquillaje? —preguntó Alejandra en voz baja—. Jade no ha dicho nada...



—Será mejor esperar a ver qué nos dice Diana —contestó Deimos—. Nos pondremos en contacto con ella cuando estemos en el hotel.

La limusina automática del Hotel Wells les estaba esperando en un aparcamiento exclusivamente reservado para ella. Al parecer, no tenía orden de recoger a más pasajeros, pues en cuanto los seis jóvenes subieron a su parte trasera se puso en marcha.

Salieron de la cúpula a través de un túnel subterráneo y rodaron por lo que parecía la parte reservada al tráfico de un elegante paseo marítimo, con aceras de mosaicos multicolores y una sofisticada barandilla de piedra rojiza. Al otro lado de la barandilla se veía la amplia extensión de una playa de arena rosada adonde llegaban, moribundas, las olas purpúreas del mar.

La limusina aparcó frente a un bello edificio de roca y cristal con autómatas uniformados en la puerta. Martín se introdujo junto a los demás en la cabina de entrada y esperó a que la puerta exterior se cerrase herméticamente y a que la interior se abriese, dejando penetrar una bocanada de aire cálido y libre de dióxido de carbono.

—¡Por fin! —suspiró, quitándose la mascarilla—. Estaba harto de esto.

Los demás le imitaron. Luego, cruzaron el amplio vestíbulo lleno de lámparas y plantas de grandes dimensiones hasta el mostrador de recepción, seguidos de sus pequeñas maletas automáticas.

—Habitaciones trescientas cuatro a trescientas diez —dijo el robot recepcionista tendiéndoles los cristales-llave. Tercer piso, ala derecha. Feliz estancia.

Subieron en silencio en el ascensor, observando con curiosidad al ascensorista humano que permanecía inmóvil y con los ojos vacíos a un lado de la puerta.

—¿Por qué el recepcionista es un robot y el ascensorista un humano? —se preguntó Jacob en voz alta—. No lo entiendo...

Al entrar en la suite de seis habitaciones que compartían, Martín no pudo evitar lanzar una exclamación admirativa. Toda la pared del fondo era de cristal y su curva superficie sobresalía en la fachada, ofreciendo una amplia panorámica del paseo. El mar rojizo y levemente encrespado, el cielo violeta, el brillo plomizo de Fobos reflejándose en el agua, las luces de las farolas que empezaban a encenderse... Todo resultaba a la vez extraño y familiar, como si alguien hubiese tomado una fotografía de un paisaje terrestre y hubiese alterado deliberadamente sus colores con un programa de tratamiento fotográfico para darle un aspecto más dramático e irreal. Incluso las palmeras mecidas por la brisa contribuían a aquella sensación de irrealidad con sus inmensas hojas azules. Palmeras de ensueño, o surgidas de una vieja pintura fauvista...

Pero aquello no era un sueño, sino Marte. Para recordarlo, bastaba con fijarse en los colores de las banderas que ondeaban por todas partes, sobre las puertas de los



edificios y entre las palmeras. Un círculo mitad verde y mitad rojo sobre un fondo profundamente negro... La bandera del Marte terraformado, la bandera de Andrómeda.

Con la vista fija en una de aquellas banderas, Deimos sacó de su bolsa el intercomunicador de frecuencia restringida que le había dado Herbert y lo activó. Unos segundos después, todos pudieron oír a través de su altavoz una agradable voz femenina.

—Por fin —dijo la voz—. Hacía tiempo que os esperaba...

—¿Diana Scholem? —preguntó Deimos—. Somos los enviados de Herbert. Estamos en el Hotel Wells de Biblis. Acabamos de llegar.

Se produjo un breve silencio al otro lado del aparato.

—Aquí Diana Scholem —confirmó al fin la voz—. Os doy la bienvenida... Mañana a primera hora iré personalmente a recogeros. Habéis llegado en un momento terrible, pero, quién sabe... Quizás haya trabajo para vosotros, si estáis dispuestos a ayudar.



## Capítulo 11. La Ciudad Infinita

El minidirigible de Uriel se elevó lentamente sobre la pista de anclaje, ofreciendo a los pasajeros una magnífica vista panorámica de la bahía de Biblis, con su estrecha playa rosada y su puerto deportivo lleno de pequeños yates familiares. El mar estaba algo más encrespado que el día anterior, y a la luz amarillenta de la mañana, el color púrpura de sus aguas aparecía salpicado de reflejos dorados. La barquilla del aparato se mecía rítmicamente hacia derecha e izquierda a medida que avanzaban. Era un movimiento agradable... Pero ninguno de los viajeros parecía prestar demasiada atención al paisaje, ni mucho menos a las comodidades del aparato. Todos los rostros se hallaban concentrados en un mismo punto... Las hermosas y preocupadas facciones de Diana Scholem.

—No sé cómo ha ocurrido —estaba diciendo Diana en aquel momento—. Los filtros atmosféricos se comprueban con regularidad, y todas las mercancías que proceden de fuera de la ciudad son sometidas a un riguroso control microbiológico... Siempre tenemos muy presente lo que ocurrió en Endymion. Sabemos que una colonia con atmósfera artificial es vulnerable, que hay que ser extremadamente riguroso en todo lo relacionado con la posible difusión de patógenos... Pero, a pesar de todo, esto se nos ha ido de las manos.

Dos arrugas verticales aparecieron momentáneamente en la tersa frente de Diana. Aún era una mujer joven, pero aquel gesto le hizo parecer, de pronto, extremadamente vulnerable y cansada... Deimos apartó la vista, intensamente turbado. Casandra advirtió en su mirada una expresión de dolor que no llegó a comprender. ¿Por qué le afectaba tanto lo que les estaba contando Diana Scholem sobre la epidemia desatada recientemente en Arendel? Era triste, sí; pero, después de todo, no les concernía directamente a ellos... Le habría gustado interrumpir las explicaciones de la presidenta de Uriel para preguntarle a Deimos el motivo de su reacción, pero comprendió que no debía hacerlo.

—Se parece a una neumonía, pero también afecta a los riñones y al hígado —prosiguió Diana—. Provisionalmente, la hemos bautizado como «neumonía infantil», porque, de momento, todos los afectados son niños. Eso es, quizá, lo más preocupante de todo... aunque también podría darnos la clave para un posible tratamiento.

—¿Y es un microbio? —preguntó Martín.

—Un virus, sí. Hace apenas una semana que hemos podido aislarlo. Es un virus nuevo, algo nunca visto hasta ahora. Tiene secuencias génicas de varios virus patógenos distintos... Un cóctel endiabladamente peligroso. Y diseñado con un propósito muy claro... Es un arma, una microscópica máquina de matar.



—¿Pero por qué a los niños? —preguntó Alejandra horrorizada—. Es... es abominable...

—Probablemente quien lo diseñó quiere asegurarse de que su gente no resulte afectada —contestó Diana, que, evidentemente, le había dado muchas vueltas a la cuestión—. En las colonias marcianas más recientes, todavía no hay niños. Si la enfermedad se extiende a otros lugares, ellos, en principio, no tendrían por qué tener problemas.

—Las colonias más recientes —repitió Martín—. Eso apunta a Dédalo, ¿no?

Diana asintió con la cabeza.

—Lo sospeché desde el principio —repuso lentamente—. Un virus normal no habría podido burlar nuestros controles sanitarios... Era algo artificial, para mí no había duda. Y Dédalo es la corporación especializada en fármacos antivirales... Si alguien sabe de virus, son ellos. Hasta ayer mismo no era más que una sospecha, pero el propio Hiden me lo ha confirmado. Me telefoneó para chantajearme. Dice que tiene el antídoto, y que está dispuesto a hacer un trato.

Martín se dio cuenta de que Selene se había puesto muy pálida. Y en el labio inferior de Casandra percibió un leve temblor... Estaban pensando lo mismo que él. Probablemente, Hiden habría ensayado aquel virus con ellos, exponiéndolos a repetidas infecciones hasta obtener un suero curativo a partir de sus anticuerpos... Un antídoto con el que poder chantajear a una población entera.

Con una intuición sorprendente, Diana respondió en voz alta a aquellos pensamientos.

—Herbert me explicó lo de vuestro sistema inmunológico. Podríais sernos de gran ayuda... Si Dédalo os expuso a este virus mientras os tuvo en el Jardín del Edén, nos será fácil obtener el antídoto a partir de vuestra sangre. Solo es cuestión de tiempo... Aunque tiempo es, justamente, lo que no tenemos —agregó con amargura.

—¿Ha habido muchos muertos? —preguntó Selene con un hilo de voz.

—Por el momento, hemos logrado mantener a todos los niños con vida. Pero varios están conectados a respiradores artificiales, y han entrado en coma profundo... Si la epidemia continúa extendiéndose, no tendremos unidades de cuidados intensivos suficientes para atenderlos a todos, y empezarán a morir.

—¿Cómo se contagia? —preguntó Martín.

Diana hizo un gesto de impotencia con las manos.

—¡Aún no lo sabemos! Hemos analizado el agua, el aire... Todo. Pero están limpios. Probablemente el contagio se produzca por contacto directo con la piel de un afectado. Suponemos que los adultos, aunque no padecen la enfermedad, pueden ser portadores. De otro modo, no se habría extendido tan rápidamente... Estamos en una situación límite, no quiero engañaros. La noticia de la epidemia de Arendel ha





corrido como un reguero de pólvora en los últimos días, y las otras colonias han exigido que se nos imponga una cuarentena. Me gustaría hacer algo para impedirlo, pero ¿qué puedo hacer? Poner en peligro a las otras ciudades sería una irresponsabilidad. Y, sin embargo... Acordaos de lo de Endymion. La cuarentena podría suponer el fin de Arendel.

—¿Y qué es lo que quiere Hiden? —preguntó Martín—. ¿Dinero?

Diana sonrió con tristeza.

—No, Martín. Eres Martín, ¿verdad? Hiden tiene todo el dinero que puede desear, no es eso lo que le interesa. Quiere mi último proyecto tecnológico... Un nuevo concepto de panel solar que vengo desarrollando desde hace años. Sabe que, por fin, he conseguido subsanar los últimos problemas de diseño, y que tengo intención de hacer públicos los resultados de mis investigaciones en los próximos meses. Y quiere evitarlo a toda costa.

Martín la miró sin comprender.

—¿Por qué quiere evitarlo? —preguntó—. Las energías renovables son la especialidad de Uriel... Y continuamente surgen nuevas tecnologías en ese campo. ¿En qué le afecta eso a él, o a Dédalo?

—Esto es diferente, muchacho. No es una tecnología más... Es una revolución. Un sistema de aprovechamiento de la energía solar tan barato y tan eficiente, que terminará para siempre con los problemas energéticos de nuestra civilización.

Todos la miraron asombrados excepto Deimos, que contemplaba el paisaje a través de uno de los ojos de buey de la cabina, aparentemente ajeno a la conversación.

—¿Y eso qué tiene de malo? —preguntó cándidamente Alejandra.

—Para Hiden, muchas cosas —repuso Diana volviéndose hacia ella—. En primer lugar, él tiene sus propias ambiciones en el campo de las nuevas energías. Dice que su corporación ha desarrollado un nuevo modelo de central nuclear de fusión que resulta rentable. Yo, personalmente, lo dudo. Uriel ha estado trabajando en proyectos de fusión prácticamente desde que se fundó la compañía, y, si alguien conoce bien ese tema, somos nosotros. El problema es muy simple... No compensa. El gasto en infraestructuras y en otras energías para disparar la reacción en cadena resulta demasiado elevado; y no creo que Hiden haya logrado cambiar eso. Pero él anda anunciándolo a los cuatro vientos... No de un modo oficial, claro. Hiden siempre actúa de manera sutil. Ha filtrado rumores, luego los ha negado, finalmente ha admitido una parte... Está esperando a que la opinión pública esté «madura», como él dice, para hacer pública la noticia. Pero mi proyecto podría echar por tierra sus planes. Por eso ha decidido tomar cartas en el asunto y buscar el modo de presionarme...

—¿Destruyendo a toda la población infantil de una ciudad marciana? —preguntó



Jacob—. Es un disparate, incluso para él...

—Hiden está seguro de que voy a ceder. Está utilizando el virus para chantajearme. Piensa que, cuando la situación se vuelva desesperada en Arendel, me echaré a sus pies y le entregaré en bandeja mis fórmulas. El desprecia lo que llama «mi vena filantrópica»; cree que, en el fondo, no me importa demasiado que sea Dédalo y no Uriel quien se aproveche de mis descubrimientos, con tal de que toda la Humanidad salga beneficiada.

—¿Y no es así? —preguntó Selene.

Diana meditó su respuesta por un momento.

—Lo sería, tal vez, si confiase en Hiden. Pero no confío en él. Quiere que crea que está ansioso por patentar mis nuevos paneles solares, pero, en el fondo, lo que le interesa es que nadie llegue a fabricarlos nunca. Esos paneles se regeneran solos, al menos su parte biónica. No son un buen negocio... Su corporación no ganaría mucho con ellos. Ni la centésima parte de lo que podría ganar exportando la energía de fusión que Dédalo produce en la Luna mediante radiaciones de microondas dirigidas a la Tierra.

—La energía que Dédalo produce en la Luna no es de fusión —dijo Martín sombríamente—. Lo que hay allí son centrales nucleares convencionales... Hiden esconde los residuos radiactivos en el subsuelo lunar. Lo he visto.

—¿Lo has visto? —repitió Diana asombrada—. ¿Cuándo?

—Hicimos escala en la Luna antes de venir aquí —explicó Martín—. Entonces fue cuando lo vi... Al principio no supe lo que era. Pero luego, alguien nos lo explicó. Alguien que conocíamos de la época del Jardín del Edén... muy cercano a Hiden.

Diana hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

—Es lo que sospechaba —murmuró—. Pero no tenía pruebas... En realidad, seguimos sin tenerlas. No es que no me fíe de lo que me estáis contando, pero la palabra de un muchacho perseguido por Hiden no tendría demasiado peso en el Consejo de Seguridad de la ONU. Necesitaríamos algo más tangible... Ese amigo vuestro, ¿estaría dispuesto a declarar?

—No puede hacerlo —repuso Jacob en tono sombrío—. Es prácticamente un prisionero de Hiden... Además, aunque pudiera, su testimonio no valdría nada. No es un ser humano, es un androide.

Una sonrisa de comprensión afloró a los labios de Diana Scholem.

—¡Leo! Debí haberlo supuesto. Mis espías me informan a menudo acerca de sus excentricidades... Aunque, desde hace algún tiempo, lo daban por desaparecido. ¿O sea, que está en la Luna?

Jacob y Martín asintieron, y explicaron brevemente su encuentro con el viejo androide y lo que este les había contado. Mientras lo hacían, Casandra perdió



durante un rato el hilo de la conversación observando a Deimos. Le pasaba algo, estaba segura. Tenía los ojos fijos en la llanura sembrada de cráteres que se deslizaba por debajo de ellos. Pero, en realidad, no la estaba mirando... Parecía ausente, y a la vez parecía aterrorizado, literalmente petrificado de espanto. Casandra nunca le había visto así; normalmente era una persona muy serena, que jamás perdía el control. ¿Qué era lo que le había transformado de aquel modo? ¿La noticia de la epidemia en Arendel? El no conocía a nadie allí, lo habría mencionado... ¿Habría recordado algo de su memoria del futuro relacionado con Arendel y con el peligro que amenazaba a la ciudad? No, no podía ser eso; ni siquiera estaba escuchando cuando Diana empezó a hablar de la epidemia. Había dejado de escuchar antes, mucho antes. En realidad, en el mismo momento en el que vio a Diana...

Casandra recordó de pronto la reacción de Aedh al ver un camión con el distintivo de Uriel en un bulevar submarino de Medusa. Sin saber por qué, sintió que aquello estaba relacionado con la reacción de Deimos al ver a Diana. Diana Scholem, Uriel... ¿Qué les pasaba a los dos hermanos con Uriel? Para ellos, según le había explicado Deimos, Uriel era un ente espiritual, una especie de ángel de luz destinado a traer la salvación a los hombres. La corporación Uriel dirigida por Diana Scholem no parecía tener mucho que ver con eso. Pero el nombre era el mismo... Quizá no se tratase de una coincidencia.

La voz preocupada de Diana le hizo apartar los ojos de Deimos.

—Entonces, estamos como antes —decía en aquel momento la presidenta de Uriel—. No tenemos pruebas contra Hiden... No podemos acusarle ante la ONU.

—¿Y tampoco hay pruebas que lo relacionen con la epidemia de Arendel? —preguntó Selene—. Si se supiera lo que está intentando hacer, hasta sus aliados se asustarían.

—Por desgracia, tampoco tenemos pruebas de eso. Es verdad que el virus parece un diseño artificial; cualquier especialista se daría cuenta. Pero con eso no podemos acusar a Dédalo... Podrían haberlo hecho muchos otros. Producir virus artificiales no es difícil. Lo difícil es conseguir los antídotos inmunitarios para poder arriesgarse a desencadenar una epidemia sin poner en peligro tu propia vida y la de tus colaboradores. Hiden los tiene... Pero no será fácil desenmascararlo. Creedme: estoy entre la espada y la pared. Si no cedo, cientos de niños morirán en Arendel, y, si lo hago, mi proyecto de panel solar no llegará a hacerse realidad nunca, y el mundo seguirá dependiendo para abastecerse energéticamente de los caprichos de Nur y de las delirantes ambiciones de Dédalo y de su presidente.

Un robot de vuelo entró en la cabina y distribuyó el almuerzo entre los pasajeros. La ensalada de patata con tomate tenía esta vez un sabor mucho más agradable que el de los otros alimentos marcianos que habían probado.

—Sabe casi como en la Tierra —dijo Jacob, que evidentemente estaba disfrutando de aquel festín después de semanas de comida enlatada, algas de fermentador y otras



delicias semejantes.

—La cuenca de Hebes, donde está situada Arendel, contiene los mejores suelos agrícolas de Marte. Nos ha costado mucho obtenerlos, pero, afortunadamente, contamos con un laboratorio de producción acelerada de suelos único en el planeta. Y con un microclima excepcional... La atmósfera artificial de la cuenca también ayuda mucho, por supuesto. Nos permite cultivar las variedades originales de cada planta, no sus homologas marcianas, manipuladas genéticamente. El resultado es que, para mi gusto, las hortalizas que producimos tienen aún mejor sabor que las terrestres.

—¡Especies no transgénicas en Marte! —suspiró Jacob entre bocado y bocado—. Nunca lo habría creído posible.

A continuación, les sirvieron una tortilla de auténticos huevos de gallina, un manjar que, en la Tierra, solo estaba al alcance de los más adinerados, pues la mayoría de la población consumía huevos sintéticos.

—En Arendel también criamos gallinas, patos, ovejas e incluso vacas. Se han adaptado a la perfección a las condiciones de nuestras granjas. Eso nos permite disponer de leche y huevos frescos a diario —explicó Diana.

—¿Y la carne? —preguntó Alejandra—. ¿Cómo se produce?

—Tenemos granjas de cultivos celulares, pero ya veréis que su sabor no tiene nada que ver con los tejidos artificiales terrestres. Un milagro más de Leah...

—¿Quién es Leah? —preguntaron Selene y Martín al mismo tiempo.

El rostro de Diana se iluminó con una cálida sonrisa.

—Leah es una de mis tres madres —explicó con una nota de emoción en su voz—. Ella y dos amigas suyas, Marcia y Phillis, me adoptaron cuando me quedé huérfana, de niña. Mis padres fueron de los primeros científicos en instalarse en Marte. Los dos eran geólogos... Murieron en el 82, durante La Tormenta del Siglo. Leah, que había conocido a mis padres cuando les encargaron las prospecciones geológicas previas a la fundación de Arendel, decidió adoptarme.

—¿Estás hablando de Leah Albright, la que fundó Uriel? —preguntó Martín, que había leído la historia de la corporación y de su instalación en Marte durante el viaje en el Ophir.

—Sí; fundó Uriel junto con Marcia y Phillis, mis otras dos madres adoptivas. A ellas les debo todo lo que soy... y todo lo que tengo.

Deimos había dejado de mirar por la ventana y se había vuelto hacia ella con expresión vacía.

—Tú eres Uriel —murmuró con voz apagada—. Uriel tiene tu cara...

—Vaya, ¿te has dado cuenta? —replicó Diana sorprendida—. Es cierto, el logotipo de la corporación, que, como sabéis, es un ángel, tiene mi cara. Mi cara de cuando



tenía doce años... La propia Leah la dibujó. Pero me sorprende que me hayas reconocido... He cambiado mucho desde entonces.

Las palabras de Diana ejercieron sobre Deimos el efecto de una descarga eléctrica. Fue como, si, de pronto, volviese a la realidad.

—No has cambiado tanto —dijo, observando sus rasgos con atención—. No... Eres perfectamente reconocible. Cualquiera se daría cuenta.

Cassandra lo miró con aprensión, adivinando que, para Deimos, aquellas palabras contenían una confesión mucho más importante de lo que Diana sospechaba. También Martín notó algo raro en la expresión de su amigo; pero antes de que pudiera preguntarle nada, una voz robótica anunció a través de los altavoces que estaban aproximándose a una tormenta. Inmediatamente, los ojos de buey de la cabina quedaron recubiertos por unas persianas aislantes y se activó el escudo estático que debía proteger la lona metalizada del globo.

—Estamos sobrevolando el cráter Mutch, uno de los más grandes de esta zona —explicó Diana—. Tiene más de doscientos kilómetros de diámetro... En esta región, las tormentas aún son bastante frecuentes. Nada comparable a las viejas tormentas secas, claro; pero, aún así, hay que ser precavidos, así que será mejor que os abrochéis los cinturones.

Justo en ese instante, una violenta sacudida hizo oscilar la barquilla del dirigible, obligando a Martín a aferrarse a su asiento para no salir despedido. Las luces verdes del techo parpadearon, y por un momento dio la impresión de que iban a apagarse definitivamente.

—No os preocupéis, estos trastos son mucho más seguros de lo que parecen —les tranquilizó Diana—. Resisten muy bien las turbulencias... Un poco de paciencia y todo habrá terminado.

De nuevo experimentaron una brusca sacudida, y luego el aparato descendió rápidamente en la vertical, para remontar a continuación con la misma velocidad. Era como deslizarse por una invisible montaña rusa... Martín creyó que iba a vomitar, pero al cabo de un rato, su organismo empezó a acostumbrarse a aquellos vaivenes continuos. A pesar de las persianas protectoras, el roce del viento cargado de polvo contra la superficie de la barquilla producía un ruido ensordecedor. Parecía que la tormenta se desplazaba con ellos, porque el tiempo pasaba sin que las embestidas de la tempestad remitieran.

—Esto se está complicando. Vamos a subir —gritó Diana, para hacerse oír por los demás.

Introdujo una orden en el programa de vuelo e, inmediatamente, el aparato inició un prolongado ascenso en diagonal. De pronto, el ruido cesó. Las persianas exteriores se abrieron y a través de las redondas ventanillas vieron un cielo oscuro y cuajado de estrellas.



—La tormenta ha quedado debajo —anunció Diana—. Aún estamos bastante lejos de Arendel... Lo mejor sería que intentaseis descansar un rato. Os avisaré cuando estemos a punto de llegar, para que no os perdáis la vista aérea de la cuenca de Hebes.

A diferencia de lo que solía ocurrirle, Martín se durmió casi instantáneamente. Alejandra, con la cabeza reclinada en su hombro, no tardó en imitarle... Cuando se despertaron, el sol entraba a raudales por las redondas ventanillas, artificialmente agrandado por la lupa orbital.

Alejandra alzó la cabeza y Martín estiró los brazos para desentumecerse. Casandra y Deimos ya estaban despiertos y conversaban en voz baja. Selene y Jacob seguían dormidos.

—Justo a tiempo —dijo Diana, advirtiéndoles que se habían despertado. Si miráis hacia abajo, un poco al sudoeste, distinguiréis ya los destellos de Arendel. ¿Veis? Es aquello...

Martín miró hacia donde Diana les señalaba. Allá abajo, en mitad de una interminable meseta de rocas, se veía una gran mancha oscura y, sobre ella, breves destellos de colores que reverberaban de un modo extraño al sol.

—Esos reflejos los produce el material transparente de la cúpula —explicó Diana—. Una membrana orgánica con permeabilidad selectiva... Probablemente, una de las estructuras más grandes creadas jamás por el hombre. Pensad que tiene más de trescientos kilómetros de largo y casi doscientos de ancho en algunos puntos. Pero es muy fina... Su consistencia podría compararse a la de la seda. Aún así, tardamos más de seis meses en ajustarla.

—Pero una estructura así, tan grande, tiene que ser muy frágil, ¿no? —dijo Alejandra—. ¿No hay peligro de que se caiga?

—La presión atmosférica del interior de la cuenca es algo mayor que la del exterior. Eso hace que el aire de dentro presione naturalmente hacia fuera, sosteniendo el peso de toda la estructura. Mientras la diferencia de presión entre el interior y el exterior se mantenga, no hay peligro de que se caiga.

—¿Y nunca se rompe? —preguntó Martín—. Si es tan fina como la seda, no sé, cualquier cosa podría desgarrarla.

—A pesar de su delgadez, es muy resistente. A veces se acumula polvo en su superficie, o nieve, y se produce alguna pequeña rotura. Pero los reparadores moleculares recorren toda la membrana diariamente y arreglan los desperfectos. Hasta ahora, nunca se ha producido ningún daño de importancia.

El dirigible comenzó a descender lentamente hasta situarse a unos trescientos metros por encima del borde oriental de la cuenca. Allí, en una amplia explanada salpicada de luces rojas y amarillas, se encontraban las pistas de anclaje del aeródromo. Medio kilómetro más al oeste, la pared de la cuenca, que descendía





abruptamente a una profundidad de más de seis mil metros, parecía tallada en cristal. Al fondo, bajo la transparencia reverberante de la cúpula, se veía un denso bosque salpicado de torres plateadas y de lagos intensamente azules.

El dirigible descendió lentamente hasta quedar flotando a pocos metros de la superficie rosada de la pista. Los robots echaron el ancla y luego sujetaron los amarres de la barquilla a los postes de anclaje. Finalmente, desplegaron una escalerilla metálica, por la cual descendieron los viajeros con los monos aislantes y las mascarillas puestas.

—Tomaremos un ascensor de superficie para bajar hasta Arendel —dijo Diana—. Las vistas merecen la pena... Lástima que lleguéis en un momento tan triste para la ciudad. Normalmente, Arendel es un lugar alegre, muy agradable para vivir. Aunque quizá yo no soy objetiva... Para mí, Arendel es mi hogar. He crecido aquí, y en mi opinión no existe un sitio más bonito.

Los chicos la siguieron por la cinta deslizante que comunicaba la pista de anclaje privada de Diana con los ascensores de superficie. Al final de la pista se encontraba la cámara de adaptación que daba acceso al interior de la cúpula. Visto de cerca, el delgado material transparente del que estaba hecha aquella inmensa estructura brillaba como las alas de una libélula al sol.

Desde la cámara de adaptación se pasaba directamente al ascensor de superficie, que, en realidad, se parecía más a una cabina de teleférico que a un ascensor. En cuanto estuvieron instalados, la propia Diana accionó la palanca de descenso, y el aparato comenzó a bajar muy despacio, pegado a la pared vertical de la cuenca.

Aquella pared recubierta enteramente de cristales reflectantes era, en realidad, la responsable de que a Arendel se le hubiera dado el sobrenombre de «La Ciudad Infinita». Sin aquellos espejos, la ciudad no habría podido existir. Gracias a ellos, la luz del sol llegaba hasta las zonas más profundas de la cuenca, que, de otro modo, habrían permanecido eternamente hundidas en las sombras. Pero su función no se limitaba a reflejar las radiaciones solares para iluminar el valle inferior; era mucho más compleja... En realidad, todos aquellos acantilados recubiertos de cristales funcionaban como una inmensa central solar. En su superficie, millones de células solares de puntos cuánticos captaban la energía del sol, transformándola en electricidad. Diana les explicó por encima su funcionamiento mientras descendían.

—La idea del acantilado de cristal fue de Marcia, otra de mis madres adoptivas. Ella fue la que diseñó las primeras células solares de puntos cuánticos... Tardó más de una década en lograrlo, pero finalmente lo consiguió. Un ochenta por ciento de las radiaciones solares que inciden en las células se aprovecha... Es maravilloso.

—Pero, si es tan bueno, ¿por qué no se utiliza más? —preguntó Jacob—. En la Tierra, solo algunos electrodomésticos de lujo llevan células de puntos cuánticos...

—Es un material muy caro de producir —repuso Diana—. Esa es su principal limitación... Aquí, en Arendel, podemos permitirnoslo. Al fin y al cabo, es un



producto de Uriel, y cuando Leah, Marcia y Phillis diseñaron la ciudad, decidieron que no repararían en gastos. Querían que Arendel fuera una especie de utopía hecha realidad, un ejemplo que pudiera mostrar a toda la Humanidad lo lejos que se podía llegar en cuanto a comodidad y belleza en una ciudad no terrestre. Los costes fueron desproporcionados, pero mereció la pena. Uriel podía permitírselo... ¿Y qué mejor forma de emplear la riqueza acumulada por una corporación que materializar el sueño de sus fundadoras? Las criticaron mucho, pero yo creo que hicieron bien.

Martín observó a través de las ventanillas del ascensor el reflejo del cielo salpicado de nubes en la pared de espejos del acantilado. Un poco más abajo, lo que se reflejaba ya no era solo el cielo, sino los acantilados de la meseta central de la cuenca, también cubiertos de cristal. Y ambas paredes, a su vez, reflejaban los bosques, las granjas, los campos de cultivo, los lagos intensamente azules y las torres plateadas que se alzaban a su alrededor. Aquellos reflejos hacían que, en apariencia, la ciudad se extendiese en todas direcciones hasta el horizonte... Arendel, La Ciudad Infinita. Verdaderamente, era un nombre perfecto para un lugar tan mágico como aquel.

—Si no fuera por la epidemia, esta sería una época especialmente bonita para visitar la ciudad —suspiró Diana—. Dentro de una semana se celebra el Festival de Artemisa, la fiesta marciana del año nuevo. Coincide con el comienzo de la primavera... Normalmente, todas las puertas de la ciudad se engalanan con flores, y se sueltan lamparillas flotantes en los bosques, y barquitos de cristal iluminados con bombillas doradas en los lagos. Todo cobra un aspecto mágico... La fiesta concluye con *La caza de la Luna*: soltamos un enorme globo lleno de gas luminoso y dejamos que flote a la deriva durante toda la noche. Luego, al amanecer, un arquero lo derriba mediante un disparo de flecha. Cada año, se elige como arquero a la persona que mayores logros artísticos, intelectuales o científicos haya conseguido en los veinticuatro meses anteriores. Es nuestra forma de darle las gracias por sus aportaciones a la comunidad. Al final, cuando el arquero derriba la «luna», se realiza un espectáculo de fuegos artificiales y se da por concluida la fiesta. La verdad es que es una celebración muy bonita. Viene gente de todo Marte para verla.

Diana se quedó callada por un momento, frunciendo levemente sus perfectos labios.

—¿Sabéis quién quiere ser el arquero este año? —dijo de pronto—. Hiden. Solo tengo que hacerle una llamada para decirle que acepto su chantaje. Inmediatamente, me hará llegar varios cargamentos con el antídoto de la neumonía, a condición de que yo le proclame el salvador de la ciudad y proponga su candidatura como Arquero de Artemisa para la fiesta de la próxima semana.

Nadie supo qué responder a aquello. Continuaron bajando en medio de un denso silencio.

—Este año no vendrá nadie de fuera al festival —añadió Diana con la vista fija en los espejos del acantilado—. Probablemente nos impongan la cuarentena esta misma



semana... Y, aunque no fuera así, la noticia de la epidemia está empezando a extenderse. Nadie querrá arriesgarse a un posible contagio.

El ascensor ralentizó su velocidad hasta detenerse completamente en medio de una gran plaza ovalada. En el centro de la plaza había una fuente cuyos gráciles chorros se elevaban a una altura inimaginable en la Tierra y se entrelazaban entre sí formando complicados arabescos. Alrededor, bellos edificios de paredes curvas y plateadas componían un elegante conjunto arquitectónico. En la plaza había también media docena de olmos bastante altos. Los reflejos de la pared acristalada de la cuenca danzaban en sus hojas, mecidas por una suave brisa artificial.

—La plaza Julio Verne —explicó Diana, guiando a sus acompañantes a través del pavimento de mosaicos verdeazules. El nombre fue idea de Leah... Fue ella quien diseñó todos esos edificios. Su casa es aquella de allí, la del friso de delfines. Si queréis, podemos detenernos un momento a saludarla. Ella está en contacto permanente con el hospital... Nos contará cómo ha ido todo en las últimas horas.

Encontraron a Leah en un pequeño huerto situado en la terraza trasera de la casa. Era una mujer de unos setenta y cinco años, con los cabellos grises muy cortos y unos grandes y risueños ojos verdes. Conservaba una figura espléndida para su edad, y se notaba por su elegancia al caminar que había pasado la mayor parte de su vida en Marte y que estaba perfectamente adaptada a las exigencias de la gravedad marciana. La llegada a su casa de un grupo de adolescentes acompañando a su hija adoptiva no pareció sorprenderla en absoluto. Por el contrario, daba la impresión de que estaba esperando aquella visita, y en seguida quedó claro que la identidad de los recién llegados no era ningún enigma para ella.

—Has tardado, Diana —dijo a modo de saludo—. Creí que llegarías más pronto... Otros dos niños han entrado en coma, y han hospitalizado a cinco más. Y ha llegado un comunicado de la ONU... Nos deniegan el permiso de traslado de la población infantil a las colonias del sur. Dicen que ya es demasiado tarde para eso.

Diana asintió, preocupada.

—Sí, lo suponía. Dédalo tiene mucha influencia en el Consejo de Salud de la ONU, y las demás corporaciones están aterroradas. Nadie nos ayudará, ni siquiera Prometeo. El recuerdo de lo ocurrido en la Luna pesa demasiado. Tendremos que arreglárnoslas solos.

Leah se volvió entonces hacia los chicos.

—Si Hiden se entera de que los has traído aquí, nos pondrá las cosas todavía más difíciles —murmuró—. Pero, desde luego, no tiene por qué enterarse.

—Ellos pueden ayudarnos, Leah. Su sistema inmunitario es algo completamente fuera de lo corriente... Y, además, lo más probable es que ya hayan sido expuestos al virus durante su etapa de colaboración con Dédalo. Pueden proporcionarnos los anticuerpos que necesitamos.



La anciana sonrió.

—Confío en que así sea —dijo—. He ordenado que les preparen un alojamiento junto al hospital, como me dijiste. Deneb y su equipo les están esperando allí para extraerles muestras de sangre en cuanto lleguen. Si ellos están de acuerdo, por supuesto.

Todos asintieron rápidamente, incluso Alejandra, a pesar de que ella no poseía las características inmunológicas de sus compañeros.

Sintiendo que cada minuto que pasaba podía empeorar aún más la situación, Diana decidió trasladarlos de inmediato al lugar donde el equipo médico mencionado por Leah los estaba esperando. Un descapotable solar los condujo hasta las inmediaciones del hospital, a unos treinta kilómetros de la Plaza Julio Verne. Durante el trayecto, los chicos tuvieron oportunidad de admirar la equilibrada mezcla de vegetación y espacios urbanizados que se había convertido en la principal seña de identidad de Arendel.

El hospital se encontraba al final de un bulevar sombreado de castaños de Indias, frente a un tranquilo lago de aguas intensamente violetas. La casa en la que iban a vivir estaba muy cerca, en la misma orilla del lago y junto a un pequeño puerto deportivo. Como todos los edificios que habían visto en Arendel, tenía una fachada curva y plateada, con enormes ventanales de cristal y, sobre ella, un cuidado jardín que hacía las veces de tejado. Dentro, en un apartamento decorado con frescos abstractos de vivos colores, encontraron a la joven doctora que debía ocuparse de extraerles las muestras sanguíneas, rodeada de robots.

—Deneb os explicará el protocolo que piensa seguir para obtener vuestros anticuerpos —dijo Diana—. Yo tengo que irme ahora, quiero hablar con las familias de los últimos afectados... Si necesitáis algo, usad el intercomunicador restringido que os dio Herbert para poneros en contacto conmigo.

Es posible que Dédalo haya logrado infiltrar a sus agentes incluso aquí, en Arendel.

Deneb era una joven de origen afroamericano que destacaba sobre todo por su extraordinaria estatura. Llevaba un complicado peinado con largos mechones de su oscura melena sueltos y otros recogidos mediante finas trenzas plateadas. Martín recordó que su nombre hacía alusión a la estrella Deneb, que era el equivalente marciano de la estrella polar en la Tierra, ya que se encontraba situada aproximadamente sobre el eje de rotación del planeta, y por lo tanto se podía utilizar en cualquier época del año para localizar el norte.

—Diana me ha explicado lo de vuestro sistema inmunológico —dijo después de saludarlos—. Es el sueño de cualquier médico especializado en enfermedades infecciosas... ¿Quién de vosotros es Jacob Seferis? Cuando estudiaba, hice un trabajo sobre tu caso. Nunca pensé que tendría la oportunidad de conocerte personalmente. Bueno, ¿estáis listos?



Cuando los jóvenes asintieron, Deneb procedió a extraerles muestras de sangre ella misma. Al parecer, consideraba sus anticuerpos demasiado preciosos como para dejar aquella tarea en manos de robots. Estaba a punto de realizar la última extracción en el brazo de Selene cuando oyeron llegar una nueva visita. Se trataba de una mujer algo mayor que Leah, un poquito regordeta y vestida con un alegre mono floreado.

—No podía esperar más, estaba deseando conoceros —dijo, avanzando hacia ellos con los brazos abiertos y una gran sonrisa iluminándole el rostro—. Los chicos que han puesto en ridículo a Hiden... Solo por eso, ya me caéis bien. Soy Marcia, no sé si Diana os ha hablado de mí.

—¡Marcia, la inventora de esos espejos cuánticos! —exclamó Jacob, entusiasmado—. Diana nos explicó algo de ellos en el ascensor; es fantástico...

—Espera a ver lo que ha inventado ella, y luego ya no te parecerán tan fantásticos —suspiró Marcia con afectada resignación—. En fin, supongo que es ley de vida que los hijos superen a los padres... Diana no es mi hija, claro, pero para mí es como si lo fuera. Ella siempre dice que tiene tres madres... Seguro que también os lo ha dicho a vosotros.

Los chicos asintieron sonriendo. El buen humor de la anciana tenía algo de contagioso.

—A Phillis también le habría encantado conoceros, pero tuvo que irse esta mañana a La Doble Hélice para asistir a una reunión especial del Consejo de Salud —explicó la mujer intercambiando una rápida mirada con Deneb—. Quieren imponernos una cuarentena... Ella intentará impedirlo, aunque, la verdad, no creo que lo consiga. Vosotros sois nuestra última esperanza... Pero no hay por qué preocuparse, ¿eh? Vuestro sistema inmunológico no nos fallará.

Al principio, en efecto, pareció que el optimismo de la anciana estaba justificado. Los ensayos clínicos realizados a partir de la sangre de Jacob, Martín, Selene y Casandra dieron resultado de inmediato... La misma tarde de su llegada a Arendel, Deneb acudió al apartamento de los chicos para comunicarles que habían hallado anticuerpos específicos contra el virus de la neumonía infantil en las muestras que les habían extraído. Y en grandes cantidades, además... Lo único que tenían que hacer era repetir las extracciones unas cuantas veces y clonar aquellas moléculas en el laboratorio para fabricar un suero curativo.

—En dos días tendremos listo el antídoto —les explicó con evidente satisfacción—. Se lo inyectaremos a los pacientes infectados y, después, a esperar... El antídoto terminará con el virus, pero quizá, en los casos más graves, el daño sufrido por el hígado y los riñones no se pueda reparar del todo. Seguramente, en uno o dos casos como mínimo tendremos que recurrir al trasplante hepático... Pero incluso en esos casos lograremos salvar a los pacientes. ¡Y todo gracias a vosotros!

Al día siguiente, Phillis, la tercera de las madres adoptivas de Diana, regresó de su



viaje relámpago a La Doble Hélice con buenas noticias. Por lo visto, había conseguido una moratoria para la cuarentena de Arendel. No había sido fácil, pero su experiencia y sus grandes dotes de negociadora habían terminado persuadiendo al resto de los miembros del Consejo de Salud para posponer su decisión definitiva en relación con la epidemia. Les habían dado de plazo hasta el sol 4 de sagittarius, un día marciano después de la clausura del Festival de Artemisa. Si todo iba bien, para entonces el antídoto ya habría comenzado a hacer su efecto... ¿Qué cara pondría Hiden cuando se enterase de que su plan no había dado resultado? Su furia sería tan grande que, probablemente, intentaría alguna acción directa contra la ciudad. Pero Arendel estaba bien preparada para afrontar cualquier tipo de ataque. Diana y las tres presidentas honorarias de Uriel eran célebres por su capacidad de previsión. Cualquier intento de sabotaje o atentado terrorista terminaría en un fracaso, y a Hiden no le quedaría más remedio que aceptar su derrota.

Cuando por fin estuvo listo el antídoto para la neumonía, Deneb se lo administró en primer lugar a los pacientes más graves. La reacción de sus organismos fue muy rápida. En apenas veinticuatro horas, todos ellos salieron del coma, y al tomar muestras de sus órganos internos se observó que la cantidad de partículas virales había descendido drásticamente. La alegría de todo el equipo médico fue tan inmensa, que en seguida convocaron una rueda de prensa para hacer público el éxito del tratamiento. La población de Arendel reaccionó de inmediato. La gente llenó las calles coreando los nombres de Diana y de Deneb y cantando alegres canciones festivas. La euforia desencadenada por el final de la epidemia se mezcló con el ambiente mágico y entrañable que solía impregnar la ciudad en vísperas del Año Nuevo. Ya nadie parecía recordar que, apenas tres días antes, las autoridades municipales habían decidido suspender las celebraciones del Festival de Artemisa... Incluso empezaron a llegar los primeros turistas procedentes de las otras regiones habitadas de Andrómeda. Los hoteles estaban casi tan llenos como en años anteriores. Las buenas noticias se habían difundido por todas las colonias marcianas, y, como suele ocurrir siempre al final de todas las catástrofes, eran muchos los curiosos dispuestos a viajar a Arendel solo para ver con sus propios ojos cómo se recuperaba la ciudad del impacto producido por la epidemia y poder luego relatárselo a sus parientes y amigos.

Pero había entre los muchos visitantes que acudieron a la ciudad en aquellos días uno que no compartía aquellas motivaciones. Cuando, en el puesto del control de los ascensores, le hicieron rellenar un impreso explicando las razones de su visita, se limitó a consignar su deseo de entrevistarse con Diana Scholem. El funcionario del puesto de vigilancia, al leer su petición, se quedó mirándolo con mal disimulada suspicacia. A decir verdad, el aspecto un tanto desaliñado y salvaje del individuo no invitaba a confiar en él... Aún así, el funcionario, acostumbrado a las excentricidades de la presidenta de Uriel, se encargó de hacerle llegar la solicitud del recién llegado a través de un correo especial. La respuesta de Diana se hizo esperar más de doce horas, pero finalmente llegó: recibiría a aquel tal Detroit Johnson en la Casa del Lago,





donde Diana solía pasar los fines de semana. Y aquella invitación iba acompañada de un salvoconducto especial para atravesar la aduana sin pasar por los controles de equipajes.

Detroit parecía ligeramente acobardado cuando se presentó ante Diana Scholem. Se había puesto un pantalón algo menos mugriento de lo habitual para la ocasión, y se había recogido los recién lavados cabellos en una atildada trenza, lo que disminuía considerablemente la apariencia de ferocidad del indomable roquero.

La presidenta de Uriel lo recibió en una terraza que daba al lago, decorada con macetas de naranjos y limoneros. Martín estaba con ella. Diana había dudado al principio acerca de la conveniencia de hacerle acudir a la entrevista con el roquero. Pero el mensaje de Detroit era bien claro: tenía algo para él, algo relacionado con su padre... Antes o después, el muchacho tendría que saberlo, y era lo suficientemente maduro como para encajar directamente la noticia. De modo que, al final, Diana optó por avisarle. En todo caso, ella permanecería a su lado en todo momento, por lo que pudiera pasar.

Detroit les saludó con una casi imperceptible inclinación de cabeza.

—He venido por lo que hablamos —anunció abruptamente, mirando a Martín—. Estuve preguntando por ahí, buscando... Jade, al principio, se opuso, pero al final decidió colaborar. Y, bueno... tenemos algo.

Martín tragó saliva antes de decidirse a hablar.

—¿Una botella? —preguntó, llevándose instintivamente la mano al corazón, como si quisiera contener la violencia de sus latidos.

—No exactamente —repuso Detroit—. Una réplica... Una copia clandestina del contenido de una botella. Los traficantes lo hacen habitualmente: Entregan el mensaje original a los familiares del preso y se quedan con una copia, según dicen por seguridad.

—¿Eso quiere decir... que encontraron una botella de mi padre?

Detroit asintió.

—Hace *más* de *seis* meses. Se la ofrecieron inmediatamente a tu madre... y ella pagó todo lo que le pidieron a cambio. Al parecer, era la primera que recibía en todos estos años.

Martín sintió un apretado nudo en la garganta y tuvo que hacer un gran esfuerzo para ahogar un sollozo.

—¿Has traído la copia? ¿Qué... que dice?

Por toda respuesta, Detroit se sacó del bolsillo trasero del pantalón un arrugado plástico de escritura y se lo tendió. Estaba cubierto de apretados caracteres manuscritos, uniformemente distribuidos por toda su superficie. Martín tuvo que esperar a que las lágrimas que le enturbiaban los ojos rodasen por su mejillas para



poder leer.

El mensaje decía lo siguiente:

*Querida Sofía; mi pequeña, amada y valiente Sofía: Me imagino lo duros que han tenido que ser todos estos años para ti. No hace falta que te diga que para mí no han sido mejores... No vale la pena entrar en detalles, pero, al menos, quiero que sepas esto: sigo vivo, sigo resistiendo, y todavía no me he vuelto loco. Es más, a estas alturas, y después de todo lo que he sufrido aquí, no creo que haya nada ya que pueda hacerme enloquecer. A menos que...*

*Necesito que pongas mucha atención a lo que tengo que decirte, Sofía. Hiden me ha contado lo de Martín. Sí, Hiden en persona... Caershid es prácticamente un feudo suyo, por increíble que te parezca. Me ha contado lo de su sistema inmunitario, lo de sus asombrosas capacidades mentales... También lo de su misterioso origen, lo de los otros chicos que son como él. Me ha dicho que estuvo utilizándolo para experimentar con sueros antivirales durante algún tiempo, y que luego él logró escapar junto con los otros chicos. Ignoro si me está diciendo la verdad; aquí, como puedes imaginarte, no tengo ninguna manera de saberlo. Pero una cosa sí me ha quedado clara: Martín le interesa muchísimo, más que yo, incluso. Me ha dicho que, si accedo a convencer a nuestro hijo de que vuelva con él, me sacará de Caershid. No es que yo le crea, por supuesto; conozco a Hiden lo suficiente como para saber que jamás cumpliría una promesa semejante. Y, aunque fuera cierto, nunca entregaría a nuestro hijo a cambio de mi libertad, y Hiden lo sabe. Pero ¿qué ocurrirá si le propone ese mismo trato a Martín? Él sí podría creerle. Hiden le ofrecería garantías, le tendería alguna trampa... y volvería a tenerlo en sus manos.*

*Sofía, debes impedir a toda costa que eso ocurra. Hiden me ha dicho que Martín ha huido de las instalaciones donde Dédalo le tenía confinado, y que, desde entonces, anda desaparecido. Si mantienes contacto con él, adviértele de que no acepte jamás un trato con Hiden en relación conmigo. Si no sabes dónde está, intenta encontrarlo y conseguir la protección de la corporación Ki para él. Yang, el presidente de Ki, es el único ahora mismo que puede protegernos de Hiden. Es su aliado, y Hiden no haría nada que pudiese poner en peligro esa alianza. No me preguntes cómo lo sé, no hay tiempo para explicaciones. Pero hazme caso. Me he enterado de que escribes guiones para Juegos de Arena; eso, quizá, podría abrirte las puertas de la Ciudad Roja. Yang no razona cuando se trata de sus juegos, es su punto débil... Aprovéchalo, y consigue por ese medio la protección de Ki para Martín.*

*No sé si mi anterior botella llegaría a tus manos. La mayoría se pierden en el espacio profundo... Y quizá esta tampoco alcance nunca su destino. Pero, si acaso te llega, quiero que sepas que te quiero, y que nunca, en todos estos años de sufrimiento, he dejado de pensar en ti. Tú y Martín sois mi esperanza; por vosotros sigo resistiendo, por vosotros resistiré hasta el final, sea cual sea. Seguimos siendo fuertes, más fuertes de lo que Hiden puede llegar siquiera a sospechar... No todo está perdido. Le venceremos, le venceremos con sus propias armas.*

*Cuídate, Sofía. Cuídate y cuida a nuestro hijo. Volveremos a estar juntos algún día, estoy seguro. Y, en cuanto a lo del origen de Martín, no dejes que te preocupe: sea quien sea y venga de donde venga, nosotros le hemos educado; y tiene más en común con nosotros que con*



*ninguna otra persona o personas en el mundo. Creo que le hemos enseñado algo importante: el valor de la libertad. Jamás renunciará a esa enseñanza, ocurra lo que ocurra. Y nunca, nunca, dejará de ser nuestro hijo.*

*Un beso, amada. Un largo y tierno y salvaje y apasionado beso del que, a pesar de todo, sigue siendo el hombre que sueña contigo cada día,*

*Andrei Lem.*

Martín se limpió las lágrimas con el dorso de la mano y leyó la carta de nuevo. Reconocía en cada frase, en cada expresión, el tono valiente y optimista de su padre. Después de tantos años sin verle, casi había olvidado la energía que irradiaban siempre sus palabras... Leer su firme y apretada letra manuscrita era casi como tenerlo delante. Y, una vez más, demostraba su generosidad preocupándose por su hijo, en lugar de temer por su propia vida. Ni siquiera mencionaba las presiones a las que estaba siendo sometido por parte de Hiden, según lo que Leo les había contado en la Luna. No quería preocupar a su mujer describiéndole una situación que, de todas formas, ella no podía remediar. Andrei siempre había sido un hombre práctico; no se habría arriesgado a escribir aquella carta si no hubiese estado convencido de que los peligros que mencionaba en ella eran muy reales. Pero, por esta vez, había habido suerte: la afortunada casualidad que había hecho llegar aquel mensaje a las manos de Martín impediría que Hiden se saliese con la suya.

Mientras trataba de recobrarse un poco de la emoción que sentía, escuchó la deshilvanada conversación que se había entablado entre Detroit y Diana. Con su habitual brusquedad, Detroit acababa de preguntar si habían muerto muchos niños de neumonía infantil en los últimos días. Sorprendida, Diana le estaba aclarando que la epidemia no se había cobrado todavía ninguna víctima, y que, afortunadamente, habían hallado un suero capaz de controlarla. Aquello pareció desconcertar enormemente al roquero.

—Pues las noticias que se difundieron ayer por la tarde en Biblis y en el resto de las colonias no eran esas —repuso ceñudo—. En los noticiarios de la noche dijeron que había surgido un nuevo brote de la enfermedad y que ya había doscientas cuarenta y tres víctimas mortales en Arendel. La gente está aterrorizada. Si no se declara pronto la cuarentena, son capaces de venir ellos mismos a bloquear el aeropuerto de Arendel y sus salidas por carretera.

Diana le miró con incredulidad.

—Pero eso es absurdo —dijo—. Aquí también oímos los noticiarios globales que emite Dragonfly para toda Andrómeda y no han dicho nada de eso. A no ser que...

Se interrumpió bruscamente, comprendiendo de pronto lo que había ocurrido.

—Dragonfly está controlada por Ki —murmuró—. Sospechaba que la alianza entre Dédalo y Ki era más sólida de lo que sus presidentes quieren hacernos creer, pero esto... Da la impresión de que actúan de común acuerdo.



Detroit se encogió de hombros.

—No entiendo nada de la política de las corporaciones —repuso con indiferencia—. Lo único que sé es que ahí fuera se está cociendo algo... y que no tiene buena pinta.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Diana, estremeciéndose involuntariamente.

Olvidando por un momento sus recientes emociones, Martín caminó también hacia Detroit con expresión interrogante.

—¿Es que Uriel no tiene espías ahí fuera? —preguntó el hombre con hosquedad—. ¿Tengo que ser yo el que le cuente a su presidenta lo que ya debería saber desde hace horas?

Diana le miró directamente a los ojos.

—Uriel está segura aquí en Marte —dijo con un ligero temblor en la voz—. Es nuestro territorio desde los primeros tiempos de la terraformación... Sembrar Andrómeda de espías sería... sería como llenar de espías tu propia casa.

—Allá vosotros —replicó Detroit desviando la mirada—. Pero deberíais pensar en toda esta gente que vive aquí... Aunque solo sea por ellos, deberíais hacer un esfuerzo por enteraros de lo que está pasando.

—Bueno, ¿y qué es lo que está pasando? —preguntó Martín con impaciencia.

Detroit se volvió hacia él, y Martín pudo leer en los rasgos del lugarteniente de Jade una auténtica preocupación.

—Nausikaa, la ciudad marciana de Kokoro, se encuentra relativamente cerca de aquí, en la cuenca de Juventae. Los noticiarios de madrugada anunciaron que habían aparecido dos casos de neumonía infantil en la ciudad. También dijeron que el Consejo Municipal se había reunido a última hora de la noche para evaluar la posibilidad de enviar tropas a Arendel con el objetivo de forzar el establecimiento de una cuarentena inmediata.

Al oír aquello, Diana palideció.

—Tenemos buena relación con las autoridades de Nausikaa —murmuró—. No puedo creer que...

—Están asustados —le interrumpió Detroit—. No desean una guerra abierta contra Arendel, solo quieren impedir que la epidemia se siga propagando.

—¡Pero si la epidemia está controlada! —repuso Diana casi gritando—. ¡Todo eso de los muertos no es más que un falso rumor difundido por instigación de Hiden!

Detroit alzó una mano extendida y se llevó la otra al corazón, un gesto de paz típico de los miembros de su tribu.

—Tranquilízate, hermana —dijo solemnemente—. Piensa con la cabeza. Quizá lo de los dos casos de Nausikaa no sea falso... Quizá deberíais tratar de negociar con



ellos. Un ejército de Kokoro... no hace falta que te diga que es lo más peligroso que le puede pasar a tu ciudad.

Martín se estremeció. Había leído cosas bastante siniestras acerca de los soldados de Kokoro. Estaban dotados de ruedas neurales de última generación infinitamente más sofisticadas que las que se comercializaban para usos civiles. A través de aquellas prótesis, se les imbuían las emociones necesarias en cada momento del combate: odio, agresividad, audacia, rabia, deseos de venganza... Pero eso no era todo. La coordinación de efectivos que podían lograr aquellas fuerzas gracias a la transmisión simultánea de una misma orden al cerebro de miles de soldados no tenía parangón en la historia militar de la Humanidad. Las tropas de Kokoro actuaban como un solo organismo, por lo que resultaba casi imposible vencerlas. Todas las bases y ciudades de aquella corporación contaban con un nutrido destacamento de aquellas tropas de élite, entrenado principalmente en labores defensivas. Kokoro no utilizaba aquellas fuerzas nada más que en situaciones límite; de ordinario, le bastaba con el efecto disuasorio que ejercía su sola mención para lograr sus objetivos. Pero, si los habitantes de Nausikaa, dominados por el miedo, presionaban a sus gobernantes... Quizá estos ordenasen a las tropas que atacasen el asentamiento de Uriel sin piedad, y aquello marcaría el inicio de una nueva etapa de hostilidad entre las dos corporaciones.

—¿Y las demás ciudades? —preguntó Diana, esforzándose por imprimir a su voz un ritmo sereno y pausado—. ¿Qué opinan de todo esto?

Detroit reaccionó con una expresiva mueca.

—¿Y yo qué sé? No me dedico al espionaje —contestó, aparentemente ofendido—. He oído que en Pramana, la ciudad de Atmán, han prohibido la entrada a todos los viajeros procedentes de Arendel, lo mismo que en Fuosing y en las aldeas de Alba, la región controlada por Rainbow. En Al Qahira no tienen ese problema, claro; su perímetro siempre está blindado al paso de todas las personas ajenas a la corporación Nur, no necesitan hacer nada especial.

—¿Y Dal, la ciudad de Prometeo? —preguntó Diana.

—Los noticiarios no han dicho nada sobre ellos —repuso Detroit—. Supongo que todavía no habrán decidido con quién quieren alinearse.

—Dédalo, por supuesto, se habrá apresurado a echar leña al fuego...

Detroit asintió, y a Martín le pareció captar un destello de miedo en sus ojos.

—Hiden ha salido haciendo unas declaraciones acerca de la conveniencia de aprobar la cuarentena para Arendel cuanto antes. Todo en un tono muy mesurado... Pero lo grave no es lo que dice, si no lo que está haciendo. Él también está concentrando tropas... Tiene miles de hombres acampados en las laderas de Olimpo.

Diana le miró como si se hubiese vuelto loco.

—¿En Olimpo? Eso es imposible —afirmó con total convicción—. A esa altura, la



presión atmosférica es tan baja que hay que llevar botellas de oxígeno y trajes especiales. ¿Quién iba a elegir un sitio como ese para concentrar sus fuerzas militares?

—Alguien que desea ocultar lo que está haciendo durante todo el tiempo que pueda —contestó Detroit—. Olimpo es una reserva natural; supuestamente está prohibido instalarse allí... No hay sistemas de vigilancia ni bases de las otras corporaciones. Es un lugar perfecto para Hiden.

—Pero Dédalo no cuenta con tanto territorio en Andrómeda como para reclutar una fuerza militar de importancia —objetó Diana—. Su concesión en la torre de la Doble Hélice es muy reciente, y no creo que albergue a más de diez mil habitantes... De un lugar así es imposible sacar un ejército. Y no ha podido traer gente de la Tierra, eso se habría sabido; todos los transportes interplanetarios tienen que pasar por los controles de la ONU...

—Nosotros no pasamos esos controles, y conseguimos llegar —dijo Detroit sonriendo—. Otros podrían hacer lo mismo.

Diana alzó los hombros con impaciencia.

—No es lo mismo transportar a seis críos que transportar un ejército —aseguró—. ¿Cuántas naves como la vuestra harían falta para traer a toda esa gente? ¿Tienes una idea del número de efectivos que puede haber reunido Dédalo en Olimpo?

—Unos setenta mil —respondió Detroit—. Esos son, al menos, los cálculos de Jade.

Diana abrió la boca, asombrada, y luego la volvió a cerrar sin decir palabra.

—¿Y quieres hacerme creer que todos ellos han llegado de la Tierra clandestinamente, sin que nadie en la Doble Hélice se enterase?

Detroit asintió con una mueca.

—El problema es que, si Kokoro ataca Arendel, las fuerzas de Dédalo se apresurarán a acudir en su ayuda —dijo—. Estaríamos hablando de un ejército formidable dispuesto a lanzarse sobre la ciudad... Y todo ello con la aprobación tácita del resto de las colonias marcianas, que, después de conocer las noticias difundidas ayer, no ven otro modo de hacer frente a la epidemia.

—¡Todo esto es una locura! —exclamó Diana, sin poder contener por más tiempo su indignación—. ¿Es que de verdad *nos* van a atacar basándose en un rumor sin ningún fundamento? Pero si, hasta ayer mismo, han estado llegando turistas para el festival de Artemisa... ¿Cómo ha podido cambiar todo tan deprisa?

—El poder de los medios —dijo Detroit con desdén—. Pueden convencer a la gente de cualquier cosa.

—Pues hay que lograr que rectifiquen. No puede ser tan difícil demostrar que han mentido. Basta con convencerles para que vengan a Arendel y vean *lo* que está ocurriendo con sus propios ojos. ¡La neumonía está controlada, solo tienen que





enviar observadores para comprobarlo!

En ese momento, oyeron pasos a sus espaldas. Martín, Diana y Detroit se volvieron instantáneamente. En el umbral de la puerta, la anciana Leah miraba a su hija adoptiva con expresión demudada.

—La epidemia no está controlada, Diana —dijo, en respuesta a las palabras que acababa de oír—. Siete de los niños que habían sido dados de alta en el hospital han tenido que ser ingresados de nuevo; dos de ellos se encuentran en estado crítico. El virus ha mutado, ahora es resistente al suero curativo... Y no se me ocurre nada que podamos hacer.



## Capítulo 12. Las mariposas del Edén

Casandra se despertó en mitad de la noche con la sensación de que algo no andaba bien. De inmediato, le asaltó la certeza de que Deimos se había levantado y estaba solo en el tejado-jardín del apartamento. Sin un instante de vacilación, se calzó las zapatillas, se puso una bata y se deslizó en silencio por las escaleras metálicas que conducían a la parte superior del edificio.

Encontró a Deimos sentado bajo los arcos de la rosalada, con la vista fija en la hierba húmeda. Diminutos focos de luz semiocultos entre las plantas salpicaban el jardín de fulgores plateados, combinándose artísticamente con las sombras nocturnas.

Deimos se sobresaltó al distinguir la silueta de Casandra. La miró fijamente durante unos segundos y luego volvió a concentrar su atención en las puntiagudas hojas del césped. Casandra caminó hacia él en silencio y se sentó a su lado. Entre las rosas blancas que se entrelazaban con los arcos metálicos por encima de su *cabeza*, se observaban retazos del cielo negro y cuajado de estrellas. La cúpula transparente que aislaba la cuenca de Hebes del resto de la atmósfera marciana no distorsionaba en lo más mínimo aquellos diminutos puntos brillantes. La Tierra... Allí estaba, algo más al sur, resplandeciente y azulada.

—¿No te parece que ya va siendo hora de que hablemos? —preguntó Casandra suavemente, sin dejar de mirar el cielo.

Notó el desasosiego de Deimos al oír su pregunta, la forma en que se removía sobre el banco de madera sintética, incómodo.

—¿Hablar de qué? —preguntó con desgana.

Casandra buscó su mirada en la penumbra plateada del jardín.

—De lo que te pasa, Deimos —repuso después de un instante—. De lo que te preocupa... De lo que te viene preocupando desde que viste por primera vez a Diana.

Deimos se estremeció de un modo tan violento que Casandra se asustó.

—¿Qué ocurre? Tiene que ser algo muy grave para que no hayas sido capaz de pronunciar más que monosílabos desde que llegamos a Arendel. Es Diana, ¿verdad?

Deimos se pasó una mano por la frente, como intentando ordenar sus ideas.

—Es muy hermosa, ¿a que sí? —preguntó, alzando los ojos hacia las estrellas.

Casandra tardó unos segundos en contestar.

—Por supuesto que lo es —dijo, y Deimos notó que no había sorpresa en su respuesta—. Pocas veces he visto una mujer tan guapa... Parece un ángel —añadió,



mirando significativamente a su amigo.

Él captó lo intencionado de aquel último comentario.

—Sí —confirmó con voz apagada—. Parece un ángel. Es un ángel; es Uriel... Ya lo sabías, ¿no?

—Lo imaginaba —confirmó Casandra—. Te he estado observando todos estos días, recordando las cosas que decía Aedh... No ha sido difícil atar los cabos. Los áreteos representan a Uriel con el rostro de Diana, ¿no?

Deimos asintió despacio. En la mirada que dirigió a Casandra se leía una curiosa mezcla de fatiga, tristeza y alivio.

—Eres muy perspicaz —murmuró—. Los otros no se han dado cuenta...

—Los otros no están tan interesados en saber lo que te pasa como yo. Aunque me parece que Martín se huele algo... He visto cómo mira a Diana cuando tú estás presente; es como si intentase verla a través de tus ojos.

—Martín es un buen amigo —asintió Deimos—. Supongo que estará desconcertado con mis reacciones de estos días... Desde que llegamos, he estado rehuyendo a todo el mundo.

—Sí, eso lo han visto todos. Debe de ser un golpe terrible para ti... El ángel Uriel, convertido de repente en una mujer de carne y hueso, más aún, en la presidenta de una corporación energética. ¿Cómo crees que ha podido ocurrir?

Deimos se frotó los ojos con las manos y luego la miró con una sonrisa llena de desesperación, una sonrisa que a Casandra le pareció aterradora.

—He estado dándole vueltas, y solo se me ocurren dos posibilidades —contestó, eligiendo con cuidado sus palabras—. Una, que los primeros artistas áreteos se inspirasen para sus retratos de Uriel en viejas imágenes de Diana. Ya sabes cómo son las tradiciones religiosas... Una vez que se instala un modelo iconográfico para sus representaciones, puede mantenerse durante siglos sin ningún cambio.

—Entonces, todo sería fruto del azar...

—Más o menos. Supongo que esa gente elegiría la imagen de Diana por algún motivo, quizá únicamente porque les gustó el nombre tan espiritual de su empresa. Sin embargo, con el tiempo, esos motivos iniciales se habrían ido olvidando, y al final el rostro de Diana quedó asociado a las representaciones de Uriel de un modo permanente. Tiene sentido, ¿no crees?

Casandra lo miró con fijeza.

—¿Lo crees tú? —preguntó.

Deimos desvió la mirada y permaneció inmóvil durante unos segundos. Luego, alzó la mano derecha para cortar una de las rosas blancas que pendían sobre ellos y, llevándosela a la nariz, aspiró con fruición su perfume.



—Quisiera creerlo —dijo finalmente—. Pero no lo creo. Y no lo creo por una razón muy simple... Vosotros. Si la relación entre Diana Scholem y el areteísmo fuese puramente casual, los ictios no os habrían enviado aquí.

Casandra asintió con la cabeza. Era evidente que ella también había estado reflexionando sobre ello.

—Deberíamos haberlo imaginado en cuanto nos dijisteis que Uriel era el nombre de vuestro principal profeta —murmuró.

Deimos se giró con viveza hacia ella.

—Profeta no es la palabra adecuada —le corrigió—. Se trata, más bien, de nuestro guía espiritual... De un símbolo del areteísmo.

—Como quieras —replicó Casandra con impaciencia—. El caso es que, desde aquel mismo momento, deberíamos haber pensado que se trataba de una coincidencia un tanto sospechosa. Uriel, el nombre del fundador del areteísmo, es a la vez el nombre de una de las grandes corporaciones de nuestra época... Deberíamos haber atado cabos de forma inmediata.

Notó que Deimos apretaba deliberadamente el tallo espinoso de la rosa que había cortado contra la palma de su mano. Luego lo apartó, y Casandra pudo ver las marcas sangrientas de un par de espinas profundamente grabadas en su piel.

—Aedh lo hizo —dijo mirándola—. Aedh ató los cabos ... Intuyó lo que pasaba en cuanto vimos aquel camión con el distintivo de Uriel en Medusa. Eso fue lo que le hizo perder la cabeza.

Casandra le cogió la mano herida entre las suyas y acarició delicadamente las huellas del reciente y afilado contacto que las había lacerado.

—Pero tú conservarás la tuya, ¿verdad? —preguntó, sin poder disimular el miedo que sentía—. Quizá la explicación de todo esto no sea tan terrible como piensas... Aunque, en realidad, no sé lo que estás pensando —añadió, confusa.

—¿Y qué quieres que piense? —repuso el joven con la voz quebrada, incapaz de contener por más tiempo sus emociones—. ¿Que todo el areteísmo se basa en un monumental engaño? ¿O tal vez en una equivocación grotesca? Sí, solo se me ocurren esas dos opciones; y no sé cuál de las dos es peor... No sé si conservaré la cabeza, como tú dices, Casandra. Solo sé que no va a ser fácil; hay momentos en que me siento al borde de la locura.

Casandra siguió apretando la mano del joven entre las suyas, intentando pensar con rapidez.

—Quizá no todo sea tan absurdo como parece a simple vista —murmuró—. Diana es una mujer excepcional... Y está a punto de hacer algo maravilloso por todos nosotros; va a renunciar a su monopolio de la energía solar para poner a disposición de todo el mundo los diseños de esos nuevos paneles que ha creado... ¿No crees que



eso podría bastar para que la Historia la recordase como una especie de ángel benefactor de la Humanidad? No habría ningún engaño en eso; ni, mucho menos, una equivocación, ¿no te parece?

Deimos reflexionó unos instantes, sorprendido por aquel argumento, que, evidentemente, él no había llegado a plantearse.

—No lo sé; tal y como tú lo dices, es verdad que no suena tan absurdo — admitió—. Incluso tiene sentido...

—Piénsalo — insistió Casandra con un brillo nuevo en la mirada—. Si yo estuviese en lo cierto, Diana sería la verdadera Uriel, no una falsificación. ¿No te parece maravilloso? Creí que era eso lo que querías, averiguar cuáles eran las raíces del movimiento areteico...

Pero Deimos no parecía compartir en absoluto su entusiasmo.

—Tú no lo entiendes — dijo con tristeza—. Ninguna persona real, por maravillosa que sea, puede estar a la altura de la idea que yo tengo de Uriel. Para mí, Uriel tiene que ser un ángel, un ente sobrehumano. Si veo hacer algo sobrehumano a Diana, entonces me alegraré, me postraré a sus pies y le rogaré que me perdone por mis dudas. Pero, hasta ahora, todo lo que he visto de Diana es demasiado humano... Demasiado humano — repitió, meneando la cabeza—. Y eso sin mencionar los rumores que corren acerca de su vida.

—Si te refieres a lo que dicen por ahí de sus relaciones sentimentales con Óscar Sampras y con Víctor Kovaniev, no veo qué tiene eso de malo — replicó Casandra con cierto enfado—. Esos tipos no eran ningunos criminales... fueron probablemente los cerebros más brillantes de su época, los inspiradores del movimiento antiglobalización.

—Pero ella era muy joven cuando se lió con ellos; hay quien dice que fue culpa suya que se distanciasen...

—¡Tonterías! ¿Por qué iba a ser ella la culpable de eso? ¡Estoy harta de que se siga juzgando a las mujeres por su vida amorosa, y no por sus aportaciones en el mundo laboral, o en el intelectual! ¡Y ahora veo que tú haces lo mismo, a pesar de venir de una maravillosa civilización del futuro! ¡Pues, si esto es una muestra de lo que va a progresar la humanidad en los próximos mil años, francamente, es para echarse a llorar!

Deimos se encogió de hombros, ofendido.

—No estaba juzgando la vida privada de Diana — se defendió—. Ni siquiera se me habría pasado por la cabeza hacer algo así... Lo único que digo es que, si fuera el ser luminoso y espiritual en el que yo creo, no habría perdido su juventud enredándose en complicadas historias amorosas. No creo que sea una afirmación tan disparatada.

—Tienes una idea muy pobre de lo que puede aportar una historia amorosa a la evolución espiritual de una persona — replicó Casandra en tono de reproche—.



Supongo que opinas lo que la mayoría de la gente, que la espiritualidad está reñida con los afectos particulares. Solo los que no aman a nadie pueden aspirar a la iluminación... Pues que se queden con su iluminación; a mí no me interesa.

Deimos se dio cuenta de que la conversación había dado un giro hacia lo personal.

—No quería decir eso —dijo rápidamente—. No quería decir que el amor y la espiritualidad sean incompatibles... Ni siquiera los perfectos lo piensan. La mayoría de ellos están casados; mi padre, por ejemplo.

Un ruido en la escalera les hizo volverse. Era Martín.

—¿Tú tampoco puedes dormir? —le preguntó Casandra a modo de saludo.

—Estaba buscando a Alejandra —contestó el muchacho—. ¿La habéis visto? No está en la casa, y a estas horas... Estoy preocupado.

—No la he visto en toda la tarde —dijo Casandra—. Selene y yo la estuvimos esperando para dar un paseo por el lago, pero no apareció. Supusimos que estaría contigo...

—Vino a buscarme a casa de Diana, y, cuando se enteró de lo del rebrote de la epidemia, insistió en ir al hospital. Quería ver a los niños afectados, se ha encariñado mucho con uno de ellos... Yo la acompañé, y luego regresamos juntos. Estuvimos cenando en La Peonza, el restaurante ese que va girando. Después vinimos aquí y nos fuimos a dormir. O eso creía yo... El caso es que me he despertado con un mal presagio, he ido a verla, y no estaba.

Casandra y Deimos miraban a Martín aturridos por aquel diluvio de información.

—¿De qué rebrote hablas? —preguntó Deimos—. No hemos oído nada...

—Estaba en casa de Diana cuando Leah se presentó con la noticia —explicó Martín—. Parece ser que el virus ha mutado; se ha vuelto resistente a nuestros anticuerpos. Y eso no es lo peor... Hiden está manipulando a todo el mundo para que impongan la cuarentena a Arendel, y Kokoro ha empezado a reunir un ejército para atacar la ciudad.

Deimos y Casandra se miraron sin saber qué decir. Ambos habían creído hasta aquel momento que la epidemia de neumonía infantil se encontraba ya totalmente controlada.

Martín se dejó caer junto a ellos en el banco de madera sintética y acarició distraído las hojas del rosal más cercano.

—Estaba muy rara cuando nos dimos las buenas noches —murmuró—. Me refiero a Alejandra... La conozco; se pone así cuando se le mete una idea en la cabeza que no sabe cómo racionalizar. Puede pasarse días buscando argumentos para explicarse a sí misma esa obsesión; y, hasta que los encuentre, evitará a toda costa hablar del asunto. Le está dando vueltas a algo, estoy seguro. Pero me saca de quicio que quiera mantenerme al margen.





—Pero ¿en qué crees que puede estar pensando? —preguntó Deimos—. ¿En algo relacionado con los niños de la epidemia?

—Creo que sí —repuso Martín pensativo—. Durante la cena estuvo muy callada... Y luego, empezó a hablar del Jardín del Edén. «¿Te acuerdas de esto? ¿Te acuerdas de lo otro?» Yo no me acordaba de muchas de las cosas que me decía, y se enfadó un poco, aunque luego se le pasó y volvió a la carga. Creo que estaba intentando distraerse para no pensar en los niños del hospital.

—¿Quieres que salgamos a buscarla? —propuso Casandra—. Arendel es muy grande, pero no creo que se haya ido demasiado lejos... Conoce la ciudad tan poco como nosotros.

—Sí, será lo mejor —aceptó Martín—. Seguramente estará paseando junto al lago... Querrá estar sola para intentar aclarar sus ideas. ¡Espero que no se lo tome a mal cuando nos vea!

Salieron a la fresca noche primaveral de Arendel con la misma ropa que llevaban en casa. La cúpula transparente que cubría la ciudad actuaba también como un aislante térmico, creando un benigno microclima que nada tenía que ver con el duro invierno del resto del planeta.

Nada más salir, Martín se fijó en un disco plateado que flotaba en el aire, justo sobre la Mesa de Cristal, como llamaban todos en Arendel a la meseta central de la cuenca de Hebes.

—¡La Luna de Artemisa! —exclamó Casandra, siguiendo su mirada—. Es verdad, la soltaban esta noche... ¡Se supone que ya han empezado las fiestas de Año Nuevo!

A pesar de lo avanzado de la hora, encontraron bastante gente en el paseo del lago, caminando y charlando en voz baja. Casi todos acababan de descender de un barco procedente de la Mesa de Cristal. Venían de presenciar la ceremonia de inauguración de la Fiesta de Artemisa, pero no parecían especialmente contentos. Seguramente, a esas alturas ya todos estarían enterados del nuevo brote de neumonía y de las amenazas que la ciudad de Nausikaa había lanzado sobre Arendel. Martín escuchó a un par de jóvenes discutiendo acerca de la conveniencia o no de aceptar la cuarentena. Más allá, una mujer les explicaba a sus amigas que había intentado obtener un pasaje para viajar a Dal, la ciudad de Prometeo, y le habían dicho que los vuelos se habían suspendido. Bastaba observar los rostros tristes y agotados de todos para comprender que la situación se estaba deteriorando por momentos. Si las autoridades de Arendel no actuaban con rapidez, todo indicaba que no tardaría en desatarse el pánico.

Encontraron a Alejandra sentada en un banco frente a la escultura holográfica de Afrodita que adornaba uno de los extremos del paseo. Parecía embebida en la observación de aquel fantasmal cuerpo desnudo, indolentemente reclinado sobre un falso montículo de hierba. Una mujer dormida... A ambos lados de la Afrodita, había otros dos hologramas abstractos formados por manchas tridimensionales de color



que flotaban en el aire, uniéndose o separándose en una compleja e interminable danza.

Alejandra no pareció muy sorprendida al ver llegar a sus compañeros. Martín se quedó impresionado al ver las grandes ojeras que ensombrecían sus párpados y las dos arrugas verticales que surcaban su frente, haciéndole parecer mucho mayor de lo que era en realidad.

—Antes te pregunté por las mariposas del Jardín del Edén, ¿te acuerdas? —dijo mirando a Martín.

Este asintió con la cabeza.

—Sí; yo no las vi, pero me lo contaste entonces... Y hoy, durante la cena, me lo has vuelto a recordar. Estaban en un invernadero o algo así, ¿no? Y eran de colores intensos, púrpuras, rojos y dorados... Te llamaron mucho la atención.

Alejandra se volvió hacia Deimos y Casandra.

—En la puerta de aquel invernadero, había un cartel de «Peligro de Muerte». Y yo nunca había visto mariposas como esas, ni en el Jardín ni en ningún otro lugar. Hasta hoy.

Martín entendió de pronto lo que estaba pasando.

—¿Hoy has vuelto a ver una de esas mariposas? —preguntó casi en un susurro.

—En el hospital —confirmó Alejandra—. Estaba en un pasillo. Al principio no sabía por qué me había llamado tanto la atención. Pero claro, estamos en Marte, y la primavera empieza hoy... Choca ver una mariposa dentro de un edificio. Así que intenté no darle más vueltas... Hasta que, durante la cena, me acordé. Era igual, exactamente igual que aquellas mariposas del Jardín. Me acordé de la señal de peligro con una calavera dibujada, y también de las orugas diminutas, totalmente transparentes, que bullían en el interior del invernadero. No he podido quitarme esa imagen de la cabeza en toda la noche.

—¿Tú crees que...? —murmuró Casandra, sin decidirse a completar la frase.

Alejandra clavó un momento la mirada en el holograma de Afrodita, tratando de ordenar sus pensamientos.

—Antes pregunté a unos ancianos que pasaban si había muchas mariposas en Arendel. Me contestaron que últimamente se han puesto de moda los jardines de mariposas. Prácticamente en todas las casas de la ciudad hay uno. No ocupan demasiado espacio, y son muy baratos de mantener. Se importan mariposas tropicales, y otras diseñadas genéticamente por Rainbow. Se las instala en un invernadero lleno de flores, ¡y ya está! Algunas se escapan, es inevitable. Pero lo normal es que no sobrevivan mucho tiempo fuera de los hábitats especialmente diseñados para ellas.

—¿Y estás segura de que era la misma clase de mariposa? —preguntó Martín—.



Puede tratarse de un diseño parecido...

—Era la misma, estoy segura. Y también estoy segura de que tiene algo que ver con la epidemia. Pensadlo. No han encontrado la forma de contagio del virus. Esta podría ser la explicación... Un insecto que actúa como vector de transmisión. Nadie pensaría en eso en una colonia marciana.

—Pero los vectores de transmisión suelen ser animales que pican, o muerden —objetó Martín—. De esa forma transmiten el virus. Las mariposas no hacen ninguna de las dos cosas... ¿No has pensado en eso?

Alejandra se apartó un mechón de cabello de la cara.

—Puede que esas mariposas hayan sido modificadas genéticamente y sean capaces de picar o de morder. No lo sé, no tengo ni idea... Pero Diana tiene que saber esto. Si estoy en lo cierto, no será difícil demostrarlo.

—Vayamos ahora mismo a casa de Diana —sugirió Martín—. Ya está amaneciendo... Seguramente ya habrá vuelto de la ceremonia de comienzo de las fiestas, pero, con todo lo que está pasando, no creo que se haya ido a dormir.

A todos les pareció bien la idea. Deimos se acercó a uno de los postes comunicadores del paseo para llamar un taxi automático, y pocos minutos después, un pequeño vehículo transparente en forma de globo y completamente vacío aparcó a su lado. Martín dio en voz alta la dirección de Diana y el taxi comenzó a rodar con suavidad por la cinta plateada de la carretera.

La carretera atravesaba un gran parque lleno de frondosos árboles mezclados con graciosas casitas individuales. Toda Arendel era así: agua y árboles mezclados con edificios, en una combinación tan armoniosa que no recordaba nada a las ciudades terrestres. Se parecía, más bien, a la idea que Martín se hacía de pequeño de los bosques encantados...

La puerta de cristal de la casa de Diana se abrió instantáneamente en cuanto el reflejo de sus visitantes activó sus sensores. Encontraron a la joven presidenta de Uriel en el pabellón de la piscina, nadando. Al verlos, salió en seguida del agua y, envolviéndose en un esponjoso albornoz blanco, se sacudió su larga cabellera dorada, que normalmente siempre llevaba recogida. Casandra observó a Deimos con el rabillo del ojo, y no le gustó advertir la turbación que se había apoderado de él al ver a su ángel del futuro en una actitud tan humana.

Mientras tanto, Alejandra ya había empezado a explicarle su descubrimiento a la presidenta de Uriel, quien, a juzgar por la intensa gravedad de su expresión y por el modo en que dejó caer al suelo la toalla sin tan siquiera darse cuenta, no parecía considerar en absoluto absurda aquella asociación de ideas de la muchacha.

—Las mariposas... ¿Cómo no pensamos antes en ello? Nadie habría podido imaginar que una mariposa pudiese actuar como vector de transmisión de un virus... Por eso, justamente, es probable que Dédalo pensase en utilizarlas. Ahora mismo



daré las órdenes necesarias para que tomen muestras en todos los jardines de mariposas de la colonia y se analicen exhaustivamente. Si tienes razón, Alejandra, podríamos acabar con todo esto antes de lo que Hiden se imagina... ¡Espero que no sea demasiado tarde!

El día siguiente amaneció plomizo y desapacible. Sobre la cuenca de Hebes, espesas nubes de color arena cubrían el cielo, obstaculizando el paso de los rayos del sol. Un murmullo lejano que recordaba el sonido del mar indicaba que la lluvia había comenzado a caer sobre la cúpula. Los campos eléctricos del tejido habían sido activados para desviar las gotas hacia los bordes de la estructura, donde se encontraban los colectores de agua. Vista desde el interior aquella cortina líquida que resbalaba constantemente sobre sus cabezas parecía velar los contornos de las nubes, deformándolos de un modo hartamente curioso. Los habitantes de Arendel, poco habituados a aquel espectáculo, miraban al cielo con evidente disgusto. La lluvia desluciría los festejos de Año nuevo, haciendo que la falsa

Luna de Artemisa apareciese tan solo como lo que era, un globo hinchado de gas que rebotaba una y otra vez contra el tejido invisible de la cúpula, muy por debajo del lugar que habría debido ocupar una luna verdadera en el cielo. En todos los años que llevaba celebrándose aquella festividad, nunca había sucedido algo parecido... A pesar de los progresos de la terra-formación, la lluvia continuaba siendo un fenómeno bastante excepcional en aquella zona de Marte. No solía producirse más de una docena de veces en un año marciano... El hecho de que, esta vez, el acontecimiento meteorológico hubiese coincidido con la fiesta de Artemisa y con el rebrote de la epidemia fue interpretado por muchos como un mal augurio. Martín nunca dejaba de asombrarse de lo supersticiosa que podía llegar a mostrarse la gente en situaciones desfavorables... Irritado por las caras de funeral que veía por todas partes y por los retazos de conversaciones que captaba, plagados de lúgubres alusiones a los últimos rumores que corrían por la ciudad, decidió refugiarse en casa. Alejandra se había ido al hospital, y Selene y Jacob habían acudido a los laboratorios virológicos junto con Leah, a esperar el resultado de las pruebas efectuadas sobre los ejemplares de mariposas requisados por orden de Diana. Él había preferido quedarse con Deimos y Casandra y dar un nuevo paseo junto al lago... Pero, después de media hora de charla deshilvanada e incoherente, comprendió que no estaba de humor para conversar con nadie. Además, sus amigos le agradecerían la oportunidad de quedarse solos durante un rato... Se despidió de ellos con una vaga disculpa y regresó al bonito apartamento que compartían.

Casi sin pensar en lo que hacía, Martín abrió mecánicamente el cajón superior de la cómoda donde guardaba sus efectos personales y sacó el Tapiz de las Batallas. Hacía tiempo que no entrenaba con él, desde el viaje en el Ophir... Inspeccionó las paredes en busca del lugar mejor iluminado para iniciar una sesión, y, una vez que lo hubo encontrado, colgó el tapiz y se fue en busca de la espada.

Se situó en posición de ataque frente al complicado diseño que formaba el



entramado del tejido y esperó a que los hologramas se activasen. Poco a poco, la imagen de su padre biológico empezó a definirse ante sus ojos. En esta ocasión, Erec iba vestido de un modo diferente al de otras veces: Llevaba una diadema plateada con un gran zafiro engarzado y una coraza resplandeciente con la silueta de un barco negro y azul en el centro.

—Martín, mi querido hijo —murmuró el holograma con un tono de afecto que hasta entonces no había empleado nunca—. Es mucho lo que has aprendido desde la primera vez que nos encontramos... Esta será mi última y definitiva lección.

Martín se envaró, decepcionado.

—¿Qué quieres decir? ¿No vas a volver a aparecer?

—Yo no he dicho eso —contestó el holograma de Erec—. Apareceré siempre que actives el tapiz del modo adecuado y podremos entablar un combate de entrenamiento. Pero ya no tendré nada nuevo que enseñarte... Lo que te falta para llegar a dominar tu espada no puedo enseñártelo yo.

—¡Pero lo que me falta es muchísimo! —se lamentó Martín—. No puedo hacerla aparecer y desaparecer cuando lo deseo, ni siquiera conozco su nombre... Aún tengo mucho que mejorar.

La imagen de Erec asintió con la cabeza.

—Es cierto, pero yo no puedo acompañarte en ese camino —contestó en tono grave—. Tendrás que esperar a que el verdadero Erec tome mi relevo... Es mucho lo que puedes aprender de él, Martín. Lances que ni siquiera podrías imaginar... Pero, para eso, antes habrás tenido que alcanzar un dominio de tu propia mente que muy pocos hombres han logrado a lo largo de la Historia. Tendrás que iniciarte en la Orden del Silencio.

—¿La Orden del Silencio? —repitió Martín—. ¿Qué demonios significa eso?

La imagen de Erec apartó de su rostro un mechón de cabellos rubios y miró fijamente al muchacho antes de responder.

—Mi última lección no consistirá en un combate, sino en la revelación de ciertos secretos relacionados con el arma que te ha correspondido heredar —dijo por fin—. Ya es hora de que te hable de los Caballeros del Silencio... La Orden fue fundada por Kirshaar, el forjador de las espadas fantasma, y su origen está indisolublemente ligado al de las espadas.

—Una orden de caballeros... Suena algo medieval.

—No me interrumpas —ordenó Erec en tono perentorio—. Quizá no dispongamos de mucho rato... Un combate se puede dar por terminado en el instante en que uno quiera, pero una explicación exige empezar por el principio y terminar por el final. Y eso lleva tiempo... De modo que no me interrumpas y escucha con atención lo que tengo que decirte.



»La espada fantasma, como ya sabes, es un arma muy especial. Puede desplazarse en el tiempo en respuesta a las órdenes de su dueño... Pero, para llegar a dominar la espada, primero hay que aprender a dominar el tiempo; esa fue la enseñanza más profunda de Kirshaar.

—Un hombre no puede dominar el tiempo —dijo Martín, olvidando la advertencia que acababa de recibir—. Es su esclavo... Todos somos esclavos del tiempo, eso es algo tan evidente que hay que estar ciego para negarlo.

—Es cierto que la mayoría de los hombres viven como esclavos del tiempo. Pero los Caballeros del Silencio no. Kirshaar indagó en las más oscuras tinieblas de la mente humana y encontró la forma de liberarse del yugo del tiempo. No existe un método sencillo para lograrlo, desde luego. Hay que entrenarse durante años, y se trata de un proceso difícil y doloroso. Pero se puede conseguir... Todo el que quiera dominar una espada fantasma tiene que conseguirlo.

Erec calló para tomar aliento, como si fuese una persona de verdad y no un fantasmagórico holograma. Luego habló de nuevo:

—Este traje que llevo porta los emblemas de los caballeros de la Orden creada por Kirshaar: la diadema de zafiros y el barco negro y azul. Yo pertenezco a esa Orden, lo mismo que Gael y que su hijo Deimos.

—¿Y Aedh? —preguntó rápidamente Martín—. Él también maneja la espada, según creo...

—Aedh comenzó su adiestramiento como Caballero del Silencio, pero renunció a completarlo al empezar su iniciación como perfecto.

—¿Todos los perfectos son caballeros del Silencio?

El holograma de Gael lanzó una sonora carcajada.

—Desde luego que no —repuso, todavía riendo—. La mayoría ni siquiera conoce la existencia de la Orden... Las enseñanzas de los caballeros del Silencio se transmiten de padres a hijos o de maestro a discípulo, y, aunque están basadas en los preceptos del areteísmo, van mucho más allá de lo que ha llegado jamás la jerarquía de los perfectos.

De pronto, el rostro noble y apuesto de Erec cambió bruscamente de expresión, tornándose severo y triste. Martín pensó que aquella brusca transición del holograma no habría sido posible en una persona real.

—El tiempo no es una ilusión, pero la percepción que los hombres tenemos de él sí lo es. Sentimos que nos arrastramos de un instante a otro irremediablemente, moviéndonos a lo largo de un camino sin retorno. Sin embargo, objetivamente el tiempo no es más que una dimensión física como las tres dimensiones espaciales. Una dimensión más... en nada diferente de las otras. Está ahí, en el universo, rodeándonos, formando parte del tejido de la realidad. Pero nuestra mente no la experimenta de ese modo, sino como una sucesión de instantes.





El holograma dejó de hablar y miró a Martín atentamente, como si estuviese intentando averiguar hasta qué punto había comprendido sus palabras.

—Sin embargo, el hombre también puede experimentar el tiempo de otra manera. Puede dilatarlo o contraerlo a voluntad con su mente, porque el pensamiento contiene al tiempo, y no el tiempo al pensamiento. Ese fue el gran descubrimiento de Kirshaar: El hombre puede experimentar el instante, pero también la eternidad. Todo depende de la perfección de su conciencia.

—Todo eso me suena demasiado místico —dijo Martín.

Erec vertió sobre él una terrible mirada de reprobación.

—Si eso es lo que crees, lo lamento por ti, porque estarás renunciando a una de las mayores riquezas que se le pueden ofrecer a un ser humano: el dominio del tiempo.

—No es que no crea en lo que dices; es que no consigo imaginarme cómo puede llegar a lograrse algo así... ¿Cómo se hace?

Los rasgos del holograma de Erec se suavizaron.

—No existe una receta mágica para llegar a conseguirlo —repuso amablemente—. Hay que practicar. Pero la base de la técnica empleada por los Caballeros del Silencio consiste en dilatar cada instante de su vida llenándolo al máximo de experiencias mentales. Piénsalo: ¿de qué depende nuestra vivencia del tiempo? De lo lleno o vacío que esté ese tiempo, ¿no es verdad?

Martín asintió con la cabeza, y el holograma repitió su gesto.

—Si en un minuto experimentamos muchas cosas distintas, ese minuto se nos hará muy largo. Si no hacemos nada, ni tan siquiera pensar en él, ese minuto pasará volando... Lo que intentamos los Caballeros del Silencio es llenar cada minuto de la máxima cantidad posible de pensamientos, recuerdos y sensaciones. Se requiere mucha práctica para llegar a hacer eso sin volverse loco. La mayor parte de la gente rehuye el esfuerzo mental y psíquico; nosotros hacemos lo contrario... Esa es la primera parte de nuestro aprendizaje. La segunda consiste en aprender a pensar en nuestra vida desde fuera del tiempo. Eso es más difícil aún que lo primero... Para lograrlo, hay que vencer todo egoísmo y concebir el universo como un todo del que formamos parte. De esa manera, conseguimos relativizar la importancia de cada instante concreto de nuestra vida. No lo vemos como el instante decisivo, sino como uno más dentro del continuo infinito de instantes que forma el entramado del universo. Es un pensamiento muy tranquilizador y reconfortante, créeme.

Martín comenzó a vislumbrar la profundidad de aquella forma de entender la vida. Dominar el tiempo llenándolo o vaciándolo de experiencias a voluntad... Liberarse de su tiranía pensando, no solo en el instante que estamos viviendo, sino en la armonía inquebrantable de ese instante con todos los que se han sucedido antes y con los que vendrán después... Así dicho, eran solo palabras. Pero, si uno consiguiera llevar a la práctica esos principios, ¿cómo sería su existencia? Su percepción del



mundo y de los seres humanos tendría que cambiar.

—¿Por qué os llamáis los Caballeros del Silencio? —le preguntó al holograma de Erec.

Comprendía que era una pregunta un poco tonta, si uno pensaba en los innumerables interrogantes que se podían plantear después de oír las explicaciones de Erec. La imagen del guerrero, sin embargo, no dio muestras de impacientarse en lo más mínimo.

—Para llenar o vaciar de experiencias mentales cada instante de nuestra vida, hace falta haber logrado previamente una total independencia de las perturbaciones ambientales. Esos es lo que Kirshaar llamó «Hacer silencio». Sin silencio, no puede haber independencia mental, y sin independencia mental no es posible dominar el tiempo. Pero no te equivoques... El silencio del que habla Kirshaar no es un silencio literal, ni exterior a nosotros. Es un silencio que nosotros mismos debemos crear. No importa que a nuestro alrededor se esté celebrando una ruidosa fiesta... Un caballero del Silencio tiene tal dominio de su mente que puede llegar a abstraerse completamente del entorno y no oír nada más que el rumor de sus propios pensamientos.

La sonrisa que se dibujó entonces en el rostro de Erec le pareció a Martín extrañamente pálida y desvaída.

—¿Y el Tapiz no puede enseñarme esas técnicas? —preguntó.

—No, Martín. Ya te he dicho que tendrá que ser el verdadero Erec quien lo haga.

—A veces se me olvida que tú no eres él. Quiero decir que... pareces tan real...

—Tengo mucho del verdadero Erec. El tapiz registra todos los datos de los guerreros que alguna vez se han entrenado luchando contra él; no solo sus imágenes, también sus reacciones, sus palabras... Lo almacena todo en su memoria y, con esos datos, crea un nuevo holograma instructor para futuros usuarios del tapiz. Tú también formas parte ahora de esa memoria, Martín. Algún día, los guerreros del futuro se entrenarán luchando con un holograma tuyo.

Esa información sorprendió mucho a Martín.

—¿Eso quiere decir que yo ya formo parte del tapiz? O sea, que un buen día, cuando me ponga delante de él esperando a que aparezca un contrincante, en lugar de aparecer tu holograma, o el de Kirshaar, podría aparecer mi propia imagen...

—No, eso no puede ocurrir. El tapiz está dotado de un sistema de seguridad para impedir que un combatiente se vea enfrentado a su propio holograma. Es una precaución de gran importancia... Piensa que, si un guerrero tuviese que medirse consigo mismo, el duelo no terminaría jamás: los dos rivales tendrían exactamente la misma habilidad, y conocerían a la perfección las intenciones y el modo de luchar de su contrincante. En esas condiciones, el combate se convertiría en un círculo vicioso, y no habría forma de ponerle fin. El guerrero que se viese sometido a una prueba



semejante probablemente terminaría enloqueciendo o muriendo de agotamiento.

Martín miró atentamente su espada y se la pasó de una mano a otra. Después, dirigió nuevamente su atención al holograma de Erec.

—Entonces, ¿hoy no vamos a luchar? —preguntó.

Le pareció que la imagen se desdibujaba por un momento antes de responder:

—No, Martín. Hoy ya hemos luchado. Yo te he enseñado algo acerca de la Orden del Silencio, y tú te has resistido a aceptar esa enseñanza. Es un primer paso... Ahora, solo tienes que meditar cuidadosamente mis palabras y dejar que vayan calando poco a poco en tu mente. Por el momento, eso será todo... La próxima vez que nos encontremos, seré un adversario mudo, concentrado únicamente en vencerte y no en mostrarte nuevos lances. Es una fase distinta del entrenamiento... Más parecida a los combates reales, y, por lo tanto, muy necesaria.

—Pero yo nunca voy a necesitar combatir en serio. Estamos en el siglo XXII, la gente no va por ahí desafiando a los demás a vida o muerte...

—Nunca se sabe —dijo Erec.

Y su imagen se fundió con tanta rapidez en la escena de batalla del tapiz que, antes de que Martín tuviera tiempo de contestar, ya había desaparecido.

El joven envainó lentamente su espada y la guardó en el cajón del que la había sacado. Luego, hizo lo propio con el Tapiz de las Batallas. La casa seguía en silencio, un silencio tan profundo que casi daba miedo. Según Erec, el silencio era una condición imprescindible para aprender a controlar el ritmo de los pensamientos y, de ese modo, llegar a dominar el tiempo. Pero, en ese momento, Martín percibió la total ausencia de ruidos como una agresión, como una presencia hostil que amenazaba con destruirlo... Perturbado por aquella idea, salió precipitadamente a la calle, ansioso por oír al menos el lejano rumor de la lluvia sobre la cúpula o el suave oleaje del lago.

Justo en ese momento, vio descender de un coche a Selene, Jacob y Alejandra.

—No sabía que estabais juntos —balbuceó, desconcertado.

—Ellos han venido a buscarme al hospital —repuso Alejandra—. Han encontrado el virus en las larvas de la Mariposa Morgana... Las larvas son casi transparentes, y están por todas partes. Nadie se explica cómo han podido invadir los cultivos de Arendel con tanta rapidez. No hay una hoja de lechuga, ni una coliflor ni un tomate que no estén contaminados. La gente se infecta al comer... Y lo peor de todo es que el virus ha mutado de nuevo, y ahora afecta también a los adultos.

Martín iba a decir algo, pero Jacob se le adelantó.

—Eso no es lo peor de todo, Alejandra —dijo—. Lo peor es que no hay pruebas que demuestren la implicación de Dédalo en todo esto... Las mariposas Morgana son una creación de la corporación Rainbow. La primera partida llegó a Marte en un



crucero hace cuatro meses. Según consta en los registros del puerto espacial, procedía directamente de Arrecife.

—¡Pero eso no puede ser! —contestó Martín—. Alejandra vio esas mariposas en el Jardín del Edén. Eso ya es una prueba contra Dédalo...

—No es más que la palabra de una fugitiva contra una de las corporaciones más poderosas del mundo —repuso con tristeza la muchacha—. Ningún tribunal internacional me creería.

Un taxi transparente aparcó junto a la casa, justo al lado de donde ellos estaban. De su asiento delantero descendieron Diana y Detroit. En el trasero se encontraban Deimos y Casandra.

—Entremos en la casa —ordenó Diana—. Tenemos que hablar... Ya conocéis las últimas noticias, ¿no?

—Ellos me lo estaban contando —contestó Martín, atravesando el vestíbulo de la casa detrás de Diana, mezclado con los demás—. Una nueva mutación del virus... Y no hay pruebas contra Dédalo.

Entraron todos en la sala y ocuparon sus tres sofás de agua. No había mucho espacio, así que Martín se sentó en el brazo de uno de los sofás, al lado de Alejandra.

—Necesitamos esas pruebas —dijo Diana—. Y la única forma de conseguirlas es metiéndose en la guarida del lobo... Voy a ir a la base marciana de Dédalo, en el edificio de la Doble Hélice. Hiden creerá que acudo a negociar y me dejará entrar... Luego, una vez dentro, ya veré cómo me las arreglo para encontrar la información que busco. Pero, desde luego, no volveré sin ella. Mientras el mundo vea a Dédalo como un posible salvador de Arendel, y no como el causante de sus males, estaremos perdidos. De nada nos sirven ya los sueros y los antídotos; el virus está mutando con demasiada rapidez. Nuestra única oportunidad consiste en convencer a todos de que Dédalo es el responsable de lo que nos pasa. Así, cuando Hiden dé la orden a su ejército para que nos ataque, los demás no se alinearán con él. Incluso es posible que nos defiendan... Si Dédalo puede hacer esto con Arendel, puede hacerlo también con las otras ciudades marcianas, y eso es algo que a nadie le conviene.

—Pero ¿y qué pasará con la epidemia? —preguntó Alejandra.

—Ahora que sabemos cómo se transmite el virus, solo es cuestión de tiempo llegar a controlarlo —repuso Diana—. Necesitamos tiempo... Pero Dédalo no nos lo concederá. La organización de Detroit ha observado movimientos de tropas descendiendo de Olimpo. Cada hombre lleva un equipo de vuelo completo a la espalda, y hay miles de hombres... La ciudad es muy vulnerable por aire. Basta con destruir la cúpula y atacar desde arriba. Por eso tengo que encontrar algo para detener a Hiden... Si no lo consigo, Arendel está perdida.

—No dejaré que vayas sola —dijo de pronto Detroit en su anticuado dialecto—. Es muy peligroso... Alguien tiene que protegerte.



El roquero acompañó aquella declaración con una profunda reverencia, como hacían los miembros de su tribu cuando querían demostrar su respeto o admiración por alguien. En su rostro había una luminosa sonrisa que lo transfiguraba, haciéndole parecer más noble que nunca, y también, en cierto modo, más joven. Era evidente que el heroísmo de Diana le había subyugado por completo. Todos se quedaron mirándolo asombrados. Si, como parecía desprenderse de las últimas deducciones de Deimos, la presidenta de Uriel estaba destinada a convertirse en la fundadora de un movimiento religioso, Detroit podría pasar a la historia perfectamente como el primero de sus adeptos.

Jacob fue el único que no prestó atención a la sorprendente reacción de Detroit. Su mente vagaba por otros derroteros.

—Sería una estupidez que Diana o Detroit se metiesen en la sede de Dédalo —dijo en tono caviloso—. Un riesgo innecesario... Una imprudencia. El único que pude hacer lo que Diana pretende con alguna probabilidad de éxito soy yo.

Diana se volvió hacia él ofendida.

—Te agradezco la caballerosidad, si es que se trata de eso —dijo—. Pero creo que estás subestimándome un poco, francamente. ¿Qué te hace pensar que tú, con tus quince años, tienes más posibilidades de robarle a Hiden la información que nos interesa que yo? En primer lugar, Hiden me abrirá las puertas de par en par cuando sepa que quiero visitarlo, cosa que no hará contigo... Y una vez en su terreno, mi experiencia y mis influencias pueden serme de mucha ayuda. Además, tengo una prótesis neural especialmente diseñada para grabar directamente documentación a partir de interfaces holográficas... Tú no podrías hacer eso.

—Puedo hacer algo mejor —repuso Jacob tranquilamente—. Puedo volverme invisible.

Diana arqueó las cejas con escepticismo.

—Si crees que, por haberte puesto alguna vez uno de esos trajes de camuflaje que se alquilan en los parques de atracciones y haber conseguido engañar con ellos a un par de robots programados para ser engañados, puedes hacer lo mismo en esta ocasión, estás muy equivocado. Yo podría proporcionarte un traje de camuflaje mejor que los de los parques de atracciones, es cierto. Pero, aún así, no tardarían ni cinco minutos en detectarte. Esos trajes tienen muchas limitaciones, Jacob. Mimetizan los colores del entorno, pero no te vuelven invisible. Cualquier vigilante bien entrenado puede percibir su presencia.

—No estoy hablando de un traje de camuflaje —contestó Jacob—. Yo puedo volverme literalmente invisible. Puedo intervenir la rueda neural de los demás para crear la ilusión de que no me ven.

—Herbert me contó algo acerca de vuestras capacidades cerebrales —recordó Diana—. Pero no pensé que llegaran tan lejos... ¿Estás seguro de que puedes hacer



algo así?

—No sería la primera vez —dijo el muchacho sonriendo—. Mis compañeros pueden confirmarlo.

Diana miró con expresión interrogante a los otros chicos. Se detuvo un momento en el rostro de Selene, que se había puesto roja como la grana.

—No puedes ir tú solo —dijo repentinamente la muchacha, furiosa consigo misma por dejar traslucir tan claramente sus emociones—. ¿Qué pasa con los sistemas de vigilancia informáticos? Solo yo puedo manipularlos... Tendrás que llevarme contigo.

Jacob se plantó frente a ella con una petulante sonrisa y una extraña fiereza en la mirada.

—Por nada del mundo dejaré que vengas conmigo, así que no insistas —dijo.

La voz se le había quebrado al pronunciar las últimas palabras, pero Selene estaba demasiado furiosa para advertirlo.

—¿Estás despreciando mi ayuda? ¡Eres un idiota! —le espetó—. Te crees autosuficiente, ese es tu problema... ¡Pero me da igual lo que pienses de mí, te acompañaré tanto si te parece bien como si no!

La sonrisa desapareció del rostro de Jacob. Martín se dio cuenta de que le temblaba levemente la mandíbula.

—No, Selene —dijo en un tono completamente distinto del que acababa de emplear—. No puedes venir conmigo. No es que no aprecie tu ayuda... Es que necesito que te quedes aquí.

La joven lo miró, sorprendida por la suavidad con la que había hablado.

—¿Por qué? —preguntó—. ¿Por qué necesitas que me quede? ¿Qué quieres que haga?

—¡Quiero que estés aquí, a salvo! —estalló Jacob, perdiendo la paciencia—. ¿Es tan difícil de entender? No puedo cumplir una misión tan delicada si tengo la cabeza en otra parte. Lo único que necesito es que no me crees complicaciones, y todo irá bien.

Selene le clavó una mirada llena de asombro e incredulidad.

—¿Me estás diciendo que...? ¿Esta es tu forma de decirme que...? —empezó a decir—. ¿Y vosotros, de qué os reís? —añadió, volviéndose encolerizada hacia Martín y Alejandra—. ¡Yo no le veo la gracia por ninguna parte!

—Está muy claro lo que te está diciendo, Selene —dijo Martín—. Solo que es un bruto y no sabe decirlo de otra manera...

—¡Ya basta! ¡Dejad de hablar como si no estuviera aquí! —gritó Jacob furioso—. Solo quiero decir lo que he dicho. Y lo que he dicho es que... ¡Bueno, eso! Que no pienso permitir que corras ningún riesgo por mí.





Pero Selene no estaba dispuesta a contentarse con una explicación como aquella.

—¿Y eso por qué? —insistió, mirándole con una expresión casi amenazante.

Jacob se puso aún más pálido que de costumbre.

—Porque te quiero —murmuró en un tono repentinamente calmado—. No quería decírtelo de esta forma. Tenía pensado ir poco a poco, hacer bien las cosas... Pero, ¡en fin! Supongo que ya no tiene remedio.

Selene enrojeció de placer, y su expresión de enfado fue transformándose poco a poco en una sonrisa.

—¿Que tú...? ¿Estás seguro?

Jacob la miraba de un modo que no dejaba lugar a dudas, pero, aún así, sentía la necesidad de preguntárselo.

—Al principio no estaba seguro —admitió él, sin dejar de mirarla a los ojos—. Es decir, sabía lo que sentía, pero me parecía una locura. Yo siempre he querido ser libre. La idea de que mi felicidad dependiese de ti..., no sé, me asustaba. Por eso... Bueno, intenté luchar contra lo que sentía, pero ¡cada vez me gustabas más! Y al final decidí no seguir luchando. Pero eso no quiere decir que... Yo no quiero presionarte, ni que te sientas incómoda. Si tú no quieres...

Se calló, confuso, sin saber cómo continuar. Selene seguía mirándolo, turbada.

—Sí que quiero, Jacob —dijo, casi en tono de disculpa—. Pero creía que tú pasabas de mí...

Él la miró con sorpresa.

—¿Cómo podías pensar eso? ¡Si yo creía que te habías dado cuenta de lo que sentía por ti desde el principio!

—A veces creía, notar algo, sí. Pero, otras, cuando discutíamos, me parecía todo lo contrario. ¿Y tú tampoco notabas que yo...?

Jacob negó con la cabeza:

—¡Qué idiotas hemos sido!

Instintivamente, fueron el uno al encuentro del otro. Jacob cogió las manos de Selene, y luego la abrazó. Toda su torpeza de un momento atrás había desaparecido como por ensalmo. Cuando Selene se puso de puntillas para besarle, las mejillas le ardían. Nunca se había sentido tan feliz...

Por fin se separaron, conscientes de las miradas algo incómodas de los demás.

—Ahora entiendes por qué no quiero que vengas conmigo, ¿verdad? —preguntó casi con timidez.

Selene asintió.

—Lo entiendo —dijo—. Pero, por la misma razón, tú tienes que entender que



quiera acompañarte... No puedo quedarme esperando sentada mientras arriesgas tu vida.

En ese momento, Diana, que hasta entonces había permanecido algo apartada, junto con los demás, avanzó hacia los dos jóvenes y les puso a cada uno una mano en un hombro, sonriéndoles con tristeza.

—Siento interrumpir este momento tan importante para vosotros, pero me temo que tendremos que dejar esta clase de discusiones para más tarde —les dijo—. Selene, ¿tú también puedes volverte invisible, como Jacob?

—No, eso no puedo hacerlo —repuso la muchacha de mala gana—. Pero puedo asaltar los sistemas informáticos de Dédalo... Eso sería de gran ayuda.

—Y yo puedo extraer información directamente de la rueda neural de Hiden —intervino Martín—. Podría encontrar rápidamente alguna prueba que demostrase la implicación de Dédalo en la epidemia.

—Pero tampoco puedes volverte invisible —objetó Diana.

—No —admitió el muchacho.

—No puedo poner tantas vidas en riesgo en una misión como esta —decidió la presidenta de Uriel—. Si Jacob es el único que puede volverse invisible, irá solo. Me parece la opción menos peligrosa. Siendo invisible, podrá acceder a los archivos privados de Hiden sin que le detecten... Tiene bastantes probabilidades de encontrar la prueba que buscamos.

—Quizá exista un modo de aumentar aún más esas probabilidades —dijo Deimos, atreviéndose por primera vez desde su llegada a Arendel a dirigirle la palabra a Diana—. Casandra puede servir de puente para transmitir uno de los programas de captación telepática de Martín al implante biónico de Jacob, y lo mismo puede hacer con alguno de los programas de intervención en sistemas informáticos de Selene.

—¿Yo puedo hacer eso? —preguntó Casandra, incrédula.

—Si te concentras en ello, creo que puedes lograrlo. Tienes una capacidad para comunicarte con los implantes cerebrales del futuro que ninguno de los otros posee... Eres la única que puede intentar algo así.

—¿Y qué tengo que hacer?

—Únicamente concentrarte en la transmisión que deseas realizar. Tu cerebro hará el resto... Quizá te ayude cogerle una mano a Jacob y otra a Martín para visualizar mejor el traspaso del programa.

Casandra hizo lo que Deimos le había sugerido. Jacob y Martín le dieron la mano y la observaron mientras cerraba los ojos y respiraba profundamente, tratando de concentrarse.

—Vosotros, lo único que tenéis que hacer es no oponer ninguna resistencia —les



susurró Deimos—. Dejad que entre en vuestras mentes y que haga lo que tiene que hacer... ¿Ya está?

Cassandra había abierto nuevamente los ojos y sonreía.

—Ya está —confirmó—. ¡Ha sido muy rápido!

—Pero qué son estos críos, ¿una especie de superhéroes? —dijo Detroit dirigiéndose a Diana—. Esto no puede ser real; es imposible...

—Confía en ellos —repuso Diana con los ojos fijos en Cassandra—. No están fingiendo... Todo esto es real, hazme caso.

—Muy bien, Selene, ha llegado tu turno —dijo Deimos, ignorando la conversación entre Detroit y Diana—. Dale la mano a Cassandra; y tú, Jacob, sigue como hasta ahora... Cassandra, ¿estás lista?

Esta vez, la transmisión tardó un poco más en producirse. Cuando Cassandra abrió los ojos, en lugar de sonreír miró directamente a Jacob.

—Ten cuidado —murmuró—. He notado algo que no me gusta. Una especie de interferencia... Pero no sé qué es.

Sin embargo, inmediatamente después sus facciones se relajaron, porque en los ojos de Jacob no se leía preocupación alguna; solo un tímido y salvaje deseo de atraer la atención de Selene.

—Quizá me equivoque —añadió apretando cálidamente la mano del muchacho—. Quizá esa interferencia no sea más que el efecto de las emociones sobre la transmisión...

—Seguro que es eso —repuso Jacob sin apartar los ojos de Selene—. Seguro, porque nunca en mi vida había sentido tanta emoción.



## Capítulo 13. El sueño de Hiden

El escarpe meridional del monte Olimpo era una pared vertical de siete mil metros de altura que se elevaba como un fantástico acantilado sobre la interminable llanura de Daedalia. Por encima de aquel impresionante muro de roca, las laderas del volcán iniciaban su lento ascenso hasta la cumbre, situada unos veinte mil metros más arriba. Jacob observó el panorama desde el planeador con un nudo en la boca del estómago: En total, una oscura mole de más de veintisiete kilómetros de altitud cubría casi por completo el horizonte. Y a sus pies, sobresaliendo como un pequeño muelle de metal por encima del acantilado, afilada y diminuta, se encontraba la torre de la Doble Hélice; o, mejor dicho, su parte aérea... Porque la estructura de la torre se prolongaba hasta la base misma del escarpe a través de una sucesión de cientos de pisos excavados en la roca. Esa parte subterránea de la Doble Hélice albergaba en realidad varias ciudades distintas. Una de ellas, la más alta, pertenecía a la Corporación Dédalo.

Al ser la última de las nueve grandes corporaciones en consolidarse, Dédalo no había llegado a tiempo al reparto de territorios en Andrómeda. Por eso, había tenido que conformarse para instalar su ciudad con los cincuenta pisos de la Doble Hélice que el consorcio de Tharsis había tenido a bien ofrecerle. Pese a las continuas protestas de Dédalo en la ONU por su supuesta marginación en el reparto de las colonias marcianas, aquellos cincuenta pisos constituían, en la práctica, un asentamiento privilegiado por su cercanía a la Doble Hélice y su interesante posición estratégica. Aleccionado por Diana, Jacob distinguió en seguida aquella parte de la torre perteneciente a la corporación de Hiden. Sus cincuenta pisos se prolongaban horizontalmente en la pared del acantilado como una hilera infinita de ventanas espejeantes salpicadas de amplias terrazas excavadas en la piedra. Algunas de esas terrazas estaban cubiertas de vegetación; otras, por el contrario, aparecían completamente desnudas... Jacob se esforzó en memorizar la ubicación de cada una de ellas antes de que el planeador aterrizase en las pistas de la base del escarpe. Quería retener en su memoria todos los detalles, pues lo más probable era que no se le volviese a presentar una oportunidad semejante para inspeccionar el lugar desde el aire.

La llegada de su planeador a las largas pistas del aeropuerto de Olimpo no despertó ningún recelo. Continuamente se veían aterrizar y despegar todo tipo de naves individuales en los alrededores de la Doble Hélice. Al fin y al cabo, allí vivían cientos de miles de personas... Y, a diferencia de lo que ocurría en Biblis, todo el mundo parecía demasiado ocupado como para fijarse en lo que hacían los demás. La seguridad de cada zona de la torre dependía en exclusiva de la corporación o el consorcio que la controlaba. No había policía interestatal más que en el aeropuerto, y



allí, los escasos agentes adjudicados al control de aduanas se limitaban a examinar los equipajes y a comprobar que no se utilizaban para introducir en la torre armas ilegales o sustancias prohibidas.

Siguiendo las instrucciones de Diana, Jacob descendió de su planeador sin ningún equipaje y se dirigió directamente al control de pasaportes de Uriel. El salvoconducto que llevaba, firmado por la propia presidenta de la compañía, le abrió de inmediato todas las puertas. Una encantadora azafata de largas trenzas negras mezcladas con mechones rojos y verdes le acompañó hasta el ascensor privado de Diana Scholem, que, después de subir durante más de media hora, le dejó en el despacho principal de la presidenta de Uriel.

En aquel momento, la única ocupante de aquel bello despacho decorado con tejidos de plantas era Phillis, la tercera de las madres adoptivas de Diana. Al ver emerger a Jacob del ascensor, la anciana fue a su encuentro con el ceño fruncido y le tendió la mano derecha. Jacob estrechó aquella mano grande y huesuda entre las suyas con cierta sorpresa: no se había imaginado a la «tercera abuelita de Uriel» (así llamaban él y sus compañeros a Phillis en secreto) como una anciana tan enérgica y bien parecida. Por un momento, le pareció incluso que llevaba puesta una máscara virtual... Pero en seguida se dio cuenta de que no se trataba de eso. Sencillamente, la anciana tenía esa clase de facciones delicadas y levemente orientales que apenas cambian con los años y que parecen conservarse frescas aun después de la aparición de las primeras arrugas.

—Diana me advirtió de que vendrías —dijo mirándole con cierta desconfianza—. Todo esto me parece una locura, pero, en fin... No seré yo quien le lleve la contraria a Diana en este momento, con todo lo que está pasando.

—Diana me dijo que me facilitaría la clave de acceso para activar el ascensor que comunica con la sede de Dédalo...

—Sí, sí. No te preocupes. Es el décimo de ese pasillo de ahí, ¿lo ves? Va a parar directamente a un puesto de control de Hiden. Yo subiré primero para entretener a los vigilantes del control y, mientras lo hago, el ascensor descenderá de nuevo y te recogerá. Dicen que puedes fundirte con el entorno... Más te vale, porque, para cuando llegues arriba yo ya me habré ido, después de hacerle una pequeña visita diplomática a Hiden, y no habrá nadie que pueda protegerte. Tendrás que apañártelas tú solo... Te aconsejo que te ocultes en algún lugar que te parezca seguro hasta bien entrada la noche. Entonces, si realmente tienes esos poderes de invisibilidad, podrás deslizarte hasta el interior de las habitaciones de Hiden. Allí, seguro que hay archivos privados de todo tipo; solo tienes que piratearlos... y luego, bajar en el mismo ascensor. ¿Lo recordarás?

Jacob hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Es un disparate —repitió Phillis en tono disgustado, meneando la cabeza con desaprobación—. Mi pobre Diana debe de estar muy desesperada para recurrir a



esto... Tiene motivos, desde luego. Si no conseguimos rápidamente algo que implique a Dédalo en el origen de la epidemia, todos mis esfuerzos diplomáticos serán en vano, y no podré hacer nada para evitar que, en su próxima reunión, el Consejo de Seguridad apruebe el envío de tropas a Arendel.

La anciana se dirigió a un mueble bar situado en un extremo del despacho y se sirvió una bebida alcohólica de alta graduación. Aquello a Jacob le resultó muy chocante, pues ese tipo de bebidas solo solían consumirse entre las capas más desfavorecidas de la población. Phillis captó su mirada de asombro.

—Solo un vasito, no soy ninguna alcohólica —le tranquilizó—. De vez en cuando me gusta echar un trago, para recordar los viejos tiempos... Pero no es una buena costumbre —añadió, apurando el contenido del vaso—. Y tú, tendrás hambre... Tómate este batido energético; una vez que estés en territorio de Dédalo, ¡quién sabe cuánto tardarás en poder permitirte el lujo de comer!

Mientras Jacob se bebía el batido hipercalórico que Phillis le había ofrecido, la anciana caminó lentamente hasta el décimo ascensor. Antes de introducirse en él, se giró un momento y saludó a Jacob con la mano. Luego, desapareció tras la puerta metálica, y la cabina comenzó a ascender por un tubo transparente que atravesaba el techo de la galería.

«Está asustada —pensó Jacob—. Por eso se ha bebido esa cosa, para darse ánimos...».

A él le bastaba con el batido. No necesitaba nada especial para animarse; estaba animado. Más que animado, estaba eufórico. Se acordaba de Selene, de lo que había sentido cuando Casandra les tomó a ambos de las manos para transferir un programa desde el cerebro de ella hasta el de él... ¡Un programa informático! Y, sin embargo, él había sentido que era mucho más que eso. Ahora llevaba una parte de Selene dentro de su mente, podía hacer algunas de las cosas que ella hacía... Deimos les había advertido de que el efecto de aquel traspaso de poderes sería solo pasajero, ya que los chips biónicos de Jacob destruirían los programas intrusos en pocas horas una vez que entrasen en funcionamiento. Pero, de momento, el programa estaba allí, a su disposición, listo para ser utilizado en cuanto lo necesitara. Y el programa era un regalo de ella... En el mismo instante de la transmisión de datos, había notado cómo le quería Selene; lo había experimentado como algo físico. Amor... Nunca había pensado que algo así pudiese formar parte de su vida. Quizá por eso se había resistido tanto a confesarse a sí mismo lo que sentía hacia su compañera. Él era un solitario, y las duras experiencias de su pasado le habían enseñado a no confiar en la gente. Después de averiguar cómo le había manipulado Hiden a lo largo de toda su infancia, se había jurado a sí mismo que no volvería a sufrir por otro ser humano. Decidió volverse tan indiferente e insensible como una piedra... Y estaba tan seguro de haberlo conseguido, que ni siquiera se dio cuenta de lo que le estaba pasando cuando empezó a enamorarse de Selene.





Pero ahora todo se había aclarado por fin, y se alegraba de ello. Constantemente le volvía a la memoria el momento en que Selene y él se habían mirado por primera vez sabiendo lo que sentían el uno por el otro, y ese recuerdo le producía la sensación de estar flotando entre nubes. Aquella sensación llenaba por completo su espíritu, y no dejaba espacio alguno para el miedo. Después de todo, ¿qué podía temer? Si algo malo le sucedía, siempre le quedaría aquel recuerdo...

Volvió a la realidad bruscamente al ver descender de nuevo la cabina del ascensor décimo y detenerse a su altura. La puerta se abrió silenciosamente; estaba vacía... Phillis se había quedado arriba, distrayendo a los guardias de seguridad de Hiden. No había un momento que perder. Jacob saltó al interior de la cabina, esperó a que la puerta se cerrara y, recordando las instrucciones que Phillis le había dado, pronunció en voz alta y clara:

—Presidencia de Dédalo.

De inmediato, la cabina comenzó a ascender a gran velocidad. El tubo transparente por el que se deslizaba se encontraba rodeado de un túnel excavado en la roca durante la mayor parte del recorrido. Sin embargo, en algunos tramos el tubo emergía del túnel y atravesaba con la rapidez del rayo un jardín interior, una ancha calle subterránea o un nudo de transportes. En esos momentos, Jacob podía ver a través de una estrecha ventanilla otros muchos tubos similares al suyo por los que ascendían y descendían constantemente cabinas iguales a la que él ocupaba. El trayecto se le hizo interminable... Pero, cuando el ascensor aminoró su velocidad hasta detenerse, comprobó en el reloj de la puerta que apenas habían transcurrido veinticinco areominutos.

De repente se sintió atenazado por el pánico. Había subido distraído, pensando en Selene y en lo que veía a su alrededor... Debería haber empleado aquel compás de espera en concentrarse y tratar de activar sus poderes de invisibilidad. Ahora, quizá ya no tendría tiempo de hacerlo. Justo en el momento en el que la puerta se abrió, vio los rostros de dos mujeres mirando directamente hacia él. Ya era demasiado tarde para intentar nada: Si le habían visto, no quedaba sino esperar a ver cómo reaccionaban.

Pero no le habían visto. El pánico había activado rápidamente su capacidad de introducirse en las ruedas neurales de las dos vigilantes para hacer desaparecer de su conciencia la imagen que se había formado en sus retinas. Estaba allí, delante de ellas, y ellas no eran conscientes de estar viéndolo... Como en los viejos tiempos, pensó Jacob aliviado. Como en la época del Jardín del Edén... Había practicado tanto durante aquellos meses con sus poderes, que ahora prácticamente se activaban de manera espontánea cada vez que necesitaba recurrir a ellos.

—La puerta del ascensor se ha abierto sola —dijo una de las dos vigilantes—. Qué raro... Esa mujer no ha bajado todavía, ¿no?

—¿Phillis van der Meer? Está todavía con el Presidente —repuso la otra—. Pero no



creo que tarde mucho... El Presidente ha pedido una holokonferencia terrestre para las siete y media, y son ya las siete y veinte. La despedirá en seguida.

—Tú siempre te enteras de todo —observó su compañera con admiración—. ¿Cómo has sabido lo de la holokonferencia?

—Por Bill. Estuvimos jugando una partida de naipes negros con la rueda... Y, mientras tanto, hablamos un poco de todo.

La otra la miró con la boca abierta.

—¿Puedes hablar mentalmente? Casi nadie puede hacerlo...

—He hecho varios cursos, y he llegado a ser bastante buena —repuso la mujer con orgullo—. Prácticamente no necesito mover los labios... Tú acabas de llegar y no sabes cómo va esto; pero, si quieres un consejo, deberías hacer algo parecido. Aquí, para ascender, hay que estar al día.

—Aquí y en cualquier parte —suspiró su compañera.

Las dos mujeres se alejaron por un amplio corredor que terminaba en una puerta vidriera. Jacob salió rápidamente del ascensor y recorrió a toda velocidad aquel mismo pasillo. Traspasó la puerta vidriera y se encontró en una sala cuya única decoración era una esfera flotante de Marte. Desde allí atravesó una sucesión de apartamentos amueblados de un modo impersonal, probablemente destinados a oficinas. En un par de ellos había gente trabajando, pero ni siquiera levantaron la cabeza cuando pasó por delante de sus narices. El último de aquellos habitáculos daba a una especie de terraza acristalada que parecía suspendida en el vacío, pues a aquella altura la base del escaque quedaba completamente oculta, y solo se veía la pared de roca y un inmenso cielo de color púrpura.

Jacob se detuvo a admirar la vista mientras trataba de recordar el plano que Diana le había mostrado antes de su partida. Aún tendría que recorrer otro pasillo similar al primero, y luego cruzar un comedor oficial y un salón de recepciones antes de acceder a las habitaciones privadas de Hiden. Un ruido a sus espaldas le hizo volverse con brusquedad: Phillis regresaba de hablar con el presidente de Dédalo, y, a juzgar por su expresión de disgusto, no estaba nada contenta con el resultado de la entrevista. El vigilante que la acompañaba, un hombre alto y fornido al que, sin saber por qué, Jacob identificó de inmediato como el Bill que jugaba a los naipes negros con la vigilante del ascensor, volvió la vista por un momento hacia él, como si hubiese captado algún ruido. Jacob se llevó maquinalmente una mano al corazón; tenía la sensación de que sus latidos se oían demasiado... Pero Phillis y el hombre siguieron su camino y él pudo respirar de nuevo, aliviado. Otro obstáculo superado. Seguiría avanzando hasta el gran salón de recepciones que había visto en el plano y se escondería allí hasta que llegase la noche.

A la entrada del comedor oficial que precedía al salón de recepciones había una puerta de seguridad con un dispositivo de reconocimiento del iris. Jacob chasqueó la



lengua, contrariado. ¿Cómo iba a franquear aquel control? Tendría que esperar a que llegase alguien autorizado para abrir la puerta, y colarse dentro en el instante preciso. Algo bastante arriesgado...

Pero también podía intentar engañar al dispositivo de la puerta mediante el programa de asalto a controles informáticos que le había traspasado Selene. ¿Cómo lo habría hecho ella? La había visto conectarse a distintos terminales de una red de información en infinitud de ocasiones, pero nunca se le había ocurrido preguntarle cómo lo lograba. Probablemente, aunque se lo hubiese preguntado, ella no habría sido capaz de responder. Daba la impresión de que le bastaba con desear entrar en un sistema para estar dentro al momento siguiente; un poco como le ocurría a él con el programa de invisibilidad... En todo caso, nada perdía con intentarlo. Jacob se acercó a la puerta, puso la mano sobre la parte no sensible del dispositivo de reconocimiento ocular y se concentró en lo que deseaba hacer: Engañar a la puerta, abrirla y, pasados unos segundos, cerrarla de nuevo...

Un aluvión de imágenes de códigos digitales anegó su mente. El flujo de datos era tan vertiginoso, que le hizo tambalearse. De modo que eso era lo que experimentaba Selene... Más allá de la corriente de cifras que atravesaba su cerebro, pudo distinguir la puerta de cristal orgánico deslizándose silenciosamente hacia un lado. Ya podía pasar... Dando traspiés, como si estuviese drogado, se precipitó hacia la abertura. Los datos dejaron de fluir bruscamente y la puerta volvió a cerrarse con suavidad. En apariencia, no había ocurrido nada... Pero la experiencia había sido tan demoledora que su cerebro estaba al borde del colapso.

Tambaleándose aún, Jacob atravesó el sombrío comedor oficial y entró en el salón de recepciones. Era un lugar anticuado, con sillas venecianas tapizadas en seda amarilla y altos espejos en todas las paredes. Un salón rococó en Marte... A pesar del malestar que sentía, Jacob no pudo menos de sonreír.

Hiden era un monstruo, sin duda, pero un monstruo encantador... Y lo más encantador de él eran sus debilidades. Aquella obsesión por rodearse de objetos hermosos, aquella delicadeza con la que era capaz de tratar a sus libros o a sus más preciadas obras de arte, la obcecación que ponía en perseguir un mueble o un cuadro determinado hasta que lograba adquirirlo... Hiden amaba demasiado la belleza. La amaba tanto, que había vendido su alma al diablo para no tener que renunciar a ella. En sentido figurado, claro... Aunque lo habría hecho literalmente si el diablo le hubiese ofrecido esa oportunidad, pensó Jacob riendo. Aún se sentía horriblemente mareado por la avalancha de códigos que habían atravesado su mente, no conseguía dominar del todo sus movimientos... De pronto, descubrió alarmado que se estaba riendo a carcajadas. Se llevó ambas manos a la boca para ahogar el sonido de su risa. Estaba al lado de las habitaciones privadas de Hiden, alguien podría oírle... Pero nadie acudió. Por fortuna, los habituales del cuartel general de Dédalo en la Doble Hélice parecían ser muy pocos. Unos cuantos vigilantes, algún ayuda de cámara personal, y Samantha, por supuesto... Jacob conocía bien las costumbres de Hiden; no



le gustaba que hubiese demasiada gente pululando a su alrededor. Ni tampoco robots, desde luego; los detestaba... Quizá por eso se había empeñado en crear un androide tan sofisticado como Leo; la inexpresividad de los robots corrientes le sacaba de quicio. Un ejemplo más de su enfermiza obsesión estética.

En todo caso, las manías aristocráticas de Hiden podían serle de gran utilidad en aquel momento. Estaba claro que el presidente de Dédalo se sentía totalmente a salvo en su lujosa guarida de roca. Era demasiado poderoso como para que nadie pudiese pensar siquiera en la posibilidad de atacarle de un modo directo. Tanto mejor si lo creía así. Muy pronto, los robots se desactivarían y se conectarían a la red local para recargar sus baterías durante la noche; los asistentes domésticos se retirarían a descansar, lo mismo que su jefe, y solo quedarían despiertos un puñado de vigilantes jugando sus partidas neurales de cartas o recorriendo adormilados una habitación tras otra en un simulacro de ronda nocturna. En la Tierra, Hiden solía acostarse hacia las once y media. Era probable que en Marte hiciese lo mismo... Aún faltaban casi cinco horas para las once y media. Lo único que podía hacer Jacob mientras tanto era buscar un buen escondite y esperar.

Después de examinar varias posibilidades, se instaló detrás de un biombo-acuario lleno de silenciosos peces tropicales. Filtrada por el espesor traslúcido del agua, su silueta habría podido pasar por la sombra oscilante de un grupo de algas, incluso sin necesidad de activar el programa de invisibilidad. Allí permaneció agazapado, esperando durante horas. De las habitaciones de Hiden no llegaba el menor sonido. Poco a poco, la escasa luz solar que entraba en el salón a través de los cristales aislantes de las ventanas fue declinando hasta disolverse en una penumbra salpicada de reflejos plateados. El vigilante supuestamente llamado Bill se asomó un instante a la puerta del salón, paseó indolentemente su linterna sobre los lujosos muebles venecianos y las lámparas de cristal y se alejó suspirando.

Jacob también tuvo que hacer un esfuerzo para retener un suspiro. La espera le ponía nervioso, estaba deseando entrar en las habitaciones de Hiden y terminar con aquello. Incluso sentía cierta curiosidad por ver a Hiden dormido... Las últimas veces que lo había visto así, había provocado en él tales pesadillas que el hombre le había tomado por una aparición. Esta vez, sin embargo, debería tener cuidado para no producirle el mismo efecto. Ahora que Hiden sabía que era él quien estaba detrás de las misteriosas apariciones del Jardín del Edén, si tenía una de aquellas visiones la relacionaría inmediatamente con su presencia.

Por fin, las agujas de su reloj de bolsillo señalaron las doce y cuarto. Era el momento indicado... Jacob salió de su escondite y se deslizó silenciosamente hasta la puerta que daba acceso a las habitaciones privadas de Hiden. La puerta estaba cerrada, y en su exterior había un dispositivo de reconocimiento de rostros. Un sistema experimental todavía, que Jacob no había visto nunca antes... De nuevo se concentró y esperó a que los códigos de apertura de la puerta fluyeran a través de su cerebro, canalizados por el programa de Selene. Sin saber cómo, neutralizó algunos



de aquellos códigos y los substituyó por otros. Cuando la puerta se abrió, estaba tan mareado que apenas podía tenerse en pie... Una confusa nube de ceros y unos le envolvía, nublándole la vista. Aún así, se arrastró hasta el otro lado y avanzó pegado a la pared. Un suspiro de alivio brotó de sus labios cuando la puerta se cerró de nuevo. Ya estaba hecho... Ahora, solo tenía que buscar el dormitorio de Hiden y tratar de extraerle toda la información que necesitaba de su cerebro mientras dormía.

Atravesó una estrecha cocina, un comedor privado y una biblioteca de cristales holográficos con un confortable sillón inglés en el medio. Se asomó a una habitación y vio que era una sala de billar; la siguiente había sido convertida en sala cinematográfica, y había una tercera equipada como un gimnasio virtual, seguida de un pabellón que contenía una piscina climatizada. Hiden cuidaba mucho su imagen y hacía todo lo posible por mantenerse joven, a pesar de sus setenta y tantos años. Incluso durante sus cortas estancias en Marte necesitaba un gimnasio y una piscina para no perder la forma... La máscara virtual que llevaba podía reproducir a la perfección un rostro de treinta años, pero su efecto habría quedado desvirtuado si se asociaba a un cuerpo flácido y renqueante. Desde la piscina se accedía a un vestidor, y este comunicaba directamente con el dormitorio de Hiden. Jacob traspasó aquella puerta con las piernas temblorosas. De nuevo iba a verlo... De nuevo tendría que enfrentarse con aquel falso rostro que tan bien conocía. Muy despacio, se acercó a la cama y espió a través de los cortinajes blancos y dorados del dosel.

Tuvo que retroceder precipitadamente y llevarse ambas manos a la boca para ahogar un grito. No podía ser; había visto mal... Muy despacio, se asomó otra vez entre las cortinas y volvió a emerger en seguida, intensamente pálido. Sentía ganas de vomitar... Cerró los ojos, y tuvo que aferrarse a uno de los postes de la cama para no caerse.

De modo que ese era el verdadero Hiden. Sin su máscara virtual, el rostro del anciano se asemejaba a una calavera cubierta de piel, tan deformada por las continuas operaciones de cirugía que había perdido toda capacidad de expresión. Prácticamente no tenía labios, y sus párpados hinchados y enrojecidos carecían por completo de pestañas. En cuanto a las cejas, no eran más que un par de arcos ridículos trazados artificialmente sobre sus ojos. Varias prótesis electrónicas diminutas le perforaban las mejillas y las aletas de la nariz; probablemente se encargaban de transmitir la actividad eléctrica de sus músculos a la superficie de la máscara virtual. Un monstruo, una cara completamente devastada por la edad, los experimentos con las terapias de regeneración cutánea y el exceso de cirugía. Un auténtico monstruo.

Sobreponiéndose a la repugnancia que sentía, Jacob apartó de nuevo la cortina y miró por tercera vez al ser contrahecho que yacía en la cama. Necesitaba concentrarse y activar el programa telepático de Martín. Al mismo tiempo, debía controlar con más precisión que nunca sus propios poderes de invisibilidad, para no terminar provocándole una visión monstruosa al presidente de Dédalo.





Cuando, después de varios intentos infructuosos, consiguió introducirse en la mente del anciano a través de su rueda neural, no tardó en encontrar la información que buscaba. Resultaba casi tan fácil como curiosear en los ficheros de un viejo ordenador: todo estaba en su sitio, clasificado y ordenado. En el fondo, la rueda neural no era más que eso, un microordenador de gran potencia conectado directamente al cerebro de un hombre; pero Jacob, que nunca había experimentado la sensación que producían las prótesis cerebrales, no podía dejar de sorprenderse ante la facilidad con que se podía manipular aquella especie de *s* interna. Sus implantes biónicos debían de funcionar de un modo mucho más natural, ya que ni siquiera le permitían distinguir cuándo estaban conectados y cuándo no. En cambio, la rueda neural de Hiden no dejaba de ser una máquina bastante sencilla de manejar, una vez que se lograba acceder a ella.

Los informes relativos a la epidemia de Arendel archivados en la prótesis de Hiden eran muy numerosos. Jacob los fue hojeando rápidamente. Tenía que encontrar alguno que le proporcionase pruebas tangibles de la implicación de Dédalo en la producción de las mariposas infectadas. En seguida encontró un documento que describía exhaustivamente el ciclo reproductivo de las mariposas Morgana y otro que contenía la secuencia génica del virus VC3002, responsable de la neumonía infantil. Luego inspeccionó rápidamente varios ficheros que consignaban la aparición de distintas mutaciones en el virus. Evidentemente, aquello probaba el seguimiento exhaustivo que Dédalo estaba haciendo de la epidemia; pero no bastaba para demostrar que era el responsable de la misma... Necesitaba algo más concluyente, pero aún tuvo que hojear varias decenas de documentos antes de encontrarlo. Y, cuando lo hizo, al principio ni siquiera entendió de qué se trataba. Parecía un mapa de una región de Marte, con un cráter destacado en color azul: el cráter Poynting, más conocido como el Círculo de Piedra, donde se había instalado el primer asentamiento humano en el Planeta Rojo. Acompañando al mapa, había un archivo adjunto que contenía los planos de un complejo de laboratorios situado, al parecer, en aquel mismo lugar. Jacob estudió el mapa con detenimiento. Los nombres de las distintas dependencias del edificio no dejaban lugar a dudas: Vivero de mariposas, Laboratorio Vírico, Campana de Manipulación de Orugas, Biblioteca génica del VC3002, Planta de selección de ejemplares infectados, Laboratorio de antídotos...

Allí lo tenía. El plano de un complejo científico cuya existencia muy poca gente debía de conocer, aparte de Hiden. Un complejo destinado a seleccionar las cepas más letales del virus para implantarlas en las orugas destinadas a infectar Arendel. Era perfecto... Lo único que tenía que hacer era comunicar la existencia de aquel lugar a Diana Scholem; ella se encargaría de exigir a la ONU que enviase de inmediato un equipo de verificación al Círculo de Piedra. El doble juego de Dédalo quedaría demostrado... Las ciudades retirarían su presión sobre Arendel y forzarían a Hiden a entregar todo el antídoto contra la epidemia del que dispusiera.

Antes de guardar en su memoria aquel plano tan valioso para él, se fijó en unas





cruces verdes que aparecían uniformemente distribuidas por todo el dibujo. Debajo del mapa, una pequeña leyenda explicaba el significado de aquellos signos. Señalaban la localización de explosivos ocultos... Una de las cruces era más grande que las otras, y a su lado figuraba el siguiente rótulo: «detonador». Así pues, el lugar estaba minado, y Dédalo se reservaba la posibilidad de destruirlo en cualquier momento para borrar todo rastro de las siniestras investigaciones que se habían llevado a cabo en él. Eso significaba que había que actuar con la máxima prudencia para no poner sobre aviso a Hiden... De lo contrario, cuando el equipo de verificación de la ONU llegase al Círculo de Piedra, tal vez ya no quedase nada que verificar.

Jacob notó entonces que los párpados de Hiden empezaban a agitarse convulsivamente y que movía los brazos y la cabeza, inquieto. Algo le ocurría al decrepito anciano; quizá estuviese a punto de despertar...

Jacob se dispuso a abandonar la rueda neural de Hiden, pero, cuando ya iba a conseguirlo, una extraña imagen captó su atención. Era tan vivida como suelen serlo a menudo las imágenes de los sueños, pero al mismo tiempo había en ella ciertos elementos incongruentes, casi grotescos. Sin saber por qué, el muchacho se sintió atenazado por una incontrolable sensación de peligro. Estaba contemplando una pesadilla de Hiden... ¿La habría provocado él mismo? Si era así, tal vez Hiden recordase las visiones del Jardín del Edén y, al despertar, relacionase su sueño con la presencia de Jacob. Empezaría a buscarle, y él tendría que esforzarse por dominar su miedo y controlar al máximo sus poderes de invisibilidad, a fin de no delatar su presencia.

Pero unos segundos después comprendió que él no era el responsable de las imágenes que desfilaban ante sus ojos. No era una visión aislada, sino un sueño completo que se desarrollaba en un lugar extraño, donde Jacob no había estado nunca.

Se trataba de una amplia habitación acristalada, con una chimenea de ladrillos, un sillón antiguo y un elegante sofá blanco. Las grandes ventanas daban al mar, que en aquel momento se veía gris y encrespado. El ruido de las olas se mezclaba con el fragor del viento y el golpeteo de la lluvia sobre los cristales. De repente, un violento relámpago desgarró la oscuridad del cielo. Dentro de la habitación había dos hombres contemplando la tormenta. Uno de ellos era Hiden, que llevaba puesta su máscara virtual y sonreía con satisfacción. El otro, que permanecía serio y rígido a su lado, era Aedh.

—Ya tiene lo que quería —dijo este, sin dejar de mirar hacia la playa—. Supongo que estará contento

Solo entonces se dio cuenta Jacob de que la playa no estaba vacía. Sobre la arena húmeda y batida por las olas había seis urnas de cristal, y en el interior de cada una de ellas se distinguía, vagamente, el contorno de una figura humana.

La mirada de Hiden estaba clavada en aquellas urnas, y su sonrisa se iba haciendo



cada vez más torcida y malévola.

—Y todo gracias a ti, Aedh —repuso con voz estridente—. Me has sido de gran ayuda...

—Me prometió dejar libre a mi hermano —le interrumpió Aedh con sequedad—. ¿Qué hace en esa campana?

Hiden se volvió hacia él y lanzó una carcajada.

—Cálmate, chico —le dijo en tono socarrón—. No te pongas tan dramático.

Aedh apretó los puños.

—No juegue conmigo, Hiden —murmuró—. No olvide que todavía me necesita para... el otro asunto.

—Ya no. Los tengo a ellos. En realidad, ya no te necesito para nada.

En ese momento, Hiden sacó de un bolsillo de su blusón un pequeño revólver con la culata de nácar y apuntó directamente al pecho de Aedh. Este, muy pálido, retrocedió unos pasos.

—¿Qué va a hacer? —preguntó con voz serena.

Hiden rió agudamente, como un chiquillo.

—¿Que qué voy a hacer? ¿A ti qué te parece? —preguntó.

Aedh alzó la mano izquierda con lentitud.

—No lo haga, Hiden —dijo en tono amenazante—. No lo haga... o se arrepentirá.

Se oyó una violenta detonación, y una diminuta bala de oro salió disparada del arma que empuñaba el presidente de Dédalo. Jacob observó fascinado el brillante proyectil, que se movía con una lentitud irreal, como en una película a cámara lenta. Y luego, aún más despacio... Hiden también contemplaba petrificado la extraña e inofensiva bala, que se iba haciendo más y más pequeña a cada segundo. Aedh caminó a su encuentro, pero justo en el momento en que el proyectil debía alcanzarle, su tamaño se volvió tan diminuto que dejó de verse. Aedh, imperturbable, continuó avanzando hacia Hiden.

—Le advertí de que se arrepentiría —dijo con una voz que, de pronto, no parecía la suya—. Pero no quiso hacerme caso...

Seguía acercándose muy despacio a Hiden, que retrocedía aterrado, con el rostro descompuesto. Jacob asistía a toda la escena con la piel erizada. Aquella nueva voz de Aedh le resultaba muy familiar... De repente, un relámpago iluminó el rostro del joven, y Jacob descubrió fascinado que este también había cambiado. Ahora ya no era Aedh; ¡era Martín!

Hiden también descubrió la transformación en ese instante. Su falsa frente se cubrió de sudor.



—¿Qué... qué haces aquí? —balbució—. Tenías que estar ahí fuera, en la playa...

Martín no respondió y avanzó un paso más, hasta casi rozarle. Estaba mortalmente pálido, y miraba a Hiden con una espantosa *fijeza*.. De repente, alzó la mano derecha y le arrancó a su adversario la máscara virtual. Hiden vio por un momento el reflejo de su verdadero rostro en el cristal oscurecido de la ventana. Era una visión deforme, monstruosa...

—Déjame, Martín —suplicó el anciano con voz lastimera—. Soltaré a tus amigos... Deja que me vaya, por favor. No volverás a verme nunca más.

Martín, inmóvil frente a él, lo observaba con un brillo sobrenatural en la mirada.

—Ya es demasiado tarde para eso —repuso sin ninguna alegría—. Debería haberlo pensado antes...

—¡Aún estamos a tiempo! —sollozó Hiden—. Por favor...

—De acuerdo —dijo Martín, siempre con la misma mirada fija y aterradora—. Si eso es lo que quiere...

Hiden lo miró sin comprender. Entre Martín y él había aparecido de repente una estela de signos de fuego. Los signos atravesaron al anciano presidente de Dédalo exactamente en el corazón, y una salvaje expresión de dolor contrajo sus monstruosos rasgos.

—¿Qué haces? —preguntó, con sus ojos fijos en los de Martín—. ¿Qué...?

Alrededor de los signos de fuego se materializó entonces el acero deslumbrante de una espada. Jacob la reconoció al momento: era la espada fantasma de Martín... Se quedó observándola unos instantes, fascinado. ¿Cómo había llegado aquella espada al sueño de Hiden? No era posible que él conociese su existencia... Alrededor de la espada, el cuerpo de Hiden se fue ennegreciendo lentamente, hasta convertirse en una especie de tronco quemado. Los ojos enrojecidos del anciano seguían contemplando a Martín con expresión de asombro. Luego, muy despacio, se volvieron hacia su propio pecho, en cuyo centro seguía clavada la espada, lamida por pequeños rescoldos de llamas. De pronto, aquel pecho carbonizado se rompió en mil pedazos humeantes que cayeron al suelo entre una nube de cenizas.

Hiden se despertó lanzando un alarido. Por un momento, no supo dónde estaba. Respiraba con gran dificultad, como si estuviese sufriendo un ataque de asma, y la amoratada piel de su frente aparecía perlada de sudor. Jacob retrocedió un par de pasos y, rápidamente, se desconectó de la rueda neural del anciano. Por un instante, le pareció que aquellos ojos inyectados en sangre se clavaban directamente en los suyos. Luego, la inexpresividad de su mirada le hizo comprender que, en realidad, no le había visto. Caminando hacia atrás, Jacob se dirigió a la puerta sin dejar de observar aquel rostro monstruoso cuyos rasgos aparecían ahora extrañamente deformados por el pánico. De repente, sintió que chocaba con algo, y un instante después vio impotente cómo el golpe provocaba la caída de un jarrón de porcelana



china, que se hizo añicos contra el suelo. Hiden miró en aquella dirección y abrió la boca para gritar, pero de sus labios no llegó a brotar ningún sonido. Aturdido, Jacob se dio la vuelta y empezó a correr con todas sus fuerzas. Atravesó una habitación tras otra, y de repente se dio cuenta de que había entrado en una zona de los apartamentos privados de Hiden que no había recorrido antes. Allí, las habitaciones eran más pequeñas y estaban desprovistas de muebles. La última daba a unas escaleras metálicas, y al llegar a su altura Jacob oyó una conversación en el piso inferior.

—¿Cuántos han sido hoy? —preguntaba una voz masculina.

—Casi cuatrocientos —contestaba otra voz; esta, perteneciente a una mujer—. Hemos tenido que instalar a unos cuantos en el túnel, porque no había sitio suficiente en las tiendas.

—Son demasiados —replicó la primera voz en tono de desaprobación—. No necesitamos tantos... Y el gasto de alimentos y oxígeno resulta excesivo. Habría que parar.

La mujer se echó a reír.

—Ya conoces a Hiden. No parará. Para mañana está previsto que lleguen otros quinientos, y así toda la semana. Parece que el ataque es inminente...

—Me alegro. Los hombres se impacientan, y eso es peligroso. Las condiciones del campamento son muy duras. Y ellos acaban de llegar, ni siquiera han tenido tiempo para adaptarse a la gravedad marciana, como se hace en los transportes normales... Es un cambio demasiado brusco, y muchos no están preparados.

—Por mal que estén aquí, no creo que su vida en la Tierra fuese mucho mejor. Vienen de los peores agujeros del planeta... Gente dura, desesperada. No tienen nada que perder.

—¿Te dijo Alfred lo de las tiendas? Las nuevas no llegarán hasta mañana por la tarde.

—Más problemas —refunfuñó la mujer—. Tendremos que meter en el túnel también a los de mañana. A veces me gustaría que ese trasto se estropease...

El otro silbó, alarmado.

—¡Más vale que no le pase nada! Hiden se pondría furioso... ¿Y sabes a quién le echarían la culpa? A ti, o a mí.

Las voces se alejaron hasta volverse ininteligibles. Intrigado por lo que acababa de oír, Jacob descendió las escaleras a toda velocidad. En el piso inferior, se encontró de nuevo con un corredor largo y aséptico, con puertas a los lados. El hombre y la mujer se metieron por una de aquellas puertas, y Jacob iba a seguirlos cuando un resplandor procedente del extremo del pasillo atrajo su atención.

La luz tenía una tonalidad nacarada y parecía imprimir una extraña vibración en



el aire, como el vapor que despide la hierba en los días de bochorno. A medida que avanzaba hacia ella, su intensidad iba variando, disminuyendo unas veces y aumentando otras. De repente, hacía mucho calor...

El corredor desembocaba en una extensa plataforma excavada en la roca y separada del precipicio por un cristal orgánico de más de veinte metros de altura. El suelo se encontraba cubierto de cajas de diferentes tamaños, la mayoría abiertas. En su interior, había escafandras, botellas de oxígeno, cascos, guantes aislantes, botas térmicas y mascarillas. Una docena de robots se afanaban en torno a las cajas, ordenando, clasificando, reponiendo material. Las máquinas emitían un débil zumbido al deslizarse, y sorteaban hábilmente los obstáculos que se iban encontrando, incluidas las otras máquinas. Era evidente que cada una realizaba la tarea que le habían asignado sin ninguna coordinación con las demás.

Entonces la vio. Estaba allí, en el otro extremo de la plataforma, una descomunal burbuja metálica incrustada en la roca. Debía de tener por lo menos cuarenta metros de diámetro, y en su parte frontal se abría una puerta de tales dimensiones, que habría podido permitir el paso de varios vehículos de gran tonelaje avanzando en paralelo. La luz nacarada procedía de su interior, y, al principio, resultaba casi cegadora. Cuando los ojos de Jacob se acostumbraron a aquella deslumbrante claridad, pudo ver lo que contenía la burbuja. Otra esfera más pequeña, de unos dos metros de diámetro, lisa y maravillosamente blanca, como una perla, flotaba en su interior azulado.

El muchacho la observó fascinado, sin poder apartar la vista de ella. No podía creer lo que estaba viendo, pero allí estaba... Otra esfera como la de Medusa; una máquina del tiempo similar a la que había creado George Herbert, aunque muchísimo más grande. Una esfera de Dédalo... De pronto todas las piezas del puzzle encajaban, componiendo una escena llena de significado. Así era como llegaban los soldados de Hiden: directamente traídos de la Tierra a través de un agujero de gusano.

Se pasó una mano por la frente, anonadado. ¿Cómo era posible que nadie lo supiese? Hiden se había atrevido a instalar una máquina del tiempo en pleno corazón del edificio de la Doble Hélice, que albergaba la sede marciana de la ONU y el cuartel general del consorcio de Tharsis. ¿Cómo era posible que hubiese logrado hacerlo sin que nadie se diese cuenta? Y, sobre todo, ¿cómo había obtenido los planos para su fabricación? Algún espía infiltrado en Prometeo, sin duda. No existía otra explicación posible.

Pero Hiden no se había limitado a construir la esfera, pensó Jacob de pronto. También había logrado hacerla funcionar... Y eso solo podía significar una cosa: Sabía lo de la otra esfera, lo de los viajeros del futuro, y tenía en su poder una llave del tiempo.

Un rumor de voces procedente del corredor por el que había llegado le hizo



avanzar mecánicamente hacia la esfera. Por un momento pensó en introducirse en ella, a ver qué ocurría, pero el temor de que estuviese conectada a algún tipo de alarma le hizo cambiar de idea y rodearla. Detrás de la esfera encontró un túnel excavado en la roca e iluminado con cintas de luz azul adheridas a las paredes formando una larguísima hélice cuyo final no se veía. El túnel del que había oído hablar a aquellos dos individuos... Sin pensar demasiado en lo que hacía, echó a correr por él. Pero pronto tuvo que dejar de hacerlo, porque el suelo del túnel inició un ascenso tan pronunciado que el avance resultaba increíblemente fatigoso, a pesar de la baja gravedad de Marte.

En el centro del túnel había un par de cintas transportadoras que se deslizaban lentamente en ambas direcciones. Iban vacías... Pero Jacob prefirió no arriesgarse y avanzar paralelamente a ellas por el suelo de roca.

De pronto, vio venir hacia él una cabina de transporte de pasajeros inmóvil sobre la cinta más cercana. A la luz de la hélice azulada, le pareció distinguir una silueta humana en su interior... Se pegó a la pared del túnel y contuvo la respiración. Incluso sin sus poderes era muy poco probable que lo descubrieran, pero, aún así, convenía ser precavido...

Mientras el vehículo pasaba a su lado, Jacob cerró los ojos. Luego volvió a abrirlos y observó cómo se alejaba, aliviado. Pero, un instante después, la cinta se detuvo y del interior de la cabina de transportes saltó ágilmente un individuo que, de inmediato, empezó a correr hacia él.

Anonadado, Jacob tardó unos instantes en reaccionar. El individuo, mientras tanto, se acercaba con gran rapidez... Por fin, venciendo su estupor, el muchacho comenzó a correr tan deprisa como se lo permitían sus piernas. Pero la baja gravedad volvía su avance torpe e irregular, haciéndole tropezar a menudo con sus propios pies. A sus espaldas, los pasos rítmicos y veloces de su perseguidor se oían cada vez más cerca. Cada vez más cerca...

Un violento empujón lo derribó en el suelo, y dos fuertes brazos le sujetaron las muñecas a la espalda. Aún así, pudo girar la cabeza lo suficiente como para ver una mano enguantada que sujetaba una diminuta jeringuilla.

—Jacob; otra vez tú...

Antes de perder el conocimiento, Jacob tuvo tiempo de reconocer el tono inconfundiblemente irónico de Aedh.





## Capítulo 14. El Círculo de Piedra

—¡Ya era hora! Creí que no ibas a despertarte nunca.

Jacob abrió los ojos y parpadeó varias veces, mientras sus pupilas se habituaban a la claridad. Intentó apartarse un mechón de pelo de la frente, pero, al tratar de mover su brazo, comprobó que algo lo mantenía pegado a su cuerpo. Lo mismo ocurría con el otro...

Una camisa de fuerza. Y correas en el pecho, y en las piernas... Lo habían atado a un sillón.

La cabeza sí podía moverla, lo suficiente, al menos, para permitirle mirar directamente a Aedh. Le sorprendió el aspecto del joven, que había adelgazado muchísimo desde la última vez que se vieron. Parecía mayor, y también extraordinariamente fatigado... Llevaba sus largos cabellos sueltos, sujetos únicamente en la parte superior de la cabeza por una irisada diadema.

—¡Estás loco! —le gritó—. ¿Cómo has podido unirme a él? ¿Sabes la clase de persona que es?

—¿Te refieres a Hiden? —replicó Aedh tranquilamente—. Claro que lo sé. La clase de persona que puede ayudarme a conseguir mi objetivo... El resto no me interesa.

—¿Sabes lo que ha hecho? Ha desencadenado una epidemia horrible en Arendel. Una epidemia que afecta a los niños... ¿No te pone los pelos de punta?

El rostro de Aedh se ensombreció.

—Es horrible, sí —admitió, apretando los puños—. Ojalá hubiera podido impedirlo... Pero no habría podido hacerlo sin despertar sus sospechas; y yo necesito que confíe en mí.

Jacob lo miró con desprecio.

—¿Para qué lo necesitas? ¿Para que nos haga prisioneros, a nosotros y a tu hermano? ¿Sabes lo que hará cuando lo haya conseguido? Nos utilizará, y luego, cuando hayamos dejado de serle útiles, acabará con nuestras vidas. ¿Por qué quieres eso?

Aedh se sentó en una mesa frente a él y le miró a los ojos. Era una mirada cargada de desánimo.

—Todo esto ha sido un error —dijo—. Vosotros sois un error... Los ictios cometieron una horrible imprudencia enviándoos aquí. Y a mí me ha tocado solucionarlo; no disfruto con esto, créeme; pero tengo que hacer lo que he venido a hacer. Si Deimos no lo comprende, tanto peor para él... Pero al final lo comprenderá;



él sabe tan bien como yo que no podemos permitirnos volver.

—¿Volver al futuro? —preguntó Jacob—. ¿Por qué no?

—Porque vosotros, a pesar de vuestro origen biológico, pertenecéis, en realidad, a esta época. Vuestra mentalidad es como la de todos los que os rodean; no estáis en condiciones de interpretar los hechos trascendentales que están a punto de ocurrir. No podéis comprender su significado... No veis más allá de vuestras narices. Si le pidiesen a una hormiga que describiese a un elefante, ¿qué es lo que diría? Contaría cómo son sus pezuñas, que es todo lo que conoce de él. Lo mismo ocurriría con vosotros... ¿Qué podríais contar del origen de Arete a vuestro regreso? Detalles insignificantes, que muchos tomarían por grandes revelaciones... Pondríais en peligro cientos de años de progreso espiritual. Y yo no puedo permitirlo.

Jacob le miró con interés, olvidando momentáneamente lo apurado de su situación.

—¿Por qué crees que nuestro testimonio pondría en peligro el areteísmo? —preguntó—. ¿Qué es lo que temes tanto? ¿Que digamos que Uriel, en nuestra época, era simplemente una corporación industrial especializada en energías renovables? ¿Crees que eso influiría en la espiritualidad de la gente?

Aedh frunció el ceño.

—La fe es importante —musitó—. Si la gente cree que ha sido engañada, que las historias sobre las que se sustentan sus creencias son falsas, se apartarán del camino de la virtud. Vendrá el desconcierto, la anarquía... No sabrán en qué creer, no sabrán cómo distinguir el bien del mal. Es lo que os ocurre a vosotros... Y es terrible. Tarde o temprano os conducirá a la ruina. Y yo no quiero que a mi gente le ocurra lo mismo, ¿comprendes? Por eso debo impedir que regreséis.

—Confías muy poco en los seres humanos. ¿Crees que necesitan que alguien les diga lo que está bien y lo que está mal? Eso no es así, Aedh. El hombre es lo suficientemente inteligente como para decidir por sí mismo. No hay ninguna necesidad de engañarlo.

—El areteísmo no es ningún engaño —replicó Aedh, colérico—. ¿Ves? No entiendes nada, ya te lo dije. Estás hablando sin tener ni idea... Eso es precisamente lo que quiero impedir.

—¿Y cómo vas a hacerlo, entregándonos a Hiden?

—Es lo mejor. Hiden no os matará, os necesita para su industria farmacéutica. Pero es lo suficientemente poderoso como para reteneros aquí e impedirnos regresar al futuro.

Jacob le miró con fiereza.

—Sí; gracias a ti, es más poderoso que nunca... Incluso puede fabricar máquinas del tiempo y viajar adonde quiera en el futuro. Qué buena idea, ¿no? Es la clase de



persona a quien uno le confiaría el poder de alterar el rumbo de la Historia a su conveniencia.

Aedh enrojeció ligeramente.

—Eso que has visto no es una máquina del tiempo, aunque el principio de su funcionamiento sea el mismo que el de la esfera de Herbert. Ya sabes lo que hacen esas esferas; abrir agujeros de gusano... Este agujero de gusano conecta la Tierra con Marte, pero en el mismo plano temporal. Hiden lo utiliza únicamente para traer sus tropas a Olimpo. No es tan peligroso como parece... si uno se lo plantea a largo plazo.

—¿Ah, no? ¿No es peligroso? ¿Y qué le impedirá a Hiden construir otras esferas para abrir agujeros de gusano que permitan desplazamientos espacio-temporales? La tecnología es la misma... Le conozco lo suficiente para saber que lo intentará.

Aedh sonrió, confiado.

—Es posible; pero no podrá hacerlo... Esta esfera funciona gracias a mi llave del tiempo. Yo la acciono cada vez que Hiden me lo pide; ese fue nuestro trato. Pero Hiden intentará robármela, claro. Lo que ignora es que eso no le servirá de nada. Esta llave es distinta de la vuestra; lleva un control de seguridad, y solo podemos accionarla Deimos y yo. Si lo intenta otra persona, el agujero de gusano, una vez abierto, se curvará sobre sí mismo formando un bucle, y la persona quedará atrapada en ese bucle espacio-temporal sin poder entrar ni salir, hasta su muerte.

—Pero podría activarla con otra llave... la nuestra, por ejemplo. Con ella, sí funcionaría, ¿no? Y tú has debido de contarle que la tenemos...

Aedh asintió con la cabeza, indiferente.

—Si le ayudas a cogernos, ¿qué pasará con nuestra llave? ¿Crees que te la dará a ti? Se la quedará él, no te quepa duda. No creo que le guste tener que depender de ti cada vez que quiere activar la esfera.

—¿Crees que no he pensado en eso? La esfera que ha construido Hiden lleva incorporado un mecanismo de auto-destrucción, solo que él lo desconoce. Si alguna vez intenta ponerla en funcionamiento con otra llave que no sea la mía, el mecanismo se activará y la bomba estallará. Y no solo eso... Mi llave está provista de un sensor que detecta mi presencia y mis constantes vitales. Si algo me ocurriese a mí, o si me la robasen, la llave lo detectaría y activaría a distancia el programa de destrucción de la esfera. Así que, como ves, he tomado mis precauciones...

Jacob arqueó las cejas, escéptico.

—Ya, pero siempre puede recurrir a ti —replicó—. Supón que yo le cuento lo que me acabas de decir. Hiden te conservará a su lado para utilizarte como llave del tiempo humana siempre que le plazca... Puede hacerlo, es muy poderoso. Incluso con todos tus implantes biónicos del futuro y tus mejoras genéticas, no podrás defenderte. Él tiene a miles de hombres a sus órdenes... Te obligará a hacer lo que le dé la gana y a utilizar la llave según su conveniencia.



Aedh se echó a reír despreocupadamente.

—Lo intentará, desde luego —repuso—. Pero ya me he asegurado de que no pueda conseguirlo. Le he implantado una pesadilla que actúa como un virus sobre su subconsciente; una pesadilla que se le repetirá cada vez que duerma, y que le irá enseñando poco a poco a temerme más que a nada en el mundo.

Jacob recordó de repente la pesadilla en la que se había visto inmerso al tratar de salir de la rueda neural de Hiden. No le llevó demasiado tiempo atar cabos.

—¿Te refieres al sueño de la espada fantasma? —preguntó, sorprendido.

Aedh palideció.

—¿Cómo sabes que...? Claro, venías de sus apartamentos, ¿no? Y él dormía... ¿Lograste introducirte en su mente? Creí que eso era algo que solo podía hacer Martín.

Pero ¿cómo has sabido que se trataba de una espada fantasma?

—Bueno, la espada que mataba a Hiden surgía de la nada. Eso es lo que hacen las espadas fantasma, ¿no? Viajan en el tiempo... Deimos nos lo explicó no hace mucho. Lo que me extrañó fue que Hiden conociese su existencia...

—Bueno, él no sabe nada de las espadas fantasma ni de su modo de funcionamiento. Para él, lo que ocurre en el sueño es que un guerrero le destruye con un arma invisible... Y ese guerrero soy yo, naturalmente. Eso le hará comprender el riesgo que corre si trata de jugar conmigo.

Jacob comprendió instantáneamente que algo había fallado en el plan de Aedh. En la aterradora pesadilla que había logrado introducirle a Hiden a través de su rueda neural, el guerrero que acababa con su vida era él en persona. Sin embargo, al final del sueño que Jacob había presenciado, el rostro del guerrero no era el de Aedh, sino el de Martín... Las obsesiones del presidente de Dédalo debían de haberse mezclado en su subconsciente con el sueño introducido artificialmente por Aedh, y el resultado había sido aquella extraña combinación. Por un instante, Jacob pensó en revelarle a su captor el fracaso de su plan de dominio sobre Hiden, pero luego decidió callárselo. Si, accidentalmente, aquel sueño lograba que Hiden temiese cada día un poco más a Martín, y no a Aedh, quizá podría serles de gran ayuda. Por un lado, le restaría poder a Aedh, y, por otro, se lo conferiría a Martín... Así que Jacob, después de un instante de vacilación, decidió callarse lo que sabía. Más adelante, quizá, podría decírselo... Pero, por el momento, se guardaría aquella información.

—De todas formas, ¿era necesario revelarle a Hiden lo de la esfera? —preguntó, intentando desviar la conversación del tema de la pesadilla—. ¿No te parece que has corrido un riesgo innecesario?

—No hay ningún riesgo, ya te lo he dicho —replicó Aedh con impaciencia—. Tenía que hacer algo para ganarme su confianza... Además, facilitarle a Hiden un medio de invadir Marte no es una mala idea. Quizá, gracias a ella, uno de los



preceptos fundamentales del Canon de los Perfectos llegue a ponerse en práctica muy pronto: «Respetarás los mundos que te rodean; no abandonarás tu propio mundo. No disiparás tu fuerza espiritual disolviéndola en la inmensidad del Universo». Eso es lo que dice el texto sagrado... La colonización de Marte es una blasfemia, y cuanto antes se termine con ella, mejor.

Jacob bajó la mirada, turbado por la expresión enloquecida de Aedh. Deimos les había dicho que los perfectos no eran fanáticos religiosos, pero Aedh se comportaba como si lo fuera. Quizá su prolongada estancia en el pasado le estuviese haciendo perder el juicio. Al fin y al cabo, no era la primera vez que ocurría... Ya había pasado con los miembros de la Primera Expedición. El muchacho se estremeció al recordar la mirada extraviada de Saúl...

Luego, lentamente, volvió a observar al gemelo de Deimos. Ya había averiguado todo lo que necesitaba saber; ahora tenía que huir... No sabía cuánto tiempo había permanecido inconsciente, pero probablemente habrían sido varias horas. Y, mientras tanto, en Arendel estaban esperándole impacientes, esperando aquella información decisiva que había extraído del cerebro de Hiden y que podía salvar a la ciudad... Tenía que actuar lo más deprisa posible.

Ya había vencido a Aedh en una ocasión, cuando le sorprendió junto a la esfera de Medusa. Podía volver a hacerlo... Esta vez, le sería incluso más fácil, porque contaba con uno de los programas telepáticos de Martín. Además, el virus creado por Selene que él había empleado para vencer a Aedh durante su enfrentamiento en Medusa debía de seguir allí, agazapado en alguno de sus implantes biónicos. Únicamente tenía que activarlo... Se concentró con todas sus fuerzas en aquel pensamiento, buscando mentalmente una entrada a la mente de Aedh. Pero, de repente, tuvo la sensación de haber chocado contra una barrera infranqueable. Al mismo tiempo, Aedh lanzó una sonora carcajada.

—Ni lo intentes, chico —dijo, mirándole como si acabase de suceder algo muy gracioso—. No te servirá de nada... ¿No has visto mi diadema?

Jacob se fijó en aquel adorno, sin comprender.

—Es una barrera de comunicación —aclaró Aedh—. ¿Recuerdas las campanas en las que os metimos en Calcuta-Madras? Está hecha del mismo material, pero incorpora además varios chips adicionales para interrumpir cualquier comunicación inalámbrica que intentéis enviar desde vuestro cerebro hacia el portador de la diadema. Así que no te esfuerces... Esta vez tus trucos no te servirán de nada.

Jacob sintió que el cabello se le humedecía de sudor. Al planear su expedición, no había contado con la posibilidad de que alguien lograra neutralizar sus poderes. Sin ellos, estaba perdido... Pero no debía dejarlo traslucir. Aunque fuese lo último que hiciera, tenía que hacerle creer a Aedh que no estaba asustado y que aún se reservaba algún as en la manga. De pronto, se le ocurrió una idea.

—¿Y qué pasará si activo mi programa de borrado de memoria? —preguntó,



desafiante—. A lo mejor, entonces, se ponen en marcha otro tipo de conexiones que tú ni siquiera podrías imaginar; a lo mejor se dispara algún tipo de dispositivo capaz de neutralizar esas diademas tan ridículas.

Para su sorpresa, Jacob descubrió que aquella amenaza no dejaba indiferente a Aedh. Con los párpados entrecerrados, el joven clavó una larga mirada en su prisionero, como tratando de calibrar las probabilidades reales de que cumpliese su amenaza. La conclusión, a juzgar por la forma en que apretó ambas mandíbulas, no debió de resultar demasiado tranquilizadora.

—Si lo haces, lo perderás todo —dijo, intentando controlar el tono de su voz—. Todo lo que tiene valor para ti...

—Crees que soy como los otros —dijo Jacob, sonriendo envalentonado por el efecto de su desafío—. Pero mi caso es diferente; yo no tengo nada que perder... Gracias a tu amigo Hiden, no hay en mi vida ningún recuerdo por el que valga la pena sacrificarse. Así que puedo activar ese programa en cuanto me dé la gana. Solo estoy esperando el mejor momento.

—¿Los otros no te importan? —preguntó Aedh mirándolo con fijeza.

Jacob desvió la mirada, notando como el rubor invadía sus mejillas. Se maldijo a sí mismo por tener tan poco control sobre sus reacciones. Aquello era, prácticamente, una confesión... Aedh sonrió torcidamente.

—¿Quién es, Selene? —preguntó—. Recuerdo cómo la mirabas en Medusa, cuando creías que nadie se daba cuenta... Ahora, escúchame. Si te importa algo esa chica, harás bien en no activar tu programa de borrado de memoria. Olvidarías tus sentimientos hacia ella... Pero eso no sería lo peor. ¿Recuerdas el virus que lograste introducir en mi cerebro durante la pelea de Medusa?

Jacob volvió a alzar los ojos hacia él.

—No sé qué era exactamente —confesó.

—Era algo muy peligroso, Jacob —dijo Aedh apretando los puños—. Podría haberme matado... No sé de dónde demonios salió ese programa, pero es un virus del futuro, capaz de reconocer los implantes biónicos y alterar por completo su funcionamiento.

—¿Por qué me cuentas eso ahora? —preguntó Jacob, intentando no dejar traslucir su inquietud.

—Te lo cuento porque, gracias a ti, ese virus está ahora en mi poder. Después de mucho sufrimiento, he logrado aislarlo de mi cerebro, estudiarlo y manipularlo, producir copias... Sí, chico. Tú mismo me has proporcionado un arma maravillosa contra todos vosotros. Y estoy dispuesto a utilizarla. Tú dices que ya no tienes nada que perder... Yo tampoco. Así que, si cumples tu amenaza, yo cumpliré la mía. Será muy fácil: insertaré el virus en alguno de los objetos que trajimos del futuro, el dije de mi madre, que Deimos le regaló a Cassandra, por ejemplo. Desde allí, saltará a





vuestros cerebros... Será peor que la muerte, te lo digo por experiencia. ¿Quieres ver enloquecer a tu chica, quieres ver cómo su cerebro se convierte en su peor enemigo? Activa el programa de borrado de memoria y lo verás.

Un miedo mortal se había apoderado de Jacob, haciéndole temblar convulsivamente dentro de su camisa de fuerza. Pero tenía que seguir fingiendo.

—Si activo el programa, ya no me importará lo que le ocurra a Selene —dijo con lentitud—. Has sido bastante imprudente contándome eso. ¿Tan seguro estás de que no voy a volver con ellos?

Una voz a sus espaldas le hizo intentar girarse en su asiento, aunque las correas que lo mantenían sujeto se lo impidieron.

—Te reunirás con ellos cuando los cojamos —dijo Hiden, avanzando hasta situarse delante de su prisionero—. Otra vez juntos, ¿eh, Jacob? Mi querido Jacob... Prácticamente un hijo adoptivo para mí. Un hijo desagradecido... Pero has vuelto al redil, y lo pasado, pasado.

Hiden llevaba puesta su atractiva máscara virtual y miraba a Jacob con una encantadora sonrisa. La diadema de incomunicación que ceñía sus cabellos, exactamente igual a la de Aedh, le daba un aspecto bastante ridículo, pero a él no parecía importarle.

—Claro que, la próxima vez que vengas a visitarme, será mejor que me avises antes —añadió sin dejar de sonreír—.

Así podré recibirme como te mereces... No ordenaré matar un ternero en tu honor, porque eso me traería problemas con la policía federal. Pero, no sé, por lo menos una cena especial, con helados de esos que a ti te gustan... ¿Qué te parece?

Si lo que pretendía era provocar a Jacob con su cinismo, lo consiguió, porque el joven se lanzó hacia delante con ojos llameantes, y solo las ataduras que le sujetaban impidieron que se abalanzase sobre el recién llegado.

—Has aparecido en el mejor momento —prosiguió Hiden, imperturbable—. La verdad es que tenemos un asunto urgente para ti. Esas condenadas mariposas... Nunca me han gustado los insectos. No son de fiar. Aunque la culpa no es de ellas, supongo, sino del virus... Está mutando muy deprisa, y no tenemos anticuerpos para las nuevas variedades. Algunas se transmiten por el aire... Tengo que poner a mi gente a salvo. Al menos seis de las cepas mutantes atacan a adultos. Por eso te necesitamos, hijo. Tú eres una fábrica de anticuerpos ambulante... Te llevaremos al laboratorio. Para eso has venido, ¿no? Para averiguar dónde está... Pues fíjate, ahora vas a tener oportunidad de visitarlo. Hemos detectado diecisiete variedades nuevas del virus; te expondremos a todas ellas. Tengo que proteger a mis hombres... ¡Pobrecitos! Han venido de muy lejos para ayudarme; y son muchos, muchísimos... ¿Los has visto?

Antes de que Jacob tuviese tiempo de responder, Hiden empujó su sillón varios metros, hasta situarlo frente a una gran ventana lateral.



Jacob abrió la boca, anonadado. Al otro lado de la ventana, las negras laderas del Olimpo descendían majestuosamente hasta perderse de vista en el horizonte. Y toda aquella superficie de roca desnuda estaba cubierta de tiendas de campaña. Había miles, hasta donde podía abarcar la vista. Algunos hombres, no muchos, caminaban entre ellas equipados con pesados trajes espaciales y botellas de oxígeno.

Sobre una explanada situada a la derecha de aquel panorama, Jacob descubrió un objeto que le llamó poderosamente la atención. Era un platillo volante de superficie verde metalizada y decenas de luces de colores distribuidas a lo largo de todo su perímetro. Aquel diseño retro parecía sacado directamente de una de las primeras películas de Ciencia Ficción de la historia del cine. Hiden era muy aficionado a toda clase de antigüedades, y un ferviente admirador de aquellos delirantes futuros inventados por los cineastas del siglo XX... Otra de sus obsesiones estéticas, pensó Jacob. Su mayor atractivo y su mayor debilidad... Debía recordarlo.

El director de Dédalo siguió la dirección de su mirada.

—Bonito, ¿verdad? Acabo de estrenarlo. Y es bastante rápido, aunque te parezca increíble... Me alegro de que te guste, porque vas a viajar en él. Un equipo de seguridad te está esperando dentro... Ellos te llevarán al Círculo de Piedra, para arreglar el asunto de las mariposas. Y luego... Bueno, supongo que volveremos a vernos.

Hiden debió de enviar entonces una señal a los vigilantes que le acompañaban, porque de inmediato entraron en la habitación cuatro hombres equipados con trajes aislantes y botellas de oxígeno. A partir de ese momento, todo sucedió muy rápidamente. Los hombres desataron a Jacob, le enfundaron un traje similar al que llevaban ellos y le pusieron a la fuerza el casco y el equipo de respiración. Mientras acababan de ajustarle las botas y los guantes, Jacob observó que Aedh y Hiden intercambiaban algunos cuchicheos. Pero no tuvo tiempo de averiguar nada más, porque los cuatro individuos que le habían vestido lo alzaron en volandas y lo sacaron de la estancia.

En menos de cinco minutos, Jacob se vio metido en un rover que ascendía trabajosamente por la empinada pendiente de la explanada. Luego, el vehículo se detuvo y sus guardianes lo sacaron a empujones y lo arrastraron hasta el platillo volante de Hiden. A pesar de la violencia con la que estaba siendo tratado y del peligro de la situación, Jacob no pudo dejar de sonreír ante aquella nave llena de luces como un árbol de navidad, con sus patitas de metal y sus encantadoras ventanas redondas.

Dentro, la decoración era también retrofuturista, con muebles de plástico blancos y rojos y cientos de botones y lucecitas multicolores en las paredes.

Una vez selladas las puertas, los guardias de seguridad le despojaron del casco y las botellas de oxígeno y le ataron a la fuerza a uno de los asientos. Después, una especie de azafata de vuelo vestida con un ceñido mono plateado le obligó a tragarse



una pastilla. Inmediatamente, las imágenes que lo rodeaban comenzaron a volverse confusas... Un momento después, se había dormido.

Le despertaron abofeteándole el rostro de un modo harto desagradable. Abrió los ojos y miró a su alrededor, frotándose mecánicamente la mejilla que acababan de golpearle. La mujer que lo había hecho, que era la misma que le había dado antes la pastilla, llevaba ahora un grueso traje naranja sobre su mono plateado, una diadema de incomunicación similar a la de Aedh y una especie de careta antigás sobre el rostro. Sin decirle nada, le plantó un artilugio similar en la cara y comenzó a ajustarle las gomas que debían sujetarlo detrás de las orejas.

—¿Qué haces? —dijo otra voz distorsionada por la sofisticada mascarilla a sus espaldas—. Al chico no se la pongas, ¡él tiene que infectarse!

Tras un instante de vacilación, la mujer le quitó el artilugio de la cara y permaneció un momento ante él, vacilante.

—¿Por qué nosotros? —se quejó otra voz a su izquierda—. ¿No podían enviar robots para esto? Los robots no corren el riesgo de infectarse...

El que había hablado era un individuo alto, mal encarado, que aún no se había puesto la careta. En su frente llevaba una diadema de incomunicación como la de su compañera.

Esta señaló el artilugio con el dedo.

—Hay que ponerle una de esas al prisionero. Hiden insistió en ello —recordó.

El hombre se echó a reír burlonamente.

—¿Para qué, para que esté tan ridículo como nosotros?

—Dicen que el chico puede manipular los controles electrónicos de los laboratorios —contestó la mujer en tono apagado, mientras ajustaba la diadema sobre la frente de Jacob.

El otro resopló, escéptico.

—¿Este crío? ¿Nos toman por imbéciles? Estarán probando alguna tecnología rara con nosotros y con él, seguro —rezongó—. Utilizándonos como cobayas... Siempre hacen lo mismo.

—Haber dicho que no querías venir —le contestó otro hombre que aún se estaba vistiendo—. Habrían mandado a otro, la gente se pelea por misiones como esta. Es el sueldo de cuatro meses.. .Más de uno te lo habría agradecido.

—¿Y pasar a formar parte de la lista negra? No, gracias. No quiero terminar cualquier día despeñado en uno de esos barrancos infernales mientras mi mujer cree que me he fugado a la Tierra. Prefiero tragar, mientras el cuerpo resista.

Cuando terminaron de prepararse, la mujer tomó de una mano a Jacob y el hombre que protestaba le agarró de la otra.



—No intentes ninguna locura, ¿eh, chico? —le dijo este último, ceñudo—. Bastante complicada está ya la cosa. Tú límitate a hacer lo que te digamos, y no nos pongas nerviosos. Porque, si nos pones nerviosos, esto puede terminar muy mal.

Jacob asintió con la cabeza, comprendiendo que el hombre hablaba en serio. Aquellos tipos estaban desesperados... Les habían asignado una misión que ninguno de ellos quería, a pesar de la elevada compensación económica. Iban a entrar en un laboratorio lleno de virus letales, y ellos lo sabían, y sabían que, pese a todas las precauciones, el riesgo de infección era muy alto, como el propio Hiden se había encargado de advertirles. Además de asustados, se sentían utilizados y menospreciados, y eso, pensó Jacob, los volvía especialmente peligrosos, porque, si alguien les creaba problemas, no se detendrían a reflexionar. Primero dispararían y luego se lamentarían... Así que lo mejor sería no provocarles.

Salieron del platillo a través de un tubo transparente que, al parecer, conectaba directamente con los hangares del laboratorio. Jacob iba flanqueado por los dos guardianes que le habían tomado de la mano y precedido de otros dos. Detrás venían dos más... Seis en total, todos ellos provistos de diademas de incomunicación. Al menos en eso, Hiden no había escatimado... aunque no lo había hecho por la seguridad de sus hombres, sino por el temor que le infundía el prisionero.

El laboratorio era una instalación fría y anodina, con olor a éter y a levadura de cerveza. Pasaron por varias dependencias llenas de fermentadores y de matraces sometidos a una perpetua agitación. Luego llegaron a los viveros... Allí, cuatro de los guardianes retrocedieron mientras los otros dos ataban al prisionero a una camilla. Luego, le abrieron las cremalleras de brazos y piernas para dejar su piel al descubierto.

—Volveremos dentro de una hora —le dijeron—. No intentes escapar... No saldría bien.

Jacob cerró los ojos y permaneció en silencio, escuchando el zumbido de los generadores y los aleteos de las mariposas. Cada vez que una de ellas se posaba sobre su piel, un violento estremecimiento recorría sus miembros. A pesar de los brillantes colores de sus alas, en aquel momento le parecían unos bichos asquerosos... Aunque ellas no tenían la culpa. Las habían diseñado para transportar el virus, y, cuando dejasen de ser necesarias, acabarían con ellas. Mientras tanto, lo único que intentaban era sobrevivir... Eran víctimas, otras víctimas más de Dédalo.

Con los ojos cerrados, Jacob trató de imaginarse los millones de partículas víricas que pululaban a su alrededor, reproduciéndose, mutando, pasando de una oruga a otra, incluso, según acababa de oír, transmitiéndose a través del aire... Solo había un modo de terminar con aquello. Tenía que destruir el laboratorio entero, con todas las cepas que contenía. Si Hiden obtenía el suero que necesitaba a partir de sus anticuerpos, ya nada podría detenerle. Extendería las nuevas variedades del virus a Arendel y a las otras ciudades. Si el virus había empezado a transmitirse por el aire, ya



no necesitaba a las mariposas. La epidemia se volvería incontrolable... Tenía que acabar con aquello de inmediato, y sabía cómo conseguirlo. Su cerebro había memorizado el mapa de los laboratorios que había encontrado en la rueda neural de Hiden, con la situación de todos los explosivos... Solo había que accionar el detonador y salir corriendo. Pero él no podía hacerlo, claro.

Con la diadema de incomunicación, le resultaba imposible acceder a los controles informáticos del edificio. Sus guardianes, seguramente, sí podrían conseguirlo, pero llevaban puestas también aquellas malditas diademas... No había forma de introducirse en sus ruedas neurales y obligarles a activar el programa de voladura. ¿O sí la había?

Cuando le dijo a Aedh que estaba dispuesto a activar el programa de borrado de memoria que multiplicaría sus poderes, no hablaba en serio. Era solo una amenaza que se le había ocurrido sobre la marcha, nada más... Pero, pensándolo bien, la idea quizá no fuese tan descabellada. Después de todo, lo que le había dicho a Aedh era verdad: no tenía nada que perder; su vida no había sido demasiado feliz, le habían ocurrido muy pocas cosas que mereciesen ser recordadas. Además, según lo que les había explicado Deimos cuando se conocieron, el programa no eliminaba realmente los recuerdos, solo su significado afectivo. No eliminaría, por ejemplo, la desdibujada imagen que conservaba de sus padres, allá en Endymion... Únicamente haría que resultase menos dolorosa, que nunca más le hiciese sufrir. Y eso quizá no fuese tan malo, después de todo...

También estaba Selene, por supuesto. Si activaba el programa de la «memoria del futuro», olvidaría lo que sentía hacia su compañera. Y ella, al darse cuenta, lo pasaría muy mal... Pero sería un sufrimiento pasajero, porque, a pesar del cambio, seguirían juntos. Y, si seguían juntos, él volvería a enamorarse de ella, estaba seguro. De modo que la cosa no era tan grave...

Recordó de pronto la amenaza de Aedh, aquella historia sobre el virus que estaba dispuesto a introducir en el cerebro de su amiga y en el de todos sus compañeros. ¿Estaría diciendo la verdad? Si Aedh disponía de un virus semejante, lo más probable era que antes o después se decidiese a utilizarlo, independientemente de lo que él hiciera. Incluso era posible que ya se lo hubiera inoculado; había estado inconsciente muchas horas, e ignoraba lo que había sucedido en todo aquel tiempo... Sin embargo, si lograba multiplicar sus poderes gracias a la «memoria del futuro», quizá podría enfrentarse al virus en mejores condiciones... y avisar a los otros para que hicieran lo mismo. Pero para eso tenía que escapar. Sí, no había duda. Al menos tenía que intentarlo. Tenía que concentrar todas sus fuerzas y toda su voluntad en aquel programa que permanecía dormido en el interior de algún implante biónico de su cerebro. Tenía que lograr que despertara... No le quedaba otra salida.

Esperó a que sus guardianes vinieran a buscarlo para llevarlo a otro de los viveros, repitiendo la operación. De nuevo permitió que lo ataran a la camilla y expusiesen sus brazos y piernas al contacto de los insectos infectados sin oponer ninguna



resistencia. Esta vez, incluso depositaron varias orugas en su piel antes de marcharse... El contacto viscoso de aquellas larvas casi transparentes estuvo a punto de provocarle náuseas. Pero debía dominarse. Ahora tenía claro cómo debía actuar... Todo sería muy rápido. En cuanto sus guardianes viniesen a buscarlo, traspasaría sus diademas de incomunicación y les transmitiría la orden de liberarlo y de activar el programa de demolición de todo el edificio para, después, salir corriendo. Suponía que contarían con un lapso de tiempo lo suficientemente largo como para ponerse a salvo antes de que los laboratorios estallasen... Y, si no, mala suerte. Moriría junto con sus guardianes, y de ese modo salvaría a sus amigos y detendría la epidemia de Arendel.

Una última consideración le hizo dudar por un momento del plan que se había trazado. ¿Qué opinaría Diana de lo que estaba a punto de hacer? Ella solo le había pedido que reuniese pruebas para demostrar la implicación de Dédalo en la epidemia de neumonía infantil. Pero, si volaba el laboratorio, destruiría la prueba decisiva de aquella implicación... Sin embargo, Diana no sabía toda la verdad. El virus había empezado a transmitirse por el aire, era cuestión de días que se difundiese por toda Andrómeda. Hiden salvaría a sus hombres administrándoles los anticuerpos que pensaba obtener utilizándole a él, y el resto de la gente enfermaría. Ahora ya no se trataba únicamente de salvar a Arendel, sino de salvar a todas las colonias... Había que destruir por completo el virus. Y más tarde, cuando el peligro hubiese pasado, siempre quedarían las ruinas del Círculo de Piedra para demostrar la relación de Dédalo con las mariposas que habían desatado la epidemia.

Cuando sus guardianes aparecieron para llevarlo a un nuevo criadero de larvas, esperó a que lo desatasen y comenzó a intentarlo. Sin saber por qué, tenía una idea bastante clara de lo que debía hacer: Tenía que pensar una por una en las ataduras que lo ligaban a este mundo y visualizar cómo se rompían, liberándolo para siempre. Ante su mente desfilaron los vagos recuerdos de su infancia en Endymion, las personas a las que había conocido en el Jardín del Edén, George Herbert, con quien había llegado a intimar tanto cuando estuvieron en Medusa, y luego Deimos, Martín, Alejandra, Casandra, Diana... Había dejado para el final a Selene. Cuando el rostro de la muchacha acudió a su imaginación, los vigilantes de Dédalo ya lo arrastraban por el pasillo hacia el otro laboratorio, pero él ni siquiera era consciente de sus pasos. Pensaba en Selene tal y como la había visto la última vez, justo antes de partir de Arendel. Ni siquiera la había abrazado... Sintió ganas de llorar. Por primera vez en toda su vida, tenía un recuerdo hermoso al que aferrarse, uno de esos recuerdos que pueden acompañarte siempre y que te ayudan a encontrar fortaleza en los momentos difíciles. El recuerdo del día más feliz de su existencia... Y estaba a punto de destruirlo.

Poco a poco, vio como el rostro de Selene se hacía añicos, como si fuese de cristal. Y, al mismo tiempo, sintió un calor abrasador en todo su cuerpo, y un haz de luz completamente blanca atravesó sus pupilas, a pesar de que sus párpados estaban





cerrados. Miles de imágenes que jamás había visto se sucedieron en su mente a un ritmo vertiginoso. Pasaban tan deprisa, que a veces ni siquiera llegaba a distinguirlas bien: rostros, paisajes, edificios, retazos de conversaciones, textos escritos, objetos... La memoria del futuro. Un mundo completo del que, hasta entonces, lo ignoraba casi todo y que ahora, de golpe, había pasado a formar parte de su vida.

Sin embargo, aquel aluvión de nuevos conocimientos, en lugar de confundirle, le hacía verlo todo con mayor lucidez que nunca. Mientras las extrañas imágenes del futuro cruzaban veloces su pensamiento, su cerebro permanecía alerta, atento a todo lo que sucedía a su alrededor, y memorizando cada dato que llegaba a sus sentidos con una precisión hasta entonces desconocida. Cuando lo estaban atando a la tercera camilla, descubrió que era consciente de la posición exacta de los seis guardianes que habían entrado con él en el edificio, así como de la ubicación de todas las cargas de explosivos según el plano que había extraído de la rueda neural de Hiden. Aunque sus guardianes parecían todos del mismo rango, se dio cuenta de que el hombre que en aquel momento le estaba apretando las correas era, en realidad, el líder del grupo. Debía concentrar en él toda su energía... Sin ningún esfuerzo, penetró en su rueda neural a través de la diadema de incomunicación y le ordenó que desatase las correas que acababa de ponerle. Al mismo tiempo, le introdujo el pensamiento de que lo que estaban haciendo estaba mal, pues Hiden, en realidad, no se proponía salvar a toda Andrómeda, sino solo a sí mismo y a sus colaboradores. Sintióse cada vez más seguro de sus nuevos poderes, decidió introducir aquella idea también en los demás, y antes de detenerse a pensar cómo lo haría ya había atravesado simultáneamente todas las diademas de incomunicación, trasmitiéndoles la comprensión de los verdaderos propósitos de Hiden. Advirtió cómo, sin intercambiar palabra, los guardianes empezaban a mirarse unos a otros de un modo distinto.

—Todo esto es una locura —dijo el que parecía el líder—. Nos estamos jugando la vida para que Hiden pueda extender las nuevas variedades del virus a toda la colonia sin infectarse él mismo. No sé cómo no me he dado cuenta antes...

—Tienes razón. ¡Por culpa nuestra, morirán miles de personas! —replicó la mujer—. No podemos seguir negándonos a ver la realidad...

—¿Y esto? ¿Utilizar a un crío para obtener el antídoto y luego encerrarlo en el agujero más inmundo, según nos ha ordenado? —dijo otro—. Es diabólico...

—¿Sabéis lo que os digo? —intervino otro de los vigilantes—. Que ya estoy harto. No hay dinero que compense algo así. Por Dios, no somos animales, somos hombres...

—No lo haremos —afirmó el líder con decisión—. Tienes razón, Karl. Somos hombres. Podemos elegir. Y, ahora mismo, si queremos podemos hacer algo grande y salvar a mucha gente.

—¿Qué quieres decir? —preguntó la mujer.

—El edificio está minado. Volémoslo. Acabemos con todo esto de una vez. Que no



quede ni una de esas condenadas mariposas, ni de esas larvas repugnantes.

Los demás lo miraron asustados.

—¿Sabes cómo hacerlo? —preguntó el que respondía al nombre de Karl.

—Sí. Hiden me dio los códigos de activación de los explosivos, por si algo fallaba. Y también sé cómo activar los chorros insecticidas... Lo haremos.

Sus compañeros bajaron la cabeza, indecisos. Se sentían aturridos por la osadía de su compañero... Jacob volvió a atravesar sus diademas de incomunicación para infundirles valor. El efecto de aquella nueva incursión en sus ruedas neurales fue inmediato.

—Está bien; hagámoslo —dijo la mujer—. ¿Hay alguna forma de ponernos a salvo antes de la voladura?

—Huiremos en ese trasto de feria en el que hemos venido. Existe un código para iniciar automáticamente la voladura después de la descarga de los chorros insecticidas. Eso será lo que haremos. Calculo que dispondremos al menos de diez areominutos antes de que todo explote... Si nos damos prisa, podemos llegar al platillo.

—De acuerdo, pero ¿y el chico? —preguntó otro de los guardianes, que hasta entonces había permanecido callado.

—Lo llevaremos con nosotros —dijo la mujer—. Estamos quemando nuestras naves... Después de esto, no podremos volver a territorio de Dédalo. El chico viene de Arendel... Nos servirá de salvoconducto para que nos dejen entrar allí.

—¿Allí? —repitió Karl—. Pero, la epidemia... Será mejor llevarlo a Nausikaa. Cuando los de Kokoro sepan que este es Jacob Seferis, el chico que terminó con el virus *Moonlight* en Endymion, nos abrirán las puertas de la ciudad de par en par. Dicen que ya se han dado un par de casos allí... Estarán muy preocupados, y, si nosotros les llevamos la solución, nos darán asilo político sin ningún problema, ya lo veréis.

Jacob relajó su presión sobre las mentes de las seis personas que lo rodeaban. Estaba hecho.

—Corred por el tubo tan deprisa como podáis, e id activando los controles de despegue —ordenó el líder—. Yo iré en seguida...

Inmediatamente, los otros echaron a correr en la dirección que les había indicado su compañero. Jacob, ya liberado de todas sus ataduras, también corrió... Corrió tan deprisa como se lo permitían sus piernas adelantando a los demás, experimentando una salvaje excitación. A su espalda, oyó el siseo agudo de los chorros de insecticida que habían comenzado a regar los viveros y los laboratorios. Un olor acre, a desinfectante mezclado con perfume, saturó sus fosas nasales. Siguió corriendo... Al llegar a las escalerillas del platillo, las subió de dos en dos, y en cuanto estuvo dentro



se precipitó a una de las pequeñas ventanas redondas del aparato para observar lo que ocurría fuera. Los guardianes llegaron tras él, resoplando. A Jacob le sorprendió lo contentos que parecían todos. El último en aparecer fue el que había activado los detonadores, que se dirigió directamente al control de entrada y puso en marcha el sellado de la puerta del platillo. Oyeron como el tubo de plástico por el que habían corrido se desinflaba, después de haber cumplido su misión. Jacob no despegaba la mirada de las achaparradas edificaciones que componían el complejo científico. El corazón le latía algo más deprisa de lo normal, pero con un ritmo asombrosamente regular...

La explosión hizo temblar la frágil nave que ocupaban, y una nube de polvo de color chocolate llenó por completo la atmósfera. No se veía nada... Luego, el polvo fue disipándose y, a través de una parda neblina, Jacob vio los laboratorios reducidos a un puñado de escombros llameantes. Lo había hecho... Había sacrificado todo lo que poseía para destruir aquellos virus letales, y, de pronto, se preguntó por qué. No recordaba los motivos de su heroica acción; mejor dicho, sí los recordaba, pero no los comprendía... Sabía, eso sí, que su objetivo era salvar a muchas personas del virus creado por Hiden, entre ellos a sus amigos, Martín, Selene, Alejandra, Deimos, Casandra... Y su cerebro le decía que debía sentirse feliz por haberlo conseguido. Sin embargo, aparte de cierto alivio por haber cumplido con su deber, no sentía nada... Solo una aplastante sensación de soledad.



## Capítulo 15. La sombra de Aedh

Estoy preocupada por Jacob —murmuró Casandra, acodada en la barandilla de la terraza que miraba directamente al acantilado de cristal—. Creí que podría ponerme en contacto con él, como hice en la Luna, cuando se escapó a Endymion... Pero llevo horas intentándolo y no logro establecer ninguna comunicación. Tengo miedo de que le haya pasado algo...

—Pues será mejor que no se lo digas a Selene —repuso Deimos—. Parece otra desde que Jacob le confesó lo que sentía por ella... ¡si es que a eso se le puede llamar una confesión!

Ambos se echaron a reír. Estaban solos en la terraza superior de la casa de Diana, adonde habían subido para estar un rato juntos, contemplando el espejeante acantilado y las estrellas. Los demás se habían ido a dormir hacía rato, después de una tensa jornada a lo largo de la cual habían ido llegando a los terminales de Uriel todo tipo de noticias contradictorias, desde que un ejército combinado de cinco corporaciones avanzaba hacia la Ciudad Infinita, hasta que George Herbert, presidente de Prometeo, acababa de llegar a la Estación Orbital Internacional y había tomado el ascensor espacial para descender a la Base Clío. Aquel último rumor, por fortuna, había podido ser confirmado a última hora, cuando Detroit recibió una llamada de Jade a través de su intercomunicador de frecuencia restringida. Jade estaba preocupada por la suerte de su compañero. Al principio le había reprochado que no hubiese abandonado Arendel inmediatamente después de entregar el mensaje del padre de Martín, y, a continuación, sin transición alguna, le había ofrecido su ayuda. Según las informaciones de que disponía Jade, la intensa labor diplomática de los delegados de Prometeo había impedido en el último momento la creación de una fuerza conjunta para atacar Arendel e imponer la cuarentena, pero eso no significaba que el peligro hubiese pasado. Al parecer Hiden, furioso por las reticencias de las otras corporaciones, había dado órdenes a sus tropas de que avanzasen hacia Arendel. A esa hora, la vanguardia de su ejército ya había acampado en el borde occidental de la cuenca de Hebes, y continuamente llegaban nuevos contingentes que se unían a los recién instalados. Pero eso no era lo peor... Según la red de espías que Transit mantenía en Nausikaa, el propio Hiden había llegado a la ciudad a última hora de la noche para entrevistarse con las autoridades locales. Se rumoreaba que llevaba consigo más de trescientas dosis de antídoto contra la neumonía infantil... Era obvio lo que se proponía. En Nausikaa se habían dado ya los primeros casos de la enfermedad, y Dédalo necesitaba a toda costa el apoyo del formidable ejército de Kokoro para presionar a

Arendel. Suero curativo a cambio de tropas... Detroit creía que los gobernantes de Nausikaa aceptarían.



Al final de su conversación con Jade, esta le había informado de que pensaba volar a Arendel con una nave de rescate para sacarle de la ciudad en caso de que fuera necesario. Aquello había sorprendido muchísimo a Detroit, y también le había puesto muy contento. No porque tuviese miedo, desde luego. Se había visto en muchas situaciones apuradas a lo largo de su vida, y estaba acostumbrado al peligro. Pero el hecho de que Jade se preocupase por él le conmovía, era evidente. Y su emoción aún fue mayor cuando, después de rogarle a Jade repetidamente que no arriesgase su vida por él, esta interrumpió bruscamente la comunicación, no sin antes recordarle encolerizada que no admitía órdenes suyas.

Finalmente, si uno hacía balance de todo lo que había ido pasando a lo largo del día, la situación no parecía del todo desesperada. La mayor preocupación era ahora Jacob, que, según los comunicados de Phillis, hacía horas que se había introducido en las dependencias de Dédalo y aún no había regresado. La espera resultaba angustiosa, sobre todo para Selene. A Alejandra le había costado muchísimo trabajo convencerla de que se fuese a descansar, y al final había tenido que acompañarla. Martín también se había ido a dormir unos minutos después. Casandra le había oído mencionarle algo a Deimos acerca de una orden de caballeros del futuro, y luego le había visto retirarse con aire pensativo. Detroit se había ido con Diana a supervisar los controles de la cúpula, que se encontraban en un edificio adyacente a la casa. Ambos estaban seguros de que cualquier ataque a la ciudad comenzaría por aquella vulnerable estructura... De modo que los habían dejado solos. ¡Tenían tan pocas oportunidades de verse a solas desde que estaban en Marte! Así que, a pesar del cansancio que sentían, habían decidido aprovechar la ocasión para charlar un rato en la terraza. Pero ahora, la conversación había recaído en Jacob, y a pesar de que ambos habían reído al recordar la extraña declaración de amor que el joven le había hecho a Selene antes de partir, el tema no era alegre.

—Jacob es más fuerte de lo que parece —dijo Deimos, repentinamente serio—. Por no hablar de sus poderes... Además, si Hiden le hubiese cogido, creo que a estas horas ya nos habríamos enterado. Probablemente se habría apresurado a comunicárselo a Diana para añadir un elemento más a su chantaje, ¿no crees?

Casandra se encogió de hombros.

—No sé —murmuró—. Es tan retorcido... Espero que tengas razón.

Se quedaron callados un rato, contemplando el reflejo espectral de Fobos sobre los cristales del acantilado.

—Me alegro de que Herbert esté en camino —dijo Casandra, rompiendo el silencio—. Su influencia hará que las otras corporaciones dejen de escuchar a Hiden... Y, mientras tanto, con nuestros anticuerpos y un poco de suerte, podremos frenar la epidemia.

—Las próximas horas serán decisivas —observó Deimos, alzando los ojos hacia el cielo estrellado, tenuemente velado por la cúpula.



Luego se volvió hacia Casandra y, tomándola entre sus brazos, la besó de aquel modo a la vez tierno y salvaje que a ella le erizaba toda la piel.

—Tengo miedo —murmuró, apartando sus labios de los de ella y acariciándole un instante el cabello.

—¿Por qué? —replicó Casandra, asombrada—. Si al final nos atacan...

—No es por eso —la atajó Deimos, sombrío—. No sé cómo explicarlo... Es... es demasiado confuso.

Casandra aferró una mano del joven y la apretó entre las suyas.

—Intenta hacerlo. Yo necesito saber. Y tú... ¡Has estado tan raro últimamente!

—Por lo de Diana —dijo Deimos con voz apagada.

—Por lo de Diana, sí —repitió Casandra—. ¿Ya lo has... asumido?

Deimos asintió varias veces en silencio.

—Es una gran persona —murmuró—. No un ángel, por supuesto... Pero entiendo que subyugue a la gente. Fíjate en Detroit... La escucha como hipnotizado. Es extraordinariamente inteligente, y no ambiciona nada para sí misma. Todo lo que desea es aportar algo a la Humanidad, facilitarle la vida a la gente... Si alguien merece convertirse en un mito, es ella.

—Pero, aún así, te sientes defraudado —dijo Casandra suavemente.

Deimos la miró a los ojos. Su intuición nunca dejaba de sorprenderle.

—Sí —admitió—. Me había imaginado las cosas muy distintas—. Algo increíble, mágico, como un milagro. Diana es demasiado... demasiado normal.

Casandra inclinó la cabeza sobre su hombro.

—Todavía no sabemos casi nada —dijo—. Vuestro Uriel tiene el rostro de Diana, y el nombre de la Corporación que ella preside... Pero no sabemos por qué.

—A mí se me ocurre una razón; aunque en realidad fuiste tú quien me dio la idea. La Energía Verde... Esos paneles fotosintéticos que Diana ha inventado podrían ser la clave de todo el misterio. Si, como pretende, consigue poner esa tecnología al alcance de todo el mundo, será una verdadera revolución... Quizá los textos áreos se refieran a eso cuando hablan de «La fuente inagotable».

—¿Qué es eso de «la fuente inagotable»? Me suena habértelo oído alguna vez...

—Os lo mencioné cuando os conté la leyenda del Auriga del Viento, ¿no te acuerdas? Según nuestras tradiciones, Uriel salvó a la Humanidad entregándole un secreto tecnológico conocido como «la fuente inagotable». Algo tan importante que puso fin a las guerras de la época, inaugurando un nuevo período de paz y prosperidad entre los hombres... ¿No crees que, en realidad, la leyenda podría estar refiriéndose a la Energía Verde de Diana?





—Sí, tiene sentido —coincidió Casandra.

Iba a añadir algo más cuando, de pronto, Deimos notó que se ponía rígida y se apartaba bruscamente de él con los ojos fijos en la escalera por la que habían subido.

—¿Qué pasa, viene alguien? —preguntó el joven.

Casandra alzó la mano extendida, indicándole que se callara. Estaba escuchando... Deimos también escuchó con atención, pero no oyó nada. Luego, de repente, sintió como todos sus músculos se ponían en tensión. Había notado una presencia cercana, la presencia de alguien a quien añoraba desde hacía mucho tiempo.

Casandra observó su turbación y le apretó la mano.

—Es Aedh —confirmó en un susurro—. Está dentro de la casa... Tú también lo has sentido, ¿verdad?

Deimos asintió con la cabeza. Estaba demasiado emocionado para contestar.

—¿A qué crees que habrá venido? —murmuró Casandra.

Transcurrió casi un minuto antes de que Deimos lograra articular una respuesta.

—Si hubiese venido a ayudarnos, no habría entrado a escondidas —dijo por fin—. No sé qué puede andar buscando... ¿Cómo habrá llegado hasta aquí? La ciudad está sitiada por las tropas de Dédalo.

—Quizá haya venido con ellos —contestó Casandra.

Notó que Deimos se envaraba.

—Eso significaría que sigue con Hiden... Espero que te equivoques —repuso con voz casi inaudible.

Ambos volvieron a escuchar, totalmente inmóviles. Seguían sin oír el menor ruido, pero ahora los dos percibían con total claridad las señales procedentes de los implantes biónicos de Aedh, que venían de alguno de los pisos inferiores.

—¿Cómo habrá pasado los controles ópticos? —se preguntó Casandra—. Se supone que tendrían que haber registrado su imagen, activando las alarmas...

—No tengo ni idea. Aedh no tiene las habilidades de Selene, no creo que haya logrado desactivar todo el equipo de seguridad...

De nuevo se quedaron callados, intentando seguir con la mente la débil señal que llegaba a sus cerebros.

—Tenemos que bajar, Deimos —murmuró tímidamente Casandra—. Los otros están dormidos... ¿Y si les hace algo?

Deimos asintió.

—Yo iré delante —dijo—. A mí no me atacará... Quizá pueda hablar con él.

Comenzó a bajar silenciosamente por la escalerilla, seguido de Casandra. Una vez



en el piso inferior, los dos avanzaron con cuidado, escudriñando la oscuridad. No se veía nada... La única forma de seguir la pista del intruso era a través de las tenues señales de sus implantes, que no llegaban a ellos con regularidad, sino a ráfagas, dependiendo de su actividad en cada momento.

Deimos se dirigió directamente al dormitorio de Diana, que estaba en aquel piso. Respiró aliviado al ver que aún no había vuelto. Casandra adivinó que su principal temor era que Aedh intentase atentarse contra la presidenta de Uriel.

—Vamos al cuarto de las chicas —susurró Casandra—. Quiero asegurarme de que están bien.

Descendieron con precaución un nuevo tramo de escaleras y entraron de puntillas en el dormitorio que compartían Selene y Alejandra. Allí no se percibía nada anormal... La respiración acompasada procedente de la cama de Selene indicaba que por fin la muchacha había conseguido dormirse, y Alejandra, tendida boca abajo en la cama contigua, tampoco daba muestras de estar despierta.

Deimos y Casandra iban a salir ya del cuarto cuando, de repente, Casandra tiró del brazo de su compañero.

—Está ahí —susurró—. Lo percibo...

—¿Dónde? —preguntó Deimos con voz trémula.

—Esa puerta da a mi cuarto. Está ahí dentro, lo sé.

Deimos asintió, percibiendo él también de un modo confuso la proximidad de su hermano.

—Ponte detrás de mí —murmuró.

Lentamente, Deimos se acercó a la puerta de comunicación entre las dos habitaciones y, después de asomarse a ella sin ver nada, la cruzó. Una vez dentro del cuarto de Casandra, escudriñó inmóvil cada rincón de la estancia, tenuemente iluminada por el débil resplandor de la Luna de Artemisa, cuyo globo luminoso sobrevolaba en aquel momento la casa. No encontró ni rastro de su hermano, ni tampoco ningún indicio de que hubiese estado allí, alterando el orden de los objetos o registrando armarios y cajones.

Entonces vio algo brillante en el suelo, a pocos pasos de la ventana. Avanzó lentamente y se puso en cuclillas para verlo mejor. Era el dije de Dannan, aquella maravillosa joya con una réplica del mar en miniatura que había pertenecido a su madre y que él le había regalado a Casandra.

Iba a recogerlo cuando Casandra, hasta entonces inmóvil en el umbral de la habitación, se precipitó como un vendaval sobre él y le sujetó los brazos. Simultáneamente, empezó a pisotear la joya que él le había regalado con todas sus fuerzas, hasta dejarla prácticamente destrozada.

—¿Qué haces? —le gritó, furioso—. ¿Te has vuelto loca?



Cassandra miraba fijamente el amasijo de oro y cristales que yacía a sus pies.

—Lo siento —murmuró—. Lo siento, Deimos, no había más remedio.

Deimos también miró los fragmentos del dije, aturdido.

—Había algo malo ahí dentro —explicó Cassandra con voz temblorosa—. Se activó en cuanto lo miraste... Iba a saltar a tu cerebro. ¿No notaste nada?

Deimos se volvió lentamente hacia ella.

—¿De qué estás hablando? —acertó a preguntar.

—De un virus neuroinformático. Alguien lo había puesto ahí. Tu hermano, seguramente...

—¿Y ahora lo has destruido?

—Sí; debía de estar en el chip que controlaba los efectos holográficos del mar en miniatura... Iba a saltar a tu cerebro —repitió mecánicamente Cassandra.

Deimos se había apartado de su lado y tanteaba frenéticamente las paredes.

—Aedh... Aedh, ¿estás ahí? Si estás ahí, contéstame. Solo quiero hablar, nadie va a hacerte ningún daño...

Cassandra se le acercó por detrás y le palmeó suavemente el hombro.

—Déjalo, Deimos. La señal se ha interrumpido. Ya no puedo detectar su presencia.

—Ha debido de activar algún mecanismo de incomunicación —murmuró Deimos, apoyándose agotado en la pared—. O tal vez se haya ido... pero ¿por dónde?

Se miraron largamente, sin saber qué hacer.

Por fin, Cassandra reaccionó:

—Hay que despertar a las chicas. Y a Martín... Tenemos que ir a buscar a Diana y explicarle lo que ha pasado. Todo el mundo tiene que estar en guardia, por si acaso. Con Aedh dentro de la casa, puede pasar cualquier cosa.

Entraron de nuevo en la habitación de Selene y Alejandra y dieron las luces. Cuando se despertaron, Cassandra trató de resumirles lo que había pasado.

—¿Martín está bien? —dijo Alejandra, saltando de la cama.

—Aún no hemos ido a ver —repuso Deimos—. Pero supongo que sí; de lo contrario, habríamos oído algo...

Sin ponerse siquiera las zapatillas, Alejandra salió como una exhalación en busca de su amigo. Después de un instante de vacilación, Deimos la siguió.

—¡Espera! ¡Puede ser peligroso! —le oyeron gritar Selene y Cassandra mientras se alejaba.

—Enséñame lo que queda del dije —pidió Selene, volviéndose hacia Cassandra—.



Si lo del virus es verdad, a lo mejor sus restos me dan alguna pista.

Pasaron de nuevo a la habitación de Casandra y esta le señaló a su amiga los fragmentos de la joya pisoteada. Selene se agachó y observó cuidadosamente cada fragmento. Luego, tomó entre sus dedos lo que parecía una diminuta pieza de cristal y se lo puso sobre la frente.

—¿No será demasiado arriesgado? —preguntó tímidamente Casandra.

Selene había cerrado los ojos y parecía intensamente concentrada. Tardó bastante rato en abrirlos, y Casandra no se atrevió a interrumpirla de nuevo.

—Tenías razón, era un virus —dijo al terminar—. Y no un virus cualquiera. He reconocido algunas secuencias... Se trata del mismo virus que yo fabriqué, el que le pasé a Jacob en Medusa para que él, a su vez, se lo introdujese a Aedh. Pero alguien lo ha modificado... He detectado algunos cambios, aunque se encontraba tan dañado que muchos fragmentos del programa resultan completamente irreconocibles.

Casandra la miraba asustada.

—¿Estás segura de que está desactivado?

—No te preocupes, ya no supone ningún peligro. ¡Si lo has hecho pedazos! Pisar el dije ha sido una forma un poco rudimentaria de neutralizarlo, pero está claro que ha funcionado.

En ese momento entraron Deimos y Martín.

—Menos mal que estás bien... ¿Has notado algo raro en tu cuarto? —le preguntó Casandra.

—Todo parece en orden —repuso el muchacho, muy pálido—. No he visto nada fuera de lo corriente.

Un grito ahogado procedente de la otra habitación les hizo volverse a todos hacia la puerta. Un instante después, apareció en el umbral el rostro desencajado de Alejandra.

—Se la ha llevado —anunció con voz entrecortada.

—¿De qué hablas? —preguntó Selene.

—La llave del tiempo. Estaba en la caja de seguridad... Y ya no está.

Se miraron unos a otros, desconcertados. La llave era la razón de que estuvieran allí, el motivo de todo lo que estaban haciendo... Sin la llave del tiempo, ya nada tenía sentido. Quizá todavía podrían presenciar el acontecimiento que debía producirse en Marte en el lugar y la fecha que el extraño objeto les había indicado, porque eso lo recordaban. Pero ¿qué harían después? Sin la llave, no sabrían adonde dirigirse para su siguiente misión... En realidad, ninguna misión tendría ya razón de ser, puesto que no podrían activar la esfera de Medusa para volver al futuro e informar de su resultado.



—No puede haber ido muy lejos —dijo Martín, reaccionando—. Hace un momento habéis detectado su presencia... Es muy probable que aún no haya salido de la casa. Todavía podemos cogerlo y recuperar la llave.

—Debe de estar utilizando un dispositivo de incomunicación —explicó Casandra—. De no ser así, yo seguiría percibiéndole...

—Sí, pero eso no explica por qué el sistema de seguridad del edificio no lo ha detectado todavía. Además, ¿cómo es posible que nadie lo haya visto? —dijo Deimos.

—Quizá lleve uno de esos trajes de camuflaje de los que Diana le habló a Jacob —sugirió Martín—. De esos que se mimetizan con el entorno...

—No sé, no creo que las cámaras del sistema de seguridad se dejen engañar por esos trajes. Supongo que estarán diseñadas para detectarlos.

—Tal vez no puedan detectar los modelos más avanzados —apuntó Selene—. Por lo visto, Kokoro ha diseñado unos uniformes de invisibilidad que resultan prácticamente indetectables. Justamente se lo oí comentar ayer a Detroit; le decía a Diana que aún estaban en fase experimental, y que habría que enviar a algún espía para averiguar algo más sobre el tema.

—Pero ¿por qué iba a tener Aedh un traje de última generación de Kokoro? —preguntó Deimos, poco convencido—. No creo que sean fáciles de conseguir, si son un secreto militar.

—Bueno, tal vez haya hecho un pacto con las autoridades de Kokoro en Nausikaa —sugirió Casandra—. Tal vez sean ellos los que lo han mandado aquí...

—¿A introducirnos un virus neuroinformático a nosotros? —repuso Selene—. No, no me cuadra. Eso solo puede ser cosa de él... De él o de Hiden.

Todos los rostros se pusieron tensos al oír aquel nombre.

—Sí, eso tiene sentido —admitió Martín—. Aedh conoce bien a Hiden, quizás haya hecho algún trato con él. Y, si Hiden tiene algún pacto secreto con las autoridades de Kokoro... Bueno, ellos podrían haberle proporcionado el traje.

—Pero Aedh no pactaría con Hiden —murmuró Deimos, aturdido—. Sabe qué clase de individuo es...

—No te atormentes con eso ahora —le interrumpió Casandra con suavidad—. Aún no sabemos nada seguro... Además, todas estas especulaciones no nos llevan a ninguna parte. El caso es que, mientras hablamos, Aedh sigue en Arendel, quizá muy cerca de nosotros, y nosotros seguimos sin tener ni idea de lo que se propone.

—Tienes razón, Casandra. Tenemos que informar a Diana en seguida —repuso Deimos sombríamente—. Imaginaos lo que puede pasar si Aedh accede a los centros de control de la ciudad... Esté o no esté con Hiden, sería muy capaz de sembrar el caos aquí dentro.



Justo entonces las luces del techo y de las paredes comenzaron a parpadear, e inmediatamente se apagaron. Simultáneamente, estalló un infierno de alarmas, algunas de las cuales parecían sonar dentro de la propia casa, y otras más lejos. Un foco rojo intermitente filtró su luz a través de las ventanas. Comenzaron a oírse carreras, voces, gritos; y, dominando aquella mezcla de ruidos estridentes, un zumbido continuo y angustioso que parecía brotar del mismo cielo.

Avanzaron a trompicones por el pasillo, chocando unos contra otros, desorientados. En seguida vieron el halo de una linterna que avanzaba hacia ellos, deslumbrándolos.

—¿Estáis bien? ¿Falta alguien? —preguntó la voz familiar de Diana.

A su lado, se destacaba la silueta inconfundible de Detroit.

Contestaron todos a la vez, y luego se callaron de golpe. El ulular de las sirenas aumentó su intensidad hasta volverse casi insoportable.

—¡Venid conmigo! —gritó Diana, para hacerse oír por encima de aquel estruendo—. ¡Seguid la luz de la linterna!

Salieron por un corredor lateral hasta un balcón secundario orientado hacia la meseta central de la cuenca. Lo que vieron allí les dejó sin aliento. Miles de luces rojas y parpadeantes salpicaban la ciudad sumida en tinieblas, hasta donde podía abarcar la vista. Sus resplandores rojizos se reflejaban en los paneles de cristal de la meseta, multiplicados y fantasmagóricos.

Y sobre sus cabezas, colgando del cielo, largos jirones de tejido transparente se agitaban en desorden, golpeándose unos contra otros.

Todas las sirenas callaron de golpe, pero las luces rojas continuaron parpadeando, y sus violentas irrupciones intermitentes en la negrura del paisaje resultaban aún más amenazadoras en medio de aquel repentino silencio. Olía intensamente a quemado, y del piso inferior comenzó a ascender un espeso humo blanco. Algo se había incendiado allá abajo. Sin embargo, Diana no apartaba los ojos del cielo.

—La cúpula se ha desgarrado —dijo con voz serena—. Alguien ha debido de manipular los controles internos... La mezcla con la atmósfera exterior será lenta. Espero que todo el mundo recuerde los simulacros realizados en los últimos años por si ocurría esto... Todos tienen mascarillas y trajes aislantes, así que lo principal es que no cunda el pánico.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó Detroit, que no se había apartado de su lado en ningún momento.

—Intentaré llegar a casa de Leah. Desde allí, dirigiremos la evacuación... Podéis acompañarme.

—Para eso, antes tendremos que salir de aquí —murmuró Alejandra—. Y no va a ser fácil... Mirad allá abajo.





En realidad, Martín ya lo había visto desde hacía rato, pero se sentía tan aturdido que no había dicho nada. Grupos de llamas lamían el edificio por los cuatro costados, creciendo a cada minuto. El humo se había vuelto tan denso que amenazaba con asfixiarles.

—No puedo creer que Aedh haya hecho esto —repetía Deimos, siguiendo mecánicamente a los demás mientras buscaban un modo de salir del edificio—. Es absurdo... Él sabe que yo estoy aquí, debe de saberlo. Tiene que haber sido un accidente. Aedh no pondría mi vida en peligro.

Al llegar a la mitad de las escaleras que conducían a la planta baja, tuvieron que detenerse. Abajo el humo lo llenaba todo, y lo único que se podía distinguir a través de su espesa cortina era el resplandor anaranjado de las llamas.

—Por aquí no hay escapatoria —dijo Diana—. Solo podemos subir... En la buhardilla hay un par de trajes de vuelo, así que al menos dos de vosotros lograréis escapar. Selene y Alejandra, seréis vosotras. Tendréis que ir directamente a casa de Leah, para que nos envíe un equipo de rescate. ¿Sabréis cómo hacerlo?

Habían llegado a la azotea en la que, poco antes, Casandra y Deimos habían estado mirando las estrellas.

—Nunca hemos usado esos trajes —contestó Alejandra—. Es nuestra primera visita a Marte... Será mejor que los uséis vosotros, que sabéis cómo manejarlos —concluyó dirigiéndose a Detroit y a Diana.

Ambos se miraron, indecisos.

—No puedo dejaros aquí —murmuró Diana—. Soy responsable de vuestra seguridad... No pienso abandonaros.

—¡Pero es la única forma de salvarnos! —la apremió Selene—. Si no, moriremos todos...

—Que vaya Detroit —decidió Diana—. Yo no os dejaré.

Deimos emitió una extraña carcajada.

—Lástima —murmuró entre dientes—. Me habría gustado ver a Uriel con sus alas...

Después de un instante de duda, Detroit entró en la buhardilla para ponerse el traje de vuelo. El humo seguía ascendiendo, velando las luces rojas dispersas por toda la ciudad. Muy pronto, las llamas se extenderían al segundo piso, y desde allí a la azotea... Tenían el tiempo contado.

El ruido estridente de un motor sobre sus cabezas les hizo mirar hacia arriba. Se quedaron atónitos al descubrir un pequeño areohelicóptero descendiendo en vertical entre los jirones oscilantes de la cúpula.

En aquel instante, Detroit emergió de la buhardilla con el traje de vuelo puesto.



Siguiendo la mirada de los demás, elevó los ojos hacia el cielo.

—Está loca —exclamó, corriendo hacia el borde de la azotea—. Ha perdido el juicio...

Los demás se volvieron a mirarle, sin comprender del todo.

—Es Jade —aclaró Detroit con la voz quebrada por la emoción—. Va a rescatarnos.

Los demás empezaron a gritar y a saltar sobre la azotea, enloquecidos. No sabían muy bien por qué lo hacían; quizá necesitaban dar rienda suelta a sus emociones, después de la angustiada media hora que acababan de vivir. Jade iba a salvarlos. Saldrían de allí sanos y salvos, vivos... En aquel momento, todo lo demás parecía haber perdido su importancia.

Diana era la única que no se había dejado contagiar por aquella explosión de entusiasmo. Con mirada serena, seguía las evoluciones del areohelicóptero mientras este descendía, sorteando con habilidad los jirones de la cúpula, hasta situarse exactamente sobre el edificio en llamas.

El viento provocado por el giro de la hélice azotó los rostros de las siete personas atrapadas en la azotea. Era un viento ardiente, cargado de hollín y de humo...

La puerta del aparato se abrió, dejando caer una rudimentaria escala de cuerda. La primera en ascender por ella fue Alejandra, seguida de Martín, Casandra y Selene. Cuando le llegó su turno, Deimos inició el ascenso, pero al llegar a la mitad se quedó paralizado, bamboleándose en el aire sin decidirse a seguir escalando. Diana subía detrás de él.

—¡Sigue! —le gritó—. ¡No podemos permitirnos morir!

Deimos se volvió a mirar a Diana, y, ante el asombro de esta, su rostro se transfiguró de un modo casi mágico, pasando de expresar el más hondo sufrimiento a reflejar una alegría casi salvaje y una profunda gratitud.

—¡Tienes razón! —gritó—. ¡Gracias, Uriel! ¡Gracias!

El último en subir fue Detroit. Cuando, impulsándose al mismo tiempo con brazos y piernas, se introdujo a través de la puerta del aparato, sus ojos buscaron inmediatamente a Jade. Estaba sentada en el asiento de pilotaje, con la vista fija en los paneles de control. Ni siquiera se giró para mirarle.

—He venido por Deimos —dijo secamente—. Ni por un momento se te ocurra pensar que he venido por ti. Y no vuelvas a darme un susto como este nunca —añadió, volviéndose repentinamente hacia el roquero con los ojos arrasados en lágrimas—. Nunca, ¿me oyes? Te mataré si lo haces.



## Capítulo 16. El sitio de Arendel

Desde la plataforma flotante que Jade mantenía planeando sobre la cuenca de Hebes, Martín y Alejandra contemplaban en silencio el inquietante panorama desplegado a sus pies. Estaba amaneciendo: el sol aún no había hecho su aparición sobre el horizonte, pero un resplandor rosado teñía el cielo en su región oriental. Iluminadas por aquella claridad tibia e incierta, las innumerables tiendas que cubrían la llanura alrededor de Arendel no parecían en absoluto amenazadoras. Sin embargo, un poco más tarde, cuando el sol se dejó ver por fin en todo su esplendor, su intensa luz amarilla reveló algunos detalles inquietantes de la actividad que a aquella temprana hora agitaba el campamento de Dédalo: Por todas partes se veían grupos de soldados que iban y venían trasladando objetos, llevando mensajes de una tienda a otra o montando los cañones de largo alcance en el mismo escarpe de la cuenca. Eso, por no hablar de las decenas de rovers que circulaban en todas direcciones, lentos y tozudos como torpes escarabajos.

—¿Crees que atacarán? —preguntó Alejandra sin poder apartar los ojos de aquella hormigueante jungla de lonas y plásticos.

—Solo están esperando a que Hiden se lo ordene —repuso Martín volviéndose hacia ella—. Y no creo que tarde mucho en hacerlo.

—Antes intentará negociar —dijo una desdeñosa voz femenina a sus espaldas—. Es su estilo: siempre práctico.

Martín y Alejandra se sorprendieron al reconocer la familiar silueta de Jade. Era la primera vez que les hablaba de igual a igual, ignorando la diferencia de edad y de experiencia que los separaba.

La joven desplegó un fino catalejo de oro y observó con él algunos enclaves estratégicos del campamento de Dédalo. Luego le tendió el artilugio a Alejandra, pero sus ojos seguían clavados en la zona de los cañones.

—Quiere intimidar a Diana —murmuró entre dientes—. Y lo conseguirá. La muy idiota está tan preocupada por la situación en la ciudad que insiste en que volvamos a bajarla. No se da cuenta de que con eso no protegería a Arendel, sino todo lo contrario.

—¿Qué quieres decir? —se atrevió a preguntar Martín.

—Ahora que Hiden sabe que Diana no está en Arendel, ya no tiene tanto empeño en atacarla. Ella le interesa más que el resto de los habitantes de la ciudad juntos.

—¿Cómo se ha enterado de que Diana ha escapado? —quiso saber Alejandra.

—Lo que hemos hecho con el areohelicóptero, a la vista de todo el campamento,



no ha sido precisamente discreto —replicó Jade con impaciencia—. Además, me figuro que el hermano de Deimos le habrá informado... Pero eso no nos perjudica, al contrario; nos conviene que lo sepa.

—¿Por qué no han atacado al helicóptero? —preguntó Alejandra—. Les habría sido bastante fácil, ¿no?

Jade pareció meditar por un momento su respuesta.

—Era de noche, y todo fue muy rápido... Cuando nos detectaron, ya teníamos a Diana, y estábamos subiendo. Lo más probable es que Hiden en persona ordenase que no nos atacaran. Quiere a Diana viva, no muerta. Si la mata, toda la comunidad internacional se le echará encima, y ni siquiera él es tan poderoso como para enfrentarse a eso. No; lo que él quiere es chantajearla, o, si no lo consigue, tomarla como rehén bajo una excusa más o menos creíble... Por eso no nos atacan ahora. Están a la expectativa. Él confía aún en hacerla ceder, y mucho me temo que lo conseguirá.

—Pero Arendel no está indefensa —objetó Alejandra—. Uriel tiene sus armas, su ejército... Puede contraatacar si la ciudad es invadida. Por lo que he oído, sus fuerzas no son despreciables.

—En condiciones normales, ambos ejércitos podrían considerarse equivalentes en cuanto a efectividad —confirmó Jade, volviendo a mirar por el catalejo—. Dédalo tiene muchísimos más hombres, por supuesto. No puedo entender de dónde los ha sacado. Pero Uriel cuenta con algunas de las armas defensivas más avanzadas que existen: escudos magnéticos, cohetes antiaéreos inteligentes... El problema es la cúpula. Sin la cúpula, la ciudad es muy vulnerable. Buena parte de sus recursos de seguridad, ahora mismo, se están utilizando para impedir el caos interno y para adaptar las infraestructuras al deterioro de su microatmósfera. Además, sin cúpula, es muy fácil organizar un ataque aéreo... Aún así, Hielén hará lo posible por no tener que atacar. Aunque está seguro de ganar, sufriría grandes pérdidas, por no hablar de la mala imagen que ofrecería de cara a la opinión pública.

En aquel momento oyeron voces a sus espaldas. En el otro extremo de la plataforma, junto a la carpa donde Diana había montado su cuartel general, había un grupo de personas rodeando a un individuo en traje de vuelo.

—Es Orlando —explicó Jade, visiblemente aliviada—. Ha vuelto... Temía que lo hubiesen capturado. ¡Veamos qué noticias trae!

Los tres se dirigieron rápidamente hacia el grupo que rodeaba a Orlando. El individuo se había despojado ya de su casco y estaba liberándose del armazón de las alas. Deimos, Selene y Casandra estaban entre los curiosos que se habían congregado en torno suyo.

—¿Cómo ha ido la cosa? —preguntó Jade, abriéndose paso hasta él—. ¿Has podido averiguar algo del chico?



Selene también avanzó unos pasos hacia el hombre, comprendiendo que la pregunta de Jade se refería a Jacob.

Orlando meneó lentamente la cabeza, con su habitual gesto impasible.

—Ni rastro de él —dijo, con la voz distorsionada por el filtro de la mascarilla—. Ni en la Doble Hélice, ni en ninguna parte... Pero creo que lo tienen ellos. Si no fuera así, ya habría aparecido.

En ese instante emergieron de la carpa Diana y Detroit, atraídos, al parecer, por el ruido de fuera. En seguida se unieron a los demás.

Al ver a Diana, Orlando abrió la cremallera del mono de vuelo y extrajo de uno de los bolsillos de su ropa interior una lámina electrónica cuidadosamente enrollada, que tendió ceremoniosamente a la presidenta de Uriel.

—Me cogieron —explicó en tono inexpresivo—. Ya estaba cerca del Refugio de Arsia cuando se abatió sobre mí un equipo Cóndor. Creo que venían siguiéndome desde la Doble Hélice...

—¡Por eso has tardado tanto! —dijo Jade, que se había puesto muy pálida.

—Me devolvieron a la Doble Hélice, y me llevaron directamente ante Hiden —prosiguió Orlando imperturbable—. Quería enseñarme algo, y que, después de darle este mensaje a la presidenta de Uriel, le contase lo que había visto.

—¿Y qué es lo que has visto? —preguntó Detroit, impaciente.

Orlando se volvió hacia él con un destello de ironía en la mirada.

—El ejército de Kokoro —contestó, casi sonriendo—. Viene hacia aquí... Salió a primera hora de la noche de Nausikaa. Es imponente, da miedo verlo. Nunca creí que existiesen artefactos así. Tienen de todo: cañones de resonancia, aceleradores magnéticos, tanques... Pero lo peor son los hombres. Son auténticas máquinas de matar; ya sabéis, los controlan directamente con la rueda neural y con drogas. No se detienen ante nada; me lo demostraron.

Nadie se atrevió a preguntar en qué había consistido exactamente aquella demostración.

—¿Cuánto crees que tardarán en llegar? —preguntó fríamente Jade.

—Unas cinco o seis horas —repuso Orlando sacudiéndose con cuidado el polvo acumulado sobre sus hombros—. Hiden está allá abajo, con su ejército. He venido en el mismo planeador que él... Me dejaron en uno de los cráteres del norte. Querían que llegase aquí como me fui, con el traje de vuelo; para que nadie desconfiase.

Mientras hablaban, Diana había terminado de leer la misiva de Hiden y había comenzado a enrollarla de nuevo, en silencio. Poco a poco, todos los rostros se volvieron hacia ella, expectantes.

—Atacarán si no me entrego —anunció, intentando controlar la emoción que la



dominaba—. Lo arrasarán todo... Hasta ahora pensaba que aún teníamos alguna posibilidad. Pero, con Kokoro de su parte, todo está perdido. Tienes que entregarme, Jade. Hiden ha obtenido una orden de arresto del Tribunal Internacional, y me promete un juicio justo ante los tribunales de la ONU. Algo es algo... Al menos, tendré la oportunidad de defenderme.

Detroit descargó un puñetazo sobre uno de los postes que sujetaban la estructura de la carpa.

—¡Vendidos! —gritó—. Son un atajo de cobardes, unos corruptos... ¿Quién va a fiarse de ellos?

Diana lo miró con una tenue sonrisa.

—No tenemos otra opción —murmuró—. Al menos, intentarán guardar las formas... Tenéis que entregarme.

Jade la miró con fiereza.

—No lo haremos, ¿me oyes? —gritó, encarándose con ella—. Este es mi territorio, y aquí las decisiones las tomo yo. No pienso dejar que ese tipo se salga con la suya. Si hay que luchar, lucharemos. No es la primera vez que me toca arreglármelas en un combate amañado. A veces, la superioridad de uno de los bandos se convierte al final en una ventaja para el otro... Tenemos que sacar el mejor partido posible de la situación. Yo, desde luego, no pienso rendirme sin luchar.

Por un momento, las dos mujeres se miraron en silencio. La expresión desafiante de Jade no parecía impresionar a Diana. Esta le sostenía la mirada sin amedrentarse, segura de lo que tenía que hacer.

—No se trata solo de tu vida, Jade —dijo suavemente—. Se trata de la vida de toda esa gente que está ahí abajo, pendiente de lo que nosotros hagamos. No podemos abandonarlos... Que Hiden se salga con la suya por esta vez no es tan grave, después de todo. La Historia siempre termina poniendo las cosas en su sitio... Y tendremos otras oportunidades para enfrentarnos a él.

—¿Pero es que no te das cuenta de lo que te tiene preparado? —replicó Jade, colérica—. ¿De verdad crees que van a someterte a un juicio justo? Los tiene a todos comprados, ¿cómo piensas si no que ha obtenido esa orden de arresto? ¡Ya estás condenada, preciosa! ¡Te encerrarán en Caershid o te matarán! Si eso ocurre, ¿qué pasará con tus bonitos planes de mejorar la vida de la Humanidad?

—Lo del juicio es solo un simulacro, una forma de presionarme. Si yo quiero, ni siquiera llegará a celebrarse. Todo se quedará en una amonestación formal por haberme negado a acatar la orden de imponer la cuarentena en Arendel. Lo único que tengo que hacer es entregarle a Hiden mi proyecto... Mi Energía Verde; eso es lo que de verdad le interesa. Y se lo entregaré. Al fin y al cabo, lo importante es que esa tecnología se generalice cuanto antes... Habría sido preferible que Dédalo no se beneficiase de los ingresos que obtendrá con su patente, pero, al final, para la gente





no supondrá una gran diferencia. Todo será un poco más largo, y un poco más caro para los usuarios. Nada más... Ya cambio, habremos salvado miles de vidas. Creo que es evidente lo que debemos hacer.

—Pero ¿y si Hiden guarda el proyecto en un cajón y se niega a ponerlo en funcionamiento? —preguntó Alejandra—. Tú misma dijiste que eso podía pasar...

—Antes o después, Hiden se dará cuenta de que eso sería una estupidez —contestó Diana sin mucha convicción—. Además, no tenemos alternativa... Lo importante ahora es salvar Arendel. Luego, ya veremos.

Miró a Jade sin decir nada, consciente de que resultaría inútil presionarla. La joven sostuvo su mirada sin pestañear.

—Aún tenemos cinco o seis horas hasta que llegue el ejército de Kokoro. Podemos lanzar un ataque sorpresa sobre el campamento de Dédalo mientras tanto... Eso es algo que seguro que Hiden no espera. Combinando las fuerzas de Uriel con nuestra plataforma, podríamos causarles bastantes bajas. Quizá eso nos daría una oportunidad... Podemos esperar a ver cómo se desarrollan los acontecimientos y luego tomar una decisión. Así, por lo menos, lo habríamos intentado.

—Me parece que ya no hay tiempo —dijo Detroit desde la barandilla de estribor de la plataforma.

Todos lo miraron, y él señaló una informe mancha negra que avanzaba por la llanura, a sus espaldas. Jade se precipitó en aquella dirección y, desplegando su catalejo, miró durante unos segundos. Después lo bajó y se volvió hacia Orlando.

—Creí que habías dicho que aún tardarían en llegar...

En respuesta a la mirada inquisitiva de su lugarteniente, señaló hacia la llanura con su índice cubierto de anillos.

—Ya están ahí —anunció—. Son las tropas de Kokoro, no hay duda. Y son más numerosas de lo que me había imaginado.

Todos se agolparon en aquel lado de la plataforma para observar el inquietante avance de aquel formidable ejército. Eran miles de hombres, y se desplazaban con una disciplina y un orden admirables, marcando el paso a ritmo de tambores, como los ejércitos europeos antiguos. Detrás de la infantería, formada en escuadrones de unos cincuenta hombres cada uno, venían los tanques, cuyo número ascendía a más de un centenar. Por último, cerrando la formación, varias docenas de aceleradores magnéticos, torres de infrasonidos y otras extrañas máquinas de guerra rodaban silenciosamente sobre la mezcla de arena y rocas del suelo, semejantes a fantasmagóricos dinosaurios.

Nadie se sentía capaz de pronunciar palabra. En el campamento de Dédalo la actividad se volvió frenética, y se oyeron varios estallidos aislados de gritos y aplausos. Los hombres de Hiden también había visto al ejército de Kokoro, y aquella era su forma de expresar su alegría.



Diana se había puesto intensamente pálida, pero su rostro exhibía una valiente sonrisa.

—Se acabaron las dudas —dijo con suavidad—. Ya no hay tiempo para eso... Hiden está esperando mi respuesta. Tenemos que hacérsela llegar ahora mismo.

Orlando avanzó hacia la presidenta de Uriel y le entregó un intercomunicador.

—Me dio esto para que se pusiera en contacto directamente con él sin peligro de interferencias, en caso de que decidiera aceptar sus condiciones —explicó rápidamente.

Diana alargó una mano temblorosa hacia el aparato y se lo acercó a los labios.

—¿Qué tengo que hacer? —preguntó.

—Solo colocar la huella unos segundos sobre la pantalla táctil y hablar.

Diana presionó el pulgar de su mano derecha sobre la pantalla, tal y como le había indicado Orlando. La parte superior del aparato se iluminó, indicando que la comunicación había dado comienzo.

—Sabía que al final entrarías en razón —dijo la voz burlona de Hiden, algo distorsionada por la estática—. Chica lista... Pero has tardado mucho. Un poco más, y tu bonita ciudad habría quedado reducida a un puñado de escombros.

—No me entregaré hasta haber visto la orden de arresto —contestó Diana serenamente.

La pantalla del intercomunicador se encendió y, unos segundos más tarde, apareció en ella la imagen videográfica de una mano sosteniendo un documento. El zoom de la grabadora amplió la imagen para que Diana pudiese leer su contenido.

—Parece todo en orden —dijo al terminar—. ¿Cómo la has conseguido?

En la pantalla apareció el joven rostro artificial de Hiden, risueño y encantador.

—Ha sido muy fácil. Todo el mundo está deseando terminar con la epidemia cuanto antes.

—Espero que te incluyas —repuso Diana mirando fijamente la imagen de la pantalla—. Ahora que ya tienes lo que querías, la epidemia ha dejado de serte útil.

Hiden se encogió de hombros.

—Quizás —dijo sonriendo—. Esperaremos unos días, a ver cómo se desarrolla todo. Esa gente del tribunal es muy voluble, quiero tenerlo todo bien atado antes de acabar con esto.

—¿Cuántos días? —preguntó Diana, esforzándose por dominar su cólera.

—No sé; cuatro o cinco, tal vez una semana... Tampoco hay que dramatizar, esto no es el fin del mundo... Unas decenas de muertos como mucho, y luego todo volverá a la calma.



—¿Vas a sembrar nuevas cepas del virus?

—Aún no lo he pensado. Cada cosa a su tiempo... Ahora, a lo que importa. Te quiero en mi campamento ya. Y nada de trucos, ¿me oyes? Yo mismo enviaré una escolta para que te traiga. Estará ahí arriba en cinco minutos.

Jade hizo ademán de ir a arrancarle a Diana el intercomunicador de las manos, pero esta la detuvo con un gesto.

—De acuerdo —dijo únicamente—. Envíalos cuando quieras.

Se oyó una breve carcajada al otro lado del aparato y, después, la comunicación se cortó.

—Es la mejor opción —murmuró Diana, captando las miradas abatidas de cuantos la rodeaban—. Mirad ese ejército —añadió señalando a las tropas de Kokoro—. Es prácticamente invencible. No tenemos otra salida.

Las fuerzas enviadas por Nausikaa habían avanzado a una velocidad increíble y se encontraban ya muy cerca del borde de la cuenca de Hebes, justo detrás del campamento de Dédalo.

—Se mueven con una rapidez sobrehumana —observó Detroit—. Deben de llevar microactivadores musculares... Pero, aún así, no me sorprendería que alguno muriera de fatiga. ¡Y no parece que vayan a detenerse!

Todos se quedaron mirando sobrecogidos el infatigable avance de los ordenados escuadrones. Lo que había dicho Detroit era cierto: avanzaban como robots, ciegamente, y, en apariencia, cada vez más deprisa.

—Hiden está tardando mucho en contactar con sus jefes —murmuró Jade—. Si no se da prisa, esos locos van a meterse directamente en el campamento de Dédalo.

De nuevo se quedaron en silencio, observando. De pronto, se oyeron ráfagas de disparos, y varios proyectiles inteligentes cayeron como rayos sobre la retaguardia de Dédalo, incendiando algunas tiendas.

—¿Qué diablos...? —gruñó Detroit.

—¡Están atacando al ejército de Dédalo! —gritaron a la vez varias voces.

En ese instante, cuatro de los mastodónticos aceleradores magnéticos que cerraban la marcha del ejército de Kokoro avanzaron entre los escuadrones de infantería y se situaron en primera fila. A su alrededor, pequeños grupos de soldados cargaban los proyectiles en largos tubos de disparo, que a continuación introducían en el interior de las bobinas. Simultáneamente, media docena de torres infrasónicas se desplegaron con asombrosa rapidez, cubriendo más de la mitad del perímetro del campamento. En cuanto estuvieron situadas, todas ellas comenzaron a emitir ondas de baja frecuencia al unísono, sembrando el pánico entre los hombres de Dédalo, que corrían enloquecidos en todas direcciones, totalmente desorientados por la distorsión visual que les provocaba la insoportable vibración de sus globos oculares.



Aturdidos, los soldados de Hiden huían precipitadamente de las tiendas sin entender lo que pasaba. En su precipitación, chocaban unos con otros, se peleaban por los rovers e incluso se disparaban entre sí. Jade seguía aquel anárquico repliegue con su catalejo, y, minuto a minuto, la sonrisa de satisfacción que exhibía su rostro se iba haciendo más y más radiante.

Un areohelicóptero que, al parecer, había despegado desde el interior de un cráter, al oeste, descendió verticalmente hasta el centro de aquel hormiguero de tropas en desbandada en que se había convertido el campamento de Dédalo.

—Están rescatando a Hiden —anunció Jade, que era la única que, gracias a su telescopio en miniatura, podía seguir en detalle la evolución de los acontecimientos—. Se lo llevan... ¡Abandona a sus hombres! Y ellos lo han visto. Mirad: los que no han encontrado un vehículo en el que huir están izando banderas blancas.

Sin embargo, las tropas de Kokoro no parecían dispuestas a aceptar aquella rápida rendición tan fácilmente. Con implacable ardor, sus tanques se introdujeron en el campamento de Dédalo, arrollándolo todo a su paso. Cada vez que un grupo de soldados salía huyendo a través de la llanura, un escuadrón de Kokoro lo perseguía sin tregua hasta dispersarlo. Los más afortunados del ejército derrotado habían tenido tiempo de ponerse los equipos de vuelo y escapaban por el aire. Los demás buscaban refugio tras los bordes de los cráteres y en las pequeñas escarpaduras del terreno, agazapándose entre las rocas como liebres asustadas. En menos de dos horas, no quedaba ni un solo hombre en el campamento de Hiden... Solo tiendas destrozadas, tanques de agua y comida abandonados, desordenados amasijos de plástico y lona por todas partes.

—Se han ido todos —anunció por fin Jade, tendiéndole el catalejo a Detroit—. No parece que haya muchas bajas, al menos yo no veo apenas cuerpos. ¡Vaya panda de cobardes! Y esos, como si nada —añadió, señalando las geométricas formaciones de Kokoro, desplegadas ahora por toda la llanura—. Ni se despeinan...

El sol, que durante un rato había quedado oculto tras unas nubes rojizas, emergió de pronto en todo su esplendor, bañando los acantilados de cristal de Arendel en su deslumbrante luz dorada. Los jirones de la cúpula flotaban, inmensos, en el viento cargado de polvo, suspendidos sobre el abismo. La ciudad estaba salvada. Y todo gracias a aquellos escuadrones de soldados casi inhumanos cuyos negros uniformes brillaban ahora allá abajo como los quitinosos caparazones de miles de insectos. El plástico transparente de sus escudos reverberaba también bajo aquella luz y proyectaba en el suelo pedregoso diminutos arcoiris.

Entonces, como por arte de magia, todos, absolutamente todos los integrantes de aquel formidable ejército que acababa de demostrar su aplastante superioridad sobre las tropas de Hiden se quedaron quietos: Hombres, tanques y máquinas de guerra parecían de pronto congelados, atrapados en la inmovilidad absoluta de una



fotografía.

Y luego, de un modo más mágico aún, comenzaron a disolverse. Era como si poco a poco sus siluetas se fuesen volviendo transparentes hasta fundirse por completo con el paisaje. Los cañones, los hombres, cada detalle de su uniforme, sus botas, sus escudos, sus mascarillas... En un momento, todo había desaparecido.

Solo quedaba la vasta planicie amarillenta sembrada de rocas y, en medio, la frágil silueta de un muchacho a quien, a pesar de la distancia, Martín identificó de inmediato como Jacob.



## Capítulo 17. Sol 16 de capricornus

—¿Por qué tarda tanto? —preguntó Selene por centésima vez—. Hace horas que le están interrogando. No lo entiendo...

Se encontraban de nuevo en Arendel, reunidos en una de las estancias del refugio presurizado que la casa de Diana, al igual que el resto de las viviendas de la ciudad, reservaba para posibles situaciones de emergencia. Las labores de restauración de la cúpula ya habían comenzado, pero, aún así, todavía transcurriría bastante tiempo antes de que llegase a restablecerse el equilibrio gaseoso de la microatmósfera que llenaba la cuenca de Hebes. Por eso, solo se podía salir de los edificios con mascarilla y trajes térmicos, como si estuviesen en el exterior de Arendel. Sin embargo, el refugio era agradable, y estaba equipado con todas las comodidades necesarias para soportar una estancia prolongada, así que, de momento, a nadie le importaba demasiado aquella reclusión forzosa.

—Todavía sigo sin comprender cómo lo hizo —murmuró Martín, que también había repetido aquella observación decenas de veces a lo largo de la tarde—. Una cosa es colarse en la rueda neural de alguien y provocarle una visión, y otra muy distinta hacer aparecer un ejército entero ante los ojos de miles de personas. Porque todos vimos lo mismo... Nosotros, y todo el ejército de Hiden al completo, él incluido. Las torres infrasónicas, los disparos, las tiendas ardiendo... ¡Y pensar que nada era real!

—Él nos lo explicará cuando le dejen venir —aseguró Selene, a quien el nerviosismo hacía caminar de un lado a otro con febril rapidez—. Espero que esté bien. Tenía mala cara cuando pasó a nuestro lado, ¿os fijasteis? Y eso que ha estado durmiendo casi dos días...

Alejandra y Casandra asintieron con la cabeza. Deimos, en pie junto a una falsa ventana decorada por un bello paisaje holográfico de costa, tampoco dijo nada. Un pesado silencio cayó sobre la habitación, interrumpido poco después por el sonido regular de unos pasos sobre las losas del corredor.

—Ahí está —dijo Selene, corriendo como una exhalación hacia la puerta—. Ya viene... No lo atosiguéis; debe de estar muy cansado.

Se oyó el chirrido de un cristal llave al introducirse en el molde de control, y un segundo más tarde la puerta se abrió. Jacob no venía solo... Diana le acompañaba, y también George Herbert.

Diana estaba muy seria, y la intensa palidez de sus mejillas le daba un aspecto aún más bello y delicado que de costumbre. Por su parte, Herbert parecía haber envejecido varios años desde la última vez que lo habían visto, en la estación de





lanzamiento clandestina del desierto de Altar. Y, en cuanto a

Jacob, daba la impresión de que había crecido y adelgazado en los pocos días que habían transcurrido desde su partida. En su rostro se apreciaban aún rastros visibles de fatiga, pero también una desconocida firmeza y un destello de orgullo en la mirada. Al entrar, sus ojos se cruzaron fugazmente con los de Selene. Sin saber por qué, la joven se sintió intensamente turbada.

—Herbert me ha explicado algunas cosas que deberíais haberme dicho desde el principio —anunció Diana, mirando alternativamente a cada uno de sus invitados con el ceño fruncido—. Y Jacob me las ha confirmado... Deberíais haberme contado lo de vuestro origen. Un viaje en el tiempo... Todavía no logro hacerme a la idea.

Deimos se había vuelto con viveza al oír la voz de Diana, y había escuchado sus palabras sin dejar de escudriñar atentamente la expresión de su rostro.

Por fin se atrevió a esbozar una sonrisa, relajado. No, Jacob no se lo había contado todo... Ella no sabía que sería recordada como Uriel, el ángel de luz venerado por los perfectos. Y era mejor que no lo supiera. Si ella lo hubiese sabido, él se habría dado cuenta en seguida... y no se habría sentido capaz de sostener nunca más su mirada.

Como nadie respondía, Martín se sintió obligado a tomar la palabra.

—No sabíamos si nos creerías —explicó con cierta torpeza—. Además, era Herbert quien debía decidir lo que quería que supieras... Al fin y al cabo, la esfera es un secreto tecnológico de Prometeo.

—Ya no —dijo Jacob con brusquedad—. Ha dejado de ser un secreto... Hiden lo sabe. Lo sabe todo. Y no solo eso; él también ha construido una esfera.

Mientras los demás intentaban asimilar aquella información, el muchacho miró directamente a Deimos.

—Ha sido Aedh —continuó—. El le explicó cómo hacerlo... Y le dejó utilizar vuestra llave. Así fue como Hiden trajo todas esas tropas a Marte, a través de una esfera gigante camuflada en la pared rocosa de la Doble Hélice. Desde allí, las llevaban por un túnel hasta las laderas de Olimpo... Y todo gracias a vuestra llave del tiempo.

Fue como si un rayo hubiese alcanzado a Deimos. El joven dio un par de pasos titubeantes, mirándolo con incredulidad, y luego se detuvo. Casandra se precipitó hacia él para sostenerle y dirigió a Jacob una mirada furiosa. Pero Jacob la ignoró.

—Tienes que convencerle de que pare todo esto —dijo, mirando a Deimos sin dejarse impresionar por el aspecto enfermo de su rostro—. Yo hablé con él cuando me cogieron... Pero no quiso escucharme; estaba como loco.

—También fue él quien entró en Arendel y manipuló los controles de la cúpula, tensándola hasta que se desgarró —intervino Selene con timidez—. Pero antes, se introdujo en la habitación de Alejandra y robó la otra llave del tiempo, la nuestra... Y



también introdujo un virus informático en el dije de Dannan; afortunadamente, Casandra se dio cuenta y conseguimos destruirlo a tiempo.

—Sí, dije que lo haría —contestó Jacob sin ninguna emoción—. Es el mismo virus que yo le metí a él en Medusa, el que tú fabricaste... Amenazó con introducirlo a todos si yo activaba el programa de la «memoria del futuro». Supongo que debo alegrarme de que no lo consiguiera.

Selene lo miró de arriba abajo.

—¿Cómo que lo «supones»? —dijo, esforzándose por controlar su indignación—. ¿Es que no te alegras?

Jacob la miró con ojos inexpresivos.

—No lo sé —contestó—. Quizá sí.

Algo perplejo, observó las miradas de alarma que todos le dirigían. Se pasó una mano por la frente, visiblemente cansado.

Al alzar nuevamente la vista, le pareció que Martín le miraba con mayor insistencia que los demás. Decidió no rehuir aquella mirada, aunque era obvio que le costaba un gran esfuerzo.

—No obedeciste sus órdenes, ¿verdad? —preguntó Martín casi en un susurro—. A pesar de su amenaza...

—No, no lo hice —repuso Jacob con voz apagada—. Tenía que destruir a esos bichos... No me dejaron otra alternativa.

Percibiendo el temblor que se había apoderado de Selene, Alejandra fue hacia ella y trató de conducirla delicadamente hasta el sofá más próximo, pero ella la rechazó, emitiendo un gemido ahogado. Sus ojos permanecían fijos en los de Jacob, que, por su parte, evitaba mirarla.

—¿Qué fue lo que hiciste, Jacob? —preguntó Martín con suavidad.

—Activé el programa —contestó el chico, en el mismo tono opaco de antes—. Tenía que traspasar sus diademas de incomunicación para obligarles a volar el laboratorio... Era la única forma de conseguirlo.

«Eso era», pensó Martín, sintiendo de pronto un alivio indescriptible, como siempre que uno se ve obligado a enfrentarse por fin con algo que lleva temiendo mucho tiempo.

Claro, así se explicaba la asombrosa hazaña de Jacob en el campo de batalla. En realidad, lo ocurrido no era más que una manifestación de los poderes cerebrales que el muchacho ya había desplegado tantas veces anteriormente, multiplicados en esta ocasión por efecto del programa de la «memoria del futuro». Todo resultaba tan sencillo que no entendía cómo no se había dado cuenta antes. Sencillo y, a la vez, aterrador... Involuntariamente, sus ojos se dirigieron al rostro demudado de Selene.



Sí; ella también había comprendido.

—Entonces, ¿ya no sientes... nada por mí? —preguntó.

Jacob esbozó una sonrisa de disculpa.

—Recuerdo lo que pasó entre nosotros antes de que me fuera. Solo que... Bueno, ahora no siento la emoción de entonces. Es por el programa... Espero que puedas perdonarme.

Selene le sostuvo la mirada unos segundos. Maquinalmente, se limpió las lágrimas que rodaban por sus mejillas con el dorso de la mano.

—Claro que te perdono —dijo—. Yo habría hecho lo mismo en tu lugar.

—Cuando activaste el programa, ¿lo hiciste de manera consciente o fue algo involuntario? —quiso saber Alejandra.

—Sabía lo que estaba haciendo —admitió Jacob—. Sabía que perdería todos mis recuerdos afectivos, y que era algo monstruoso... Pero, aún así, lo hice, y gracias a eso pude volar el laboratorio, y después salvar Arendel.

Diana avanzó hacia él y le puso una mano en el hombro, mirándole con admiración.

—Te has sacrificado por todos nosotros —dijo—. Y, de ese modo, has salvado muchas vidas... Te estamos muy agradecidos, Jacob. Siempre estaremos en deuda contigo.

—¿Qué ha pasado con Hiden? —preguntó Casandra—. ¿Ha vuelto a intentar el chantaje?

—Ya es tarde para eso. Con el laboratorio destruido no puede seguir difundiendo nuevas variedades de la epidemia, y los casos que teníamos aquí están evolucionando favorablemente, gracias a los sueros curativos que hemos preparado con vuestros anticuerpos. En Arendel, la epidemia está controlada, y hemos enviado algunas dosis de suero a Nausikaa, para que traten los pocos casos que tienen allí.

—¿Qué pasó con el verdadero ejército de Nausikaa? —quiso saber Martín—. Orlando lo vio, venía hacia Arendel...

—Dieron media vuelta cuando se enteraron de que las tropas de Dédalo habían huido en desbandada —explicó Diana—. Por lo visto, en ningún momento habían recibido la orden de atacarnos... Solo querían ejercer cierta presión. Pero las autoridades de Nausikaa se quedaron horrorizadas cuando supieron que Dédalo había desgarrado nuestra cúpula.

—Fue una suerte que las tropas de Dédalo se dispersasen tan rápidamente —observó George Herbert—. Según los últimos informes que he recibido de mis agentes, estaban muy bien equipadas, y eran extraordinariamente numerosas. Podrían haberle plantado cara al ejército de Kokoro, si hubiesen querido... Pero,



claro, el factor sorpresa...

—No fue solo el factor sorpresa —explicó Jacob en tono inexpresivo—. Yo les hice huir. Al principio me pareció una tarea imposible. Ni siquiera con mis nuevos poderes podía plantearme influir simultáneamente sobre tantas ruedas neurales. Pero luego me di cuenta de una cosa muy curiosa. Esos soldados estaban todos conectados a través de su rueda neural con el alto mando del ejército. Bastaba con localizar las ruedas neurales de los cuatro generales de Dédalo e introducirse en ellas para enviar a todos los demás la orden de retirada. Eso fue lo que hice, y, afortunadamente, salió bien.

Todos lo miraban con admiración.

—O sea, que no solo creaste un ejército virtual que todos podíamos ver, sino que encontraste la forma de transmitir órdenes directas a las tropas del otro ejército para que se retiraran... ¡Será mejor que nadie se entere de lo que has hecho, fuera de aquí! —concluyó Herbert, casi con preocupación—. Si otros supieran de lo que eres capaz...

—No podrían cogerme —le atajó Jacob—. Ya no.

No había jactancia en sus palabras, solo una tremenda seguridad, y también, quizá, algo de tristeza.

—Lo que me preocupa es que Hiden sigue teniendo esa esfera a su disposición —murmuró Herbert contrariado—. Un agujero de gusano a través del cual puede seguir enviando a Marte tantas tropas como quiera desde la Tierra... Me pregunto dónde tendrá la otra entrada del agujero, la terrestre. Allí debe de haber construido otra esfera...

—Probablemente la tenga en Chernograd —terció Diana—. Los informes que he recibido últimamente acerca de esa ciudad siberiana son más que inquietantes. Nadie sabe ubicarla exactamente, porque, según parece, la mayor parte de sus infraestructuras son subterráneas. Pero se ha observado mucho movimiento de hombres y transportes de carga en torno a una región cercana a la frontera de Mongolia... Tendremos que averiguar algo más sobre eso.

—Si lo que os preocupa es que Hiden siga utilizando la esfera para sus fines, no creo que Aedh se lo permita —dijo Jacob—. Parece ser que su llave del tiempo solo funciona si la activáis él o tú, Deimos. Si él se niega a usarla, Hiden no podrá volver a utilizar el agujero de gusano.

—¿Y tú crees que se negará? —preguntó Selene.

—Creo que sí. Aedh quiere impedir que realicemos nuestra misión, y ha utilizado a Hiden para lograrlo. Pero no confía en Hiden más que nosotros, él mismo me lo dijo. Lo último que desea es aumentar su poder... Así que creo que cumplirá lo que dijo y le quitará el control de la llave en la primera ocasión que se le presente.

—Sin embargo, Aedh tiene ahora dos llaves —objetó Cassandra—, la suya y la que



nos robó a nosotros...

—No creo que esté pensando en entregárselas a Hiden, de verdad.

—¿Qué va a pasar ahora con él? —preguntó Martín—. Si la ONU envía un equipo de investigación a las ruinas del Círculo de Piedra, quedará demostrado que fue Dédalo quien difundió la epidemia premeditadamente. Podría ser el fin de la corporación...

—He hecho un pacto con él —le interrumpió Diana—. Yo no deseo destruirle... Solo que me deje hacer mi trabajo. He renunciado a denunciarle ante la ONU por el asunto de la epidemia a cambio de que apoye formalmente la celebración de un congreso extraordinario sobre energía en la Doble Hélice. En ese congreso, haré públicas las fórmulas y el diseño de mis nuevos paneles solares fotosintéticos y renunciaré a la patente en beneficio de toda la humanidad. Es un acontecimiento importante, que puede cambiar para siempre la dinámica de funcionamiento de las corporaciones y su relación con los ciudadanos. Por eso, quiero darle la máxima solemnidad posible. Será una ceremonia brillante, espléndida. Y todas las corporaciones enviarán a sus embajadores para apoyarme, incluida Dédalo. Hiden ya ha confirmado su asistencia y su apoyo... Y sabe que no está en condiciones de echarse atrás.

—Pero no será más que un simulacro —murmuró Jacob pesimista—. En cuanto tenga ocasión, Hiden volverá a las andadas, intentará revalorizar como sea esa energía nuclear que piensa enviar de la Luna a la Tierra a través de microondas... No se dará por vencido tan fácilmente.

—Eso es lo que él piensa, desde luego —repuso Diana con una sonrisa—. Pero lo que no sabe es que el paso que estamos a punto de dar es irreversible. Una vez que mi Energía Verde se difunda por toda la Tierra, las corporaciones perderán una fuente considerable de ingresos, y de poder. Será el principio del fin... Poco a poco, volverán a surgir pequeñas empresas independientes, y ninguna corporación estará ya en condiciones de impedirselo. Es decir, podrán impedirselo a muchas... Pero no a todas. Los monopolios empezarán a tambalearse. Ya está sucediendo, gracias en buena medida a las luchas de poder entre unas corporaciones y otras. No niego que todo esto va a ser un camino difícil y sembrado de escollos. Habrá reacciones, intentos de mantener el *status quo*, y otros de volver atrás... Quizá algunos intenten incluso defender sus privilegios mediante las armas. Pero, a la larga, todos esos intentos se verán abocados al fracaso, estoy segura. La Humanidad siempre termina asimilando aquello que la beneficia; y en esta ocasión no va a ser diferente.

Aquel pequeño discurso llenó de entusiasmo a sus oyentes, especialmente a Alejandra. Era lo que siempre había deseado, un cambio pacífico, una especie de milagro tecnológico o social que mejorase un poco el duro mundo en el que vivían. Y, ahora, iba a suceder, y ella podría presenciarlo... Se sentía tan emocionada que se abalanzó sobre Diana y le dio un abrazo.



Diana se echó a reír, feliz.

—Entonces, ¿estáis contentos de que todo se resuelva así? —preguntó con los ojos brillantes—. Espero que queráis asistir a la ceremonia... Estáis invitados, por supuesto. ¡Y no podéis faltar! Sin vosotros, ese congreso no habría sido posible.

Todos asintieron calurosamente, incluso Deimos, a quien las últimas alusiones a Aedh habían dejado visiblemente conmovido.

—¿Qué día va a celebrarse esa famosa ponencia? —preguntó Herbert, también contento, al parecer, por el rumbo que habían tomado los acontecimientos.

—En el sol 16 de capricornus —dijo Diana—. Aún falta bastante tiempo... Pero es que hay que preparar muchas cosas antes del congreso. Aquí, en Arendel, vamos a empezar la producción en serie de los paneles fotosintéticos, para que cuando el invento se haga público pueda difundirse de inmediato. El mismo día de la ceremonia, los nuevos paneles se distribuirán directamente entre las cooperativas de ciudadanos de algunas de las regiones más desfavorecidas de la Tierra. Al mismo tiempo, facilitaremos las fórmulas a todo el mundo, incluidos los pequeños centros de investigación que poseen algunas de esas cooperativas. Será el comienzo del gran cambio... Por eso quiero tener tiempo para prepararlo todo perfectamente.

—¿Has dicho el sol 16 de capricornus? —preguntó Martín—. ¿Qué día será en la Tierra?

Diana, que estaba acostumbrada a compaginar habitualmente los dos calendarios, apenas tardó unos segundos en responder.

—Será... quince de noviembre —calculó—. ¿Por qué?

Los chicos se miraron unos a otros.

—¿No era esa la fecha que señalaba la rosa de los vientos? —preguntó Martín.

—Sí, esa era —dijo Casandra—. De modo que tenías razón... La Energía Verde es la «fuente inagotable» —añadió mirando a Deimos.

Los demás parecían intrigados por el significado de aquellas palabras. Pero no era el momento de pedir explicaciones... Ya habría tiempo para eso más tarde.

—Quiero pedirte un favor muy especial —dijo entonces Deimos, mirando a Diana. Ella le devolvió la mirada, sorprendida.

—¿De qué se trata? Si es algo que dependa de mí, estaré encantada...

—Ahora ya sabes que venimos del futuro —contestó el muchacho—. Y sabes que esa ceremonia que vas a organizar para hacer pública tu intención de donar a la Humanidad la Energía Verde es un acontecimiento que tendrá gran repercusión en el futuro, tanto que nosotros hemos sido enviados a esta época para asistir a ella. Por eso, quisiera que nos permitieran acudir a la ceremonia ataviados con las vestiduras rituales de nuestra época. Para mí significaría mucho... Y, en cuanto a los demás, creo





que les ayudaría a comprender la trascendencia de este momento para nosotros, y a adoptar, en cierto modo, el punto de vista del pueblo que los envía, los ictios.

—Pero ¿habéis traído esos trajes con vosotros? —preguntó Diana asombrada.

—Claro que no —dijo Deimos, sonriendo—. Habría que fabricarlos... Yo haría los diseños, y un robot los confeccionaría.

Sus compañeros lo observaban perplejos.

—¿De verdad crees que sería buena idea? —preguntó tímidamente Casandra.

—Para mí sería muy emocionante. Llevaría mi espada ritual y la coraza de los Caballeros del Silencio, con el emblema del barco negro y azul... Es el momento más importante de mi vida. El más importante... Tenéis que comprenderlo.

Casandra lo miraba con cierta inquietud. En los ojos de su amigo se había instalado un brillo febril, y hablaba con una vehemencia que no parecía justificada por la sencillez de su petición. Era como si por debajo de sus palabras hubiese algo más... algo que ni siquiera él comprendía del todo, y que le asustaba.

Diana captó también la ansiedad de Deimos, y se apresuró a tranquilizarle.

—No te preocupes —dijo—. Podréis ir vestidos como queráis. Estáis bajo mi protección, y yo soy la organizadora del evento... Además, nadie va a escandalizarse si aparecéis ataviados de un modo un poco singular. Últimamente, en la ONU a todo el mundo le da por ir vestido con trajes regionales de su cultura de procedencia o con los uniformes de ceremonia de la corporación a la que pertenecen. Incluso se ha puesto de moda llevar disfraces de Arena, o de los libros de Reuel. Así que vuestro atuendo no llamará demasiado la atención... Y menos aquí, en Marte, donde ya habéis visto que a la gente le encanta cambiar continuamente de aspecto.

—¿Y nadie nos preguntará a quién representamos? —inquirió Martín.

Diana sonrió con complicidad.

—Probablemente lo hagan —dijo—. Y yo contestaré que representáis a aquella parte de la juventud que siempre está dispuesta a luchar por mejorar el mundo. O, lo que es lo mismo, que representáis el futuro y la esperanza de la especie humana... Lo que no deja de ser verdad.

La gran Sala Helicoidal de la Doble Hélice era un recinto que solo se utilizaba en las grandes solemnidades del calendario marciano o para congresos especiales organizados por el consorcio de Tharsis, que se encargaba de su gestión y mantenimiento. Se encontraba situada en la parte superior de la torre de la Doble Hélice, que sobresalía sobre los pisos excavados en el escarpe del monte Olimpo como un delicado muelle de vidrio y metal. Vista desde dentro, la sala tenía un aspecto bastante sorprendente: Su parte inferior se parecía en su diseño a los antiguos circos romanos, y en su centro se erigía el estrado utilizado por los oradores para dirigirse a la multitud. Un conjunto de cámaras holográficas reproducían la



imagen del orador en diferentes orientaciones, de modo que, fuese cual fuese el ángulo desde el cual se miraba al estrado, la persona que hablaba siempre parecía estar de frente al espectador.

Alrededor del estrado, varias filas de butacas escalonadas y dotadas de los últimos dispositivos de traducción y transmisión de datos permitían albergar una gran cantidad de público en condiciones de gran comodidad.

Por encima de aquella amplia estructura, dos galerías de cristal entrelazadas en forma de doble hélice permitían observar lo que ocurría abajo desde una perspectiva más amplia. Ambas galerías estaban jalonadas de palcos individuales, comunicados entre sí por escaleras mecánicas transparentes. La mayoría de los palcos estaban reservados a personajes relevantes de la sociedad marciana o a miembros destacados de la ONU y las corporaciones. Tener acceso a uno de aquellos balcones de cristal brillantemente iluminados se consideraba en Andrómeda toda una demostración de prestigio.

En su parte más alta, las dos galerías de cristal se fundían constituyendo un grácil mirador en forma de pirámide que ofrecía simultáneamente una privilegiada perspectiva del interior de la Sala Helicoidal y una espléndida vista del abismo rocoso sobre el cual se había construido la torre. Era, al decir de muchos, el lugar más impresionante de Marte... y de todo el Universo conocido, para los que no temían exagerar. Una barra metálica central descendía verticalmente desde la pirámide hasta la parte de la torre excavada en la roca, conteniendo más de dos docenas de ascensores. En conjunto, se trataba de un diseño imaginativo y funcional que pretendía rendir homenaje a la estructura molecular del ADN, cuyo descubrimiento en el siglo XX había supuesto el inicio de una nueva era para la Ciencia.

La tarde del sol 16 de capricornus, la multitud reunida en la gran Sala Helicoidal era, si cabe, aún más elegante y cosmopolita que de costumbre. No solo estaban los habituales representantes de las más emblemáticas ciudades marcianas y las delegaciones diplomáticas de las corporaciones, sino también los presidentes de algunas de ellas en persona, incluidos George Herbert y Hiden. Aquello fue considerado por los medios de comunicación como un indicio más que significativo de la importancia que las élites mundiales concedían al discurso que Diana Scholem estaba a punto de pronunciar; un discurso enmarcado dentro de la ceremonia de clausura del Primer Congreso Marciano sobre Energía, y en el cual, según se rumoreaba, la presidenta de Uriel iba a hacer públicas algunas informaciones sorprendentes.

Para la ocasión, los siete kilómetros de altura de la torre se habían recubierto de una especie de tienda aislante fabricada en el mismo material de la cúpula de Hebes, y se había inyectado una microatmósfera cálida y densa en su interior. Eso permitiría a los visitantes asomarse a las numerosas plataformas de roca que sobresalían de la parte subterránea del edificio, permitiéndoles así disfrutar de un soberbio panorama. Incluso la pirámide superior había sido abierta, para que la gente pudiese subir a ella



y contemplar las vistas directamente a través de la tienda, sin la interferencia de ningún cristal orgánico.

Antes del comienzo de la ceremonia, una variopinta multitud se congregó en la entrada de lo que los congresistas habían dado en llamar, en recuerdo de la arquitectura romana, «El Circo». Había gente de todas clases: mujeres de mediana edad con elegantes sombreros verdes y granates, científicos que no habían juzgado necesario despojarse de sus arrugadas batas blancas, grupos corales ataviados con brillantes túnicas de colores, lúgubres funcionarios interestatales que parecían ansiosos por que todo aquello terminase de una vez... Destacaban especialmente las túnicas azafranadas de los delegados de la ciudad de Pramana y los trajes negros, rojos y dorados de los representantes de Ki en la ciudad marciana de Fuosing. Varias de las funcionarias municipales de aquella ciudad iban ataviadas como los personajes femeninos de las novelas de Reuel, con vistosas túnicas azules y verdes y adornos vegetales en sus largas cabelleras rizadas. Y también atraían muchas miradas los dignatarios de Al Qahira, con sus pañuelos de bandas blancas y doradas anudados en forma de turbante alrededor de la cabeza y los velos negros bordados de estrellas que cubrían el rostro de las mujeres.

En medio de aquella abigarrada multitud, la extraña vestimenta de los seis invitados especiales de Diana Scholem al congreso no llamaba especialmente la atención. Los tres muchachos, Deimos, Jacob y Martín, llevaban túnicas blancas muy cortas y ceñidas a la cintura por cinturones dorados, así como unos pantalones de extraño diseño, voluminosos en la parte superior y totalmente ceñidos por debajo de la rodilla, fabricados en un tejido similar al raso pero más elástico, de un brillante color verdeazulado. Martín y Deimos llevaban, además, una coraza negra sobre el pecho, en cuyo centro destacaba, sobre un fondo plateado, el emblema del barco azul y negro que distinguía a los Caballeros del Silencio. Pero lo más llamativo de su atuendo no eran las corazas, sino las largas espadas rituales que colgaban de sus cinturones, y que habían despertado no pocas suspicacias entre los agentes de seguridad de Tharsis, único cuerpo de vigilancia que, ese día, tenía permitido el acceso a las instalaciones de la Doble Hélice. La propia Diana se había visto obligada a disipar sus dudas, alegando que aquellas espadas eran un símbolo importante para los miembros de la comunidad terrestre a la cual pertenecían los chicos. Afortunadamente, todos los agentes encargados de la seguridad de la Sala Helicoidal habían nacido en Marte y no sabían prácticamente nada acerca de la Tierra, de modo que no resultó difícil engañarlos.

En cuanto a las chicas, siguiendo las directrices de Deimos habían encargado para la ceremonia unas largas túnicas blancas, muy sencillas, que les daban el aspecto de antiguas damas griegas. Incluso Alejandra iba así vestida, por expreso deseo de Martín... Aunque la verdad era que se sentía un poco ridícula con aquella indumentaria que, en su caso, no era más que un disfraz sin ninguna relación con su familia ni su origen.



Una vez que los agentes les permitieron por fin el acceso al interior de la sala, los seis jóvenes se fueron directamente a ocupar los asientos que les habían reservado, en primera fila, prácticamente enfrente de la tribuna de oradores, y al lado de los sillones de honor que iban a ocupar Marcia, Leah y Phillis, las tres fundadoras de Uriel. Cuando se sentaron, las ancianas no habían llegado todavía, pero, al mirar hacia arriba, Martín descubrió en uno de los palcos de cristal más cercanos a Jade y a Detroit, que le saludaron amistosamente con la mano al reconocerlo. Jade iba suntuosamente vestida con un antiguo kimono japonés y el cabello recogido por innumerables agujas cubiertas de diamantes. En cuanto a Detroit, llevaba su sempiterna chaqueta de cuero, pero, en honor a la ocasión, se había cortado un poco el cabello y arreglado la barba, revelando por primera vez el atractivo de aquella parte de sus facciones que, de ordinario, quedaban ocultas bajo la maraña de pelo que las cubría.

Martín se volvió hacia Alejandra para comentar con ella todo lo que les rodeaba. Ambos se sentían alegres y excitados. Iba a ocurrir algo grande, algo maravilloso que serviría de ayuda a los sectores más desfavorecidos de la humanidad, algo que supondría inevitablemente el inicio del declive de las grandes corporaciones... Instintivamente, los ojos de Martín buscaron al presidente de Dédalo, y lo encontraron sentado en otro de los palcos de cristal, completamente solo. Iba sobriamente vestido, al contrario de lo que solía ser habitual en él, y, pese a la distancia, a Martín le pareció distinguir una irónica sonrisa de superioridad en su falso rostro.

Alejandra, que había seguido la dirección de su mirada, se estremeció.

—¿No te da miedo verlo ahí? —le preguntó a su compañero en un susurro—. Lleva meses buscándonos... Y ahora que por fin nos tiene a mano...

—No hará nada —la tranquilizó Martín—. No puede permitírselo... Diana le tiene en sus manos. Ha enviado un equipo de Tharsis a inspeccionar las ruinas del Círculo de Piedra y conservar todas las evidencias que puedan encontrarse acerca de las actividades científicas que se llevaban a cabo en el lugar. Si Hiden intenta salirse del guión, lo revelará todo... Así que, por el momento, tendrá que renunciar a atraparnos.

—Para él debe de ser una tortura vernos aquí, delante de sus narices, y no poder cogernos... Sobre todo, debe de estar rabiando por echarle las manos encima a Jacob.

La mirada de Martín se desvió hacia su compañero, que permanecía tranquilamente sentado junto a Selene, con cara de aburrimiento.

—Su indiferencia debe de sacarle de quicio —murmuró—. ¡Después de lo que le ha hecho!

—Bueno, Hiden, en realidad, solo le achaca lo del laboratorio del Círculo de Piedra —recordó Alejandra—. Lo demás, lo ignora totalmente... ¡Aún debe de estar preguntándose qué demonios le pasó a su ejército y por qué fue atacado por las



tropas de Kokoro!

Los dos tuvieron que esforzarse por contener la risa.

En aquel momento, las tres ancianas madres adoptivas de Diana entraron solemnemente en la sala, escoltadas por un pequeño destacamento de Tharsis. La multitud estalló en aplausos mientras ellas se dirigían a sus asientos con una sonrisa en los labios. Las tres iban vestidas con sencillos trajes negros, y, a pesar de su edad, estaban encantadoras, incluso hermosas. Cuando se sentaron, todo el mundo las imitó, y el rumor de conversaciones y risas que llenaba el recinto fue cesando gradualmente hasta extinguirse por completo.

Entonces, Diana hizo su aparición en la puerta de uno de los ascensores que comunicaban directamente con el escenario.

Llevaba los rubios cabellos recogidos en una sencilla trenza enrollada alrededor de la cabeza, e iba vestida con una larga túnica de lino blanco con adornos en verde. Deimos se levantó al verla como movido por un resorte. Luego, dándose cuenta de que estaba atrayendo las miradas de todos los que le rodeaban, se sentó de nuevo.

—Uriel... —musitó.

Martín captó la intensa emoción que iluminaba en aquel instante el rostro de su amigo. En él podía leerse la expresión de una intensa felicidad; pero también había algo más, algo que a Martín le pareció la sombra delicada y sutil de un insoportable dolor. Sin saber por qué, aquella mezcla de sentimientos que afloraban al rostro de Deimos le llenó de inquietud. Sabía que el joven había terminado por aceptar la relación de Diana con Uriel, y que el hecho de haber llegado a comprender aquella relación había sido vivido por él como una especie de iluminación espiritual. Pero, si era así, ¿por qué había tanto sufrimiento en su mirada? ¿Les habría ocultado algo? Tendría que preguntárselo cuando todo aquello terminara.

Diana subió a la tribuna de oradores y miró a la multitud congregada en torno suyo, sonriendo. Luego empezó a hablar. Su discurso fluía con una calidez y naturalidad pasmosas, como si se estuviese dirigiendo a un grupo de amigos y no tuviese a la Humanidad entera pendiente de sus palabras. Y la gente comprendió... Comprendió que ella no estaba hablando únicamente de una revolucionaria tecnología que, basándose en el principio del aprovechamiento de la luz solar por las plantas, pondría a disposición de los seres humanos una fuente barata y prácticamente inagotable de energía. Comprendió que se trataba de algo más, de una nueva oportunidad de progreso para todos los seres humanos. Cada uno de los presentes se dio cuenta de que estaba asistiendo en directo al comienzo de una nueva Era, una Era en la que las corporaciones dejarían de ser omnipotentes. Diana lo dijo con toda claridad: la edad de los grandes monopolios había terminado. Y lo más curioso era que ni siquiera los representantes de las diferentes corporaciones presentes en la ceremonia parecían lamentarlo demasiado; por el contrario, en sus rostros se leía el mismo entusiasmo que en los de todos los demás. Y es que, al fin y





al cabo, ellos también se habían convertido en víctimas del sistema que habían contribuido a crear, y que no les hacía en absoluto felices. En el fondo, les alegraba que alguien de los suyos hubiese tenido la valentía de dar aquel primer paso para cambiar las cosas. Martín observó por un momento el rostro emocionado y satisfecho de George Herbert, de pie junto a su amiga Laura, en uno de los palcos. Herbert, uno de los principales magnates mundiales, presidente de una de las más poderosas corporaciones, se alegraba quizá más que ningún otro de los presentes de lo que estaba ocurriendo. Era como si, por un afortunado giro del destino, Diana le estuviese brindando de repente la oportunidad de enmendar sus errores, aquellos errores que, junto con los de otros, habían contribuido a crear aquel monstruoso entramado de ambiciones e intrigas que había terminado por dominar el mundo. De pronto, el sueño quimérico por el que habían dado la vida tantos militantes antiglobalización parecía al alcance de la mano. Una sociedad más libre y justa, donde el progreso no dejase atrás a nadie, donde todos pudiesen beneficiarse por igual de los grandes avances científicos... Herbert también había creído en ese sueño, por un tiempo; solo que había sido demasiado cobarde como para luchar por él... Y ahora, después de tantos años, cuando todo parecía perdido, una joven científica lo hacía revivir. Sin sangrientas revoluciones, sin amenazas ni conflictos, así, plácidamente, como si fuese la cosa más sencilla del mundo...

Hiden también se daba cuenta de la trascendencia del discurso que estaba oyendo. A pesar de todos sus esfuerzos por imprimir una expresión impasible a su máscara, la frustración que sentía había terminado abriéndose camino hacia aquella complicada interfaz que ocultaba sus verdaderas facciones. En un determinado momento, Martín se volvió a mirarle y le sorprendió el aspecto envejecido, casi petrificado que había adquirido de pronto aquel agradable rostro virtual, que, de repente, recordaba de un modo hartamente curioso el rictus forzado y rígido de un cadáver. Y es que, para Hiden, aquello era la muerte... Una derrota tan completa y definitiva, que ni con todo su ingenio y poder lograría rehacerse nunca del golpe que Diana Scholem le estaba asestando en aquel momento.

Por su parte, las tres ancianas madres adoptivas de Diana escuchaban sus palabras sonriendo con orgullo, impresionadas y dichosas. Casi no podían creer que su pequeña Diana fuese la misma mujer que ahora se dirigía a toda la Humanidad desde el estrado, hermosa, valiente, llena de sabiduría y fortaleza. De vez en cuando intercambiaban miradas de complicidad, incluso de asombro. A medida que el discurso avanzaba, cada vez sonreían menos. Sentían la profunda solemnidad del momento que estaban viviendo, y sus caras reflejaban una intensa emoción. Los ojos de Leah estaban llenos de lágrimas... Al encontrar la mirada de Martín, se las limpió rápidamente con una esponja de bolsillo, avergonzada.

Por último, los ojos de Martín recayeron en Deimos. Tenía la mano de Casandra entre las suyas, y su rostro reflejaba una absoluta concentración en las palabras que estaba oyendo. Pero no era una concentración forzada, sino todo lo contrario: sus





ojos brillaban con genuino entusiasmo, y cada poco afloraba a sus labios una leve sonrisa. Martín suspiró, aliviado. Deimos, por fin, había comprendido... No solo había aceptado la humanidad de Uriel, sino que, ahora que conocía a la mujer que había dado origen al mito, valoraba más que nunca sus enseñanzas.

Una inflexión en la voz de la oradora le hizo comprender a Martín que se aproximaba el final del discurso. Se volvió entonces hacia la tribuna y se olvidó de todo lo demás para volcar toda su atención en las últimas frases de Diana:

—Amigos y amigas que estáis aquí esta tarde, hombres y mujeres que nos seguís en la distancia: El regalo que acabo de ofreceros es pequeño y simple. Las plantas llevan millones de años procurándonos la misma clase de luz transformada en alimento para nuestros organismos sin haber cosechado el menor agradecimiento. Y mi regalo no es, ni de lejos, tan bello y perfecto como una planta. Es tan solo una herramienta que nos permitirá a todos aprovechar al máximo las radiaciones del sol para nutrir con ellas nuestras ciudades y nuestras máquinas. Y lo hará sin contaminar el ambiente, vertiendo oxígeno puro a nuestras atmósferas...

»Un regalo pequeño y sencillo como este debe ser aceptado con sencillez y naturalidad. Todo lo que os pido a cambio es que lo utilicéis bien. Ninguna tecnología es, en sí misma, buena ni mala. Todo depende del uso que le demos. La Energía Verde no es la respuesta a todos nuestros problemas, es tan solo una oportunidad. Aprovechémosla para mejorar nuestras vidas y las de nuestros semejantes, para preservar a las otras criaturas de nuestros dos planetas, para alcanzar nuevas cotas de libertad, igualdad y justicia. Como el griego Aristóteles ya nos recordó hace muchos siglos, la felicidad no es un premio que la fortuna otorga ciegamente a sus elegidos; la felicidad es una virtud. Nuestra felicidad como especie no depende del azar ni del destino, sino de nuestros actos. Asumamos esa responsabilidad. Atrevámonos a ser libres y a elegir lo que sabemos que está bien. Los hombres y las mujeres del futuro nos lo agradecerán.

Un emocionado silencio acogió las últimas palabras de Diana. Se oían sollozos ahogados en algunos rincones del graderío, y mucha gente tenía los ojos húmedos. Lentamente, estallaron los primeros aplausos; tímidos al principio, y luego, de pronto, ensordecedores. Sin ponerse de acuerdo, todos los presentes se levantaron de sus asientos casi al mismo tiempo y empezaron a gritar «bravo» y otras exclamaciones de entusiasmo en distintas lenguas. Diana sonreía, ruborizada y radiante. Las cámaras proyectaban su imagen holográfica en todas direcciones, intensificando la sensación de comunicación profunda con la oradora que experimentaba en ese instante cada uno de los miembros de la multitud que la había escuchado. Martín también se había levantado y aplaudía frenéticamente, con las palmas de las manos enrojecidas. Oía junto a él las palmadas algo más débiles pero igualmente entusiastas de Alejandra, y no necesitaba mirarla para saber que ambos estaban experimentando la misma exaltación.

De pronto, Deimos saltó de su asiento y se abalanzó sobre Diana, derribándola. Al



mismo tiempo, dos destellos luminosos atravesaron sucesivamente el aire, y el micrófono de la tribuna de oradores estalló en pedazos. Los aplausos se transformaron instantáneamente en una salvaje mezcolanza de gritos, carreras y golpes. Todo el mundo corría hacia las puertas de emergencia, empujando a los demás y pisoteando a los que habían caído. Martín iba a hacer lo mismo cuando, repentinamente, oyó una voz en su interior que le ordenaba echarse al suelo. Lo hizo, y un instante después oyó el silbido de un proyectil que pasó silbando sobre su cabeza. Había sido disparado desde arriba, desde uno de los palcos... Protegiéndose tras el borde de su butaca, miró hacia arriba. Todos los palcos estaban ya vacíos excepto uno, en el que se recortaba la figura inmóvil y sonriente de Hiden.



## Capítulo 18. El ritual del silencio

Le bastó una mirada al estrado para comprobar que Diana estaba bien. Leah, Marcia y Phillis la rodeaban, y a su alrededor pululaba un desorientado enjambre de agentes de seguridad de Tharsis. La multitud seguía agolpándose en todas las puertas, pero ahora eran los propios agentes de seguridad quienes los empujaban hacia ellas, impidiéndoles retroceder. Entre los cientos de cabezas que se apelotonaban tras las puertas de la entrada principal, distinguió el rostro angustiado de Alejandra, que le hacía señales con las manos. Por un momento pensó en seguirla, pero entonces vio a Jacob tendido en el suelo y a Selene arrodillada junto a él, sacudiéndole los hombros. ¿Qué habría sucedido, también habrían disparado a su compañero? Instintivamente, sus ojos se dirigieron al palco de Hiden, pero esta vez lo encontró vacío. Un poco por debajo, en las escaleras mecánicas que ascendían por el interior de la Doble Hélice, distinguió, sin embargo, la familiar silueta de Deimos, que intentaba subir en medio de la multitud que bajaba.

Cassandra, que se había puesto en pie sobre su asiento, muy cerca de Martín, miraba en la misma dirección.

—Síguele —dijo sin volverse hacia él—. Tú puedes ayudarle, yo no. Por favor...

Como una exhalación, Martín se lanzó a través de uno de los corredores laterales que conducían a las escaleras de los palcos. Una marea humana descendía entre gritos y empujones, volviendo prácticamente imposible el avance. De repente, se vio aprisionado entre dos guardias de seguridad de Tharsis.

—¡No se puede subir! —le gritaron—. Desalojo inmediato, ¡inmediato!

Casi sin saber lo que hacía, se coló simultáneamente en las ruedas neurales de los dos agentes, introduciendo en ellas la orden de que lo liberasen. Los dos hombres dejaron de agarrarle, y él pudo continuar su febril ascenso. A pesar de que las escaleras subían solas, él ascendía los peldaños de dos en dos siempre que podía, para ganar tiempo. Poco a poco, dejó de cruzarse con los aterrados espectadores que bajaban. Ya no quedaba nadie arriba... Nunca había pensado que aquella doble hélice de cristal fuese tan alta. Al mirar hacia la parte superior, ni siquiera veía ya a Deimos... Se preguntó qué era lo que había llevado a su amigo a emprender aquel ascenso enloquecido. Quizá había visto al agresor de Diana... No podía ser otra cosa. Era obvio que él había sentido el ataque un instante antes de que se produjera. Gracias a eso, había podido saltar al estrado y salvar a la joven presidenta de Uriel... Pero ¿habría llegado a reconocer al atacante? ¿Hiden, quizá? No, no podía ser Hiden. Estaba demasiado quieto cuando lo vio en su palco, después de los primeros disparos...

Deimos había sentido el ataque. Ahí estaba la clave. Su cerebro luchaba por



encontrar la respuesta que subyacía bajo aquel presentimiento. Deimos lo había sabido un instante antes... porque su cerebro se había conectado con el del agresor... porque el agresor era su hermano, Aedh.

De repente, llegó al final de la escalera, a la pirámide-mirador que formaba la cúspide de la doble hélice. Algunos de los paneles de cristal que la integraban se habían retirado para ofrecer una mejor perspectiva del paisaje. La microatmósfera cálida que circulaba entre el edificio y la transparente tienda exterior entraba a ráfagas por aquellas ventanas, enredándose en sus cabellos y en su túnica blanca. Allí arriba no había nadie... Deimos parecía haberse volatilizado, y tampoco se veía ni rastro de Aedh. Solo la oscura e imponente silueta del monte Olimpo, cerniéndose sobre el edificio como una pétrea noche... y, al otro lado, el abismo, la pared vertical de roca que descendía siete mil metros en el vacío luminoso del cielo.

En ese momento, Martín oyó una voz interior, que, como antes, tenía el timbre inconfundible de la de Casandra.

«Entra en el cilindro de acero, toma el ascensor dieciséis, pulsa el botón correspondiente a la planta trescientas veinticuatro, desciende», le ordenó la voz.

Sus ojos buscaron la entrada desde la pirámide a la barra interior metálica. Allí estaba... Corrió hacia ella, y una vez dentro recorrió jadeante el corredor circular hasta dar con la puerta del ascensor dieciséis. La encontró abierta, por fortuna... Inmediatamente se introdujo en el ascensor, pulsó el botón que le había indicado la voz y cerró los ojos. Mientras el aparato comenzaba a descender, se preguntó si Deimos habría oído la misma voz en su interior... Luego, se sumió en un repentino estado de relajación, tan profundo que casi se parecía al sueño. Sin saber por qué, sus pensamientos volaron hacia el Tapiz de las Batallas, hacia las revelaciones que le había hecho el holograma de su padre respecto a los Caballeros del Silencio. Dominar el tiempo a través de la conciencia; una idea inquietante... Maquinalmente, se llevó la mano a la empuñadura de la espada que llevaba al cinto. Una espada ritual, para combates entre caballeros. Una espada extraña, casi mágica, que no había llegado a dominar a pesar de todas sus sesiones de entrenamiento... Y muy pronto, lo supo de repente con absoluta certeza, se vería obligado a utilizarla.

Cuando el ascensor se detuvo, había perdido por completo la noción del tiempo. Antes de abrir los ojos, oyó el deslizamiento de la puerta y sintió una oleada de luz y calor sobre su rostro. Por fin se decidió a despertar los párpados. Frente a él, una esfera de gigantescas dimensiones se erigía en el centro de una imponente caverna de basalto, deslumbrante y fantasmagórica. La esfera de Dédalo. Quizá el agresor de Diana hubiese escapado por allí... Sin pensárselo dos veces, dio la vuelta a la esfera en busca de una entrada. No tenía llave del tiempo, pero si la esfera se había activado hacía poco, quizá el agujero de gusano aún siguiese abierto...

Por fin encontró la puerta, y vio la perla gigante que flotaba en el interior de la esfera, inmóvil y espectral como el fragmento de un sueño. Iba a traspasar el umbral



cuando, de pronto, le llamaron la atención unas voces que venían del exterior de la cueva. Desde donde se encontraba, no podía oír lo que decían, pero era obvio que se trataba de una discusión, y tras prestar atención durante unos segundos reconoció la voz de Deimos. Procedía de una plataforma de roca que sobresalía en el exterior de la gruta, colgada directamente sobre el vacío... Avanzó cautamente a través del suelo irregular de la cueva, siguiendo la dirección de las voces. La parte más amplia de la plataforma, acristalada y brillantemente iluminada por la luz de la tarde, se encontraba vacía. A su derecha, la plataforma viraba, haciéndose más estrecha y desembocando en una especie de terraza rocosa exterior a través de una puerta de cristal. Normalmente, supuso Martín, aquella puerta estaría convenientemente sellada para mantener intacta la atmósfera presurizada del edificio, pero en aquella ocasión, gracias a la tienda exterior que se había colocado para la ceremonia, aquella puerta y otras muchas similares distribuidas por toda la torre podían permanecer abiertas sin ningún peligro. Y al otro lado, muy cerca el uno del otro, estaban Deimos y Aedh. El primero seguía llevando la blanca túnica que había vestido durante la ceremonia, pero se había despojado de su coraza, quizá para correr con mayor facilidad. Aedh, por su parte, llevaba un mono de tejido mimético negro que solo dejaba al descubierto un pequeño círculo de piel alrededor de ambos ojos. Un traje de camuflaje... Deimos debía de haberlo desactivado con un dispositivo electrónico de interferencias. Siempre llevaba uno encima desde el día en que Aedh logró introducirse en Arendel con uno de aquellos trajes, dispuesto a aprovechar la primera oportunidad que se le presentase para hablar cara a cara con su hermano.

Y ahora, en efecto, esa oportunidad por fin había llegado. Una vez desenmascarado, Aedh no parecía tener la menor intención de huir; al contrario... Le hablaba a su hermano en un tono ansioso y persuasivo, contento, al parecer, de tener una ocasión para discutir a solas con él.

Martín se pegó a la roca y observó en silencio a los dos hermanos. Ambos estaban tan enfrascados en la conversación que mantenían, que ni siquiera advirtieron su presencia.

—Tú la has oído, Aedh —decía Deimos—... La has oído... Eran las palabras de Uriel. A estas alturas, ya no puedes dudar de que es ella.

—No eran exactamente las palabras de Uriel —repuso Aedh en tono paciente—. Se parecían... Todo esto no es más que una monumental impostura. Tendrías que haberme dejado eliminarla.

Deimos miró a su hermano con horror.

—¿Eliminar a Diana? ¡Ella es el origen de todo! ¿Cómo es posible que no te des cuenta?

—Diana es una mujer. ¿Has oído los rumores que corren acerca de su pasado? Ha cometido muchos errores en su vida... Confundirla con Uriel es una blasfemia.

El horror del rostro de Deimos había dejado paso a una profunda expresión de



lástima.

—Todos los seres humanos cometemos errores —dijo lentamente—. Pero eso no significa que no podamos hacer nada bueno... ¿Por qué te cuesta tanto admitir que toda la belleza de Arete procede del entusiasmo y la inteligencia de una persona de carne y hueso? ¿Qué tiene eso de malo?

Aedh lo miró con tristeza.

—¿Y tú me lo preguntas? No me digas que para ti ha sido fácil...

Deimos calló durante unos segundos.

—No, no lo ha sido —admitió por fin—. Era más cómodo creer que alguien cuidaba de nosotros, alguien más fuerte y perfecto que cualquier hombre... Entiéndeme, no estoy diciendo que no sea así. Quizá exista ese alguien, lo llamemos como lo llamemos: Dios, el Universo, la Suprema Conciencia... Pero ese alguien no es Uriel. Uriel es solo una persona, con todas sus imperfecciones y todas sus pequeñas virtudes. Y ella nunca ha pretendido lo contrario... Piensa en el significado profundo de sus enseñanzas: ella nunca ha dicho: «debéis obrar bien porque yo, que soy más poderosa y sabia que vosotros, os lo ordeno». Lo que dice es: «Debéis obrar bien porque es propio de los hombres libres obrar bien; y vosotros sois hombres libres, que no teméis a la libertad, que no teméis enfrentaros a los hermosos y sobrecogedores misterios del universo».

Aedh se arrancó con un gesto de fatiga el verdugo que ocultaba casi todo su rostro. Se había cortado los cabellos, y estaba muy delgado. Ya no se parecía tanto a Deimos como antes.

—Es horrible; te has vuelto como ellos —musitó, mirando a su hermano con repugnancia—. Interpretas las palabras de Uriel como podría hacerlo un hombre del siglo XXII, como si hubieses olvidado todo lo que aprendimos en nuestra infancia, en nuestra adolescencia, todo lo que nos enseñaron los perfectos...

—No es verdad, Aedh —le contradijo Deimos mirándole con gravedad—. Interpreto las palabras de Uriel como un hombre libre, nada más. Eso también nos lo enseñaron en nuestra infancia, ¿recuerdas? Crecimos entre los ictios...

Aedh escupió en el suelo.

—Los ictios... Un atajo de salvajes. No me enorgullezco de llevar su sangre, puedes creerme.

Deimos palideció.

—¿Estás renegando de nuestra madre? ¿Estás escupiendo sobre el legado de Dannan?

Aedh lanzó una desdeñosa carcajada.

—No creo que a Dannan le importe mucho que escupa sobre su legado. Nunca se





ha esforzado por entenderme... Ni tampoco por entender a nuestro padre. Así que no me vengas con sentimentalismos.

Deimos parecía hondamente apesadumbrado por lo que acababa de decir su hermano.

—Parece mentira que conozcas tan poco a nuestros padres —murmuró—. Entre ellos dos hay mucha más complicidad de la que imaginas... Sus diferencias de criterio en cuanto al significado de Arete no les han impedido amarse. Eso debería hacerte reflexionar; quizá lo que tú estás viviendo como una revelación trágica no sea, en el fondo, tan terrible, ni siquiera para un perfecto como nuestro padre.

Aedh sonrió con desprecio.

—¿Y tú qué sabes? —dijo—. Ni siquiera eres un perfecto. Te empeñaste en retrasar la iniciación porque, según tú, tenías algo importante que hacer... Aún me estoy preguntando qué era eso tan importante.

—A mí también me gustaría saberlo —repuso Deimos con acento sincero—. Pero el programa de borrado...

Se interrumpió, desanimado por la mirada suspicaz de su hermano gemelo.

—Esa es otra cosa que no he entendido nunca —dijo Aedh—. ¿Por qué te introdujeron un programa de borrado distinto del mío? ¿Qué era lo que tenías que olvidar? ¿Qué habías hecho, Deimos?

Deimos sostuvo su mirada con firmeza.

—Si lo supiera, en este momento creo que no te lo diría —dijo—. Pero, por desgracia, no lo sé.

En ese instante, un ruido a sus espaldas le hizo volver la cabeza y descubrir la presencia de Martín. Los dos intercambiaron una breve mirada. Aedh también se volvió imperceptiblemente hacia el recién llegado. Su expresión no delataba ninguna sorpresa. Probablemente había detectado su presencia mucho antes.

—Tu amigo ha venido a ayudarte —dijo con ironía—. O, a lo mejor, es que tiene miedo de que logre convencerte para que vengas conmigo... Eso no te gustaría, ¿verdad, Martín? Daría al traste con tu bonita misión heroica... Y tú te has metido en tu papel hasta tal punto, que no puedes soportar la idea de tener que seguir viviendo como una persona normal, sin pena ni gloria.

—Estás completamente equivocado —dijo Martín tranquilamente.

—Deja en paz al chico —le interrumpió Deimos—. Él no te ha hecho nada... Ninguno de ellos te ha hecho nada. ¿Por qué te empeñas en perseguirlos? Vi cómo le disparabas también a él... ¿Qué crees que vas a conseguir si ellos mueren?

Aedh miró sombríamente a su hermano.

—Ellos te han corrompido —siseó—. Sobre todo esa mocosa medio loca... ¿Es que



has olvidado quiénes son? ¡Hay que acabar con ellos, Deimos, son nuestros enemigos!

Deimos lo miró escandalizado.

—Pero ¿qué estás diciendo? —preguntó con voz trémula—. Nuestra misión consistía en vigilarlos, no en acabar con ellos. Y yo no los veo como enemigos... En cambio, tú los odias, los odiaste desde el primer momento, aunque nunca he conseguido comprender por qué.

Aedh dio unos pasos hacia su hermano, impaciente.

—Yo no los odio, Deimos. Pero he comprendido que pueden convertirse en un peligro para nuestro mundo, para todo aquello que hemos logrado construir... Mi deber como perfecto es proteger ese mundo, y por eso haré cualquier cosa con tal de impedir que ellos regresen con los ictios.

Deimos seguía mirándolo con fijeza.

—No es eso, Aedh —murmuró despacio—. Tú quieres eliminarlos... Por su culpa has tenido que enfrentarte con una verdad que habrías preferido ignorar. Y eso no puedes perdonárselo.

Aedh sonrió de un modo ambiguo.

—Te equivocas, te equivocas por completo —repuso en tono persuasivo—. Yo solo quiero cumplir con mi deber, y tú deberías hacer lo mismo. Estamos juntos en esto, ¿es que lo has olvidado? A mí ellos no me interesan en absoluto, hermano, solo quiero impedir que regresen. Y ahora puedo lograrlo sin hacerles daño. Mira, tengo su llave... Te ofrezco un trato, Deimos. Sé que te has encaprichado con la chica, y que no quieres que sufra. Yo no tengo nada contra ellos, de verdad. Solo quiero que dejen de enredarlo todo. Hace un momento me dio por mirar la llave esa, la llave de los ictios... Ha empezado a cambiar. Recuerda lo que nos dijo el príncipe Ashura. El estaba convencido de que los ictios habían programado tres misiones, y de que la última era la más importante... Iremos los dos. Ellos podrán volver con sus padres y reanudar la vida que llevaban antes de que Dédalo los cogiera. Hiden ha hecho un pacto con Diana, no los molestará... Y yo, mientras no tengan la llave del tiempo, tampoco. Lo único que quiero es que no regresen a nuestra época y siembren el miedo y la confusión. Lo que hagan aquí me trae sin cuidado... Ven conmigo a cumplir la tercera misión, y olvidémonos de ellos. La chica no correrá ningún peligro, te lo prometo. Es una solución razonable para todos.

Deimos pareció meditar un momento la propuesta de su hermano antes de responder.

—Es una solución razonable, Aedh; pero no es la mejor lijo por fin—. La misión es de ellos, no nuestra. No tenemos derecho a impedirles que lleguen hasta el final. Lo más que podemos hacer es ayudarles... Estás equivocado con respecto a ellos, hermano. No suponen ningún peligro para Areté, al contrario. «La verdad nunca



hace tanto daño como la mentira», ¿recuerdas? Lo dice el *Libro de Uriel*.

—¡Pero la verdad no puede ser comprendida por aquellos que no han sido iniciados en la «Senda de la Perfección»! ¿Es que no te das cuenta? Debemos ser nosotros los que llevemos esa verdad al Maestro de Perfectos. El sabrá cómo debemos actuar.

Deimos clavó en su hermano una mirada llena de desánimo. Se daba cuenta de que ninguno de sus argumentos le haría renunciar al plan que se había trazado.

Lentamente, desenvainó su espada y la sopesó entre sus manos. Luego, sin previo aviso, la arrojó a los pies de Aedh.

—Te desafío a un combate ritual —dijo con voz firme—. La espada de nuestro padre a cambio de la llave del tiempo. Si la verdad está de tu lado, me vencerás y te quedarás con la espada y con la llave. Pero, si venzo yo, sabrás que te has dejado cegar por el error, y me entregarás la llave de los ictios. La espada no miente, dejemos que ella decida. ¿Qué te parece?

Aedh miraba fascinado la espada que yacía a sus pies.

—Acepto —murmuró.

Sin pensar en lo que hacía, Martín se interpuso entre los dos hermanos.

—Pero ¿qué vais a hacer? —gritó—. ¿Os habéis vuelto locos? ¿Vais a pelear a muerte por una diferencia de opiniones? No lo permitiré, es un disparate...

—Tranquilízate, Martín —le interrumpió Deimos en tono severo—. No sabes de qué estás hablando... No se trata de un combate a muerte, sino del «ritual del silencio». Quienes se mienten a sí mismos no pueden dominar la espada como aquellos que se atreven a enfrentarse con la verdad, de modo que la victoria será para quien la merezca.

—Pero, Aedh... ¿Aceptará el resultado?

—Soy un perfecto —replicó el aludido, indignado—. Siempre he combatido con honor.

—Déjame tu espada, Martín —dijo Deimos, sin apartar la vista de Aedh—. Yo combatiré con ella.

—Pero, si Aedh combate con la espada de tu padre, llevará ventaja... Él conoce su nombre y puede dominarla, mientras que tú no puedes dominar la mía. No sería justo...

—Yo cuento con una ventaja mucho más decisiva: la verdad. La verdad es más poderosa que ninguna espada, puede atravesar el acero y quebrar la resistencia de la más recia armadura. Recuérdalo siempre, Martín... Ocurra lo que ocurra, recuerda esto: todo tiene un sentido, y antes o después la verdad siempre triunfa. Ahora lo sé, y en ese conocimiento está mi fuerza.



Martín miró a su amigo a los ojos y sintió que la piel se le erizaba. La emoción de su tono parecía contradecir el optimismo de sus palabras. Pero su determinación era inquebrantable...

Martín desenvainó su espada y se la tendió. Los dos hermanos se colocaron en posición de ataque, Deimos con su túnica blanca de Caballero del Silencio, Aedh con su traje mimético desactivado, completamente negro. Lentamente, alzaron las espadas... Ambos descendieron a la vez su primer ataque sobre el adversario, sin llegar siquiera a rozarse. Después, todo sucedió muy deprisa. Los dos hermanos se movían con una rapidez asombrosa, esquivando los golpes del rival mediante saltos y movimientos extrañamente acrobáticos.

Aedh cambiaba su espada continuamente de mano, atacando tan pronto desde arriba como desde abajo, desde la derecha o desde la izquierda. Deimos, por su parte, no se limitaba a rechazar los golpes, sino que descargaba continuas estocadas sobre la espada de su adversario. Las dos hojas chocaban continuamente, soltando una nube de chispas. En algunos momentos, los caracteres grabados en su acero adquirirían un brillo incandescente, como si fuesen de fuego... Sin embargo, ambos jóvenes desaprovechaban una tras otra las oportunidades que se les presentaban de herir a su rival. Martín tardó un buen rato en comprender que lo hacían deliberadamente, pues el objetivo del combate ritual no era matar al enemigo, sino desarmarle. Pese a todo, la fuerza de los golpes era tal, que tanto Deimos como Aedh caían a veces, desequilibrados por la violencia del ataque recibido. Sin embargo, siempre lograban levantarse a tiempo para evitar el golpe definitivo, y ninguna de aquellas caídas parecía restarles agilidad. La concentración de los dos hermanos era tan intensa que ambos se movían como en un sueño, completamente ajenos a lo que les rodeaba. Ambos habían olvidado la presencia de Martín, que asistía al combate con el alma en vilo, observando aterrado cómo los dos contrincantes peleaban cada vez más cerca del borde de la plataforma, sin darse cuenta, al parecer, del peligro que corrían.

—¡Cuidado! —gritó—. ¡Alejaos del precipicio, os vais a caer!

Pero ni Aedh ni Deimos reaccionaron a su advertencia. Parecían combatir en otro mundo donde solo existían ellos dos y sus espadas. En sus cerebros no había sitio para nada más... Sus ataques eran cada vez más furiosos, sus expresiones más coléricas. Se acercaban más y más al borde del abismo,

Deimos avanzando hacia delante, Aedh retrocediendo, de espaldas... De pronto, Aedh dio un paso en falso y cayó hacia atrás. Deimos, al darse cuenta, arrojó instantáneamente su espada al suelo y se precipitó en ayuda de su hermano, tendiéndole ambas manos... El joven se aferró a una de ellas con la única mano que le quedaba libre, ya que en su derecha seguía sosteniendo la espada de su padre. Un instante más y habría caído... Agradecido y furioso al mismo tiempo, permaneció unos segundos colgado del precipicio, mirando a Deimos. Este tiró de él con todas sus fuerzas, y, después de un par de intentos fallidos, consiguió izarlo de nuevo



hasta la plataforma. Pero en cuanto estuvo arriba, Aedh se desasíó con violencia, avergonzado. No calculó la fuerza de su rechazo... Deimos, agotado por el esfuerzo que acababa de hacer para salvar a su hermano, rodó aturdido por el suelo y cayó al abismo. Martín corrió hacia el borde de la plataforma, horrorizado. En sus oídos resonó un largo grito inarticulado, cada vez más débil y lejano... Luego, nada. Aedh, que se había sentado en el suelo para recuperarse, miraba a Martín sin comprender. No había visto caer a su hermano... La mirada desencajada de Martín le hizo volverse con brusquedad hacia el abismo. Deimos no estaba, no volvería a estar nunca. Los dos se asomaron al borde de la plataforma, suspendida a seis mil quinientos metros de altura sobre la llanura de Daedalia, en aquel momento oculta bajo una espesa capa de nubes amarillentas. Nadie podía sobrevivir a una caída como aquella... Deimos, tan joven, tan noble, tan vivo hacía apenas unos instantes, tan seguro de su verdad, había muerto. Aedh se volvió lentamente hacia Martín, y él no rehuyó su terrible mirada: era la mirada más desesperada que había visto jamás, y también la más venenosa. Estaba llena de odio, de un odio salvaje e irracional...

Martín se forzó a enfrentarse con aquella mirada sin desviar la suya. Era lo menos que podía hacer. Al fin y al cabo, Aedh tenía buenas razones para odiarle. Su hermano había muerto por su culpa... Había muerto defendiendo su causa.

Aedh se inclinó a coger la espada de Martín, y por un momento este creyó que iba a atacarle con ella. Sin embargo, lo que hizo el joven fue arrojársele a sus pies, mientras una enloquecida sonrisa de desprecio a floraba a sus labios.

—Una verdad por otra verdad, y una vida por otra vida —dijo con una calma sobrecogedora—. Si sabes lo que es la dignidad, lucha... Al menos, demuestra que mi hermano no murió por defender a un cobarde.

Martín se agachó a recoger su espada, sintiendo cómo todos sus músculos se ponían en tensión. Aedh quería luchar por Deimos... Él también. La verdad de Deimos era la misma en la que él creía, y Deimos había dicho que la verdad terminaría venciendo. Así pues, tenía que luchar. Tenía que demostrarle a Aedh que estaba equivocado. Era lo que Deimos habría querido... Y no había otra forma de conseguirlo, aparte de la espada.

Sin esperar a que adoptara la posición de ataque, Aedh descargó un primer golpe furioso contra él. Martín lo esquivó como pudo y atacó a su vez, empleando uno de los lances que había practicado con Erec en los últimos días de su adiestramiento. Pero Aedh era un combatiente muy diestro, casi tanto como su hermano. A pesar de que el golpe había sido ejecutado a la perfección, lo rechazó sin ninguna dificultad, y luego, adivinando la intención de Martín de cambiar la espada de mano, atajó el nuevo ataque antes incluso de que se produjera, inmovilizando el brazo de Martín con la hoja de su propia espada.

Apoyándose en el arma de su contrincante, Martín se impulsó hacia atrás y trató de pensar rápidamente. No quería herir a Aedh, únicamente desarmarle; sin



embargo, desde el primer momento Aedh había dejado claro que, para él, aquello no era ya un combate ritual, sino una pelea a vida o muerte. Quería matarle, y él tenía que impedirsele sin hacerle daño, tenía que hacerle comprender que se había equivocado con él, que Deimos no había muerto en vano...

Todos aquellos pensamientos atravesaron su mente a la velocidad del rayo. Un nuevo ataque de Aedh le hizo perder el equilibrio y tambalearse; tuvo que retroceder unos pasos para no caer... Alentado por aquella muestra de debilidad, Aedh descargó una rápida estocada sobre su costado, que estuvo a punto de rozarle. Inmediatamente, otro golpe le obligó a desviar el brazo para protegerse, dejando su pecho al descubierto. Tenía que hacer algo en seguida, Aedh estaba cobrando demasiada ventaja... Concentrándose al máximo en la mirada de su rival, trató de introducirse en sus implantes neurales para poder anticiparse a sus ataques, pero se sintió rechazado por una especie de muralla de oscuridad, espesa e infranqueable. Al mismo tiempo, notó que Aedh intentaba colarse en su propio cerebro, y tuvo que emplear toda su energía para impedirsele. El esfuerzo le dejó agotado, tanto que, por un momento, pensó que no sería capaz de detener el siguiente golpe. Cuando, pese a todo, logró esquivar la espada de su adversario, él mismo se sorprendió. Por un momento, tuvo la impresión de que la espada de Aedh iba a volatilizarse en el aire, e instintivamente giró la suya hacia la izquierda y hacia arriba, intuyendo que aquel era el mejor movimiento. Sin embargo, contra lo que había imaginado, la espada rival no se desvaneció ni se movió en la dirección que él esperaba, de modo que su propia hoja, al no encontrar el obstáculo que había anticipado, pasó rozando el hombro de su enemigo. Este saltó hacia atrás, furioso. El desgarró de su traje dejaba al descubierto un largo arañazo ensangrentado... Lleno de rabia, Aedh cargó contra Martín con la evidente intención de alcanzarle directamente en el corazón. Su espada desapareció unos instantes, y luego se materializó muy cerca del joven, con la punta prácticamente sobre su pecho. El muchacho dio un par de pasos atrás, acercándose de modo peligroso al borde del precipicio. De pronto, el cielo se oscureció bruscamente, como si algo estuviese obstaculizando los rayos del sol. Martín miró hacia arriba, desconcertado. Un eclipse... Aquel instante de distracción fue suficiente para que Aedh le sorprendiese con un violento golpe en la muñeca que le hizo soltar la espada. Esta rebotó en una piedra, justo al borde de la plataforma, y luego cayó al abismo, mientras su dueño, desequilibrado, se desplomaba en el suelo.

Era el final. Martín alzó la mirada hacia su adversario, consciente de que no se conformaría con aquella victoria formal y de que seguiría atacándole hasta matarle. A Aedh le sorprendió la ausencia total de miedo que se leía en aquella mirada. La sonrisa triunfal que iluminaba su rostro se fue borrando poco a poco. Con lenta deliberación, alzó su espada para el golpe definitivo. Martín reconoció en su ademán el «Lance de la Hiena», una maniobra que había practicado varias veces con el holograma de Erec. Pero ahora no tenía un arma para defenderse, y el ataque era real... En un instante, la puntiaguda hoja de Aedh le atravesaría el cuello y todo habría terminado.





Entonces sucedió algo incomprensible. Justo en el momento en que estaba a punto de alcanzarle, la espada de Aedh desapareció, dejando una estela de signos de fuego flotando en el aire. Ante la mirada atónita de su adversario, aquellos símbolos incandescentes atravesaron el cuello de Martín sin hacerle el menor daño.

Aedh se inclinó sobre él, fascinado por el sobrecogedor espectáculo. En ese instante, Martín sintió un cosquilleo en los dedos, y un momento después estos se curvaron de modo instintivo sobre la sólida empuñadura de una espada que parecía haber surgido de la nada. No; de la nada no; era la espada de su padre, y había regresado del abismo...

Un grito ahogado le hizo mirar hacia arriba. La hoja de la espada que acababa de materializarse ante sus ojos estaba clavada en el vientre de Aedh. Este lo miraba con ojos vidriosos. Su boca se abrió levemente, imprimiendo a todo su semblante una ingenua expresión de asombro.

Martín soltó la espada, aturdido. De los labios de Aedh brotó un murmullo ininteligible mientras caía hacia delante. Martín, incorporándose con esfuerzo, se arrodilló a su lado. Aedh había conseguido darse la vuelta. Con las pocas fuerzas que le quedaban, tiró con las dos manos de la empuñadura de la espada y logró sacársela del abdomen.

Los ojos de los dos rivales se encontraron.

—La espada de tu padre está rota —murmuró Aedh, respirando con dificultad—. Se ha roto lo irrompible.

Martín siguió la dirección de la mirada de su enemigo. Era cierto; a la cruz de su espada le faltaba un fragmento.

—Eso no importa ahora, Aedh —repuso en un susurro—. Resiste un poco, voy a buscar ayuda... Te traeré un médico, todo se arreglará.

Aedh alzó la mano, indicándole que se callara.

—Ya es tarde para eso. Tienes que huir —le exigió—... En cuanto yo muera, mi llave lo detectará y hará saltar la esfera en pedazos. Vete, antes de que sea demasiado tarde...

—No pienso dejarte aquí —dijo Martín con firmeza—. No vas a morir...

—Toma... tu llave —murmuró Aedh con voz entrecortada.

Se sacó trabajosamente de un bolsillo interno del traje el pequeño objeto que le había robado a Alejandra durante su visita nocturna a Arendel.

—«La verdad... nunca hace tanto daño como la mentira»... Deimos tenía razón —dijo, sonriendo.

Una mueca de dolor contrajo su rostro.

—No te he sentido entrar en mi mente —dijo, asiendo a Martín por la muñeca—.



¿Cómo has conseguido dominar mi espada?

Martín sintió una oleada de calor en el rostro. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para retener las lágrimas.

—No lo he hecho —contestó—. Ni siquiera sé cómo ha aparecido la mía...

Aedh le miró de un modo muy extraño. En sus ojos había una incomprensible mezcla de amargura e ironía. También había asombro, un asombro dolido, según le pareció a Martín. Pero el joven estaba cada vez más débil, y pronto ni siquiera tuvo fuerzas para sostener por más tiempo aquella mirada.

—«Le atravesará el fuego de la espada, pero su hoja no le dañará...», pronunció en un tono cavernoso, como si se tratase de un delirio.

Martín pasó un brazo por debajo de su cabeza e intentó incorporarlo. Sus ojos volvieron a encontrarse.

—Siempre creí que el destino me tenía reservadas grandes cosas —continuó Aedh, pronunciando cada palabra con gran dificultad—. Que sería un gran héroe... Quizás el mayor de todos, aquel llamado a contemplar a Uriel más allá de la Puerta de Caronte. Pero estaba equivocado... Ahora sé que solo he sido un loco y un asesino.

—Tienes que dejarme que llame a un médico —murmuró Martín, ahogando un sollozo.

—¿Para qué? Ya es tarde. Deberías huir, todo estallará media hora después de que yo...

Dejó de hablar y cerró los ojos, tratando de sobreponerse al dolor.

—Protege la llave —dijo, con una voz casi ininteligible—. Ahora sé que debes tenerla. No dejes que Hiden la toque.

—No te preocupes —repuso Martín con firmeza, a pesar de las lágrimas—. No la tocará.

En ese instante, el sol salió de detrás del mayor de los satélites marcianos, devolviendo al cielo la luminosidad dorada de la tarde.

—Vuelve para ti el carro del sol —dijo Aedh, tratando de sonreír—. Así es como debe ser...

La presión de su mano sobre la muñeca de Martín se aflojó hasta extinguirse por completo. Martín tomó aquella mano exangüe entre la suyas y la depositó delicadamente sobre el pecho del joven moribundo.

Antes de cerrar los ojos por última vez, Aedh volvió a clavarlos en los de su rival. Esta vez ya no había asombro en ellos, sino una desconcertante calma.

—Adiós, Martín —dijo, dedicándole una postrera sonrisa—. Al fin he comprendido... Yo te saludo, Auriga del Viento.



## Capítulo 19. La carta

La brisa húmeda del mar azotaba sin piedad las palmeras de Biblis. Diminutas gotas de aguanieve danzaban en ella sin llegar jamás a posarse en el suelo. La arena rosada de la playa exhibía la misma franja húmeda que de costumbre, siempre de la misma anchura, lamida una y otra vez por las olas. No había mareas en Marte... Al menos, no como las de la Tierra. Era asombroso cómo se podía llegar a añorar algo tan insignificante como el lento ritmo de las mareas.

—No quiero volver todavía —decía Casandra, mirando con ojos inexpresivos a través de la ventana del hotel—. Diana me ha prometido que harán un último intento por encontrar el cuerpo. Quiero quedarme hasta que den con él... Quiero volver con él a la Tierra.

Ella misma se daba cuenta de lo absurdo de sus palabras, pero insistía en pronunciarlas una y otra vez, con exasperante monotonía.

—También te ha dicho que las probabilidades de encontrarlo son mínimas —le recordó suavemente Alejandra—. La explosión se propagó por el material de la tienda como una onda, hasta el fondo del precipicio... No encontrarán más que fragmentos carbonizados. Sé que es muy duro, pero tienes que aceptarlo.

Casandra la miró colérica.

—Para ti es fácil hablar —le espetó—. Tú tienes aquí a Martín, y además toda esta historia no tiene nada que ver contigo. ¿Por qué no intentas ponerte en mi lugar aunque solo sea por un momento? No quiero irme, y no me iré.

—Estás siendo injusta con Alejandra —dijo Martín, que llevaba callado toda la tarde—. Ella no te ha hecho nada, solo está intentando ayudarte.

Casandra iba a responder con acritud, pero el intenso sufrimiento que reflejaba el rostro de Martín le hizo cambiar de idea.

Jacob, que llevaba un buen rato estudiando un mapa holográfico del sudeste asiático, levantó la cabeza y miró gravemente a Casandra.

—Oye, Deimos pensaba que lo que estamos haciendo es importante —dijo—. Él habría querido que cumpliésemos la última misión de la llave. Aedh te dijo que era la última, ¿verdad? —preguntó, mirando a Martín.

Este asintió con gesto cansado.

—Dijo que eso creía el príncipe no se qué, sí. Que era la última y la más importante.

—¿Lo ves? —Continuó Jacob—. Nuestro deber es seguir adelante, ahora más que



nunca. Aquí ya no tenemos nada que hacer: la epidemia está controlada, y, gracias a Diana, Hiden no podrá hacerle daño a nadie durante una buena temporada. Y eso nos incluye a nosotros... Hay que aprovechar la oportunidad.

Sus palabras eran completamente razonables. Sin embargo, en las miradas que Alejandra y Selene le dirigieron había un infinito reproche.

—Podrías ser un poco más sensible —le dijo Alejandra—. ¿Es que no te das cuenta de lo que está sufriendo?

Jacob se encaró con ella.

—No, no me doy cuenta —dijo, desafiante—. Tuve que activar ese maldito programa para salvaros a todos... No es culpa mía si ahora veo las cosas de otra manera.

Cassandra hizo un vago gesto con la mano, indicando que no valía la pena discutir.

—Pero ¿por qué La Ciudad Roja? —se preguntó en voz alta Selene—. No vamos a conseguir entrar en ella ni en sueños... Cuando le dije a Diana que la llave nos indicaba que fuéramos allí, se puso pálida como la cera.

—El señor Yang, el presidente de Ki, tiene fama de loco —dijo tranquilamente Jacob—. Y, encima, es amigo de Hiden... ¡No lo vamos a tener fácil!

—Lo haréis muy bien, estoy segura —dijo Cassandra, que seguía mirando el mar violeta a través de la ventana—. Y no me necesitáis a mí para nada. Ahora que Jacob ha multiplicado sus poderes mediante el programa de borrado de memoria, puede suplirme a mí perfectamente.

—¿Por qué no lo haces tú? —sugirió Jacob de repente.

—¿Hacer qué? —preguntó Cassandra sin comprender.

—Activar el programa... ¿No sería lo mejor? Estás sufriendo porque echas de menos a Deimos. Activa el programa, y tus sentimientos desaparecerán... ¡Es muy sencillo, solo tienes que proponértelo! Además, nos vendría muy bien...

Jacob la miraba sonriendo, orgulloso de la brillante idea que se le había ocurrido. Pero las furibundas miradas que le lanzaron todos bastaron para congelar en seguida su sonrisa.

—¿De verdad crees que me gustaría olvidar a Deimos para no sufrir? —preguntó Cassandra con los ojos llenos de lágrimas—. ¡Prefiero mil veces sufrir y quedarme con su recuerdo! ¿Cómo se te ocurre siquiera proponerme algo así? ¡Desde luego, se nota que tú nunca...!

Se interrumpió al notar la mirada profundamente triste de Selene.

—No se lo reproches —dijo esta, tratando de dominar el temblor de su voz—. Él no tiene la culpa.

Jacob le sonrió con gratitud, y ella, haciendo un esfuerzo, le devolvió la sonrisa. Al



menos Jacob seguía allí, pensó Casandra con amargura. Había olvidado lo que sentía por Selene, pero, algún día, podría volver a sentir lo mismo. Tenían toda la vida por delante... En cambio, a ella no le quedaba nada.

—No iré —repitió una vez más con voz apagada—. Diana me dejará quedarme en Arendel. No molestaré a nadie.

La puerta interactiva de la habitación se iluminó con un mensaje de la recepción del hotel. Al parecer, tenían visita.

—¿Quién puede ser? —dijo Alejandra—. Diana ya se ha vuelto a Arendel, y Herbert dijo que no vendría hasta mañana...

—Pídale que se identifique —rogó Martín a través de la interfaz sensible de la puerta.

Unos segundos después, el bello y expresivo rostro de Jade apareció en su superficie. Detrás, se veía la chaqueta de cuero de Detroit.

—Dejadme subir de una vez —exigió la joven con impaciencia—. Traigo un mensaje para vosotros.

Martín pronunció la orden de apertura de la puerta e invitó a los dos visitantes a subir. Unos minutos más tarde, los vieron aparecer en el umbral. Detroit tenía el mismo aspecto salvaje de siempre, y, en cuanto a Jade, era evidente que no se encontraba en su mejor momento. Dos medias lunas moradas se habían instalado bajo sus ojos, y un par de pequeñas arrugas verticales afeaban su despejada frente.

—No nos hemos visto desde... Desde la conferencia de Diana —dijo a modo de saludo—. Supongo que no pensaríais partir sin despediros...

Martín alzó los ojos hacia ella, intentando concentrarse en sus palabras.

—Aún no sabemos siquiera cuándo nos vamos —dijo a modo de disculpa—. Ahora que Hiden ya no puede perseguirnos, Herbert nos ha ofrecido pasajes en un vuelo convencional. Espero que no te importe...

—Sí, sí... todo eso ya lo sé —le interrumpió Jade, cortante—. Hablé con Herbert ayer por la noche. Quería contarle algo que he averiguado... Hablamos de la Ciudad Roja.

—¿Te contó que tenemos que ir allí? —preguntó Jacob, sorprendido de que Herbert se hubiese decidido a confiar un secreto como aquel a alguien como Jade.

—Me lo dijo, sí. Pero solo después de que yo le contase lo de la madre de Martín.

Por primera vez desde la muerte de los dos hermanos, Martín puso toda su atención en las palabras que acababa de oír.

—¿Qué pasa con mi madre? —se apresuró a preguntar.

Jade le miró de un modo extraño.



—Nada —dijo—. Llamé a Herbert para decirle que la había localizado... Precisamente, está en la Ciudad Roja. Cuando encontramos el mensaje de Andrei Lem, estuve haciendo gestiones para hacérselo llegar, por si no había recibido el original. Pero no daba con ella... Hace un par de días, por fin, tuve noticias suyas. Incluso pude hablar por holoconferencia con ella... Parece ser que el mensaje sí había llegado a sus manos, y que, siguiendo las instrucciones de su marido, decidió instalarse en la Ciudad Roja.

—¿Y cómo lo ha conseguido? —preguntó Martín asombrado.

—Tu madre es una de las mejores guionistas de juegos del mundo —contestó Jade—. Me figuro que el señor Yang se habrá puesto como loco de contento al saber que quería trabajar para él.

—Pero... ¡eso puede sernos de gran ayuda para entrar en la ciudad! —dijo Jacob—. Con tu madre dentro, todo será muy fácil...

Detroit y Jade intercambiaron una mirada.

—Te equivocas, Jacob —dijo Jade—. Es verdad que la presencia de la madre de Martín facilitará las cosas, pero eso no implica que lo tengáis todo hecho. Nadie entra en la Ciudad Roja si no es por una buena razón... Y no me refiero a razones personales, por supuesto. Tiene que ser una buena razón desde el punto de vista de la corporación Ki.

—Entonces, ¿cómo vamos a hacerlo? —preguntó Selene, desalentada.

—Yo os ayudaré —repuso Jade, sorprendiéndolos a todos.

Cassandra, que desde la entrada de los dos contrabandistas había permanecido pegada a la ventana, mirando la playa con aire ausente, se giró en redondo al oír aquello.

—¿Tú? ¿Ahora quieres ayudarnos? —dijo con rencor—. ¡Vamos, si ni siquiera te caemos bien! Todo lo que hiciste lo hiciste por Deimos...

—Es cierto —admitió Jade sin ninguna turbación—. Y, por Deimos, os seguiré ayudando.

Cassandra siguió mirándola, intensamente ruborizada, mientras la joven extraía un diminuto cristal holográfico y un lector láser de un bolsillo interno de su ajustado corpiño.

—Deimos me dio una carta justo antes de la conferencia de Diana —explicó—. Me dijo que no la abriera a menos que le ocurriese algo. Cuando me enteré de su muerte, me apresuré a leerla... Habla de vosotros, así que supuse que os interesaría.

Sin esperar respuesta, Jade depositó el cristal en la mesa de lectura de la habitación y lo enfocó con el láser. Cuando la imagen fue lo suficientemente precisa, empezó a leer:





Querida Jade:

Te he pedido muchos favores últimamente, y, ahora, voy a pedirte uno más. Será el último... Confío plenamente en ti, y sé que, si estás leyendo estas líneas, es porque ha sucedido lo que tenía que suceder. Te preguntarás cómo lo sé, cómo estoy tan seguro de que todo está a punto de terminar... La respuesta es sencilla: He empezado a recordar. El programa de borrado selectivo de memoria no ha funcionado tan bien como debería haberlo hecho. Muchas de las cosas que habían desaparecido de mi mente han vuelto en los últimos días, como por arte de magia.

Todo es muy complicado, y no hay tiempo para explicaciones. Pídeselas a ellos... A Casandra, Martín y los demás. El caso es que ellos y yo ya nos habíamos encontrado; en mi época, en el futuro. Para mí forma parte del pasado, para ellos todavía no ha sucedido... Fue entonces cuando me enamoré de Casandra. Yo no la conocía, pero ella sí me conocía a mí. Me costó mucho que me lo confesara, pero al final me lo dijo... «Ya te he perdido una vez, y no soporto la idea de que vuelva a ocurrir». Esas fueron sus palabras. Las había olvidado... Y, ahora, han vuelto.

Dile a Casandra que no culpe a Aedh de mi muerte. Ni tampoco a Martín... Dile que todo esto tenía que suceder, y que, aunque me entristece separarme de ella, sé que mi muerte no será inútil. Dile que volveremos a encontrarnos, y que seremos felices, y que viviremos cada minuto que pasemos juntos como si fuese el último. Pero, para que eso ocurra, tiene que seguir adelante... Tiene que ayudar a los demás en la última misión de la llave del tiempo. Solo entonces podrá regresar... Solo entonces podremos volver a vernos. Yo no la recordaré; no la habré visto nunca. Pero ella conseguirá en seguida que la quiera, y la querré mucho...

En cuanto a ti, Jade, sé que no tengo derecho a pedirte nada. Te he decepcionado; a veces incluso creo que te he hecho sufrir. Pero también sé que te gusta jugar, y que todos tus intentos de seducirme tenían mucho de juego para ti. Y estoy convencido de que, en el fondo, a quien quieres es a Detroit...

Esto no debería haberlo leído —se interrumpió Jade, alzando un momento los ojos del cristal para mirar con enfado a su lugarteniente, como si él tuviese la culpa de algo. Luego volvió a la lectura.

Por eso, y a pesar de que no eres tú quien está en deuda conmigo, sino al contrario, me atrevo a pedirte una última cosa. Cuida de ellos, por favor... Sobre todo, cuida de Casandra. Ayúdales en su última misión; estoy seguro de que van a necesitarte. Ahora que he empezado a recordar, creo que Casandra me habló de ello. Creo que mencionó la Ciudad Roja... Sé que es muy peligroso entrar allí, y sé que tú tienes contactos de tu época de jugadora profesional que pueden allanarles mucho el terreno. Te lo ruego una vez más, ayúdales. Te necesitan... Hazlo por mí y por todo lo que hemos vivido juntos.

Jade se quedó unos instantes mirando ensimismada la pantalla de lectura.

—El resto es personal —murmuró después, apagando el láser.

Todos se quedaron callados un buen rato, sin saber qué decir. Casandra miraba a



Jade con insistencia, como si quisiera preguntarle algo y no se decidiera a hacerlo.

Fue Detroit el primero en romper el silencio.

—Todavía tenemos trabajo aquí para un par de semanas —gruñó—. Luego, volveremos a la Tierra. Jade siente nostalgia de los Juegos de Arena... Se le ha metido en la cabeza que quiere entrenar. Se la rifarán como entrenadora, podéis imaginároslo... Incluso ha recibido una oferta de Kokoro para los próximos interanuales.

Martín trataba de ordenar con rapidez sus ideas.

—Eso significa que... —comenzó.

—Que podría estar presente en los interanuales de la Ciudad Roja el próximo año, sí.

Jade había dicho aquello con una sonrisa. Pero sus ojos seguían fijos en Casandra.

—Entonces, ¿vas a ayudarnos? —balbució esta.

—Por supuesto —repuso Jade sin pestañear—. Es lo que Deimos quería... ¿Y tú? —añadió con brusquedad—. ¿Vas a ayudarte a ti misma?

Casandra vaciló, pero fue solo durante una fracción de segundo.

—Por supuesto. Es lo que Deimos quería —dijo, tratando de sonreír.

—Tendréis que explicarme muchas cosas —dijo Jade frunciendo el ceño—. Todo ese jaleo del pasado y el futuro, los viajes en el tiempo y las malditas esferas...

—Te lo explicaremos —aseguró Martín.

Jade le miró un momento con gravedad, y luego se volvió nuevamente hacia Casandra.

—Al menos tú volverás a verlo, si he comprendido bien —dijo.

En su voz no había el menor resentimiento.

—Sí, creo que sí —repuso en voz baja Casandra—. Pero será duro, sabiendo lo que sé...

—¿Que solo estaréis juntos un tiempo, y que él va a morir? ¿Y qué? —preguntó Jade con brusquedad—. Un tiempo es mejor que nada; siempre es mejor que nada... Así que no lo estropees, ¿quieres? Sería una estupidez.

Casandra asintió dócilmente con la cabeza.

—Entonces, ¿has cambiado de opinión? —preguntó Jacob, bastante sorprendido—. ¿Vas a venir con nosotros a la Ciudad Roja?

—¡Claro que voy a ir! —replicó Casandra con impaciencia—. Pero ¿es que no entiendes nada?

Jacob se encogió de hombros y sonrió, en actitud de disculpa.



—Tranquilo —dijo Selene con firmeza, tomándolo de la mano—. Pronto, muy pronto, volverás a entender.

**FIN**



## Breve historia de Uriel y las colonias extraterrestres

*Extractos de la Enciclopedia Virtual de Medusa con los episodios más destacados de la colonización lunar y marciana y los principales acontecimientos de la historia reciente de la corporación Uriel.*

*La Enciclopedia Virtual de Medusa es de libre acceso a través de la red; pero no puede ser consultada en los territorios dominados por las federaciones.*



**AEI (Agencia Espacial Internacional)** Organismo de las Naciones Unidas fundado en 2042, tras la unión de las distintas agencias espaciales independientes existentes hasta ese momento. Su primer proyecto de envergadura consistió en la creación de una colonia lunar permanente a partir de 2045, en el enclave donde posteriormente se situaría la ciudad de Endymion (la primera base lunar permanente, fundada quince años antes por la Agencia Espacial del Pacífico Norte, se había clausurado pocos meses antes). En 2052, la Agencia envía su primera expedición tripulada a Marte con la misión de iniciar la construcción de un asentamiento permanente en el cráter Poynting, más tarde conocido como «El Círculo de Piedra». En los años siguientes, la AEI financia diez misiones sucesivas al cráter Poynting, así como los primeros proyectos para la terraformación marciana. A principios de la década de 2060, los conflictos entre las diferentes federaciones que participan en la Agencia lleva a esta a frenar sus inversiones, hasta interrumpir por completo su actividad en 2065. La Agencia no reanuda sus proyectos hasta después de la Gran Guerra, alcanzando su época de máximo esplendor en la década de 2080, con la adquisición de una amplia flota de cruceros Orion I para el transporte de colonos entre la Tierra y la Luna. En 2092 se pone en marcha el proyecto de terraformación lunar, que se verá interrumpido bruscamente por la epidemia de gripe lunar de 2110. La clausura de la colonia de Endymion a consecuencia de dicha epidemia llevará a la AEI a la interrupción definitiva de sus actividades a finales de 2112.

**Alba** Red de aldeas de la corporación Rainbow en el territorio marciano de Aurorae Chaos. Se trata de pequeños asentamientos experimentales con gran cantidad de científicos entre sus pobladores. Se dedican al cultivo experimental de especies vegetales transgénicas adaptadas a las condiciones marcianas, así como al desarrollo de proyectos destinados a producir, a medio plazo, especies animales capaces de sobrevivir en la atmósfera actual de Marte, pese a su elevado contenido de dióxido de carbono.

**Albright, Leah** Presidenta del Consejo de Administración de la corporación Uriel y Decana de la Sociedad Tharsis, Leah Albright es probablemente la mujer más poderosa de Marte y una de las mentes más brillantes del siglo XXI. Nacida en Madras en 2048, hija de Shannon Albright, famoso psiquiatra y Premio Nobel de Medicina en el 52, recibió una educación nada convencional que la llevó a graduarse simultáneamente en Agronomía, Arquitectura, Biología y Bellas Artes. A los veintitrés años se asocia a su amiga Phillis Van deer Meer, heredera del imperio energético Enlil, dedicado a la extracción de hidratos de metano de los fondos marinos, y la convence para que dedique una parte de los beneficios de la multinacional a la construcción de centrales maremotrices y a la investigación de otras fuentes de energía no contaminantes; sin embargo, una discusión entre ambas colaboradoras induce a Leah a abandonar la empresa algunos años más tarde para fundar la compañía Minerva, especializada en centrales de biomasa y otros



combustibles biológicos.

Durante la Gran Guerra (2070-2074), Albright conoce a Marcia Jacobson, una especialista en Física Nuclear que acaba de patentar unas nuevas células fotovoltaicas extraordinariamente eficaces en su aprovechamiento de la energía solar. Herbert convence a ambas para que acudan a la reunión de Langley, donde se produce el reencuentro con Phillis Van der Meer. Durante las sesiones de trabajo de Langley, Albright y Van der Meer se reconcilian y deciden fundar junto con Marcia Jacobson una nueva corporación: Uriel. Ray Shann desaprueba la división del campo energético en dos corporaciones distintas; pero las posturas irreconciliables de Leah y del príncipe Jafed, representante de Nur, hacen imposible la fusión de ambas compañías.

Durante los primeros años de la posguerra, Leah Albright y sus colaboradoras lucharán sin descanso contra el conservadurismo de las grandes federaciones en el campo de la energía, proponiendo sucesivamente varios planes para el abandono progresivo de los combustibles fósiles y de la energía nuclear, todos ellos rechazados por la Comunidad Internacional. Además, ante la oposición tajante de Ray Shann a romper el recién logrado *status quo* y el temor del resto de las corporaciones a cualquier transformación que haga peligrar los nuevos equilibrios de poder, Uriel empieza a plantearse seriamente la idea de abandonar la Tierra y desarrollar todos sus proyectos en suelo marciano. Dicha idea se materializa en 2076, cuando George Herbert pide ayuda a Uriel para crear una nueva colonia en Marte al margen de la Agencia Espacial Internacional: Andrómeda. Ninguna de las otras siete corporaciones se muestra interesada en el proyecto, y Albright se involucra plenamente en él con la esperanza de poder desarrollar en Marte todos los programas de investigación que las restrictivas leyes transfederales le han impedido realizar en la Tierra.

En 2079, Leah Albright viaja a Marte para supervisar los progresos de la colonización de Andrómeda. Allí conoce a Aarón Scholem, uno de los primeros colonos de la Base Internacional Alfa, que trabaja como geólogo para Prometeo. Aarón convence a Leah de que traslade la sede de Uriel a Marte. Fascinada con la idea, Leah diseña ella misma los planos de lo que posteriormente se conocerá como Arendel, la Ciudad Infinita. Apenas tres años después, Aarón pierde la vida junto a su mujer en un accidente durante la Tormenta del Siglo, y Leah se hará cargo de su hija de tres años, Diana Scholem, a la que adoptará oficialmente dos años después. En 2082, una vez finalizada la construcción de Arendel, ambas se instalan en la colonia. Phillis Van der Meer y Marcia Jacobson se reúnen con ellas un año después, estableciendo en la Ciudad Infinita su residencia definitiva.

En la actualidad, Leah Albright es una de las tres presidentas de honor de la corporación Uriel, y continúa ocupándose activamente de la política marciana desde su puesto de Decana de la Sociedad Tharsis, lo que le ha valido el sobrenombre de la «Reina Roja».





**Al Qahira** Ciudad marciana de la corporación Nur, situada en Sinai Planum. Es célebre por sus edificios de tierra roja con celosías de madera artificial y por el llamado «Bosque de las fuentes», que alberga los principales edificios oficiales.

**Andrómeda** Zona habitada y terraformada de Marte, que comprende todos los territorios del Hemisferio Norte situados entre el valle de Shabatana y el borde occidental de la protuberancia de Tharsis. En el interior de sus fronteras, las nueve grandes corporaciones han construido diversas ciudades y aldeas, así como infraestructuras industriales y de transportes. El territorio de Andrómeda incluye el mar Púrpura, un océano artificialmente formado a partir de la desviación de numerosos acuíferos subterráneos y de la canalización de las aguas polares. Contiene asimismo gran variedad de especies vegetales transgénicas diseñadas específicamente para soportar las duras condiciones marcianas.

Periódicamente, las distintas corporaciones presentan en la sede marciana de la ONU peticiones formales para ampliar los territorios de Andrómeda. Muchas de dichas peticiones, después de largos trámites burocráticos, resultan atendidas, por lo que la extensión del área habitada del Planeta Rojo aumenta cada año.

**Arendel** Ciudad marciana de la corporación Uriel situada en la cuenca de Hebes. Se la conoce como la «Ciudad Infinita», debido a los acantilados recubiertos de espejos que la rodean, multiplicando, en apariencia, su superficie. Dichos espejos son en realidad paneles solares de puntos cuánticos con una altísima eficacia en su aprovechamiento de las radiaciones del sol. La ciudad, de amplísima extensión, fue diseñada por Leah Albright, y se caracteriza por una sabia mezcla de elementos naturales y arquitectónicos, con multitud de bosques y lagos. Una cúpula transparente y semirrígida mantiene su microatmósfera aislada de la del resto del planeta.

**Areobacterias** Nombre por el que se conoce a los microorganismos autóctonos del planeta Marte. Se trata de organismos procariotas más pequeños que las bacterias terrestres, la mayoría extremófilos, con genoma de ARN y un código genético distinto al de los seres vivos terrestres. A pesar de estas diferencias, las areobacterias presentan sorprendentes analogías con los seres vivos terrestres en aspectos como los mecanismos de transcripción y traducción génicas, así como en las secuencias de algunas proteínas clave del metabolismo. Esto ha llevado a postular a ciertos microbiólogos un posible origen común para la vida marciana y la terrestre, que probablemente se habría producido en el Planeta Rojo. Otros especialistas sostienen, sin embargo, que las semejanzas observadas se deben a un proceso de convergencia evolutiva.

El número de especies de areobacterias identificadas hasta el momento es tan solo de setecientas quince, aunque se supone que existen cientos de miles de ellas aún por descubrir en el subsuelo de Marte y en las zonas no terra-formadas. El equipo de Areobiólogos del Instituto Microbiológico de Arendel sostiene que más del noventa y cinco por ciento de estas especies se hayan en peligro de extinción debido a los



rápidos progresos de la terraformación. Aún no se ha publicado la secuencia genómica de ninguna especie de areobacteria, al menos a través de los canales oficiales.

**Ares** Ciudad marciana de la corporación Silva. Es subterránea casi en su totalidad, y se encuentra en la pared occidental del cañón de Echus. Es célebre por las espectaculares vistas de su Galería de Cristal.

**Ascensor espacial Robinson** Dispositivo de transporte de pasajeros y mercancías que conecta la Estación Orbital Internacional Marciana con la Base Clío, situada en las proximidades del puerto de Biblis. Está formado por un grueso cable de nanotubos de carbono por el que se desplazan continuamente las cabinas de transporte en ambas direcciones. Su función es abaratar los costes de los transportes interplanetarios gracias al ahorro energético que supone el poder evitar el pozo de gravedad marciano. Fue construido en 2103 por iniciativa de la Sociedad Tharsis, que se plantea en la actualidad financiar una infraestructura similar en la Tierra.

**Atmán** Una de las nueve grandes corporaciones que rigen los destinos del mundo. Se fundó en el período justo anterior a la Gran Guerra por la fusión de cuatro grandes multinacionales de capital indio dedicadas a la investigación agrícola y biotecnológica. Está especializada en la producción de transgénicos, sobre todo para uso agrícola y ganadero. Su ciudad principal es Nara y se sitúa en las costas del golfo de Bengala. Se incorporó a la Sociedad Tharsis poco después de su fundación, y su principal asentamiento marciano es la ciudad de Promana, situada en la cuenca de Ganges.

**Black Edén** Antigua base lunar de la compañía de transportes Transit, fundada por Max Hillmer y Emma Juárez. Se encontraba a escasa distancia de la colonia de Endymion y su estructura, en parte subterránea y en parte superficial, con una gran cúpula protectora de hielo y otras dos transparentes en su interior, separadas entre sí por una capa de gases artificialmente coloreados, fue considerada en su día un diseño pionero y una muestra de lo que, con el tiempo, podía llegar a ser la arquitectura típica de las ciudades lunares. La base fue legalizada dos años después de la clausura oficial de la colonia de Endymion, pero se sospecha que aún se encuentra en activo en la actualidad, y que cuenta con algunos habitantes permanentes, entre ellos probablemente la propia Emma Juárez.

**Biblis** Puerto franco situado en la frontera oriental de Andrómeda, sobre la desembocadura del río Shabatana. Sus importantes infraestructuras portuarias y su denso tráfico aéreo lo convierten en lugar de paso obligado para cualquier viajero que decida visitar Marte. Son célebres sus cúpulas de cristal y su agradable paseo marítimo a orillas del mar Púrpura, flanqueado de lujosos hoteles.

**Caershid** Prisión espacial puesta en órbita por la ONU tras los juicios Antiglobalización en 21 12 con el objeto de alejar del planeta a los miembros más significativos del Movimiento, especialmente a su líder Osear Sampras. En la



actualidad está siendo gestionada por un consorcio presidido por la corporación Ki.

**Calendario marciano** El año marciano tiene una duración de 669,6 soles, lo que equivale a 686,98 días terrestres. Se divide en veinticuatro meses, que llevan los nombres de las constelaciones del zodiaco en latín y en sánscrito. El año empieza el sol 1 del mes de sagittarius, día en que da comienzo la primavera marciana en el Hemisferio Norte. Los meses de primavera en dicho hemisferio son sagittarius, dhanus, capricornus, makara, aquarius, kumbha y pisces. Los meses de verano son mina, aries, mesha, taurus, rishabha y geminis. Los meses de otoño son mithuna, cáncer, karka, leo y simha; y los meses de invierno son virgo, kanya, libra, tula, scorpios y vrishika.

El cómputo de los años marcianos se realiza a partir del año terrestre 1610, fecha de descubrimiento de las Leyes de Kepler, y considerada el primer año de la llamada «Era telescópica».

**Círculo de piedra** Denominación aplicada en la actualidad a las ruinas de la primera colonia marciana, conocida en su día como Base Internacional Alfa, una gigantesca cúpula de más de 30 metros de altura que llegó a albergar a casi diez mil personas, y de la que hoy en día apenas quedan los cimientos.

El 3 de mayo de 2052, una expedición internacional compuesta por científicos de distintas especialidades aterriza en el Planeta Rojo con el objeto de crear las infraestructuras idóneas para un asentamiento permanente en Marte. A pesar de las durísimas condiciones de vida y de las tensiones generadas entre un grupo tan heterogéneo de individuos, la colonia sale adelante, convirtiéndose en uno de los logros científicos más importantes del siglo XXI. En los diez años siguientes, la Agencia Espacial Internacional enviará a Marte otras tantas expediciones, engrosando de manera considerable el número de habitantes del asentamiento.

Sin embargo, la escalada armamentística de la década de los 60 y el ambiente prebélico que se empieza a respirar en las distintas federaciones van minando lentamente las condiciones de colaboración necesarias para este tipo de proyectos internacionales. Finalmente, en febrero del 65 se clausura temporalmente la AEI. Aún así, la colonia sobrevivirá sin ayuda oficial de ninguna clase durante más de diez años, hasta que en 2074 Prometeo comienza la construcción de la nueva colonia de Andrómeda en la que colaborarán activamente los primeros pobladores de Marte y a la que se trasladarán los últimos habitantes de la Base en 2076.

Después del abandono definitivo de la base, comienzan a circular numerosas leyendas sobre apariciones y fenómenos paranormales en el entorno de la vieja colonia: convoyes que captan extrañas interferencias, visiones fantasmales aullando en medio de la oscuridad, múltiples avistamientos de ovnis en la zona... Pero la negra fama del lugar se sustenta sobre todo en la desaparición de un grupo turístico de antiguos colonos en sus inmediaciones durante la tormenta de arena de 2082. Ninguna de las sucesivas expediciones científicas enviadas a las ruinas ha podido



constatar hasta ahora la menor anomalía digna de mención en la zona, pese a lo cual la leyenda negra del Círculo de Piedra persiste entre los actuales habitantes marcianos.

**Colonias lunares** La primera colonia lunar permanente se establece en 2030, después de dos décadas de viajes tripulados financiados por las grandes potencias mundiales. Diez años más tarde, comienza la emigración a gran escala; pero no será hasta después de la Gran Guerra cuando se funde la ciudad de Endymion, con una población de varios cientos de miles de personas.

Tras el conflicto global, todas las federaciones de países se unen para impulsar la colonización de nuestro satélite, en un intento por no perder la carrera espacial en su competencia con las grandes corporaciones privadas, que han emprendido la colonización de Marte. En esos años, además de erigirse la ciudad de Endymion, se construye el Superacelerador Ecuatorial de Partículas y la Red de Radiotelescopios de la Cara Oscura. Ambas infraestructuras permanecen bajo el control de las Naciones Unidas, al igual que sucederá, veinte años más tarde, con la Red Transecuatorial de Telescopios de Baja Interferencia.

En la década de los noventa se pone en marcha un proyecto de terraformación de la Luna, pero en 2112, a consecuencia de la epidemia de gripe lunar en Endymion, toda la colonia queda clausurada y el proceso de terraformación se interrumpe. A partir de ese momento, las grandes federaciones terrestres irán vendiendo progresivamente sus territorios lunares a la Corporación Dédalo, que finalmente llega a hacerse con el control de todo el satélite. Solo algunas empresas secundarias, transformadas en redes ilegales de contrabando, mantendrán sus bases en la Luna, comerciando clandestinamente con Dédalo y explotando parte de los recursos lunares.

**Cruceros interplanetarios** Los cruceros interplanetarios son naves de gran tonelaje que circulan regularmente entre Marte y la Tierra transportando mercancías y pasajeros. Los primeros cruceros regulares comenzaron a circular en la década de 2080, y pertenecían al modelo Orion I, diseñado por la compañía Transit. Se encargaban principalmente del transporte regular de pasajeros a la Luna, aunque también se utilizaban para las travesías marcianas. En la década de 2090, una versión mejorada de estas naves, equipada con motores mixtos de fusión y antimateria, permitió el comienzo de la colonización masiva del territorio marciano de Andrómeda. El nuevo modelo de crucero, conocido como «Nirgal», permanecería vigente hasta 2014, año en que toda la flota interplanetaria se renovó gracias a la fabricación por la corporación Prometeo de un nuevo prototipo de transbordador, equipado únicamente con motores de antimateria. Estos cruceros continúan utilizándose hoy en día, y se encuentran bajo el control directo de la Sociedad Tharsis. Su construcción se realiza en Dal, la ciudad marciana de la corporación Prometeo, que gestiona asimismo la venta o arrendamiento temporal de estas naves a las otras corporaciones y a las federaciones transnacionales. Actualmente, la práctica



totalidad de los cruceros Nirgal opera a partir de la Estación Orbital Internacional Marciana, conectada directamente con el Ascensor Espacial Robinson y con la Base Clío.

**Dal** Ciudad marciana de la corporación Prometeo, situada en el acantilado septentrional del Valle Marineris. Sus setenta y dos pisos de galerías excavados en la roca se complementan con una amplia terraza superficial de treinta kilómetros de longitud por dos kilómetros de anchura, donde se encuentran las «dunas de luz» diseñadas por el célebre arquitecto Samuel Alós.

**Dédalo** Multinacional especializada en productos farmacéuticos perteneciente al grupo de las nueve grandes corporaciones. Fundada oficialmente en 2075 para hacer frente a la crisis del sector tras la Gran Guerra, fue la última de las grandes corporaciones en desarrollarse. Se incorporó tardíamente a la Sociedad Tharsis, y su sede en suelo marciano se encuentra localizada en el complejo de la Doble Hélice, sobre el escarpe meridional del monte Olimpo, sin que, hasta el momento, haya conseguido ninguna otra concesión territorial en suelo marciano, a pesar de sus reiteradas peticiones en este sentido. No obstante, la relativa debilidad de la corporación en Marte se ve compensada por su preponderancia absoluta en la Luna, cuyas principales infraestructuras controla y dirige desde 2112.

**Deimos** El más pequeño de los dos satélites naturales que orbitan alrededor de Marte. Tiene unos quince kilómetros de largo por doce de ancho, y probablemente se trate de un asteroide capturado por el campo gravitatorio de Marte. Su escasa extensión ha impedido que se establezcan en él colonias permanentes, aunque se sospecha de la existencia de una base espacial clandestina construida en su territorio por la organización Transit.

**Doble Hélice** Complejo urbanístico vertical situado en el escarpe meridional del monte Olimpo, en Marte. Alberga la sede marciana de las Naciones Unidas, así como las sedes particulares de las grandes corporaciones en el Planeta Rojo. Su parte superior pertenece a la Sociedad Tharsis, fundadora del edificio, cuyo diseño se debe a Leah Albright, responsable también de los planos de la ciudad de Arendel. La doble hélice tiene siete mil metros de altura, seis mil de los cuales se encuentran excavados en la roca del escarpe del Olimpo. Los mil metros finales están constituidos por dos galerías arrolladas en forma helicoidal, imitando la estructura de las moléculas de ADN. En la cima del edificio se encuentra La gran Sala Helicoidal, un vasto recinto reservado a la celebración de congresos y conferencias.

**Dragonfly** Cadena televisiva y multimedia que monopoliza las emisiones informativas en Marte. Pertenece a la corporación Ki, y posee también la exclusiva para la retransmisión de todos los campeonatos terrestres de Juegos de Arena y de Matriz en el Planeta Rojo.

**Endymion** Principal ciudad de la Luna, fundada con la colaboración de todas las federaciones transnacionales terrestres. Se caracteriza por sus grandes cúpulas





transparentes y su magnífica Catedral, aunque la mayor parte de su infraestructura es subterránea. En 2110 sufrió una terrible epidemia provocada por el virus *moonlight*, agente transmisor de una enfermedad hasta entonces desconocida y bautizada como «gripe lunar». Como consecuencia de la epidemia, la población de Endymion se vio diezmada en poco menos de un año, lo que condujo a su evacuación definitiva a principios de 21 12. Cinco años más tarde, la ciudad fue adquirida por la Corporación Dédalo, que desde entonces se encarga del mantenimiento de su atmósfera interna y de sus principales infraestructuras a cambio de utilizarla para alojar a una parte de los trabajadores de sus explotaciones juñares.

**Federaciones transnacionales** Conglomerados de países agrupados en torno a una legislación federal común que permite, entre otras cosas, la libre circulación de personas y mercancías dentro de sus territorios. En el presente, existen siete de estos grandes conglomerados: la Unión Europea, la Confederación Transamericana, la Federación del Pacífico Norte, los Nuevos Emiratos, India, la Alianza Asiática y la Liga Oceánica del Hemisferio Sur.

En relación con la colonización del planeta solar, el papel desempeñado por las federaciones transnacionales a través de la AEI (Agencia Espacial Internacional) fue decisivo hasta principios del siglo xxn. Fueron las federaciones quienes, a través de dicha agencia, hicieron posible la creación de la segunda colonia permanente en la Luna, que posteriormente crecería hasta dar lugar a la ciudad de Endymion. También promovieron los primeros proyectos de terraformación en Marte, así como un ambicioso proyecto de terraformación lunar que se vio truncado por la epidemia de gripe lunar en 2110. Tras el fracaso de su base marciana en el cráter Poynting y el cierre de la AEI, en 21 12, el papel de las federaciones transnacionales en la colonización marciana se limita a inversiones y acuerdos puntuales con las corporaciones instaladas en el territorio de Andrómeda.

**Fiesta de Artemisa** Celebración de tres días que da comienzo al año marciano. Es una festividad típica de la ciudad de Arendel, pero atrae a turistas de todas las colonias marcianas. El primer día de la fiesta (sol 1 de sagittarius), los habitantes de Arendel lanzan a su microatmósfera un gigantesco globo de gas luminoso que representa la Luna de Artemisa. Esta luna artificial se desplaza libremente por toda la microatmósfera de la cuenca de Hebes durante los tres días de la celebración, hasta que, en la noche del tercer día, el Arquero de la Diosa le dispara una flecha inteligente, derribándola y proclamando de ese modo el comienzo de la primavera. Cada año, la ciudad elige como Arquero de la Diosa a un personaje relevante del mundo de la cultura, del deporte o del arte. Esta distinción se considera el más alto reconocimiento que puede recibir un personaje público en el territorio de Andrómeda.

**Fobos** El mayor de los dos satélites naturales que orbitan alrededor de Marte, y también el más cercano al planeta. Tiene una forma irregular, y su eje más largo mide





aproximadamente 27 km. Su período orbital es de 7 horas y 39 minutos. Alberga la Estación Espacial Bahram, financiada por la Sociedad Tharsis, y que en las dos décadas anteriores a la construcción del Ascensor Espacial Robinson se convirtió en el principal puerto de acogida para las naves interplanetarias procedentes de la Tierra.

**Fuosing** Ciudad marciana de la corporación K<sub>i</sub>, situada en el cráter Fesenkov. Se encuentra protegida por una inmensa pirámide transparente, y las fachadas de sus edificios son grandes pantallas que emiten constantemente repeticiones de las grandes finales de los juegos de Arena terrestres. Es la segunda ciudad más poblada de Marte, por detrás tan solo de Arendel.

**Gripe lunar** Enfermedad del aparato respiratorio causada por el virus *moonlight*, un agente patógeno de origen desconocido. La enfermedad se transmite a través del aire, y sus síntomas iniciales son fiebre elevada, dolor agudo en el pecho y las extremidades y dificultad para respirar. En sus fases más avanzadas, el paciente infectado sufre un edema pulmonar generalizado que conduce, en más del noventa por ciento de los casos, a la muerte por asfixia.

El primer caso de gripe lunar se registra en la ciudad lunar de Endymion durante el mes de octubre de 2109. En un principio, todos los infectados resultan ser niños de corta edad que han convivido en una misma guardería, y la capacidad de contagio del virus se considera escasa. En los meses siguientes, sin embargo, se produce una mutación del agente patógeno que favorece su dispersión entre la población. El virus *moonlight* se manifiesta resistente a todos los agentes antivirales conocidos, así como a los sistemas de filtración antivírica que controlan la calidad de la atmósfera artificial de Endymion. La epidemia se extiende con creciente rapidez a lo largo de 2110, afectando a personas de todas las edades y entornos. Los habitantes sanos de Endymion abandonan masivamente la colonia, después de soportar una angustiosa cuarentena. En el mes de diciembre de 2110, el balance de víctimas de la epidemia se eleva a treinta y cuatro mil, y se hacen públicos los primeros casos de gripe lunar en la Tierra. El 12 de enero de 2111, un consejo extraordinario de las Naciones Unidas decide la clausura inmediata de la colonia de Endymion y la puesta en marcha de la estación orbital Hesperia para acoger a los enfermos con posibilidades de curación. Los enfermos más graves permanecen en las instalaciones hospitalarias de Endymion hasta su muerte.

El veintiocho de marzo de 2111, Joseph Hiden, presidente de la corporación Dédalo, anuncia la obtención por parte de su empresa de un suero curativo capaz de terminar con la enfermedad. El suero, desarrollado a partir de los anticuerpos naturales producidos por Jacob Seferis, se ensaya con éxito en los pacientes de la estación Hesperia, y logra atajar la propagación de la epidemia en la Tierra. No obstante, el programa de colonización lunar nunca se recupera del golpe asestado por el virus *moonlight*, y queda definitivamente suspendido por decreto de las Naciones Unidas en febrero de 2112.



**Horario marciano** El tiempo de rotación del planeta Marte sobre su eje equivale exactamente a 24 horas, 37 minutos y 23 segundos terrestres. Esto significa que los días marcianos (denominados soles) tienen una duración muy parecida a la de los días terrestres, lo que facilita de modo considerable la adaptación al Planeta Rojo de todos los organismos con ritmos de vida circadianos.

En 2052, la Agencia Espacial Internacional instituye oficialmente la división de cada sol marciano en veinticuatro areohoras, divididas a su vez en sesenta areominutos, que se dividen, por su parte, en sesenta areosegundos. Estas unidades, ligeramente más largas que sus homologas terrestres, solo se utilizan en Marte, puesto que la unidad de tiempo del Sistema Internacional de Medidas continúa siendo el segundo terrestre.

Kj Corporación de origen asiático especializada en las tecnologías informáticas y en los implantes cerebrales electrónicos conocidos como «ruedas neurales», unos dispositivos que permiten a los seres humanos acceder directamente a los contenidos de la red desde su cerebro, sin tener que recurrir a aparatos externos.

Su director es el señor Yang, un hábil economista apasionado de los juegos de rol. La capital de esta corporación es la Ciudad Roja de Kj. Su principal asentamiento en territorio marciano es la ciudad de Fuosing, situada en el cráter Fesenkov.

**Kokoro** Corporación multinacional de capital nipón y norteamericano. Fundada durante la Gran Guerra como resultado de la fusión de varias empresas productoras de armamento, su mediación resultó clave para conseguir el acuerdo de las corporaciones que puso fin al conflicto. Después de esa fecha, la corporación ha seguido ampliándose e incrementando su poder a través de la anexión de otras compañías del sector. Los Acuerdos de Langley le otorgan el monopolio sobre las tecnologías armamentísticas y los productos para el ocio (videojuegos, películas interactivas, software para juegos de rol, etc.). Su capital es Titania.

Actualmente es la tercera inversora de la Sociedad Tharsis y una de las corporaciones más sólidamente asentadas en el territorio marciano de Andrómeda. Su ciudad marciana, Nausikaa, se encuentra situada en la cuenca de Juventae.

**Monte Olimpo** Volcán marciano de 27 kilómetros de altura, la mayor estructura de estas características en el sistema solar. Se encuentra situado en la protuberancia de Tharsis, a 1 8° de Latitud Norte y 226 ° de Longitud Este. Está flanqueado por grandes acantilados de hasta 6 km de altura, y su caldera tiene 85 km de largo, 60 km de ancho y entre 2 y 3 km de profundidad. La actual legislación marciana prohíbe la construcción de asentamientos humanos en sus laderas, si bien esta prohibición excluye las edificaciones excavadas en el escarpe meridional del volcán, en torno a la torre de la Doble Hélice. A partir de los 12 km de altura, el volcán ha sido declarado Reserva Natural Marciana.

**Nausikaa** Ciudad marciana de la corporación Kokoro. Se encuentra situada en la Cuenca Juventae y alberga algunos de los principales centros de investigación militar



de la corporación. Sus edificios son altas torres comunicadas entre sí por galenas transversales, y sus habitantes acostumbran a desplazarse mediante equipos de vuelo individuales de un edificio a otro.

**Nur** Corporación que monopoliza los escasos recursos petrolíferos y de gas natural que aún quedan en la Tierra. Su capital es El Templo, una ciudad de reciente fundación situada a orillas del golfo Pérsico. Fue una de las últimas en incorporarse a la colonización de Andrómeda, y su ciudad Marciana, Al Qahira, se ha convertido en un exclusivo centro vacacional para los ejecutivos de la compañía y sus familias.

**Promana** Ciudad marciana de la corporación Atmán, situada en la cuenca de Ganges. Se encuentra situada bajo una doble cúpula transparente rellena de una mezcla de gases verdeazulados, diseñada para reproducir los efectos visuales de la atmósfera terrestre.

**Prometeo** Corporación especializada en el desarrollo de vehículos para los viajes espaciales y en todo tipo de tecnologías relacionadas con el espacio. Controla, asimismo, las inmensas instalaciones de Argos, un vasto territorio cubierto de radiotelescopios para rastrear posibles mensajes extraterrestres (el denominado programa SETI). Su presidente es George Herbert, y su capital, Medusa, una bellísima ciudad submarina situada en el Mediterráneo. Es una de las cofundadoras de la Sociedad Tharsis, y sus inversiones en el territorio de Andrómeda se consideran multimillonarios. Su ciudad marciana es Dal, y se encuentra situada en el Valle Marineris.

**Rainbow** También conocida como Iris, es una corporación de capital Australiano especializada en control climático e investigación ecológica, aunque también domina otros campos como la producción de especies animales transgénicas para el ocio (mascotas bellas y extrañas) y el mercado turístico mundial, cuyos principales destinos se encuentran en África. Su ciudad principal es Arrecife. En Marte, con trola la red de aldeas conocida como Alba, en el territorio de Aurorae Chaos.

**Superacelerador ecuatorial de partículas** El mayor dispositivo para el estudio del comportamiento de las partículas subatómicas a altas velocidades construido jamás por el hombre. Rodea todo el perímetro de la Luna a 1 ° de Latitud Norte por encima del ecuador. Se considera la mayor y más costosa infraestructura científica de la Historia, y fue posible gracias a la inversión conjunta de las siete federaciones transnacionales y las nueve grandes corporaciones en los años siguientes a la Gran Guerra. Tras el abandono de las colonias lunares, su uso quedó restringido a experimentos puntuales financiados por las grandes corporaciones hasta su adquisición en 21 13 por la corporación Uriel. Esta, a su vez, se lo vendió a Dédalo en 21 17 a cambio de una amplia concesión territorial en la Antártida.

**Red de Radiotelescopios de la Cara Oscura** Conjunto de mil trescientos radiotelescopios distribuidos uniformemente por toda la cara oscura de la Luna, un lugar privilegiado para el uso de estos dispositivos de investigación astronómica



debido a la ausencia total de interferencias que pudieran distorsionar las observaciones. Fue construida gracias a una inversión conjunta de las siete federaciones transnacionales en la década de 2080. Actualmente se encuentra bajo el control de la Corporación Dédalo.

**Red Transecuatorial de Telescopios Lunares** Red formada por miles de telescopios parcialmente enterrados en el suelo y separados unos de otros por una distancia de 50 kilómetros, cubriendo la totalidad del perímetro ecuatorial de la luna. Se construyó por iniciativa de las siete grandes federaciones transnacionales en la década de 2100, con el fin de aprovechar las excepcionales condiciones lunares para la observación astronómica, debidas a la ausencia de atmósfera en la Luna. Actualmente se encuentra bajo el control de la Corporación Dédalo.

**Regla de comercio** Conjunto de leyes comunes reconocidas por las nueve corporaciones para toda la colonia marciana de Andrómeda. Establecidas en 2082 y revisadas en el 94 y en el 98, recogen algunas de las aspiraciones más antiguas de las grandes multinacionales, por ejemplo los *protocolos promonopolio*, pero también incluyen concesiones y acuerdos establecidos con distintos grupos de presión marcianos como los aislacionistas, los conservacionistas y las propias federaciones representadas por la ONU. Durante los primeros años de la colonia, la colaboración entre las distintas corporaciones establecidas progresivamente en Marte fue bastante profunda y fructífera; pero en 2112, después de la clausura de Endymion y del abandono de la carrera colonial por parte de las federaciones transnacionales, algunas de las grandes compañías, principalmente Dédalo, Kokoro y Ki, dejaron de mostrarse interesadas en dicha cooperación.

**Scholem, Diana** Directora científica de la corporación Uriel. Diana Scholem nace en la colonia de Andrómeda, Marte, en 2079. Huérfana a los tres años, es adoptada por Leah Albright, en aquel entonces copresidenta junto a Phillis Van der Meer de la corporación Uriel. Diana estudia física en el Centro de Investigaciones Avanzadas de Arendel y en 2099 viaja a la Tierra para completar su formación en diversos institutos científicos terrestres. Algunos informes la relacionan en esa misma época con miembros importantes del «movimiento antiglobalización», como Osear Sampras o Víctor Kovaniev; incluso se insinúa que pudo mantener una relación sentimental con alguno de ellos.

En 2105, Diana vuelve a Marte y empieza a trabajar para Uriel a las órdenes de Marcia Jacobson. Tras la jubilación oficial de Jacobson en 2115, ocupa su puesto de directora científica de la corporación. Desde entonces, ella y su equipo trabajan en el desarrollo de una nueva fuente de energía capaz de convertirse en una alternativa rentable a los combustibles fósiles.

**Silva** Corporación de capital centroamericano y sudamericano. Está especializada en nuevos materiales (aleaciones ultraligeras, superconductores, etc.), así como en la producción de satélites de telecomunicaciones. Se encuentra en permanente conflicto con la Federación del Pacífico Norte, en cuyo territorio posee algunos enclaves



estratégicos, incluida su capital, Kukulcán. En Marte, su principal asentamiento es la ciudad de Ares, situada en el acantilado occidental del Cañón Echus.

**Sociedad Tharsis** Consorcio creado en 2077 por las corporaciones Uriel y Prometeo para la construcción de la colonia marciana de Andrómeda. Kokoro, Rainbow, Atman y Ki se integraron en él en el 82, Dédalo y Nur en el 94, y la corporación Silva en el 98. Desde 2082, tiene su sede en el último piso de la Torre de la Doble Hélice.

Durante sus primeros años de funcionamiento, el consorcio se limita a gestionar las inversiones de sus socios y a regular los distintos intercambios entre corporaciones, arbitrando ocasionalmente los conflictos surgidos entre los distintos asentamientos de Andrómeda. Sin embargo, cuando, en la década de los 90, la colonia sobrepasa el millón de habitantes, las distintas ciudades corporativas firman un documento conjunto en el que reconocen su incapacidad para gobernar por sí solas el conjunto del territorio marciano y proponen la creación de un Gobierno marciano global liderado por la Sociedad Tharsis. De este modo, y tras la sanción favorable de la ONU y del Tribunal Internacional, la Sociedad Tharsis adquiere atribuciones legislativas y posteriormente judiciales para todo el territorio de Andrómeda, controlando el Parlamento y el Tribunal Supremo del Planeta Rojo.

**Transit** Empresa dedicada al transporte de pasajeros y mercancías entre la Tierra y las colonias del sistema solar. Fue considerada «compañía independiente» hasta 2117, fecha en la que Dédalo adquirió el ochenta por ciento de sus infraestructuras lunares. A partir de ese momento, su situación se torna bastante confusa. Su sede, Black Edén, figura en el Registro Legal como una filial de la farmacéutica; sin embargo, algunas de sus operaciones en la Tierra han resultado bastante perjudiciales para los intereses de la multinacional que preside Joseph Hiden. En la actualidad, la compañía está siendo objeto de investigación por parte de diversos organismos internacionales en relación con varias denuncias por contrabando, espionaje industrial y uso indebido de patentes.

Fundada en 2070 por Max Hillmer y Emma Juárez, Transit comenzó como una pequeña empresa destinada exclusivamente al transporte entre los distintos asentamientos lunares. Sin embargo, en plena posguerra, la renacida Agencia Espacial Internacional decide darle un nuevo impulso a la colonización extraterrestre con la construcción de un gran asentamiento en la Luna: Endymion. La idea que inspiraba el faraónico proyecto era recuperar la confianza de la población en los distintos estados e instituciones federales. Así se inauguraba una carrera por el dominio de las colonias extraterrestres entre las federaciones transnacionales y las grandes corporaciones, que habían creado tres años antes la Sociedad Tharsis, cuyas inversiones financiaban la colonia marciana de Andrómeda. Comienza de este modo una suerte de guerra fría entre los gobiernos federales y las sociedades corporativas, de la que las pequeñas empresas aeroespaciales (entre ellas Transit) salieron enormemente beneficiadas, gracias a los jugosos contratos firmados con las





federaciones trasnacionales, que evitaban sistemáticamente cualquier tipo de colaboración aeroespacial con las nueve grandes corporaciones.

En 2082, Emma Juárez y su equipo logran desarrollar una nueva clase de crucero espacial: el Orion 1, una nave infinitamente más rápida y segura que las utilizadas hasta ese momento, tanto por las federaciones transnacionales como por las grandes multinacionales. Un año después, gracias a un crédito del Banco Colonial, la compañía consigue fletar una pequeña escuadra de 15 naves que cubre la primera línea regular de pasajeros entre la Tierra y la Luna y que convertirá a Transit en una de las empresas más sólidas del sector. La puesta en marcha del proyecto de terraformación lunar en la década de los 90 no hace sino acentuar esta tendencia migratoria, y la empresa de Hillmer y Juárez amplía sus horizontes *con* la creación de una segunda flota de más de cien naves y de un nuevo prototipo de crucero interplanetario cuyo objetivo es cubrir también el trayecto a Marte. Sin embargo, en marzo del 94, apenas dos años después del viaje inaugural de la primera nave de la clase Nirgal a Andrómeda, se promulga el *Protocolo para la protección del monopolio multinacional*, novena enmienda de la *Regla de comercio*, que impide a aquellas empresas ajenas a la Sociedad Tharsis realizar actividad económica alguna en suelo marciano.

Tras el cierre de sus líneas a Marte, la empresa no tuvo más remedio que vender por un precio irrisorio su recién estrenada flota a la corporación Prometeo, con lo que apenas consiguieron cubrir los gastos de su fabricación. En plena crisis financiera, aparecen en 2109 los primeros casos de gripe lunar. Durante los tres años en los que el virus *moonlight* asoló Endymion, la compañía mantuvo un comportamiento ejemplar, por no decir heroico. Hillmer y Juárez pusieron todas sus naves al servicio de la comunidad lunar, transportando gratuitamente desde la Tierra tanto grupos de voluntarios como alimentos y medicinas. En 21 10, Max Hillmer y su hijo Simón contrajeron la enfermedad, a consecuencia de la cual fallecieron dos meses después en el hospital de Endymion. Al final de la epidemia, la empresa Transit se encontraba prácticamente al borde de la quiebra, lo que llevó a su presidenta, Emma Juárez, a vender la mayor parte de las infraestructuras de la compañía a la corporación Dédalo.

Uriel Corporación fundada en 2074 durante las reuniones de Langley, que pusieron término a la Gran Guerra. La compañía se creó mediante la fusión de dos grandes multinacionales presididas, respectivamente, por Leah Albright y Phillis Van der Meer, ambas especializadas en energías renovables. Actualmente, su presidenta es Diana Scholem, y su sede principal se encuentra en la ciudad marciana de Arendel. La compañía dedica la mayor parte de sus inversiones a la investigación de nuevas fuentes de energía alternativas al petróleo, y colabora asimismo activamente con la corporación Prometeo en diversos proyectos de aeronáutica espacial. Su ciudad principal, Arendel, se encuentra en territorio marciano.





## **Próxima entrega de La Llave del Tiempo**

### **El Jinete de Plata**

En la Ciudad Roja de Ki están a punto de comenzar los campeonatos mundiales de Juegos de Arena. Una oportunidad perfecta para introducirse en la ciudad sin despertar sospechas... Pero solo hay un modo de hacerlo: participando directamente en los Juegos. Para ello, Martín tendrá que someterse a un entrenamiento más duro de lo que jamás habría podido imaginar. Es el único camino para que puedan lograr su objetivo... Y no puede permitirse ningún error, porque lo que está en juego no es solo la victoria, sino también su propia vida.